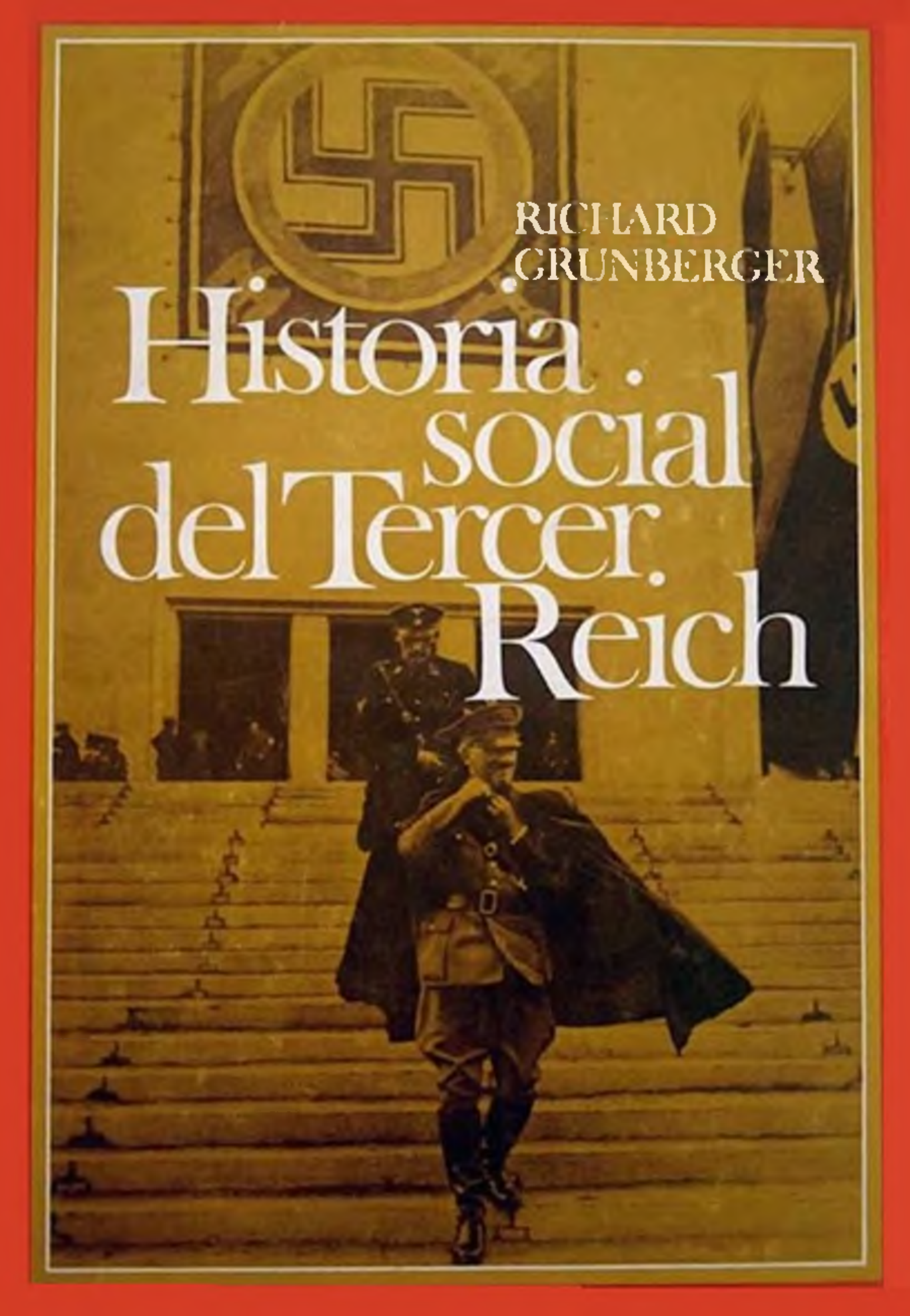
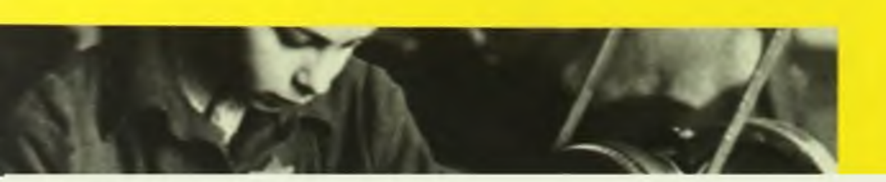

RICHARD
GRUNBERGER
Historia
social
del Tercer
Reich

La Alemania nazi impuso un sistema social sin precedentes en la historia: rígido, jerárquico y con la figura deificada de Hitler en la cúspide. *Historia social del Tercer Reich* es el relato de la vida cotidiana de hombres, mujeres y niños en un entorno social enloquecido. Es también un análisis de la vida social y cultural en condiciones extremas: de los escritores e intelectuales partidarios del régimen a los críticos y sus excesos; del cine y las artes plásticas como propaganda a la férrea censura sobre los creadores; de la prensa oficial al humor callejero; de la pujante industria a la agricultura que debía nutrir a la nación; de la élite aristocrática a los judíos perseguidos; del papel de la mujer como madre de niños arios al adoctrinamiento nazi de la juventud; del papel de las universidades al de la religión; del funcionamiento del ejército al de la justicia.

Un relato apasionante que permite al lector penetrar en el interior mismo de la sociedad que los nazis trataron de edificar en Alemania y gran parte de Europa.



RICHARD GRUNBERGER

# HISTORIA SOCIAL DEL TERCER REICH

EDICIONES DESTINO

Edición original:
*A Social History of the Third Reich*
Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971
Traducción: Ester Donato

Consejo de Ciento, 425. Barcelona-9
Primera edición: julio 1976
S.N.B.: 297-00294-5, para la edición original
I.S.B.N.: 84-233-0830-8
Depósito legal: B. 13453 - 1974
Impreso en Talleres Ariel, S. A.
Av. J. Antonio, 134-138, Esplugues de Llobregat (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

*A la memoria de*
*Bernard Weber (1923-1955)*

# AGRADECIMIENTOS

Un trabajo de esta amplitud requiere la colaboración de muchas personas, demasiadas para mencionarlas individualmente. Muchas de las personalidades alemanas que me han concedido entrevistas —desde antiguos funcionarios nazis hasta sindicalistas que actuaron en la ilegalidad— figuran en el índice. Merecen también mi reconocimiento especial Tom Wallace, el profesor Walter Laqueur, Elizabeth Wiskemann, Terente Prittie, Heinrich Fraenkel, el doctor David Schoenbaum, Tim Mason y *—last but not least—* Janet Langmaid. Las instituciones que me han prestado su ayuda son la Deutsche Forschungsgemeinschaft (que me concedió una beca de investigación), el Institut für Zeitgeschichte, de Munich, y, sobre todo, el Institute of Contemporary History y la Biblioteca Wiener, de Londres.

RICHARD GRUNBERGER.

# 1

# WEIMAR

Veinticinco años después de la Segunda Guerra Mundial, la "cuestión alemana", que fue motivo de la contienda, es aún tema dominante de la política internacional, si bien en forma muy diferente.

Hoy en día, el problema alemán está en función de las relaciones este-oeste y su solución depende más de los otros países que de los propios alemanes. Pero en el momento en que apareció tenía poco que ver con el contexto general del mundo: se debía, fundamentalmente, a la situación de la sociedad alemana.

Las causas profundas de la cuestión alemana fueron —en líneas muy generales— el retraso de su unificación (y por tanto, de la formación de su nacionalidad), la estructura feudal a partir de la cual se desarrolló su capitalismo y la tendencia del país a las síntesis *Konfliktlose* (sin conflicto).

La tardía transformación de Alemania en gran potencia —que la llevó a ocuparse preferentemente de la política exterior y a descuidar la política interior y las reformas— marcó y distorsionó todo su desarrollo ulterior. Esta distorsión llevó aparejada otra. En 1871, la industria había proporcionado a Alemania el triunfo militar, la formación del estado y la condición de gran potencia, pero los agentes de esta victoria —las clases medias— no alcanzaron su propia victoria política, ni siquiera la parte proporcional de poder que les correspondía. (Un símbolo evidente de su fracaso era el ambiente de las universidades, donde los estudiantes pertenecientes a la clase media formaban asociaciones que imitaban las costumbres —el duelo, por ejemplo— de la élite militar-agraria, cuando ya dicha élite estaba en decadencia desde el punto de vista económico.)

Este progresivo desequilibrio de poder tuvo consecuencias graves: la clase

media se acostumbró a cambiar sus derechos políticos por ventajas económicas. Se elaboró una constitución de base autoritaria, a pesar del reconocimiento del sufragio universal masculino; la oposición política al gobierno se identificó con la oposición al país y con la traición. Bismarck describió a los socialdemócratas como "vagabundos sin patria".

La tenaz propaganda en contra de la alternancia de gobierno y oposición que se producía a raíz de la actuación de Bismarck, contribuyó a desarrollar la tendencia alemana a la *Konfliktlosigkeit* —la costumbre de esconder bajo la alfombra las causas de conflicto— y 1918 creó un profundo trauma, precisamente porque la derrota provocó un retroceso de todas estas tendencias.

La política exterior dejó de ser la principal preocupación de Alemania cuando este país dejó de ser sujeto para convertirse en objeto en el mecanismo de la política internacional. El colapso del Imperio puso fin al pseudo-constitucionalismo y a la exclusión del poder político de todo grupo social que no fuera la nobleza. La quimera de la *Konfliktlosigkeit* fue desapareciendo a medida que la República de Weimar articulaba —y trataba de institucionalizar— la interacción de las fuerzas sociales y políticas en conflicto.

Uno de los aspectos más importantes de 1918-1919 es que esos años constituyeron la primera y decisiva ocasión que tuvo Alemania de alternar los partidos políticos en el gobierno, mecanismo que constituye la esencia del proceso democrático. Los socialdemócratas, liberales de izquierda y católicos de centro, que bajo el Imperio habían estado permanentemente relegados a los escaños de la oposición, se convertían ahora en miembros del gobierno, pero, en último término, su acceso al poder no se debió tanto a las urnas (y a las barricadas de noviembre de 1918) como a las armas aliadas.

En 1918-1919, la mayoría de los alemanes se hicieron demócratas. Incluso las "clases nacionales" se convirtieron a la democracia, como medio de obtener del oeste unas condiciones de paz más favorables y de resguardarse del bolchevismo del este. Pero el tratado de Versalles y el fracaso, la imposibilidad de la revolución fuera de Rusia acabaron pronto con aquella aberración, y la democracia se convirtió nuevamente en una invención foránea, en una doctrina cuya victoria era resultado de la derrota de Alemania, y a la amargura por la pérdida de la guerra se añadió la preocupación por el ascenso al poder de los nuevos e inexpertos gobernantes.

Los hombres de Weimar constituían una élite nueva y —merced a la constitución imperial— formada parcialmente por *parvenus*. El socialdemócrata Ebert, que sustituyó al Kaiser en la presidencia del gobierno, había sido maestro talabartero. Igualmente suspectas a los ojos conservadores eran las figuras que la catástrofe de noviembre de 1918 había catapultado al centro de la escena política: periodistas como Theodor Wolff, director del *Berliner Tageblatt* y cofundador del *Demokratische Partei,* y escritores de izquierda,

como Ernst Toller, que había participado en la creación de la efímera República Soviética de Baviera de 1919. Dentro de las izquierdas, Toller se encontraba en el extremo opuesto de Ebert, el cual "odiaba cordialmente la revolución social" y había sido partidario de la eliminación del soviet de Munich. Pero la derecha se obstinaba en echar en el mismo saco a los socialdemócratas y a los socialistas revolucionarios, tachándoles a todos de "escoria marxista".

Los tenaces partidarios de la teoría conspirativa de la historia alegaban que Alemania no había sido derrotada en el campo de batalla sino "apuñalada por la espalda" por políticos traidores, como Ebert. Y el hecho de que Wolff, Toller, la destacada dirigente socialista Rosa Luxemburg y Preuss, arquitecto de la constitución de Weimar, fuesen judíos sirvió de pretexto para calificar al estado de Weimar en su conjunto de "República Judía".

En aquel clima envenenado por el asesinato moral se produjeron asesinatos físicos. Rosa Luxemburg fue asesinada por "colaboradores" del gobierno de Ebert, y pistoleros de la *Fehme* dieron muerte al dirigente católico centrista Erzberger, uno de los firmantes del Armisticio, y a Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores, "judeo-demócrata", que propugnaba la aplicación del Tratado de Versalles. Los tribunales trataron el terrorismo de derecha con una indulgencia bien ejemplificada en la condena impuesta a Hitler de un año de prisión después del abortado y sangriento putsch de Munich de noviembre de 1923. Toda la actuación de los tribunales políticos ponía de manifiesto un defecto fundamental del nuevo estado: aunque las leyes eran democráticas, su aplicación seguía en manos de los antidemócratas.

La muerte de la República, presagiada por esta división y finalmente precipitada por ella, se produjo en dos etapas. Mientras la mayoría del pueblo no renegó abiertamente de la democracia hasta la Depresión, la mayoría de la élite (funcionarios, cuerpo jurídico, oficialidad, autoridades académicas e incluso el clero) la había rechazado prácticamente desde su nacimiento.

Con el fin de atraerse precisamente a estas fuerzas, los dirigentes de la República conservaron el nombre *Deutsches Reich* (Imperio Alemán), con sus connotaciones imperiales y autoritarias, y, con el mismo propósito, Ebert —a pesar de ser él mismo una de las víctimas de la teoría de la "puñalada por la espalda"— contribuyó a que la nación se crease una falsa imagen de sí misma calificando al ejército alemán de "invicto en el campo de batalla".

En 1925, la idea republicana había perdido tanta fuerza que un hombre como el ex mariscal Hindenburg pudo ser elegido presidente del Reich. Pero esta forma de describir los acontecimientos es inadecuada. Hindenburg era considerado menos como un hombre que como un monumento nacional, y la palabra elección, que implica una actividad electoral previa (es decir, un esfuerzo para ganar el favor de los votantes), no puede expresar la forma en que el ex GOC, una vez pasada la inclinación a la izquierda de la inmediata

posguerra, reapareció sin más con su figura paternal cuyo origen se remontaba a la guerra.

Considerando a Alemania como un feudo confiado a él durante la ausencia del emperador, llegó a consultar con el ex Kaiser antes de aceptar del pueblo la presidencia. El apoyo de los conservadores al nuevo presidente era axiomático, mientras que los republicanos estaban fuertemente divididos en su actitud hacia él. Mientras el académico radical Theodor Lessing, con extraordinaria presciencia, dijo de él que era "un Cero que prepara el terreno a un Nero", los moderados esperaban que el incongruente jefe de gobierno apartaría a las "clases nacionales" de su hostilidad a la República. El desarrollo de los acontecimientos durante la primera mitad del período presidencial de Hindenburg pareció confirmar estas esperanzas, aunque desde un punto de vista político inmediato las elecciones de 1918 sólo reportaron al bloque republicano un irrisorio avance de cuatro escaños en el Reichstag. No obstante, la época comprendida entre 1925 y 1929 fue para la República de Weimar la más afortunada. Una vez levantada la ocupación francesa del Ruhr y pasado el período de aguda inflación, Alemania vivió, por primera vez en más de diez años, un período de estabilidad interna y de recuperación económica. Con la estabilización de la moneda y con el plan Dawes, que facilitaba la inversión extranjera, la industria aplicó planes de racionalización y expansión que dieron como resultado que el índice de producción de 1927 fuese superior al total más elevado de antes de la guerra.[1] * En 1929, una Alemania disminuida territorialmente producía un 10 por ciento más de carbón, un 100 por ciento más de lignito y un 30 por ciento más de acero que en el período anterior a la guerra, y en 1930 Alemania figuraba en segundo lugar, después de Estados Unidos, entre los países exportadores del mundo, y era el primero en la exportación de productos acabados.[2]

Sin embargo, durante la mayor parte de este período, la industria alemana operó de hecho en sólo el 50-80 por ciento de su capacidad productiva total.[3] La racionalización había tenido un doble efecto: en 1929, cuando el número absoluto de trabajadores asalariados alcanzó el máximo absoluto de 20 $^1/_2$ millones [4] la industria arrojó a 1 $^1/_2$ millón de hombres al desempleo, por ser incapaz de utilizar todo su potencial debido a la insuficiencia de la demanda interior y de los mercados de exportación.[5]

Las dificultades de Alemania para la exportación tenían su origen en la discriminación de los países extranjeros hacia ella, pero la baja demanda interior era una cuestión interna, y la solución dependía únicamente del país. El eje del problema era la diferencia entre los niveles de salarios y de precios:

* Las notas que llevan asterisco figuran a pie de página; para las notas numeradas, véase el final del libro, págs. 497-533.

los precios de los productos industriales se mantenían elevados mediante los acuerdos de cártel, mientras que el poder adquisitivo total estaba deflacionado a causa de la política salarial de la industria y de la innecesaria carestía de los alimentos. Esta última era resultado directo de la solicitud del gobierno para con la aristocracia terrateniente productora de cereales.

La excesiva concentración de la propiedad en la industria —en 1925, menos del 2 por ciento del total de las empresas empleaban al 55 por ciento del total de los asalariados [6]— era una de las causas de la relativa escasez de capital. La guerra y sus secuelas habían destruido grandes reservas de capital y legaban a la economía de posguerra una pesada carga fiscal. Esto tendía a aumentar el tipo de interés en los préstamos, lo cual dio como resultado que las grandes unidades económicas tuvieran acceso al capital más fácilmente que las pequeñas.

La racionalización generalizada de la industria a mediados de la década de los veinte, financiada por préstamos de elevado interés, se basó en la suposición de la existencia de mercados de expansión indefinida, suposición que fue puesta en duda desde el principio por las limitaciones exteriores a las exportaciones alemanas y el bajo nivel de la demanda interior, y que fue finalmente desmentida por la Gran Depresión. Aun así, durante la revitalización de la actividad económica que se produjo a escala mundial, la industria alemana pudo atribuirse algunos logros notables. El número de patentes puestas en explotación anualmente dobló el de antes de la guerra; en el campo del transporte y las comunicaciones, Alemania progresó más de prisa que las potencias que la habían vencido; la producción de electricidad, por ejemplo, se elevó en más del 50 por ciento [7] entre 1925 y 1930.

El número anual de empresas en quiebra, que en 1925-1926 superaba aún el número de antes de la guerra, descendió, en un año o dos, a la mitad del de 1913.[8] La relativa prosperidad de los años finales de la década de los veinte aceleró también el cambio en la distribución del empleo que había tenido lugar desde la industrialización en gran escala iniciada en 1870. Esta reestructuración del conjunto de la fuerza de trabajo llevó aparejada una progresiva reducción del sector agrícola de la población (que descendió desde el 42 por ciento en 1882 al 29 por ciento en 1933). Las cifras referentes a la redistribución de la propiedad y a la situación económica son igualmente significativas: el número de trabajadores autónomos descendió del 38 al 20 por ciento, mientras que el de trabajadores asalariados aumentó del 4 al 11 por ciento. La proporción de obreros aumentó muy ligeramente (del 50 al 52 por ciento); la de trabajadores de cuello blanco y funcionarios aumentó notablemente, del 8 al 18 por ciento.[9]

(En otras palabras, el número total de trabajadores permaneció constante, pero los emigrantes rurales fueron engrosando las filas de la clase trabajadora

al mismo ritmo que la abandonaban los trabajadores de cuello blanco.)[10]

El número de trabajadores de cuello blanco, de los cuales más de las dos terceras partes eran cualificados[11] aumentó con especial rapidez durante el período de racionalización, y la proporción de mujeres aumentó a una velocidad aún superior. La cualificación requerida para los trabajos de oficina cambió también más rápidamente que la exigida para el trabajo industrial. Además, los trabajadores de cuello blanco estaban en ventaja porque disfrutaban de una mayor seguridad en el trabajo, tenían consideración aparte en los contratos laborales y disponían de sus propios seguros mutuos. Otra diferencia entre los dos grupos residía en su concepción de la estructura social. Para los trabajadores industriales, la sociedad era una clara dicotomía entre los patronos, arriba, y ellos debajo, mientras que los *Angestellten* o empleados de oficina la veían como una jerarquía escalonada, con los jefes por encima de ellos, ellos en medio y el proletariado debajo.

Naturalmente, esta sensación de ocupar una posición media no era exclusiva de los trabajadores de cuello blanco, sino que se extendía a todos los grupos sociales intermedios durante la República de Weimar, con una intensidad rayana en la neurosis. Afectaba fuertemente a la gran masa de comerciantes al por menor, cuyo número había aumentado en un 25 por ciento desde antes de la guerra,[12] aunque no existía para ello ninguna justificación desde el punto de vista económico. Muchos tenderos, artesanos independientes, pequeños granjeros, etc., aspiraban a un status de clase media que estaba en contradicción con su situación económica. Durante la rápida expansión de mediados de los años veinte, cuando, según un criterio puramente social y teniendo en cuenta el trabajo realizado, 25 millones de alemanes pertenecían al proletariado, 45 millones de alemanes (casi las tres cuartas partes de la población total) vivían de unos ingresos que no excedían los de los proletarios.[13]

Con la adopción por parte de la ley del seguro de paro, en 1927, el movimiento obrero consiguió la aplicación de su programa básico. Los seguros de accidente, enfermedad y vejez estaban en vigor desde los tiempos de Bismarck, y a estas primeras medidas sociales la República de Weimar añadió los contratos laborales suscritos por el estado, las vacaciones pagadas y el derecho de asociación para la negociación de los convenios colectivos. (De 12 a 14 millones de trabajadores trabajaban bajo convenios colectivos.)[14]

El capital miraba con malos ojos estas conquistas de la clase obrera. Abundaban las quejas de los empresarios acerca de la pesada carga de las contribuciones sociales que soportaba la industria. Estas quejas estaban, en un cierto sentido, justificadas, pues los planes de seguridad social de Weimar concedían menos protección a los pequeños propietarios que a sus trabajadores. Sin embargo, aun cuando la clase obrera pudiera parecer el principal beneficiario de

la República, su esfera de acción efectiva estaba un tanto limitada. Así, la idea de sindicación obligatoria estaba totalmente ausente del pensamiento industrial de aquel período; explícitamente prohibida por la Constitución de Weimar, apenas se les pasaba por la cabeza a los trabajadores. La moderación de los sindicatos puede ser demostrada estadísticamente: durante los años 1927-1930, período de relativa prosperidad y aumento del empleo, el número de días de trabajo perdidos anualmente por conflictos laborales fue de 3,7 millones, sólo la mitad del total comparable de antes de la guerra.[15] El retroceso de la industria durante la guerra fue consecuencia en parte de la legislación laboral de Weimar, que llevó al gobierno a participar en todos los acuerdos salariales y estipuló un complicado procedimiento de conciliación antes de que pudieran ser convocadas legalmente las huelgas. Desde 1930 en adelante, no se produjo ni una sola huelga de carácter ofensivo, es decir, una huelga para sostener las reivindicaciones obreras o bien para prevenir los abusos de los empresarios, aunque, ya dos años antes, los industriales del acero del Ruhr habían declarado un lockout contra 250.000 trabajadores.[16] Aunque incapaces por entonces de vencer a los sindicatos, las asociaciones de empresarios consiguieron reducir el poder del gobierno para hacer obligatorios los convenios colectivos en todas las empresas de un ramo industrial. La industria se oponía a la participación estatal en el proceso de negociación de convenios colectivos, porque consideraba que el gobierno estaba, a priori, a favor de los trabajadores. Esta situación sufrió un cambio brusco en 1931-1932, cuando el gabinete Brüning se mostró dispuesto a favorecer las reducciones salariales como parte de su programa general deflacionista.

Por estos años, Weimar había entrado en su tercera y última etapa, y aunque el gobierno era aún ostensiblemente republicano, había dejado de ser democrático, en el sentido de que no disponía ya de apoyo mayoritario en el Reichstag. De hecho, el fin de la República de Weimar fue presidido por gobiernos autoritarios, tanto en el sentido de su actuación constitucional como en el de su carácter político. Este importante cambio de los grupos en el poder vino dado por el desastre económico. El crack de Wall Street de octubre de 1929 se había extendido al resto del mundo en un espacio de tiempo muy breve, y afectó a Alemania más duramente que a la mayoría de los países. Las cifras de desempleo subieron vertiginosamente * a partir de su ya inquietante nivel de antes de la Depresión; pero aun así ascendieron con menos rapidez que la popularidad electoral de Hitler: en las traumáticas elecciones de septiembre de 1930, la representación nazi en el Reichstag

* Entre septiembre de 1929 y septiembre de 1932, la cifra oficial de parados ascendió de 1,3 millones a 5,1 millones. Cf. Richard Grunberger, *Germany 1918-1945*, Londres, 1964, p. 81.

aumentó de la noche a la mañana de 12 diputados a 107.* Antes de que esta abrumadora mayoría de votos hubiera acabado con el gobierno, los intereses industriales y agrarios habían mostrado actitudes completamente divergentes hacia el estado. La industria había conseguido arrancar la economía del esquema tripartito de Weimar, para poder enfrentarse a los trabajadores sin el arbitraje del gobierno o el apoyo de éste a la parte más débil. En cuanto a la agricultura, continuaba manteniendo una actitud que arrancaba de 1879, bajo Bismarck, con el abandono del libre comercio, y se apoyaba fuertemente en el gobierno, que le proporcionaba protección y subsidios. Antes de la crisis, estas diferentes actitudes de la industria y de la agricultura hacia el estado no habían tomado abiertamente forma política, aunque, a título de aproximación, se puede decir que el absurdamente denominado Partido del Pueblo Alemán representaba los intereses industriales, mientras que el Partido Nacional de Hugenberg constituía el *lobby* agrario del Reichstag.

Repitiendo machaconamente argumentos del conservadurismo autoritario que cada vez guardaban menos relación con la realidad, el Partido Nacional había mantenido una obstinada oposición a la República. El Partido del Pueblo mostró mayor agilidad: siguiendo el modelo de conducta de los grupos de interés capitalistas en el período ascendiente del fascismo, al principio apoyó a la República, pero la abandonó en 1931 para abogar por el traspaso de poderes del Parlamento a un presidente casi dictatorial.[17] Hasta la crisis, los propios industriales habían ayudado generosamente con dinero a todas las fuerzas antimarxistas respetables, pero de 1931 en adelante centraron cada vez más su largueza en el pujante movimiento nazi.[18]

La industria, que se mostraba así dispuesta a enterrar a la República, no había sido en realidad tan duramente afectada por la Depresión como otras ramas de la economía, entre ellas la agricultura. Las fortunas de la agricultura alemana después de 1918 estaban entrelazadas. La agricultura se había beneficiado de la indiscriminada demanda de alimentos de la posguerra, y más tarde de la inflación que eliminó todas las deudas agrarias. Pero después de esto se produjeron cosechas extraordinariamente malas, y a finales de 1925 los agricultores vendían sus tierras a cualquier precio para conseguir dinero en metálico. Los precios cayeron por debajo de los niveles del mercado mundial, y se hizo imposible conseguir créditos a largo plazo.

El resurgimiento económico que siguió a la estabilización monetaria introdujo una diferencia de precios entre los productos manufacturados y los agrícolas, y en los últimos años veinte empeoró este índice de paridad entre los

* Entre las elecciones de 1928 y las de julio de 1932, el número de votos nazis aumentó de los 800.000 a los 13.750.000, es decir, del 2,16 al 37,3 por ciento del censo electoral. Cf. Karl D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Stuttgart, 1954, pp. 86-106.

elevados precios industriales dictados por los cártels y los precios agrícolas de tendencia descendente (fenómeno conocido como la "tijera de los precios"). Se estima que el 60 por ciento de los granjeros alemanes vivían ya de ingresos proletarios [19] cuando la Depresión vino a agravar una situación ya crítica; a diferencia de los industriales protegidos por cártels, los agricultores respondieron al descenso del poder adquisitivo de la población aumentando su producción, lo cual hizo bajar los precios aún más y dio lugar a una continua espiral descendente. Ya en 1926, la obligada venta de tierras por parte de los agricultores había superado el promedio de antes de la guerra,[20] y entre 1927 y 1932 casi 25.000 granjas fueron subastadas.[21]

En el conjunto de la agricultura del país, las tierras de los Junkers al este del Elba habían aumentado desproporcionadamente, y este estado de cosas continuó durante la República. La viabilidad económica de las propiedades del este del Elba había sido un problema ya antes de la guerra, y el corredor polaco creado por el Tratado de Versalles había hecho un corte a través de las compactas tierras de cereales de los Junkers y separaban la Prusia Oriental del Reich. Esto vino a agravar una situación ya difícil (a la que se añadió, después de la guerra, la caída del precio mundial del centeno).

La República aplicó una política de protección a la agricultura —sobre todo de las propiedades al este del Elba, que estaban amenazadas económica y estratégicamente— a base de impuestos sobre las tres cuartas partes restantes de la población alemana. Los elevados aranceles imperiales para proteger a los productores de cereales alemanes de la competencia de los bajos precios del extranjero fueron mantenidos, y se obligó al consumidor alemán a pagar precios más elevados en beneficio de los "13.000 terratenientes".[22]

El sistema de aranceles y subsidios iba contra la racionalización de las industrias de productos lácteos y vegetales en otras regiones agrícolas; estimulando la producción de forraje, el gobierno podía haber prestado una ayuda considerable a la ganadería pero "en lugar de ello, retuvo los aranceles a la importación de cereales y protegió así el sector más costoso y más capitalista de la producción agrícola".[23]

A pesar del apoyo estatal a las instituciones rurales de crédito, los grandes terratenientes obtenían préstamos en condiciones más favorables que los propietarios medios y pequeños. En total, los tipos de interés en la década de los veinte eran dobles a los de antes de la guerra,[24] y en el proceso de aumento de la producción, la agricultura alemana triplicó sus costes de trabajo de antes de la guerra. A pesar del considerable presupuesto estatal dedicado a la mejora de las tierras, la agricultura en su conjunto no aplicó un programa de racionalización que aumentase la producción y redujese los costes, sobre todo porque el costo de la maquinaria y de los productos químicos era fijado por la industria.[25]

En el punto álgido de la Depresión, los precios de los alimentos en Alemania eran aproximadamente el doble que en los demás países,[26] mientras que, paradójicamente, los agricultores alemanes tenían precios de producción no competitivos al obtener aumentos de productividad que daban lugar a ganancias cada vez menores. En aquel momento, la crisis específica del este del Elba se había agudizado tanto que la administración Brüning inició el programa de Ayuda al Este (*Osthilfe*),* una importante transfusión de sangre, financiada públicamente, a la moribunda economía Junker.

En sus intentos de soslayar los aspectos más importantes de la Depresión, Brüning provocó un proceso de grave deflación. Los salarios de los funcionarios, que habían sido considerablemente aumentados en la reciente fecha de 1927, fueron reducidos en proporciones de hasta el 15 por ciento durante el invierno de 1930-1931.[27] En 1931, asimismo, el gobierno decretó una reducción del 10 por ciento en los alquileres, así como en los precios,[28] y los salarios, que habían continuado subiendo después del estallido de la crisis en 1929, fueron reajustados a su nivel de 1927 por un decreto de excepción.[29]

Las autoridades trataron también —en aquel tardío momento— de solventar el problema de la cartelización, pero sin resultado.** La oportunidad de una acción efectiva en este terreno, es decir, de conseguir que los precios alemanes bajasen hasta el nivel del mercado mundial, había existido hasta las elecciones de septiembre de 1930, cuando el gobierno perdió el apoyo mayoritario en el Reichstag. Una administración minoritaria, dependiente de los poderes especiales que la Constitución concedía al presidente, no interesaba a la industria pesada, aunque ésta fue afectada también por la crisis. (Ésta había hecho que la productividad industrial global descendiera en un 42 por ciento; en algunos ramos, como la manufactura de bienes de producción, la producción se había reducido a la mitad.) [30] En 1932, esto había dado lugar a la existencia de 6 millones de parados, de los cuales menos de 2 millones cobraban seguro de desempleo; otro millón y medio eran alimentados por el Departamento de emergencia para el desempleo, y casi un millón setecientos cincuenta mil recibían la ayuda a los pobres de sus respectivos ayuntamientos. En total, había 850.000 personas [31] que no recibían ningún tipo de ayuda social.***

* El Acta de Ayuda al Este del 31 de marzo de 1931, aplicada por Brüning para aliviar los sufrimientos de los moradores de las provincias orientales, se convirtió en una fórmula de preservación del status socioeconómico de los Junkers. Franz Neumann, ***Behemoth***, Nueva York, 1942, p. 392.

** El decreto presidencia de emergencia que autorizaba al gabinete a anular los acuerdos de cártel existentes dio lugar solamente a la disolución del cártel del lignito. Franz Neumann, op. cit., p. 261.

*** La financiación del fondo de desempleo creado en 1927 se había basado en la cifra de 1,2 millones de desempleados. C. W. Guillebaud, *The Social Policy of Nazi Germany*, Londres, 1941, p. 13.

Las repercusiones de la Depresión se extendieron tanto más rápidamente cuanto que la inflación se había llevado los ahorros que podían haber amortiguado el golpe que recibieron las clases medias urbanas. (Un fenómeno que afectó específicamente a la baja clase media fue la invasión del pequeño comercio por trabajadores de cuello blanco desempleados que desesperadamente invertían sus ahorros y sus conocimientos de contabilidad en una profesión ya saturada.) Pero, extendiéndose más allá del terreno económico, la crisis hizo sentir su destructivo impacto en todas las zonas de la vida pública, pues los alemanes, más que los pueblos de otros países occidentales, acostumbraban a juzgar las instituciones por su efectividad, más que por sus méritos intrínsecos.

Según un criterio puramente pragmático, la República, afectada por la crisis y la estructura de creencias y prácticas democráticas sobre la que descansaba, había perdido el derecho a la existencia. Para hombres para quienes la industria y la tecnología se habían convertido en sustitutos de las divinidades en un universo secularizado y amoral, la paralización de la máquina de la industria tuvo un efecto comparable a la bomba de Nietzsche, al "Dios ha muerto" de cincuenta años atrás. Y la desorientación moral y política que sufría Alemania desde la guerra hizo que la Depresión, a diferencia de lo ocurrido en los demás países, adquiriera una significación mayor que la puramente económica.* Se formó una conciencia de *Endsituation* (situación límite), que presagiaba o bien el caos o bien una "ineluctable transformación".

Catorce años atrás, en un momento crucial comparable a éste, la izquierda había sido la fuerza motriz de la utopía. Pero ahora era la derecha la que marcaba la pauta. Según su ideología, la crisis era la culminación de toda una cadena de acontecimientos que incluía el movimiento patriótico de 1914, la transfiguradora experiencia de las trincheras, las inquietudes del *Jugendbewegung* (Movimiento de la Juventud) de antes de la guerra y, algo más lejana, la búsqueda del Santo Graal de la "alemanidad" emprendida por Wagner, Langbehn y Lagarde. Para los discípulos de estos profetas *völkische* (étnicos), para los nazis y los nacionalistas de Hugenberg la crisis era la manifestación visible del absceso de Weimar, que supuraba corrupción y traición, y que tenía que ser abierto por un brutal bisturí antes de que estallase en forma de revolución roja.

Alemania ha sido acertadamente descrita como una "nación rezagada",**

* "Alemania fue el único país industrial que experimentó una transformación política durante la Depresión, pero los Estados Unidos sufrieron aun más las consecuencias de la crisis. La cuestión de por qué la crisis económica dio lugar en Alemania a una dictadura no puede ser elucidada en el contexto de la causalidad económica." Karl Erich Born, *Moderne Deutsche Wirtschaftsgeschichte*, Colonia, 1966, p. 22.

** Cf. Henrich Plessner, *Die Verspätete Nation*, Kohlhammer Verlag, 1959.

y las innovaciones liberalizadoras de la República, al producirse más de medio siglo después del que habría sido su momento adecuado, prestaron a la República de Weimar un aire de invernadero. Aunque esto era un mal augurio para la estabilidad de sus instituciones, dio lugar a acontecimientos importantes en todos los órdenes.*

1918 presenció el fin del autoritarismo, y no sólo en el terreno político, sino en otros: en la vida familiar, en la educación y en las costumbres sexuales. La supresión de prohibiciones y tabúes liberó, especialmente en el campo de las artes, impulsos creadores, que atrajeron hacia Alemania la atención de Europa, en una medida nunca vista desde la época de esplendor del mecenazgo aristocrático, la que había producido un Goethe o un Beethoven. Pero, a diferencia de aquel primer florecimiento cultural, basado en una reducida clase acomodada, fenómenos como el expresionismo, la Bauhaus, o la música dodecafónica aparecieron en el contexto de un precario experimento democrático.

Los quince años que transcurrieron entre la apoteosis democrática del Reichstag y su destrucción presenciaron una explosión creativa. Por primera vez en la historia, Berlín rivalizó con París en el papel de Meca de los devotos de los nuevos estilos de arte y de las nuevas formas de vida.

Pero al mismo tiempo la moda de lo experimental y lo moderno provocó reacciones que convirtieron a menudo el mundo de las artes en un campo de batalla. Ya en 1920, la obra de Arthur Schnitzler *Der Reigen* (conocida por los aficionados al cine como *La Ronde*) fue motivo de desórdenes organizados y de demandas judiciales por supuesta inmoralidad.**

La novela de Franz Werfel *El culpable no es el asesino sino la víctima* se ganó epítetos tales como "exhortación a la anarquía moral". La teoría de la relatividad de Einstein se convirtió, a los ojos de estos mismos críticos conservadores, en una negación nihilista de los valores absolutos. Walter Hasenclever hubo de someterse a juicio por "socavar los valores cristianos" en su obra *Las bodas se hacen en el cielo*[32] y el artista Georg Grosz fue declarado culpable de blasfemia por mostrar a Jesús llevando una careta antigás en uno de sus sketches pacifistas, *Ecce Homo*.[33]

Pero fue la presentación de *El valeroso soldado Schwejk*, del checo Jaroslav Hasek, por Erwin Piscator, lo que constituyó la más escandalosa ofensa a la propiedad y al patriotismo.***

* Durante algunos de los años veinte, se publicaron en Alemania más obras inéditas que en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos conjuntamente. Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism*, Nueva York, 1937, p. 13.

** Para una exposición detallada de este célebre proceso, ver el capítulo sobre el tema de *Obszön*, de Ludwig Marcuse, Munich, 1962.

*** Cf. el periodista del trust periodístico de Hugenberg, Friedrich Hussong, que escribió: "Mujeres con escotes hasta el ombligo y diamantes en los zapatos chillaban

La situación del teatro en su conjunto ofrecía dos aspectos opuestos: mientras una minoría culta de aficionados presentía la inminente llegada de una edad de oro, bajo la égida de Reinhardt, Piscator y Leopold Jessner, sectores de público cada vez más numerosos veían en la escena —que Schiller definiera un día como "institución moral"— la plataforma privilegiada desde la cual dramaturgos desnaturalizados, contando con el apoyo entusiasta de la crítica judía ( y con la ayuda financiera del estado), se lanzaban al asalto de la herencia nacional y de la moralidad convencional. Se produjeron disturbios en las representaciones de *Hinkemann* (1923), de Ernst Toller, de *La viña alegre* (1926), de Karl Zuckmayer, de *Mahagonny* (1931), de Bertolt Brecht y Kurt Weill, y de muchas otras obras.* *La muerte de Danton,* de Georg Büchner, tuvo que ser retirada de los escenarios en 1924, porque los espectadores amenazaban con destruir el teatro cuando la orquesta interpretaba *La Marsellesa,* que formaba parte del acompañamiento musical de la obra.

Con el paso del tiempo, incluso algunos artistas de vanguardia sucumbieron al clima imperante. Piscator fue calificado de "pacifista Casco de Acero" por interpolar una incongruente "pantomima" militar en la obra antibelicista *Los rivales* (1928), en calidad de atracción para la taquilla, y la presentación en Berlín de la obra pacifista de Arnold Zweig *El caso del sargento Grischa,* en 1930, tuvo parecidos rasgos de incoherencia.

La escena y la pantalla mostraban una simultánea preocupación por la figura heroica del fundador, Federico el Grande. El culto a "Fredericus Rex" llegó a influir la obra de autores liberales: *Los doce mil,* de Bruno Frank, le presentaba como el hombre que frustró los planes de los príncipes dispuestos a vender a sus vasallos feudales como carne de cañón para la guerra americana de Jorge III. (De forma completamente gratuita, Hans Rehberg hizo que Cecil Rhodes, en una obra del mismo nombre, visitase el palacio de Sans-Souci, residencia de Federico, con la intención de inspirarse antes de tomar las decisiones cruciales de su vida.)

Los últimos años veinte vieron el declive de la edad heroica del cine alemán, representada por *El gabinete del doctor Caligari* y *Metrópolis.* Unas pocas obras maestras, como *El ángel azul,* constituyeron excepciones en un marasmo de tendenciosa épica histórica y militar y farsas de cuartel. Esta situación se produjo en parte porque el dirigente del Partido Nacionalista, Hu-

---

de placer ante las peores obscenidades. Cuando Schweik-Pallenberg desapareció en los lavabos para extraer sus *causeries* y *weltanschauliche* disquisiciones del pozo negro, mantuvieron sus costosos anteojos de ópera fijos en la puerta del reservado, para no perderse el exquisito momento de su reaparición en alguna forma de indecente *déshabillement*". Friedrich Hussong, *Kurfürstendamm,* Berlín, 1933, p. 62.

* Para más información, ver el folleto ciclostilado de Alfred Kerr *The Influence on Theatre and Film of German Nationalism during the Weimar Republic,* Fight for Freedom Publications, Londres, 1945.

genberg, controlaba la productora cinematográfica UFA, y en parte a causa de un cambio en el gusto y en el estado de ánimo del público. Las películas de "Fredericus" llenaban las salas durante meses y meses, pero cuando llegó a Alemania la versión cinematográfica americana de la obra de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente* (un *best-seller* tanto en Alemania como en otros países), los disturbios provocados por los nazis dieron lugar a que fuera prohibida en interés del orden público.

Las universidades eran la cuna tradicional de un chauvinismo que soportaba el peso de una derrota.* En 1919, el teólogo y rector de la Universidad de Berlín, Reinhold Seeberg, inició las exequias oficiales por los estudiantes muertos en la guerra con las palabras: "*Invictis victi victorii*" ("A los invictos, los vencidos que serán victoriosos").[34] En 1924, otro eminente teólogo y académico, Otto Procksch, rector de la Universidad de Greifswald, comenzó su discurso de apertura de curso con las palabras: "Todo lo que hemos traído de Versalles es un gorro con orejas de asno. Estamos *heerlos, wehrlos, ehrlos* (privados de nuestro ejército, de nuestra defensa y de nuestro honor).[35]

Aunque en su conjunto los académicos de Weimar eran más propensos al autoritarismo que a la democracia, un buen número de ellos se limitaban a vivir encerrados en su torre de marfil. Pero en un estado que se sentía profundamente inseguro de la lealtad de sus ciudadanos, la simple indiferencia era una forma de hostilidad.

Y no fueron la falta de sentido cívico y el revanchismo la más ominosa respuesta que provocó la crisis entre los académicos. Surgieron con gran ímpetu nuevas filosofías. La investigación metafísica acerca del bien y del mal fue sustituida por el historicismo, de forma que el único bien cognoscible pasó a ser el del momento presente. Un existencialismo pervertido intentaba trascender la crisis refugiándose en una certeza apasionadamente sentida que no necesitaba justificación racional. A través del desesperado compromiso de "la persona total", la irresponsabilidad fue sancionada como norma de vida.[36] Esta forma de pensar, que era en sí misma una negación del pensamiento, obtuvo buen eco entre los estudiantes.

En 1927, el 77 por ciento de los estudiantes prusianos votaron a favor de un estatuto de autonomía universitaria que excluía a los no arios de las asociaciones de estudiantes.[37] El demócrata Becker, ministro de Educación de Prusia, se vio en la triste obligación de negar a los estudiantes el derecho a la autonomía, que se proponían utilizar para fines antidemocráticos. En 1931, el apoyo al nazismo en las universidades era, proporcionalmente, doble del que tenía entre la población en general. Un incipiente clima de pogrom se

* En 1915, una declaración de noventa y tres eminentes académicos había exonerado a Alemania de la responsabilidad de la invasión de Bélgica. El mundo académico respaldó, por una mayoría de cuatro a uno, los objetivos expansionistas de los pangermanistas.

extendía por los colegios universitarios, y los pocos profesores de historia que hallaban analogías entre el tratado de Versalles y los de Brest-Litovsk y Bucarest, dictados por Alemania, fueron apaleados.* Para contrarrestar el creciente vandalismo estudiantil, se pidió a la conferencia de profesores universitarios de 1932 que hiciese una inequívoca declaración condenatoria. Este gesto fue criticado por el eminente pedagogo Eduard Spranger, que no era, por cierto, simpatizante del nazismo. "Yo consideraba que el movimiento nacionalista de los estudiantes era genuino en su esencia e indisciplinado solamente en sus formas. Así pues, habría sido perjudicial para la Universidad expresarse acerca de la oleada nacional sólo en forma infantil y desordenada, pues por entonces aquel movimiento aún llevaba en sí mucho de sano y daba lugar a las más esperanzadoras perspectivas." [38]

En el conjunto del país, esta "oleada nacional" dio lugar al colapso de la política moderada: el Partido Democrático fue liquidado y el Partido del Pueblo Alemán pasó de una cautelosa tolerancia de la República a una declarada oposición.

La oleada nacional extrajo una gran parte de su ímpetu de la tendencia anticapitalista de las masas pequeñoburguesas (citando a Gregor Strasser). Este sentimiento tenía poco que ver con el marxismo, y ha sido acertadamente descrito como el socialismo de los tenderos: ** los pequeños comerciantes afectados por la crisis, los artesanos, los pequeños agricultores y otros reclamaban al mismo tiempo los derechos de la empresa privada y la protección estatal ante los riesgos que aquélla comportaba. Su *Mittelstandsprogram* (programa para las clases medias) comprendía un monopolio comercial para los trabajadores autónomos, la prohibición de la venta al detall a las empresas industriales, la clausura de los talleres artesanales dependientes de grandes empresas,[39] la disminución de impuestos para los tenderos, una moratoria para los préstamos de los pequeños deudores,[40] el freno al desarrollo de las cadenas de grandes almacenes y cooperativas, y el control general del mercado en interés de "los pequeños".[41]

Entre la masa de tenderos, artesanos y granjeros perjudicados por la falta de crédito, los ataques de los nazis a la "esclavitud del interés" tocaban una fibra sensible. La expresión "esclavitud del interés" suscitaba una buena cantidad de alusiones llenas de odio a los bancos y prestamistas, al "sistema

* La universidad de Munich fue temporalmente cerrada en junio de 1930, después de que un grupo de agitadores echara abajo las puertas del aula donde daba una clase el profesor Nawiasky, lector de derecho internacional. Hechos similares se produjeron contra el profesor Gumbel, destacado pacifista de Heidelberg. Cf. Helmut Kuhn, op. cit., p. 37.

** Por David Schoenbaum en su excelente estudio *Hitler's Social Revolution*, Londres, 1967.

Manchesteriano" de economía liberal de la República y a los judíos como personificación de la usura (se les acusaba de ser ellos quienes tiraban de los hilos en el teatro de marionetas de la República).

La profunda ansiedad social y económica no encontró su chivo expiatorio en ninguna abstracción —como hubiera podido ser el sistema social o el mecanismo de mercado—, sino en un grupo social: los judíos.[42]

Los judíos se convirtieron en la personificación de todos los males que afligían al estado y a la sociedad en la etapa final de la República de Weimar, en una escala sin precedentes en la historia. Algunos destacados personajes judíos habían colaborado en la fundación de la República o habían desplegado actividad en la literatura, la prensa o el teatro, es decir, los campos en que se había desarrollado la batalla entre el orden y la libertad, entre el conservadurismo y la tolerancia. Los judíos se habían comprometido con el internacionalismo, la mayoría de ellos como partidarios de la Sociedad de las Naciones, y unos pocos como marxistas o pacifistas. Algunos practicaban el psicoanálisis, y otros propugnaban, en calidad de pioneros, nuevas maneras de abordar problemas tales como el aborto, la homosexualidad, la criminalidad o la penología.

Ante el relajamiento de la censura de la era weimariana, que permitió la publicación de revistas sobre lesbianismo y homosexualidad y la proliferación de discusiones y publicaciones acerca de todos los aspectos del sexo y de la psique humana; ante el aumento del número de abortos y la extensión de la prostitución juvenil, tanto femenina como masculina (hechos ambos condicionados por la situación económica); ante la actitud de algunas escuelas avanzadas, que incluyeron la educación sexual en sus programas y permitieron la formación de comisiones de alumnos que reclamaban la intervención en la gestión,[43] surgía la tentación de exclamar con Treitschke: "Los judíos son nuestra desgracia". Se hizo responsable a la "judeo-democracia" del culto por lo nuevo, lo llamativo y lo sensacional que se instauró en Alemania en los años veinte y que gravó al país con unos gastos en perfumería dobles a los de antes de la guerra,[44] extendió el hábito de fumar entre las mujeres,[45] centró la atención pública en las carreras ciclistas de seis días y aumentó el morboso interés por los juicios por asesinato. Pero la principal acusación contra los judíos era la de dominar la banca, los negocios, la propiedad inmobiliaria, el corretaje, el préstamo y el comercio ganadero.

Rodeados de hostilidad (o, en el mejor de los casos, de indiferencia), los judíos buscaron en vano defensores entre los políticos republicanos y en los medios de comunicación social. La que había sido influyente prensa burguesa había desechado el antisemitismo como anacrónico a principios de la era de Weimar, y se limitó en adelante a informar de los incidentes antisemitas sin hacer comentarios;[46] ahora se mostraba más inclinada a la discreción que a

la franqueza, alegando que los periódicos cuyos lectores no pertenecían a ningún partido debían evitar el partidismo.

La prensa de provincias tuvo una actuación similar: los directores tendían a medir la conveniencia de denunciar los pogroms según los efectos probables de tales denuncias sobre los ingresos de publicidad.[47]

También los políticos republicanos eludían el enfrentamiento directo con quienes suscitaban una y otra vez la "cuestión judía"; los demócratas alemanes de Weimar se parecían poco a los *dreyfusards* de una coyuntura histórica similar en la historia de la República Francesa.[48]

La gran crisis sorprendió a los partidarios de la República a la defensiva. El temor de provocar un choque que podía degenerar en una guerra civil llevó a los dirigentes socialdemócratas a ceder, en verano de 1932, ante la supresión ilegal del gobierno socialdemócrata del *Land* prusiano por el canciller Papen.* Su timidez pareció derivar del estado de emergencia existente en muchas áreas rurales, donde la extinción del derecho a redimir las hipotecas y el desempleo habían provocado ataques con bombas a los ayuntamientos e incendios de oficinas de recaudación de impuestos. Durante siete semanas del verano de 1932, las batallas campales entre facciones políticas enfrentadas causaron en todo el país 500 muertos o heridos graves.[49] Pero, por debajo de la fragmentada superficie del orden político, se mantenía una infraestructura de estabilidad, y los rasgos fundamentales de la situación no confirmaban las alarmistas premoniciones de caos.

A pesar de la violencia endémica en muchas ciudades, no se produjo un sólo caso de asalto e incendio al local de ningún partido por parte de sus adversarios. En 1932, en una conferencia interdepartamental, el ministro de Defensa, general Gröner, afirmó categóricamente: "No habrá guerra civil. Quienquiera que intente encenderla será aplastado con la máxima brutalidad",[50] y unos meses después él mismo impuso una prohibición temporal de uniformes políticos, que los miembros de las SA y de las SS obedecieron sin protestar.[51]

Las visiones de una revolución socialista procedían en parte de la imaginación y de los slogans de sus mismos partidarios, aunque de hecho la crisis sólo había elevado la proporción de votos comunistas de un 10,6 por ciento (en 1928) al 14,3 por ciento (en julio de 1932).[52] Los miembros del KPD no superaban, con toda seguridad, la cifra de 300.000, pero ésta era suficiente para aquellos que deseaban asustar a las clases medias y a la industria pesada y exhortarlas a apoyarles contra el peligro de Moscú. El espectro de Karl Marx

* "Un teniente y diez hombres bastaron para mandar a sus casas a los tribunos del pueblo", fue el burlón comentario de la eminencia gris de los Junkers, von Oldenburg-Janoschau, al incruento golpe por el cual el futuro vicecanciller de Hitler derrocó al gobierno Braun-Severing (cf. Ferdinand Friedensburg, *Die Weimarer Republik*, Hanover-Frankfurt, 1597, p. 153).

fue bien utilizado para inquietar a Alemania: cuando, en 1932, Werner Best, futuro comisario de la Gestapo, fue encargado de preparar el derrocamiento violento de la República, convenció hábilmente al tribunal —y a la opinión pública— de que los acusadores documentos de Boxheim no eran otra cosa que planes nazis para contrarrestar un golpe comunista.[53]

En agosto de 1932, Hitler utilizó su posición de máximo dirigente del partido más numeroso para conseguir la absolución judicial de cinco miembros de las SA, responsables del sádico asesinato de un comunista en la ciudad silesiana de Potempa. A pesar de esta identificación sin precedentes de un aspirante a la Cancillería con el más odioso de los delitos, uno de cada tres alemanes (el 33,1 por ciento del censo electoral) [54] votaron a favor de los nazis diez semanas después, en noviembre de 1932.

Aun negando al III Reich el carácter de inevitable que a veces se le atribuye, es difícil dejar de considerar ineludible el fin de la República de Weimar. La inmadurez política del pueblo alemán (especialmente de la élite), la deformación del sistema social y el mal funcionamiento de la economía se unieron para dar lugar a su colapso. Pero la forma concreta que tomó este colapso no estaba en modo alguno predeterminada. En Alemania (donde, por cierto, los verdugos desempeñaban su función con sombrero de copa y levita), los verdugos de la democracia hubieran podido llevar igualmente galones dorados que camisas pardas, pues los minoritarios gobiernos republicanos de 1932 se vieron ante la alternativa de instaurar una rígida dictadura presidencial apoyada por las armas o someterse al movimiento nazi, de amplio apoyo popular.

La vía adoptada el 30 de enero de 1933 (el día de la llamada "toma del poder") era, de hecho, la más democrática, por absurdo que esto pueda parecer. Aunque Hitler no pudo dar a Alemania el anunciado Milenio, la arrastró, a pesar de sus débiles protestas, a la era de las masas.

# 2

# EL TERCER REICH: PANORAMA GENERAL

Los nazis evocaban incansablemente "la ley según la cual habían comenzado a agruparse", y, como se puede decir de este régimen más que de cualquier otro que en su principio estaba también su fin, vale la pena examinar esta ley inicial.

Se trataba de un híbrido de voluntad popular y *fiat* autoritario: populista en virtud de la masiva adhesión a Hitler, y autoritario porque la investidura de éste había venido de manos de Hindenburg.

Así, el Tercer Reich comenzó a existir ostentando unos atributos que se excluyen mutuamente: pertenecía simultáneamente a la historia germano-prusiana y a la era de las masas. (Esta paradoja quedaba resuelta por la semántica: en alemán, la palabra *Volk* significa al mismo tiempo "pueblo" en el sentido radical-democrático y "pueblo" en el sentido racial.)

Una característica y rimbombante definición nazi de los acontecimientos de 1933 fue *Volkwerdung,* monstruosidad lingüística que significaba "conversión de un pueblo en sí mismo". Medio siglo atrás, el filósofo "alemán puro" (*völkische*) Lagarde había escrito: "El conjunto de los votantes no constituye un pueblo, de la misma manera que una tela y unas moléculas de color no constituyen una pintura de Rafael". Y ahora, irónicamente, Alemania encontraba a su super-Rafael en un estudiante de arte fracasado capaz de estructurar 65 millones de átomos en una nación. Otra metáfora aplicada a la revolución nazi fue la de "oleada nacional", aludiendo al retorno de la marea patriótica de 1914. Diecinueve años después de que los nazis llevaran a la práctica la ferviente declaración del Kaiser: "De ahora en adelante no reconoceré más a los diferentes partidos; sólo reconoceré a los alemanes", borrando del mapa a los partidos políticos, resucitó la guerra mundial entre alemanes

y no-alemanes en forma de guerra civil entre alemanes e in-alemanes y reencarnó la mística comunión militar de las trincheras en su proyectada "comunidad del pueblo".

"Comunidad del pueblo", slogan usado constantemente para prometer una sociedad que habría superado el enfrentamiento entre poseedores y desposeídos, se adaptaba mal a la estructura de clases del Tercer Reich, que no había sido modificada. El alcance del anticapitalismo gubernamental quedaba indicado por el techo del 6 por ciento sobre los beneficios distribuidos.

Generalmente, esta contradicción no era percibida, merced a la propaganda nazi y al impacto de la Depresión en la conciencia colectiva: el pueblo alemán estaba demasiado ocupado pensando si desaparecería el pastel nacional para atender a la distribución de los pedazos.

Apoyado por los círculos de negocios y beneficiario casual del primer ascenso del ciclo económico posterior a la Depresión, el régimen emprendió un programa masivo de creación de puestos de trabajo —proyectos de obras públicas, subvenciones para la reparación de edificios, etc.— que hizo descender la cifra máxima de desempleados (6 millones) en más de un 40 por ciento en el espacio de un año.[1]

Las medidas nazis para crear puestos de trabajo tuvieron dos tipos de repercusiones: aparte de proporcionar beneficios materiales a los trabajadores, transformaron el clima psicológico de una sociedad industrial que, más que ninguna otra, había identificado crisis económica y catástrofe existencial.

Al cabo de tres años, y debido, en parte, a la preparación de la guerra, había más alemanes con trabajo que en 1928, el año más próspero de la expansión anterior a la Depresión.

En ese momento, sin embargo, la mejora psicológica general era ya más importante que las ventajas materiales alcanzadas, pues se negó a los trabajadores el derecho de luchar por sus intereses en la nueva situación.

En la primavera de 1933, los sindicatos —en un intento de nadar con la corriente— ofrecieron voluntariamente al régimen su cooperación (como habían hecho ya las iglesias, los partidos políticos no marxistas, los claustros de las universidades, las asociaciones profesionales amantes de la navegación en aguas plácidas, y otros aspirantes a la navegación por la "oleada nacional").

La oferta de los sindicatos fue rechazada con desprecio. El régimen aplastó lo que quedaba del movimiento sindical a partir de la monumental celebración del 1 de mayo de 1933, en la cual los trabajadores desfilaron hombro con hombro con sus patronos, en medio de bendiciones clericales y del lacrimoso entusiasmo de la clase media. Pero esto no estaba en contradicción con el proceso de *Volkwerdung*. Al fin y al cabo, la nación, tal como ahora se la definía, no estaba compuesta por todos los alemanes, sino sólo por aquellos que verdaderamente *se sentían* alemanes. Como cómplices del crimen de la

lucha de clases, los sindicalistas quedaban, por definición, excluidos del pueblo. Al principio, la toma del poder por parte de los nazis casi podía definirse mejor como la victoria de una mitad del país sobre la otra mitad (en las elecciones del 5 de marzo de 1933, los nazis y sus aliados nacionalistas consiguieron el 51 por ciento de los votos emitidos) que como una reintegración nacional.

Del 6 de marzo en adelante, una ola de conversiones fue transformando el casi total equilibrio de fuerzas que mostraron las urnas en una relación de aplastante mayoría a favor de los nazis. Gentes que habían votado demócrata toda su vida se decían unos a otros —y a sí mismos— que el nacionalsocialismo era la doctrina que habían buscado siempre. Profesiones enteras (los funcionarios y los enseñantes, por ejemplo) sintieron una irresistible compulsión a entrar en el Partido.*

Hombres que regresaban del trabajo se encontraban con que sus esposas, por propia iniciativa, habían ido a comprarles uniformes del partido, esperando que aquella inversión les proporcionase abundantes dividendos en el futuro. El oportunismo estaba a la orden del día. Pero no todo era oportunismo. Había profesionales con conciencia social que ingresaban en las SA con el fin de codearse con gentes de origen social bajo. Hubo bandas de música que se convirtieron como un solo hombre, en bandas militares de las SA, y admiradores de dichas bandas que seguían el ejemplo y se afiliaban al nazismo. Algunos ingresaron en el Partido para "evitar lo peor", y unos pocos, incluso, para transformarlo desde dentro.

Aun así, quedaban todavía, como objetos potenciales de ataque y denuncia, un número considerable de enemigos del régimen, hombres comprometidos por su pasado o que aceptaban con demasiada frialdad el presente.

La situación de 1933, de unificación y, simultáneamente, de guerra civil, demostró ser un estímulo emocional muy potente. Alexis de Tocqueville había escrito un siglo antes: "En Alemania no hay revoluciones, porque la policía no lo permitiría", y ahora la transformación radical de la República de Weimar en el Tercer Reich proporcionaba una oportunidad única de disfrutar al mismo tiempo del estremecimiento liberador de un cambio y de la tranquilidad de la protección policial. A través de toda su existencia, el Tercer Reich continuó ejerciendo esta atracción inicial sobre el infractor de la ley (por no decir sobre el criminal) y sobre el policía que dormitaba en el pecho de cada ciudadano.

La antítesis entre el policía y el criminal es susceptible de resolución en un plano superior: en la persona del soldado, que une en una síntesis respetable el apoyo a la ley en su país y su quebrantamiento en el extranjero. Esto,

* Para más detalles, ver los capítulos sobre el Partido (p. 67), el cuerpo de funcionarios (p. 142) y la educación (p. 303).

por supuesto, no era la única razón de la fuerza del ideal militar en la Alemania nazi: estaban también las extendidas ansias de revancha por la Guerra Mundial y —conscientemente o no— la obediencia a la ley según la cual el país se había unificado por primera vez. Mientras en la década de 1860 la unificación italiana fue acompañada de una insurrección popular, el único aglutinante efectivo del Reich había sido la guerra. Esta circunstancia originaria contribuyó a la falta de preocupación de la opinión pública cuando el gobierno de la ley fue suplantado por la ley marcial, y a su visión del Führer como Comandante autorizado a tomar, a título preventivo, arbitrarias medidas de guerra en tiempo de paz.

En un principio, a causa de su orientación hacia la guerra, el régimen se mostró circunspecto en su actitud hacia el único brazo armado de la nación, la *Reichswehr*. Como ocurrió con otras instituciones ya existentes cuando los nazis subieron al poder, la *Reichswehr* fue englobada en el estado nazi sin que fuera modificada su apariencia exterior y, al cabo de dieciocho meses de la toma del poder, el régimen mostró en dos ocasiones su deseo de no herir las susceptibilidades militares: una vez en forma de farsa y la otra en forma de tragedia.

El 23 de marzo de 1933, en la capilla de la guarnición de Potsdam, un Hitler con chistera y levita expresó teatralmente su sumisión a Hindenburg ante el ataúd de Federico el Grande y en presencia de las apretadas filas de la nobleza prusiana. El 30 de junio de 1934, diezmó la jefatura de las SA (que había intentado, sin éxito, hacerse con el control del ejército), como demostración de su propósito de respetar la autonomía de la *Reichswehr*. En adelante, los nazis emplearon tres métodos para convertir en instrumento del régimen la no muy reacia *Reichswehr*: dilución, decapitación y corrupción. El reclutamiento dio lugar a la entrada masiva de elementos cada vez más influidos por el adoctrinamiento nazi en un cuerpo cuyo reaccionarismo había sido hasta entonces homogéneo; en consecuencia, el apoyo a Hitler se fue extendiendo de abajo a arriba, desde las clases de tropa y el cuerpo de oficiales más jóvenes en adelante. Una vez infiltrada la base de la pirámide militar, el régimen la truncó destituyendo al ministro de la Guerra, Blomberg, y al jefe de estado mayor del Ejército, Fritsch, con acusaciones falsas. Al mismo tiempo, la mayoría de los mandos superiores se dejaron corromper por ascensos (o simplemente sobornar por dinero) y se prestaron a servir al régimen como autómatas uniformados. Durante este complejo proceso, no se alteró apenas la imagen exterior del ejército, y el pueblo, acostumbrado a ver en él un pilar del estado, siguió teniendo una clara sensación de continuidad con el pasado.

Esta sensación de continuidad se vio reforzada por la aparente permanencia del cuerpo de funcionarios, el cuerpo jurídico y las universidades, instituciones cargadas de tradición que el régimen se propuso asimismo transfor-

mar, y que consiguió adaptar a sus propósitos con una sorprendente economía de medios.*

La aureola de aparente continuidad envolvió no sólo a los organismos del estado, sino también a su misma cabeza. Las fotografías del Gabinente del Reich de 1933-34 muestran a un número reducido de camisas pardas junto a una falange de nacionalistas de Hugenber vestidos de levita y a los burócratas "sin partido"; e incluso entre los nazis había uno que podía alardear de impecables antecedentes: Herman Goering, el muy condecorado as del aire, era hijo de un antiguo gobernador del África sudoccidental alemana.

El cuerpo diplomático, obstinadamente, continúo efectuando su reclutamiento en el mismo círculo privilegiado de siempre: el 0,74 por ciento de la población a quien el prefijo noble *von* distinguía del restante 99 y pico por ciento. Los jueces de los tribunales, los sacerdotes del púlpito, los profesores de las cátedras, los ídolos de la pantalla y los atletas de las pistas continuaron siendo, básicamente, los mismos de antes. Incluso los periódicos burgueses como el *Frankfurter Zeitung* siguieron apareciendo, tamizando las nuevas y crudas realidades del mundo nazi en el tradicional filtro de su actitud distante.

En el terreno militar, la continuidad con el pasado no fue sólo mantenida, sino activamente intensificada, con la creación por parte del régimen de un ambiente de brillantez militar evocador de las maniobras del Imperio, de aquellos memorables días de la *belle époque* de los Hohenzollern, nostálgicamente recordados. La reintroducción del reclutamiento en 1935 creó otro vínculo con la tradición: el servicio militar había formado parte del modo de vida alemán desde tan antiguo como los hombres recordaban. El reclutamiento no fue sólo bienvenido como origen de triunfos en política exterior (como fue la remilitarización de Renania) y como un paso hacia la anulación del Tratado de Versalles; además formaba parte del folklore popular la creencia de que la educación de un hombre no era completa sin la disciplina de los cuarteles.

Esto —además del descontento por la vagancia juvenil, fenómeno tan habitual durante la Depresión— determinó también la reacción pública ante el Servicio de Trabajo, de seis meses de duración, obligatorio para los jóvenes de dieciocho años. (Al mismo tiempo, no obstante, el *Reichsarbeitsdienst* —Servicio Nacional de Trabajo—, ejército armado de palas y obsesionado por el entrenamiento, con su rudo y antirreligioso ambiente y sus instructores poco capacitados, suscitaba la desconfianza de los padres, al igual que la SA y las Juventudes Hitlerianas, y la Wehrmacht era generalmente considerada como un correctivo a estos defectos de la educación.)

Pero no eran estas las únicas razones de la respuesta afirmativa del pueblo

* Véanse también los capítulos sobre el cuerpo de funcionarios (p. 142), la justicia (p. 130) y las universidades (p. 323).

a las medidas de remilitarización adoptadas por los nazis. El concepto de orden supranacional subyacente en la Liga de las Naciones Covenant carecía de toda credibilidad a los ojos de los alemanes, y no sólo porque dicha asociación fuese vista como una consecuencia del sistema de Versalles. A nivel filosófico, el concepto de ley supranacional chocaba con la idea de Ranke según la cual el estado no era "una subdivisión de algo más general, sino una entidad viva, individual y única".[2]

El dogma del sagrado egoísmo del estado se fundía con el síndrome *Deutsche Michel,* es decir, la imagen que los alemanes tenían de sí mismos como ingenuas e inocentes víctimas de la perfidia extranjera. Llevado a la última conclusión, eso implicaba que Alemania sólo podía superar su incapacidad para las maquinaciones diplomáticas recurriendo al lícito uso de las armas.

Los alemanes se veían a sí mismos como una nación agraviada por la historia, y tenían intención ahora de vengar ese agravio. Una vez introducidos en el inmoral terreno de la política, no dejarían que objeciones de carácter "moral" les apartaran de la obstinada defensa de sus intereses. El concepto de moralidad como elemento a tener en cuenta en las relaciones internacionales les parecía a la mayoría de ciudadanos del Tercer Reich farisaico o, todo lo más, bueno para otras latitudes.

Al examinar las actitudes que tomaron los alemanes ante la política interior de su país, podemos hacer nuestra una frase de Goethe: "Preferiría cometer una injustica a soportar el desorden". Sería difícil hallar un comentario más adecuado a la actitud de los millones de personas que habían votado por Hitler después de que éste se declarara solidario de los asesinos de Potempa, en agosto de 1932. En ese año, cinco elecciones —a escala nacional o provincial— obligaron a los votantes a tomar un gran número de decisiones. El desconcierto de aquellos hombres y mujeres ante la situación fue expresado en la dolida exclamación de Gerhart Hauptmann: "¡Si al menos la vida no exigiera de nosotros más soluciones!".[3]

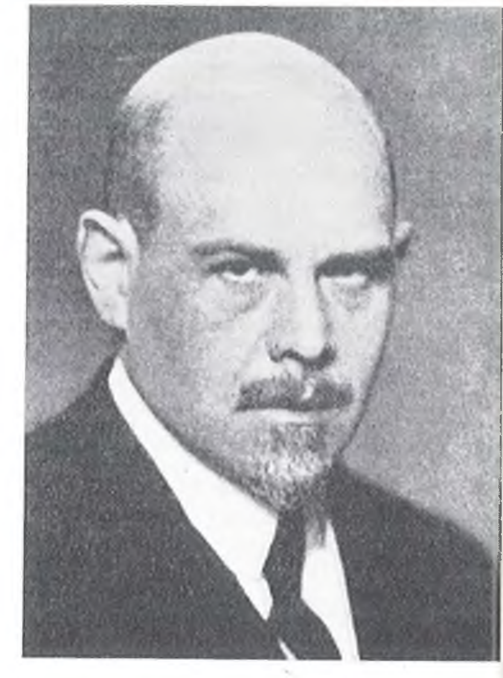
Pero este "miedo a la libertad" perdió pronto su razón de ser. La destrucción de los partidos políticos, de los sindicatos y de la prensa fue presentada como la vía hacia una era de *Konfliktlosigkeit,* en la cual serían inconcebibles trastornos serios. Tal seguridad —además de la eufemística descripción hecha por Hitler de la toma del poder como "incruenta"— creó un clima de aparente tranquilidad que no perturbaron siquiera acontecimientos tan graves como la creación de campos de concentración. La indiferencia con respecto a dichos campos no se debió simplemente al temor de la población y a su parcial ignorancia. Las polémicas en la prensa, que se remontaban a los primeros años veinte,[4] sobre los "campos de reeducación" (adonde el estado podía legalmente relegar a los "elementos extraños y nocivos") habían preparado el terreno durante largo tiempo a Dachau y Buchenwald.



*Por el fuego y la sangre:* tal era la divisa de Bismarck (sentado a la derecha), fielmente servida por el general Moltke (izquierda), en su exaltado nacionalismo.



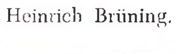
Friedrich Ebert, primer presidente del Gobierno alemán (1919).



Dr. Walther Rathenau, ministro judío asesinado en 1922.

Eduard Spranger.





Heinrich Brüning.

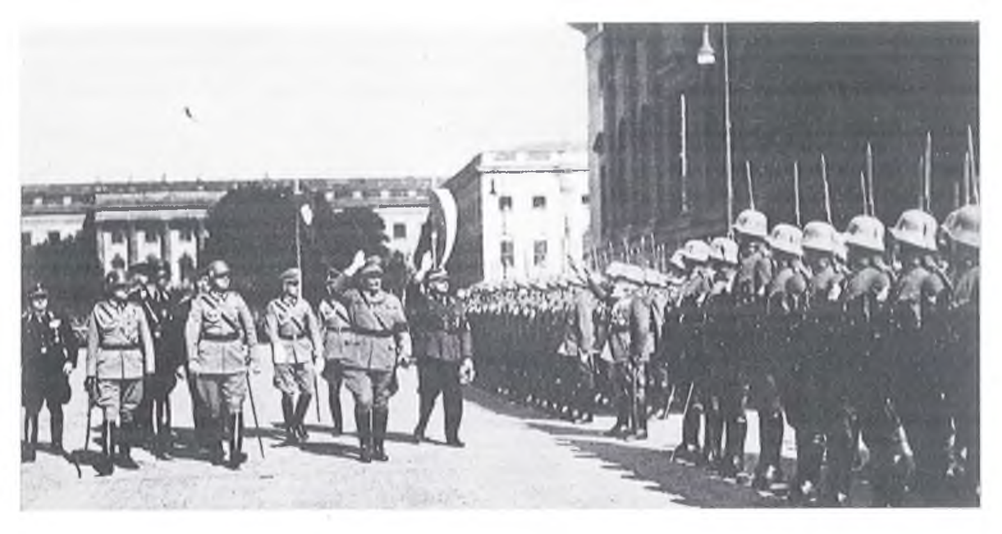


Franz Von Papen y el general Schleicher, asesinado en 1934.

La inflación destruyó durante largo tiempo la economía alemana.



25 de febrero de 1934. El canciller Adolf Hitler saluda al presidente del Reich, mariscal Von Híndenburg, a la salida de una sesión necrológica.



Hermann Goering, jefe del arma aérea.

Colonia, luego de los bombardeos masivos de la aviación anglo-norteamericana.

Botadura, en febrero de 1939, del acorazado "Bismarck".

Pronto el bullicio de las cervecerías se vería sellado por la guerra.

Fiel imagen de una Alemania nazi íntegramente militarizada.

Goebbels con su esposa en 1932.



El jefe del partido nazi de Holanda, Adriaen Mussert, entrega a Rudolf Hess, en 1941, un álbum sobre las luchas de su movimiento.

Muchos alemanes, convencidos del derecho preferente del estado sobre las vidas de los ciudadanos,[5] absolvieron al jefe del estado de sus crímenes. Aun viviendo sometidos al sistema gubernamental más rígidamente estructurado de la historia de Occidente, conseguían disociar las atrocidades que cometía el estado del hombre situado a su cabeza, actitud mental que se expresaba en tópicos hipócritas como: "Todo esto es culpa de los pequeños Hitlers" o "Si Adolf se enterara de esto...".[6]

El régimen daba frecuente satisfacción a aquellos de sus súbditos que querían ser engañados, llegando a veces a organizar ridículos juicios en los cuales unos cuantos de los miles de participantes en la Noche de Cristal —la orgía de saqueo e incendio de propiedades judías que tuvo lugar a escala de todo el país en noviembre de 1938— fueron acusados de allanamiento de morada y robo y condenados a sentencias irrisorias.

El pogrom de noviembre constituyó además un ejemplo de cómo los nazis llegaron a dotar de significados nuevos a palabras y expresiones del idioma alemán, en este caso la palabra "orden". Las multitudes que contemplaban el atávico espectáculo de las sinagogas en llamas no podían por menos de quedar impresionados por la eficiencia de los servicios públicos (policía y bomberos) al evitar la extensión de las llamas desde las propiedades judías a las zonas arias adyacentes.* "Orden" pasó a significar, cada vez más, la minuciosa regulación de la dosis de violencia necesaria a los propósitos del régimen en cada situación concreta.

La modificación de las palabras reflejaba una modificación de la conciencia. Gerhart Hauptmann, cuya reacción inicial ante la subida al poder de los nazis había sido: "¡Ah, esos pocos judíos polacos! Por el amor de Dios, eso no es tan grave. Todas las revoluciones empiezan llevando las heces a la superficie",[7] le dijo a un amigo en 1938: "Ese condenado austríaco, ese ayudante de decorador ha arruinado a Alemania. Y mañana le tocará el turno al resto del mundo... Esta mierda de perro extenderá la guerra por todo el mundo; este miserable actor de pacotilla, este verdugo nazi nos está arrastrando a una conflagración mundial, a una catástrofe". Al preguntársele por qué seguía viviendo en Alemania si pensaba así, Hauptmann exclamó agitado: "Porque soy un cobarde, ¿comprende usted? ¡Soy un cobarde, un cobarde!".[8]

Esta forma de desintegración de la personalidad resultaba de la situación en que se hallaban los disidentes: estaban rodeados de hostilidad. Por encima de ellos estaba la Autoridad, con su arsenal de elementos disuasores, que iban desde la privación de medios de subsistencia hasta la privación de la vida

* En 1943, los ciudadanos de Varsovia que vivían junto al ghetto quedaron igualmente impresionados cuando los soldados alemanes les advirtieron de que debían abrir las ventanas para evitar la rotura de cristales durante la voladura con dinamita del barrio judío.

misma.* Y a su alrededor tenían el gran lugarteniente de la Autoridad: la Opinión Pública. (Por ejemplo: en las grandes festividades del calendario nazi, en que se esperaba que las fachadas de todos los edificios estuvieran cubiertas de banderas con la esvástica, los funcionarios locales del partido no tenían necesidad de ir casa por casa a intimidar a los refractarios; los pocos vecinos que no colgaban banderas de sus ventanas eran invariablemente reprendidos por los demás inquilinos que les acusaban de hacer quedar mal "a toda la casa".) El conformismo y la actitud inquisitiva de la mayoría aseguraba que los ciudadanos poco leales al régimen vivieran en un constante estado de temor a los delatores anónimos, temor al que a veces se añadía un elemento de autosugestión.

La autosugestión era un elemento crucial en el proceso de condicionamiento totalitario. La adaptación a las formas de conducta exigidas se producía a menudo como anticipación de las órdenes oficiales, más que como consecuencia de ellas. Mientras el castigo aplicado a los delitos no estaba definido como tal en las leyes, ocurría que, en apariencia, los ciudadanos obedecían los mandatos del estado por su propia voluntad, pues lo que determinaba inmediatamente su conducta no era la promulgación de ningún *ukase* sino su sensación de inquietud. Esta progresiva limitación de la autonomía individual podía imponerse con notable facilidad en una sociedad en la cual la propia estimación del individuo no derivaba tanto de su sensación de libertad como de su función profesional o de su papel dentro de la familia. Este hecho contribuye también a explicar la preferencia de la nación por un buen gobierno (es decir, un gobierno eficaz) antes que por el autogobierno. Se daba, además, una carencia de anticuerpos capaces de resistir el contagio de la ideología nazi. La oposición habría necesitado una contra-ideología viable, más allá de la simple no aceptación de la doctrina corrientemente impuesta. Pero los recuerdos de la debacle republicana pesaban obsesivamene sobre todas las opiniones políticas; ni siquiera los socialdemócratas, situados ahora en la ilegalidad, se planteaban un retorno a los mecanismos de Weimar después de la eventual desaparición de Hitler.

Aunque, desde todos los puntos de vista racionales, los alemanes habían sido infinitamente más libres en los días de la República, las invocaciones nazis a la libertad no sonaban a hueco en sus oídos: la palabra ya no significaba libertad *per se*, sino su libertad de ser alemanes a expensas de los intereses de todos los no-alemanes.

* En Dachau, el método del régimen para reducir a los prisioneros a simples números a los ojos de los guardias consistía en recomendarles que no disparasen contra ellos porque cada bala costaba tres pfennigs. Los guardias quedaban impresionados ante el poder del estado que tan fácilmente disponía de las vidas humanas. Cf. Bruno Bettelheim, *The informed heart*, Londres, 1961, p. 241.

"En Tu servicio está la perfecta libertad" (en lugar de Dios, léase el Estado). Por esta idea, la renuncia a la autonomía por parte de 65 millones de individuos se convirtió en un acto de autosacrificio colectivo en aras del bien nacional.

El tema de la "nobleza del sacrificio" aparecía constantemente, pues el Tercer Reich, invirtiendo el proceso de secularización del Estado y de la vida pública realizado por la Ilustración, volvió a espiritualizarlos. Un vecino de Eichkamp (un barrio de Berlín) hablaba de los años medios de la década de los treinta en estos términos: "Era sólo Adolf Hitler quien había introducido en Eichkamp la idea de la existencia de cosas como la providencia, la justicia eterna y el Dios todopoderoso. Por aquellos años se hablaba mucho de estos poderes invisibles. Se iniciaba una era de piedad".[9]

Estas transformaciones espirituales tenían su correspondencia en el mundo de la estética. La música de Beethoven servía de fondo a los discursos radiados de los dirigentes nazis, y la peregrinación anual de Hitler a la tumba de Wagner en Bayreuth se convirtió en una parte tan importante de la escena pública como la apertura del Parlamento en Gran Bretaña. La Cancillería del Reich recordaba un templo clásico; las oficinas de Correos nuevas estaban decoradas por estatuas de jóvenes desnudos portadores de llameantes antorchas. Un resplandor helénico envolvía el paisaje del Tercer Reich.

El espíritu del "clasicismo" lo impregnaba todo. El roble predilecto de Goethe, a algunos kilómetros de Weimar, fue elegido como centro alrededor del cual se construyó el campo de concentración de Buchenwald. Influido por la idea clásica de destino ineluctable, el hombre de la calle llegó a creer que los acontecimientos políticos habían sido también dispuestos por aquel destino. Dado que los accidentes de la existencia humana se consideraban emanados de la naturaleza y no de la sociedad, el Tercer Reich se convirtió en una manifestación de la naturaleza, como pudiera ser una marea o un eclipse lunar.

Y, al igual que estos cataclismos, el Tercer Reich fue ante todo un hecho dramático. El descenso del índice de criminalidad registrado a partir de 1933,* aunque debido en parte al resurgimiento económico y a la desviación de la agresividad por cauces tolerados, tenía por causa fundamental el hecho de que la participación indirecta en el gran drama que se desarrollaba en la escena política absorbía unas energías que, en circunstancias normales, habrían encontrado salidas antisociales.

* En 1932, los tribunales alemanes habían dictado sentencia contra 691.921 delincuentes; en 1933, se produjo un descenso de 100.000, y en 1937 (único año en que la amnistía para delitos leves no deforma el panorama estadístico) la cifra fue de 504.093. Cf. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944*, Franz Ehrenwirth, Munich, 1949, p. 633.

Al mismo tiempo, la conciencia social de los ciudadanos era bombardeada con exhortaciones de signo caritativo. "El bien público antes que el privado" se convirtió en un tema omnipresente de la vida pública. Esta manipulación del "síndrome samaritano" beneficiaba a casi todo el mundo: a los receptores, los nazis, cuyo poder hipnótico sobre la masa consistía en estimular alternativamente las emociones agresivas y las lacrimosas, y a los donantes, que se deleitaban, felices, en aquella autonegación socialmente aprobada.

En Eichkamp, los preparativos para la primera "Comida de plato único" —la comida mensual sin carne oficialmente recomendada, mediante la cual se ahorraba una pequeña cantidad de dinero que se aportaba a la Ayuda Invernal— engendraban profunda satisfacción. Los grumos de la sopa de cebada llenaban de emoción la garganta de los comensales, transmitiendo (por las papilas del gusto) sensaciones de comunidad del pueblo, grandeza y festiva camaradería.[10] Estas jornadas periódicas de abstinencia constituían un ejemplo de la intromisión del régimen en la vida privada de las personas, aunque su relativa infrecuencia (había sólo seis días de plato único al año, entre septiembre y marzo) convirtiese en algo poco importante esta forma concreta de ingerencia. Hasta el estallido de la guerra, la mayoría del pueblo alemán tenía la impresión de que, dentro de las paredes de sus casas, la vida no había cambiado prácticamente en nada, aunque fuera de aquéllas, sobre todo en el lugar de trabajo, pocos podían eludir la obligatoria participación en las actividades —procesiones, mítines, cursos de capacitación— del gigantesco Frente Alemán de Trabajo o de otras filiales del partido nazi.

La mayoría de los alemanes no conocieron nunca el constante temor al timbrazo en plena madrugada, y juzgaban simplemente molestas las frecuentes visitas diurnas, como la monótona aparición en el umbral de la puerta de los postulantes de la Ayuda Invernal y del Bienestar del Pueblo. Otros visitantes oficiales —y oficiosos— eran los responsables de bloque, propensos al *Suppentopfschnüffelei* (al destapar los pucheros para ver qué se cocía en ellos), y los responsables de la defensa pasiva, que ejercían su derecho a entrar en las casas en busca de materiales inflamables que pudieran estar almacenados en los cuartos trasteros. A medida que la situación política se iba haciendo más tensa, estos importunios se hicieron más activos.

Pero existía, naturalmente, una minoría no despreciable de ciudadanos para quienes la penetración del régimen en todos los terrenos de la vida resultaba insoportable. El miedo que sentían a revelar sus auténticas opiniones tomaba muchas formas. Algunos se abstenían de ir a esquiar en sus días libres por temor a hablar en sueños mientras dormían en los refugios colectivos; otros evitaban someterse a operaciones por temor a delatarse bajo los efectos de la anestesia.[11] El jefe del Frente Alemán de Trabajo, Robert Ley, observó complacido: "Hoy en día, la única persona que tiene aún vida privada en Alema-

nia es una persona que duerme". Pero incluso el sueño reflejaba las inquietudes de la vida bajo aquel régimen. Un empleado de oficina soñó que se decidía por fin a formular a las autoridades una queja sobre la situación política. En su sueño, introdujo en un sobre una hoja de papel en blanco, y se sintió orgulloso de haber llevado adelante su propósito y profundamente avergonzado al mismo tiempo. Un ama de casa soñó que un miembro de las SA registraba su piso en busca de material subversivo, y que, cuando el hombre abría la ventanilla de la estufa, ésta se ponía a repetir con voz ronca todas las conversaciones "desleales" que la familia había mantenido en una u otra ocasión.[12] A veces, el subconsciente prefiguraba la futura sumisión: había personas contrarias al régimen en cuyos sueños aparecía ya el saludo con el brazo en alto, los taconazos y el fanático saludo, aun antes de tomar la decisión consciente de claudicar y unirse a la colectiva sumisión a Hitler.

El "saludo alemán" fue un poderoso instrumento condicionante. Muchas personas que habían decidido adoptarlo como signo externo de conformidad experimentaban una inquietud de tipo esquizofrénico ante la contradicción entre sus palabras y sus sentimientos. Privados de decir lo que creían, trataban de establecer su equilibrio psíquico haciéndose creer a sí mismos, a nivel consciente, lo que decían.

Pero, para la mayoría de los ciudadanos, las alabanzas al jefe, lejos de servir de mímica protectora, expresaban una emoción colectiva sentida con religiosa intensidad. La figura del jefe como un ser situado por encima del nivel común de la humanidad es propia del folklore de todos los pueblos, pero sólo en Alemania el culto a la jefatura ha estado siempre marcado de atavismo. Un ejemplo de ello es la transformación del Kaiser, en 1918, de figura semidivina en chivo expiatorio que llevaba consigo al exilio la culpa de la derrota. Esta tendencia al atavismo impulsaba a los alemanes a extraer la figura del jefe del ámbito de la racionalidad para colocarla en la del mito. En el breve espacio de tiempo que transcurrió entre la toma del poder y el "Putsch de Roehm", la imagen de Hitler creció hasta alcanzar una estatura mítica, y llegó a la apoteosis al transformarse en el Fredericus-Bismarck del siglo XX.

Pero si la persona del líder tenía que satisfacer las vagas necesidades emocionales de los gobernados en la era de las masas, debía también propiciar la autoidentificación. Este fue un papel para el cual Hitler —revestido como estaba de atributos sobrehumanos— demostró ser bastante inadecuado (aparte del hecho de compartir el handicap de las masas en aspectos tales como origen social, educación y riqueza). Lo contrario ocurría con el gordo y corrupto Goering. Cuando éste, en una pausa durante un discurso al aire libre que pronunciaba en Nuremberg, se quitó la gorra de uniforme de las SA para enjugarse el sudor de la frente, los oyentes se entregaron a transportes de gozosa identificación con aquella sudorosa montaña de carne encorsetada.

De manera similar, las cantinas de las fábricas vibraban de entusiasmo cuando Robert Ley, sentado ante un plato de salchichas con *sauerkraut*, declaraba: "Yo soy un trabajador como vosotros". Una vez que un líder se había ganado el afecto popular, ninguna revelación sobre sus defectos —como la dipsomanía de Ley o la pantagruélica glotonería de Goering— mermaba su prestigio, sino que, por el contrario, lo aumentaba. Aun así, unos noticiarios cinematográficos que presentaban a Goebbels en un ambiente lujoso y señorial tuvieron que ser retirados a causa de la reacción hostil de los espectadores, y había ocasiones en que el Gauleiter de Berlín tenía que ordenar que los hombres de las SA de la capital se desplegaran a lo largo de su recorrido en traje civil y le aplaudieran "espontáneamente".

Pero en general es un hecho que los dirigentes nazis, como el estado que representaban, suscitaban en los ciudadanos cualquier cosa excepto hostilidad o indiferencia. La guerra intensificó hasta el punto la sensación general de dependencia de líderes como Hitler y Goering, que grupos sociales enteros se sentían dolidos si su contribución particular al esfuerzo de la guerra no merecía una mención honrosa en sus discursos. Así, el discurso de Hitler en el Reichstag en agosto de 1940, según informes de la SD (Servicio de Inteligencia de las SS) satisfizo a los trabajadores de las industrias de armamento, mientras que los granjeros se sintieron preteridos porque no hizo mención alguna de la Corporación de Productores de Alimentos. Dos años más tarde, Goering les llenó de felicidad con su discurso del Día de Acción de Gracias por la Cosecha, mientras que los obreros industriales se sintieron decepcionados.[13]

En realidad, la confianza popular en sus jefes obtuvo incuestionable confirmación durante la mayor parte del período nazi. Aun cuando los resultados de los plebiscitos, afirmativos por abrumadora mayoría —y anunciados siempre por Goebbels—, eran indudablemente adulterados, la imagen que daban del estado de la opinión pública era exagerada en el aspecto cuantitativo, pero no en el cualitativo. Como botón de muestra de la popularidad del régimen, las salas de maternidad venían en segundo lugar, inmediatamente después de los colegios electorales: en el curso del año 1933, el índice de natalidad ascendió en un 22 por ciento (con lo que se alcanzó el 18 por 1.000 de la población) y en el año crítico de 1938, el anterior a la guerra, ascendió al 20,4 por 1.000, el máximo registrado en la historia del país. En 1940, se mantuvo casi estable, aunque en 1941 se produjo un ligero descenso a 18,6. La gran caída de 1942 a 14,9 fue seguida por una elevación a 16 en el año posterior a Stalingrado.[14] *

Otra muestra de confianza en el régimen fue la acogida dispensada al pro-

* Hay que señalar aquí, sin embargo, que el aumento de 1943 fue provocado en buena parte por la introducción del reclutamiento laboral de las mujeres sin hijos pequeños.

yecto del Coche Popular (Volkswagen), lanzada en 1938. La primera piedra de la factoría fue colocada dos meses después del Anschluss, y los primeros prototipos —pues el nuevo modelo no llegó a construirse en serie durante el Tercer Reich— fueron exhibidos en Munich y en la feria de otoño de Viena, en el momento álgido de la crisis de los Sudetes. El proyecto, que, al contrario del sistema de plazos universalmente aplicado, establecía la entrega del automóvil al pago del último plazo, había atraído, en noviembre de 1940, a 300.000 compradores.[15]

El fenómeno Volkswagen fue también un indicador de dos de los rasgos principales de las sociedades modernas: tecnocracia y orientación consumista. El compromiso nazi con el ideal tecnocrático fue ejemplificado por la ascensión de Albert Speer, de arquitecto de la corte nazi a señor supremo del esfuerzo industrial de la guerra, y por la inclusión del ingeniero Todt y del diseñador automovilístico Porsche en el círculo próximo a Hitler.

Todt y Porsche abrieron el camino a la fabricación de coches baratos, de la que los fabricantes de automóviles de alto coste por unidad no se habían ocupado suficientemente. Aun así, el slogan de Goering "Cañones antes que mantequilla" expresaba inequívocamente la escala de preferencias del régimen. Optimistas y cínicos a la vez reían el chiste de aquel empleado de la Volkswagen que, después de haber sustraído una a una todas las piezas del coche, las montó en su casa y se encontró ante el tren de rodaje de una ametralladora Bren.

Pero las pruebas evidentes no consiguieron desilusionar a los ciudadanos más optimistas, ni siquiera cuando las industrias de guerra se desarrollaron abiertamente. El espectacular descenso del desempleo (enero de 1933, 6.013.600; enero de 1938, 1.051.500)[16] dio lugar a una lenta pero inequívoca mejora del nivel de vida, y al cabo de cinco años de la toma del poder —y antes en las industrias estratégicas— había más puestos de trabajo que desempleados.

Un síntoma visible del aumento del nivel de vida era el consumo de alcohol. Durante los años de paz del Tercer Reich el consumo de cerveza aumentó en una cuarta parte, el de vino casi se duplicó, y el de champaña se quintuplicó.[17] Este aumento en el consumo de champaña es una clara referencia al crecimiento del sector acomodado de la sociedad, tanto en términos numéricos como de riqueza individual de sus miembros. Naturalmente, el aumento general del consumo de alcohol, en sí mismo, puede ser también signo de una menor resistencia a la tensión y a las presiones.* Otras estadísticas, las de sui-

* "Sabemos que muchos de nuestros conciudadanos se gastan en cerveza y whisky el dinero que deberían invertir en la compra de pan y ropas, en el pago del alquiler y de las escuelas. Sabemos por larga experiencia que el alcoholismo es más a menudo consecuencia del empobrecimiento que de la prosperidad". Dr. Fleig, "Von Steigen und

cidios, revelan un ligero aumento en casi todos los años de paz del régimen (de 18.723 casos en 1933 a 22.273 en 1939).[18] En 1936, la proporción de suicidios por cada 100.000 fallecimientos fue de 28,6, contra 12,4 en Gran Bretaña y 14,2 en Estados Unidos. La suposición de que los suicidios de judíos pudieran influir fuertemente sobre las estadísticas generales del país queda descartada por el gran descenso de la cifra de suicidios que se produjo durante la guerra: en 1942, el año culminante del holocausto judío, se produjeron sólo 7.647 suicidios, una tercera parte del total de la época inmediatamente anterior a la guerra.

En otras palabras, la guerra determinó una considerable mejora en la salud social de Alemania. Esta afirmación viene reforzada por otra prueba estadística. En 1940, la criminalidad masculina descendió a la mitad de la registrada en 1939, fenómeno atribuible sólo en parte a la movilización.[19]

Es sabido que, en todos los países, la guerra estimula la psique nacional e integra al individuo más plenamente en la colectividad. Durante la transición de la paz a la guerra que se produjo bajo el Tercer Reich, hubo algo más. Según el penetrante análisis de Sebastián Haffner, la población de la Alemania nazi se dividía en dos grupos: los nazis y los alemanes leales. Ambos grupos apoyaban al régimen: el primero porque estaba satisfecho, y el segundo a pesar de estar insatisfecho.[20] Los sucesivos triunfos nazis de 1938-39 —la anexión de Austria (el punto clave de la antigua idea panalemana), de los Sudetes y de parte de Checoslovaquia— habían llevado la contradicción de los alemanes leales al nivel de la esquizofrenia. Su inquietud fue en aumento a medida que presenciaban hechos como el pogrom de la *Kristallnacht*, la escasez de alimentos y bienes de consumo, el creciente reclutamiento industrial y militar y la febril construcción de la *Westwall.* Pero estaban también los resultados tangibles y satisfactorios de la política del régimen. Septiembre de 1939 alteró radicalmente la posición de los alemanes leales, haciéndoles pasar bruscamente de reconocer a regañadientes que Hitler actuaba de acuerdo con el interés nacional a la identificación de su persona con el interés nacional. Durante la guerra, la nación —dejando aparte las actividades de resistencia de algunos individuos e incluso de algunos grupos— se convirtió en la *verschworene Gemeinschaft* ("comunidad juramentada"), unida *auf Gedeih oder Verderb* ("para salir adelante o perecer").

El desconcierto de principios de septiembre de 1939 —tan diferente de la euforia de agosto de 1914— dejó paso pronto al propósito de no abandonar la empresa hasta llevarla a buen fin. La guerra, la ley según la cual Alemania se había unificado por primera vez, el recuerdo siempre presente de las gran-

---

Stand des Alkohol und Nikotinverbrauchs", *Die medizinische Wochenschrift,* serie 65, n.° 9, 1939, p. 347.

des esperanzas de 1914 y del trauma de 1918, suscitaban una reacción que nacía en las más profundas capas de la psique colectiva. La moral estaba alta a causa de las fulminantes victorias al este y al oeste y a causa del buen abastecimiento de la población civil. La ración alimenticia, en 1939, era superior al consumo medio de calorías, y durante los primeros años de la guerra las existencias de alimentos fueron casi tan abundantes como las de las épocas de paz. Los consumidores que ya antes de la guerra vivían en una relativa escasez no observaron empeoramiento alguno de la situación durante un período de tiempo considerable después del comienzo de la guerra.

Las reacciones de los soldados fueron variadas. Un ex estudiante, comparando a sus compatriotas con los pacíficos habitantes de la Holanda ocupada, escribió: "Nosotros, los alemanes, hemos progresado ya más; estamos en posesión del caos, condición primordial para que sepamos sacar lo nuevo de las profundidades". Otro habló de una lucha "cuyo valor reside en su devaluación del espíritu humano, cuyo sentido consistía en su falta de sentido".[21]

Las gentes con menor tendencia a filosofar aceptaron la guerra, en el peor de los casos, como algo predestinado, y en el mejor de los casos como una empresa útil al interés de la nación. El interés personal influía también en el estado de ánimo del país; durante largo tiempo, la guerra pareció ser una buena fuente de beneficios materiales. Así, las esposas de los soldados movilizados que trabajaban dejaban frecuentemente su trabajo porque podían vivir de las pensiones de las personas dependientes de ellas, además de la ayuda del Bienestar del Pueblo. Para los hombres, la mayoría del continente se convirtió pronto en un mercado en el cual el poder adquisitivo salía del cañón de un fusil. Después de la caída de Francia, había en Berlín tanta cantidad de perfume de ese país que la capital alemana "olía como una gigantesca peluquería".[22] Y lo mismo ocurrió con las pieles noruegas, con los productos lácteos holandeses, con el café belga, las sedas francesas y otras mercancías. Para la población civil alemana se convirtió en un acto reflejo el compensar la escasez de alimentos mediante la ayuda de los familiares a los soldados estacionados en el extranjero.

Pocos alemanes eran conscientes de lo que significaban la guerra y la ocupación para los países que las padecían. A diferencia de los homicidios eutanásicos de enfermos incurables y de retrasados mentales en Alemania, la barbarie ejercida sobre los países ocupados nunca inquietó a la opinión pública. Una razón para esta atrofia de la capacidad simpatética puede ser el hecho de que las formas concretas de ocupación variaban según las zonas: el arrasamiento total de poblaciones, práctica habitual en Rusia, fue excepcional en Francia; las redadas de judíos, que fueron exhaustivas en Holanda, controlada por el Partido, no fueron tan implacables en Bélgica, administrada por la Wehrmacht.

Más significativa fue la aceptación de la guerra como justificable refuerzo de las reivindicaciones alemanas ante un mundo hostil. Ello implicaba que se aprobaban los objetivos del régimen. Y si se aprobaban los fines no se podían reprobar los medios.

En ocasiones, la opinión pública se colocaba incluso "por delante" de las actuaciones oficiales. Cuando el Libro Negro del conflicto germano-polaco, publicado por el gobierno del Reich, suavizó la descripción de las ejecuciones masivas de ciudadanos polacos, los alemanes que habían sido testigos oculares de los hechos criticaron la blandura del lenguaje oficial, alegando que los pasados agravios de los polacos justificaban sobradamente aquellas ejecuciones.[23]

Por supuesto, los polacos eran las principales bestias negras de los alemanes, y la negativa de Hitler a reconocer la condición humana de los eslavos correspondía a una creencia popular profundamente arraigada.* La expresión *Polnische Wirtschaft* ("asunto polaco") significaba, en el habla popular, caos, y las "sangrientas fronteras del Este" —resultantes de la amputación de la Prusia Oriental por el corredor polaco— había dado lugar, en 1919, a un violento revanchismo.

Los polacos eran considerados como la antítesis racial de los alemanes; los daneses, los noruegos y los holandeses, por su parte, eran hermanos nórdicos perversamente aliados con los enemigos del Reich so capa de neutralidad.

El pecado de Bélgica residía en su posición de satélite de Francia; los franceses suscitaban resentidas imprecaciones y eran vistos como enemigos hereditarios desde los tratados de Westfalia y de Versalles, causantes de decadencia y revolución.

A Gran Bretaña se la juzgaba hipócrita y adoradora de Mammón: el recuerdo de la corrección británica (como en el trato de los prisioneros durante la Primera Guerra Mundial) no sobrevivió al comienzo de los bombardeos.

Los Estados Unidos tenían defectos similares a los de Gran Bretaña, y carecían además de la virtud que salvaba a esta última: la tradición. La entrada de América en el conflicto (aunque, en realidad, fue Alemania quien le declaró la guerra) se consideraba determinada por la ambición y la soberbia. La frase de Hitler: "Una sinfonía de Beethoven contiene más cultura que la que América ha producido en toda su historia"[24] expresaba una opinión ampliamente extendida. La imagen que Alemania se hacía de América era la de una comunidad filistea, políglota, híbrida racialmente, descendiente de delincuentes, de las heces que otras sociedades expulsaban de su seno.

* En los días del Segundo Imperio, cuando el liberal Helmut von Gerlach criticaba las medidas antipolacas de las autoridades prusianas en la provincia de Pozen, calificándolas de violación de los derechos humanos, recibió una severa réplica del eminente sociólogo Max Weber, réplica que puede servir de formulación del síndrome nacional: "Si los polacos son seres humanos, nos lo deben sólo a nosotros". Cf. Hans Kohn, *The Mind of Germany,* Macmillan and Co., Londres, 1961, p. 269.

Así coincidían ampliamente el cliché propagandístico y el tópico popular (aunque la imagen alemana de Italia era una contradictoria amalgama de respeto oficial y de inmenso desprecio por parte del pueblo). La imagen predominante de Rusia era similar. En la jerarquizada escala de la infrahumanidad elaborada por el Tercer Reich, los rusos ocupaban el penúltimo lugar, es decir, estaban sólo por encima de los judíos. Los encuentros del pueblo alemán con ciudadanos rusos eran preparados de acuerdo con esta idea. Los prisioneros del frente oriental llegaban al Reich en un estado tal de depauperación (después de las interminables marchas forzadas y los viajes en asfixiantes vagones de ganado), que su apariencia corroboraba los tópicos de la propaganda de Goebbels. En el frente, la crueldad de la lucha dejaba a menudo a la población civil rusa en unas condiciones de vida infrahumanas que, según la propaganda nazi, eran las habituales en el "paraíso judeo-bolchevique". También de acuerdo con esto, los prisioneros rusos eran alojados y obligados a trabajar en condiciones pésimas. El éxito del régimen al presentar la imagen de la Europa oriental conforme a sus clichés resultó, en algunos momentos, contraproducente. La opinión pública encontraba difícil, por ejemplo, conciliar la versión que se le presentaba de la vida infernal en Rusia con el proyecto oficial de establer en aquel país de pesadilla, una vez conquistado, un régimen agrícola de pequeña propiedad, bajo dominio alemán. Pero esto originó sólo unas pocas y ocasionales dudas, no relacionadas con las preocupaciones inmediatas. Y existían otros proyectos de colonización que no eran en absoluto impopulares. Muchos granjeros alemanes ambicionaban tierras en el Warthegau (una provincia despoblada que había pertenecido a Polonia). Los renanos que llegaban a Estiria, su zona de recepción al sudeste de Austria, de acuerdo con el plan general de evacuación de las zonas bombardeadas, se sentían amargamente defraudados al comprobar que, contrariamente a los rumores de un masivo traslado a Ucrania de la población estiria, dicha población estaba muy aferrada a la propiedad de sus granjas y no tenía intención alguna de cederlas a los recién llegados.[25] Dado que los traslados a fábricas y minas de la Europa ocupada implicaban invariablemente aumentos de salario y de status social, no había tampoco escasez alguna de colonizadores industriales. Trabajadores de cuello blanco deseosos de labrarse un porvenir se aglomeraban en las clases nocturnas de lengua polaca, ucraniana y rusa, y, al principio de la guerra, el estudio del swahili, del yoruba y de otras lenguas africanas despertó el interés de los hipotéticos plantadores y administradores.

La moda de las lenguas africanas declinó después de la batalla de Inglaterra. La euforia posterior a Dunquerque, expresada popularmente en predicciones del tipo de: "Vamos a dejar limpias las Islas Británicas con un aspirador", se evaporaba ya cuando los intensos ataques aéreos provocaron exabruptos como: "¿Por qué no rociamos a esos cerdos con gas y acabamos con

ellos de una vez por todas?".[26] Los "raids del terror" de la RAF que vinieron a continuación desencadenaron intensas y masivas corrientes de solidaridad en el odio. Así, el discurso de Hitler en el que exponía su propósito de arrasar las ciudades inglesas hasta no dejar en ellas piedra sobre piedra, como represalia centuplicada por cada bomba que las Reales Fuerzas Aéreas arrojasen en el Reich, fue interrumpido a la mitad por los frenéticos aplausos de un auditorio en su mayor parte femenino.[27] Los bombardeos aliados al oeste sacudieron la conciencia colectiva, tanto en los momentos buenos —cuando las victorias de 1941 sobre los rusos, por ejemplo— como en los malos. Los bombardeos minaban la moral y al mismo tiempo la reforzaban. Los habitantes de las áreas expuestas a los ataques aéreos anhelaban tan intensamente la puesta a punto de las tan cacareadas oficialmente *Vergeltungswaffen* (armas de represalia) que la denuncia que hizo el cardenal Galen de la venganza como acción contraria a la moral cristiana hizo perder a aquel prelado una buena parte de su gran prestigio. Cuando el profesor Popitz, participante destacado en el complot de los oficiales, preguntó a un industrial de Westfalia, contrario al régimen, cuál era la reacción de sus trabajadores ante los bombardeos, recibió una respuesta poco esperanzadora: "He de admitir que estoy realmente impresionado por la forma en que mantienen la voluntad de trabajo y por la disciplina que muestran".[28]

Una importante consecuencia de la guerra aérea fue la evacuación de millones de mujeres y niños (así como de empleados de las empresas trasladables) a zonas rurales. La eficacia del programa de evacuación, que equivalía a un éxodo a escala continental, se debió sin duda a la eficiencia del estado y de los organismos del Partido que participaban en su aplicación, aunque no dejaron de señalarse algunos casos de discriminación de clase. Los berlineses se quejaban de la desproporcionada preocupación oficial por la seguridad de las clases medias (las oficinas tenían prioridad de evacuación sobre las fábricas), y de la mayor atención que se prestaba al traslado de los niños de los distritos burgueses del oeste de la ciudad, en perjuicio de los que habitaban en los barrios proletarios del norte.* En el sur de Westfalia, el abandono de las zonas de recepción y el regreso a las poblaciones de origen, a pesar de estar prohibido, alcanzó proporciones tales que las autoridades anularon las cartillas de racionamiento de quienes tomaron tal iniciativa, lo cual ocasionó disturbios a la puerta de las delegaciones de Abastos.[29] Se produjo un amplio movimiento de retorno del Warthegau, cuyas condiciones de vida eran juzgadas insoportablemente primitivas por la mayoría de los evacuados. La distribución preferente de alimentos y de bienes de consumo escasos a los habitantes de las

* Entre julio de 1943 y octubre de 1944, la población infantil del oeste se redujo al 33,1 por ciento, y la del norte al 59,6 por ciento. Cf. Kurt Pritzkoleit, *Berlin*, Karl Rauch, Düsseldorf, 1962, p. 55.

zonas de peligro contribuyó también a los movimientos de población opuestos a los establecidos por el plan.

A pesar de las continuas exhortaciones al mantenimiento del espíritu de comunidad del pueblo, dicho espíritu no era muy patente en las relaciones entre los evacuados y los "nativos" de las zonas de recepción. El epíteto que se aplicaba popularmente, en el sur de Alemania, a las mujeres evacuadas de las ciudades de Renania era "las fulanas de las bombas" (a veces extendido en "las fulanas en pantalones y con pinturas de guerra indias"), y el cuento de la mujer de Essen que se hizo un vestido con las cortinas de su habitación circulaba entre los nativos con tantas variantes como tenía entre los evacuados aquel otro de la mujer del granjero que prohibió a una madre evacuada, a quien le correspondía alojar en su casa, que lavara los pañales de su hijo.[30]

El hecho de que los granjeros —que fueron designados "autoabastecedores"— estuvieran excluidos del plan de racionamiento no contribuyó a mejorar la situación. Los evacuados que compartían la cocina con sus huéspedes comparaban, irritados, la escasez de sus raciones con la supuesta abundancia en que nadaban los autoabastecedores.[31] "Comen como reyes pero viven como cerdos." [32] Los campesinos, por su parte decían que los habitantes de las ciudades eran perezosos y se quejaban de que, mientras ellos realizaban un trabajo agotador en los campos durante jornadas interminables, los evacuados se pasaban el día contando chismes, paseando a sus hijos y despojando las escasamente provistas tiendas locales. Las antipatías entre regiones jugaban también su papel. Los habitantes de Allgäu estaban disgustados por el hecho de que su región hubiese sido designada zona de recepción de los habitantes del lejano Ruhr, cuando ellos hubieran preferido acoger a evacuados de Munich, en donde los campesinos tenían muchos parientes.[33]

La evacuación tuvo también algunos efectos secundarios no deseables desde el punto de vista político. En los pueblos alpinos, por ejemplo, los renanos entraron en contacto con una forma de piedad católica muy pura, que, en las situaciones de tensión y aislamiento creadas por la guerra, actuó como poderoso antídoto contra el neopaganismo cada vez más abiertamente propugnado por el partido. La religión afectó también las actitudes de los padres ante el plan oficial de evacuación en bloque de escuelas enteras. El programa *Kinderlandesverschickung* (traslado de los niños al campo), abreviadamente KLV, tuvo un doble efecto. Constituyó un complemento del plan general de evacuación y apartó al niño del ámbito de la vida familiar y de la religión. Los padres que negaban su permiso para la evacuación de sus hijos eran oficialmente acusados de poner en peligro irresponsablemente su futuro, incluyendo el aspecto educativo, pues las escuelas de las poblaciones bombardeadas cerraron sus puertas en 1942 y 1943. Las autoridades disuadían a los padres de visitar los campamentos del KLV, con el objeto de no provocar añoranza

en los niños y de no congestionar la red de transportes. Los profesores que trataban de contrarrestar la atmósfera totalmente irreligiosa de los campamentos eran rápidamente enviados por la Wehrmacht al frente oriental.

Pero incluso en los momentos de combates más intensos, las necesidades de soldados podían aún cubrirse parcialmente con los voluntarios. Hasta principios de 1945, clases enteras de muchachos de enseñanza secundaria se presentaban voluntariamente para los cuerpos más selectos del ejército (la edad límite para el servicio armado llegó a descender por debajo de los dieciséis años). Tanto entre la juventud como entre los hombres de edad más madura, la guerra creó un ansia de ascensos y recompensas militares. El soldado condecorado con la anhelada Cruz de Caballero —que se podía otorgar a toda la escala jerárquica del ejército y cuya concesión se anunciaba cada vez en la emisora del Reich— se convirtió en el imán de todas las miradas.

Para miles de pequeños funcionarios, maestros, empleados, etc., deseosos de crearse una situación, un ascenso en el ejército implicaba un progreso personal y la perspectiva de ganar en prestigio social. (Este síndrome dio lugar a la oscura creencia de que la guerra no terminaría hasta que el último maestro de escuela hubiese recibido sus "estrellas".)

Las derrotas en el frente oriental y el del norte de África pusieron fin a los tranquilos días de la primera etapa de la guerra, caracterizados por unos niveles de consumo similares a los de la época de paz y por la costumbre de algunos altos funcionarios del estado de dedicarse al deporte * de cambiar la aburrida rutina de las oficinas por breves incursiones en la vida militar. La frase popular: "Gozad de la guerra, porque la paz será terrible" adquirió nueva urgencia. La retribución del trabajo a destajo y los generosos pluses familiares, unidos a la escasez de bienes de consumo, dieron como resultado una situación en que con una gran cantidad de dinero sólo se podía adquirir una cantidad muy escasa de productos.

Los funcionarios responsables de la "política de población" descubrieron que las parejas de recién casados no podían amueblar su casa porque los rumores de inflación y devaluación habían convertido los muebles en artículos de inversión. Sólo una quinta parte de los asalariados participó en el plan "Ahorro de Hierro", patrocinado por el gobierno, según el cual los ahorros estaban exentos de impuestos pero no podían ser retirados antes del fin de la guerra.[34] La gente prefería gastar el dinero sobrante adquiriendo en el mercado negro los artículos que escaseaban y entregándose a diversas formas de juego. La distorsionada economía de la guerra produjo una clase especial de nuevos ricos, como un tabernero de Berlín que se compró una pequeña pro-

* Como por ejemplo el jefe de la Gestapo, Heydrich, el doctor Mansfeld del Ministerio de Trabajo o el delegado de Trabajo de Baviera.

piedad en el campo con las espléndidas propinas con que algunos clientes le compraban un trato preferente. Una asistenta evacuada de su hogar a causa de los bombardeos le mostró a su señora el certificado de prioridad en artículos de vestir —que se entregaba a todas las víctimas de los ataques aéreos— y le pidió que le recomendara un modista donde pudiera ir a equiparse.

Estas anécdotas son representativas de la época, aunque no de las condiciones del trabajo industrial. En la industria, los incentivos a la producción habían transformado la estructura tradicional de salarios; ello significaba que los aumentos de productividad repercutían en retribuciones desproporcionadas, mientras que el simple mantenimiento del rendimiento era castigado con reducciones salariales.

La impresionante productividad alemana de la época de la guerra puede atribuirse a tres factores: la racionalización del proceso productivo, el patriotismo y el incentivo, representado en parte por el coste en el mercado negro de los productos escasos. Los aumentos de la productividad fueron tanto más considerables teniendo en cuenta las circunstancias en que se producían: las perturbaciones causadas por los ataques aéreos y por el obligatorio apagado de las luces, una fuerza de trabajo altamente eclética con personal no cualificado (compuesta, en 1944, por 13 millones de hombres alemanes y 14,5 millones de mujeres, además de 7,5 millones de extranjeros) [35] y un servicio de transportes cada vez más sobrecargado. Los tranvías y ferrocarriles llevaban cargas mucho más pesadas de las que, en teoría, podían soportar. Las aglomeraciones en los transportes públicos alcanzaron proporciones grotescas. "En el tren reinaba una confusión indescriptible. Casi me arrancaron el vestido, me estropearon los zapatos y un soldado que estaba a mi lado me besó sin que yo pudiera oponerme porque tenía los brazos pegados al cuerpo", leemos en el diario de una viajera.[36] Otra persona escribió: "Los pasajeros del express Zurich-Berlín se apeaban saltando por las ventanas. Desde el andén, abrí la puerta del coche, pero inmediatamente alguien volvió a cerrarla desde dentro. Conseguí subir a pesar de todo. La persona que está junto a la puerta se agita y da manotazos como si se hubiera vuelto loca".[37] Esta hobbesiana lucha de todos contra todos se producía en muchos otros aspectos de la vida. Los soldados con permiso que acababan de dejar los rigores del frente se quedaban "desconcertados y escandalizados" ante los malos modos de la población civil".[*] Al observar que "en las calles y en los transportes públicos, en los restaurantes y en los teatros se ha llegado a vociferar en un tono que ataca

[*] Estas palabras constituyen una cita auténtica de las declaraciones radiofónicas de un soldado con permiso, de fecha 7 de mayo de 1942. Cf. W. W. Schütz, *The German Home Front*, Gollancz, Londres, 1943, p. 101.

los nervios y recuerda los gruñidos de una manada de cerdos",[38] Goebbels lanzó una campaña de "cortesía pública". Pero las exhortaciones propagandísticas poco podían hacer contra la deteriorización de la moral, que se manifestaba en el aumento del índice de divorcios y en los procesos judiciales por difamación.*

Los tribunales estaban muy ocupados aplicando las implacables leyes de guerra contra los saqueadores y otras gentes que trataban de aprovecharse de la confusión resultante de la oscuridad, los bombardeos y la escasez. El saqueo durante los bombardeos tenía asignadas penas tan severas que los transeúntes daban grandes rodeos para evitar pasar por las calles bombardeadas. (En Berlín se contaba la macabra historia de una familia que aprovechó la "pausa" entre dos ataques consecutivos para envolver el cadáver de su abuelo en una alfombra, con el fin de transportarlo al depósito de cadáveres, y que descubrió, una vez pasada la alarma, que el improvisado "sudario" había sido robado junto con su contenido.) Hacía el final de la guerra, el exterminio judicial de los llamados *Volksschädlinge* (enemigos del pueblo) fue acelerado por la acción sumaria de las SS. Así, en octubre de 1944, diecisiete empleados de una oficina de Correos de Viena —de quienes se descubrió, en un registro sobre la marcha, que habían sustraído unas tabletas de chocolate y jabones de unos paquetes de regalo de la Wehrmacht— fueron conducidos desde la estación del Sur a una plaza próxima y ejecutados públicamente.[39]

La categoría legal de los *Volksschädlinge* incluía también a los *Feindhörer*, las personas que escuchaban emisoras de radio enemigas. Aunque las autoridades no consiguieron eliminar totalmente las audiciones ilegales, contaron con la ayuda de buena parte de la población. Se dieron casos no sólo de adolescentes que denunciaban a sus propios padres sino incluso de madres de soldados desaparecidos que denunciaban a *Feindhörer* que les habían informado de que sus hijos vivían.**

La supresión de noticias y la creciente tensión dieron lugar a la difusión de rumores supersticiosos: se decía que Theresa Neumann (una joven campesina de Konnersreuth, famosa en los años veinte por exhibir los estigmas de Cristo) había muerto profetizando el fin de la guerra para dentro de tres meses.[40] Este rumor fue apoyado por otro según el cual el manantial de la gruta de Lourdes se había desbordado. Los habitantes de Dresde, desmoralizados por los rumores según los cuales, después de la guerra, su ciudad

* Es de señalar el aumento del número de procesos por difamación, que debe ser atribuido al creciente nerviosismo de la población. Los procesos de divorcio no dejaron de aumentar, si bien la mayor parte de ellos afectaban a matrimonios contraídos durante la guerra. Cf. *Stimmungsbericht des Oberlandesgerichtspräsidenten von Bamberg an des Reichsjustizministerium* del 27 de noviembre de 1943, Institut für Zeitgeschichte, Munich, archivo MA 430, I.

** Véase el capítulo sobre la denuncia (p. 121).

sería incorporada a Checoslovaquia, cobraron nuevas esperanzas al observar, un domingo por la mañana, que, por encima del campanario de una iglesia, aparecía una formación nubosa que recordaba el perfil de Federico el Grande.[41] Otras supersticiones, engendradas más por la ciencia que por la religión, rodeaban las esperadas armas V de Hitler, cuya aparición había sido pospuesta varias veces. Había quien aseguraba que entre estas armas se contaban unos aviones tan rápidos que tenían que hacer fuego hacia atrás a fin de evitar el choque con sus propios proyectiles,[42] y unas gigantescas bombas neumáticas que, mediante aire comprimido, eran capaces de dispersar divisiones enteras como paja en una era.[43]

Cuando por fin se hicieron realidad las armas V, la radio del Reich hubo de repetir el anuncio de la aparición de las V2 a causa de las insistentes peticiones del público, pero más adelante las "armas de la venganza", en las que se habían basado tantas fantasías de sangrientas represalias, se convirtieron en tema de resignado humor: la número 1 fue apodada *Versager Eins* (Pifia número uno), la V2 *Versager Zwei,* etcétera.

Estas bromas desleales no eran tanto expresión de opiniones contrarias al régimen como válvulas de seguridad de la frustración y la tensión. Pero, fueran cuales fueran los orígenes del humor político, el inminente final hizo trabajar con buen resultado la mente de los chistosos. Los intensos bombardeos sobre la capital, por ejemplo, dieron lugar a una nueva definición de la cobardía: "Un hombre cobarde es un berlinés que se presenta voluntario para el frente". La amenaza del avance ruso inspiró esta frase de consuelo: "No hay que preocuparse; no conseguirán cruzar los Pirineos". También se rendía tributo al extraordinario espíritu de cuerpo de la Wehrmacht: "Cada vez que un soldado volvía de un permiso en casa, todo el regimiento salía a recibirle a medio camino".

Las escalofriantes previsiones oficiales acerca de nuevas generaciones de armas milagrosas fueron origen de la sarcástica observación: "La arma V final será utilizada en el preciso instante en que aparezcan los letreros de 'Cerrado por movilización', en la puerta de las casas de todos los ancianos del país". Cuando se obligó a los hombres de hasta sesenta y cinco años a ingresar en el *Volkssturm* (cuerpo creado en invierno de 1944 para la última y desesperada defensa), se decía que podían conseguir la exención si demostraban que tenían a su padre en el frente.

Pero sería erróneo deducir de la gran difusión de los chistes derrotistas la existencia de una hostilidad generalizada hacia el régimen, o cualquier cosa más que resignación fatalista ante lo inevitable. Los dramáticos acontecimientos del 20 de julio de 1944 parecieron a muchos un accidente sin importancia dentro del complejo proceso de la guerra. La reacción ante el complot de Stauffenberg fue negativa: el hombre que se enfrentó al pelotón de

fusilamiento gritando: "¡Viva Alemania libre!" fue considerado un destructor potencial y no un posible salvador de la patria.

Ello fue así debido en parte al hermético aislamiento en el cual, por necesidad y por decisión de sus organizadores, se había desarrollado la conspiración y en parte porque durante el Tercer Reich la muerte de los antinazis adquiría un carácter de hecho religioso más que político: su sacrificio era más una expiación de los crímenes de Alemania por parte de unas víctimas inocentes que un llamamiento a la acción dirigido a sus compatriotas. Incluso los socialdemócratas implicados en el Complot de los Oficiales —Leber, Reichwein, Mierendorff— actuaron más como individuos que como portavoces de las clases trabajadoras a las que un día habían representado en el Reichstag.

La actitud de los trabajadores hacia el régimen fue —contrariamente a las previsiones de la Gestapo— de una abrumadora lealtad. Ya en el último invierno de la guerra, Albert Speer interpretó la exclamación de un obrero de una fortificación: "Todo se ha ido a la mierda, pero aún nos queda el Führer" como expresión de la Voluntad General, y renunció a un proyecto de asesinato de Hitler que pensaba llevar a cabo introduciendo gas en el bunker de la Cancillería.[44] *

La última fase de la guerra vio a Alemania —con raras excepciones— aún esclavizada a un régimen que perseguía objetivos quiméricos a un precio elevadísimo en vidas y bienes alemanes. Una combinación de temores a corto y largo plazo (a las represalias nazis, por ejemplo, a la venganza de los trabajadores extranjeros del Reich, o a la represalia aliada según el "Plan Morgenthau") contribuían a anestesiar el instinto de conservación colectivo.

Pero esta actitud de autómatas frente a la destrucción no puede ser explicada simplemente por el miedo, a pesar del hecho de que la Wehrmacht y las SS ejecutaban ahora sumariamente a los supuestos desertores y a los civiles que capitulaban. Las actitudes de la mayoría hacia el régimen nunca tuvieron como primer motivo el terror. El ciudadano medio de la Alemania nazi no vivía tanto en un estado de terror como en un estado de ilusión rayana en el delirio, y los actos reflejos de tipo alucinatorio se convirtieron casi en una segunda naturaleza para él.

Aunque el consenso nacional sobre la seguridad de la victoria no sobrevivió a Stalingrado, las subsiguientes derrotas en el este fueron generalmente

* En el puesto de observación donde se había instalado de incógnito un refugio subterráneo próximo al frente, Speer, en febrero de 1945, llegó a la conclusión de que "creían en Hitler como en nadie más, creían que él y sólo él podía comprender al mismo tiempo a la clase obrera de la que procedía y el misterio de la política, que había sido ocultado a la raza alemana. Creían que sólo él podía realizar el milagro de salvarles". Cf. H. Trevor-Roper, *The last days of Hitler*, Londres, 1950, p. 90.

racionalizadas como estratagemas destinadas a atraer al Ejército Rojo al centro del continente, donde sería destruido. Después del día D, muchos exorcizaron el espectro de una guerra de dos frentes considerando ésta como una premisa necesaria para el choque este-oeste que acabaría haciendo saltar en pedazos la Coalición Aliada. Se esperó también que esto viniera determinado por la muerte de Roosevelt; el último cumpleaños de Hitler, unos días después, constituyó también una esperanza de que cambiase la situación.

Incluso las previsiones de derrota iban acompañadas de ideas fantásticas: circulaban rumores sobre un gas suave que el Führer tenía en reserva y que utilizaría para librar a los alemanes de su desgracia antes que permitir que cayesen en manos de los torturadores aliados.* En Arnheim, un soldado alemán prisionero despreció la presencia de la flota aérea aliada que atravesaba el Rhin con el grito de "¡Propaganda!".[45] El director de una escuela de Hamburgo consideraba fuera de los límites de lo posible que "la cultura y el idealismo alemán sucumbieran ante el materialismo mundial unido".[46] Asimismo, la derrota era inconcebible para los hombres que volvían del este, que hacían a sus compatriotas estremecedoras advertencias del tipo de: "Si hubierais visto lo que hemos visto nosotros, os daríais cuenta de que tenemos que ganar la guerra como sea".

Un oficial británico comprobó que las atrocidades que se cometían en Alemania eran del dominio público al examinar las fotografías que contenían las carteras de los miles de soldados alemanes capturados. Éstas se dividían en tres grupos, a saber: fotos de *Mutti* (mamá) y de la novia, postales obscenas y fotos de flagelamientos y ejecuciones.[47]

De manera similar, la población civil encontró la forma de mantener sus sentimientos en compartimentos estancos. En febrero de 1942 —meses después de que la estrella amarilla se hubiera convertido en imagen habitual en las calles alemanas, como lo eran ya desde hacía tiempo los escaparates rotos, las sinagogas en llamas y los letreros de "No se admiten perros ni judíos"—, un radioyente protestó con gran energía porque un soldado del frente había pronunciado por radio la frase "Lámeme el culo" (en realidad, cita de *Götz de Berlichingen*, de Goethe), y preguntó qué satisfacción pensaba dar la dirección de la emisora a los oyentes que habían debido soportar tal obscenidad.[48] La dueña de una pensión de una localidad de orillas del Báltico, que había dado alojamiento, según orden recibida, a una unidad de las SS, quedó horrorizada al descubrir, entre los papeles que dejaron los hombres a su marcha, la "Orden de Procreación" de Hitler, dirigida a todos los miembros de las SS destinados al frente, tanto solteros como casados. Esta misma señora

* Estos rumores circulaban en zonas separadas entre sí por cientos de kilómetros. Véase el capítulo sobre el ritual y el culto al Führer, pp. 100-101.

tenía noticia, desde el principio, de la existencia de campos de concentración.[49]

Para el airado radioyente y la escandalizada señora, los campos de concentración y las estrellas amarillas formaban parte del orden natural de las cosas: los prisioneros de los campos eran elementos antisociales "privados de sus derechos" y los preliminares del genocidio se encaminaban a eliminar una presencia extraña. Al contemplar fotografías del campo de Belsen que le mostraba un oficial británico, un granjero alemán comentó: "¡Vaya por Dios, qué cosas tiene la guerra!", como si hablara de una tormenta que hubiese caído sobre su centeno.[50]

La guerra tenía otras cosas. Quizá le habría interesado al radioyente antes citado saber que la destrucción gratuita de casas enemigas y alemanas por las tropas de la Wehrmacht en retirada incluía la ostensible deposición de excrementos. Pero, básicamente, la moral de la Wehrmacht no se derrumbó hasta la víspera de la rendición. El tenaz espíritu de lucha del soldado alemán asombró al mundo; a diferencia del ejército americano, en la Wehrmacht nunca faltaron voluntarios para los pelotones de fusilamiento de los soldados condenados a muerte por los tribunales militares.[51] *

Al este la moral se veía reforzada por el temor al "Genghis Khan rojo"; aunque los soldados del oeste se mostraron relativamente más dispuestos a rendirse, tres de cada cinco prisioneros interrogados por los americanos en enero de 1945 [52] expresaban aún su confianza en Hitler, y los soldados prisioneros de los campos canadienses dudaron en su mayoría de la veracidad de los comunicados aliados hasta el mismo día de la rendición.[53]

El hecho de que la máquina de la Wehrmacht continuara funcionando mientras se producían las retiradas masivas dio lugar entre los soldados a la sensación de que "todo marchaba" *(Alles klappt)* y de que la guerra era un fin en sí mismo, independientemente de si quedaba o no posibilidad de ganarla. La lealtad a los grupos primarios jugó también su papel: cuando se desintegraron las realidades que sustentaban los amplios y nebulosos conceptos generales, como el Reich o la Wehrmacht, los individuos siguieron luchando porque se sentían identificados con la compañía o incluso con el pelotón al que pertenecían. Los grupos primarios en que se fragmentaron los habitantes de las ciudades fueron los constituidos por todas las personas que utilizaban el mismo refugio. En palabras de un berlinés, "nuestra población subterránea está convencida de que su refugio es uno de los más seguros. Nada le resulta más extraño que un refugio antiaéreo desconocido. Cada refugio tiene sus propios métodos y tabúes...".**

* Véase el capítulo sobre el ejército, p. 161.

** La descripción proseguía: "En el nuestro de antes tenían la manía del agua:

Fue en los refugios donde expiró el Tercer Reich. Hitler preparó su final en el bunker. Después de despedirse de él, Goebbels, quien, seis años atrás, había dicho a los alemanes que cambiaría su nombre por el de Meyer si algún día su país era bombardeado, se vio obligado a entrar en un refugio antiaéreo público. Allí se presentó jovialmente como "Herr Meyer" a los reunidos, y éstos tuvieron la suficiente ecuanimidad para aceptar la broma,[54] a pesar del hecho de que 600.000 ciudadanos civiles como ellos habían muerto durante la guerra. (El total de las bajas en Alemania fue aproximadamente de diez veces esta cifra. En Berlín quedaron inhabitables el 47 por cierto de las viviendas; en el conjunto del Reich, la proporción fue del 32 por ciento, y este mismo porcentaje expresó la cantidad de instalaciones industriales destruidas o dañadas.) [55]

Poco después, los soldados del Ejército Rojo ocupaban las villas de las afueras de Berlín, y, pisándoles los talones, les seguían los alemanes, intentando llevarse todo aquello que pudiera aún ser trasladado.[56] El espíritu de comunidad del pueblo se esfumó como la sangre que se escapa de un organismo hemofílico. El saqueo de propiedades alemanas por los propios alemanes puede ser explicado por la miseria, pero ¿cómo explicar la subsiguiente ola de denuncias? En la pintura de Brueghel *Los dos vagabundos ciegos*, el que ha caído en la zanja sonríe, a pesar de su dolor, previendo la caída del otro. La denuncia proporcionó a los individuos el mismo tipo de perversa satisfacción que produjo a la colectividad la ocupación rusa de las provincias orientales (pues la tranquila existencia de éstas, parecida a la de los tiempos de paz, había despertado la irritada envidia de los alemanes del oeste, que sufrían los bombardeos aliados). Era un medio de compensar la injusticia del destino, en particular para los delatores que estaban convencidos de que sus víctimas se habían beneficiado más o habían sufrido menos que ellos durante la guerra.

Ciento cincuenta años atrás, Heine había descrito así la reacción de los habitantes de Düsseldorf ante la ocupación francesa: "Se pusieron caras nuevas y los trajes del domingo, se miraron unos a otros en francés y se dijeron '*Bonjour*'. Ahora, una mujer de un refugio berlinés, que se resistía al intento de violación de un soldado ruso, era airadamente reprendida por otro

---

por todas partes tropezaba uno con latas, cubos, barriles y pucheros de agua sucia. Frau W. me cuenta que en su refugio prácticamente todo el mundo hace algo relacionado con los pulmones. Tan pronto como cae la primera bomba, todos se inclinan hacia adelante y realizan ejercicios respiratorios, oprimiéndose los costados con las manos. En el refugio al que voy ahora. tienen la manía de las paredes: todo el mundo se sienta de espaldas a la pared, dejando sólo un espacio ante el orificio de ventilación. Cuando caen las bombas, les da también por los trapos: todos se tapan la boca y la nariz con un trapo y se lo atan detrás de la cabeza". Cf. Erich Kuby, *Die Russen in Berlin, 1945*, Munich, 1965, p. 179.

ocupante del refugio, que le decía: "¿Por qué no les deja que hagan lo que quieran? ¿No ve que nos está perjudicando a todos?".[57]

En el Año Cero de Alemania, cuando era casi tan insoportable mirar al futuro como al pasado, se podía aventurar una predicción sin gran temor a equivocarse: la revocación de la ley según la cual se había formado el Tercer Reich requeriría un laborioso aprendizaje de los procedimientos parlamentarios.

3

# LA COMUNIDAD DEL PUEBLO

Antes de convertirse en un estado, los alemanes habían expresado dos aspiraciones principales: unidad y libertad. Incapaces de conseguir la una ni la otra en el Año de las Revoluciones, adquirieron la primera a expensas de la segunda en 1870-71. Pero la unificación política —por muy entusiásticamente que fuera acogida— fue en cierto sentido insuficiente. Siempre ha existido en Alemania una búsqueda del paralelo social del antiguo mito de Andrógino (la criatura anterior a la división de la especie humana en varones y hembras). De ahí la preocupación de *Denker*, pensadores, como Hegel y Marx, por las tesis y las antítesis, y de *Dichter*, poetas, como Rilke, Hesse o Mann, por la unidad y la dualidad.

Por otra parte, en el siglo XIX, la industrialización no significaba para muchos alemanes el descubrimiento del tesoro de los Nibelungos, sino más bien la apertura de una caja de Pandora de la que saldrían el desarraigo y la desorientación.

La euforia de agosto de 1914 resultó de la confluencia de dos poderosos sentimientos: la esperanza de la victoria y la creencia de que todas las diferencias sociales y políticas podían ser eliminadas en la gran ecuación nacional. Después de 1918, una aversión generalizada por la democracia —porque parecía destruir la unidad nacional a través de la lucha partidista en las urnas, en el parlamento e incluso dentro de los gobiernos de coalición— contribuyó a impedir que el estado de Weimar arraigara en Alemania. De la desorientación social producida por la Depresión (el "anticapitalismo de las masas" de Gregor Strasser) surgió un ansia de retorno al seno de la comunidad. Esta regresión colectiva de tipo infantil habría de echar una cortina de humo sobre todos los conflictos —entre patronos y obreros, el campo y la

ciudad, productores y consumidores, industria y artesanado— que requerían regulaciones constantes e infinitamente complejas.

Los nazis explotaron este deseo de "comunidad del pueblo" y elaboraron su propia síntesis de promesas socialistoides y procedimientos de corte capitalista. Utilizaron el slogan de la revolución para distraer la atención de las realidades de la continuidad política y debilitaron las inquietudes anticapitalistas con una dieta de pretendidos cambios sociales. Los judíos fueron condenados como la personificación del capitalismo, y los grandes almacenes fueron boicoteados. Aun así, este tipo de procedimientos —reforzados por la imposición de un techo del 6 por ciento en los dividendos— les dio la posibilidad de atribuirse la realización de la cláusula fundamental de su programa, en la que pedían la "abolición de la esclavitud del interés".

Pero, de hecho, la táctica del régimen de efectuar cambios sociales de carácter puramente simbólico estaba de acuerdo con los deseos y aspiraciones profundos de muchos alemanes. No solamente el amplio sector pequeñoburgués de las masas anticapitalistas sino también muchos obreros identificaban las alteraciones radicales de la estructura social con un descenso general de su situación, y preferían a eso una mejora de sus particulares condiciones de vida. Las aspiraciones precapitalistas, es decir, el deseo de seguridades de tipo estático y tradicional, crearon una contracorriente dentro de la corriente general anticapitalista del momento. El hecho de que en Alemania las logias de mineros llevasen la denominación medieval de *Knappschaften* (corporaciones de mineros) y de que los capataces de las fábricas, aquellos NCO del ejército industrial, fuesen conocidos por el anticuado término gremial de *Meister* (maestro) tenía un significado mayor que el puramente semántico.

La idea de que las relaciones de producción capitalistas implicaban por esencia una situación de conflicto social constante nunca se había impuesto totalmente a la ética gremial de armonía social y orgullo del artesanado. Pero, aunque la supervivencia de términos y conceptos preindustriales en un contexto industrializado debilitaba las inquietudes revolucionarias, era evidente que tales inquietudes existían, y más adelante encontraron expresión después de la toma del poder.

Hasta mediados de 1934, la fuerza de las esperanzas de los no privilegiados, aparentemente irresistible, prestó cierta credibilidad a las posturas revolucionarias de los dirigentes de las SA, pero sólo para chocar con la inflexible oposición del *fiat* de Hitler en el sangriento desenlace del putsch de Roehm.

La decisión de Hitler estaba de acuerdo con los puntos de vista ampliamente mantenidos sobre la escala social; en opinión de la pequeña burguesía, los trabajadores y los criados no eran más que "canalla", mientras que las figuras dotadas de autoridad inspiraban gran deferencia.[1]

Para escamotear el enfrentamiento entre la "fuerza irresistible" y la "in-

flexible oposición", los mantenedores nazis del statu quo económico intentaron llevar la lucha a otro terreno. A fin de lograr una supuesta reducción del poder socioeconómico de la *Besitzbürgertum* (burguesía propietaria), las clases medias educadas fueron denigradas como "acróbatas del intelecto",[2] "bestias de la inteligencia con la columna vertebral paralizada", "plantas de invernadero incapaces de auténtica realización, que convierten en un pantano la tierra en que crecen".[3]

Hitler les tachó de "desechos de la naturaleza",[4] Goebbels (la bestia inteligente de los nazis) les llamaba "hatajo de parásitos charlatanes".[5] El *Schwarzes Korps,* periódico de las SS, afirmó que el coeficiente intelectual estaba en relación inversa con la fertilidad masculina: "Los intelectuales basan su derecho a la existencia dentro de la comunidad en su escasez de hijos"; [6] y la principal publicación médica del país atribuyó el descenso de la población a la obsesión por la educación y el ascenso social.[7]

Dado que, en una sociedad tecnológica, la denigración absoluta de la actividad intelectual habría resultado en último término autodestructiva, se trazó una sutil distinción entre inteligencia e intelectualismo, entendiendo por la primera una forma sana de actividad mental y por el segundo una forma corrompida y pérfida. Esta ambigüedad aparecía constantemente. Hitler, por ejemplo, rechazó el ofrecimiento de un doctorado *honoris causa,* mientras que Goebbels se hacía llamar *Herr Doktor* en todas las ocasiones posibles.

La violencia verbal no era el único procedimiento utilizado por los nazis para modificar las relaciones de los privilegiados por la educación con el resto de la comunidad. Las asociaciones de estudiantes, en las que coincidían ostensiblemente el privilegio social y el educacional, fueron oficialmente eliminadas después del incidente de los espárragos de Heidelberg.* Aunque el director de una escuela de enseñanza media que en 1933 exhortó a sus alumnos a llamarle "tío" en lugar de *Herr Studienrat* en señal de espíritu de comunidad del pueblo no consiguió crear tradición, la sarcártica frase que apareció por aquella época, "La esposa del profesor está limpiando los culos de los niños", indicaba el éxito obtenido por la Sección Femenina del partido en su empeño de inducir a las esposas de los profesores y a otras señoras de la clase media a realizar labor social en ayuda de las familias numerosas. Al mismo tiempo, las clases de las escuelas y pensionados femeninos de enseñanza media adoptaban a un niño pobre, como forma específica de trabajo social.[8] Una de las primeras manifestaciones de comunidad del pueblo en los centros de enseñanza fueron las hogueras que los alumnos de las escuelas de enseñanza media hacían con sus gorras de color, distintivas de cada centro, como signo de la abolición de las clases. En el cuerpo dirigente de las Juventu-

* Ver el capítulo sobre las universidades, p. 339.

des Hitlerianas, los muchachos de aquellas escuelas fueron, en un principio, objeto de discriminación, hasta que el paso del tiempo puso fin a las hogueras rituales y a los métodos populistas de selección.* Hacia fines de los años treinta, la mayoría de los cuadros de las Juventudes Hitlerianas procedían de familias de la clase media y del estamento universitario, y en muchas escuelas se podía ver de nuevo a los muchachos que se preparaban para entrar en la Universidad luciendo sus bandas de colores.[9]

Las hogueras rituales no eran el único procedimiento que el régimen empleaba para invocar el espíritu de comunidad del pueblo. Hitler fue el primer jefe de estado alemán que adoptó la costumbre de pasear por los talleres de las fábricas y de compartir el estrado con los trabajadores de los astilleros en las ceremonias de botadura de los barcos. Asimismo, todas las Navidades, ordenaba personalmente la liberación de un cierto número de prisioneros de campos de concentración recluidos allí por su conducta "antisocial"; Streicher hacía lo mismo en favor de un puñado de comunistas de su Gau —en su calidad de Gauleiter—, y les acogía ceremoniosamente a su vuelta a Nuremberg llamándoles "miembros rescatados" de la comunidad del pueblo.[10]

El Día del Trabajo Nacional de 1933, el rector de la Universidad de Heidelberg compartió con un trabajador una narria festivamente engalanada, en señal de solidaridad entre el trabajo intelectual y el manual.[11] De manera similar, la frase de Hitler: "Yo sólo reconozco una nobleza: la del trabajo", sugirió al periódico *Wölkischer Beobachter* la publicación de una extensa entrevista con un barrendero municipal.[12] Cuando murieron accidentalmente unos obreros en la construcción del metro de Berlín, se celebraron en su honor exequias oficiales a las que asistió el propio Führer, y los contratistas e ingenieros implicados en el suceso fueron espectacularmente procesados.[13]

El juicio y ejecución, en 1935, de dos señoras de la nobleza, acusadas de espionaje en favor de Polonia, tuvieron un sentido de afirmación de la comunidad del pueblo. El hecho de que ni siquiera unas damas nobles pudieran escapar al hacha del verdugo creó la impresión de que la ley alemana sabía permanecer serena e indiferente ante el más hermoso árbol genealógico.[14]

Con una finalidad similar, se instituyó la obligatoriedad de la estancia en centros de adiestramiento para los profesionales recién titulados. Las fotografías, que aparecían en la prensa, de jóvenes licenciados en derecho fregando el suelo en uno de esos campos, con comentarios que hablaban del "trabajo como método educativo indispensable" [15], encerraban la implicación de que, por bien enseñados que estuviesen, aquellos *Herren Referendare* no sabían lo que era trabajar como lo sabía el hombre de la calle, y ahora se les obligaba,

* Ver el capítulo sobre la juventud, p. 293.

por su propio bien, a familiarizarse con el trabajo. En un artículo periodístico que describía la llegada de un grupo de abogados a la estación de Colonia, donde se disponían a tomar el tren para asistir al Congreso Alemán de Abogados, en Leipzig, se leía: "El hombre de la calle se quedaba sorprendido ante la insólita escena. Los poderosos y encopetados señores ante los cuales él ha de ponerse en pie en las salas de los tribunales y que pueden dictar sentencia sobre él, estaban allí, sometidos a las órdenes de un hombre mucho más joven que ellos que vestía una camisa parda, y debían marchar formados, de modo que el rango y el nombre de cada individuo perdía toda importancia".[16]

En contradicción con la campaña de "cortar las alas a los grupos privilegiados", el propio Partido nazi ofrecía a sus miembros numerosas oportunidades de acceder a privilegios. En un intento de enmascarar esta contradicción, imponía a sus militantes algunos sacrificios en pro de la comunidad, como la realización de jornadas no retribuidas de trabajo industrial, lo cual representaba una cantidad suplementaria de horas libres pagadas para los obreros a los que sustituían.[17]

La visión de los cuadros del Partido —de los *Bonzen*, como eran irónicamente llamados— abandonando temporalmente los mecanismos del poder por los más modestos de la maquinaria industrial dio lugar a reacciones favorables y a otras cínicas. Las opiniones de la población en su conjunto dependían menos de lo que el régimen hacía en realidad que de la imagen que conseguía dar de sus actividades. En tal situación, la semántica jugaba un papel fundamental. La palabra "obrero", por ejemplo, adquirió un sentido increíblemente flexible y fue objeto de pomposas utilizaciones. Cuando Hitler se dirigió al Reichstag en 1938, declaró solemnemente: "Durante estos últimos cinco años, yo también he sido un obrero".[18] Cuando, a principios de 1939, se formó la nueva Cancillería, insistió en recibir a los trabajadores de la construcción antes que al cuerpo diplomático, y recalcó a su auditorio proletario la función representativa de la arquitectura, con el objeto de justificar el esplendor de su propia residencia.[19] El que había sido ministro nazi de Agricultura, Backe, un rico arrendatario, insistía en que se le llamase obrero en todas las ocasiones públicas, basándose en el hecho de que, en sus días de estudiante, había trabajado unas semanas en una fábrica, durante las vacaciones.

Algunas denominaciones implicaban tan poca consideración social que se hizo necesaria, para dar a los interesados mayor categoría, una palabra más prestigiosa aún que la de "trabajador". El espíritu de comunidad del pueblo promovió a las *Dienstmädchen* (criadas) al rango de *Hausangestellte* (empleadas de hogar), en lugar de llamarlas sencillamente *Hausarbeiterinnen* (trabajadoras domésticas).

La paradoja era, realmente, parte esencial de la ética de la comunidad del pueblo. La SA había hecho obligatorio el apelativo *Kamerad* entre sus miembros, y el príncipe August Wilhelm de Prusia (hijo menor del antiguo Kaiser) fue llamado, de acuerdo con esto, "Kamerad Auwi", mientras que Magda Goebbels llamaba invariablemente al ayudante de su marido, el camarada príncipe Schaumburg Lippe, "mi estimado Príncipe".[20] A pesar del desprecio oficial por la tradicional expresión *gnädige Frau* (señora mía) y de la costumbre a ella asociada de besar la mano de la dama, las fotografías de Hitler en los periódicos le mostraban, año tras año, besando la mano de Frau Winifred Wagner a su llegada a Bayreuth. El vasto Frente Alemán de Trabajo de Robert Ley, que fustigaba las costumbres burguesas con más energía aún que la mayoría de dirigentes del Partido, financió la construcción de *Ordensburgen*, centros de educación de la futura élite nazi, en los cuales se enseñaba el besamanos, como parte integrante de las buenas maneras.

Mientras el Partido y los organismos a él afiliados creaban constantemente nuevas jerarquías de rango o título, el alcalde de Nuremberg dirigía un memorándum a todos los funcionarios de la ciudad solicitando que sus esposas dejasen de darse a sí mismas los títulos de *Frau Vizebürguermeister* (Señora concejala) o *Frau Stadtdirektor* (Señora escribana).[21] En una visita oficial a Dresde, Goebbels se enojó al ver que, en el teatro de la ópera, nadie iba vestido de etiqueta, ni siquiera los ocupantes de los palcos. Cuando el Gauleiter Mutschmann le citó las declaraciones del Partido en las que se ridiculizaban las formas de vestir burguesas, Goebbels le trató bruscamente de vulgar marxista.[22] Goebbels se adhirió también a la causa de la elegancia en la controversia provocada por la tendencia de los dirigentes nazis a repudiar a las esposas plebeyas en favor de otras más privilegiadas social y físicamente. Alegaba que una mujer elegante podía transformar totalmente a un Gauleiter proletario, realizando así una importante contribución al bien público.[23]

El concepto de contribución al bien común no quedó nunca bien definido. Así, el Tribunal de Honor del Comercio (creado para juzgar los casos de actuación comercial incorrecta) hubo de examinar la demanda de un viajante de comercio contra un empresario que se había negado a hacerle un pedido y que había mostrado desprecio por sus esfuerzos, contraviniendo así el espíritu de comunidad del pueblo.[24]

El espíritu en cuestión era especialmente difícil de alcanzar en el mundo darwiniano del comercio, en la cual las acusaciones —lanzadas anónimamente si era posible— de que este o aquel competidor se había "emboscado" durante la Gran Guerra o de que se atribuía, mentirosamente, la condición de veterano del Partido se convirtieron en método habitual de protección del propio negocio.[25]

Constantemente, la tendencia a alcanzar una más elevada comunidad del pueblo rayaba en lo macabro. Para ilustrarlo con un ejemplo, a partir del año 1939, los burgueses de Tübingen que se disponían a reunirse con su Hacedor, hubieron de renunciar a los signos externos de distinción social: la funeraria municipal ofrecía un solo tipo de entierro para todo el mundo, en lugar de las distintas categorías (primera, segunda y tercera) que existían anteriormente.[26]

Sin embargo, al margen de esta demagogia social con ribetes de farsa, el Tercer Reich promovió y aceleró hasta cierto punto la tendencia a una mayor igualdad social, o como mínimo a una mayor movilidad hacia arriba. El principal motor de los cambios en este aspecto era el Partido, dentro del cual la promoción dependía mucho menos del origen social, la riqueza o la educación que de la fanática entrega al trabajo político. Aunque el Partido no llegó a absorber la máquina estatal, creó varios organismos paralelos de composición claramente no clasista. La *Verfügungstrupe* (reservas) de las SS, por ejemplo, era más plebeya que el ejército, tanto desde el punto de vista social como del educativo: mientras uno de cada dos subalternos de la Wehrmacht procedía de familia de oficiales, sólo un cinco por ciento de los Junkers de las SS podían jactarse de tener ascendencia militar. Inmediatamente antes de la guerra dos de cada cinco subalternos no tenían la *Abitur*, el certificado de bachiller, obligatorio para los cadetes.[27] Los candidatos que eran rechazados por el Cuerpo Diplomático a causa de su origen humilde podían esperar seguir carreras diplomáticas a través del departamento de política exterior del Partido, creado por von Ribbentrop. De manera similar, los jóvenes que veían frustradas sus esperanzas de ingresar en la Universidad, podían aún aspirar a ocupar alguno de los brillantes cargos del Partido y del aparato del estado si lograban ser admitidos en un *Ordensburg*, para lo cual sólo necesitaban acreditar el fervor de su adhesión política.

Pero el Tercer Reich ofrecía oportunidades de promoción a sectores de población mucho más amplios que el círculo de los futuros dirigentes, oficiales o diplomáticos. Al cabo de algunos años de su instauración, incluso las carreras que requerían enseñanzas superiores a las elementales ya no implicaban el paso por la Universidad, y el ingreso en los niveles más altos del cuerpo de funcionarios dejó de estar condicionado a la *Abitur*. El cuerpo de funcionarios y la administración municipal se convirtieron en cauces de promoción dentro de los cuales la cualificación política compensaba los defectos de la académica; todo el conjunto de la abundante burocracia del Tercer Reich —los funcionarios y los empleados municipales, el aparato del Partido y las organizaciones industriales, agrícolas, comerciales y artesanales— absorbió a más de un millón de personas de origen obrero.[28] Durante los seis años de paz del Reich, la movilidad social hacia arriba fue, en su conjunto,

doble a la de los seis últimos años de Weimar.* Sin embargo, las personas de origen proletario que solicitaban puestos que anteriormente hubieran sido ocupados por miembros de la clase media, necesitaban presentar pruebas de un compromiso político mayor, para compensar su inferioridad social.

En la industria, la promoción profesional obrera siguió siendo tan lenta como siempre; por otra parte, la *Reichsberufwettkampf* (competición profesional) —los ganadores de la cual ganaban becas o ascensos en sus ramos respectivos— atrajo, en 1939, a casi cuatro millones de participantes.

Algunos trabajadores eran sensibles a un cierto tipo de beneficios marginales que les reportaba el nazismo. Un viejo maestro artesano quedó muy emocionado cuando la orquesta sinfónica del Reich dio un concierto en su fábrica de Würtemberg. "¿Quién se hubiera atrevido a soñar que el Kaiser nos enviase su orquesta a nosotros, aquí al taller? —dijo, con lágrimas en los ojos—. Ahora, el Führer en persona nos ha enviado su orquesta; nunca se lo podremos agradecer bastante." [29]

Hasta los trabajadores menos fáciles de engañar aprobaban la idea de comunidad del pueblo al ver que gradualmente iban teniendo acceso a los símbolos de status de baja clase media, tales como aparatos de radio e incluso automóviles.** Y otro símbolo de progreso social que cada vez adoptaron un número mayor de obreros fue el uniforme. El doctor Ley —que definía el socialismo como "la relación entre los hombres en las trincheras"— decretó que todo miembro del Frente Alemán del Trabajo debía llevar el mismo sencillo uniforme azul. Como consecuencia, en los actos públicos no era posible diferenciar a los patronos de los obreros. En 1934, en el desfile del Primero de Mayo en Berlín, la representación del "Tribunal de Justicia Criminal" consistía en una figura solitaria —el presidente del tribunal— y un grupo de mecanógrafas y ujieres formados militarmente.[30] Una figura familiar en el panorama industrial del Tercer Reich era el *Geheimrat* (Consejero Privado) Kirdorff, el octogenario magnate del carbón, partidario del nazismo, que se entregó al fetichismo de vestir un uniforme negro de *Knappschaft* (corporación de mineros) adornado con dobles filas de botones y con la insignia de los martillos cruzados en las solapas.

También el ejército recibió la consigna de insuflar nueva vida al escaso sentido de comunidad del pueblo que existía en sus filas. En 1934, el ministro de la Guerra ordenó a los mandos de la Wehrmacht que seleccionara a los

* El veintinueve por ciento en la Alemania occidental y el veinte por ciento en la oriental entre 1934 y 1939, frente al 12 por ciento general entre 1927 y 1934. (Cf. Karl Martin Boltern, *Sozialer Aufstieg und Abstieg*, Stuttgart, 1959, p. 139.)

** Aunque, durante el Tercer Reich, el Volkswagen no pasó de la etapa de proyecto, se produjeron algunos automóviles de precio relativamente asequible: el modelo más barato fabricado por la Opel o por la DKW costaba entre 1.400 y 1.600 marcos.

invitados a sus cenas de gala según un criterio más amplio del seguido hasta entonces.[31] Pero habría de ser necesaria aún una guerra —concretamente, la gran cantidad de bajas del frente oriental— para obligar a la oficialidad a ampliar la base social de su reclutamiento.*

Cuando magnates, jueces y generales encarnaban en su actuación el espíritu de comunidad del pueblo, los ocupantes del extremo opuesto de la escala social no les iban tampoco a la zaga. Al visitar el alcalde de Dresde uno de los barrios más pobres de su ciudad, presenció la siguiente escena:

"Aquí, donde viven los desheredados de la fortuna, una familia de seis hijos debe alojarse en dos habitaciones y una cocina. La ventana da a un patio oscuro y estrecho. El ambiente está saturado de humedad, a causa de los pañales tendidos a secar. La Ayuda Invernal ha entregado a esta familia carbón y patatas. En su puerta aparecen las tres últimas placas mensuales de la Ayuda Invernal. Aquí, entre los más pobres, aún se piensa en los compatriotas cuya situación es quizá peor." [32]

A pesar de la falta de lógica de esta última frase, no es posible dejar de reconocer el hecho de que la difusión de la idea de comunidad del pueblo puso en movimiento unas ciertas reservas de idealismo. Desdeñar esta realidad sería formarse una imagen falsa del estado de ánimo popular bajo el nazismo.

Cuando la madre de una entregada dirigente del *Bund deutscher Mädchen* (o BdM, Unión de Jóvenes Alemanas), señora perteneciente a la clase media, se quejó del olor corporal que despedían las subordinadas proletarias de su hija, ésta replicó: "¿Tú crees que la gente como nosotros huele mejor?".[33]

Prueba de comunidad del pueblo eran los mineros que hacían donación de media jornada de salario al mes para ayudar a sus compañeros en paro, las alumnas de las escuelas femeninas de enseñanza media que "adoptaban" a niños pobres y los estudiantes que hacían sustituciones en las fábricas con el fin de que los obreros disfrutaran de una mayor cantidad de tiempo libre pagado.

Estas acciones, convenientemente adornadas e hinchadas, daban la impresión de que todo el país estaba encontrándose a sí mismo a través de la ayuda mutua. Incluso personas contrarias al nazismo quedaban impresionadas. El dirigente de la resistencia Carl Goerdeler (que habría de ser ejecutado) reconoció que el nazismo había "enseñado a Alemania la lección de que las personas deben ayudarse unas a otras".[34]

En el terreno religioso, el régimen llegó incluso a presentarse como impulsor de un ilustrado ecumenismo, como cuando presionó a los padres de

* Este proceso se relata en el capítulo sobre el ejército, pp. 154-155.

Baviera para que "apoyasen" la disgregación de algunas escuelas eclesiásticas.* El *Schwarzes Korps* podía atribuirse una intención similar en un artículo que apareció en sus páginas, acerca de un asilo de ancianos de las afueras de Munich, en el cual, según se relataba, cundió una cierta alarma a causa del incendio de una fábrica cercana. Cuando la hermana responsable hubo calmado a los ancianos, les preguntó si la fábrica que ardía era propiedad de católicos, en cuyo caso sería obligación de todos rezar por ellos.[35]

La paradoja por la cual los nazis podían presentarse como campeones de la tolerancia en materia de tratamientos se extendía también al terreno social, donde la disidencia política se manifestaba en algunas ocasiones en forma de prejuicio snob, como se observa por ejemplo en este fragmento, escrito durante la guerra, del diario de una persona conservadora: "Es un buen augurio para el espíritu de oposición entre las clases respetables el hecho de que una señora acomodada, con una servidumbre muy numerosa, al oír que su doncella búlgara llamaba *Dame* (señora) a la lavandera alemana, en lugar de *Frau* (mujer), la corrigió en estos términos: "Ella es una mujer; aquí la señora soy yo".[36]

Aquella señora tenía razón. Por más que la demagogia social quisiera enmascararla, la distinción fundamental entre *Frauen* y *Damen* siguió vigente durante toda la era nazi.** Los únicos cambios importantes que se produjeron en la relación entre poseedores y desposeídos fueron las inversiones políticas de la pirámide social, ejemplificadas por los porteros de las casas de pisos, que, en su función de "responsables de bloque" ante el Partido, inspiraban temor a sus inquilinos, socialmente superiores.

A intervalos calculados, las autoridades tomaban dramáticas medidas con el mismo propósito. En una ocasión, Goebbels llegó a poner en escena la detención de un director del Reichsbank, quien, según una interpretación de la ley perfectamente válida, había expulsado a un inquilino de una casa de su propiedad. Mientras la detención del "plutócrata" era objeto de la máxima publicidad, su subsiguiente liberación pasó inadvertida por el público.[37] Esta lucha contra los privilegios hizo correr grandes ríos de tinta y muy poca sangre. El *Schwarzes Korps*, por ejemplo, se entregaba semanalmente a un despliegue ritual de indignación ante un revoltillo de trivialidades vagamente relacionadas con la discriminación clasista. Por ejemplo, atacaron furiosamente a un periódico de Berlín porque había desaconsejado a un lector soltero que se casara con una joven que no tenía nociones de etiqueta,[38] y a un

* Véase el capítulo sobre la religión, p. 464.

** La dicotomía *Frau/Dame* es paralela de la persistente distinción entre trabajadores de cuello azul y de cuello blanco en la industria. Los oficinistas continuaron diferenciándose de los obreros por su forma de vestir (por el *Stehkragen*, o "winged collar", por su percepción de salarios mensuales y no semanales y por el tipo de seguro al que estaban adheridos.

terrateniente que insistía en que el correo dirigido a su nombre llevase el tratamiento *Rittergutsbesitzer* (propietario de tierra señorial) en lugar del de *Herr Landwirt* (granjero).[39]

El concepto de comunidad del pueblo no era ineficaz sólo en sus aplicaciones sociales. Incluso tomado como grito de movilización nacional, como en la frase "Un pueblo, un Reich, un Führer", no era sino una negativa superficial de las profundas fisuras existentes.

La supremacía de la prusiana Berlín —mal vista ya desde la unificación— se hizo aún más onerosa debido a la supercentralización nazi. Los hombres de negocios y los profesionales de provincias se sintieron en desventaja frente a sus competidores de Berlín, que tenían acceso inmediato a los pasillos del poder. (Entre los hombres de negocios, la antipatía hacia la capital no afectaba sólo a aquellos que se beneficiaban de los contratos con el gobierno, pues la "economía de sitio" reducía a todas las empresas, en mayor o menor grado, a la dependencia de la máquina estatal.) Munich, la "capital del Movimiento" y sede del NSDAP —una sección del cual, la *Reichszeugmeisterei* (Inspección de Intendencia) daba trabajo, ella sola, a miles de trabajadores de la confección de uniformes—, suscitaba un resintimiento similar. Cuando Austria fue anexionada, el nombre que había llevado durante siglos, *Osterreich,* fue oficialmente eliminado y sustituido por el arcaico de *Osamark* (Marca Oriental); la creación de la Gran Alemania, por más entusiasmo que despertara, no redujo la frecuencia de los epítelos burlones —*Piefke* para los alemanes y *Schlawiener* para los austríacos— a ambos lados de la abolida frontera. Después del estallido de la guerra, los habitantes del Saar, evacuados de la zona militar, se entristecían al oír que la gente de las zonas de recepción les llamaban "franceses del Saar" o "gitanos";[40] los *volksdeutsche* (alemanes étnicos) trasladados al Reich desde varios países balcánicos, cuyos dialectos diferían sensiblemente del alemán de Alemania, fueron objeto de dudas similares sobre su autenticidad étnica.

Como es lógico, los bombardeos y las evacuaciones en gran escala a que éstos dieron lugar fomentaron la animosidad existente entre las regiones. Además, se creó una clara diferenciación entre el estado de ánimo de las zonas vulnerables del Reich y las que por el momento eran seguras. "Aquí, la mayoría de la gente son bávaros —escribió en su diario, en 1942, una inglesa casada con un oficial alemán—; mientras sólo la Alemania occidental era víctima de los bombardeos, su indiferencia fue realmente olímpica, pero después del ataque a Munich de la semana pasada, las líneas telefónicas de este cuartel general estuvieron ocupadas durante diez horas seguidas."[41] Hacia el final de la guerra, cuando el interior del país, que hasta entonces no se había visto afectado, fue invadido por evacuados del este, otra inglesa casada con un alemán observó: "La ayuda que recibieron dependió totalmente de las

medidas tomadas por las autoridades. Los alemanes de las zonas seguras, cuyos hogares estaban intactos, mostraron poco espíritu cívico ante los infelices refugiados. En los distritos rurales, se hubieran podido instalar cocinas de campaña, aunque fuese sólo para distribuir patatas cocidas, y se hubieran podido reservar algunos graneros para albergar durante la noche a las gentes que iban de paso. Se podía haber hecho algo para aliviar su desgracia, pero no se hizo nada".[42]

Es difícil valorar hasta qué punto esta indiferencia se debió a las antipatías del espíritu cívico después de doce años de regimentación absoluta. La división entre las regiones se manifestó también en otro plano. A medida que la guerra se aproximaba a su inevitable fin, los habitantes de varias regiones trataron de desprenderse de su condición de alemanes como si de una piel de reptil se tratara. Los "alemanes étnicos" se procuraron banderas de sus países balcánicos de origen; los alsacianos se llamaron franceses; los bávaros proyectaron un Estado Libre Católico, y los habitantes de la *Ostmark*, que en 1938 habían acogido con histérico entusiasmo su incorporación al Reich alemán, descubrieron nuevamente su condición de austríacos. "Al volver a Viena —escribía amargamente un austríaco, miembro de las SS— uno no puede por menos de avergonzarse de que el tan cacareado corazón de oro de Viena se haya convertido en algo tan repelente y egocéntrico. Un día echaron del tranvía a una mujer de los Sudetes, diciendo: 'Primero los vieneses, después los bohemios.'"[43]

El epitafio final a la comunidad del pueblo no lo escribieron tanto el "patriotismo local", ni siquiera el generalizado saqueo de bienes alemanes por manos alemanas, como la epidemia de denuncias de la posguerra, que causó más molestias a las autoridades aliadas de ocupación que las amenazas de las operaciones *Werwolf*.

# 4

# EL PARTIDO

Antes de la toma del poder, 850.000 alemanes, de una población de 66 millones (1 de cada 77), tenían carnet del partido nazi. En los momentos culminantes del Tercer Reich, el número de miembros ascendía a 8 millones (de los 80 millones de habitantes de la "Gran Alemania"), con lo que se cumplía el deseo de Hitler de que la élite del pueblo alemán ascendiese al diez por ciento de los ciudadanos. En otras palabras, al menos uno de cada cuatro alemanes adultos era miembro del Partido Nacionalsocialista. Pero este dato cuantitativo, aunque lejos de ser insignificante, es menos importante que el aspecto cualitativo de la influencia y las relaciones del partido con las otras élites que constituían la estructura de poder del Tercer Reich.

Participando en igual medida de revolución y restauración, la toma del poder había eclipsado a algunos grupos de élite —por ejemplo, el *establishment* republicano— y había hecho prosperar a otros. Sus principales beneficiarios fueron los industriales, los generales y los altos funcionarios, sobre los cuales un Zeus en forma de Führer hacía caer una lluvia de oro —en forma de dinero o de medallas— como recompensa a su docilidad. A cambio de su poder de decisión, los patronos obtuvieron provechos aún mayores, y los militares de alta graduación (o los burócratats), nuevos ascensos.

La entusiasta aceptación del nuevo régimen por parte de estos grupos venía dada por un mal entendido concepto del interés corporativo, por las ilusiones chauvinistas y —entre los funcionarios— por una sumisión rayana en el masoquismo.

No obstante, esta clara sumisión no impidió las continuas fricciones en la mal definida frontera entre las prerrogativas del partido y las del cuerpo de funcionarios. Esta prolongada guerra de desgaste reflejaba la deliberada va-

guedad de Hitler respecto a las relaciones entre partido y estado, la constante alternativa a la que habían de enfrentarse los nazis: preparación ideológica o capacidad técnica, y la rivalidad entre dos grandes jerarquías de hábitos y tradiciones completamente diferentes.

Así, mientras en el cuerpo de funcionarios la promoción dependía del origen social y del grado de educación alcanzado —por ejemplo, la condición primera para ingresar en la rama administrativa era poseer un doctorado o, para la rama ejecutiva, el bachillerato—, el único criterio de selección aplicado por el partido era la veteranía (es decir, la antigüedad de la militancia). Aunque, en algunas ocasiones, individuos de una gran tenacidad con números de carnet altos se abrían paso hasta la cumbre, básicamente fueron sólo aquellos que habían ingresado en el partido antes de septiembre de 1930 —en que se produjo el triunfo electoral de los nazis— los que pasaron a formar la aristocracia del partido. La promoción que se afilió de 1930 a 1932 formaba la capa media del partido, mientras que los burlonamente apodados "violetas de marzo" (la gigantesca entrada de marzo de 1933 en adelante) constituyeron la extensa base.

El partido y el cuerpo de funcionarios eran dos organismos que funcionaban en una compleja situación de simbiosis, de modo que no siempre era fácil determinar cuál era parásito del otro. Según una observación superficial, el partido era el parásito más beneficiado, pues contaba entre sus filas más de cien mil funcionarios en calidad de dirigentes políticos honoríficos,[1] que aportaron su riqueza de experiencia administrativa a la función directiva del aparato del partido. Además, merced a la política del partido de procurar trabajo a sus veteranos (es decir, a los miembros cuyo ingreso era anterior a marzo de 1933), un gran número de veteranos del partido poco cualificados obtuvieron puestos en la administración. En 1935, por ejemplo, Hitler decretó específicamente que un diez por ciento de las vacantes de los niveles bajo y medio del cuerpo de funcionarios debían ser ocupadas por miembros del partido que hubieran ingresado antes de septiembre de 1930.[2]

No obstante, esta sistemática ocupación de puestos de trabajo por parte del partido no benefició solamente a sus miembros desempleados. Después de la toma del poder, se creó una costumbre según la cual los cuadros nazis de barrio y de distrito asumían puestos municipales y administrativos correspondientes a sus funciones en el partido —los *Ortsgruppenleiter* (jefes de grupo local) eran a la vez alcaldes, y los *Kreisleiter* (jefes de distrito) eran *Landräte* (gobernadores de los distritos rurales)—, pero de 1935 en adelante, esta dualidad de funciones fue progresivamente eliminada.[3]

En 1935, se estimaba que los miembros del partido ocupaban las tres quintas partes de más de 52.000 puestos ejecutivos en organismos del estado y de la administración local, pero sólo una quinta parte de esos funcio-

narios eran miembros del partido antes de 1933. En otras palabras, las "violetas de marzo" superaban ampliamente en número, en los puestos administrativos, a los viejos nazis de probada fidelidad.[4] Esta situación inspiró a un redactor del *Schwarzes Korps* una forma particularmente lacrimosa de criticar la relación de poder entre los veteranos y las "violetas de marzo":

"El hombre del sillón oficial trata de explicarle a uno que el criterio de perfección ha de prevalecer por encima de todo. Uno levanta la mirada hacia el retrato de Hitler que cuelga encima de su escritorio, en su marco dorado. Le llora a uno el alma. En un gesto defensivo, uno estrecha contra su corazón la foto de Adolf Hitler en la prisión de Landsberg, el tesoro de su vieja y gastada cartera".[5]

El mismo tema inspiró también al periódico de las SS un rasgo de humor: "A: Nosotros, los veteranos, hemos quedado completamente relegados. Mira las violetas de marzo, esos sí que han salido adelante. B: ¡Cuánta razón tienes! Si el Führer hubiera ingresado en el partido más tarde, habría llegado más lejos".[6]

No eran sólo las "violetas de marzo" quienes bloqueaban desconsideradamente el acceso de algunos de los camaradas no cualificados a las situaciones de privilegio, sino que la imagen que tenían de sí mismos algunos nazis que habían obtenido puestos en la administración local sufrió también una transformación característica de la Alemania nazi: tendían a verse a sí mismos cada vez más como funcionarios del estado que como funcionarios del partido, de modo que, en 1935, casi el cuarenta por ciento de los alcaldes nazis y más de la mitad de los *Landräte* habían abandonado toda actividad en el partido.[7]

El ministro del interior, Frick, un burócrata de pies a cabeza, totalmente entregado al nazismo, apoyó al cuerpo de funcionarios en su empeño de frenar la ingerencia del partido. Publicó memorándums —como el dirigido a la dirección del Reichsbank y de los Ferrocarriles Alemanes en 1935 [8]— afirmando el principio administrativo según el cual el nombramiento y promoción de funcionarios era prerrogativa exclusiva del departamento correspondiente. Los criterios enfrentados de ideología y capacidad se resolvieron sólo cuando el Tercer Reich, saciado de conquistas de guerra, extendió su estructura de poder hasta el punto de poder acomodar a todos los aspirantes a un puesto. Aun así, cada etapa de la expansión dio lugar a un nuevo conflicto. Así, después del *Anschluss* de Austria, Bürckel, Gauleiter de Viena, hubo de aplacar a fuerza de retórica la susceptibilidad herida de los veteranos de Austria: "Sé que muchos de vosotros estáis irritados porque, aquí y allá, hay antiguos enemigos del movimiento que se proponen dirigirlo pasando por encima de vosotros, y disponen cada vez de más autoridad. Este estado de cosas debe cambiar, pero vosotros debéis haceros cargo también de que yo no puedo

paralizar la maquinaria del estado".[9] (Lo que enojaba a los camisas viejas de Viena, por cierto, no era sólo la visión de hombres mejor cualificados situados en puestos que ellos codiciaban, sino también la predilección de Bürckel, que no era austríaco, por una camarilla de funcionarios importados por él de su provincia natal, el Saar-Palatinado.)

La irregularidad de las relaciones del partido con el estado a nivel de los Gauleiter resultaba del hecho de que muchos de éstos detentaban simultáneamente los puestos de Gauleiter y de *Oberpräsident* (es decir, gobernador civil de la región). Esta dualidad de funciones producía frecuentemente síntomas de esquizofrenia. Por ejemplo, mientras el Gauleiter Lauterbacher, de Hannover, fue simplemente un dirigente provincial del partido, incitó a sus *Kreisleiter* a obstaculizar al máximo la actuación de los *Landräte*, como constante de su política. Pero, cuando asumió el cargo de *Oberpräsident*, comenzó a considerar al aparato del partido bajo su mando como una contra-administración a la que él no podía permitir más que una actuación subsidiaria.[10]

Además de la rivalidad social, la cuestión monetaria hacía que los Gauleiter menos ventajosamente colocados envidiaran a sus colegas más favorecidos. Los salarios del partido no eran elevados, y aunque las prerrogativas extraoficiales de un Gauleiter iban desde la expropiación de bienes de ciudadanos judíos a la malversación de los fondos del partido (que estaba menos extendida, porque implicaba riesgos mayores), no había apenas un funcionario provincial nazi que no envidiase a Julius Streicher sus considerables ingresos privados procedentes de la tirada de medio millón semanal del *Der Stürmer*.

Entre los *Reichsleiter* (jefes de departamento del partido), Robert Ley ocupaba una posición también muy envidiada como dirigente del Frente Alemán de Trabajo, organización que sobrepasaba en magnitud y atribuciones a cualquier otra de la historia occidental, pues su actuación se extendía hasta terrenos como el turismo de masas, las compañías constructoras y la edición.

Julius Streicher y Ley, los más emprendedores de sus respectivos colegas, eran también los más patológicamente incultos, confirmando así los resultados de un estudio sociológico, según el cual los altos dirigentes del partido nazi eran menos educados que los cuadros medios, y aún menos que los miembros de la base.[11] Esta relación inversa entre educación y poder en la jerarquía nazi guarda relación con otra conclusión del mismo estudio: el movimiento nazi estaba dominado por individuos de bajo origen social que se habían afiliado al partido en sus primeros momentos, habían accedido al control de su aparato administrativo y lo habían mantenido en sus manos a través de los años.[12]

Los cuadros del partido nazi se dividían en tres grupos mutuamente ex-

cluyentes: administradores, propagandistas y elementos de choque, cada uno de los cuales presentaba rasgos sociales y educacionales propios. Así, mientras uno de cada dos propagandistas era licenciado, sólo uno de cada cuatro administradores poseía un grado universitario, lo cual reflejaba el hecho de que los propagandistas eran más bien de procedencia burguesa, y los administradores procedían de ciudades pequeñas o del campo. Los elementos de choque (miembros de las SA y de las SS, por ejemplo) eran los menos educados y los de origen social más bajo. En los niveles superior y medio del aparato del partido, los administradores, social y educacionalmente inferiores, superaban en número a los propagandistas en una proporción de dos a uno. Ejemplo de esto eran los propios Gauleiter. De los treinta Gauleiter, veintisiete procedían de una población pequeña y veintitrés habían recibido sólo enseñanza elemental. Cinco habían ido a la universidad, pero sólo tres se habían licenciado. Entre los veteranos nazis con antecedentes universitarios, uno de cada dos había abandonado aquel centro sin conseguir ningún título; y sus colegas que no habían pasado por él no habían tenido nunca un trabajo estable.[13]

Casi la mitad de los dirigentes nazis procedían de los distritos rurales del sur de Alemania, y de un entorno social de baja clase media: sus padres eran empleados de aduanas, tenderos, granjeros, artesanos y maestros de escuela.

De los treinta Gauleiter, seis eran maestros de escuela, diez eran empleados, y tres, obreros manuales (incluyendo un obrero agrícola). La composición social del partido en su conjunto mostraba interesantes analogías con la de su élite. Así, en 1935, cuando el número de miembros se elevaba a dos millones y medio, su distribución era la siguiente: trabajadores, 30 por ciento; empleados, algo menos del 20 por ciento; trabajadores autónomos, lo mismo; funcionarios, 12,5 por ciento; y granjeros, 10 por ciento. En comparación con la proporción de estos grupos dentro de la población global, los granjeros estaban representados en un 10 por ciento, y los obreros industriales subrepresentados en un 30 por ciento, mientras que los empleados estaban superpresentados en un 65 por ciento, los trabajadores autónomos en un 100 por ciento, y los funcionarios en un 160 por ciento.[14]

La super-representación de funcionarios (y de maestros) en el partido quedaba aún acentuada por su participación, mayor todavía, proporcionalmente, de la que les habría correspondido por su número por encima del tanto por ciento en los órganos de dirección política. Los dirigentes políticos y funcionarios del partido formaban aproximadamente el 20 por ciento del total de los afiliados. En 1937, había 700.000 dirigentes políticos, de los cuales más de un tercio procedía de la enseñanza (160.000) o del cuerpo de funcionarios.[15]

En Alemania, maestros y funcionarios eran bien considerados socialmente, y su presencia masiva en el partido mejoraba la organización de éste y atenuaba su imagen plebeya a nivel de la base. A un nivel más elevado, la iden-

tificación de sectores importantes de la aristocracia con el partido era tan beneficiosa o más para su imagen. El príncipe Hohenzollern, August Wilhelm, el cuñado de la reina de Holanda (duque de Mecklenburg), el yerno del rey de Italia (el príncipe de Hesse), el duque de Coburg y el duque de Brunswick —que habría de tener a una hija suya en la dirección de la Unión de Jóvenes Alemanas y a un hijo en la prisión de la Gestapo— se adhirieron al nacionalsocialismo. Fue sobre todo el príncipe Auwi quien inició esta tendencia, a consecuencia de la cual el *Almanaque de Gotha* y el registro de miembros del partido vinieron a coincidir ampliamente.

Esta masiva conversión de la aristocracia se vio favorecida en parte por el declive de las fortunas familiares. La casa de Lippe hizo ingresar a sus vástagos, en bloque, en el partido, y uno de ellos, el príncipe Schaumburg-Lippe, llegó a ser ayudante de Goebbels. El príncipe Waldeck-Pyrmont —quien, en 1944, había de enviar a la princesa imperial de Baviera al campo de concentración de Buchenwald— alcanzó el grado de *Obergruppenführer* (general) de las SS; de la nobleza, que formaba el 0,7 por ciento del total de la población, salió casi el 10 por ciento —58 de 648— de los dirigentes de las SS, desde el puesto de *Standartenführer* (coronel) hacia arriba, así como 7 de cada 9 *Obergruppenführer y Gruppenführer* (jefes de sección) de las SA.[16] (Sin embargo después de que la purga subsiguiente al putsch de Roehm redujera la importancia de las SA, estos 7 generales de sangre azul encontraron acomodo en otros puestos de la estructura de poder nazi. Por ejemplo, el conde Helldorf pasó a ser jefe de policía de Berlín, y von Killinger, embajador en Rumania.) Aun así, la aristocracia, en tanto que grupo social, vio disminuidos sus privilegios durante el Tercer Reich. Mientras en 1925 los aristócratas constituían el 16 por ciento de la élite burocrática y económica de Alemania, en 1940 esta proporción se había reducido al 12 por ciento. Hitler descartó inequívocamente la posibilidad de una restauración monárquica, excluyó a los miembros de las casas reales de la jerarquía del ejército y se opuso rotundamente al nombramiento de von Jagow como jefe de las SA después de la muerte, ocurrida durante la guerra, del sucesor de Roehm, Victor Lutze.

Pero ése fue un proceso lento y gradual; por debajo de los oropeles de la demagogia social, las actitudes básicas de los dirigentes nazis ante la aristocracia oscilaban constantemente entre la envidia a los "superiores" sociales —y hay que recordar aquí los orígenes pequeñoburgueses y provincianos de los dirigentes—, la tendencia al gesto deferente del *parvenu* y la emulación frente a las figuras jerárquicas.

Al poco tiempo de ser nombrado canciller, Hitler, en las recepciones oficiales, quedaba visiblemente impresionado por la proximidad de los personajes de sangre azul[18] y se dirigía al camarada príncipe Philip von Hesse con el

ampuloso tratamiento "Su Alteza Real" (un apelativo ridículamente inadecuado para el "revolucionario" Partido Obrero Nacional Socialista Alemán, en el cual, además, el príncipe era un subordinado de Hitler). Como hemos visto, en la suntuosa residencia de Goebbels, donde los refinados ayudantes daban buen tono al ambiente, al mismo tiempo que suminstraban consejos de etiqueta (acerca del orden de los asientos en las cenas de gala, la elección de vinos, etc.), la forma en que se dirigía Frau Goebbels al ayudante de su marido —"príncipe Schaumburg, hágame el favor de pasarme los cigarrillos"— mostraba también cuán impresionada estaba por el hecho de tener a su servicio directo a un retoño de la nobleza.[19]

Al principio de su carrera, Goebbels había formado parte del ala izquierda del partido, dirigida por Strasser, de la cual salieron también los Gauleiter *radikalinski* del Este, como Koch de la Prusia oriental, Hildebrandt de Mecklenburg y Hanke de Silesia, áreas rurales, todas ellas donde un proletariado agrario seguía dependiendo de la tutela semifeudal de la aristocracia terrateniente. Tanto Koch como Hildebrandt se rodeaban de un falso aire de *aristos à la lanterne*. La reputación de Hildebrandt, que había sido en tiempos peón de granja, se basaba en el asesinato de dos propietarios, pero éstos fueron actos de *vendetta* y no actos de alzamiento campesino. Ciertamente, habría sido difícil encontrar una ilustración más expresiva de la situación social posterior a 1933 que las partidas de caza organizadas por el antiguo cazador furtivo Hildebrandt, en las cuales el superintendente de Silvicultura, von Bulow, hacía las funciones de montero de traílla y a las que la pequeña nobleza de Mecklenburg asistía en peso.[20] El cazador furtivo convertido en montero, además, había sido soldado raso en la primera guerra mundial, y ahora ansiaba identificarse del modo que fuese con sus superiores militares. La condesa von Schulenburg, a quien convocó a su despacho, después del fracaso del complot de los oficiales, para informarla del arresto de su esposo por la Gestapo (lo que significaba una muerte segura), observó con disgusto que el escritorio del Gauleiter estaba presidido por un busto del padre de su esposo, el general von Schulenburg, el gran comandante del ejército durante la primera guerra y ayudante del príncipe imperial.[21]

El Gauleiter Koch superó a Hildebrandt, tanto en el papel de asesino * como en el de *parvenu*. Las esposas de los altos mandos del ejército y de los nobles terratenientes se comportaban servilmente ante *Frau Gauleiter* —en cuya residencia, hombres de las SA uniformados de negro y con guantes blancos servían el té y pasaban las pastas—, pero criticaban el austero ambiente y los sencillos muebles de la villa de los Koch de Koenigsberg. Duran-

* Durante la guerra, Erich Koch fue Gauleiter de Ucrania y cometió un número incalculable de atrocidades, por las cuales se le condenó a muerte (que posteriormente le fue conmutada) en Varsovia.

te la guerra, Koch se hizo construir un palacio, por trabajadores polacos en régimen de esclavitud. En el palacio de Krasna, "todo era un poco demasiado elegante, demasiado aristocrático y demasiado ceremonioso. Los sirvientes se deslizaban, graves y silenciosos, por espaciosos salones. Todo el mundo se movía allí imitando las versiones cinematográficas de la vida del *haut monde*".[22]

Caso único entre los *radikalinski*, el Gauleiter Hanke de Silesia consiguió hacer una buena boda: hijo de un maquinista, se casó con una joven perteneciente a una aristocrática familia de terratenientes.[23] Aunque éste fue un caso único, su contrapartida, el divorcio, adquirió considerable difusión entre los cuadros nazis después de la toma del poder. Para los *condottieri* a quien los veintiocho cortos meses transcurridos entre el triunfo electoral de 1930 y la investidura de Hitler habían catapultado del anonimato a una virtual omnipotencia, las mujeres representaban trofeos de victoria, tanto como el poder o la riqueza. Algunos satisfacían su libido a través de una flagrante promiscuidad, y otros se limitaban a repudiar a sus primeras esposas en favor de sustitutas sexual y socialmente más deseables. Desde el punto de vista de las relaciones públicas del partido, ninguna de estas dos soluciones ofrecía ventajas demasiado claras. Aunque Goebbels —el gran adúltero del Tercer Reich— aprobaba la tendencia de los líderes nazis de bajo origen social a contraer segundas nupcias, porque pensaba que ello conduciría a un refinamiento social, Hitler lo consideraba políticamente negativo. Cuando el ministro de la Guerra, von Blomberg, hizo un matrimonio desafortunado —se supo que Frau Blomberg había sido prostituta—, el Führer aprovechó lo sucedido para desacreditarle a los ojos de los demás generales y para conseguir su destitución.* Trató de impedir que la inestabilidad matrimonial de sus paladines se convirtiera en un hecho muy claramente público; como el procedimiento de divorcio tenía precisamente este resultado, prohibió terminantemente a Goebbels y a Hans Frank que llevaran a término sus proyectos en este sentido. En otras palabras, las costumbres sexuales prescritas para los jefes nazis eran la promiscuidad clandestina equilibrada por el mantenimiento de una fachada familiar. Himmler mantenía a su esposa al margen en su pequeña propiedad de Baviera y vivía en Berlín con su secretaria. Este arreglo estaba motivado por consideraciones eugenésicas más que por intereses de tipo sexual, puesto que Frau Himmler no había dado al jefe de las SS más que un solo hijo, que, para colmo, era una niña.

Robert Ley era el más prominente de los dirigentes nazis de segunda fila que se procuraron esposas más jóvenes. Su orgullo de propietario respecto a

* Hacia la misma época, Hitler destituyó a su jefe de Estado Mayor, el general von Fritsch, contra quien Heydrich había levantado una injustificada acusación de homosexualidad.

los encantos físicos de la segunda Frau Ley era tan grande que las fiestas que daba en su residencia terminaban invariablemente con el mismo gesto del anfitrión: apartaba unas cortinas y deleitaba a sus visitantes con la visión de un retrato al desnudo de su esposa, de tamaño natural.[24] Pero, con el tiempo, la confianza del jefe del Frente de Trabajo en la capacidad del arte para reflejar la naturaleza disminuyó, y para mostrar adecuadamente los encantos de su mujer ante los visitantes, llegó a intentar, literalmente, arrancarle las ropas en su presencia.[25]

La sociedad del Tercer Reich estaba tan centrada en lo masculino que las esposas de sus figuras más representativas no aparecían en público más que en forma periférica. Las señoras Goering, Goebbels, Hess o Ribbentrop desempeñaban pocas de las funciones sociales, caritativas y decorativas que suelen ser propias de las esposas de los dirigentes en otros sistemas políticos; no visitaban escuelas, orfanatos u hogares de ancianos. La mujer que podía ser considerada, a falta de expresión mejor, la primera dama de la Alemania nazi era Emmy Goering, la escultural ex actriz esposa del supuesto heredero de Hitler. Eclipsado sólo por el Führer, Goering era el más poderoso y el más popular de los dirigentes nazis, y su popularidad se debía en parte a su aspecto físico (aunque los estragos del tiempo y del vicio convirtieron pronto a aquel Sigfrido otoñal en un malévolo Gargantúa). En gran parte a causa de la extraña deformación de la vida pública y también debido a sus considerables limitaciones, Emmy Goering nunca vivió totalmente de acuerdo con su papel de primera dama. Las únicas ocasiones en que se comportó como se esperaba de ella fueron su majestuosa boda con Goering en 1935 y el nacimiento de su hija Edda, dos años más tarde.

Goering, hijo de un administrador colonial, ex oficial y cazador, cultivaba la compañía de aristócratas, industriales y altos jefes militares, mientras que el ex periodista Goebbels, de origen social bajo, introducía una nota nueva y socialmente revolucionaria con su protección a artistas y estrellas de la pantalla. Los dos secuaces inmediatos del Führer rivalizaban en la suntuosidad de sus hogares y en las ceremonias y recepciones organizadas bajo sus auspicios. Por ejemplo, el baile de la Ópera de 1936, organizado por Goering, en el cual los invitados de honor fueron llamados, imparcialmente, de las residencias principescas y de los salones bursátiles (asistieron el ex zar Fernando de Bulgaria, Krupp von Bohlen, el ex príncipe imperial de Alemania y Werner von Siemens), fue una lujosa fiesta que costó no menos de un millón de marcos. Al cabo de pocas semanas, Goebbels organizó un festival nocturno en la isla del Pavo Real, en las afueras de Berlín. Para acceder a ella, se instalaron pontones de la Wehrmacht. Los senderos de la isla estaban flanqueados por jóvenes pajes portadores de antorchas, ataviados con calzones blancos ajustados y blusas de satén blanco con puños de encaje y pelucas empolvadas roco-

có, sacados del *corps de ballet* de los teatros estatales así como de las filas de los coros de establecimientos de Berlín menos refinados.

Como las relaciones sociales de Goebbels eran menos exclusivas que las de Goering, se presentó en la elegante fiesta acompañado de un grupo de matones del partido. Aquellos corpulentos veteranos de la pelea callejera y de la bronca de taberna quedaron tan impresionados ante la ambientación rococó que se lanzaron sobre los pajes y los arrastraron a la espesura. Se volcaron las mesas, se apagaron las antorchas, y en la confusión subsiguiente tuvieron que ser rescatados de las aguas un grupo de viejos luchadores del partido y sus futuras víctimas.[26]

El círculo personal del ministro de propaganda era, naturalmente, bastante más escogido. Entre sus compañeros de disipación contaba Goebbels al retratista profesor Hommel, al decorador Benno von Arent y al boxeador Max Schmeling y su esposa (la actriz cinematográfica Anny Ondra). Uno de los lugares donde acudían con mayor frecuencia era el *Kameradschaftsklub* (Club de la amistad) de los artistas alemanes, en la plaza Skagerrak de Berlín. En el íntimo ambiente del club, Benno von Arent hacía las funciones de alcahuete, y el ministro encargado de limpiar la vida cultural de Alemania de manifestaciones decadentes se sentaba rodeado de jóvenes actrices de generoso escote y escuchaba las suspectas melodías de jazz que interpretaba la orquesta.[27]

En cambio, algunos miembros de la élite nazi —que no eran, desde luego, los que inflamaban la imaginación de las masas— creaban a su alrededor un ambiente de mejor gusto que el barroco esplendor de que se rodeaba Goebbels o la disipada opulencia de Goering. El ministro del Interior, Frick, ofrecía recepciones en las que su esposa, ardiente aficionada a la interpretación de lieder, deleitaba a los miembros de la burocracia ministerial y de la *Bildungsbürgertum* (las clases medias cultas), los cuales, de vez en cuando, compraban la admisión a estos conciertos privados contribuyendo a las actividades caritativas oficiales. Frau von Neurath, la esposa del lugarteniente de Hitler, del auténticamente aristocrático ministro de Asuntos Exteriores,* organizaba tardes de calceta a beneficio de la Ayuda Invernal, a las que asistían otras damas de la nobleza. La Ayuda Invernal era la suprema manifestación caritativa del nazismo. Werner von Siemens, el magnate de la industria eléctrica, instaló seiscientas sillas doradas en el vasto salón de música de su residencia privada para acomodar a los auditorios que pagaban su buen dinero para escuchar a la Orquesta Filarmónica, dirigida por él, en conciertos benéficos pro Ayuda Invernal.[28]

* El prefijo noble "von" adoptado por Ribbentrop, el sucesor de Neurath, presentaba serias dudas.

A pesar de estos intentos de restablecer los rituales de épocas pasadas, el tono de la vida social durante el Tercer Reich mostraba inequívocos signos de deterioro. En el baile de Meissner, de la princesa imperial, se oyó a Fräulein Kerrl, hija del ministro de Asuntos Eclesiásticos, hablando animadamente de las cuarenta y ocho "posiciones del amor" con sus dos guardias de corps, miembros de las SS.[29] En una ocasión, el príncipe Karolus de Hohenzollern llevó a su amante, una dependienta, al baile de la embajada de Turquía. Cuando se le reconvino amablemente por ello, se enojó y declaró: "Al fin y al cabo, nuestra sociedad está llena de dirigentes nazis que, de forma completamente legal, llevan con ellos a ex cocineras, cosedoras y dependientas a reuniones como ésta".[30] Su Alteza no hablaba por hablar. Cuando la segunda Frau Ley visitaba una elegante tienda de antigüedades, al preguntarle el dependiente qué tipo de tapices deseaba comprar, ella respondió: "No me importa, con tal de que sean auténticos". En una *soirée* diplomática, Frau Himmler se dirigió a Frau von Mackensen, esposa del embajador alemán en Roma, y, tocando su vestido, exclamó: "¡Cómo! ¿Todavía lleva usted seda natural?".[31]

Esta inadaptación social no era exclusiva de las esposas de los dirigentes nazis. En una ocasión en que el jefe de las SA, Victor Lutze (sucesor de Roehm), lucía guantes blancos, en una recepción de la embajada italiana, Edda Ciano, hija de Mussolini, le preguntó al príncipe Philip de Hesse: "¿Desde cuándo los camareros llevan uniforme de las SA?".[32] La muerte de Lutze en un accidente de automóvil, durante la guerra, fue popularmente atribuida al hecho de conducir en estado de embriaguez. Entre los nazis, el alcoholismo era el vicio por excelencia. La visión matutina de Christian Weber —ex taxista convertido en propietario de una flota de autobuses, una red de estaciones de servicio y una de las mejores yeguadas de Alemania, así como presidente de distrito y superintendente de Silvicultura de la Alta Baviera— tumbado sin sentido en el arroyo se convirtió en habitual en las calles de Munich durante el Tercer Reich.[33] Probablemente, a los habitantes de esa ciudad la escena no les sorprendía en absoluto, pues estaban ya muy acostumbrados a la dipsomanía de los dirigentes nazis, comenzando por la de su propio Gauleiter (que fue destituido en 1942, en parte por esta razón) y por la del fotógrafo de Hitler y experto en arte "professor" Heinrich Hoffmann, que era conocido generalmente como "el borracho nacional en jefe" (*Reichstrunkenbold*). Las conmemoraciones del putsch de Beerhall por la vieja guardia nazi en las cervecerías de la ciudad de Munich se convirtieron en las mayores borracheras colectivas de cada año, tanto en tiempos de paz como durante la guerra.[34]

En una ocasión, en plena guerra, cuando los dirigentes veteranos de las SA conmemoraban la primera reunión del partido en Coburg, uno de los par-

ticipantes, borracho hasta la inconsciencia, se mató al caer por una ventana del segundo piso del hotel. La penetración de los protegidos del partido y de las costumbres del mismo en el aparato estatal tuvo consecuencias similares. Por lo menos un miembro del gabinete del Reich, el ministro de Economía, Funk, era un borracho empedernido; y las cenas de hermandad a las que asistían funcionarios terminaban a veces con concursos de tiro con carabinas en los que las bombillas y los cuadros eran utilizados como blancos.[35]

Para contrarrestar esta disipación, Robert Ley inició en 1939 una campaña de "conservación de la salud por la abstinencia". El slogan de la campaña, que lanzó él personalmente en la primera reunión ("La moderación no es bastante"), suscitó dudas en el auditorio con respecto al control del orador sobre su subconsciente, pero Ley mostró el suficiente dominio de la situación para declarar seguidamente: "Debemos ser radicales también en la abstinencia".[36]

Esta insólita forma de radicalismo —a pesar de los buenos padrinos que tuvo— no arraigó entre los "viejos luchadores". En los últimos tiempos de la guerra, Goebbels escribió en su diario: "Durante estos doce años de vida fácil, la mayoría de los luchadores del partido habían disuelto en alcohol la pequeña cantidad de materia gris que les llevó en su día a participar en el Movimiento".[37]

Según un criterio convencional, incluso la expresión "pequeña cantidad de inteligencia" parece exagerada en el caso de algunos dirigentes nazis. Por ejemplo, Hans Schemm, presidente de la Asociación de Maestros Alemanes y ministro de Educación de Baviera, ofreció al mundo esta muestra de saber: "En mi juventud leí Praxíteles y el Sánscrito, el libro sagrado de los indios".[38] El inefable Robert Ley hacía las más cómicas declaraciones, tanto en público como en privado. Una vez afirmó, ante los obreros de una fábrica —seguramente para disipar ocultos complejos de inferioridad intelectual entre los trabajadores manuales—: "Un científico se considera afortunado si, en toda su vida, se tropieza con un germen, mientras que un barrendero levanta miles de ellos a cada golpe de su escoba". En una ocasión en que requirió los servicios de un notable médico de Berlín en su ostentosa residencia de Grünwald, le recibió diciéndole: "¡Qué amable por su parte venir a atender a un simple obrero!".[39] *

Julius Streicher deleitaba a sus visitantes con el cuento de un viejo judío

* Este alcohólico que predicaba la templanza y era propietario de una villa, que se jactaba de su origen obrero y, como hemos visto, definía el socialismo como la relación de los hombres en las trincheras, mostraba poca disposición militar: su llegada a las zonas ocupadas de la Unión Soviética, donde inspeccionaba el trabajo de los obreros-esclavos, era invariablemente señalada por los ordenanzas de las Fuerzas Aéreas haciendo rodar un retrete portátil tipo silla de manos por las pistas inmediatamente antes del aterrizaje del avión de Ley. (Entrevista a Herr Gustav Zerres, Colonia, abril de 1967.)

de Nuremberg que clavaba en una cruz a su amable patrona, historia que repetía, palabra por palabra, aproximadamente cada dos horas.[40]

Una forma parecida de estupidez se daba en los niveles más bajos de la jerarquía nazi. En 1934, en el momento culminante de la campaña de eliminación del desempleo, el alcalde de Giessen anunció un cambio de programa en un concierto municipal con estas palabras: "En lugar del solista Edmund Fischer, escucharemos ahora a la Orquesta Sinfónica de Frankfurt. Este es un ejemplo más de la política del régimen, según la cual se da trabajo a muchos hombres en el lugar donde antes sólo se empleaba a uno".[41]

Pero sería erróneo pensar que la mayoría de los dirigentes nazis eran absolutamente estúpidos. Un mínimo de inteligencia, por próximo que estuviese de la simple astucia animal, era condición indispensable para mantenerse en cualquier puesto de la estructura de poder del Tercer Reich, que estaba penetrada por la rivalidad entre varias instituciones en constante desarrollo (el partido, el Frente de Trabajo, la Corporación de Productores de Alimentos, las SA y las SS) y dirigida por políticos sin escrúpulos.

Aunque, en última instancia, las SS demostraron ser la más afortunada de todas estas instituciones predatorias, los movimientos ascendentes o descendentes dentro de la estructura de poder eran demasiado complejos para permitir cualquier generalización. Así, en las regiones donde el Gauleiter estaba enfrentado al dirigente regional de las SS, era políticamente desaconsejable cultivar la amistad del hombre de Himmler.

Por otra parte, no todos los Gauleiter gozaban de la reputación y del apoyo por parte de las altas esferas con que contaban hombres como Terboven (el coordinador [*Gleichschalter*] de Renania y gobernador de Noruega durante la guerra), o como Sauckel (Gauleiter de Turingia y delegado del Reich para la movilización laboral). Quien, ciertamente, no tenía esas cartas en la mano era el Gauleiter Wahl de Augsburg. Cuando el director de Organización Nacional (*Reichsorganisationsleiter*), Ley, decidió destituirle, debido a una reforma administrativa del Reich, Wahl corrió a Berlín a entrevistarse con Hitler. Después de calmar su indignación durante diez horas en una antesala de la Cancillería, hubo de tomar un tren de regreso a Augsburg. Pero siguió negándose a aceptar la destitución de boca de Ley —el cual, finalmente, fue desautorizado por el Führer— y siguió tozudamente gobernando su Gau. Algunos meses después, una visita del Führer a Augsburg culminó en una función de gala en el teatro municipal. Después del último telón, Hitler se declaró altamente satisfecho de la calidad de la representación, y, entre otras cosas, confirmó la permanencia de Wahl en su puesto.[42]

En general, los Gauleiter eran virtualmente omnipotentes en su región. Podría parecer que los puestos ejecutivos a nivel de Gau (regional) ofreciesen un máximo de oportunidades para el ejercicio del poder, pero el aparato del

partido funcionaba de tal manera que existía más poder real al nivel, teóricamente subordinado, del Kreis (distrito), circunstancia que hacía que muchos veteranos a quienes la antigüedad había facilitado el acceso a un buen puesto en la administración regional envidiasen a los "violetas de marzo", los cuales, con el instinto de auténticos servidores de los tiempos, se habían instalado en la administración a nivel de distrito.[43]

En una situación inferior dentro de la jerarquía del partido estaban los responsables de bloque, funcionarios cuya misión consistía en mantener a todos los residentes de un bloque de viviendas bajo la más estrecha vigilancia y colocarles ante la nariz las cajas de recolecta del partido en todas las ocasiones. Debido a esto, los responsables de bloque eran considerados entrometidos e importunos, e incluso dentro del aparato del partido los funcionarios más altos tendían a evitar la relación con ellos. Aun así, las funciones y la importancia local de los responsables de bloque aumentaron con el paso del tiempo. Según órdenes del Ministerio del Interior, las delegaciones locales del gobierno central —oficinas de recaudación de impuestos, por ejemplo— permitían a los responsables de bloque el acceso a los archivos confidenciales, de modo que esos funcionarios podían completar así su información acerca de cada una de las personas " a su cargo". En todas las casas divididas en apartamentos o habitaciones, los responsables de bloque estaban encargados de los tablones de anuncios del partido, en los que aparecían, además de exhortaciones propagandísticas, anuncios sobre toda una serie de temas: la dirección de la oficina de información más cercana, detalles sobre las próximas colectas, ejercicios de defensa pasiva, cambios en el sistema de seguridad social o de racionamiento, etcétera.

Consciente de los ambiguos sentimientos con que la población miraba a los cuadros nazis, el partido ordenó a sus funcionarios a nivel de región y de distrito que reservaran seis horas semanales para dispensarios quirúrgicos abiertos al público. El Gauleiter Wahl se jactaba de haber atendido personalmente a treinta mil pacientes durante los doce años de su mandato.

En buena parte, la hostilidad popular hacia el partido no era de origen político, sino que venía determinada por los privilegios de que gozaban sus afiliados. Dado que el partido tenía sus tribunales internos, los ciudadanos que no pertenecían a él se encontraban en desventaja al iniciar una acción judicial contra alguno de sus miembros. Un dentista de Gelsenkirchen, por ejemplo, quería demandar a un cirujano dental nazi, miembro de las Juventudes Hitlerianas, porque éste había recomendado a los jóvenes a su mando que no se sometieran al tratamiento de nadie más que de un cirujano dental. El demandante descubrió pronto su total impotencia: el tribunal decretó que, puesto que la declaración objeto de litigio había sido hecha por el cirujano dental oficialmente, en su calidad de cuadro del partido, el único aspecto del

caso que entraba en su jurisdicción era investigar si era realmente cuadro del partido y si estaba autorizado a dar un consejo de este tipo.[44]

La situación privilegiada de los miembros del partido tenía su contrapartida en los perjuicios que llevaba implicada la expulsión. Frecuentemente era el despido del trabajo. Para los afiliados que eran funcionarios o maestros, el despido era automático. Se intentó extender este mecanismo a todos los puestos de trabajo, pero, en un memorable juicio, el Tribunal Laboral de Kottbus decretó que el despido estaba justificado sólo cuando el trabajo del miembro expulsado supusiera obligaciones específicas hacia el estado nacionalsocialista, y determinó que esto no se aplicaba al caso del demandante, que era jardinero de un cementerio.[45]

Otro problema judicial relacionado con la pertenencia al partido era la cuestión contenciosa de si los afiliados debían ser juzgados con mayor rigor que los demás ciudadanos. Cuando un veterano de las SA fue objeto de una severa sentencia por impago del impuesto de matriculación de su coche, el tribunal local añadió la recomendación siguiente: "A los veteranos se les puede exigir más". Pero el tribunal de apelación anuló la sentencia y ordenó que se celebrase de nuevo el juicio, declarando que "los servicios prestados al Movimiento deben determinar una reducción del castigo y no un aumento de éste".[46] Un camisa vieja del partido que había sido olvidado en el reparto de prebendas se sentía lo bastante seguro de su causa como para formular una reclamación al propio Hitler: "Debo de ser el único veterano del partido que no ha obtenido ninguna ventaja de la revolución del 30 de enero de 1933".[47]

En la medida en que entraban en juego las relaciones públicas, el partido hacía lo posible por crear la impresión de que sus miembros estaban obligados a adoptar una conducta más correcta que los demás ciudadanos. Una sentencia por la cual dos vendedores de verduras que habían hecho caso omiso de las regulaciones de precios fueron multados respectivamente en 40 y 20 marcos —correspondiendo la multa más elevada al que era miembro del partido—, tuvo la total aprobación del *Schwarzes Korps*: "La opinión pública reaccionó favorablemente ante la sentencia, que representa una clara refutación de los rumores de nepotismo".[48]

Durante la guerra, cuando se hablaba mucho de que, en contraste con el 60 por ciento de miembros del partido comunista ruso que servían en el Ejército Rojo, sólo un 35 por ciento de los militantes nazis prestaban servicio activo en el ejército alemán, el partido replicó publicando las listas de bajas, que mostraban que el porcentaje de militantes de las SA y de las SS muertos en acción era más elevado que el de ciudadanos sin partido.[49]

El NSDAP exhortaba también a sus miembros a llevar a cabo buenas acciones tipo *boy scout* para hacer más grata la imagen del partido a los ojos

del pueblo. Se exhortaba a los camaradas a que se ofrecieran voluntariamente a trabajar en las fortificaciones, a ayudar a las tareas de desescombro después de los bombardeos, a colaborar en la ayuda a los refugiados, a presentarse voluntarios para las *Waffen SS*, etc. Fue también durante la guerra cuando el partido hizo dos notables adiciones a la fauna que poblaba el bestiario del Tercer Reich: los "pájaros de la muerte" y los "faisanes dorados".* "Pájaros de la muerte" era el apodo popular aplicado a los cuadros locales del partido que tenían el oneroso deber de informar a las familias de los soldados de la muerte de su allegado, y, a veces, de organizar las subsiguientes ceremonias (una innovación que favorecía la ambición del partido de sustituir a la Iglesia en el papel de primera fuente de consuelo espiritual en tiempos de guerra). "Faisanes dorados" eran llamados, a causa de sus vistosos uniformes, los funcionarios de la aristocracia administrativa del partido, especialmente en los territorios ocupados. El mote aludía a la autosuficiencia, ostentación y ambición desordenada que les caracterizaban.

Y ¿qué decir de los Gauleiter? Su imagen de sí mismos como reyezuelos territoriales les llevaba a favorecer a las regiones que gobernaban, como cuando, a partir de 1939, conseguían la exención de las fuerzas armadas para los atletas de su región, de modo que pudieran competir en los campeonatos que se celebraban durante la guerra, para mayor gloria de su patria chica.[50] Von Schirach, Gauleiter de Viena, *Kulturzentrum*, no dejó que las inquietudes de la guerra le impidieran organizar fiestas de cumpleaños para las figuras del arte y de la música alemana, Gerhardt Hauptmann y Richard Strauss. Instaló a Hauptmann en el barroco palacio de Palavicini y obsequió a Strauss con una batuta especialmente diseñada, con empuñadura de diamantes.[51] Hitler, que, en el curso de su visita a Roma en 1938, contravino el protocolo de la corte italiana estrechando la mano a Beniamino Gigli después de un concierto en palacio, ordenó que Wieland Wagner fuera eximido del servicio militar,[52] y ordenó a Goebbels que hiciese lo mismo en favor de un buen número de importantes figuras artísticas.[53] Goering, que consideraba que los artistas de los teatros estatales prusianos eran sus bufones particulares, satisfacía sus aspiraciones al papel de *grand seigneur* organizando fiestas de Pascua al aire libre en las que él personalmente escondía los huevos de colores que tenían que buscar actores como Gustav Grundgens o Käthe Dorsch.[54] Incluso Julius Streicher jugaba de vez en cuando a mecenas: contribuyó a la realización del film épico *Das ewige Herz* enrolando a todos los miembros del partido y de las SA de Nuremberg para hacer de extras en un ambiente medieval, y ordenó que fueran retirados todos los cables de los

* El hecho de que el águila alemana fuese uno de los rasgos más característicos del uniforme del partido inspiró toda una serie de motes ornitológicos para los cuadros de éste.

tranvías, postes de electricidad, etc. del centro de la ciudad, para dar verosimilitud a los escenarios.[55]

Ningún episodio de la historia del partido tuvo tanto sabor a Renacimiento como la boda del Gauleiter Terboven en Essen, en junio de 1934. La capital del Ruhr se convirtió, toda ella, en escenario de desfiles y discursos, mientras los fuegos artificiales, la intensa luz de los focos y de las 20.000 antorchas (sostenidas en alto por hombres en formación militar) iluminaban el cielo de la noche. El alcalde de Essen brindó por la novia y la llamó "tierna flor nacida de antepasados del más duro acero",[56] y Hitler confirió sentido mítico a la ceremonia con su presencia. A la mañana siguiente, tomó un avión hacia el sur para dirigir la masacre de la dirección de las SA, protagonista del putsch de Roehm. El plan represivo había sido elaborado durante la fiesta nupcial.

Durante la guerra, las aspiraciones renacentistas de los Gauleiter encontraron su más clara expresión en la tendencia al particularismo territorial. Apoyados por Bormann, se resistieron a las medidas centralizadoras de Speer con el fin de mantener intacta la economía de sus regiones, obstaculizaron el traslado de trabajadores cualificados a otras zonas, y difirieron el cierre de industrias de bienes de consumo.[57] En un intento de hacerse populares, eludieron las directrices referentes a la intensificación del trabajo y la reducción del nivel de vida, que las autoridades centrales consideraban factores esenciales para la buena marcha de la guerra. Racionalizando esta sutil forma de sabotaje aseguraban que, al mantener elevada la moral, no obstaculizaban el esfuerzo de la guerra sino que lo favorecían. Otro aspecto importante de la actuación de los cuadros del partido durante la guerra fue el hecho de que, en las situaciones que desbordaban los recursos de los funcionarios —acostumbrados a trabajar según una determinada rutina—, los cuadros del partido usurpaban las funciones locales del aparato estatal, tomando en sus manos la distribución de la mano de obra, la administración de productos alimenticios, la evacuación de refugiados y la construcción de fortificaciones. Aun cuando los cuadros del partido introdujeron más corrupción que los funcionarios en el desempeño de estas tareas, algunos de ellos mostraron nuevamente, en aquella ocasión, la energía y la habilidad que doce años atrás les había hecho capaces de llevar a la sociedad alemana del sopor democrático a la movilización totalitaria.

# 5

# EL RITUAL Y LA ADORACIÓN DEL FÜHRER

En el invierno de 1937, apareció en la prensa la siguiente noticia: "Un nuevo grupo de viviendas de Braunschweig-Lehndorf, que ha estado en construcción desde 1933, incluye una iglesia protestante que carece de torre. Todo el grupo de edificios estará presidido por la torre del *Aufbauhaus*, que será la sede local del partido y el eje de la vida pública".[1]

Esta noticia ilustra la que es, probablemente, la descripción más expresiva que se ha hecho nunca del nacionalsocialismo: "Un catolicismo sin cristianismo". El principio organizativo fundamental de la pseudo-religión del nazismo era el enmascaramiento de su total falta de trascendencia por medio de dosis de ritual cada vez mayores. (En este contexto, el concepto de pseudo-religión nazi no se identifica con el Movimiento Alemán de la Fe —el cual, fuera cual fuera la intención de Hitler para después de la guerra, no fue apoyado con excesivo entusiasmo durante el Tercer Reich—, sino con la actitud oficialmente fomentada de reverencias hacia el partido, sus miembros, su historia, sus actividades y sus objetivos.)

Uno de los principales métodos utilizados para inculcar esta actitud reverente fue la institución de un ciclo de días santos, que sembraban la mundana rutina del año de momentos edificantes. Así, se creó toda una secuencia de fiestas nazis: el 30 de enero (Día de la Toma del Poder); el 24 de febrero (aniversario de la fundación del Partido Nacionalsocialista); el Día de Luto Nacional, en marzo; el 20 de abril, cumpleaños de Hitler; el Primero de Mayo, rebautizado como Día Nacional del Trabajo; el Día de los Padres; el Día del Solsticio de Verano; la Reunión General del Partido, que se celebraba anualmente en Nuremberg; el Día de Acción de Gracias por la Cosecha; el 9 de noviembre (Aniversario del Putsch de Munich de 1923), y el Día del

Solsticio de Invierno. Entre otras cosas, se pretendía sustituir las festividades cristianas, con las inevitables excepciones de Navidad y Pascua. Dos de aquellas fiestas eran, en realidad, parodias de la celebración pascual de la muerte y la resurrección: el Día de Luto Nacional y el Aniversario del Putsch de Munich. Antes de 1933, el Día de Luto Nacional estaba estrechamente vinculado a las actividades de la Asociación para el cuidado de los cementerios de guerra alemanes, y era celebrado en una forma acorde con su nombre. Posteriormente, los nazis lo rebautizaron con el nombre de "Día de Recuerdo de los Héroes",* y le fueron quitando su primitivo contenido necrológico. Con infalible regularidad, se producía cada año, ya fuese por accidente o premeditadamente, un triunfo militar incruento que coincidía más o menos con esta fecha: en 1935 fue la reintroducción del reclutamiento; en 1936, la remilitarización de Renania; en 1938, la anexión de Austria, y, en 1939, la incorporación de parte de Checoslovaquia. En 1939, además, se levantaron las prohibiciones que pesaban sobre los espectáculos públicos, se fijó la celebración en el 16 de marzo (en lugar de hacerla coincidir con el Reminiscere —el quinto domingo antes de Pascua— como hasta entonces), se le dio el nuevo nombre de "Día de la Restauración de la Soberanía Militar", y se creó para él el slogan "No murieron en vano".[2]

Así, al cabo de poco tiempo, el luto del pasado fue sustituido por la alegría. El dolor cobró un sentido que antes no tenía a través de las victorias alcanzadas, y la muerte perdió su sentido hiriente.**

La siguiente fiesta importante era el 20 de abril, cumpleaños de Hitler (anunciado por la ubicua presencia de fotos del Führer en marcos dorados, rodeadas por guirnaldas de flores, en los escaparates de las tiendas, y la invasión de las fachadas de las casas por un mar de paños rojos con las esvásticas negras sobre un círculo blanco). La ceremonia central del día era la presentación de los nuevos miembros del cuerpo dirigente del partido en la Königsplatz de Munich, un rito nocturno de iniciación de masas que se valía, para lograr un espectacular efecto teatral, de reflectores, pilones, antorchas, banderas, redobles de tambor, fanfarrias, masas corales y del fondo austeramente clásico de los edificios administrativos del partido.

* Por la misma razón, el monumento conmemorativo de la guerra de Hamburgo, que representaba a una madre llorando con un niño en los brazos, fue sustituido por la imagen de un águila rampante. *Manchester Guardian,* 16 de noviembre de 1938.

** Con ocasión del Día de los Caídos de 1939, el *Berliner Illustrierte Zeitung* publicó una ilustración que representaba a una anciana madre de aspecto marchito con un casco de acero en su regazo, y cerca de ella, encima del aparador, un fotografía de su hijo rodeada por una guirnalda. La ilustración iba acompañada del siguiente texto: "Teniéndolos presentes en el pensamiento, podemos devolver la vida a los muertos". *Berliner Illustrierte Zeitung,* 10 de marzo de 1938. Para un ejemplo detallado de los métodos nazis para restar importancia al hecho de la muerte, ver el capítulo sobre el cine, p. 409.

Todo el mundo alemán era el escenario de la próxima festividad, el Día Nacional del Trabajo, que eclipsaba a todas las demás solemnidades del calendario nazi en que a participación masiva se refiere. El ritual del Primero de Mayo nazi combinaba dos tradiciones que no tenían nada que ver una con otra: la de las manifestaciones obreras portadoras de banderas y la bucólica de la fiesta campestre en las afueras de los pueblos.

En el campo, las celebraciones de la víspera del Primero de Mayo comprendían la tala del árbol de mayo, las hogueras y la proclamación del Rey y de la Reina de Mayo.[3] Al día siguiente, la reina, a caballo, abría el desfile, flanqueada por formaciones de honor del partido y de las fuerzas armadas, y seguida por grupos folklóricos de canto y baile y carros engalanados simbolizando los diferentes oficios, la agricultura y el comercio. El desfile pasaba por debajo de arcos triunfales adornados con el símbolo de soberanía del partido (el águila estilizada que lleva en sus garras una guirnalda con una esvástica). En los centros urbanos industriales, los trabajadores se reunían en sus empresas y desde allí marchaban —junto con sus patronos— hasta el lugar de concentración ciudadana, la cual era seguida por espectáculos y diversiones durante la tarde y la noche.*

El Día de los Padres, el segundo domingo de mayo, se concedían cruces de honor, en ceremonias públicas, a las madres más prolíficas. Además, en algunas regiones se acostumbraba a decorar las casas en las que había nacido algún niño durante el año precedente con guirnaldas de flores o con el llamado Poema de la Vida.[4]

El Solsticio de Verano se celebraba con hogueras nocturnas a las que se echaban coronas de flores conmemorativas, dedicadas a la memoria de héroes de guerra o de mártires del partido. Después del canto de *Feuersprüche* (Proverbios del fuego), parejas de participantes saltaban las hogueras al son de los gongs. Después, al ir extinguiéndose el fuego, encendían antorchas en él y formaban filas para la procesión de regreso.

La pieza fuerte de las más solemnes celebraciones del solsticio era conocida por el nombre del "discurso del fuego"; todos los años, en el Estadio Olímpico de Berlín, Goebbels se dirigía a una multitud de cien mil personas.[5]

El año ritual llegaba a su cenit con la reunión de Nuremberg, donde (según la fraseología oficial) se consumaba, año tras año, el matrimonio entre el partido y el pueblo. Lo que distinguía la Reunión del Partido de otras celebraciones nazis no era sólo su duración, sino el gran número de actores

* Todo esto creó un ambiente muy distinto al de los Primeros de Mayo de Weimar, con su clima de lucha de clases y de agitación: las masas, resignadas o indiferentes, cumplían un ritual en el que no creían desde hacía tiempo. Karl Heinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich*, Paul and Co., Munich, 1956, p. 85.

que participaban en ella, después de varios ensayos (pues no se trataba ya de simples extras llevados de un lugar para otro, como en el Primero de Mayo). Así, en una ceremonia nocturna del 10 de septiembre de 1937, desfilaron ante Hitler 100.000 miembros de la dirección política del Partido Nacionalsocialista, llevando 32.000 banderas y estandartes. Todo este gran espectáculo se desarrolló bajo un "dosel de luz" de 800.000 metros de altura formado por los rayos verticales de proyectores dirigidos hacia el cielo.

En Nuremberg, las parodias de la adoración cristiana alternaban con ritos atávicos: cuando Hitler hacía la consagración anual de los nuevos colores del partido, tocándolos con una mano mientras con la otra estrechaba la *Blutfahne* (la "bandera de la sangre", agujereada de balas y supuestamente empapada en la sangre de los mártires nazis muertos durante el abortado putsch de noviembre de 1923), actuaba como un sacerdote-médium que transmitía, a través de su cuerpo, el fluido mágico del viejo símbolo sagrado a los nuevos símbolos.[6] Semanas después de la Reunión del Partido de septiembre, Hitler jugaba nuevamente un papel central en la ceremonia de Acción de Gracias por la Cosecha del Bückeberg, adonde llegaba después de pasar por debajo de un centenar de "arcos de la cosecha" decorados, erigidos en varios pueblos de su ruta. Ascendía por la falda del Bückeberg entre una gran concurrencia de campesinos con sus familias, y oficiaba en la concesión de la corona de la cosecha ante un altar cubierto de frutos de la tierra.[7] La ceremonia se terminaba de manera espectacular, si bien incongruente, con la realización, a cargo de unidades motorizadas de la Wehrmacht, de simulacros de batalla al pie de la colina. Esta celebración de la Corporación de Productores de Alimentos del Reich era seguida por celebraciones paralelas a nivel local en todas las zonas rurales del país, en el curso de las cuales los trabajadores agrícolas con muchos años de servicio recibían recompensas, mientras los mandamases nazis del pueblo se embriagaban de palabrería y de alcohol.

El 9 de noviembre, en cambio, era una fecha sagrada, en la cual el venerado grupo de supervivientes del putsch de Munich escenificaban en silencio su marcha por las calles de la capital bávara, en medio de la multitud, en una extravagante caricatura de las representaciones de la Pasión.[8] Su camino hasta la *Feldherrnhalle* constituía una evocación de las estaciones del camino de la Cruz, pero con una clara diferencia: que aquí el Salvador marchaba erecto, ceñudo y pisando firme con sus botas altas, al frente de sus discípulos; Calvario y Resurrección se fundían en una ceremonia sombría y electrizante.

Electrizante es una palabra adecuada, pues implica al mismo tiempo la reacción alucinatoria y la inquieta emoción que suscitaba el ritual nazi. Si la primera víctima de la guerra suele ser la verdad, las primeras víctimas del

Tercer Reich fueron la calma y la ecuanimidad. (Dice un poema clandestino de Friedrich Georg Jünger: "Romped el aire con cañones / no puedo tolerar la laxitud. El silencio roza la traición. / Pero siempre estará vuestra frente húmeda del sudor del aplauso".) La gran fuerza del régimen procedía de su capacidad para lograr que un número cada vez mayor de alemanes se considerasen combatientes anónimos cuyo permiso podía ser revocado en cualquier momento, más que individuos centrados en su vida civil. Hacia fuera de sus fronteras, la dinámica nazi produjo una serie de agresiones; hacia el interior, hacia los alemanes, un permanente "síndrome de alerta". Todos los organismos sociales de una cierta complejidad confieren a sus miembros varios papeles simultáneos: en la familia, en el lugar de trabajo, en la comunidad local, etc. El Tercer Reich, en cambio, condicionaba a sus súbditos para representar, cuando se les ordenase, un único papel, con exclusión de todos los demás.

Para cortar al individuo de sus raíces y hábitos sociales, el régimen procuraba mantener el estado de tensión durante los intervalos entre las celebraciones rituales y las victorias en el extranjero. La música marcial marcaba el pulso del país, y los desfiles callejeros —imagen obsesiva de los alemanes, ya desde los días de empacho imperial y los de la escasez republicana— daban una nota de excitación al aspecto cotidiano de la calle. El periodista americano Shirer anotó en su diario de 1934 que a cada momento tenía que entrar precipitadamente en alguna tienda para evitar tener que saludar los estandartes de las SA o las SS, o arriesgarse a ser apaleado por no hacerlo.[9] (En un juicio contra un transeúnte que no había saludado a la bandera, el fiscal declaró: "Aunque no existe ninguna ley acerca de la obligatoriedad del saludo, éste se ha convertido en una costumbre establecida, y el hecho de no atenerse a ella representa, por tanto, un claro acto de provocación".)[10]

La mayoría de los alemanes obedecían las directivas oficiales, en parte por temor a las represalias, pero también porque, cuando veían a las marciales y disciplinadas columnas de las SA, marcando el paso de la oca, reaccionaban con una mezcla de sorpresa fascinada e identificación pasiva. Esta identificción se iba haciendo menos pasiva a medida que un número cada vez mayor de alemanes —tomando una expresión de Lenin— "votaban con los pies". Su progresiva sujeción al martilleo de las marchas militares y de las canciones patrióticas parecía resultado de un lavado de cerebro. "Como un montaje de slogans, la canción transforma gradualmente la realidad aproximándola a la idea expresada, a condición de que sea cantada con la suficiente frecuencia y sea gradualmente asimilada por la psique. Las asociaciones formadas por el ritmo de la marcha son transmitidas al conjunto del cuerpo, y el abandono de la columna en marcha le parece al sujeto equivalente a la pérdida de sentido de su existencia anterior."[12]

Conscientes de que debían su éxito a la palabra hablada más que a la letra impresa, los nazis desplegaron todos los recursos visuales y sonoros a su alcance para orquestar * el ritual de sus mítines,[13] y frecuentemente lograban el efecto adecuadamente definido por Goebbels en 1932: "El *Sportspalast* rugió y chilló durante una hora entera en un delirio de inconsciencia".[14]

El clima que se creaba en estos mítines era ampliamente difundido por radio, y se encontraron los medios de que los oyentes pudieran unirse a los participantes directos en estas orgías de autosugestión. En las fábricas y oficinas, la audición era obligatoria; en los restaurantes y cafés debía reducirse el ruido al mínimo: ** los camareros interrumpían el servicio y los comensales que estaban solos se sentían cohibidos de seguir masticando su comida en aquella reverente atmósfera. Si no resultaba posible, a pesar de todo, crear esta atmósfera, el dueño del establecimiento estaba obligado (por orden del Ministerio de Propaganda al ramo de hostelería) [15] a desconectar la radio, para que la solemnidad de la ocasión no se viese mancillada por el ruido de platos y cuchillos.

El ritual de los mítines públicos adquiría mayor altura gracias a la nomenclatura utilizada. Se les llamaba a menudo *Appelle*, palabra de doble connotación: militar (*Morgenappell*, revista) y espiritual (*Appell an das Gewissen*, apelación a la conciencia).

Los *Lager* —simples campos de entrenamiento para las formaciones del partido o campos "de educación" para profesionales— jugaban un papel clave a la hora de inculcar respuestas rituales. El ritual de los campos despersonalizaba a los individuos debilitando sus vínculos con la vida familiar; aislados del contexto de su existencia civil, se hacían más receptivos al adoctrinamiento. Todo el proceso de condicionamiento estaba encaminado a producir lo que hemos denominado "el síndrome de alerta": la idea de que la vida privada no era ya más que un período indeterminado de permiso que podía ser revocado en cualquier momento, y entonces sería necesario pasar al servicio activo.

* Orquestación es la palabra justa. Los directores de escena del partido nazi tenían una escala de decibelios para el volumen que debían alcanzar los aplausos en las ocasiones rituales. En el homenaje al héroe de la marina Gunther Prien y a su tripulación, la dirección política del partido de Berlín recibió la orden de producir la "NS-Jubel dritter Stufe" ("máximo volumen de gritos y aplausos nacionalsocialistas"). Cf. Walther Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich*, Hansische Gilden, Hamburgo, 1948, p. 75.

** Durante una visita a Italia, un ciudadano del Tercer Reich observó la ausencia de la "bestial seriedad" alemana con que se desarrollaban allí este tipo de ceremonias. En la Ópera, aunque la totalidad del público se ponía en pie y levantaba el brazo derecho durante la obligatoria interpretación de *Giovinezza* (el himno fascista), las conversaciones privadas no se interrumpían, proseguía la venta de dulces, se cerraban puertas ruidosamente y los niños alborotaban. Cf. Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland*, Viena, 1959, p. 261.

Otro instrumento del proceso de despersonalización era el uniforme. Metido en una chaqueta semimilitar, el individuo perdía su condición civil; y a menudo tenía que recibir órdenes de hombres inferiores a él, social y profesionalmente. Esto minaba también la seguridad del yo y separaba a la persona de sus relaciones sociales.

En otro contexto, los uniformes eran parte esencial del decorado del Tercer Reich. Su misma ubicuidad y variedad creaba ya la conciencia de la amplitud del poder del Reich. Cada funcionario nazi con responsabilidad ejecutiva era considerado "portador de soberanía" (*Hoheitsträger*); y cuanto más numerosos pareciesen en la tierra los portadores de soberanía, más alta parecía elevarse hacia el cielo la suma total del poder que representaban.

Pero los uniformes no son bonitos sin las medallas. Una medalla nueva, para los soldados heridos en la Gran Guerra, acuñada veinte años después del suceso, fue concedida a casi medio millón de veteranos,[16] el 10 por ciento de los cuales vieron sus esperanzas defraudadas, pues no pudieron probar que habían sido heridos, sino solamente que estaban enfermos a raíz de la guerra. Los poseedores de medallas formaron asociaciones a escala nacional, asociaciones que tenían su ritual propio. Así, 1.200 miembros de la Unión Nacional de Portadores de la Medalla a la Salvación de Vidas, cuyas edades oscilaban entre los ocho y los ochenta y seis años, celebraron su *Reichstunde* (la "hora nacional" reservada para ellos) con una marcha por el Lustgarten de Berlín.[17]

Las autoridades dedicaban gran atención al ritual de las medallas: los portadores de la Cruz de Honor de la Madre Alemania, por ejemplo, recibieron copias en miniatura de sus condecoraciones para el uso cotidiano (el original se reservaba para las solemnidades). Las autoridades no siempre calculaban con exactitud el número de los futuros condecorados. Cuando se concedieron las insignias de honor de la "muralla occidental", se dio prioridad a los miembros del partido y a los funcionarios de las SA responsables de aquella construcción, de lo cual resultó que no hubo bastantes para los autores directos de las fortificaciones.[18] Pero la iniciativa privada aprovechó la ocasión, y los almacenes pusieron a la venta "joyas de la muralla del oeste" (anillos conmemorativos, broches y alfileres de corbata), que satisficieron la gran demanda de los trabajadores de las fortificaciones y de sus familias.[19]

Esto nos lleva a la aplicación del ritual a la actividad industrial del Tercer Reich, que tomó gran cantidad de formas y dio lugar a algunas curiosas innovaciones. Una fábrica de Wurtemberg dispuso que dos de sus obreros deleitaran a sus compañeros cada mañana con una canción interpretada a la armónica, como apertura de las tareas de la jornada.[20] Una empresa de Magdeburg sustituyó por fanfarrias los acostumbrados toques de sirena que indicaban la pausa de media mañana y la del almuerzo. El marcar en el reloj

al comenzar y finalizar la jornada fue sustituido por el pasar lista.[21] (Esta era una innovación especialmente cara al jefe del Frente de Trabajo, doctor Ley.) Una empresa modelo * de Leipzig instituyó el toque de campanas como señal de comienzo y de conclusión de la jornada laboral, ritual pseudo-religioso que el jefe local del Frente Alemán de Trabajo justificó declarando que el trabajo creador era la mayor bendición de que gozaban los alemanes.[22]

El concepto de bendición, en el sentido de que "es mayor bendición dar que recibir" **, dominaba también el que habría de convertirse en ritual altruista por excelencia del Tercer Reich: la Ayuda Invernal. De 1937 en adelante, cuando Alemania superó los efectos de la Depresión y hubo más puestos de trabajo que desocupados, la campaña para la Ayuda Invernal fue una forma de actividad justificada por ella misma, y exactamente en calidad de tal servía al objetivo del régimen de mantener una permanente mavilización emocional. Así un invierno tras otro, una gran máquina se mantuvo a pleno funcionamiento de recolecta y de publicidad, bajo pretextos evidentemente falsos. Incluso las colectas realizadas durante la guerra para ayuda a los soldados servían menos de remedio a lo que, en algunos casos, podía considerarse verdadera necesidad, que de resortes para mover los sentimientos populares y desencadenar una respuesta de autosacrificio. (El propio Goebbels tuvo la ingenuidad de definir la colecta de ropas para el frente del este realizada en el invierno de 1941 como "un plebiscito retroactivo".) [23]

En las campañas pro Ayuda Invernal se invirtió una dosis considerable de imaginación. Como hemos visto, uno de los principales ritos que se inventaron fue la "comida de plato único" mensual, con la cual se reducía el presupuesto alimenticio de un día en todos los hogares alemanes; el dinero así ahorrado se entregaba a la Ayuda Invernal. En ocasiones, esta ceremonia, en principio privada, se celebraba públicamente. En 1937, el desfile de carnaval de Mainz incluyó treinta cocinas de campaña móviles escoltadas por cocineros y soldados vestidos de blanco. En el punto terminal del desfile, se instalaron al aire libre grandes mesas donde el público pudo tomar un sencillo guisado de tocino con guisantes, a los sones de la música militar. ***

Uno de los ritos de la Ayuda Invernal cobró tal amplitud que se convirtió

* Título concedido por el Frente Alemán del Trabajo a las empresas que mejoraban su sistema de seguridad e higiene e instalaban para uso del personal comodidades como cuartos de baño y cantinas.

** Esta cita de la Biblia fue usada por Goering cuando postulaba personalmente en las calles de Berlín, durante la campaña que la Ayuda Invernal promovió en esa ciudad en 1934. Cf. Willi Frischauer, *Goering*, Londres, 1950, p. 119.

*** Esta comida colectiva con guisantes, constituía, según el *Westdeutscher Beobachter* del 9 de octubre de 1935, un ritual conmemorativo, pues los guisantes exhalaban el aroma del barracón militar. "En el granizo de los cañones enemigos y en los vapores de las calderas de las cocinas de campaña se formó la generación de la que han salido los actuales dirigentes de Alemania."

en parte habitual de la escena pública: las colectas. Cada invierno, de octubre a marzo, se vendían cada mes unas placas que los compradores colocaban en la puerta de sus casas. Ello les garantizaba la inmunidad temporal contra los ávidos postulantes que, en las grandes ciudades, recorrían infatigablemente las escaleras de las casas con el fin de descubrir hasta el último posible donante.

Este tipo de colecta era llevada a cabo por los soldados rasos de las organizaciones nazis, mientras que las cuestaciones públicas a las que se daba mayor relieve publicitario eran llevadas a cabo ocasionalmente por estrellas de la pantalla, deportistas y autoridades del partido y del estado:

"Entonces, Su Excelencia el ministro de Asuntos Exteriores von Ribbentrop cogió una hucha petitoria. Sonriente, el ministro expresó su satisfacción ante la presteza de los berlineses en realizar sacrificios. La gente bromeaba e intercambiaba cordiales saludos; sonaban las monedas. Una banda de música tocaba, y, a sus sones, dos trabajadores se pusieron a bailar y otros les acompañaron cantando. Un hombre que había tenido la suerte de abrirse paso a través de la multitud ofreció una rosa a la dama de la hucha petitoria, Magda Goebbels, la esposa del ministro de Propaganda. Cuando la policía pidió a la gente que circularan, se oyó una voz femenina que gritaba: '¡Pero yo quiero mirarla a los ojos!'." [25]

La interacción entre gobernantes y gobernados, que en las democracias se expresa en la ritual inversión de la estructura de poder en las elecciones (la efímera ocasión que tiene el ciudadano corriente de decidir sobre aquellos que habitualmente tienen poder de decisión sobre él), era caricaturizada en aquellas ocasiones por los dirigentes que, gorra en mano —o mejor, hucha petitoria en mano—, solicitaban donaciones.

Las presiones ejercidas sobre aquellos que se negaban a estas demandas eran variadas. En Berlín, una furgoneta abierta del *Schwarzes Korps* recorría las calles y, desde ella, hombres de las SS cantaban a coro la irónica y estremecedora advertencia a los espectadores: "Sacad de prisa vuestros dineros o saldréis en el *Schwarzes Korps*".[26] En ocasiones, la misma organización de la Ayuda Invernal publicaba notas acusatorias en la prensa: "El *Rechnungsrat* (consejero del Tribunal de Cuentas) retirado Amberger no ha dado un solo *pfennig* desde el comienzo de la campaña de 1934-35, a pesar de que recibe una pensión mensual de cuatrocientos marcos".[27] Las pequeñas comunidades rurales colocaban en lugar visible los llamados Tablones de la Vergüenza, en los que figuraba la lista de aquellos que "a pesar de tener posibilidades económicas, se niegan a hacer donaciones".[28]

No era infrecuente que los "elementos egoístas" fuesen víctimas de violencias físicas organizadas. "La viuda de B., de Volksdorf, que sólo había contribuido con unas botas de montar a una colecta de ropas para la Ayuda In-

vernal, hubo de pedir protección a la policía cuando una multitud amenazadora se congregó junto a su casa y comenzó a destruir su invernadero." [29] "El granjero Bernard Sommer, de Krempdorf, que había dicho a los postulantes que si querían fruta de sus árboles eran libres de cogerla ellos mismos, tuvo que ser protegido por la policía porque se formó junto a su granja una aglomeración de cientos de personas que exigían su encarcelamiento." [30] La difamación de personas indefensas tomaba muchas formas: la delegación del partido del distrito de Duderstadt anunció crípticamente que "el granjero" Josef Bohme de Weissenborn, que había donado tres libras de fruta podrida, estaba "sufriendo el desprecio de toda la población de sentimientos nacionalsocialistas".[31] En un contexto diferente, el pie de una fotografía (publicada en el *Schwarzes Korps*) [32] de un grupo de campesinos saludando con el brazo en alto, identificaba, al fondo, a una persona —el pastor Erich Gans, de la iglesia luterana, beneficiado en Niederbieber— que no levantaba el brazo. Después del plebiscito de la primavera de 1936, una pancarta colocada a través de la calle mayor de una aldea próxima a Neustrelitz llevaba la inscripción:[33] "Tomad nota. En este pueblo viven treinta y tres traidores a su país. Quien desee conocer sus nombres, sólo tiene que preguntar en la oficina local del partido".

Constantemente se inventaban nuevas ceremonias que eran vistas con sádica satisfacción o bien con la más fría indiferencia por los espectadores. Una mañana de marzo de 1933, una inglesa residente en Sajonia quedó sorprendida al ver a unos presos políticos que, bajo la vigilancia de hombres de las SA, restregaban el pavimento de la carretera con jabón y cepillos para borrar los slogans antinazis que habían pintado en él unos días antes, mientras los carteros, los repartidores del pan y otros transeúntes seguían tranquilamente su camino, evitando cuidadosamente tropezar con las postradas figuras, sin un solo parpadeo de sorpresa.[34] Los postes que indicaban el camino de Dachau (el infame campo de concentración) tenían la forma de grabados de madera en los que se veía a sonrientes hombres de las SS que llamaban por señas a judíos y a personajes de aspecto criminal que llevaban a la espalda sacos de objetos robados.[35]

Durante el otoño de 1935, los domingos por la tarde, en la concurrida Kurfürstendamm de Berlín se veían siniestramente amenizados por escuadras de las SA que se instalaban en las aceras, desde donde vociferaban slogans del tipo de: "Cuando ensartemos a los judíos como pollos, las cosas irán mucho mejor", o: "Camaradas de la SA, ahorcad a los judíos, llevad al paredón a los políticos corrompidos" a sus obligados oyentes de las abarrotadas terrazas de los cafés.[36]

En Nuremberg, una burlona multitud de dos mil personas seguía en procesión un carro en el cual hombres de la SA paseaban a una joven, a la ma-

nera de los penitentes de la Edad Media que eran llevados al suplicio. Le habían rapado la cabeza y le habían colgado al cuello un letrero que decía: "Me he entregado a un judío". *

Las noticias de casos de contaminación racial en la prensa nazi lanzaban instantáneamente a la calle a grupos de linchamiento. En Königsberg, donde, según el *Schwarzes Korps*,[37] un judío había obligado a una empleada suya de diecisiete años a bañarse desnuda por la noche y sólo la oportuna llegada de una patrulla de las SS había evitado que la muchacha se suicidase, un grupo de unas cien personas rodeó la casa del judío en cuestión, obligando a la policía a protegerle.

Hechos como éste se hicieron cada vez más frecuentes, y llegaron a su culminación en el pogrom de noviembre de 1938, en que millones de alemanes, literalmente, fueron testigos de una ceremonia de incendio, destrucción, pillaje, violencias físicas y asesinatos, todo ello a nivel nacional. Con la guerra, los ritos sádicos más evidentes, en Alemania por lo menos, disminuyeron hasta cierto punto, si bien en toda Turingia se siguió usando una horca móvil de tres brazos para ejecutar públicamente a los campesinos polacos acusados de contaminación racial. Así como los alemanes se habían habituado a los ritos de antes de la guerra, se adaptaron también rápidamente al nuevo entorno visual, dentro del cual ninguna imagen callejera estaba completa sin la presencia de las claras indicaciones de los estigmas: los polacos con la gran letra P en las chaquetas, los ucranianos con los letreros azules y blancos en el pecho y la inscripción *Ost* (este), los judíos con la estrella amarilla, etc.

La variedad ritual más frecuente y extendida en la Alemania nazi fue sin duda el saludo brazo en alto. La obligación que tenían todos los ciudadanos de usar el "¡Heil Hitler!" en todas las ocasiones fue uno de los más poderosos medios de condicionamiento totalitario que se puedan concebir.**

Había personas que empleaban todo tipo de estratagemas para evitar el saludo; desde el fingir no ver a conocidos por la calle hasta el esbozar un casi imperceptible movimiento del brazo derecho, acompañado de un murmullo inarticulado. Pero al cabo de algunos meses de la toma del poder, la mayoría de los alemanes se habían acostumbrado del todo a esta insólita forma de saludo.

* Las autoridades nazis veían también una función de profilaxis social en la exhibición pública de los recalcitrantes portando letreros. En Hoyerswerda, los bebedores conocidos eran obligados a recorrer las calles llevando letreros que decían: "Me he bebido todo el salario" (cf. *Frankfurter Zeitung*, 8 de diciembre de 1934), y, según *The Times* del 17 de agosto de 1938, los niños austríacos que fueron a pasar el verano de 1938 con sus padres adoptivos en Alemania fueron obligados, a su regreso a Viena, a llevar, colgados del cuello, unos letreros que proclamaban: "He robado a los padres adoptivos que me han acogido".

** Ver el capítulo sobre el Tercer Reich, p. 37, y, para un análisis más detallado, Bruno Bettelheim, *The Informed Heart*, Londres, 1961.

En otoño de 1933, se observó que una mujer de Dresde decía a su hija, una niña de corta edad: "¡Ve al otro lado de la calle a ver a la tía, *und mach hübsch dein Hitlerchen!*" y (haz el Hitlerito como una niña buena).[38] Aun así, el obligatorio rito creaba unos ciertos problemas, como reflejan estas instrucciones para una conducta irreprochable que escribió un émulo nazi de Dale Carnegie: [39]

"Si las dos personas pertenecen al mismo grupo social, es habitual levantar el brazo derecho hasta una altura que haga visible la palma de la mano. La frase que debe acompañar a este gesto es '¡Heil Hitler!', o, por lo menos, '¡Heil!'. Si se divisa a lo lejos a un conocido, basta simplemente con levantar la mano derecha en la forma descrita. Si uno se encuentra con una persona inferior a él, por posición social o por cualquier otra circunstancia, debe extender completamente el brazo derecho, elevándolo al nivel de los ojos, y debe decir al mismo tiempo: '¡Heil Hitler!'."

Y, como apéndice: "El saludo debe hacerse siempre con el brazo izquierdo, en caso de que el caballero lleve del brazo derecho a una dama".

En el mismo contexto de precisiones formales acerca del saludo, cuando el ministro de Comunicaciones Postales declaró obligatorio el saludo nazi para todo el personal bajo su jurisdicción (que incluía a un cierto número de inválidos de guerra y a otros hombres lisiados), puntualizó que todo aquel que estuviese impedido del uso del brazo derecho debía, en la medida de lo posible, levantar el izquierdo. Había otros nudos gordianos que requerían la espada oficial: por ejemplo, una vez se preguntó al ministro de Justicia si los alguaciles que llevaban a cabo los embargos de la propiedad debían omitir el saludo durante el cumplimiento de este deber. El ministro decidió que negarles el derecho al saludo alemán implicaría un rebajamiento de su condición social.[40] Por otra parte, el Frente Alemán de Trabajo anunció en 1933 que las cartas de despido extendidas por las empresas, especialmente las correspondientes a las fechas navideñas, no debían terminar con el "¡Heil Hitler!".[41]

La consideración de los problemas que implicaba el uso del saludo alemán, ya en su forma oral o en la escrita, nos lleva a pensar en el propio Hitler, la deidad que daba sentido a toda la complicada estructura del ritual nazi. La relación entre el pueblo alemán y sus dirigentes era completamente diferente de la habitual en los demás países occidentales, cuyos dirigentes tendían a situarse a un nivel poco superior al de sus compatriotas.

En Alemania, en especial desde la época de Bismarck, la gente del pueblo consideraba a los hombres que ostentaban la jefatura como situados en una dimensión extraterrena especial.

Típica de esta situación era la obsesión del Kaiser por la gloria, que, en una época en que el caballo de vapor aventajaba ampliamente al caballo de

carne y hueso como símbolo de poder, le llevaba a firmar sus papeles sentado en una silla de *montar*, convenientemente colocada sobre una silla corriente. Hindenburg, el presidente tótem —adecuadamente apodado "el Titán de madera"—, presentaba también una imagen de personajes superior a los demás.

Entre el emperador y el mariscal, la suprema magistratura había ido a parar a manos del antiguo maestro talabartero Ebert, un presidente que demostró ser lo suficientemente ignorante de las susceptibilidades de sus gobernados como para permitir que un fotógrafo de prensa le fotografiase en bañador en una playa del Báltico, en agosto de 1919.[42] La visión del estómago de su primer ejecutivo dejó consternada a la psique alemana; un hombre que descubría así su vulgar humanidad a los ojos del mundo era congénitamente incapaz de ser un jefe.*

Desde los tiempos de Bismarck hasta bien entrada la era de Adenauer, los compatriotas de Ebert despreciaban a los dirigentes que no eran más que magnificaciones de sí mismos. En realidad, no deseaban tener hombres de estado, sino ídolos ** dotados de cualidades sobrehumanas. No importaba mucho que los atributos de estas figuras de talla superior a la normal fuesen otros que los puramente positivos; las cualidades positivas de un líder eran motivo de identificación pasiva en los momentos de prosperidad, y las negativas eran motivo de exculpación en los tiempos adversos (como ocurrió con el Kaiser después de 1918).

En la persona de Hitler se cumplía de manera excepcional la primera condición que los alemanes imponían al líder: el hecho de ser completamente diferente de los gobernados. Inmune al significado de la vida para el hombre corriente, Hitler era abstemio, vegetariano, no fumaba, era asexual, carecía de familia y de cualquier lazo humano de amor o de amistad. Y a pesar de estas diferencias, su personalidad reproducía aspectos del lado más enfermizo de la psique alemana, en especial la inextinguible capacidad para el resentimiento, alimentada de unas reservas ilimitadas de autocompasión, paranoia y manía persecutoria. De acuerdo con la leyenda popular, ejemplificaba también la capacidad de sus compatriotas para el trabajo duro; pero los prodigios de resistencia de Hitler —tres discursos en una tarde, mantenimiento de una rígida posición de firmes durante un desfile militar de cuatro horas ***— estaban en un plano diferente de la tranquila y metódica laboriosidad de los alemanes. A la leyenda le venía muy bien ignorar las raíces bohe-

* No es de extrañar que, durante los cinco años que permaneció aún en su cargo presidencial, Ebert hubiera de emprender 173 acciones legales contra personas privadas por difamación. Cf. *Der Spiegel,* 20 de junio de 1966.

** He tomado estas ideas de Sebastián Haffner, concretamente de su *Germany: Jekyll and Hyde,* Londres, 1940.

*** Como hizo en Berlín, al celebrarse su cincuenta aniversario, el 20 de abril de 1939.

mias del carácter de Hitler. Ejemplo de esto fue un incidente que, según se dijo, ocurrió cuando algunos austríacos, originarios de la región natal del Führer, fueron en peregrinación al Berghof para alcanzar el privilegio de ver de cerca al todopoderoso. Pero a su llegada al santuario, la hermana (y ama de llaves) de Hitler les informó de que Adolf estaba durmiendo y declaró que ella no podía despertarle. En aquel preciso momento, se oyó una voz, la voz de Hitler, que exclamaba: "¡Yo no duermo nunca!".[43]

Al poco tiempo de su acceso al poder, se formaron en torno al nombre de Hitler toda una serie de mitos. El sol que brilló en un cielo despejado sobre los tejados inclinados de Nuremberg durante la semana de la concentración anual del partido pasó a ser llamado popularmente "el tiempo del Führer",[44] adaptación de la expresión "tiempo del Kaiser", corriente antes de la guerra. En 1936, espectadores muy racionales afirmaban que siempre que Hitler aparecía en el Estadio Olímpico el equipo alemán conseguía una victoria.*

El desinterés de Hitler (basado en el hecho de que renunció a su retribución oficial, de la que, como autor de las obras más vendidas de Alemania, poca necesidad tenía) y su aparentemente ilimitada dedicación a los deberes públicos ** dieron lugar a una imagen que había de crear sentimientos de culpabilidad en la mente de muchos alemanes. El abstemio "mitad monje mitad soldado", que se negaba a sí mismo, en aras del interés del país, todo aquello que el más humilde de sus ciudadanos consideraba esencial —la vida privada—, actuaba como un gigantesco super yo, como una conciencia institucionalizada—, (o como un factor de chantaje moral), sobre la psique colectiva de Alemania. La personalidad de Hitler como soldado tenía connotaciones casi místicas. El oscuro cabo de la Gran Guerra que, según se decía, perdió la visión en un ataque con gases (aunque algunos expertos atribuían aquella ceguera temporal a histeria psicosomática), evocaba la figura del "soldado desconocido", que pertenece simultáneamente a los muertos y a los vivos. La conciencia pública de aquella ceguera temporal prestaba aún mayor fuerza hipnótica a la penetrante mirada de Hitler, la cual, difundida en miles de fotografías y expuesta por todas partes, creaba una compulsión psíquica a la lealtad a cuantos se encontraban con ella, especialmente a los más jóvenes e impresionables.

El aspecto monacal de la personalidad de Hitler originó una buena cantidad de histeria sexual entre las mujeres, sobre todo entre las solteras, que transformaban sus deseos reprimidos en lacrimosa adoración. Es característi-

* El corresponsal del *Sunday Times* escribió, el 9 de agosto de 1936: "Es increíble la frecuencia con que la presencia de Adolf Hitler coincide con una victoria olímpica alemana".

** Sólo en 1933, habló cincuenta veces por radio.

ca de esta situación una pequeña anécdota. Una mujer judía[45] a quien habían robado la mayor parte de sus pertenencias durante la "Noche de Cristal", fue, poco después de aquella fecha, a comprar cubertería para sustituir las piezas perdidas. Cuando explicó a la dependienta de la tienda la razón de su compra, aquella mujer, ya entrada en años, rompió en lágrimas y exclamó: "¿Cómo puede usted decirme una cosa así? Nunca lo creeré. Yo siempre amaré y adoraré a mi Führer, y aunque todos los judíos intenten arrastrarle por el fango, él siempre será mi Führer, el hombre más grande que ha existido nunca".

Una fotografía aparecida en la prensa, en la que se veía a Hitler besando la mano a Olga Tschechowa (en una recepción durante una visita oficial de Mussolini), hizo que la actriz recibiera una enorme cantidad de cartas femeninas: "Me alegro de saber que se casará usted con Adolf Hitler"; "¡Por fin ha encontrado la compañera adecuada!"; "¡Que Dios la bendiga!"; "Hágale feliz; se lo merece".[46]

Hitler recibía constantemente sacos de cartas de admiradoras femeninas, muchas de ellas casadas, que le suplicaban que apadrinara a sus hijos; algunas mujeres embarazadas gritaban su nombre como recurso analgésico en los dolores del parto.[47] La extraordinaria disociación de conciencia que la adoración a Hitler creaba en la mente femenina es ejemplificada por la reacción de la madre de un miembro de las Juventudes Hitlerianas que fue muerto por un miembro de las SA en una reyerta interna. Hitler le envió una corona con el mensaje: "Lloro con usted por este joven mártir de Alemania". Llena de orgullo, la mujer mostraba la carta a todo el mundo.[48]

Además del papel que jugaba en las fantasías femeninas, Hitler era también modelo para los hombres. No había grupo importante de la sociedad alemana que no pudiera identificarse con él en alguna manera. Los campesinos le veían en su calidad de miembro de una familia campesina,* los trabajadores le veían como un miembro de su clase, un hombre de manos encallecidas capacitado como nadie para comprender sus problemas; los soldados le veían como un militar sin clase, mitad cabo y mitad comandante en jefe, y los profesionales como un autodidacta que, pasando por encima de la rutina académica, se había graduado *summa cum laude* en la escuela de la vida. Y además de todo esto era también *musich* (receptivo a las musas), pues era acuarelista, además de arquitecto, y sentía predilección por Wagner.

Ampliamente considerado como un médium, un intermediario entre el

* En la exposición "El Pueblo Alemán y el Trabajo Alemán", celebrada en Berlín, se exhibió en el Salón de Honor el árbol genealógico de Hitler. Según el *Berliner Illustrierte Zeitung* del 6 de mayo de 1934, los antepasados de Hitler, hasta la cuarta generación, habían sido todos agricultores, a excepción de su padre, que fue primero artesano y después funcionario de aduanas, y de su abuelo, artesano.

pueblo alemán y la providencia, se le atribuían incluso poderes de curación por la fe. Su forma de mezclarse con los doloridos asistentes al entierro de unos obreros de la construcción del metro de Berlín recordaba la imposición de manos de los monarcas medievales.*

Hitler era un personaje tan polifacético que encarnaba incluso el papel de un san Francisco. En una serie de conferencias organizadas por el partido en Jena, en el verano de 1935,[49] la conferenciante narraba una experiencia con un perro parlante, vivida en casa de la baronesa Freytag-Loringhoven hacía unos días. "La baronesa le dijo a mi marido que le hiciese al perro una pregunta difícil. Mi marido le preguntó: '¿Quién es Adolf Hitler?'. Nos conmovió profundamente escuchar la respuesta de la boca de aquel animal: 'Mi Führer'. En aquel momento, la conferenciante fue interrumpida por un veterano del partido que se hallaba entre el auditorio y que gritó: 'Esto es de un mal gusto abominable. Usted está faltando al respeto al nombre del Führer', a lo cual la conferenciante, al borde de las lágrimas, replicó: 'Este inteligente animal sabe que Adolf Hitler ha promulgado leyes contra la vivisección y contra la matanza ritual de animales que llevaban a cabo los judíos, y, movido por la gratitud, su pequeño cerebro canino reconoce a Adolf Hitler como a su Führer'."

Sublime o ridículo, el hecho es que la supuesta calidad proteica de Hitler no tenía límites. Las autoridades deportivas anunciaban solemnemente a los miembros de los clubs de cicilismo:[50] "El Führer pide la unidad de todo el movimiento ciclista alemán", y los aficionados a los bolos eran informados de que debían al Führer el hecho de que su deporte hubiera obtenido la consideración que se le debía. Al otro extremo del abanico intelectual, los hombres de letras e incluso los prelados expresaban opiniones similares en frases igualmente grandilocuentes. El abyecto homenaje que muchos intelectuales rendían a Hitler sólo puede explicarse por la capitulación de un racionalismo en bancarrota ante la encarnación del principio de irracionalidad. Un buen ejemplo de esto nos lo da Ina Seidel (ver pág. 363):

"Nosotros, productos de una generación caduca, concebida en sangre alemana, llevábamos mucho tiempo contemplando a nuestros hijos, la juventud de hoy, antes de que se nos concediera la premonición de que entre nuestra multitud había uno por encima en cuya cabeza la influencia cósmica del destino se convertía, de forma misteriosa, en una fuerza creciente, que habría de reemprender inexorablemente su rotación dentro de un orden completamente nuevo."[51]

En contraste con este entusiasmo, el homenaje de su colega Agnes Mie-

* El *Berliner Illustrierte Zeitung* informó de este episodio bajo el titular "El Führer estuvo entre ellos", el 27 de junio de 1935.

gel[52] expresa lo que, bajo el Tercer Reich, pasaba por un elogio moderado: "Yo no contemplo el milagro de tu advenimiento con la impetuosa gratitud de la juventud, sino que estoy abrumada de humilde reconocimiento ante el hecho de vivir esta experiencia, de poder aún servirte y unirme con todos los demás en el canto de tus alabanzas".

El doctor Arthur Dix, crítico literario, trazó una analogía oftalmológica entre Hitler y la arquetípica figura de Fausto: [53] "Goethe hizo que su Fausto alcanzara la clarividencia mental a través de la pérdida de la visión física. También Hitler, después de la pérdida temporal de la visión física, ha sido dotado de una visión mucho más aguda". En opinión del cardenal Faulhaber, el Führer poseía mayor finura diplomática y distinción social que un príncipe de sangre real:

"A diferencia de los gobiernos de la época de las controversias parlamentarias, él no deja que los acontecimientos se presenten, sino que dirige su curso. Además, sabe ser solemne y casi amable, como cuando dice: 'El individuo no es nada; el individuo muere. El cardenal Faulhaber morirá; Adolf Hitler morirá. Esto le hace sentirse a uno recogido y humilde ante el Señor'. Sin duda alguna, el Canciller vive en un estado de fe en Dios." *

Mientras los dirigentes de la Iglesia alababan los atributos seculares de Hitler, los dirigentes del estado glosaban los espirituales:

"Hitler ama a cada uno de los miembros de la nación alemana, y perdona a todo cuanto hay en ellos de humanamente falible. Él nos ama a mí y a vosotros. Él ama a todo el pueblo alemán, y es este amor el que los lleva a todos ellos hacia él. No hay para él infierno ni purgatorio por el que no les hiciese pasar con el fin de hacerles dignos de él", dijo en una ocasión Robert Ley.[54] Rudolf Hess describía a Hitler como la razón pura en forma humana. El Gauleiter Wagner de Baviera le alababa com el más grande de los artistas; Goebbels, como el mejor general, y Himmler, sencillamente, como el hombre más grande de todos los tiempos.

La elevación de Hitler al plano espiritual dio lugar a una oleada de piedad, especialmente entre las mujeres.** Los asiduos de la Iglesia a quienes dolía la negativa de Hitler a asistir a los servicios divinos rezaban por la remisión de sus pecados y por la iluminación de su alma desencaminada. La gente que asistía regularmente a la iglesia estaba, probablemente, en minoría con respecto al conjunto de la población, pero la mayoría de los alemanes

* Fritz Richard, *Die Nationale Welle*, Seewald, 1966, p. 106. La cita está tomada de un informe confidencial enviado por el cardenal Faulhaber a los obispos alemanes y al Vaticano después de una visita de Hitler a Berchtesgaden el 4 de noviembre de 1936.

** En su diario, Shirer observó que las caras de las mujeres que se agrupaban a la entrada del hotel de Hitler, en Nuremberg, le recordaban las de los *Holy Rollers* al emprender el camino de Louisiana. William L. Shirer, *Berlin Diary*, Londres, 1941, p. 24.

se mostraban sensibles a conceptos de tipo seudoespiritual, como los de destino y providencia, y a la idea de que Hitler era instrumento,[55] a la manera de un médium, de fuerzas inmanentes. Cuando Goebbels, en plena guerra, exhortaba a todos los alemanes a rezar por Hitler, entre aquellos que respondieron al llamamiento colocando velas en los "rincones de Hitler" de sus hogares[56] se contaban muchos que nunca habían comprado una vela votiva para ningún otro "santo".

La guerra añadió una nueva dimensión de intensidad a la adoración del Führer. La voz de Hitler en la radio levantaba más la moral de los soldados de las SS en el frente oriental que las cartas de sus familias.[57] En las poblaciones sometidas a bombardeos se rumoreaba —y mucha gente lo creía— que cuando una bomba demolía una casa, dejaba en pie la pared donde estaba el retrato de Hitler. En Berlín se veía a madres que llevaban a sus hijos pequeños y se abrían camino entre la multitud del metro diciendo: "Yo he dado un niño al Führer; ayúdeme a llevar el cochecito".[58] Cuando la noticia de la supuesta muerte de Hitler (el 20 de julio de 1944) llegó al cuartel general de la Wehrmacht en París, una legión de jóvenes telefonistas aterrorizadas rompió a llorar.[59] La subsiguiente reacción, a escala nacional, ante la noticia de que Hitler vivía, mostró la gran fuerza del slogan de Goebbels: *Hitler ist der Sieg* ("Hitler es la victoria").

Incluso cuando la guerra estaba clara e irremisiblemente perdida, el carisma de Hitler subsistía. Speer abandonó su proyecto de asesinarle cuando oyó que los trabajadores de la fortificación occidental expresaban su fe en él,[60] y en lugares tan alejados como la Prusia oriental y Baviera se rumoreaba que el Führer tenía en reserva un gas suave parar librar a su pueblo de la desgracia, en caso de que llegara a hacerse necesario; * en la primavera de 1945, en la mente de muchos alemanes, Hitler era aún el señor de la vida y de la muerte. Existen pocas pruebas de que el pueblo alemán sintiera odio por él, incluso en plena catástrofe. Esto pudo deberse menos a la persistente identificación con él que a la impresión de que el Führer era un fenómeno sobrenatural, objeto de superstición más que de odio. La noticia definitiva de su muerte fue seguida de una oleada de suicidios, y otros devotos menos inclinados al sacrificio mostraron dos reacciones características: la negativa a aceptar las pruebas de sus crímenes,** y la negativa del carácter definitivo de su

* Ver *East Prussian Diary*, del conde Lehnsdorff, Londres, 1963, p. 10, y *Tagebuch eines Verzweifelten, Zeugnis einer inneren Emigration*, de Friedrich Percival von Reck-Malleczewen, Stuttgart, 1966.

** El profesor Victor Klemperer se encontró, semanas después del final de la guerra, con una de estas personas, que le dijo: "Admito los crímenes del régimen. Los otros no le han comprendido, le han traicionado, pero yo todavía creo en él. En él todavía creo". Ver Victor Klemperer, *Lingua Tertii Imperii*, Aufbau, Berlín, 1949, p. 127.

muerte. Los insistentes rumores, después de la guerra, acerca de la supervivencia de Hitler dan idea de la intensidad y la persistencia de la asociación de su imagen con la del fénix. Incorporando rasgos del mito de Federico Barbarroja, el guerrero desconocido no cesó de combatir en 1945, y el semidiós se negó a morir de muerte humana.

# 6

# LA CORRUPCIÓN

Como hemos visto, la Reunión del Partido de 1936 alcanzó su culminación visual con el desfile de los dirigentes políticos bajo un *Lichterdom*, un arco triunfal formado por los haces luminosos de una serie de proyectores. La idea era del arquitecto de la corte de Hitler, Speer, que había debido resolver el problema de cómo distraer la atención de los espectadores del aumento de peso que habían experimentado los "viejos luchadores" durante los pocos años que llevaban gozando de sus cargos. La vista de la tela parda y del cuero soportando la presión de los abultados estómagos constituía casi una caricatura de una ceremonia militar.[1] * El arco de luz de Speer era una clara alegoría de la corrupción del Tercer Reich: un deslumbrante trucaje óptico que dificultaba la visión, por parte del público, de la grasa que asomaba por cada rendija de la armadura del régimen.

Era una situación paradójica. Habiendo imbuido en la conciencia colectiva la idea de que democracia y corrupción eran sinónimos, los nazis levantaron un aparato gubernamental junto al cual los escándalos de Weimar eran una fruslería. La corrupción era realmente el primer principio organizativo del Tercer Reich. Sin embargo, una gran cantidad de ciudadanos no solamente no eran conscientes de este hecho sino que consideraban a los hombres del nuevo régimen como personajes austeros y de toda solvencia moral.

El engaño se mezclaba con el autoengaño en una insólita estructura de ingeniería social. Después de la toma del poder, el régimen hizo muchas es-

* Un año antes, en un discurso a la Cámara Alta prusiana, Hitler había comentado la obesidad de los funcionarios del partido y había ordenado el traslado de los más impresentables a despachos más apartados, donde su exuberante aspecto diera menos ocasión a los comentarios del público (cf. Friedrich Prinz zu Schaumburg-Lippe, *Dr. Goebbels*, Limes, Wiesbaden, 1964, p. 142).

tremecedoras "revelaciones" sobre la corrupción, en la etapa de Weimar, de los partidos, de los sindicatos, de las organizaciones financieras relacionadas con judíos o con organizaciones políticas (como las cooperativas), e incluso de la Iglesia Católica, y proyectó una imagen de sí mismo como un renovador lleno de buena intención, dispuesto a limpiar hasta el último rincón y la última rendija de la vida nacional. Estableció penas de una severidad sin precedentes para los delitos leves, desde la vagancia hasta la evasión de impuestos. La impresión que daba de ser un estado siempre vigilante que mantenía bajo control a todos sus ciudadanos —impresión reforzada por la vaga pero general conciencia del terror desencadenado contra los disidentes políticos y los judíos— ayudaba a envolver al régimen en una aureola de inquisitorial omnipotencia. La deferencia ante el estado y el temor a las coacciones violentas del partido creaban en la conciencia colectiva una serie de tabúes que la gente se resistía a violar.

Merced al "principio de autoridad", el mecanismo de control interno del partido funcionaba de tal manera que los castigos a la corrupción estaban en proporción inversa a su gravedad. Las pequeñas negligencias que los cuadros inferiores cometían a la vista del hombre de la calle eran frecuentemente objeto de castigos ejemplares, mientras que los crímenes a altos niveles, regional o nacional, quedaban en su mayoría impunes.

Además, había varias circunstancias que contribuían a embotar la sensibilidad de la opinión pública ante las irregularidades de los nazis. El hombre común reaccionaba con bastante indiferencia ante las pruebas del enriquecimiento ilegal de muchas autoridades, pues ellos mismos habían experimentado una mejora en su nivel de vida. Su actitud de *laissez faire* derivaba también del hecho de que las autoridades no se habían enriquecido tanto a costa de ellos como a costa de grupos con los que no se sentían en absoluto vinculados, como las antiguas autoridades de Weimar, los judíos o los nativos de los países ocupados. Como la mayoría de los alemanes se sentían satisfechos de la derrota de aquellos enemigos del Tercer Reich, su posible resentimiento ante los compatriotas que conseguían satisfacciones más evidentemente materiales era a menudo sustituida por la envidia, lo cual corrobora la tesis de que la corrupción era el primer principio organizativo del Tercer Reich. En realidad, el nazismo era la encarnación de la corrupción, aunque sólo fuera por el hecho de conceder un status de clase dirigente a todos los alemanes, según el Nuevo Orden feudal que había de ser impuesto en Europa. No obstante, no nos referimos ahora a la corrupción ideológica sino a aquellos fenómenos que habrían sido comúnmente reconocidos como corruptos si el régimen hubiera permitido una concienciación clara de su existencia.

El dirigente corrompido por excelencia fue Hermann Goering, que acumuló feudos y sinecuras en una escala proporcionada a sus dimensiones físicas

de Gargantúa. Primer ministro de Prusia, delegado de Economía del Reich, es decir, delegado para el Plan Cuatrienal, ministro del Aire, presidente del Reichstag, mariscal de las Fuerzas Aéreas, y Cazador Mayor de la Nación.

Además de media docena de sueldos —aparte de generosas primas de "representación"—, Goering era director y accionista de muchas empresas: el *Essener Nationalzeitung* y otros periódicos, por ejemplo, y la *Reichswerke Hermann Goering*, las compañías Benz y BMW (Bayrische Motorenwerk), y empresas de construcción de aviones. Todo junto, más los derechos de autor de sus libros, le producían unos ingresos anuales de 1.250.000 marcos.[2] Además de todo esto, se las arreglaba para acceder a fuentes de riqueza todavía más importantes por el sistema de malversación más perfecto de cuantos Alemania había conocido nunca, hasta el punto de que muchos que sabían de su existencia no podían creer que fuese posible.

Este predatorio personaje con ribetes de Falstaff, lleno de *bonhomie*, marcó el norte en el campo magnético de la corrupción nazi. Como primer ministro de Prusia, detuvo un proceso que se seguía contra una gran compañía de tabacos por evasión de impuestos, gentileza que le fue recompensada con la cantidad de tres millones de marcos.[3] En su calidad de delegado de Economía del Reich, puso en marcha una continua cadena de sobornos. En su antecámara, los agentes que sacaban provecho hacían cola para solicitar contratos y licencias para los grandes financieros a quienes representaban. Los más claros ejemplos de la ambición de Goering fueron su boda, en 1935, y el saqueo que llevó a cabo durante la guerra, a escala continental, de galerías de arte, museos y colecciones privadas de Europa. Este pillaje artístico, único en la historia, es demasiado bien conocido para volver sobre sus detalles, pero las circunstancias que rodearon la boda de Goering sí merecen ser recordadas. La ceremonia y la actitud de las gentes hacia ella recordaban los días de los Hohenzollern. Ricos y pobres aportaron regalos, compensando los pobres con su número lo que no tenían en medios. A cada uno de los miles de empleados de los ministerios de Goering se le dedujo un porcentaje del salario para adquirir obsequios. Y, al otro extremo de la escala social, el Grupo Industrial Nacional, al que se había exigido que regalase una pintura, un servicio de cena de porcelana o bien una casa de campo, se apresuró a optar por esta última, que, con costar treinta mil marcos, era la posibilidad más barata.[4]

En su calidad de primer ministro de Prusia, Goering convirtió algunas fincas en propiedad personal, como por ejemplo la suntuosa casa de campo de Karin Hall, en la cual empleó a guardabosques y monteros a cargo del estado,[5] y convirtió algunas otras en pastos de lujo donde ilustres guerreros uncidos al carro nazi, como el presidente Hindenburg y el ex mariscal Mackensen, distraían sus aristocráticos ocios.

La prontitud con que aquellos representantes del pasado imperial acepta-

ron castillos y tierras de los nazis mostraba hasta qué punto se habían atrofiado las tan cacareadas virtudes prusianas, y prefiguraba la rapidez con que la nueva generación de generales de la Wehrmacht y de burócratas ministeriales habrían de doblegarse ante la largueza de Hitler. De un fondo especial puesto a su disposición por el Ministerio de Finanzas, Hitler pagó, entre otras cosas, los gastos del divorcio del mariscal von Brauchitsch, una asignación de 250.000 marcos al mariscal von Kluge, y más de 500.000 marcos, respectivamente, al doctor Meissner y al doctor Lammers, presidentes de la Oficina Presidencial y de la Cancillería del Reich.[6]

El multimillonario Hitler, el alcahuete de la ambición y la vanidad de los altos oficiales y burócratas, se complacía en su reputación de desinteresado primer servidor del Reich. Para mantener la fachada ascética, había renunciado a los emolumentos que le correspondían por su cargo de canciller, un gesto de sacrificio que el autor más vendido del Reich y copropietario de varios periódicos podía hacer con facilidad (buena parte de los ingresos de Hitler procedían del bolsillo de los contribuyentes, pues los ayuntamientos tenían que pagar los ejemplares gratuitos de *Mein Kampf* que se entregaban a todos los recién casados). La reputación del Führer estaba también por encima de la fama de corrupción —financiera o sexual— que rodeaba a sus subordinados.

Popularmente conocido como "el sátiro de Babelsberg" (el Hollywood alemán), Goebbels era, entre tota la élite nazi, el campeón indiscutido en materia de promiscuidad sexual, pero no llegó a estar a la altura de sus colegas en lo tocante al engrandecimiento económico, aunque se procuró un cierto número de lujosas residencias desposeyendo a judíos y exigiendo contribuciones económicas al municipio de Berlín —su propio Gau—, así como a la industria cinematográfica. Goebbels no alcanzó el calibre de un Creso porque no disfrutaba ni de la confianza del mundo de las altas finanzas —como era el caso de Goering o del ministro de Economía, Walter Funk— ni de control directo sobre gigantescos imperios como el Frente Alemán de Trabajo o la Corporación de Productores de Alimentos.

Los zares de estas colosales organizaciones, como Robert Ley y Walter Darré, tenían incontables oportunidades de enriquecerse, puesto que el Frente de Trabajo y la Corporación de Productores de Alimentos no estaban sujetos a rendiciones públicas de cuentas. La institucionalizada confusión entre, por ejemplo, la fortuna personal de Ley y los fondos del Frente de Trabajo * y entre salarios y ganancias extraordinarias envolvía la actividad financiera de aquellas gigantescas organizaciones en una niebla impenetrable. El hecho de que el Frente de Trabajo se moviera en una semioscuridad legal se

* Se decía que, al estallar la guerra, Robert Ley se había embolsado sin más cien millones de marcos de los depósitos efectuados para la compra de autos Volkswagen (cf. Fritz Thyssen, op. cit., p. 211).

debía al hecho de que Ley no pudo persuadir a Hitler de dar a este Frente un status claramente definido.

Pero incluso los líderes nazis que no poseían grandes propiedades territoriales tenían muchas oportunidades de obtenerlas. Konstantin von Neurath, el aristócrata de levita que dirigió el Ministerio de Asuntos Exteriores hasta 1938, "arianizó" sin más una lujosa villa en Dahlem, un suburbio de Berlín poblado de árboles y situado junto a un lago.[8] Von Ribbentrop fue más lejos que su "conservador" predecesor: ordenó que el terrateniente Herr von Remnitz (sobrino del multimillonario Fritz Thyssen) fuese enviado al campo de concentración de Dachau y asesinado, a continuación de lo cual se apoderó de su magnífico castillo y de sus tierras de Fuschl, en Austria.[9]

Tradicionalmente el cuerpo de funcionarios de Alemania era inmune a la corrupción, pero la influencia gradual de los miembros del partido fue destruyendo aquella inmunidad. Este cambio se precipitó cuando las instituciones nazis, de reciente creación, fueron injertadas en las estructuras ya existentes. El Ministerio de Propaganda de Goebbels fue un caso representativo. Era una innovación de los nazis, y se ajustaba exteriormente a la tradición del cuerpo de funcionarios, aunque los nombramientos, ascensos y antigüedades estaban sujetos a normas mucho menos rigurosas que las de otras organizaciones. Una investigación interna reveló hasta qué punto aquel Ministerio típicamente nazi se apartaba de la ética convencional de los funcionarios: durante el primer año de su existencia, los altos funcionarios del Ministerio de Propaganda habían proporcionado trabajo a 192 familiares suyos sólo en la Radio del Reich.[10]

Un rasgo típico del Tercer Reich era el hecho de que las investigaciones en torno a los casos de corrupción daban lugar a veces a un incremento de la misma. Esto es lo que ocurrió cuando Joseph Reusch, vicepresidente de la Asociación de Funcionarios Alemanes —que tenía 1.200.000 miembros y contaba con unos ingresos anuales de 32.000.000 de marcos—, fue sometido a una investigación por malversación. Reusch, que había adquirido, con fondos de la Asociación, una villa valorada en 100.000 marcos, sobornó al juez encargado de la investigación, el asesor Crotogino, para que destruyese los documentos acusadores. Crotogino hizo lo que se le pedía, dimitió de su cargo judicial y asumió un puesto en la directiva de la Asociación.[11] En este caso concreto, el mismo descaro de la maniobra la hizo fracasar, pero, en general, la frustración de este tipo de investigaciones tenía éxito.

Dos directores del periódico nazi *Westdeutscher Beobachter* adquirieron, en 1933, el edificio del desaparecido *Rheinische Zeitung* de Colonia, mediante una hipoteca adelantada por la Caja de Ahorros municipal de esta ciudad. Con cheques sin fondos de la Caja de Ahorros, acumularon deudas que ascendían a un millón de marcos. Schacht inició un proceso contra ellos, pero, por

consejo de un alto funcionario de la administración, el proceso se interrumpió, a continuación de lo cual el funcionario en cuestión fue nombrado tesorero municipal de Colonia.[12] La forma en que fueron administradas las finanzas de la ciudad bajo su égida queda reflejada en el hecho de que el alcalde de Colonia, que debía su puesto a la protección del Gauleiter Grohe, dio a éste pruebas tangibles de su gratitud obsequiándole con una mansión de treinta habitaciones adquirida con fondos municipales.[13]

Como es lógico, en cada región era el Gauleiter quien estaba mejor situado tanto para concebir como para ocultar planes de estraperlo. Erich Koch, que había llegado a su satrapía de la Prusia oriental en bicicleta desde Renania, con la totalidad de sus bienes muebles empaquetados en un cajón de margarina, controlaba al cabo de diez años una "fundación" cuyos bienes ascendían a 300 millones de marcos. El núcleo original de esta Fundación era la participación del Gauleiter en la editorial nazi *Sturmverlag Koenigsberg*, que se convirtió en una valiosa baza después de la toma del poder. Durante el Tercer Reich, el Gauleiter y presidente de la Magistratura, que traspasó las tareas de dirección del partido de la Prusia oriental y la administración del estado a su delegado Grossherr, se adentró en los terrenos de la tala mecánica, la fabricación de papel, el enlatado de pescado y las altas finanzas. El sindicato de Koch obtuvo grandes beneficios cuando se produjo la anexión de la vecina Memel en 1939, al fijarse un índice de paridad que colocaba en desventaja a los poseedores de moneda lituana.

En esta incesante búsqueda del provecho personal, los Gauleiter no perdonaban a nadie; incluso miembros del partido que eran dueños de negocios se veían obligados a venderlos a precios establecidos por Koch. Aunque éste podía siempre alegar que la formación de aquel imperio comercial beneficiaba también indirectamente a la Prusia oriental porque establecía industrias nuevas en una zona rural despoblada, la ola de depredación y terror * que se extendió por la provincia se hizo tan evidente que Berlín acabó dándose por enterada ** y le privó de su puesto de presidente de la Magistratura por un espacio de seis semanas.[14]

* Cuando el jefe del Frente del Trabajo de la Prusia oriental atropelló a un mecánico de aviación causándole la muerte, Koch ordenó a la Gestapo que presionase a la viuda del mecánico para que no emprendiese ninguna acción legal. Preparó además el asesinato del principal testigo para impedir un juicio anti-corrupción que iba a examinar las acusaciones de malversación de fondos de los talleres especiales para los mutilados de guerra.

** La conciencia que tenía Koch, antiguo empleado de ferrocarril, de su propia importancia, queda reflejada en su declaración referente al palacio de Krasna, su señorial residencia, construido por trabajadores en régimen de esclavitud en la zona de Polonia incorporada a Alemania: "He comprado el terreno al Reich de forma completamente legal; no pienso permitir que el Reich haga donación alguna a la Fundación Erich Koch. He usado sólo los materiales de mejor calidad, que adquirí en Varsovia" (cf. conde Fritz Schulenberg en una carta a su esposa, invierno de 1940).

Otros Gauleiter fueron tratados, llegada la ocasión, con mayor dureza. Kube, Gauleiter de Kurmark, que en 1933 había utilizado comercialmente una serie de informaciones que una aristocrática confidente había recogido de conversaciones con el Führer,[15] fue destituido en 1936, bajo la acusación de haber atribuido ascendencia judía al comandante Buch, el juez supremo del partido, pero posteriormente, durante la guerra, reapareció como gobernador de la Rusia Blanca.

Globocnick, de Viena, fue destitudio, en enero de 1939, por sus numerosas especulaciones ilegales, para ser rehabilitado por Himmler en noviembre del mismo año y nombrado dirigente de las SS y de la policía de Lublín[16] (más adelante, en este capítulo, volveremos a encontrarle en su nueva faceta de asesino).

Streicher, de Franconia, fue destituido en 1940. Una de las acusaciones más graves que pesaban contra él era su declaración de que Goering era impotente. Sus contemporáneos —excepto Hitler, que era un ávido lector del *Der Stürmer*— le consideraban tan abominable que incluso los demás acusados en el juicio de los crímenes de guerra de Nuremberg (todos ellos asesinos por partida múltiple) negaron rotundamente haber tenido amistad con él. Streicher parecía sacado de las páginas del marqués de Sade y de Krafft-Ebing. Le producía satisfacción sexual el hecho de azotar a los prisioneros políticos, práctica a la que admitía haberse entregado; * [17] solía visitar el campo de concentración de Dachau para arrancar a los allí internados confesiones acerca de sus fantasías sexuales, y recorría las comisarías de policía para someter a los delincuentes juveniles a minuciosos interrogatorios acerca de sus prácticas masturbatorias.[18] Obsesivamente preocupado por su capacidad sexual, el omnipotente gobernador de Franconia atribuía deficiencias sexuales a otros funcionarios nazis, como hemos visto, y pedía orgullosamente a su chófer que examinara sus sábanas para encontrar en ellas la prueba de poluciones nocturnas.[19]

Una serie de jóvenes actrices satisfacía el lado más ortodoxo de la libido de Streicher, y él, a la recíproca, se ocupaba de su manutención. El periódico *Fränkische Tageszeitung* recibió la orden de proveer salarios para las jóvenes y puestos de trabajo para sus padres (uno de éstos, apellidado Seitz, fue incluido en la nómina del periódico con un salario de trescientos marcos mensuales más ciento veinte por gastos), además de tener que financiar la construcción de una casa de campo con un dormitorio especial para el Gauleiter

* Cuando Streicher salió de la celda del profesor Steinrück con su látigo en las manos, fue a reunirse con sus amigos del "Deutsche Hof" afirmando, satisfecho, "*Jetzt bin ich erlöst*" ("Ahora me he quedado tranquilo"). Posteriormente, en un mitin en la Herkulessaal de Nuremberg, explicó cómo había azotado a Steinrück (cf. Document PS 1757 IMT *Trial of Major War Criminals*, Nuremberg, volumen XXVIII, p. 154).

y Anni Seitz, su amante favorita. Un joyero que Streicher regaló a Fräulein Seitz estaba hecho de alianzas de oro fundidas que había confiscado a funcionarios de la administración del distrito. Había racionalizado aquella acción ridiculizando por afeminados a los hombres que llevaban anillos de boda, y había secuestrado el anillo del jefe de la organización del distrito, un hombre llamado Enzberger, acusándole infundadamente de haber cometido adulterio.

Streicher era igualmente capaz de ordenar el suicidio a un subordinado: con impecable exactitud, su asistente, el Oberführer de las SA, König, se suicidó durante el breve intervalo que separó el muy comentado aborto de Fräulein Balster, una actriz, y la llegada de una comisión enviada por Goering a Nuremberg para investigar las arianizaciones llevadas a cabo en Franconia durante y después del pogrom de la Noche de Cristal.[20] La comisión averiguó que los colaboradores inmediatos de Streicher en la administración del distrito recibieron enormes retribuciones y sobornos por permitir la venta de valiosos bienes por cantidades irrisorias. En treinta y tres empresas que fueron objeto de investigación, la diferencia entre su precio de venta y su valor real ascendía a catorce millones y medio de marcos.[21]

Finalmente, dos años después, Streicher fue destituido de su cargo de Gauleiter, pero conservó su puesto en el Reichstag, el grado de general de las SA y la propiedad del *Stürmer*. Aquel antiguo maestro de escuela vivió lo que quedaba de guerra en una de sus espléndidas casas de campo cerca del lago Costanza, donde, según se rumoreaba, sólo las pocilgas costaban más que una casa para una familia.[22]

La corrupción en el Tercer Reich no resultaba simplemente de la venalidad individual de los funcionarios nazis, sino que procedía de la naturaleza misma de la nueva fuerza en el poder. La estructura de poder nazi era un conjunto de intereses enfrentados que se desarrollaban sin cesar —instituciones estatales, cámaras económicas y gremios, el partido, las SS, el Frente de Trabajo, la Corporación de Productores de Alimentos— y el soborno se convirtió en condición indispensable para la supervivencia de empresas e individuos cuyas actividades les obligaban a relacionarse con alguna de aquellas organizaciones.

Esta compleja y oscura situación colocaba en grave desventaja a quienes no estaban familiarizados con la rivalidad y la mutua antropofagia de las instituciones nazis, pero creaba también espléndidas oportunidades para los mediadores que estaban lo bastante bien relacionados como para facilitar los tratos entre los detentadores del poder y los solicitantes. Uno de estos hombres era Wilhelm Reper, que se hizo rico haciendo las funciones de portador de los regalos de los industriales a Goering, aunque sufrió un revés temporal cuando sus poco ortodoxas prácticas para sacar fondos a los industriales con destino a la Ayuda Invernal llamaron la atención de sus superiores. Aunque

fue acusado formalmente, consiguió exculparse insinuando que poseía pruebas que podían incriminar a altas personalidades nazis.[23]

La oscuridad que envolvía las instituciones nazis se hacía más densa en lo tocante a transacciones financieras. En los primeros meses de 1935, la prensa alemana informaba de un centenar de casos de malversación de fondos, de los que eran responsables funcionarios de la Ayuda Invernal, del Bienestar del Pueblo Nacional Socialista, del Frente de Trabajo y de las organizaciones "A la Fuerza por la Alegría" (*Kraft durch Freude*), y los casos que llegaban a exponerse a los tribunales no constituían, seguramente, más que la parte visible de un iceberg. Esto dio lugar a tantos rumores y especulaciones que el Frente Alemán de Trabajo decidió suspender las recolectas puerta por puerta en favor de la deducción en los salarios. En cuanto a la principal organización caritativa del Tercer Reich, diremos que para los transeúntes de las calles alemanas se convirtió en un reflejo el exclamar: "¡Aquí viene la Ayuda Invernal!" cada vez que pasaba un jefe del partido en su automóvil nuevo. Sin embargo, esta broma popular no estaba absolutamente justificada; por venales que fuesen los nazis, nunca permitieron que la corrupción penetrase la totalidad de su aparato, sino que la confinaron a sus niveles superiores, y mantuvieron los cuadros inferiores del partido bajo un control estricto, mientras que los altos funcionarios podían cometer cualquier tipo de transgresión.

Como es lógico, la guerra ofreció nuevas oportunidades de acaparamiento de cargos. Un informe de la Wehrmacht sobre las autoridades de la administración de la reincorporada zona de Danzig decía: "Todos los puestos de alcalde (*Bürgermeister*) y de gobernador del distrito (*Landrat*), excepto dos, están ocupados por cuadros de la organización del partido de Danzig, de los cuales algunos carecen de toda formación, otros son hombres totalmente ineducados y otros tienen antecedentes criminales. La mayoría de los administradores de las empresas agrícolas e industriales no están a la altura de sus tareas, e intentan aprovechar su cargo para enriquecerse".[24]

En una macabra caricatura de la práctica, habitual en el siglo XIX entre las familias británicas de la clase media, de embarcar a las ovejas negras a las colonias sin retirarles por ello la ayuda económica, el partido enviaba a la Europa ocupada a sus cuadros más corrompidos, cuya permanencia en Alemania habría dañado la moral de la población. Por el hecho de que, aparentemente, la corrupción era menos nociva cuanto más distante, los habitantes de Alsacia, al igual que los "alemanes étnicos" de Danzig, aunque teóricamente eran alemanes que habían "regresado" al Reich, se encontraban gobernados por hombres racialmente afines a ellos, seleccionados de acuerdo con su grado de gangrena moral. El caso de Herr Lemke, director administrativo del hospital Bürger de Estrasburgo, llegado de Freiburg, en Alemania,

era típico. Ayudado y encubierto por un pequeño grupo de beneficiarios, Lemke sometió a todo el personal del hospital a la humillación y a una descarada exhibición de la corrupción más desnuda. Se apropiaba de reservas de alimentos del hospital para venderlas en el mercado negro; utilizaba las ambulancias para festivas expediciones privadas, e invitaba regularmente a cenar a su amante (esposa de un soldado del frente) en una de las habitaciones del hospital convertida en salón particular. Las protestas sobre su conducta eran rechazadas con la declaración de que Lemke era un meritorio luchador del partido, cuyo retorno a Freiburg —solicitado por los quejosos— estaba descartado, pues habría sido el equivalente de una destitución. Al cabo de un año de malestar entre la totalidad del personal del centro, Lemke precipitó su destitución con una acción que atacaba los mismos cimientos del orden social nazi: un domingo por la tarde, al terminar el habitual concierto dado por la orquesta del Frente de Trabajo del distrito, en el jardín del hospital, hizo que su amante ofreciese al director un ramillete de flores en nombre del personal del hospital, al que ella sólo pertenecía en su calidad de consumidora. El administrador celebró su partida con una fiesta, después de la cual la comida sobrante, procedente de la despensa del hospital, y el vino de sus bodegas, cubrían los muebles, las alfombras y las paredes de su apartamento privado. (El temor de ser enviada al campo de seguridad de Schirmeck impidió a su ama de llaves dar cuenta de ello en el momento que se produjo.) Algunos meses después, Lemke volvió a Estrasburgo para tomar parte en una conferencia de administradores de hospitales; su intervención se tituló: "La utilización racional de los alimentos en los hospitales".[25]

Visto en perspectiva, Lemke, con ser un pez grande en el marco del hospital Bürger, era pequeño comparado con los peces realmente grandes. De la misma manera que, en la naturaleza, los tiburones no superan en tamaño a las ballenas, el crecimiento potencial de los Lemkes en el Tercer Reich estaba limitado por su pertenencia a una u otra especie de la fauna nazi. Los leviatanes de la corrupción eran los *Reichsminister, Reichsleiter, Reichskommissare* (gobernadores de un territorio ocupado), los altos dirigentes de las SS y de la policía y, en ocasiones, los *Stadtdirektor* (escribanos municipales).

En 1933, cuando contaba apenas treinta años, Herr Esch, el dirigente del grupo nazi del consejo municipal de Düsseldorf, ascendió meteóricamente de empleado del fisco a inspector superior de impuestos de la ciudad. Al cabo de cuatro años (ayudado por quince cómplices en el cuerpo de funcionarios y en la administración municipal), se había apropiado ilegalmente de 1.350.000 marcos, de los que una parte procedía de la Mannesmann Company (el gigante industrial que había provocado la crisis marroquí de antes de la guerra). Las depredaciones de Esch sólo salieron a la luz cuando un em-



Albert Speer desplegó una actividad prodigiosa al frente de su Ministerio del Armamento.



Este prisionero atrapado en las alambradas del campo alemán de Buchenwald es una gráfica condensación del horror de todos los campos de concentración nazis.



Ninguna boda se celebró tan brillantemente durante el Tercer Reich como la de Goering, en 1935, con Emmy, que le dio una hija, Edda, dos años después.



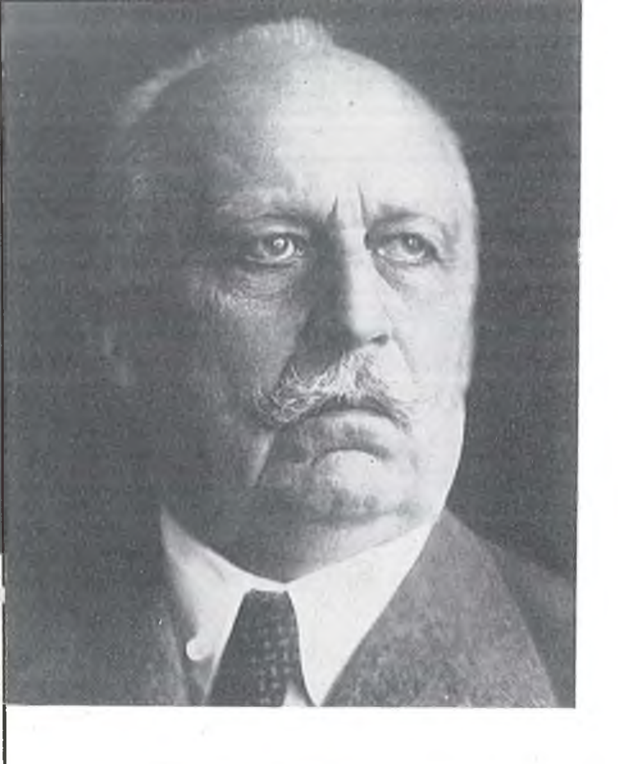
Contrastando con la opulencia de la oligarquía nazi, se alineaba la clase de los perseguidos políticos y raciales. A este último grupo pertenece la ilustración.



La ciudad de Nuremberg fue arrasada por la aviación anglo-norteamericana. Esta vista pertenece a diciembre de 1945.



Fue lamentable la colaboración de una gran parte de los jueces alemanes al quehacer nazi de exterminio político y racial. Tribunal berlinés en octubre de 1936.



El general Ludendorff, jefe del Alto Mando alemán en 1916-18, combatió a los judíos, jesuitas y masones. Murió en 1937.

El mariscal Brauschitsch fue uno de los más brillantes estrategas alemanes. Hitler lo destituyó en diciembre de 1941.



Ningún militar alemán superó a Rommel en popularidad y estima. Como había participado en la conjura del 20 de julio de 1944, el Führer lo *invitó* a suicidarse.



Bajo el glorioso Arco del Triunfo, de París, desfila el ejército alemán de ocupación, en junio de 1940.

Típica estampa de la ocupación nazi en casi toda Europa.

pleado municipal católico se atrevió a advertir a los empleados no nazis del Ministerio de Justicia y pasó la información a los periodistas alemanes emigrados. Esch fue procesado y condenado a quince años de prisión.[26]

Hermann Esser fue nombrado ministro de Economía de Baviera después de la toma del poder, y como tal actuó como mediador de grandes donaciones de la industria al partido nazi. De los 700.000 marcos donados, no más de 170.000 llegaron a las arcas del partido. Una tarde de verano de 1935, los clientes de una taberna de Munich quedaron sorprendidos al ver a una enfurecida mujer abofetear la roja cara de bebedor del ministro. Este dramático incidente tuvo repercusiones igualmente dramáticas: la mujer —hija del dueño de una cervecería, a la cual Esser había dejado embarazada y a la que había presionado para que se sometiese al aborto— fue enviada a un campo de concentración, y el ministro perdió su cartera.

Una de las formas más seguras de corrupción fue la apropiación, en 1933, de las propiedades de los sindicatos, las sociedades cooperativas, las asociaciones financieras y los periódicos. Max Amann, director de la editorial Eher y propietario del periódico *Völkischer Beobachter* obtuvo tantas ventajas de esta forma de secuestro que en 1945 se había convertido en millonario. (Como hemos visto, la propiedad de periódicos era la primera fuente de las fortunas de muchos dirigentes nazis, como el Gauleiter Koch y Julius Streicher; además, el *Schwarzes Korps* y otros periódicos nazis tenían por costumbre amenazar a empresas con el chantaje si no nombraban a camaradas del partido recomendados por ellos para lucrativos cargos de dirección.)[27]

La guerra añadió una nueva dimensión a las prácticas corruptas, con la gran cantidad de regulaciones y la creciente escasez de artículos básicos a que dio lugar. Poco después de la ruptura de hostilidades, se formó en Berlín una comisión especial encargada de investigar la corrupción en la concesión de contratos de defensa, porque las empresas que aspiraban a obtener los importantes —y enormemente provechosos— contratos bombardeaban a los funcionarios de Ministerio de la Guerra con espléndidos regalos (como automóviles o mobiliarios completos). Por supuesto, la comisión no consiguió extirpar el mal de raíz. Cuatro años más tarde, el ministro de Armamento, Speer, prohibió expresamente a sus subordinados en una orden confidencial que aceptasen objetos valiosos tales como cámaras, aparatos de radio o refrigeradores de las firmas que deseaban contratos. En un significativo anexo a esta orden, Speer declaraba: "No puedo proteger a ninguno de mis colaboradores que infrinja esta orden, por importantes que hayan sido sus servicios".[28]

En ocasiones, la misma ubicuidad de la corrupción daba lugar a prudentes críticas en la prensa nazi. Así, el *Kölnische Zeitung* escribió durante el primer invierno de la guerra: "No puede adoptarse la decisión de suministrar

ciertas mercancías hasta que el asunto haya pasado por cinco centros provinciales y haya llegado al cuartel general de Berlín. Sin embargo, hay personas muy importantes que están en contacto con la capital y dan preferencia a sus intereses particulares sin preocuparse en absoluto por la comunidad del pueblo".[29] Como siempre, las condiciones de vida de Alemania eran relativamente mejores que las de la Europa ocupada. Las restricciones en la importación y exportación de moneda y las diferencias de aprovisionamiento y racionamiento entre el Reich y Europa ofrecían un claro incentivo al mercado negro, en el que participaban todas las instituciones del Tercer Reich, incluyendo el ejército. Hasta 1942, las autoridades de ocupación de París mantuvieron un activo tráfico de licencias de exportación ilegales y permisos para traslados de fondos a través de la frontera con la Francia no ocupada.[30] En verano de 1944, en Normandía, unos tanques alemanes hubieron de ser abandonados por falta de combustible, mientras que en el mercado negro de París se vendía gasolina del ejército al precio de una libra esterlina el galón.[31]

Un privilegio muy apreciado —y muy valorado monetariamente— de los tiempos de la guerra era la exención del servicio militar, de la que gozaban la totalidad de los miembros de algunos grupos privilegiados, como los cuadros del partido y las estrellas de cine.* Fuera de estos grupos, es decir, en los sectores de exención parcial, como la agricultura, aparecía la corrupción: los cuadros de la Asociación de Campesinos Nazis, facultados para decidir quiénes eran los agricultores indispensables al esfuerzo de la guerra, eran acribillados con obsequios. Los mandos regionales del ejército de Alemania eran conocidos como "centrales de contratistas" (*Lieferantenzentralen*); persistentes rumores aseguraban que facilitaban destinos en Alemania a los hijos de los industriales proveedores del ejército.[32]

Por otra parte, la escasez de mano de obra a que daba lugar la guerra constituía una ventaja para los funcionarios de las agencias de orientación laboral. "Los empresarios regalan cosas a los funcionarios de las agencias. Yo también voy a ofrecerles dinero para poder cambiar de trabajo", escribía un trabajador voluntario croata a su familia en 1943, y un compatriotra suyo explicaba a su familia: "Yo quería volver a casa y una persona se ofreció a ayudarme por cien marcos, pero después cambió de opinión y dijo: 'Sólo por tres kilos de tocino'. Los que tienen tocino se van uno detrás de otro, y los demás tenemos que fastidiarnos".[33]

* Cuando se estaba decidiendo el reparto de *Jud Süss* —la contribución del cine alemán a la propaganda en favor del genocidio—, Werner Kraus se quedó con media docena de papeles, mientras que Ferdinand Marian dudaba en aceptar el papel de protagonista. Goebbels atajó sus dudas amenazándole con revocar su exención del servicio militar. El remordimiento por haber aceptado el papel —o el temor a ser castigado por ello— llevó a Marian a suicidarse al terminar la guerra.

A medida que avanzaba la guerra, los administradores de los campos de trabajadores extranjeros alquilaban a éstos a empresarios privados, según diversas formas de trueque. Uno de estos directores de campo recibía un paquete de cigarrillos por cada trabajador extranjero y medio paquete por cada trabajadora que proporcionase al dueño de una taberna cuyo establecimiento había sido destruido por las bombas y necesitaba mano de obra para reconstruirlo rápidamente.[34]

El hecho de que el tocino o el tabaco sustituyesen al dinero en el papel de moneda de la corrupción demuestra el valor de artículo raro que tenía la comida durante la guerra. Constantes rumores de estraperlo de artículos alimenticios rodeaban a los funcionarios del partido. En Hesse, un gran número de personas fueron enviadas a prisión por afirmar que el Gauleiter Sprenger era el principal beneficiario de los exorbitantes precios de las verduras.[35] Era del dominio público que la muerte del dirigente de las SA, Lutze, en un accidente de automóvil durante la guerra, había tenido lugar mientras realizaba una expedición al campo en busca de productos alimenticios. Menos divulgado fue el descubrimiento por la policía de Berlín de pruebas que relacionaban a tres ministros, Frick, Rust y Darré, y a dos comandantes en jefe, Brauchitsch, del ejército, y Raeder, de la marina, con el mercado negro de alimentos. Por pura coincidencia, el propio jefe de policía de Berlín, conde Helldorf, resultó ser uno de los principales implicados. Algún tiempo antes de la guerra, cuando los judíos comenzaron a darse cuenta de que su única posibilidad de salvación era una rápida huida, Helldorf llevó a la práctica la sencilla idea de confiscar los pasaportes de los judíos acomodados y revendérselos a precios que ascendían, como promedio, a 250.000 marcos.[36]

La mayor oportunidad de capitalizar la persecución a los judíos la constituyó el pogrom de la Noche de Cristal. En Nuremberg, todos los varones de raza judía —antes de ser enviados a campos de concentración— fueron conducidos a las oficinas del Frente de Trabajo Alemán y obligados a firmar poderes de procurador en favor del vicegauleiter Karl Holz, que posteriormente transfirió sus propiedades a personas de su elección por el diez por ciento del valor que se les atribuía a efectos fiscales.[37] En Viena, los judíos fueron obligados a transferir sus propiedades territoriales y sus negocios a miembros del partido, por precios de venta simbólicos de diez marcos.[38] En una joyería berlinesa que había sido saqueada por las Juventudes Hitlerianas, un muchachito de diez años se situó en una esquina del escaparate, se puso anillos en los dedos y se llenó los bolsillos de relojes y pulseras, escupió a la cara del dependiente y salió corriendo.[39]

La arianización, que unía de manera ideal el provecho a la ideología, era la forma de pillaje preferida por los nazis. Pero la corrupción progresaba geomé-

tricamente, y las autoridades quedaron pronto desconcertadas ante la rápida proliferación de arianizadores "privados" que se enzarzaban en una furiosa competición e impedían el normal desarrollo de la operación.

En un informe sobre la situación económica del municipio de Berlín se hablaba en términos reprobatorios de los "poseedores de antiguas propiedades judías que eran acosados con peticiones de alquiler por individuos y organizaciones competidoras entre sí... Por cada tienda judía solía haber tres o cuatro solicitantes; varias organizaciones comerciales se dividían en facciones para apoyar a los solicitantes individuales e intentaban conseguir el apoyo de las autoridades desacreditando a sus rivales tachándoles de pro judíos".[40]

Para hacer frente a la epidemia de "arianización incontrolada",* un mes después de la Noche de Cristal, Goering anunció que la expoliación de propiedades judías era prerrogativa exclusiva del estado, y debía ser llevada a cabo sólo bajo los auspicios del Ministerio de Economía.[41] Algunas investigaciones mostraron que el margen de beneficio obtenido en la arianización de algunas tiendas de Viena iba del 80 al 380 por ciento,[42] y el Gauleiter Bürckel se sintió obligado a enviar a una docena de comisarios de arianización, a los que había nombrado él personalmente, al campo de concentración de Dachau (donde se reunieron temporalmente con los hombres a los que habían expropiado).[43]

Con monstruosa rapidez, la guerra anuló el proceso secular por el que los judíos habían ido superando el status de parias y la vida de los ghettos. Cuanto más rápido era el camino de los judíos europeos hacia el holocausto, mayor era el índice de enriquecimiento de los alemanes (y de los no alemanes). La Solución Final preveía que varios grupos de la sociedad alemana —desde los contratistas de mano de obra forzada a través del estado, hasta el partido y los funcionarios de policía, pasando por los porteros de las casas de apartamentos— se alimentasen del cadáver de la raza martirizada. Las autoridades que tenían acceso a las listas de deportación conseguían cantidades de dinero equivalentes a un salario vitalicio mediante un trazo de pluma que tachaba el nombre de un judío y la inscripción de otro nombre en su lugar. Ganancias similares estaban al alcance de empleados de la administración civil que se ocupaban de la distribución de tarjetas de identidad, cartillas de racionamiento y permisos de trabajo, siempre con la condición de que tuviesen el suficiente valor para arriesgarse a ser encarcelados por ello. Los judíos eran detenidos en sus casas en escenas de horrible rapacidad; a

* El *Völkischer Beobachter* se quejaba cínicamente de que había barberos que se convertían de la noche a la mañana en comerciantes de tejidos, vendedores de tirantes que pasaban a ser propietarios de aserraderos y hombres sin ninguna experiencia que se convertían en propietarios de cines (cf. *Völkischer Beobachter*, edición vienesa del 6 de marzo de 1939).

menudo, sus guardianes les obligaban a entregarles inmediatamente las ropas de calidad que se habían puesto para su último viaje.[44]

El procedimiento oficial para disponer de la propiedad judía era el siguiente: después de la deportación, los pisos pertenecientes a judíos debían ser sellados hasta que su contenido fuese públicamente subastado, y las gestiones de la venta eran transferidas a la Tesorería de Berlín, pero este procedimiento era más frecuentemente transgredido que observado.

Al cabo de pocos minutos de que su madre y su hermana fuesen deportadas, un médico judío de Berlín (que había gozado de una tregua a causa de su matrimonio privilegiado, es decir, con una mujer de raza aria) hubo de mostrar su apartamento a un funcionario nazi. Mientras éste iba de estancia en estancia, su excitación aumentaba visiblemente. Finalmente, exclamó: "¡Toda mi vida he soñado con tener unos muebles como éstos!". A la mañana siguiente, a primera hora, antes de la hora fijada para la subasta, llegaron unos empleados de mudanzas y procedieron a vaciar el piso de cuanto contenía.[45]

Los funcionarios nazis llevaban a menudo a sus esposas a los pisos desalojados para que examinasen las ropas de los armarios y otros objetos que quedaban en ellos, actividad que se desarrollaba en enconada competencia con la de los porteros que tenían duplicados de las llaves. (En Amsterdam, la esposa de Baldur von Schirach fue invitada a visitar una escuela: "En una de las aulas, los bancos amarillos estaban cubiertos de montoncitos de gastados anillos de boda, y en saquitos de gamuza había piedras preciosas de todas clases, divididas según el color". Su guía, un oficial de las SS, le preguntó: "¿Quiere usted unos diamantes? Son baratísimos".)[46]

Las SS eran la organización nazi encargada simultáneamente de llevar adelante la Solución Final y de limpiar Alemania de la corrupción. Himmler, que unía el mando de un conjunto de asesinos y depredadores sin paralelo histórico a un cierto concepto de austeridad personal, se enorgullecía del espíritu de camaradería que reflejaba su orden de que en los barracones de las SS no hubiese cerraduras en las puertas de los armarios. En realidad, aquella élite alrededor de cuyas atrocidades los mistagogos nazis tejieron un velo de puritanismo, estaba minada por la corrupción. Nos limitaremos a dar algunos ejemplos de la manera en que las SS combatían la corrupción en sus propias filas.

Como hemos visto ya, después de su destitución por graves delitos financieros, el Gauleiter Globocnick de Viena fue nombrado jefe de las SS y de la policía de Lublín, donde inició y dirigió el sistemático exterminio de cientos de miles de judíos. Siguió tan propenso al robo en gran escala —se embolsó, entre otras cosas, la mitad de los enormes beneficios que el contratista Walter Toebbens había obtenido del trabajo forzado de un ghetto— que una ren-

dición de cuentas insatisfactoria dio como resultado una segunda destitución y su traslado a Trieste. Mientras el doctor Morgen, un abogado encargado por Himmler de investigar la corrupción en las SS, investigaba los rumores que hablaban de numerosos robos en la zona de Lublín, encontró pruebas irrefutables que incriminaban al coronel de las SS Dirlewanger (cuyo regimiento había sido reclutado entre la escoria de la población carcelaria alemana, y cuyo gusto personal se inclinaba por inyectar estricnina a muchachas judías y contemplar su agonía, todo ello a título de espectáculo para las cenas oficiales). La petición de Morgen de que Dirlewanger fuera arrestado no llegó a ser satisfecha; dado que el coronel no estaba sujeto a la jerarquía local de las SS sino directamente a la jefatura de Berlín, fue trasladado a la Rusia Blanca y ascendido al grado de teniente general.[47]

La cruzada individual del doctor Morgen contra la corrupción en las SS dio mejores resultados en un caso en el que estaba implicado el comandante de Buchenwald, cuya esposa, Ilse, se convirtió en un prototipo universal del horror. El camino de Koch a la condición de millonario comenzó con la llegada al campo, después de la Noche de Cristal, de miles de judíos, de cuyas pertenencias personales se apoderaron él y algunos de sus cómplices. Otros medios de enriquecimiento consistían en el alquiler de mano de obra del campo de concentración a empresarios civiles, la venta en el mercado negro de los alimentos enviados por correo a los prisioneros (o incluso a los guardias de las SS), el robo de la producción de los talleres del campo para uso privado, etc. La vida de los Koch y de su entorno de oficiales de las SS era una fantasmagoría de promiscuidad y vicio. Así, la ninfomaníaca Ilse Koch (que era una excelente amazona) tenía un patio de montar construido para su uso exclusivo que había costado 250.000 marcos y treinta vidas humanas, donde realizaba ejercicios de *haute école* acompañada por la banda de las SS de Buchenwald.[48] Koch, que, lógicamente, era más rico que alguno de sus superiores, había comprado el silencio de éstos mediante regulares entregas de diez mil marcos, pero en 1941 el inspector de las SS para los campos de concentración, Theodor Eicke, fue trasladado al frente, y aquello dejó a Koch al descubierto.[49] El ministro de Finanzas de Turingia inició insistentes investigaciones acerca de la evasión de impuestos: con sus talleres, canteras y huertos, el campo de Buchenwald era una considerable fuente de ingresos fiscales. Un rápido traslado a Lublín pareció der a Koch una tregua, pero el príncipe von Waldeck Pyrmont, el dirigente de las SS y de la policía de Turingia y, desde hacía tiempo, enemigo personal de Koch, siguió investigando. En 1943, la meticulosa compilación de pruebas del doctor Morgen dio su resultado, y Koch y sus cómplices fueron acusados de un gran número de delitos graves. Los preliminares del juicio fueron notables por la virtual identidad de los métodos empleados por la acusación y por la defensa. Cuando

el doctor Morgen estaba a punto de investigar la supuesta corrupción en el campo de Lublín, la dirección de éste reaccionó con tal energía y rapidez ante el peligro, que la totalidad de los cuarenta mil internados judíos (cualquiera de los cuales era un testigo potencial de la acusación) fueron asesinados en un solo día. Un médico del campo de Buchenwald llamado Hoven,[50] * uno de los cómplices de Koch, envenenó a un miembro de las SS, un potencial testigo importante para la acusación, con álcali. Para establecer la composición exacta del veneno, la comisión investigadora hizo añadir diferentes soluciones de álcali a la comida de varios prisioneros rusos, y como ninguna de las soluciones resultara definitiva, los conejos de Indias humanos fueron estrangulados.[51]

En el juicio, Koch (cuya actividad directiva en Lublín, encaminada al provecho personal, había facilitado una fuga masiva de prisioneros) fue debidamente sentenciado a muerte, pero se le concedió una tregua. Finalmente, el príncipe von Waldeck-Pyrmont tuvo la satisfacción de ordenar la ejecución de su enemigo, poco antes del final de la guerra. No resultaba sorprendente que las prácticas de corrupción del príncipe de las SS difirieran en grado, pero no en cualidad, de las de su "víctima". Durante el último año de la guerra, ordenó —a través del Instituto de Higiene de las Waffen SS— la construcción de una planta refrigeradora, destinada, en teoría, a la producción de vacunas para el frente, pero que en realidad fue utilizada para conservar las piezas que cazaba. Waldeck-Pyrmont ordenó también el establecimiento de una docena de falsas delegaciones de las SS (como Inspectorados de la Construcción en Rusia, u Oficinas para la Germanización de las razas orientales), que no tenían otra función que evitar que un cierto número de sus allegados fueran destinados al frente.[52]

Estas infracciones del código militar —un "alemán étnico", miembro de las SS, destinado en Buchenwald consiguió dos años de permiso ininterrumpido gracias al incesante envío de paquetes de comida de su familia [53]— coexístian, dentro de las SS, con el marcial fanatismo de las Waffen SS, el brazo militar de la organización. También la Wehrmacht era capaz de llenar hasta los topes los trenes de municiones, en su viaje de regreso a Alemania, con el producto de los saqueos de los oficiales, al tiempo que imponían la pena capital a los saqueadores ocasionales. Y, dentro del partido nazi, el sibaritismo se codeaba con la austeridad. El Gauleiter Eigruber de Austria comía en casa las comidas que guisaba su mujer,[54] pero en el momento álgido de la

* El doctor Hoven representaba un curioso aspecto de la corrupción de las SS. Obligó a dos prisioneros del campo a escribir para él una tesis doctoral, se la aprendió de memoria y se doctoró —*cum laude*— en la universidad de Freiburg. El colega de Toven, el doctor Ding-Schuler, envió a publicaciones médicas media docena de artículos especializados escritos por los prisioneros del bloque 50 del campo de concentración, y ganó así considerable fama en el mundo de la medicina alemana contemporánea.

guerra, el "Hotel Elephant" de Weimar, el "Fürst Von Stollberg", en las montañas del Harz, y el restaurante "Horcher" de Berlín eran oasis del buen comer tal como lo habían sido en tiempos de paz, pues sus respectivos dueños eran el Gauleiter Sauckel de Turingia, el Gauleiter Jordan de Magdeburg y el mariscal Goering.

En Normandía, un prisionero de guerra alemán a quien se preguntó por qué había retratos de Hermann Goering y ninguno de Hitler en las paredes de los alojamientos del ejército, respondió: "Adolf Hitler está muy por encima de nosotros. Él nos dice lo que hemos de hacer y nosotros lo hacemos. Pero Goering es uno de nosotros. A él le gusta la comida, las mujeres y el dinero, especialmente el dinero".[55] La respuesta del soldado explica en alguna manera la aceptación de la corrupción por parte de la opinión pública como elemento normal de la vida durante el Tercer Reich. Después de 1939, se generalizó una hipócrita esperanza según la cual la paz victoriosa traería la normalización: las fuerzas armadas y los "nazis de buena fe" echarían a los corrompidos "faisanes dorados" de sus sinecuras. Además, el régimen ponía en escena regularmente campañas contra la corrupción, y a la opinión pública no le resultaba fácil ver que aquella limpieza por zonas de los establos de Augias venía determinada fundamentalmente por la lucha por el poder dentro de la jerarquía nazi, como la enemistad de Waldeck-Pyrmont y Koch, o el ampliamente ramificado caso Lasch (el doctor Lasch, gobernador de Radom, estaba implicado en una red de estraperlo a escala continental, que fue disuelta como resultado de una vendetta de las SS contra Hans Frank, el gobernador nazi de Polonia).[56]

Por último, un hecho crucial. La corrupción nazi se daba en un período de expansión después de cuatro largos años de recesión y crisis económica; dado que la mayoría de los alemanes habían sido beneficiados por el régimen, no llegaban a estar excesivamente descontentos por el hecho de que algunos contasen sus beneficios en marcos, mientras ellos contaban los suyos en pfennigs; y, de cualquier forma, la mayoría de aquellos marcos no se los habían sacado a ellos sino a otros. Desde luego, corría una gran cantidad de rumores y murmuraciones sobre las fortunas ilegalmente conseguidas, pero estaban motivados menos por la existencia de tales fortunas que por su mala distribución. En 1943, fue enviado al Ministerio de Justicia este informe, elaborado por un juez provincial, acerca del estado de la moral pública:

"Como las víctimas de los bombardeos a menudo llegan aquí pobremente vestidas y sin sus posesiones, la gente se pregunta: '¿Qué se ha hecho de las propiedades de los judíos? Sus bienes bastarían para cubrir las necesidades de todos los evacuados de las zonas bombardeadas'. No es correcto que las personas que han adquirido propiedades de los judíos por poco dinero o sin motivo puedan seguir gozando tranquilamente de su botín." [57]

7

# LA DENUNCIA

Aunque los ciudadanos del Tercer Reich se adaptaron a los nuevos modelos de conducta con una prontitud propia casi de autómatas, también mostraron vitalidad e inventiva a la hora de esquivarlos. Así, la designación por parte de las autoridades del saludo "Heil Hitler" como el "saludo alemán" inspiró pronto una réplica popular: la "mirada alemana", furtiva rotación de la cabeza y los ojos por la cual las personas se aseguraban de la ausencia de espías antes de abordar un tema confidencial.

En el *Leviathan*, Hobbes define el estado natural del hombre como una guerra de todos contra todos. Lo que hacía que la situación durante el Tercer Reich se aproximase a una guerra fría de todos contra todos era la constante posibilidad de una denuncia, de la que se derivaban toda una serie de ventajas para el régimen. La denuncia creaba desconfianza mutua, paralizaba la oposición y "estrechaba los lazos" de la comunidad del pueblo: por humilde que fuese su posición social, todo hombre gozaba de igualdad de oportunidades a la hora de pasar información sobre sus superiores. Aquello ponía al servicio de los objetivos del estado importantes reservas de resentimientos y rencores personales.

Es difícil medir la amplitud de los efectos de la denuncia, aunque existen algunos indicios significativos. Uno de ellos es la constatación oficial [1] de que el total de acusaciones no probadas que pasaron por los tribunales en 1934 era el doble del de 1933 (año éste en el que ya las cifras anteriores habían sido ampliamente superadas). De este impreciso dato estadístico se pueden sacar dos consecuencias: mientras el régimen tenía buenas razones para estar satisfecho ante la extendida disposición de los alemanes a ejercer una vigilancia gratuita (e incluso retrospectiva) sobre sus vecinos y compa-

ñeros de trabajo, el volumen de información recibida y su carácter parcialmente indemostrable hacía que la tarea de valoración fuese extremadamente fatigosa.

Al invitar a cada ciudadano a informar acerca de la conducta de los demás, el régimen emprendía un oscilante camino entre el Escila del anonimato y el Caribdis de las pruebas.

El lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, anunció en abril de 1934: "Cada camarada del partido y cada ciudadano llevado por el honesto interés por el movimiento y por la nación podrá dirigirse al Führer o a mí sin temer nada",[2] y con ello desencadenó una tal avalancha de denuncias que al cabo de pocos meses hubo de pedir a los confidentes que abandonasen el anonimato.[3]

Asimismo, el apartado 42 de la Ley de Funcionarios Civiles de 1937 imponía a los funcionarios la obligación de dar parte de las actividades contra el estado, pero en uno de los números posteriores del *Deutsche Verwaltungsbeamte,* el jefe del servicio, el Reichsminister Lammers, pidió que cesara la oleada de correspondencia que siguió.[4]

El partido y los organismos del estado oscilaban constantemente entre la preferencia por la cantidad o por la calidad en materia de información (dado que la cantidad significaba una avalancha de denuncias anónimas). Por una parte, la Delegación del Trabajo de Colonia se negó a investigar las acusaciones anónimas de "trabajo negro" y ganancias extraordinarias,[5] y el Gauleiter de Hesse comparó a los delatores anónimos con los llorones y los gruñones, y algunos funcionarios de Berlín llegaron a exponer carteles que proclamaban: "No queremos saber nada con soplones";[6] por otra parte, el Gauleiter de Viena dijo: "Aquellos que colaboran con la policía y el partido mediante informaciones correctas sobre los abusos que se cometen no tienen en absoluto nada que ver con los confidentes. Quienquiera que omita este deber no puede ser considerado un buen alemán".[7] El jefe de policía de Viena, al pedir a los ciudadanos que informasen acerca de los infractores de las limitaciones de precios, dijo que lo que interesaba no eran los nombres de los informadores sino los de los tenderos.[8]

Las denuncias eran a menudo resultado de apelaciones al sentido cívico. En 1933, los usuarios de la red de transportes públicos de Berlín fueron exhortados a informar acerca de los pasajeros que no pagaban los billetes de diez o veinte pfennigs, mediante el slogan ostensiblemente exhibido: "Lo que gana el que se cuela sin pagar lo pierden los berlineses".[9] Cuando el aumento de muertos en accidentes de circulación, a mediados de la década de los treinta, llegó a alarmar a las autoridades, Himmler (como jefe de las fuerzas de policía alemanas) pidió a los ciudadanos que diesen cuenta inmediatamente al policía más próximo de todos los casos de conducción irresponsable.[10] Al mismo tiempo, el departamento de policía de Essen advertía a

los autores de cartas anónimas que las modernas técnicas criminológicas harían que fuesen descubiertos inevitablemente.[11]

Lo que el régimen se complacía en llamar "acusaciones infundadas" acabó teniendo una influencia tan negativa sobre la moral de la población civil y de los soldados que se ofrecieron recompensas de hasta cien marcos (el salario mensual de un obrero no cualificado) a quien proporcionase información correcta acerca de los autores de acusaciones falsas.[12]

La incoherencia de la actitud oficial ante la cuestión de la denuncia se manifestaba de diversas formas. En noviembre de 1934, el periódico *Mannheim Hakenkreuzbanner* anunció, a grandes titulares, que estaba en posesión de un "diario erótico" perteneciente al judío Erlanger, en el que estaban registrados por orden alfabético veinticinco "juguetes de la lujuria oriental". El periódico publicaba, a título de primera entrega, los nombres, direcciones y ocupación de cuatro de ellas. En el número siguiente, después de describir cómo "varias veces se había congregado una multitud frente a la casa de Erlanger para mostrar su indignación", se echaba atrás de su promesa: "Hella Lang ha conseguido probar que no tuvo tratos con Erlanger en el sentido en que hablaba nuestro artículo, que desencadenó una oleada de sospecha y vituperio. Se barajaron nombres y se formularon todo tipo de groseras conjeturas, pero no tenemos intención de publicar la lista completa de las mujeres mencionadas en el diario del judío Erlanger".[13]

Estos virajes del nuevo *establishment* tenían su contrapartida en la desorientación de los ciudadanos. En una ocasión, estaban un carnicero y un granjero discutiendo la venta de un cerdo. El primero ofreció pagar por encima del precio oficial, pero, como el granjero le exigiera más, le denunció por usura. Ante el tribunal, el acusado reveló la oferta inicial que le había hecho el demandante, y ambos fueron sentenciados a penas de prisión.[14]

Dentro de las complejidades de la situación general, existía un cierto equilibrio entre las autoridades del Tercer Reich y los políticamente desposeídos. Aunque los periódicos y los organismos oficiales (como los ayuntamientos que colocaban los nombres de los donantes a la Ayuda Invernal considerados reacios en "tablones de la vergüenza"), así como los cuadros del partido, gozaban de gran ventaja a la hora de calumniar a sus víctimas, el hombre de la calle podía, ocasionalmente, devolver la pelota a los mandamases del partido.

Una oleada de rumores que atribuían graves actos de corrupción al gobernador de Braunschweig-Anhalt asumió proporciones tales que el acusado se vio obligado a "depositar su honor en manos de la vieja guardia", que había de detener a todo el que propalase rumores y calumnias.[15] De manera similar, la policía de Munich pidió a los ciudadanos que denunciasen a todo aquel que hiciese comentarios sobre los asuntos financieros y la conducta marital del alcalde, Fichter.[16]

Para las víctimas de la denuncia, el hecho de denunciar a su vez a sus acusadores representaba a veces una remota posibilidad de exculparse a sí mismos. Un veterano combatiente del frente oriental que estaba de permiso afirmó, en la intimidad de su hogar, que Hitler era un asesino, a consecuencia de lo cual su propio tío le denunció a la Gestapo. Para el soldado, la única esperanza de supervivencia estaba en minar la credibilidad de su acusador, que era miembro del partido. Este hombre tenía un hijo que estaba casi en edad militar, y había dicho a los vecinos que tenía intención de hacerle ingresar en la Wehrmacht, con preferencia a las Waffen SS. La defensa relacionó hábilmente estas declaraciones con el caso, indicando que un miembro del partido que se negaba a enviar a su hijo al cuerpo militar de élite de la organización era de lealtad demasiado dudosa para que se diese algún crédito a su acusación.[17]

El caso de una persona que entregaba al verdugo a un miembro de su familia (del cual este incidente no es el único ejemplo) reflejaba menos un debilitamiento de la estructura familiar en la sociedad alemana que un debilitamiento o malestar de la misma sociedad alemana. Las víctimas de la denuncia despertaban poca solidaridad. En consecuencia, pocos confidentes —ni siquiera los delatores más notorios— sufrían el desprecio de sus vecinos. Los alemanes tienden a una forma de insociabilidad débilmente enmascarada por la charlatanería, y a unos pocos de ellos les satisfacía ver a los demás alcanzados por la tragedia. Por otra parte, el hecho de que los tentáculos del partido llegasen hasta el subsuelo social de todas las comunidades obligaba a los cuadros locales nazis a vivir de acuerdo con la reputación que se habían forjado. En un informe del SD de Westfalia de mediados de la década de los treinta, se lee: "Las murmuraciones en fábricas y tiendas no dan ya lugar a tantas denuncias como anteriormente. Puede suponerse que los camaradas de confianza son reacios a informar de estos hechos por temor a que ello les reporte perjuicios".[18] Y cuando un tribunal de Wesermünde encarceló a un hombre por criticar al régimen, consideró oportuno añadir que el vecino de aquél, un cuadro del partido, no había podido evitar oír aquellas críticas, pues la pared que separaba sus apartamentos tenía sólo el grosor de medio ladrillo.[19]

La denuncia se producía en todos los niveles de la sociedad, desde los que vivían de la caridad pública hasta los grupos de élite, como escritores, académicos y oficiales. De acuerdo con un informe oficial, "muchos solicitantes a quienes la Ayuda Invernal ha negado su ayuda se quejaban de que las acusaciones según las cuales ellos habían sido clientes de tiendas judías procedían de vecinos que les odiaban o envidiaban".[20] Al otro extremo de la escala social, el poeta Börries von Münchhausen acusó públicamente a Gottfried Benn de tener ascendencia judía; un *Rektor* de la Universidad de

Heidelberg dio a la Gestapo nombres de colegas sospechosos, y algunos oficiales denunciaban a compañeros de armas que simpatizaban con Stauffenberg.

El acusar a alguien por haber mantenido relaciones con judíos era motivado a menudo por intereses materiales. Por ejemplo, los aspirantes al puesto de presidente de la Cámara Cinematográfica Nacional bombardearon al asistente de Goebbels, Hinkel, con informaciones acerca del titular de aquel cargo, Scheuermann, a quien acusaban de haber mostrado cobardía en el frente veinte años atrás, y de quien se rumoreaba que era hijo de la relación de un aristócrata con una mujer misteriosa (entiéndase una mujer de probable origen judío). Scheuermann se defendió hábilmente señalando que su principal acusador, mucho tiempo antes de ingresar en el partido, había compartido su bufete con un abogado judío.[21] El presidente de la Cámara Nacional de Teatro, Körner, a quien sus rivales trataron de desplazar sacando a la luz su pasada asociación con Barnowsky, un director teatral judío, contraatacó también de la misma manera: "¿Y quién ha estado trabajando a las órdenes de Reinhardt, Jessner, Saltenburg y Klein?".[22] El ayudante de director de la orquesta de la radio de Frankfurt trató de sustituir a su superior acusándole de ser el típico judío que había apoyado siempre a Hindemith y a Stravinsky; pero perdió incluso su puesto de subordinado cuando el director consiguió presentar un historial sin mácula y aportó el testimonio de expertos que daban fe de las deficiencias profesionales del demandante ante el Tribunal del Trabajo.[23]

La tendencia de los denunciantes a "heredar" el puesto de la persona denunciada causó cierta inquietud a las jerarquías del partido. Así, un jefe de departamento del Ministerio de Propaganda de Goebbels puso en cuestión la justicia del nombramiento de director de la emisora de radio de Königsberg al mismo hombre que había instigado la destitución del anterior director.[24]

La denuncia podía también resultar provechosa a los miembros de los grupos sociales inferiores, en el supuesto de que poseyesen la necesaria iniciativa. En los primeros tiempos de la guerra, dos extraños se pusieron a beber juntos en una taberna de un pueblo de Baviera. Uno de ellos se emborrachó rápidamente, y, cuando se serenó, el otro le informó de que, mientras estaba bajo la influencia del alcohol, había expresado conceptos que constituían una traición al régimen, y que un miembro del partido que estaba sentado a la mesa de al lado probablemente le denunciaría. Al cabo de cuarenta y ocho horas, el atemorizado bebedor recibió una carta de un cuadro del partido en la que éste le solicitaba el pago de una cantidad de sesenta marcos a beneficio de la Cruz Roja. El hombre pagó, pero le llegaron nuevas "solicitudes caritativas". Posteriormente, ingresó en la Wehrmacht, y las cartas siguieron

llegando. Finalmente, su esposa, encontrándose en una situación económica desesperada, denunció el caso a las autoridades, y el chantajista —que había obtenido de su víctima trescientos cincuenta marcos— fue descubierto, juzgado y ejecutado.[25]

Como es lógico, la separación familiar a que daba lugar la guerra hizo aumentar el número de autores de cartas anónimas, que se apresuraban a informar a los soldados movilizados de la infidelidad de sus esposas o prometidas. Esta práctica, por los nefastos efectos que podía tener sobre la moral de combate, provocó escarmientos draconianos, que incluían la pena de muerte. Una de las personas así castigadas fue un empleado de ferrocarriles que, resentido por la negativa de una cuñada suya a sus proposiciones amorosas, la acusó de infidelidad matrimonial en cartas a su marido que estaba en el frente.[26]

Las variedades de la denuncia por razones de orden sexual eran infinitas, y eran a menudo las mujeres casadas las que tomaban tal iniciativa. Así, una mujer de Mannheim pasó información falsa acerca de su marido con el solo objeto de mantenerle apartado, pues ella alojaba en el hogar conyugal a un soldado de diecinueve años; [27] otra avisó a dos policías para que escuchasen tras la puerta mientras su marido, confiadamente, expresaba sus ideas contrarias al régimen (lo cual le acarreó una condena a cuatro años de prisión, además del divorcio); [28] una tercera denunció (en una carta a Hess) a su marido, profesor, porque escuchaba radio Moscú y por su negativa a tener más hijos, a consecuencia de lo cual el hombre perdió a su esposa, su trabajo y su libertad.[29]

Una variación de este tema la constituían los casos en los que los judíos eran descubiertos en situaciones de adulterio. En Frankfurt, una esposa denunció la ayuda de su marido a los "submarinos" judíos (es decir, judíos que habían pasado a la clandestinidad) cuando descubrió su relación con una joven.[30] En Königsberg, una cajera enamorada de su jefe denunció a la mujer de éste por haber entregado subrepticiamente unas lonchas de embutido a un familiar judío que se moría de hambre.[31]

Aunque las denuncias contra familiares supuestamente relacionados con judíos producían de forma automática el resultado deseado, no puede decirse que ello ocurriera en todos los casos. Un barbero de una ciudad de provincias que hizo correr el rumor de que su hermano —propietario de una barbería rival— había nacido del "desliz" de su madre con un amante judío, fue condenado a cinco meses de prisión.[32] En cambio, un miembro del partido de veintiún años de edad que acusó a su madre y a su hermano de subversión comunista consiguió que fuesen encarcelados por dos y seis años respectivamente.[33]

Esto nos lleva al aspecto de la denuncia como arma en el conflicto gene-

racional. Los cuadros de la juventud entregaban a los alumnos de escuelas secundarias y los aprendices *cuestionarios* en que los muchachos debían consignar los obstáculos que los padres, profesores o patronos ponían al cumplimiento de sus deberes como miembros de las Juventudes Hitlerianas.[34] Este tipo de estímulo produjo resultados también en otros ambientes sociales. Un destacado bailarín vienés fue condenado a tres años de cárcel al ser declarado "criminal de radio" (es decir, oyente de emisoras extranjeras en tiempo de guerra) por instigación de su hija, una adolescente. Un muchacho de Berlín, de diecinueve años, cuyo padrastro le pegó en una ocasión por gastarse el salario en bebida, trató de conseguir un resultado similar; pero el severo paterfamilias se libró de la acusación demostrando ante el tribunal que su aparato de radio no podía sintonizar emisoras extranjeras.[35] En ocasiones, la denuncia de un niño contra sus padres se producía de forma totalmente inocente. En 1934, un colegial berlinés puso en peligro la vida de su padre y provocó su encarcelamiento temporal por interrumpir la diatriba antisemita de un profesor con la observación: "Mi papá dice que los judíos no son unos malvados".[36]

El temor a la denuncia afectaba a todos aquellos que sentían alguna simpatía por los judíos: una mujer de Berlín que visitaba periódicamente a unos amigos judíos se encontró un día con que la puerta del apartamento de aquéllos estaba sellada. Al preguntar qué había sucedido, la mujer del portero (a quien sus amigos habían descrito como una buena persona) le refirió en cuatro palabras la terrible escena de la deportación y le suplicó: "Váyase de prisa, porque si no alguien que nos oiga nos denunciará a la Gestapo".[37] La denuncia contra judíos y contra aquellos que les ayudaban era determinada por el simple antisemitismo o bien por una variedad activa de la crueldad mental, la variedad pasiva de la cual es conocida por el término alemán *Schadenfreude* (alegría ante el mal ajeno). El motivo que había tras la denuncia era a menudo de tipo "socialista", en el sentido pervertido de la palabra en que lo utilizaba constantemente la propaganda nazi. El electricista que arreglaba la instalación eléctrica de una rectoría y que al denunciar un chiste antihitleriano del pastor provocó la ejecución de éste[38] se movía tanto, probablemente, por el resentimiento del obrero hacia el burgués educado como por "patriotismo".

Como es lógico, la tensión emocional motivada por la guerra intensificó el clima de sospecha e incrementó la ola de denuncias. En este aspecto, eran las mujeres quienes llevaban la voz cantante, porque eran más numerosas y porque muchas de ellas pensaban que el hecho de meter la nariz en la vida de sus vecinos constituía su contribución específica al esfuerzo de la guerra, mientras sus maridos estaban en el frente. Hubo mujeres capaces de informar a la Gestapo de que alguien había dado un pedazo de pan a un prisionero

ruso famélico,[39] y de amenazar con denunciar a los inquilinos que preferían no dormir en los refugios antiaéreos, a fin de que, en caso de que muriesen, no se pagase ninguna indemnización a sus parientes.[40] Un "submarino" medio judío que se había trasladado a un área de recepción describía el pueblo como "lleno de mujeres evacuadas de Berlín que se espían unas a otras incesantemente: que si X compra patatas de estraperlo, que si Y escucha la BBC, que si Z pasa comida a los prisioneros de guerra franceses...".[41] Un periódico nazi reconocía abiertamente esta situación y de paso intentaba darle una explicación parcial: "¿Quién suele llevar la mayoría de las acusaciones de felonía y de alta traición? Las mujeres cuyos maridos están en el frente o han sido muertos en acción".[42]

Posiblemente, el más fantástico caso de denuncia patriótico por parte de una mujer fuera el que hemos mencionado ya, el de una madre de un pueblo del sur de Alemania que fue informada por una vecina de que su hijo, a quien se daba por desaparecido, había sido citado en una lista de prisioneros de guerra de los rusos. A continuación, esta mujer denunció a su vecina por escuchar radio Moscú.[43] El temor al castigo por "crímenes de radio" dio lugar también al absurdo de que una familia asistiera a los funerales de su hijo, que servía en un submarino y a quien se creía desaparecido y probablemente muerto, aunque ellos sabían por la BBC que estaba vivo en un campo de concentración británico.

En un informe secreto sobre el estado de la moral pública elaborado hacia el final de la guerra se lee: "Un enojoso rasgo concomitante de las medidas totalitarias es el aumento de número de cartas anónimas dirigidas a todas las autoridades imaginables, en las que individuos que se han visto afectados por una determinada medida tratan de difamar a otros por bajos motivos de odio o envidia".[44]

Una parcela importante de las denuncias de la época de guerra se refería a la infracción de las normas de racionamiento. La atmósfera de mutua sospecha que resultaba de esto fue expresivamente descrita por un periódico local del sur de Alemania:

"Si un autoabastecedor rural envía un paquete de comida a su ahijado de la ciudad, no hay razón para comenzar a hablar de mercado negro y de acaparamiento y de arrastrar por el fango el honor de un ciudadano... Un autoabastecedor que envía a su hijo a la escuela con un panecillo provocativamente untado con mantequilla mientras el muchacho del pupitre de al lado come pan con mermelada no se da cuenta del daño que hace." [45]

Menos frecuentes —pero literalmente mortales en sus consecuencias— eran las denuncias contra los "derrotistas". Así, un vienés que expresó su escepticismo acerca de la muy cacareada *Endsieg* (victoria final) en una carta dirigida a un antiguo compañero de trabajo, fue denunciado, procesado y

ejecutado.[46] Hacia el final de la guerra, la denuncia se había convertido casi en un reflejo condicionado. A finales de abril de 1945, los habitantes de Konstanz, junto al lago Constanza, se denunciaban aún unos a otros cuando el avance de las fuerzas aliadas obligaba ya a las autoridades locales de la Gestapo a emprender una precipitada retirada en dirección hacia el "reducto alpino".[47]

# 8

# LA JUSTICIA

En su calidad de híbrido de revolución y restauración, la toma del poder nazi causó profunda confusión en muchos alemanes, confusión que los nuevos dirigentes se esforzaron por agravar, presentando distintos aspectos de su gobierno como revolucionarios o como restauradores no según la realidad sino según los deseos de la opinión pública.

En tanto que admitían haber destruido la libertad (en el sentido occidental de la palabra) parecían favorecer el orden; pero en realidad, bajo el Tercer Reich, las instituciones del orden murieron de forma tan clara como las de la libertad, y por procesos sólo diferentes en apariencia: el Parlamento pereció de manera inmediata y por un simbólico incendio; los tribunales, de forma lenta, por la coacción, la arbitrariedad y finalmente por un absoluto nihilismo. Durante los primeros días del régimen, muchos de sus súbditos pudieron ser engañados —o pudieron engañarse a sí mismos— hasta el punto de creer que vivían aún en un *Rechtsstaat* (estado basado en el gobierno de la ley). Las ruedas de la justicia seguían rodando por los carriles acostumbrados, y los ritos legales eran escenificados con pocas alteraciones en su continuidad y en sus actores; incluso algunos hombres de leyes consideraban que el Tercer Reich tenía más de *Rechtsstaat* que la República de Weimar:

"La identidad que se da actualmente entre el administrador de la ley y el gobierno asegura la orientación autoritaria de los jueces. Da a éstos un claro marco en el que ejercitar su discreción... Garantiza que cada acto de la voluntad del dirigente sea expresado en forma de leyes y satisface el general deseo del pueblo de sentirse seguro con respecto a la ley".[1]

Carl von Ossietzky, ganador del premio Nobel de la Paz y víctima del nazismo, había ya descrito esta situación cuando escribió, hablando de los

jueces de Weimar que le juzgaban por "maquinaciones" pacifistas bajo la República:

"Son hombres desorientados por el destino, que les ha hecho vivir en una época desquiciada. La propiedad, la familia, la reputación, todo se pone en cuestión. El mundo baila a los sones de una orquesta de jazz, pero debe de haber una autoridad en alguna parte... En un trozo de película en el que todas las cosas figuran cabeza abajo y de espaldas al espectador, aparece, superpuesta, una gran bota militar. Ésta es la autoridad última que ellos respetan." [2]

Sin embargo, los miembros de la profesión legal estaban ya preocupados por su status social antes del advenimiento de la República. Ya bajo el Kaiser el poder judicial había tenido que ceder influencia y prestigio al ejército y a la administración civil, y vio con desagrado la creación del Parlamento, que venía también a desplazarles a ellos. A pesar de este relativo desplazamiento, existía una relación muy estrecha entre la profesión legal y el aparato del estado, hasta el punto de que un jurista de cada dos llegaba a ser funcionario del estado, y más de la mitad de los funcionarios veteranos eran graduados en leyes.[3] Estos juristas se habían ganado su puesto en la sociedad alemana moderna como juristas de monopolio, como funcionarios de la élite monopolista de poder del imperio. Este monopolio se desintegró en 1918, pero los juristas siguieron en sus puestos, y siguieron actuando según las mismas tradiciones. Acostumbrados, durante generaciones, a administrar la ley en nombre del rey y no del pueblo, estaban llenos de prejuicios ante los representantes de éste. Durante los dos primeros años de la República de Weimar, los tribunales alemanes impusieron 8 sentencias de muerte más 177 años de prisión a izquierdistas implicados en trece asesinatos políticos; y ninguna sentencia de muerte, una cadena perpetua y 31 años de prisión a nacionalistas de derecha implicados en 314 asesinatos.[4]

En el invierno de 1931-1932, el Tribunal de Justicia de Chemnitz examinó una demanda de incompetencia contra dos jueces que eran miembros del Partido Demócrata, sobre la base de que dicha filiación constituía una amenaza a su imparcialidad.[5]

Sin embargo, la mayoría de los miembros de la profesión legal no participaban, de manera explícita, en la ideología nazi, ni se adhirieron a ella en bloque después de la toma del poder. (La formación tradicional de los juristas —como lo era de los académicos, oficiales y funcionarios— era de tipo autoritario más que totalitario.) Pero, aunque autoritarismo y totalitarismo eran ideologías divergentes, no dejaban de coincidir en algunos puntos, y era una tentación cruzar los límites fingiendo no ser conscientes de ello. Un expresivo ejemplo del "ponerse en línea" (*Selbstgleichschaltung*) en el ámbito judicial viene dado por la conducta de Herr Bumcke, el presidente del Tri-

bunal Supremo de Justicia de Leipzig, que nunca había mostrado simpatía alguna por los nazis. Poco después de la toma del poder, cuando un invitado a una recepción del Tribunal Supremo cometió una infracción de la etiqueta presentándose en uniforme de las SS en lugar de en frac, Frau Bumcke comentó agriamente: "Veo que usted también lleva el uniforme de los asesinos". Pero al final de la primera audiencia de Herr Bumcke con Hitler, cuando éste le estrechó la mano, le miró intensamente a los ojos y dijo: "Bumcke, tiene usted que ayudarme", aquella súplica le convirtió inmediatamente en un adepto.[6] Normalmente, la *Gleichschaltung* se efectuaba en parte por la coacción a los profesionales en ejercicio, y en parte por el condicionamiento a los que estaban aún estudiando. Todos los abogados en ejercicio estaban agrupados en la Unión de Abogados Nazis (*NS Rechtswahrerbund*), cuyos "tribunales de honor" gozaban de formidables poderes disciplinarios: los miembros que olvidaban el *Heil Hitler* eran objeto de severas reprimendas; los que dejaban de votar en las elecciones y plebiscitos del Reichstag eran privados del ejercicio de la profesión.[7] Los estudiantes de leyes estaban sujetos a un grado bastante más intenso de adoctrinamiento y control, tanto en el curso de sus estudios académicos como en los campos de entrenamiento, donde la ideología nazi y la educación física desplazaban los estudios legales.

En la esfera de los procedimientos de los tribunales se produjeron numerosas innovaciones. Se abolió la autonomía judicial; mientras anteriormente el presidente del tribunal y los demás miembros se distribuían entre ellos las distintas funciones, ahora el Ministerio de Justicia no sólo nombraba a los jueces (cosa que siempre había hecho) sino que además decidía la función de cada miembro. Según el Acta de la Administración Civil, los jueces podían ser obligados a retirarse si existía alguna duda acerca del hecho de que siempre "actuaban de acuerdo con los intereses del estado nacionalsocialista".[8] (Los "viejos luchadores" que sustituían a los funcionarios así purgados eran a veces muy jóvenes: Wilhelm Stuckhart, por ejemplo, fue nombrado presidente del Tribunal Supremo regional de Hesse, una zona con una población de cinco millones de personas, a la edad de treinta y un años.)[9]

La aplicación de las leyes criminales fue gradualmente reducida a una técnica de burocracia administrativa. Hitler promovió la legislación de innumerables decretos, a menudo referentes a casos específicos. La interrelación triangular entre juez, fiscal y defensor fue profundamente modificada, con la disminución de la importancia del defensor en beneficio del fiscal. El defensor sólo podía ser nombrado con la aprobación del presidente del tribunal; sus deberes morales se convirtieron en deberes legales; por ejemplo, si no impedían a sus clientes que mintieran en su declaración jurada, ellos mismos podían ser procesados por perjurio.[10]

Las funciones y el poder de los fiscales fueron incesantemente incremen-

tados. Este proceso alcanzó su culminación lógica en una concepción de la ley que formuló, en 1944, un funcionario del Ministerio de Justicia: "...dado que no cabe distinción alguna entre el nacionalsocialismo y la justicia, no debería haber distinción entre juez y fiscal del estado".[11] El fiscal usurpó muchas de las funciones del juez: la censura de las cartas del acusado (incluso las dirigidas a su defensor), la autorización de visitas, y, cosa más importante, el derecho a dirigir las peticiones de clemencia.[12]

En 1939 se constituyó una división especial del Tribunal Supremo de Justicia, ante el cual el fiscal del estado podía presentar los casos directamente pasando así por encima de los tribunales inferiores. Podía también solicitar a esta división especial la revisión de cualquier caso (a menos que éste hubiera sido examinado por el "Tribunal del Pueblo", creado especialmente) dentro del año posterior a la sentencia definitiva.[13] El tribunal estaba obligado a aceptar dicha solicitud. Era, pues, el fiscal del estado quien realmente decidía la sentencia definitiva, que acostumbraba a ser la pena capital (la cual, entre 1933 y 1943, llegó a cubrir cuarenta y seis categorías de crimen, en lugar de sólo tres, como anteriormente). El decreto que concedía al fiscal del estado este aumento de funciones declaraba expresamente que estas iniciativas se le encomendaban por orden del Führer.[14]

Los procedimientos judiciales durante el Tercer Reich reflejaban también la voluntad de los sub-Führers —los Gauleiter y gobernadores provinciales (*Reichsstaahtalter*)— y del *Schwarzes Korps*.[15] Mediante críticas a los procedimientos judiciales y mediante presiones solapadas, el portavoz de las SS asumió gradualmente una función supervisora de la administración de justicia, situación que fue reconocida por el Ministerio de Justicia en 1939 cuando publicó oficialmente sus respuestas al periódico acerca de las decisiones de los tribunales en lo contencioso.[16]

De vez en cuando, las sentencias de los tribunales eran atacadas en los editoriales del periódico. Cuando, en el juicio acerca de la colisión entre un coche y un tren, los tribunales dictaron sentencia contra el automovilista, el *Schwarzes Korps* objetó: "... de acuerdo con el principio de autoridad, todo hombre es responsable de sus actos y de sus omisiones; el guardaagujas es responsable de sus actos y los ferrocarriles del Reich son responsables de la competencia del guardaagujas".[17]

A veces, el *Schwarzes Korps* impugnaba incluso la misma ley, como cuando declaraba que el apartado 51 del Código Penal (en el cual la embriaguez era considerada circunstancia atenuante en las peleas con arma de fuego) era insostenible, porque las Ordenanzas Nacionales del Tráfico (una especie de código de la carretera) no contenían estas previsiones para los delitos de conducción cometidos bajo influencia del alcohol.[18]

Pero el tema principal de las acusaciones del periódico contra la admi-

nistración de justicia era la supuesta falta de severidad de ésta. Cuando el Tribunal Fiscal Supremo sentenció a un fabricante de pulimento para suelos por vender sustitutivos sin valor a ser despojado de sus beneficios, el *Schwarzes Korps* comentó: "Hubiera constituido un escarmiento mejor para otros posibles aprovechados que la madera que se ha usado para el abultado expediente de este caso se hubiera utilizado para levantar una buena horca".[19]

El castigo draconiano era, en efecto, la base de la justicia nazi. Sus partidarios solían aducir la frase de Nietzsche: "Las leyes penales constituyen medidas de guerra encaminadas a librarse del enemigo", definición que Alfred Rosenberg depuró en esta otra: "El castigo es... simplemente la separación de los individuos ajenos a la comunidad y de las naturalezas desviadas".[20]

Unos ejemplos muestran cómo esta definición de castigo y el deseo de severidad solían aplicarse en la práctica, pero no siempre. El primero es una sentencia dictada por el Tribunal de Salud Hereditaria de Kiel (en aplicación del acta de prevención de la descendencia con enfermedades hereditarias): "La esterilización no puede ser evitada porque el enfermo hereditario haya declarado que se suicidará después de la operación... o porque cuente cincuenta y nueve años de edad y su mujer cincuenta y seis".[21] Estas conclusiones datan de 1934, el mismo año en que un tribunal de Berlín sentenció a varios comunistas procesados por acusaciones no probadas de asesinato político a penas de prisión que ascendían en total a 133 años. Ello hizo que el *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido, rompiera en estridentes quejas acerca del "anémico, decadente *rigor mortis* del legalismo... El tribunal ha mostrado tan poca comprensión del caso como durante la vista del juicio por el incendio del Reichstag".[22]

La absolución de Dimitrov por el Tribunal Supremo de Justicia ilustró la intermitente supervivencia del inconformismo judicial en los primeros años del Tercer Reich. De manera similar, cuando el régimen trató de deponer a Karl Barth, profesor de teología, el más decidido oponente del nazismo en el campo de la Iglesia, halló la oposición del Tribunal Supremo Administrativo. Fue necesario un ukase del Ministerio de Educación para purgar a aquel turbulento sacerdote.[23]

Otro ejemplo interesante lo constituye la decisión de un tribunal laboral acerca del despido de una señorita de compañía por su señora, de cuya conversación, políticamente sospechosa, aquélla había informado a la policía. El tribunal se pronunció a favor del despido (sin indemnización) con la excusa de que la señorita de compañía había faltado a la lealtad y quebrantado la confianza depositada en ella.[24]

Pero en 1937, el Tribunal Supremo dictaminó que las críticas al régimen eran procesables aun cuando fueran hechas dentro del círculo familiar o ante

una persona a la que se hubiera exigido promesa de silencio. Sólo si un ciudadano expresaba tales sentimientos para sí mismo, en la creencia de no ser escuchado, o si los confiaba a un diario que esperaba que nadie leería, no constituían motivo de procesamiento.[25] Pero incluso esta valoración perdió vigencia durante la guerra, cuando un capitán de la Luftwaffe fue acusado de "subversión militar de la propia persona" (*Werhrkraftzersetzung*) cuando el diario en el que había expresado sus dudas acerca de la capacidad de Alemania para ganar la guerra cayó en manos extrañas durante un bombardeo.[26] La "subversión de la propia persona" representaba la incansable e ilógica intromisión del régimen en la conducta autónoma del ciudadano. Las nuevas ordenanzas y regulaciones eran tan numerosas y veían la luz en sucesión tan rápida que los ciudadanos tenían dificultades para mantenerse al corriente de ellas, y las autoridades se veían obligadas a conceder repetidas amnistías a favor de los delitos leves. (En 1933, 1934, 1936, 1938 y 1939, se concedieron amnistías generales a los condenados a penas de hasta seis meses de prisión. Estas amnistías dieron lugar a categorías legales enteramente fortuitas, pues la clasificación de un individuo procesado como reincidente dependía de hasta qué punto había avanzado el procesamiento contra él en el momento de la amnistía. Si se había llegado a la sentencia, su expediente se trasladaba a los archivos criminales.)

El alto porcentaje de delitos perdonados por las amnistías puede deducirse de las estadísticas criminales: en 1937, año en que no se concedió amnistía, se registraron 504.093 delitos, contra 381.817 en 1938, en que se promulgó una. Aunque las amnistías confundían la imagen general, la gráfica de criminalidad mostró una clara tendencia descendente durante todo el Tercer Reich, al pasar de 590.165 en 1933 a 335.162 en 1939.[27] El descenso entre 1932 y 1937, año en que no se produjo amnistía —de 691.921 a 504.093—, no es muy grande, pero es cierto que, tal como lo observaron los ciudadanos alemanes, durante el Tercer Reich se produjo un descenso de la criminalidad. Este descenso era función de la capacidad del régimen, primero, para intimidar * al delincuente potencial y, en segundo lugar, para canalizar los impulsos criminales en favor de sus propios objetivos. Así, el asesinato, al igual que delitos como el atraco, el robo, el desfalco o el pequeño hurto declinaron en una proporción notable. Sin embargo, esta tendencia general tuvo un número importante de excepciones, cada una de las cuales representaba un comentario sobre el clima social de la Alemania nazi. Los procesamientos por acusación infundada y por difamación aumentaron considerablemente —entre 1933 y 1934 llegaron a doblarse [28]— y entre 1934 y 1938 los casos de homicidio por

* La proporción de penas de prisión largas triplicó entre 1930 y 1939 (cf. Franz Exner, *Kriminologie*, Springer, 1949, p. 106).

negligencia aumentaron en un 50 por ciento, y los de heridas por negligencia en un tercio.[29] El aumento de procesamientos por delitos sexuales —terreno en el que es difícil establecer si realmente aumentó el número de delitos o si éstos salieron más a la luz debido a la vigilancia más intensa— fue incluso mayor: de un 50 por ciento los casos de violación y aborto y de un 900 por ciento los de homosexualidad (el número de procesamientos aumentó de 3.261 entre 1931 y 1934 a 29.771 entre 1936 y 1939).[30]

En este último caso, el procesamiento no era más que el comienzo de la persecución. Los homosexuales eran "carne de campo" por excelencia. De acuerdo con la severa legislación contra la homosexualidad promulgada en 1935, un tribunal declaró culpable a un *voyeur* que, al ser detenido por contemplar a una pareja que realizaba el acto sexual en un parque, confesó haber observado sólo al varón.[31] La salvaje persecución nazi contra los homosexuales comenzó durante el putsch de Roehm del 30 de junio de 1934, la extensa matanza que fue retroactivamente legitimada por la Ley de defensa del estado en situaciones de emergencia, que se promulgó poco después, el 3 de julio de 1934.[32] La legislación retroactiva se convirtió en rasgo característico de la actuación legal de los nazis. En 1938, el atraco a los automovilistas en carreteras solitarias pasó a ser considerado delito grave, con efectos retroactivos sobre todos los delitos de este tipo cometidos desde el principio de 1936. Leyes retroactivas similares se promulgaron con relación al secuestro, así como a algunos delitos de guerra.

Otras dos innovaciones características fueron la adopción de criterios fenomenológicos en la evaluación del crimen y la introducción del "sentido común del pueblo", como concepto legal normativo. Da una idea del enfoque fenomenológico la declaración del doctor Freisler (presidente del "Tribunal del Pueblo") de que el "propósito criminal" era el "principal objetivo de la acción ofensiva de las autoridades". Otra máxima legal nazi afirmaba que "una persona que se apodera de un objeto que no le pertenece no es necesariamente un ladrón; sólo la naturaleza de su personalidad puede definirle como tal".[33] Así, la filosofía legal se centraba en el castigo del delincuente más que del delito. En lugar de definir acciones delictivas, la escuela fenomenológica describía arquetipos criminales, como el aprovechado de la guerra, el *Volksschädling* (el que dañaba a la nación), o el delincuente brutal. Ello daba lugar a que los tribunales mostrasen cada vez mayor interés por la "imagen global" del acusado y por su historia familiar, más que por el *corpus delicti* en sí mismo.

Así, un tribunal superior concedió el divorcio a un hombre aceptando como motivo el que la esposa procedía de una familia de mala reputación (una de sus hermanas tenía antecedentes penales). "En casos de duda —explicaba el tribunal—, se está convirtiendo en práctica legal habitual el tomar

en consideración las principales características de la familia del acusado."[34]

El estallido de la guerra dio lugar a la promulgación de nuevas leyes. Como algunos de los nuevos delitos estaban definidos de una forma bastante vaga, los tribunales incurrieron cada vez más en interpretaciones fenomenológicas. Un hombre que había atacado a otro con los puños para robarle 65 marcos, compareció ante el Tribunal Especial de Stuttgart. Basándose en su historial anterior —dos condenas por delitos leves— y en la forma de agresión empleada, el tribunal le declaró atracador profesional y le impuso la sentencia de muerte, a pesar de que la ley preveía la pena capital sólo en el caso de utilización de arma peligrosa.[35]

Un estafador procesado por un tribunal de Berlín fue castigado de la misma manera porque una sentencia de dos años atrás señalaba en él "una inclinación al crimen tan arraigada que le incapacitaba para convertirse nunca en un miembro útil de la comunidad del pueblo".[36]

El "sentido común del pueblo", concepto bastante amorfo que se definía solamente por medio del minucioso estudio de las declaraciones de los dirigentes nazis, era invocado con relación a toda una serie de delitos, desde algunos triviales a otros graves. Un tribunal de Colonia decidió que la amenaza: "¡Un día vendrás a suplicarme de rodillas!" era procesable por su carácter difamatorio, pues ningún alemán se arrastraba nunca de rodillas bajo ninguna circunstancia: "Quienquiera que dirija una frase de este tipo a una persona, le imputa una acción impropia de un alemán, ofendiéndole así en su honor de hombre".[37]

Durante la guerra se consideró que las pedantes distinciones entre delincuencia juvenil y delincuencia adulta eran contrarias al "sentido común del pueblo". Los jóvenes de dieciséis años en adelante podían ser condenados a muerte "si su desarollo mental y moral corresponde al de los criminales adultos"; y luego este límite de edad se redujo aún más: en 1944, se impusieron sentencias de muerte a jóvenes entre los catorce y los dieciséis años.[38]

Estrechamente relacionado con el concepto de "sentido común del pueblo" estaba el de "comunidad del pueblo". Un tribunal de Berlín determinó que el intento de suicidio de un inquilino invalidaba su contrato de alquiler. "Su acción de abrir las espitas del gas denotaba una irresponsabilidad tal hacia los demás inquilinos que no se podía esperar que el propietario de la finca continuase respetando el contrato de alquiler."[39] Por haber contravenido la "ley no escrita de la comunidad del pueblo", un tribunal de Lüneburg sentenció a un hombre, acusado de no ayudar a apagar un incendio, a seis meses de prisión, el doble de la petición fiscal. Se convirtió en habitual el establecer castigos superiores a los previstos por la ley escrita. El Tribunal Supremo dictó incluso sentencia de muerte en casos en que el desequilibrio mental del acusado indicaba claramente su parcial irresponsabilidad.[40]

En casos de "corrupción racial" (relación sexual entre alemanes y judíos), los tribunales dictaban sentencias aun en los casos en que no estaba probada la realización del coito pero la acusación podía aducir acciones próximas, como las caricias.[41] Cuando se establecía que los acusados habían llegado al coito, la sentencia de muerte sustituía a veces a la pena prescrita, de diez años de prisión.[42] Pero, en la práctica, existía poca diferencia entre ambos castigos, pues la Gestapo trasladaba sistemáticamente a los corruptores raciales" judíos a campos de concentración, como complemento a su sentencia de cárcel.

La práctica de no liberar a los presidiarios al término de su sentencia se había iniciado en los primeros años de la década de los treinta. En 1936, la acostumbrada vigilancia policial de los criminales que habían cumplido sentencia fue sustituida por la custodia protectiva. Los presos políticos, como los infractores de la ley acerca de la *Heimtücke* (traición), eran a menudo trasladados, después de su liberación, a manicomios e instituciones similares.[43] Además, la Gestapo incrementaba regularmente la población de los campos de concentración con grupos de "indeseables sociales", contra los cuales no se había formulado acusación alguna (por ejemplo, en 1937, Himmler ordenó que fuesen detenidos dos mil delincuentes habituales y delincuentes sexuales).[44]

La ruptura de hostilidades fue poniendo término a la práctica de liberar a los presos que habían cumplido sentencia, porque, según una declaración del Ministerio de Justicia, "en tiempo de guerra, las inclinaciones criminales congénitas salen fácilmente a la luz... y la liberación de presidiarios constituye un peligro para la comunidad del pueblo".[45] Himmler y el ministro de Justicia, Thierack, establecieron, en 1942, el traslado automático a campos de concentración de los presos que habían cumplido sentencias de seis años en adelante.[46] *

La guerra dio lugar también al constante endurecimiento de las penas. Las draconianas sentencias habituales en el caso de los delitos políticos, como la ejecución de un pastor de Berlín que había contado un chiste antinazi,[47] se hicieron cada vez más frecuentes, con el resultado de que el total anual de ejecuciones se quintuplicó entre 1940 (926) y 1943 (5.336).[48]

Los *Volksschädlinge* ejecutados incluían a un matrimonio que aconsejó a su hijo que cultivara su afección de la vejiga para librarse de ser enviado al frente,[49] dos adolescentes que robaron en casa de un soldado,[50] una obrera no cualificada que robó cinco toallas, una sábana y un cojín de un almacén del ejército,[51] un hombre que formuló injustificamente una solicitud de in-

* Algunos jueces humanitarios imponían deliberadamente penas de prisión largas a los acusados con el fin de darles una oportunidad de sobrevivir a la guerra.

demnización por daños de guerra,[52] y un pensionista que se llevó un par de pantalones que estaban en el exterior de una casa bombardeada durante un ataque aéreo (los bolsillos contenían 3 marcos y unos cigarrillos).[53] *

La influencia de la guerra sobre la criminalidad global tuvo dos aspectos. Los delitos de homicidio continuaron su declive de los tiempos de paz, y los delitos sexuales —en abierto contraste con el periodo anterior a la guerra— disminuyeron también (el número de unos y de otros fue un 50 por ciento más bajo en 1943 que en 1937),[54] mientras que los robos (especialmente de tiendas de comestibles), así como los hurtos de paquetes enviados por correo y por ferrocarril, aumentaron considerablemente (a pesar de que se dobló el número de guardias ferroviarios, la cantidad de estos delitos en 1943 fue dieciséis veces mayor que antes de la guerra).[55] **

Como es lógico, la guerra produjo también nuevas modificaciones de los procedimientos legales. Posiblemente, el más drástico ejemplo de la "coordinación judicial" de los años de guerra fue la conferencia, celebrada en 1941, en la Casa de los Aviadores, en Berlín, en que se pidió a los presidentes de los tribunales superiores y a los procuradores regionales que explicasen la aplicación del programa eutanásico a sus subordinados locales, con la instrucción de que todas las peticiones y protestas referentes al homicidio eutanásico de los internados en instituciones debían ser dejadas sin respuesta y transmitidas al Ministerio de Justicia.[56]

En 1943 se suprimió la obligatoriedad de la confrontación entre el acusado y los testigos, a causa de las dificultades de transporte; en lugar de dicha confrontación, eran leídas ante el tribunal las declaraciones de los testigos a la policía. La creciente cantidad de casos pendientes de solución se adujo como motivo para retrasar la audiencia de algunas causas de divorcio hasta después de la guerra. Esto se hizo según un criterio selectivo, es decir, que los casos de matrimonios de edad no eran atendidos, mientras que los litigantes jóvenes —que podían aún engendrar hijos con otros cónyuges— gozaban de prioridad.[57]

La racionalidad (desde el punto de vista del régimen) de medidas como ésta coexistía con la generalizada incoherencia en las decisiones de los tribunales para delitos idénticos. Algunas de las más evidentes disparidades surgían de las contravenciones de los tabúes raciales del régimen en lo referente a relaciones sexuales. Así, en 1941, tribunales de Speyer y de Leitmeritz sentenciaron a dos mujeres alemanas a cuatro meses y cinco años respectiva-

* Los delitos cometidos durante las alarmas aéreas eran castigados con especial dureza. El periódico *Stockholms Tidningen* informó de once ejecuciones en un solo día (19 de febrero de 1942).

** Otro hecho importante motivado por la guerra en este terreno fue el considerable aumento de la criminalidad entre las mujeres y los jóvenes.

mente por "delitos sexuales" idénticos con prisioneros de guerra franceses.* En 1939 una mujer de Königsberg fue condenada a diez años de prisión por coito con un prisionero polaco; dieciocho meses después, el mismo delito reportó a una mujer la Radolfzell una sentencia veinte veces inferior.** El SD registró también el gran desconcierto de la opinión pública cuando los tribunales impusieron idénticas condenas de tres meses de cárcel a un automovilista que mató a un peatón por negligencia y a una obrera que faltó a su trabajo durante unos días.[58]

El cuerpo judicial fue objeto de una medida mucho más dura —traumática, en realidad— en abril de 1942, cuando Hitler, en un discurso en le Reichstag, reprendió a sus miembros por "ignorar ostensiblemente las leyes de los tiempos actuales". Esta reprimenda de las alturas, que una minoría consideró como un tributo a su honestidad, dejó a la mayoría de la profesión abrumada por un sentimiento de agravio durante el resto de la guerra. Lo que aparentemente había suscitado las iras de Hitler contra la profesión legal (hasta hacerle exclamar en privado: "¡Ya me ocuparé yo de que a nadie le queden ganas de hacerse abogado!") fue la sentencia de cinco años de prisión impuesta por un tribunal provincial a un hombre cuyos malos tratos a su mujer fueron causa del desequilibrio mental de ésta, y finalmente de su muerte.[59] Pero la auténtica razón fue que, a pesar de su absoluta disposición a servir al régimen, la formación de los jueces en el respeto a la ley —por desgastada y limitada que estuviese— les impedía cumplir a la perfección las nihilistas peticiones del régimen. Los vituperios de Hitler en el Reichstag levantaron una oleada de solicitudes de revisión de juicio por parte de litigantes no satisfechos que acompañaban sus "peticiones", a veces insultantes o coactivas, con incontrovertibles citas de aquel discurso.[60]

Consecuencia más grave fue la desaparición de los últimos vestigios de independencia judicial. Se convirtió en práctica habitual de los jueces y de los fiscales del estado el mantener conversaciones previas a cada juicio, con el objeto de decidir de antemano su resultado. Indudablemente, por lo que respecta a un amplio número de jueces, aquella fue una innovación positiva, pues les liberaba de la responsabilidad absoluta de las decisiones del tribunal.[61]

A veces, las muchas ocupaciones de jueces y fiscales daban lugar a que

* En términos generales, la opinión pública estaba de acuerdo con la prohibición oficial de relaciones sexuales con servios, polacos y rusos, pero no veía gran mal en las relaciones ocasionales con prisioneros franceses, además de considerar ilógica la distinción que hacía el régimen entre trabajadores franceses y prisioneros de guerra.

** El trato que recibían los polacos implicados en estos delitos era aún más dramáticamente variable. A menos que los médicos especialistas en etnología les diesen por aptos para la germanización, estaban expuestos a las penas más severas, incluyendo la ejecución.

estas conversaciones anteriores al juicio no tuvieran lugar hasta el mismo momento de la audiencia, con el resultado de que, durante las interrupciones de la vista, el acusado, el defensor y otras personas presentes podían oír las acaloradas y a menudo inteligibles discusiones que tenían lugar en las salas contiguas.[62]

El presidente de un Tribunal Supremo protestó contra este procedimiento, no porque lo considerase incorrecto en sí, sino porque consideraba inconveniente para el tribunal el hecho de que sus miembros pudieran ser vistos públicamente conferenciando con el fiscal antes o durante el juicio.[63]

Pero el legalismo no se extinguió totalmente durante el Tercer Reich. A mediados de la década de los treinta, el ministro de Justicia Gürtner se quejó de que la Gestapo obtuviese declaraciones mediante la tortura,* y, con el mismo motivo, algunos tribunales pusieron reparos a la utilización de dichas declaraciones. Cuando se expuso el asunto a Hitler, éste apoyó la actuación de la Gestapo, pero estipuló que las confesiones que no habían sido hechas voluntariamente fueran especificadas como "obtenidas mediante presión".[64]

* No debe deducirse de esto, *sin embargo*, que las autoridades judiciales eran contrarias a la "intervención física". En 1937, una conferencia en el Ministerio de Justicia determinó que en el curso del "interrogatorio intensivo" estaban permitidos los golpes, mientras éstos no excedieran de veinticinco y se restringieran a la parte posterior del cuerpo. Además, a partir del décimo golpe, se requería la presencia de un médico, y se decidió el uso de un mismo tipo de bastón para todo el país, para evitar la "aplicación arbitraria" de estas normas (cf. Ilse Staff, *Justiz im Dritten Reich*, Fischer, 1964, p. 119).

# 9

# LOS FUNCIONARIOS

Las actitudes de los alemanes frente al gobierno pueden casi describirse en términos tomados de la teología. Uno de ellos sería *Staatsfrömmigkeit* (reverencia cuasi religiosa por el estado), y otro, "maniqueísmo" (visión del mundo según la cual éste se divide en dos mundos opuestos, el de la luz y el de las tinieblas). En la concepción alemana del estado, la *Politik*, que ya Goethe había tachado de *garstig* (sucia), pertenecía al reino de las tinieblas, y la administración al reino de la luz.

Resultaba de ello que los funcionarios del gobierno, los *Staatsbeamter* (palabra de la que es difícil traducir todo el sabor) gozaban de un respeto casi igual al que se profesaba a los soldados, y, a la recíproca, se sintieron casi tan afectados como éstos por la debacle de 1918. En 1933, los funcionarios se ofrecieron ávidamente a cooperar con el régimen, en parte por nostalgia del autoritarismo de los Hohenzollern, en parte porque ansiaban identificarse con un estado fuerte y en parte por la deliberada confusión del Tercer Reich con un *Beamtenstaat* (estado dirigido por expertos administradores apolíticos).

Esta confusión provenía de la superficial identificación de la abolición de los partidos políticos con la abolición de las fuerzas políticas. Sin embargo, no todos los funcionarios sufrieron esta confusión, y, afiliándose al partido nazi a razón de miles por semana, dieron lugar a que los "viejos luchadores" dieran en todo el país el mismo grito de alarma: "¡Los abogados están aguando el partido!" *(Un chiste de la época explicaba que los funcionarios iban

* Los altos funcionarios eran invariablemente licenciados en leyes. Véase el capítulo sobre el partido, p. 68-69, para la reacción de los adheridos a él antes de 1933 ante la influencia de los llamados "violetas de marzo".

a sustituir a las veletas de los edificios, pues ellos eran quienes más rápidamente percibían en qué dirección soplaba el viento.)

Poco después, el partido cerró sus puertas a los aspirantes, pero, en 1937, se levantó de nuevo la limitación del número de miembros y se reanudó el proceso de conversión masiva de los burócratas, de tal forma que, a finales de aquel año, sólo uno de cada cinco funcionarios prusianos no estaba afiliado. En 1939, la pertenencia al partido se convirtió prácticamente en un requisito para ingresar en el cuerpo.[1]

Una purga política afectó a uno de cada cinco funcionarios en la que había sido la socialdemócrata Prusia, y a uno de cada diez en el resto del Reich.[2] Los que no eran miembros del partido fueron purgados en número considerable. Esta amplia purga de funcionarios que hasta el momento habían parecido inamovibles sirvió tanto para estimular a sus enemigos como para convencer al pueblo alemán, que envidiaba a los funcionarios por la seguridad de su empleo y su derecho a jubilación, de que el nuevo régimen no admitía la existencia de ninguna casta privilegiada. También mereció la aprobación pública la decisión de mantener los salarios del cuerpo al nivel en que estaban durante la Depresión (nivel resultante de las deducciones, entre el 11 y el 19 por ciento, fijadas por el canciller Brüning en 1930-31) a lo largo de toda la década de los treinta, mientras otros sectores iban recuperando gradualmente los niveles salariales anteriores a la crisis. (Las reducciones de Brüning fueron compensadas en el año 1940, pero esta medida no llegó a hacerse pública).[3]

Como empleados directos del estado, los funcionarios —al igual que los maestros— estaban más expuestos a toda la gama de presiones del partido que los miembros de cualquier otra profesión. Estaban sometidos a controles telefónicos, al espionaje sobre sus amistades, a investigaciones acerca de su lealtad política en el pasado, a exámenes de su conducta matrimonial e incluso de su comportamiento eugenésico. El siguiente diálogo ejemplifica el sistema que seguían los dirigentes del partido para abordar la situación demográfica de los empleados del estado, en este caso de un cartero que llevaba varios años casado:

"¿Por qué no tiene usted hijos?" "Mi esposa tiene poca salud, mi salario es pequeño y somos felices sin hijos." "*Mein Herr*, usted recibe dinero del estado y tiene que servir los intereses del estado. Le doy un año de plazo para que engendre un hijo o bien para que lo adopte."[4]

En 1937, un memorándum del Ministerio del Interior declaraba:

"Todos los aspirantes solteros a un ascenso en el cuerpo de funcionarios deben hacer una declaración escrita exponiendo por qué no se han casado y cuándo se proponen hacerlo. Todo funcionario casado y sin hijos que lleve por lo menos dos años de matrimonio debe exponer los motivos por los que

no tiene hijos antes de recibir el nombramiento definitivo (esta declaración deberá incorporarse a su expediente personal)." [5]

En algunas regiones, los dirigentes del partido llegaron aun más lejos. En 1937, el Gauleiter Schwede-Coburg despachó una orden estableciendo un plazo de tiempo concreto: "Para esta fecha, todos los funcionarios y empleados del estado de mi Gau, mayores de veinticinco años, deberán estar casados".[6]

Pero las responsabilidades eugenésicas sólo eran una de las muchas obligaciones externas al trabajo que se impusieron a los funcionarios. El Ministerio del Interior insistió repetidamente en la obligación que tenían los funcionarios de, no sólo suscribirse a los periódicos del partido, sino buscarles nuevos lectores.[7] El Tribunal Supremo Administrativo de Prusia apoyó el despido de un funcionario basándose en el hecho de que, al no ser lector habitual de los periódicos, sólo conocía de oídas la "restauración de la soberanía defensiva" y la posición del estado nacionalsocialista respecto a la cuestión judía.[8] Todos los funcionarios debían prestar juramento de lealtad al Führer y adoptar el saludo nazi. Los empleados de hacienda y aduanas que trabajaban en los ferrocarriles, donde los saludos brazo en alto habían sido confundidos varias veces con señales y dado lugar a accidentes, recibieron la orden de sustituirlos por saludos militares.[9]

Un funcionario podía ser expulsado por no contribuir al Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista, porque la conducta de su mujer fuera, en algún aspecto, impropia de la esposa de un empleado del estado [10] y porque sus hijos asistieran a colegios privados, se asociaran a grupos juveniles controlados por sectas religiosas o no pertenecieran a las Juventudes Hitlerianas.[11]

Los funcionarios no eran explícitamente obligados a abandonar la Iglesia a la que pertenecieran, pero al tener prohibido pertenecer a asociaciones religiosas y al estar sometidos a las presiones oficiales, eran, junto con los maestros y los cuadros del partido, la profesión más ampliamente representada en el Movimiento Alemán de la Fe,* de carácter neopagano.

Una ley de 1937 les obligaba a dar cuenta de todas las actividades antiestatales de que tuvieran conocimiento. Esto, y el afán de ingresar en el partido, condujo a lo que el dirigente de los abogados nazis, Dr. Frank, definió como la "psicosis de partido" de los funcionarios, que daba lugar a un síndrome de retirada o a mostrarse "más papistas que el Papa".[12]

Los funcionarios pertenecían obligatoriamente al *Reichsbund Deutscher Beamten* (la poderosa Asociación de Funcionarios Alemanes, que contaba con un millón doscientos mil miembros), lo que suponía el pago de una cuota importante, la asistencia a reuniones fuera de las horas de trabajo y a ejerci-

* Ver detalles en el capítulo dedicado a la religión, p. 466.

cios de tiro con armas portátiles, y la observancia del boicot a los grandes almacenes decretado por la Asociación.

Los salarios de los funcionarios de grado inferior eran extremadamente bajos. El salario mínimo inicial era de 150 marcos mensuales, y el máximo (que se alcanzaba a los dieciséis años de antigüedad), de 210 marcos. Esto en 1936, cuando el salario industrial medio era de unos 130 marcos, mientras que la media en los ramos del metal y de la construcción era probablemente dos o tres veces mayor. También los cuadros del partido estaban mejor remunerados que algunos funcionarios, puesto que recibían trece pagas mensuales por año.[13]

La escala salarial de los funcionarios de grado medio partía de los 320 marcos y llegaba, a través de veinte incrementos anuales, a los 420 mensuales, y la del grado administrativo pasaba, según el mismo ritmo, de los 400 a los 640 marcos mensuales.

Esta estructura salarial no sólo hacía difícil el reclutamiento de funcionarios, sino que también desalentaba a los jóvenes funcionarios procedentes de familias acomodadas.

Siempre atento a la causa eugenésica, el *Schwarzes Korps* propuso que se estableciera una escala salarial más alta para los funcionarios al principio de su carrera, es decir, en el momento más intenso de su vida procreativa, y que se efectuaran posteriormente las correspondientes reducciones,[14] pero esta propuesta nunca llegó a realizarse.

No obstante, todas las desventajas que sufrían los funcionarios del Tercer Reich —desde la vigilancia hasta la congelación de salarios— no eran más que una parte de sus problemas. Desde el punto de vista ético, la cuestión esencial era la naturaleza del estado en cuyo servicio residía la razón de ser de su existencia. Juzgando desde esta perspectiva, los funcionarios de la Alemania nazi eran, si no tan felices como bajo el Kaiser, más felices de lo que habían sido bajo el estado fantasma de Weimar. El régimen cosechaba éxitos tanto en política interior como en la exterior, y había suprimido el control parlamentario, al igual que los partidos políticos, con todo el poder e influencias que habían tenido en sus manos.

La contradicción que representaba el hecho de que el NSDAP gozara él solo de mayor poder que todos los partidos de Weimar no les preocupaba, pues el partido nazi tenía los mismos fines que el estado, y los funcionarios estaban para servir al estado.

Otro hecho de importancia vital era que el cuerpo, lejos de ser desmantelado y devorado por el aparato del partido, como algunos habían temido, fue integrado en la compleja maquinaria del estado nazi, con su estructura esencialmente intacta. La purga de socialdemócratas, liberales y judíos de 1933 había parecido a la mayoría del cuerpo —y a la opinión pública— una ope-

ración cosmética más que quirúrgica, y no se había producido ningún nombramiento masivo de nazis para los puestos clave. En el cuerpo diplomático no fue sustituido ningún jefe de misión en el extranjero.[15] Igualmente permanecieron en sus cargos todos los jefes de departamento del Ministerio de Justicia, aunque se incorporó un secretario de Estado político, es decir, nazi, a la estructura existente.[16]

No obstante, esta impresión superficial de continuidad enmascaraba cambios decisivos en la distribución del poder en el aparato del estado. Así, el Ministerio de Asuntos Exteriores pronto se limitó a desempeñar funciones meramente decorativas o rutinarias (ninguno de sus altos funcionarios —excepto, posiblemente, el secretario de Estado, von Weizsäcker— tenía el menor conocimiento de cuáles eran los objetivos políticos), mientras que el organismo nazi rival, el *Büro Ribbentrop* (dotado con 20 millones de marcos por la Fundación Adolf Hitler) era el que desempeñaba en realidad las funciones políticas.[17] (Es característico que la ascensión de Ribbentrop al puesto de ministro de Asuntos Exteriores, en 1938, sustituyendo al aristocático von Neurath, no significara un aumento sino una disminución de su poder, hecho tan poco entendido por sus subordinados que algunos de ellos desarrollaron el reflejo de ponerse en pie cuando *Herr Minister* les hablaba por teléfono.)[18]

Los ministerios creados tras la toma del poder —el de Propaganda de Goebbels y el del Aire de Goering— eran híbridos del convencionalismo burocrático y las innovaciones nazis. Esta mezcla explica el predominio de las prácticas irregulares —por no decir corrompidas— en ambos organismos. En el Ministerio del Aire, la antigüedad requerida para el ascenso del tercero al cuarto grado del cuerpo (de *Oberregierungsrat* a *Ministerialrat*) se reducía a veces de cuatro años a cuatro meses.[19] También el Ministerio de Propaganda contravenía habitualmente las normas establecidas sobre la antigüedad de los funcionarios, pues los servicios de propaganda del partido estaban ocupados por hombres muy jóvenes, mientras que las normas de antigüedad exigían muchos años de servicio antes del primer ascenso. En la sección de radiofusión del mismo Ministerio, algunos funcionarios se las arreglaban para obtener dos salarios, trabajando simultáneamente para la radio del Reich.[20]

Los principiantes con deseos de hacer carrera en el cuerpo no podían sino celebrar la ampliación del aparato burocrático llevada a cabo por los nazis, que, en el espacio de ocho años, dobló las oportunidades de conseguir un buen puesto en la administración del estado.[21] Entre 1934 y 1939, los presupuestos de los ministerios militares se multiplicaron por diez, el del Ministerio del Interior por veinte y el del Ministerio de Justicia por treinta y seis.[22] No obstante, no todo eran ventajas en esta inflación burocrática:

aunque beneficiaba a algunos funcionarios, se unía a la general escasez de trabajo y daba como resultado una mayor cantidad de trabajo para otros que todavía cobraban salarios al nivel de la Depresión.

La manera en que el régimen abordó el problema de los incentivos salariales fue característica: en lugar de elevar los salarios creó un inflación de títulos —por ejemplo, hizo del jefe de servicio un *Reichsminister*— y retrasó la edad del retiro, de forma que los funcionarios cobraban los salarios máximos durante más tiempo que antes.[23]

En 1938-39 se modificaron las normas que regían el cuerpo de funcionarios. Para el grado medio se redujo el período inicial de prueba de cuatro a dos años (o incluso a un año para los aspirantes con buena recomendación del partido) y los ganadores del Concurso Nacional de Vocaciones eran elegibles para puestos en el servicio medio y superior sin necesidad de los títulos de estudios anteriormente indispensables (es decir, el *Matura*, certificado escolar, y la licenciatura universitaria, respectivamente).[24]

A pesar de tales componendas, que representaban una excelente propaganda, puesto que parecían llevar a la práctica la promesa de una comunidad popular, el cuerpo continuó atrayendo a jóvenes brillantes, especialmente a licenciados universitarios. El temor a que el partido absorbiera a los jóvenes talentos demostró ser tan infundado como el temor a que el partido se permitiera intromisiones intolerables en las prerrogativas del cuerpo.*

En conjunto, el partido y el cuerpo de funcionarios siguieron siendo dos organizaciones distintas. La superposición de las dos instituciones se dio a nivel local —400 jefes de Sección Local (*Ortsgruppenleiter*) eran a la vez alcaldes rurales, y el 60 por ciento de los jefes de Distrito (*Kreisleter*) alcaldes de ciudades (*Bürgermeister*) [25]— o bien al elevado nivel de secretario de Estado en ministerios tan nazificados como los del Interior, Agricultura y Propaganda. Todo el personal burocrático intermedio, excepto algunos casos en que el Gauleiter era también gobernador civil (*Regierungspräsident*),** gozaba de relativa inmunidad contra los abusos del partido.

* Frente a las constantes interferencias del partido, algunos funcionarios eran capaces de hacer las más absurdas racionalizaciones. "Sólo espero —dijo un alto funcionario en octubre de 1939, un mes después de que la guerra hubiera bloqueado irrevocablemente el camino salvador de la emigración para los judíos europeos— que el último judío emigre pronto; así volveremos a una situación de orden. Actualmente, el partido interviene una y otra vez en cuestiones administrativas cuando éstas guardan relación con la cuestión judía" (cf. Dr. Wanda von Bayer-Kaethe, *Autoritarismus und Nationalismus, ein deutsches Problem*, vol. II, Europäische Verlags-Anstalt, Frankfurt, p. 41).

** Pero estos mismos detentadores de un doble cargo proporcionaban ejemplos de invasión del terreno estatal por parte del partido. El 40 por ciento, aproximadamente, de los alcaldes nombrados por el partido y más de la mitad de los jueces de distrito estaban inactivos en 1935, situación reconocida por el código municipal de ese año, que no permitía que un mismo hombre desempeñase a la vez cargos cívicos y del partido

Las razones de que esto fuera así eran completamente pragmáticas. El cuerpo de funcionarios podía aportar la experiencia y el espíritu de cuerpo de que carecía el azarosamente desarrollado aparato del partido. Además, el régimen no tenía necesidad de penetrar y reestructurar una institución que estaba muy bien dispuesta a aceptar sus directivas. La burocracia dio buena prueba de esto con su solícito trabajo de preparación del programa de genocidio, en el que los ministerios de Asuntos Exteriores, Territorios Orientales, Interior, Economía y Transportes desempeñaron papeles subsidiarios pero fundamentales. (Once secretarios o subsecretarios de Estado participaron, en 1942, en la Conferencia de Wannsee, donde se redactó un "plan interdepartamental" para la exterminación de los judíos europeos.) Esta clase de cooperación fue muy generalizada, pese a que un número considerable de funcionarios desaprobaban los medios, aunque no necesariamente los fines, de la política nazi respecto a los judíos.*

La guerra hizo aún más contradictoria, en muchos aspectos, la situación de los funcionarios. No sólo tenían una gran cantidad de trabajo adicional que el partido no conseguía realizar con sus funcionarios honorarios, sino que además se convirtió en la cabeza de turco de la población, descontenta por las escaseces y retrasos a que daba lugar la guerra.

Tradicionalmente se había equiparado la política con el mal y la administración con el bien, pero ahora los políticos eran sacrosantos, lo que significaba que, para expiar las negligencias del gobierno, se cargaba la culpa a los administradores. Los portavoces del partido descargaron contra ellos todo un arsenal de críticas: "covachuelos pedantes depauperados por la rutina", "arterioscleróticos con tinta en las venas", "chupatintas alejados de la vibrante realidad de la lucha nacionalsocialista".

El vilipendio de Hitler contra la profesión jurídica, en 1942, recayó también sobre el cuerpo de funcionarios, cuyos niveles superiores estaban ocupados exclusivamente por licenciados en derecho. Ello afectó negativamente la moral de los funcionarios, aunque no hizo disminuir su eficacia. Este informe, dirigido al Ministerio de Justicia por un juez de distrito, describe la situación unos años después del discurso de Hitler:

"La actitud de nuestros funcionarios está por encima de cualquier crítica.

---

(D. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967, p. 236). Para más detalles, ver el capítulo sobre el partido, p. 69.

* Esto no impidió que algunos funcionarios se comportaran de forma civilizada en sus relaciones oficiales con los judíos, conducta que resultaba extremadamente anacrónica en el contexto nazi. Así, a un ex funcionario judío que había emigrado a Bélgica se le devolvió su pensión después de que la ocupación le transformara en *Deviseninländer* (no extranjero a efectos monetarios), y siguió recibiéndola regularmente hasta su deportación a Auschwitz (cf. Kurt Jacob Ball-Kaduri, *Das Leben der Juden in Deutschland*, Europäische Verlags-Anstalt, Frankfurt, 1963, p. 199).

La mayor parte son hombres maduros de poca salud, muy sobrecargados ya por sus obligaciones burocráticas. Sin embargo, se les solicita además para que lleven a cabo pesadas funciones honorarias para el partido, el Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista, el Cuerpo de Precaución Antiaérea, etc., tareas que frecuentemente se niegan a realizar muchos camaradas del partido que ejercen profesiones liberales. De hecho, casi puede decirse que los funcionarios desempeñan las tareas administrativas de los órganos inferiores y medios del partido, y a pesar de esto apenas ha cambiado la actitud de los círculos políticos hacia la burocracia." [26]

Durante los años de paz del Tercer Reich, los mal retribuidos funcionarios llevaron a cabo sus tareas conscientes del viejo adagio según el cual Prusia mataba de hambre su camino hacia la grandeza. Durante la guerra, hicieron frente a la ingratitud del trabajo y la impopularidad, recordando que el ministro del Interior, Frick, había elogiado al cuerpo como "el segundo pilar del estado, después del ejército" [27] y que Goebbels, el supuesto sucesor de Hitler, era hijo de un funcionario colonial. Muchos se ilusionaron con el sueño del momento, según el que, tras la victoria, la Wehrmacht restauraría la normalidad y llamaría al orden a los incontrolados del partido.

Adornando el imperativo categórico del deber con quimeras como esta, la burocracia desplegó todas sus energías y experiencia en beneficio de un régimen que no sólo la utilizaba a la vez como "chica para todo" y cabeza de turco, sino que negaba la primera condición de su existencia: la conformidad de la administración con la ley.

10

# EL EJÉRCITO

El Tratado de Versalles prestó nueva actualidad a la afirmación de Mirabeau según la cual los estados poseían ejércitos, mientras que en Prusia el ejército poseía al estado. El minúsculo tamaño del ejército de Weimar (100.000 hombres) hizo que muchos alemanes llamaran a la República "estado fantasma". El pacifismo tuvo una breve boga inmediatamente después de la guerra, pero en los años posteriores se repitió cada vez más aquel estribillo del revanchismo: *Heerlos, wehrlos, ehrlos* (desarmados, indefensos, deshonrados).

El presidente Ebert había elogiado a las tropas alemanas que participaron en la Gran Guerra calificándolas de invictas (apoyando así de forma suicida el mito de la "puñalada por la espalda"). Otros socialdemócratas estaban de acuerdo con los planes encaminados a soslayar las limitaciones impuestas por los aliados al rearme alemán. *Militärfromm,* es decir, llenos de reverencia hacia lo militar, es la palabra altamente descriptiva que el general Beck aplicó a sus compatriotas.[1] Y la existencia de cinco ejércitos extraoficiales distintos durante la República —la secreta *Reichswehr* negra, el *Rote Frontkämpferbund,* comunista, la Asociación de ex Combatientes (*Reichbanner*), socialdemócrata, la Asociación Nacionalista de ex Combatientes (*Stahlhelm*) y el *Sturmabteilung* nazi (SA)— estaba motivada por algo más que la simple pasión política.

La cláusula del Tratado de Versalles que prohibía el servicio militar universal constituyó, para algunos observadores, el germen del nazismo. "La prohibición del ejército era como la prohibición de la religión, de unas prácticas específicas y sacrosantas sin las que era imposible concebir la existencia, y la consecuencia fue el generalizado alistamiento de la nación al lado de los nazis." [2] Dos pequeños pero significativos incidentes ocurridos a princi-

pios de los años treinta ilustran la validez de la mencionada expresión del general Beck. En un estudio cinematográfico donde había comenzado el rodaje de una farsa sobre la época de la guerra,* con intervención de un gran número de extras, la cantina de estos últimos ofrecía al final de la primera mañana de rodaje el siguiente aspecto: la cabecera de cada mesa estaba ocupada por los oficiales y suboficiales, y en los asientos restantes las clases de menor categoría. En marzo de 1933, al registrar el piso de un joven actor antinazi, la policía tropezó con una fotografía suya en la que aparecía caracterizado de general. Desconcertados, le preguntaron: "¿Es su padre?", y cuando él —igualmente asustado— asintió, se fueron a toda prisa.[3]

Cada vacante producida en las fuerzas armadas de Weimar, con sus 100.000 hombres, había traído una media de siete solicitudes.[4] Cuando Hitler restauró el reclutamiento, en marzo de 1935, la respuesta popular fue abrumadora. Así, en la católica Westfalia, que hasta el momento había mostrado menos entusiasmo hacia el nuevo régimen que otras regiones del Reich, la "restauración de la soberanía defensiva" y la subsiguiente remilitarización de Renania produjo un cambio de actitud. Desde entonces (según informes del SD), las manifestaciones del partido y las procesiones con antorchas fueron mucho más concurridas.[5] Los primeros conciertos de bandas militares desde la guerra dieron lugar a escenas emotivas en poblaciones como Aachen,[6] y se veía a muchachos de dieciocho años admitidos para el servicio militar luciendo flores en el ojal y bandas de colores al volver de los centros de alistamiento.[7]

Paradójicamente, sin embargo, uno de los hechos que contribuyeron a este estado de ánimo fue la inquietud ante el crecimiento de la influencia nazi. Los católicos y los conservadores moderados celebraban la expansión de la maquinaria militar porque, entre otras cosas, ofrecía la posibilidad de crear un contrapeso al partido dentro del estado.

Hasta 1936, la Wehrmacht mantuvo la norma de que todos los soldados debían pertenecer a una de las dos iglesias cristianas oficiales, y la presencia de los numerosos curas castrenses tranquilizaba a muchos padres de jóvenes soldados, alarmados por las tendencias paganizantes de los nazis. Y, lo que era más importante, el conjunto de la opinión conservadora consideraba al ejército como el depositario de la tradición nacional. En aquella distorsionada repetición de la situación anterior a 1933, los ingenuos tradicionalistas imaginaban que el ministro de la Guerra, Blomberg, desempeñaba en el plebeyo estado nazi un papel profiláctico similar a la antidemocrática función de Hindenburg bajo Weimar.

* Esto ocurrió en los últimos tiempos de Weimar. Para los nazis, cualquier visión humorística del ejército constituía un sacrilegio, y las comedias militares —aspecto importante del cine de los años veinte— fueron prohibidas.

Parece indudable que la decisión de Hitler de aplastar salvajemente el intento de los jefes de las SA de controlar el ejército produjo enormes dividendos. En las poderosas manos del millón de miembros de la SA, la *Reichswehr* se habría vaciado de su formidable experiencia y de su antiguo espíritu de cuerpo, y la opinión conservadora se habría sentido ultrajada por la plebeya podredumbre de uno de los sacrosantos pilares del estado.

No eran sólo las "clases nacionales" conservadoras quienes veían en la aristocrática figura de von Blomberg, con su casco de acero, el sello que daba carácter casi sagrado a las ceremonias nazis. O por lo menos así fue durante los primeros cinco años; en la primavera de 1938, la Wehrmacht estaba tan indisolublemente unida al régimen que la sustitución de Blomberg por el general Keitel —apodado *Lakeitel* (lacayo)— no molestó excesivamente a la opinión pública ni a la oficialidad. Pese a los cambios en el alto personal militar, las relaciones entre el partido y la Wehrmacht todavía parecían responder al esquema de Blomberg, según el cual ninguna de las dos instituciones debía infiltrarse en la otra y su coexistencia se regulaba únicamente mediante contactos a alto nivel.[8] Los funcionarios y empleados del Ministerio de la Guerra tenían prohibido participar en ninguna de las organizaciones auxiliares del partido, y la pertenencia a éste se interrumpía durante los períodos de servicio activo.[9] Las prerrogativas ministeriales eran tan sagradas que, en una memorable ocasión, los burócratas del Departamento de Armas del Ejército impusieron su criterio al propio Führer, cuando insistieron en que los cañones fabricados por Krupp para la Wehrmacht debían hacerse con materiales peores que los destinados a la exportación, según el principio de que las armas alemanas debían fabricarse sólo a partir de los materiales que el Reich pudiera poseer en las peores circuntancias, es decir, aislado de todos los aprovisionamientos exteriores.[10]

La composición social del ejército no sufrió innovaciones revolucionarias, aunque la gran expansión posterior a 1933 —se multiplicó por catorce en cuatro años— dilató la estructura previamente existente hasta el punto de que el aumento cuantitativo empezó a repercutir en la calidad. En la primavera de 1939, los 100.000 hombres de un principio habían aumentado a 1.400.000; en el otoño de 1944, el índice de expansión, con relación a marzo de 1935, era de 130/1.[11] * La oficialidad experimentó una expansión que multiplicó su número por seis: pasó de 4.000 miembros en 1935 a 24.000 en 1939.[12]

La oficialidad, incluso en los tiempos del Imperio, había estado abierta a una gradual penetración de la burguesía. Ludendorff, que ocupó el puesto

* Esto no significa que la Wehrmacht tuviera realmente a su disposición trece millones de hombres durante el último año de la guerra, pues de esta cifra total hay que deducir las bajas, que ascendían probablemente a unos tres millones.

clave de intendente general durante la Primera Guerra Mundial, sirve para ejemplificar este hecho. Aunque el monopolio de los Junkers en los puestos militares más elevados había dejado de ser proverbial, los altos mandos de origen burgués eran poco numerosos en el campo de batalla. Durante la Gran Guerra habían aportado uno de cada siete mariscales de campo, cuatro de cada quince coroneles y generales y nueve de cada veintinueve generales de infantería.[13] En la *Reichswehr* republicana, tres de cada cinco generales seguían siendo aristócratas: de 4.000 oficiales, del 35 al 50 por ciento procedían de familias militares y otro 35-40 por ciento eran hijos de clérigos, altos funcionarios, profesores, médicos y abogados.[14] Por término medio, el 20 por ciento de los despachos militares recaían en la aristocracia; incluso se produjo una tendencia regresiva durante la época de Weimar. La proporción de aristócratas entre los tenientes recién ascendidos se elevó del 21 por ciento en 1922 al 36 por ciento diez años después.[15] * Por cierto que los tenientes constituían el estrato más nazificado de la oficialidad antes de la toma del poder. Entre 1933 y el comienzo de la guerra, la promoción, el proselitismo y el reclutamiento, consecuencias de la política de expansión, actuaron conjuntamente para hacer del grado de mayor el límite promedio de la penetración del partido, pero durante los años de la guerra la marea nazi llegó a los niveles más altos de la jerarquía militar. La reorganización de la Wehrmacht en 1935 había incluido la desaparición de la vieja guardia y de las unidades de caballería que a menudo habían reclutado oficiales entre un círculo de amigos. Al año siguiente se presentaron como candidatos a oficiales un número récord de individuos que tnían el título de *Abitur*; no obstante, durante la Segunda Guerra Mundial, sólo siete de los dieciocho mariscales de campo del Reich eran de origen burgués; siete de los once mariscales aristócratas procedían incluso de la vieja nobleza (Brauchitsch, Kleist, Mnastein, Reichenau, Rundstedt, Weichs y Witzleben). Pero la posesión de antiguos cratas procedían incluso de la vieja nobleza (Brauchitsch, Kleist, Manstein, que von Reichenau fue el palafrenero engalonado del Führer, von Witzleben murió en un gancho de carnicero como consecuencia de su participación en el Complot de los Oficiales contra Hitler. (Entre los mariscales de campo no aristócratas se daban análogos contrastes, por ejemplo, entre un Rommel, uno de los conspiradores del 20 de Julio, que fue obligado a suicidarse por el régimen, y un Schörner, el fanático cuyos comandos seguían ejecutando desertores después de haberse producido el alto el fuego en todos los demás frentes.

* Dos sucesos contribuyeron considerablemente a esta restauración de la influencia Junker en el cuerpo de oficiales de la República: la elección de Hindenburg para la presidencia en 1925, y la salida del país de la Comisión Aliada de Control, dos años más tarde.

Pero en el grado inmediatamente inferior a mariscal de campo, la Wehrmacht estaba dominada por hombres de origen social bajo. La fracción aristocrática de los generales —el 61 por ciento en 1920— se había reducido a poco más de uno de cada cuatro en 1936. Durante la Segunda Guerra Mundial veintiuno de cada veintiséis coroneles y generales y 140 sobre 166 generales de infantería eran de clase media.[16]

La precipitada expansión de la Wehrmacht motivó generalizados temores sobre su eficacia técnica, no menos que sobre su cohesión social. "Dilución" (*Verwässerung*) era el término que circulaba entre los altos oficiales de la antigua *Reichswehr*, que ahora se veían inundados por la creciente marea de ex oficiales y oficiales de la reserva vueltos al servicio activo, oficiales de policía trasladados y jefes de las SA. (Los jefes de las SA sólo se sometían a unos pocos meses de entrenamiento y estaban dispensados de los habituales dos años en la Escuela de Guerra, dado que en su mayoría eran oficiales de la Primera Guerra Mundial convertidos en supernumerarios por las drásticas reducciones de la institución militar durante la posguerra. Del mismo modo, muchos oficiales de policía habían obtenido despachos durante la Gran Guerra y posteriormente habían sido trasladados a otras ramas de los servicios del estado.) Se temía que algunos de los individuos entoces promovidos al grado de general se hubieran sentido agobiados de haber recibido el mando de un batallón o incluso de una compañía.[17] En 1939, escribiendo a von Brauchitsch, el general von Leeb llamaba a la Wehrmacht "una espada embotada",[18] y los temores de este tipo se intensificaron durante la guerra, cuando el reclutamiento de oficiales se amplió con métodos tales como fijar en un 20 por ciento el porcentaje de cadetes suspendidos, independientemente del nivel que alcanzasen, con el ascenso de los suboficiales y con la supresión de la *Abitur* como requisito previo al ingreso. Este descenso del nivel educacional y social, dio lugar a la aparición del tipo "óficial del pueblo" (*Volksoffizier*), que era simultáneamente un símbolo de la implantación de la comunidad popular y un motivo de aguda consternación para sus superiores con conciencia de casta. Aunque, en general, los nuevos ingresados se adaptaban pronto a las maneras del selecto círculo en que se habían infiltrado, los solecismos como "¿Me permite que le presente a usted a mi mujer?" y torpezas similares comenzaron a notarse en las recepciones militares e inspiraron la sigla burlesca "VOMAG" (*Volksoffizier mit Arbeitergesicht* u Oficial del Pueblo con cara de obrero).[19]

En algunos regimientos, la proporción de antiguos suboficiales que recibieron despachos durante la Segunda Guerra Mundial alcanzó el 75 por ciento.[20] Los oficiales del antiguo *establishment* encontraban a sus nuevos colegas inseguros en el trato social y dados a buscar la popularidad participando en juergas y borracheras con los otros grados. Por su parte, los subordinados de

los nuevos oficiales temían su predilección por las situaciones "heroicas", más inspiradas por consideraciones autopropagandísticas que estratégicas.

Pero la dilución social y política * del cuerpo de oficiales también condujo a una mejora de las relaciones entre los oficiales y los soldados. Los tenientes recién nombrados practicaban la moral comunitaria inculcada por la *Bündische Jugend* (Juventud Confederada) y las Juventudes Hitlerianas; los procedimientos de instrucción se racionalizaron con respecto a los osificados rituales de la antigua *Reichswehr*. Se mantuvo con fanática escrupulosidad la costumbre de la exactitud cuartelaria y el *Schleiferei* (literalmente la "molienda", es decir, la excesiva e injustificada instrucción de los reclutas) siguió siendo una constante fuente de malestar; pero los miembros de las Juventudes Hitlerianas y, sobre todo, del Servicio Nacional de Trabajo habían sido previamente entrenados. Además, la aureola que rodeaba a los usuarios del uniforme gris de campaña era un gran factor de compensación (y no precisamente el menor a ojos de las mujeres).

En materia de aprovisionamiento, el personal de la Wehrmacht no sólo gozaba de prioridad sobre la población civil,** sino que cuando entraba en acción tenía paridad con los oficiales. Desde luego, incluso en el frente, los oficiales tenían mayor campo de acción para "buscarse extras", aunque el personal de tropa, pese a las estrictas ordenanzas generales y las órdenes establecidas en cada compañía, tampoco carecía de oportunidades para obtener su botín.

Entre los factores sociales que hacían atractivo para muchos el servicio en la Wehrmacht, uno era la relativa equiparidad de la relación oficial-soldado (al contrario del ejército ruso, donde los oficiales gozaban de mayores diferencias de paga y aprovisionamiento, y de los ejércitos húngaro y rumano, cuyos oficiales tenían permitido apalear a sus subordinados) y la sensación de que el soldado raso alemán —a diferencia de su predecesor de la Primera Guerra Mundial— era objeto de una generosa atención oficial. La solicitud y previsión de las autoridades *** abarcaba desde las raciones y el equipo (los soldados del Este, por ejemplo, estaban provistos de ropa interior de seda a

* El departamento de personal de la Wehrmacht estaba presidido por generales nazificados "más papistas que el papa", y los aspirantes a oficial cuyos números de carnet del partido eran bajos tenían preferencia sobre los demás.

** El promedio de calorías ingeridas diariamente por el ciudadano alemán durante los años de paz era de 3.159. Normalmente, los soldados ingerían 3.880, y 4.258 durante las maniobras. Durante la guerra, cuando los consumidores normales recibían 2.334 y los privilegiados "obreros de trabajo pesado" 3.429, los soldados recibían 3.720, y los del ejército de reserva 3.520 (cf. superintendente del ejército Pesceck en *Die deutsche Verwaltung*, citado por el *Frankfurter Zeitung*, 26 de febrero de 1938).

*** Un claro ejemplo de falta de previsión fue remediado con retraso por la gran colecta de ropa de invierno para las tropas del frente oriental. La población civil era regular y eficazmente exhortada a donar conforts, ropas y libros al ejército.

prueba de piojos) hasta la ordenada satisfacción de las necesidades en el tiempo libre, fueran de orden sexual, cultural o incluso profesional. La red de burdeles militares con supervisión médica, segregados según las graduaciones, tenía una organización a escala continental; en Varsovia, por ejemplo, los soldados entregaban a la entrada la libreta de pagos y las armas, recibiendo preservativos de fabricación militar —popularmente conocidos como "calcetines para combates cuerpo a cuerpo"— y antes de marcharse pasaban por el botiquín para recibir una inyección. El suministro de diversiones para la tropa estaba preparado en forma igualmente minuciosa e incluso más masiva y profusa: en el verano de 1944, los grupos de concierto, las compañías teatrales y de ópera y las orquestas habían actuado delante de audiencias que sumaban un total de 275.000.000 de espectadores.[21] También se suministraba a escala continental el aprendizaje profesional de oficios durante el tiempo libre; los participantes en tales sistemas de aprendizaje destinados a territorios ocupados se quejaban incluso de no poder realizar los exámenes de maestría fuera del Reich.[22]

El gris de campaña transformó completamente las vidas de millones de hombres: mozos de granja para quienes el extranjero comenzaba más allá de la capital de la comarca visitaron más ciudades importantes que aldeas hubieran conocido según el curso normal de los acontecimientos. Al incorporarse a la Wehrmacht, los alemanes se lanzaban a un viaje hacia dos ámbitos opuestos: hacia fuera, hacia Europa, y hacia adentro, en un especie de regreso, al útero de su país, que significaba la inmersión en el grupo y la evasión de toda responsabilidad.

El casco de acero, a diferencia del de Sigfrido, servía como gorro que confería invisibilidad, que hacía a quien lo llevaba invisible no para los demás sino para su propia conciencia. Ponerse el uniforme equivalía a deshacerse de las limitaciones de la existencia civil y civilizada. Fue así como la Segunda Guerra Mundial se convirtió literalmente en la "guerra de liberación" de Alemania.

Esta liberación de la líbido colectiva a costa de los no alemanes ni impidió que se dieran ejemplos de valor militar y de sacrificada camaradería. A principios de 1944 se habían concedido más de medio millón de Cruces de Hierro de primera clase y más de 3 millones de segunda clase, es decir, casi un tercio de los miembros de la Wehrmacht habían sido condecorados por heroísmo.[23] El acceso a la más alta condecoración, la Cruz de Caballería, no estaba limitado —al revés que durante la Primera Guerra Mundial— a los oficiales, sino que incluía a los suboficiales y, a veces, incluso a la tropa. Los nombres de los condecorados eran ceremoniosamente difundidos por la radio del Reich. Otro ejemplo de la tendencia igualitarista de la Wehrmacht fue el hecho de que ochenta de sus generales murieron en acción durante la

Segunda Guerra Mundial.[24] Por supuesto, en lo fundamental, la idea de la comunidad del pueblo militar siguió estando estrictamente subordinada a los viejos principios jerárquicos.

Las recompensas que Hitler otorgaba a sus guerreros en el conquistado Este también se graduaban de forma jerárquica: fincas señoriales para los oficiales, granjas para los demás grados. Incluso antes de la victoria final, las recompensas concedidas a los oficiales de alta graduación podían ser astronómicas. El mariscal de campo von Kluge, por ejemplo, recibió un cheque de 250.000 marcos en el que Hitler había garrapateado: "Gastar la mitad en construcciones en su finca; Speer ha recibido las instrucciones necesarias".[25]

El soborno con dinero, propiedades inmobiliarias, ascensos y condecoraciones (como la concesión de la estimada insignia de oro del partido) era tan eficaz para debilitar la cohesión de la casta militar como los éxitos de Hitler y su deificación por el pueblo. El aplastamiento de la oposición militar a Hitler es suficientemente conocido para que sea necesario describirlo. Verdaderamente sintomática del retroceso del ejército respecto a su anterior condición sacrosanta fue su ineficacia frente al antimonarquismo de los nazis. El propio Kaiser, a quien Hindenburg había solicitado aprobación antes de aceptar la presidencia, fue exhibido ante millones de espectadores cinematográficos —en *Die Entlassung* (La destitución), de Hans Steinhoff— como un homosexual más interesado por un "amigo" que toca el piano que por la destrucción de Bismarck. En 1938, los generales más importantes protestaron inútilmente contra el desprestigio de la nobleza por parte de Streicher.[26] Después de la muerte de un príncipe Hohenzollern durante la campaña de Francia, Hitler, temeroso de que la muerte de personas de sangre real pudiera reavivar los sentimientos monárquicos del país, ordenó sin vacilaciones que los vástagos de las viejas casas dirigentes fueran expulsados del servicio. Esta purga se efectuó sistemáticamente en toda la oficialidad alemana tras el derrocamiento de Mussolini, en cuya preparación había participado la casa de Saboya.[27]

Sin embargo, un año después de la toma del poder, el comandante de un regimiento de Silesia pudo aún divertir a sus subordinados con esta críptica declaración: "Últimamente se habla mucho de un tal señor Hitler. Yo he estado en Berlín. Pues bien, el tal señor Hitler no es ningún señor".[28] Podrían citarse innumerables ejemplos parecidos que atestiguan de la autonomía, sobre todo simbólica, del ejército. Cuando se leyó la orden de Goering prohibiendo el tratamiento formal en tercera persona del singular al dirigirse a otros grados, se acompañó en todas partes de la advertencia: "¡Ay del soldado que se atreva a dirigirse a un oficial en segunda persona!". El Ministerio de la Guerra rechazó el decreto de 1939 que exigía la pertenencia al partido de todos los aspirantes al ingreso en la administración.[29] Y a Baldur von

Schirach, que se dio de alta tras la reorganización del ejército en 1935, no sólo se le negó un ascenso sino que fue amenazado de arresto por quejarse de ello en el cuartel general del partido. Al principio de la guerra volvió a darse de alta y otra vez fue desairado, aunque él racionalizó su frustración con característica ampulosidad: "Ahora nadie, por elevado que sea su puesto en el estado, puede alegar que sería contrario a su dignidad servir en la Wehrmacht como soldado raso".[30] Incluso después del fracaso de la bomba del coronel Stauffenberg, cuando una orden del Führer sustituyó el saludo militar por la fórmula *Heil Hitler*, muchos oficiales recibieron la notificación de esta misma orden con un correctísimo saludo militar.

El día del complot de la bomba, el 20 de julio de 1944, fue un momento crítico de la historia alemana, en un período en que, como ya dijo A. J. P. Taylor refiriéndose a la revolución de 1848, la historia alemana se negaba a entrar en crisis. La condición militar de los conspiradores les facilitó una cierta cobertura, pero, al parecer, no les proporcionó los medios de una verdadera rebelión, lo cual sugiere la existencia de un impedimento existencial tras el mal funcionamiento de la bomba de Stauffenberg.

Aunque la historia alemana cuenta con muchos tiranos, no ha conocido ningún tiranicidio (aparte del flechazo de Guillermo Tell, y Tell era suizo). Una sociedad con esta tradición produjo un tipo de oficiales que, después de 1933, cuando constituían la única comunidad del país capaz de una acción autónoma, seguían careciendo de autonomía de pensamiento. Los pocos militares "autónomos", participantes de la idea de Jefferson de que el árbol de la libertad necesita ser regado con la sangre de los tiranos, retrocedieron ante acciones que pudieran redundar en desventajas militares para Alemania o dar lugar a víctimas alemanas. (También es digna de mención la extraña miopía moral de los héroes de la resistencia militar posterior a la toma del poder: Stauffenberg denominó la Noche de los Cuchillos Largos —la eliminación sangrienta de la dirección de las SA en junio de 1934— el "sajado de un absceso", mientras que el mariscal de campo von Witzleben deploraba no haber tomado parte en la caza y ejecución de los jefes fugitivos de las SA que se ocultaron en los bosques de Silesia.)[31]

El 30 de junio de 1934 y el 20 de julio de 1944 son dos fechas que contrastan singularmente: fueron las dos únicas ocasiones en que el régimen, erigido sobre mares de sangre anónima, en buena parte no alemana, derramó la sangre de alemanes bien conocidos. La Noche de los Cuchillos Largos y el Complot de los Oficiales tienen sentidos opuestos: la primera puso fin a la etapa pseudorrevolucionaria del nacionalsocialismo, y el segundo inició su pseudorrevolucionario final. Después del 20 de julio salió a la luz una maraña de conflictos sociales, entre ellos la rivalidad entre las élites tradicionales y los advenedizos pequeñoburgueses del aparato del partido. Durante la ola

de persecuciones que siguió al Complot de los Oficiales, una diacomisa evangelista fue ejecutada por describir a Himmler, el recién designado comandante en jefe de la reserva, como "un hombre de orígenes sencillos, no procedente del estamento militar".[32] Dado que la nobleza y la oficialidad estaban inextricablemente ligadas, los feroces slogans antiaristocráticos con que los jefes nazis reaccionaron contra el complot sonaron bastante teóricos durante las postreras etapas de la guerra. Consecuente con su posición directiva del Frente Alemán de Trabajo, Robert Ley hablaba de los "cerdos de sangre azul cuyas familias deberían ser exterminadas por completo",[33] mientras Goebbels, que era más prudente —y más metódico—, se limitaba a despachar instrucciones para la liquidación de la aristocracia después de la guerra.[34]

Fuera de los aspectos políticos, la conexión entre aristocracia y ejército se reflejaba en el comportamiento de la oficialidad. Aún en otoño de 1939, un general que inspeccionaba un campo de maniobras en malas condiciones, próximo a la muralla occidental, pudo librarse de su mal humor escuchando la interpretación de *O du holder Abendstern* (el aria para tenor de *Tannhäuser*) a cargo de un recluta [35] y manifestar la convicción de que "mientras nuestros soldados sepan cantar así, no hace falta que nos preocupemos por el futuro". Igualmente, el canto podía servir de recurso para paliar situaciones sociales embarazosas. Así, cuando la estrella cinematográfica Olga Tschechowa, tras bautizar un avión Stuka realizando un vuelo a bordo del mismo, descendió lívida y a punto de vomitar, el jefe del escuadrón se dirigió bruscamente a los aviadores reunidos y les ordenó bruscamente: "Escuadrón, media vuelta: una canción... Uno, dos, tres...".[36]

La patriota Olga Tschechowa fue también nombrada coronel honorario de un regimiento de artillería al que visitó en la Navidad de 1939, cuando estaba situado cerca de la línea Maginot. "En las trincheras soplaba un viento helado, mientras yo subía a los fortines y entregaba a cada soldado una vela, una ramita de abeto o un paquete de cigarrillos, con los recuerdos y besos de sus seres queridos. Al principio, casi me morí de miedo, pero después los ojos del centinela, enrojecidos por las lágrimas, me hicieron olvidarlo todo." [37] La sensibilidad del corazón militar ante la actriz era tan total que trascendía las distinciones de grado. Incluso el mariscal de campo von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, cedió a su solicitud de conceder un permiso al actor Karl Ludwig Diehl, que había sido movilizado, para que tomara parte en una película. "¿Cómo podría negarme a su deseo, Frau Tschechowa? Usted sabe que me he casado con una mujer que se parece a usted como una gota de agua a otra." [38]

No se puede decir, pues, que la Wehrmacht no tuviera corazón. Tampoco el humor —con el pertinente toque patibulario— se administraba en pequeñas dosis. De los oficiales que suspiraban por condecoraciones, en especial si

su ambición se orientaba hacia la Cruz de Caballería (que se llevaba colgada del cuello), se solía decir que "padecían de dolor de garganta". En el lenguaje cuartelario, la *Ostmedaille* (la Medalla del Este) era llamada la "Medalla Helada" u "Orden de la Carne Congelada" (*Gefrierfleischorden*). Dado que en la Wehrmacht existía una libertad de crítica ligeramente superior a la de cualquier otro ambiente, los portales de los edificios militares se adornaban a veces con sentencias tales como "El Führer lo sabe, Dios lo sospecha, y a usted, maldito lo que le importa".[39]

La relativa inmunidad de los soldados al generalizado control político fue también un factor que llevó a ingresar en el ejército a personas con malos antecedentes y a figuras comprometidas, como el humorista Werner Finck y los escritores Gottfried Benn y Ernst Jünger, con la esperanza de que el gris de campaña les proveyera de un eficaz camuflaje contra los fanáticos del partido. El efecto mitigador de la Wehrmacht sobre los rigores del régimen nazi no se manifestó sólo en el trato a la tropa; también hacia fuera eran los militares menos inhumanos que el partido o las SS. El mando militar impuesto a Bélgica, por ejemplo, hizo que fueran asesinados una menor cantidad de judíos que en la vecina Holanda, administrada por el partido. La rivalidad entre la Wehrmacht y las SS tenía muchas facetas. Los oficiales del ejército sentían desprecio por sus colegas de las SS, desprecio que a veces se basaba en una auténtica superioridad social, educativa y militar.* El ejército, tradicionalmente "único brazo armado de la nación", miraba con recelo a sus advenedizos rivales, que no sólo alegaban que sus formaciones especiales eran la verdadera élite, sino que estaban realmente mejor equipados y aprovisionados. Los soldados de primera línea tenían sentimientos contradictorios acerca del hecho de luchar junto a las unidades Waffen SS. Aunque apreciaban su valentía, tenían todas las razones para temer la creciente actividad guerrillera que muchas veces sucedía a los excesos de las SS contra la población civil. Por último, la misma existencia de las SS era utilizada por el ejército como recurso autojustificativo, puesto que era fácil cargarles toda la responsabilidad de las atrocidades que se cometían. Pero, en realidad, no puede decirse que la Wehrmacht —al menos en su mayor parte, la que prestó servicio en el este— estuviera imbuida de una ética radicalmente distinta de la de las tropas de Himmler.

El famoso conde de Yorck, cuando se dirigió al cuerpo de ejército prusiano a su mando, al inicio de la Guerra de Liberación de 1813, definió el valor, la resistencia y la disciplina como las virtudes capitales del soldado, y añadió: "Pero la madre patria espera algo más sublime de nosotros, que vamos

* Aunque la Orden de la Calavera había atraído a un sector relativamente amplio de la aristocracia, en general, el reclutamiento de oficiales de las SS fue más igualitario que el de la Wehrmacht, antes de la dilución que se produjo en éste durante la guerra.

a luchar por una causa sagrada: una conducta humana, noble incluso, con el enemigo". En sombrío contraste, el Kaiser Guillermo II exhortó a sus fuerzas expedicionarias que partían hacia China en 1900, para sofocar la rebelión de los boxers: "No habrá piedad; no se harán prisioneros". Y, una generación más tarde, el jefe de las fuerzas armadas, Blomberg, declaraba: "La obligación del oficial prusiano era la exactitud; la del oficial alemán es la astucia".[40]

La putrefacción de la fibra moral del ejército alemán alcanzó un grado casi absoluto. Los oficiales, ávidos de ascensos, denunciaban a sus compañeros por falta de lealtad política, en tanto que entre la tropa se desarrolló una vigilancia tan obsesiva que una anciana campesina fue procesada por un Tribunal del Pueblo, acusada de traición, como consecuencia de una carta derrotista enviada a su hijo, carta que fue encontrada en la ambulancia que trasladaba a éste a un hospital militar, en la retaguardia del frente ruso.[41] Los jueces militares actuaban con la misma diligencia y falta de escrúpulos que sus colegas civiles, y estaban convencidos de que el castigo no tenía más razón de ser que la disuasión. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo bastante más de diez mil ejecuciones resultantes de consejos de guerra. Los jueces militares aplicaban la letra de la ley con pasmosa pedantería. En Rusia, por ejemplo, fueron ejecutados dos soldados que habían sido enviados a saquear una remota granja colectiva, y que, habiéndose retrasado por una avería en el motor y habiendo agotado sus raciones de viaje, tomaron sin autorización algunos productos del koljós.[42]

Tan característico de los consejos de guerra de la Wehrmacht como la falta de clemencia de los oficiales era la buena disposición de los soldados para constituir pelotones de fusilamiento. En contraste con el ejército americano, en el que fueron menester las mayores presiones, incluso las amenazas de consejos de guerra, antes de poder ejecutar la sentencia de muerte del soldado Slavik (el único desertor americano a quien se impuso esta pena durante la Segunda Guerra Mundial), las compañías de la Wehrmacht que recibían orden de ejecutar a uno de sus hombres invariablemente contaban con más voluntarios de los que necesitaban.[43]

No obstante, hubo casos aislados de comportamientos diferentes. Oficiales no nazis denunciados por sus compañeros fueron salvados por comandantes de regimiento que omitían pasar la acusación por los canales establecidos. El oficial que provocó el consejo de guerra contra los soldados que tomaron provisiones del koljós (véase arriba) fue trasladado a otra unidad, porque todos sus compañeros le hicieron el vacío.[44] Pero el ostracismo social como respuesta a la inmoralidad fue, en el ejército, más bien la excepción que la regla. Así, cuando un oficial internado en un centro de convalecencia entretuvo a sus compañeros durante la cena con una descripción de la matanza de los niños de una aldea ucraniana, que él había presenciado, y uno de los cinco

oficiales que componían la mesa se puso en pie y se retiró, los demás permanecieron sentados, impasibles. Y fue necesario que el médico encargado del centro redactara un informe atribuyendo el solitario gesto del oficial a un estado de debilidad mental, consecuencia de su reciente enfermedad.[45]

El comportamiento de la Wehrmacht dependía también del ámbito geográfico de su actuación. En el oeste, la conducta de las fuerzas de ocupación fue bastante mejor que en las áreas habitadas por eslavos. Pero incluso en el este, el respeto al código militar se manifestaba esporádicamente en medio de los excesos. El oficial y el soldado que saqueaban los bienes rusos participaban también en transacciones "regulares", en las que pagaban escrupulosamente a los granjeros el precio de cada pozo y de cada litro de leche. Del mismo modo, los soldados acusados de violación eran objeto de consejos de guerra (aunque la pena de muerte prescrita para este delito se conmutaba invariablemente, a veces por el traslado a un batallón de castigo); pero al mismo tiempo, las condiciones de hambre impuestas por los nazis obligaban a las mujeres a vender sus cuerpos por un trozo de pan[46] y algunos burdeles de la Wehrmacht se abastecían de mujeres judías y obreras eslavas.

El oeste —sobre todo Francia, desde su capitulación hasta el día D— era el paraíso de los soldados alemanes. El pillaje —por debajo del nivel de los oficiales y altos funcionarios— era relativamente reprimido, pero el establecimiento de un índice de cambio artificial permitió a las tropas ocupantes "pasar por las tiendas francesas como un ejército de langostas".[47] No era raro que los soldados alemanes de origen rural pasaran sus horas libres ayudando a los campesinos de la localidad en sus faenas agrícolas. París, con sus museos y burdeles, su agencia teatral de la Wehrmacht, sus espectáculos obscenos y las oportunidades que ofrecía el mercado negro, era la Síbaris de las fuerzas ocupantes, además de constituir una fuente de champaña ilícito para las mesas de los oficiales de toda Europa. Respecto al pillaje y a las prácticas de corrupción en general, las tropas de primera línea eran muy conscientes —aunque no siempre justificadamente— de la rígida línea divisoria que les separaba del personal de las bases militares o de los "faisanes dorados" nazis de la administración ocupante. Tanto en las bases como en el frente, los oficiales disfrutaban por su condición de mayores oportunidades de enriquecimiento que sus hombres. Un caso significativo fue la infracción de la norma según la cual los equipajes y pertenencias de los judíos emigrados retenidos en los puertos del Canal de la Mancha debían ser "democráticamente" distribuidos entre las unidades navales allí estacionadas; los oficiales efectuaron siempre el reparto entre ellos solos.[48]

Era habitual que los vagones de municiones y los camiones para grandes distancias de la organización Todt hicieran el viaje de vuelta a Alemania llenos hasta los topes de botín ilegal. Un grupo de oficiales que disfrutaba de

especiales oportunidades para enriquecerse eran los destinados a la Comandancia de Transportes. Otros, destinados al oeste del Rhin, solían enviar a sus hombres de permiso para que transportaran al Reich valiosas pinturas procedentes de Francia y de los Países Bajos. Además, empresas de estos países que teóricamente producían efectos militares, fabricaban muebles, artículos de metal y fruslerías según las indicaciones privadas de los oficiales. En el área de París, cien mil soldados disfrutaban del más ventajoso destino de la Wehrmacht, y muchos oficiales se dedicaban casi exclusivamente a los placeres de la caza y de la mesa. Los servicios administrativos rebosaban de jóvenes damas de origen aristocrático que debían sus puestos a padrinos situados en el Alto Mando de la Wehrmacht. La característica euforia del primer período de la ocupación se manifestó en la costumbre del personal de la Luftwaffe de utilizar champaña como agua para el afeitado. Este tipo de comportamiento por parte del ejército se adornaba a menudo con un humor soez. Los soldados se divertían mucho calentando las piezas de franco que recogían con sus órganos genitales los "artistas" de los establecimientos parisienses, afeitando la barba de los judíos con tenacillas o extendiendo recibos de los alimentos sacados a punta de bayoneta de las granjas italianas con la firma "Mariscal del Reich Agujerodelculo".[49] Cuando fue retirado de Jarkov el último cuartel general alemán, el "material de guerra fundamental" evacuado incluía alfombras, pinturas, muebles... y mecanógrafas ucranianas (quienes, no obstante, corrieron mejor suerte que las rusas de cualquier otro punto del frente oriental, para las que no había espacio en el equipaje militar y, por tanto, eran liquidadas por las tropas que partían).[50]

A medida que avanzaba la guerra hacia su final, las unidades de la Wehrmacht en retirada reaccionaban con una tendencia cada vez mayor a la destrucción gratuita y al pillaje, conducta que persistió al hallarse en su propio suelo. Los soldados saqueaban las propiedades de sus compatriotas en respuesta a las cartas de sus familias en las que les pedían uno u otro producto que ellos tenían dificultad para conseguir.[51] Donde la conducta de la Wehrmacht más se aproximó a la de las SS fue en el frente del Este. El mariscal de campo von Manstein notificó a las tropas bajo su mando que "en las ciudades enemigas, deberá morir de hambre una gran parte de la población. Pese a esto, un equivocado concepto de la humanidad no debe llevar a distribuir alimentos entre los prisioneros y la población local, pues son bienes de los que se priva nuestro país por nosotros".[52]

Las directrices del ejército condujeron a la destrucción de aldeas y a la matanza de sus habitantes en las "represalias antiguerrilla", a las marchas forzadas de los prisioneros rusos hacia el Reich en un durísimo recorrido de dos mil kilómetros, o su transporte por ferrocarril en condiciones que dieron lugar a un porcentaje aproximado de supervivencia del 10 al 20 por ciento.

De más de cinco millones de prisioneros del Ejército Rojo, apenas un millón sobrevivieron a la guerra.[53] En los campos de prisioneros de guerra, el equipo de propaganda de la Wehrmacht filmó escenas de los prisioneros rusos volviendo al canibalismo como consecuencia de la inanición sistemática en que se les dejaba. Los guardianes de la Wehrmacht aceptaban la escala nazi de valores raciales, y consideraban a los rusos inferiores aun a los polacos, a un nivel escasamente superior al de los animales. Justificaban el bárbaro tratamiento que daban a los rusos por el temor que sentían a verse arrasados por una gran masa embrutecida, a menos que se la mantuviera en un abyecto estado de extenuación y temor.[54]

Por último, ¿cuál fue la actitud de la Wehrmacht hacia los judíos? En 1942, un consejo de guerra celebrado en Piatigorsk, en la Rusia ocupada, impuso un año de prisión a un oficial acusado, entre otras cosas, del asesinato de setenta y cinco judíos, y declaró:

"Según el artículo 211 del código penal, aquel que intencionadamente mata a un hombre y lleva a cabo este acto con premeditación es un asesino. El acusado ha hecho exactamente esto, puesto que él mismo afirma que reflexionó detenidamente sobre la ejecución de los setenta y cinco judíos. El gran número de muertes agrava el delito, pero dado que existen circunstancias atenuantes —la preocupación por la seguridad en sus hombres, el peligro de una vinculación entre los judíos y los partisanos, etc.—, el tribunal considera suficiente un año de cárcel." [55]

Aunque insignificante en relación con la muerte de los setenta y cinco judíos —o de los seis millones—, esta sentencia merece ser citada por ser indicativa de los tímidos balbuceos del sentimiento moral entre la oficialidad en el décimo año del poder nazi.

Pero igualmente merecedora de constatación, y de consecuencias infinitamente mayores, es la descripción del mariscal de campo von Manstein de los judíos como "portadores espirituales del terror bolchevique" y la orden del día firmada por él, por el mariscal de campo von Reichenau y por los generales von Küchler y Hoth, que explicaba: "El soldado del este no es simplemente un luchador según las normas de la guerra, sino también el ejecutor de una despiadada idea racial, y debe comprender perfectamente la necesidad del castigo, duro pero justo, de la subhumanidad judía".[56] El general de división Eberhardt, comandante de la ciudad de Kiev, coordinó la acción de la Wehrmacht con el comando de Blobel * en la inmensa matanza de civiles

* Estos *Einsatzkommando* eran unidades homicidas de gran movilidad ("mataderos rodantes"), encargadas de eliminar a comunistas, guerrilleros, saboteadores y judíos. Un grupo de generales de la Wehrmacht comunicó al jefe de estado mayor, Halder (en Orscha, en diciembre de 1941): "Las *Einsatztruppen* valen su peso en oro; protegen nuestras comunicaciones de retaguardia y nos ahorran el empleo de tropas" (cf. *Der Spiegel*, 26 de diciembre de 1966, p. 58).

judíos de Babi Yar,[57] acción que indujo al comandante en jefe del grupo sur del ejército, mariscal de campo von Rundstedt, a expedir una orden prohibiendo a los soldados mirar o fotografiar la actuación del Einsatzkommando.[58] Para la mentalidad del mariscal, la realización de una carnicería masiva era *menos* reprensible que la *curiosidad* y la *toma de fotografías*. Un mes más tarde, un comunicado del SD de Ucrania informaba de 55.432 ejecuciones, definiendo a la mayoría de las víctimas como prisioneros de guerra judíos entregados por la Wehrmacht.[59]

En otro punto del frente oriental, el cuartel general del grupo norte del ejército estaba establecido en la ciudad de Kovno en el mismo momento en que tenía lugar en sus calles una matanza de todos los judíos, realizada por locos a quienes las SS habían liberado y armado con barras de hierro.[60]

No es ninguna exageración decir que Poncio Pilatos tuvo muchas reencarnaciones con galones dorados y gris de campaña. Un oficial que guiaba a unos industriales en una visita a la planta de productos químicos adjunta al campo de Auschwitz hizo el siguiente comentario: "Cabe suponer que aquí están sucediendo cosas horribles, pero nosotros no queremos saber nada, y nos alegramos de que nuestro trabajo cotidiano no tenga nada que ver con ellas".[61] Menos equívoca fue la reacción del mariscal de campo Ernst Busch, comandante de un grupo de ejército del frente oriental, quien, al ser informado por su pálido asistente de que en el exterior del cuartel general se estaba asesinando a tiros a hombres y mujeres, respondió con una breve orden militar: "¡Corra usted las cortinas!".[62]

11

# EL CAMPO

Después de la Gran Guerra, el campo siguió afectando a las relaciones de poder político y a la estructura social de Alemania —para la cual había dejado de ser la base principal de la economía desde hacía por lo menos dos generaciones— más decisivamente que en otros países avanzados. En la Gran Bretaña de entreguerras, sólo uno de cada veinte asalariados trabajaba en la agricultura; en los Estados Unidos, cuya población rural —una cuarta parte de la total— era aproximadamente igual a la de Alemania,[1] no existía ni un "consorcio" agrario-militar del tipo del que formaban los Junkers ni un presidente incapaz de distinguir entre las necesidades de la nación y los intereses de los latifundistas.

Antes de la toma del poder, los nazis habían predicado un evangelio de descentralización urbana. En el campo, donde el pueblo alemán conservaba sus esencias invioladas, se proponían crear una nueva y robusta nobleza basada en la sangre y en la tierra. Pero los proyectos de repoblación rural no estaban en concordancia con el objetivo supremo de los nazis, que era el de revisar el Tratado de Versalles, pues el rearme exigía industrialización y urbanización. Tales proyectos contrariaban asimismo una tendencia natural del desarrollo económico en todos los países avanzados: la despoblación del campo en favor de las ciudades.

Muchos pequeños agricultores —que no eran sino un subgrupo de una capa social más amplia que incluía artesanos y tenderos, cuya visión de sí mismos como burgueses entraba en conflicto con sus ingresos de nivel proletario— trataron también de ignorar la tendencia del desarrollo económico; su desafío a las leyes de la lógica económica proporcionó al nazismo una enorme cantidad de votos y exacerbó los problemas de la agricultura alemana,

que eran ya muy graves. Aunque la inflación había anulado las deudas de posguerra de los agricultores, toda una serie de factores —el desembolso que requerían las variaciones del consumo, los impuestos establecidos por Weimar,* los aumentos salariales y de seguros sociales, las tasas de interés y los efectos de la tijera de los precios— se unieron para sumir de nuevo a la agricultura en las deudas. Cuando la Depresión vino a recortar los beneficios de los productos agrícolas de 10 billones de marcos (1928) a 6,5 billones (1932), el total de la deuda agraria —a pesar de la reducción de tasas de interés efectuada por el gobierno de Brüning— ascendía a 10,6 billones, y el pago de los intereses consumió ya el 15 por ciento de la renta agraria de 1932.[2] El efecto de la Depresión varió según los diferentes sectores de la agricultura. Las grandes propiedades sufrieron un duro golpe, pero los considerables subsidios que recibieron según el programa de Ayuda al Este, en favor de la agricultura al este del Elba, les ayudó en alguna medida. Al otro extremo, los jornaleros y mozos de granja, que habían sido atraídos a la industria por los salarios más altos, volvieron al campo, donde tenían más probabilidades de obtener al menos unas ganancias mínimas. En conjunto, los pequeños agricultores soportaron mejor que los grandes los efectos de la Depresión, pues ellos dependían menos del mercado, pagaban cantidades menores en concepto de salarios y podían adaptarse a los tiempos difíciles viviendo más frugalmente.

Aun así, el empobrecimiento y las deudas engendraron una gran irritación entre sectores de la comunidad agraria habitualmente pasivos. En 1932, el descontento campesino estalló en forma violenta y se extendió desde Schleswig-Holstein por todo el norte de Alemania. Los funcionarios de los tribunales que intervenían en la extinción de las hipotecas y en los desahucios eran objeto de resistencias, y las oficinas de recaudación de impuestos o los ayuntamientos eran volados o incendiados. Como para simbolizar la posición central del problema agrario dentro del panorama político, el nombramiento de Hitler como canciller se produjo un día antes de la fecha en que su predecesor, Schleicher, se proponía publicar los resultados de una investigación oficial sobre el "escándalo de la Ayuda al Este" (la malversación de fondos públicos destinados a ayudar a latifundios del este económicamente inviables).

La zona del este del Elba comprendía la mayoría de las grandes propiedades de 250 acres en adelante, que constituían una sexta parte del total de las tierras arables de Alemania, y estaba en manos de 17.070 Junkers y pro-

* En vísperas de la Depresión, la carga fiscal que pesaba sobre la agricultura había aumentado en una proporción situada entre las dos veces y media y las tres veces con respecto al total de antes de la guerra (cf. Frieda Wunderlich, *Farm Labour in Germany 1810-1945*, Princeton University Press, 1961, p. 41).

pietarios de la clase media (los cuales representaban el 0,5 por ciento de los propietarios). Dos tercios del conjunto de la tierra arable estaban formados por propietarios de dimensiones medias, entre los 12 y los 250 acres, que eran trabajadas por las dos quintas partes del total de los propietarios, mientras que las pequeñas propiedades de hasta 12 acres sumaban bastante menos de una sexta parte del área cultivable y eran propiedad de los tres quintos del total de los agricultores. Los minifundios predominaban en algunas áreas de Turingia, en las zonas de viñedo de Renania y en la bolsas de atraso rural que eran el Rhön, el Eiffel, el Taunus y el Westerwald.

En el contexto de la agricultura alemana, el concepto de atraso era altamente relativo. Las dos terceras partes de todas las propiedades carecían de conducción de agua, factor que, unido a la generalizada fragmentación de las tierras en trozos dispersos, hacía que al trabajo diario se añadiera a menudo una caminata de veinte kilómetros.[3] A menudo, el arado era arrastrado por bueyes, y las gavillas se hacían a mano. La falta de ayuda mecánica queda claramente expresada en las estadísticas comparativas referentes al número de tractores. Aunque, en 1939, la Alemania nazi había casi triplicado el total nacional de los años de la Depresión (24.000 tractores), las necesidades se estimaban aproximadamente en medio millón.[4] Mientras los agricultores ingleses poseían un tractor por cada 310 acres de tierra, el índice de Alemania era de uno por cada 810 acres,[5] y la superficie arada por día y por alemán era una quinta parte de la alcanzada en Estados Unidos.[6] Los fertilizantes no daban su máximo rendimiento, de modo que el aumento de las inversiones en ellos no producía cosechas proporcionalmente más abundantes. La teneduría de libros era una práctica muy infrecuente.

El relativo atraso técnico iba acompañado de atraso social, que en algunos lugares alcanzaba proporciones medievales. Un periódico ilustrado de Berlín comparaba Worpswede Moor —una zona extremadamente atrasada— con el Belén de los tiempos bíblicos, donde los humanos y los animales compartían la misma morada.[7] En la región del Rhön, los campesinos que no podían comprar paja estaban autorizados a recoger hojas en el bosque para utilizarlas como sustitutivo.[8] Los campesinos del área de Nuremberg seguían aún la antigua costumbre de visitar al barbero dos veces al año para hacerse sangrar.[9] No solamente seguían los campesinos viejas costumbres, sino que además, en las áreas de economía mixta, los agricultores constituían un grupo de población de más edad que los no agricultores. En una zona de Württemberg que fue objeto de una estadística, los hombres de más de cincuenta años constituían los dos tercios de la mano de obra agrícola, mientras que en la industria y la artesanía constituían sólo un tercio del total.[10]

Mientras que un promedio de uno de cada ocho alemanes poseía un aparato de radio, sólo uno de cada veinticinco campesinos lo poseía.[11] Asimismo,

la población rural, especialmente en el este, menos poblado, tenía poco acceso al cine, situación a la que los nazis pusieron remedio organizando visitas regulares de equipos móviles de proyección a pueblos remotos.

Al examinar la agricultura alemana después de 1933, es necesario separar las realidades del Tercer Reich de los elementos de la ideología nazi. Constituía una premisa básica del nazismo el postulado de que los campesinos constituían el incorruptible núcleo del *Volk*, y que el asfalto de las ciudades emanaba degeneración y decadencia racial. Pero cuando Gottfried Feder * trató de invertir el desequilibrio de población entre el campo y la ciudad (70/30 por ciento) estableciendo a los trabajadores agrícolas en pueblos semicampesinos alrededor de las industrias descentralizadas, su plan fue obstaculizado por un poderoso lobby de altos oficiales del ejército y Junkers. La repoblación rural era anatema para los generales, porque dificultaba el rearme, mientras que los Junkers la veían como contraria a sus propósito de convertir sus tierras en graneros para el mercado urbano. Los planes de colonización interior, que la República de Weimar había aplicado con buen éxito, fueron olvidados después de 1933. La solicitud del régimen por los intereses de los latifundistas fue más lejos: una vez en el poder, los antiguos detractores de la corrupción de Weimar dieron el carpetazo a lo que habían descubierto sobre la Ayuda al Este y continuaron pagando subsidios.**

La política de rearme del Tercer Reich no solamente devolvió al ejército —y con él a los oficiales Junker— su prestigiosa posición social de antes de la guerra, sino que a la vez reportó a los terratenientes beneficios económicos tangibles. El valor de las tierras subió como resultado de las grandes inversiones gubernamentales en la construcción de carreteras, aeródromos y cuarteles. Además, la propia Wehrmacht proporcionó a los Junkers que criaban caballos en sus tierras un provechoso mercado en constante expansión. En junio de 1933, el régimen promulgó una ley limitando la tasa de interés de las hipotecas al 4,5 por ciento, y concedió generosos créditos para mejorar los silos, los trabajos de drenaje y los alojamientos de los trabajadores en las grandes fincas.[12] La reabsorción por parte de la industria de millones de desempleados aumentó el poder adquisitivo de las ciudades, y dio lugar a una expansión del mercado de la cual se beneficiaron desproporcionadamente las grandes unidades productoras de alimentos que contaban con el suficiente activo líquido para las necesarias inversiones.

Pero, aparte de la seguridad financiera, los Junkers no se encontraban totalmente cómodos en el Tercer Reich, ni desde el punto de vista político ni

* Feder fue un ideólogo de gran peso durante la primera etapa del partido, pero su influencia bajó drásticamente después de la toma del poder.

** El 13 de septiembre de 1933, la prensa alemana informó del aplazamiento *sine die* del juicio del director general regional Dr. Heppel, figura central del *Osthilfe-Skandal*.

en el aspecto social. Aunque, a nivel superficial, los nazis mostraron una gran consideración por los títulos de nobleza, y los planes de repoblación rural similares al de Feder pocas veces pasaron del papel, muchos Junkers eran consciente de que el aumento de su riqueza comportaba una pérdida de peso social, en tanto que se convertían gradualmente en administradores más que propietarios de sus tierras.

Para vincular la agricultura a las necesidades del estado, los nazis crearon la Corporación de Productores de Alimentos, una gigantesca organización que comprendía todas las propiedades agrícolas alemanas, es decir, más de tres millones, cerca de 500.000 tiendas de comestibles y 300.000 empresas de elaboración de alimentos.[13]

El programa de esta Corporación era un revoltillo de antiurbanismo, racismo y pseudosocialismo. Su dirigente, Walter Darré, hablaba de sustituir el mecanismo del mercado por un intercambio orgánico de productos.[14]

A nivel de medidas concretas, la Corporación, con su formidable aparato de 20.000 funcionarios de plena dedicación y 113.000 a título honorario, fijaba todos los precios y salarios agrícolas, establecía las cuotas de producción, determinaba qué productos habían de ser sembrados y distribuía los artículos escasos (lo cual quería decir, hablando en plata, que los recalcitrantes políticos eran privados de recambios para su maquinaria hasta que entraran en razón). Aunque existía un sector aristocrático entre los dirigentes de la Asociación Nazi de Agricultores —en 1933, una docena de los nombres llevaba el aristocrático prefijo *von*, de cuarenta y cinco dirigentes nacionales y regionales—,[15] el poder residía básicamente en manos de los grandes propietarios. Este sutil cambio en la estructura de poder del campo era simbolizado por el nombramiento de Walter Darré, antiguo criador de cerdos procedente de la baja clase media, como ministro de Agricultura, cuando existía la tradición que ese cargo fuera ocupado por un Junker.

A pesar de la amplia convergencia de los intereses nazis y de los de los Junker, la posición de la aristocracia terrateniente dentro de la estructura de poder del Tercer Reich puede ser mejor descrita como tangencial. Los Gauleiter de las regiones orientales (Koch de la Prusia oriental, Hildebrandt de Mecklenburgh, Karpenstein de Pomerania, Kube de Westmark y Bruckner de Silesia), donde estaban la mayoría de los latifundios, eran *radikalinski* (miembros radicales o izquierdistas de la jerarquía nazi). Uno de ellos, Hildebrandt, de Mecklenburgh, adquirió incluso notoriedad por haber instigado el asesinato de dos propietarios. Pero, en conjunto, estos dirigentes de origen plebeyo trataban de imitar las formas de conducta de los Junker, que eran al mismo tiempo sus superiores desde el punto de vista social y sus subordinados desde el político. A principios de 1939, el *Schwarzes Korps*, el incoherente portavoz del nazismo pseudorrevolucionario, quiso agitar ante

los Junkers un temido espectro: "Para tener al máximo de hombres trabajando la tierra independientemente, es necesario dividir los latifundios".[16] Pero, antes de acabar el año, las propiedades de los Junkers se vieron aun agrandadas por la anexión de tierras polacas.

De manera similar, mientras los funcionarios locales del partido y de la Corporación podían ejercer considerables presiones sobre los propietarios para que proporcionasen comodidades —sobre todo en cuanto a alojamiento— a los trabajadores, éstos estaban aún sujetos a todo tipo de obligaciones semifeudales, como la prestación de trabajo como batidores en las cacerías.[17]

La caza siguió siendo el pasatiempo por excelencia de la aristocracia terrateniente, hecho que el régimen utilizó negando la licencia de caza a quienes no eran miembros de la Asociación Nazi de Cazadores.[18] Pero la pseudorrevolución nazi afectó sólo marginalmente a la tradicional rutina de las reuniones de caza. Después de la cena, como habían hecho siempre, todos los participantes en la cacería —las señoras en traje de noche y los hombres de frac— siguieron dirigiéndose al bosque para "entrar la caza", mientras guardabosques y batidores les alumbraban el camino con antorchas, y el resto de la servidumbre de la finca, junto con sus familias, permanecían deferentemente en las sombras, y se tocaba el toque de muerte sobre las piezas cobradas.[19] Sin embargo, algunos aristócratas prescindían de estas cenas cuando el "espíritu de la comunidad del pueblo" requería que se invitara a ellas a los administradores, guardabosques y otros *Portugiesen* (palabra snob que designaba a la gente inferior de la sociedad rural) que, con frecuencia, no sólo eran pasivos ciudadanos sino fanáticos miembros del partido.[20] Por otra parte, los funcionarios nazis usurparon muchas funciones tradicionalmente desempeñadas por el señor de la casa. En el contexto patriarcal de la sociedad agraria, era ahora el partido el que organizaba la celebración anual de la cosecha, en la que los campesinos eran obsequiados con cerveza, salchichas, bailes y arengas políticas, y era la dirigente local de la *Frauenschaft* (la organización femenina dependiente del partido), en lugar de la señora de la casa, la que iba a visitar a las mujeres de los agricultores y peones cuando estaban enfermas o embarazadas.[21]

Junto a este sutil desplazamiento social de la aristocracia, el régimen realizó una ampulosa revolución retórica: bautizó a unas 600.000 propiedades de dimensiones medias (que, en 1933, tenían como promedio 30 acres) con el nombre de *Erbhöfe,* o sea, tierras vinculadas a la persona del propietario, transmisibles sólo por herencia, es decir, que no podían ser hipotecadas ni vendidas total o parcialmente, y encumbró a sus propietarios a una "nueva nobleza de la sangre y de la tierra".[22]

Las *Erböhfe* debían pasar intactas del padre al hijo mayor, práctica que implicaba desheredar a los hijos menores, quienes, en algunas zonas del

sudoeste de Alemania, eran antes coherederos. El régimen nazi favorecía a los jóvenes: bajo la legislación acerca de las propiedades hereditarias, la "parte de los viejos" (*Altenteil*), que los ancianos propietarios recibían antes en metálico en el momento de retirarse, tomaba ahora la forma de sustento cotidiano y bienes en especies, modificación que les sometía al capricho de los jóvenes y que hacía que muchos de ellos procurasen aplazar al máximo su retiro. En 1939, las *Erbhöfe* habían casi doblado su extensión media (55 acres, contra 30 seis años atrás), ilustrando así el hecho de que, por lo menos en la esfera económica, los *kulaks* del Tercer Reich no podían quejarse. Pero también en el ámbito moral les dio satisfacción el régimen: fueron los únicos agricultores que recibieron el nombre de *Bauern* ("compesino", palabra cuya connotación habitualmente neutra, por no decir peyorativa, los nazis se esforzaron en contrarrestar), mientras que los grandes terratenientes, así como los pequeños propietarios, entraron todos en la denominación general de *Landwirte* ("agricultores").

Otro sector rural —varias veces mayor— que se benefició notablemente de la nueva ordenación fueron los trabajadores agrícolas. Sus salarios, que, al igual que los de los demás trabajadores, habían sido disminuidos en una quinta parte durante la Depresión, fueron nuevamente elevados a su nivel de 1929 ya en 1937.[23] Además de que no pagaban prácticamente impuesto alguno, estaban exentos de los pagos de los seguros de desempleo y de enfermedad,* mientras que sus suscripciones obligatorias a la Corporación de Productores de Alimentos y sus contribuciones a la Ayuda Invernal estaban fijadas en el índice insólitamente bajo del 0,5 por ciento de sus ingresos y en 25 pfennigs por mes, respectivamente. Pero, a pesar de estas mejoras, los trabajadores del campo siguieron totalizando ingresos extremadamente bajos. El máximo absoluto que cobraba un trabajador agrícola especializado en la Prusia oriental por año de trabajo de 2.950 horas eran 1.170 marcos, mientras que el salario industrial del obrero semicualificado por las cuatro quintas partes de las citadas horas de trabajo era de 1.560 marcos por año, como promedio. (Por otra parte, las esposas de los trabajadores agrícolas se veían obligadas a realizar faenas domésticas no pagadas, mientras que muchas esposas de obreros industriales aportaban un segundo salario.)[24] Una característica interesante de la estructura salarial de la agricultura alemana era la pervivencia del pago en especies. El salario anual del trabajador agrícola de la Prusia oriental ascendía sólo a 240 marcos, y el 79 por ciento restante de sus ingresos le era entregado en forma de "extraordinarios", es decir, animales, un pequeño trozo de tierra, alojamiento gratuito, iluminación y

* La exención de las contribuciones al seguro de enfermedad se aplicaba sólo a los peones agrícolas de familias numerosas, que eran la mayoría.

combustible. En zonas rurales situadas más al oeste, la proporción de "extraordinarios" dentro del salario iba disminuyendo, mientras que en las áreas desarrolladas, como Renania, se había abandonado totalmente el pago en especies. (En realidad, la alta proporción de "extraordinarios" comprendida en las ganancias de los trabajadores agrícolas del este del Elba representaba un amortiguador muy útil contra los efectos de los aumentos de precios.)

Las principales medidas financieras del régimen en favor del proletariado rural tenían relación con la batalla de los nacimientos y la batalla de las cosechas. Los recién casados que habían pasado cinco años trabajando en el campo y que tenían intención de permanecer en él recibían una ayuda de 1.800 marcos (el equivalente de 18 meses de salario máximo) en calidad de donación, además de un préstamo para gastos de ajuar y mobiliario, convertible en regalos gratuitos.

Dado que las familias de los trabajadores agrícolas solían ser más numerosas que la cifra promedio, se beneficiaban también de los programas de ayuda familiar: el subsidio básico por hijos, una suma en metálico de 100 marcos por hijo para las familias con cuatro o más hijos menores de dieciséis años, y el subsidio mensual de 10 marcos por mes para el tercer hijo, 20 para el cuarto, y así sucesivamente.*

Uno de los más deplorables aspectos de la vida del trabajador agrícola era el alojamiento, terreno en el cual el régimen emprendió dos tipos de mejoras. Los propietarios eran presionados a construir nuevos alojamientos mediante incentivos fiscales, y los trabajadores recibían créditos estatales para la compra de viviendas a largo plazo.**

Los propietarios que no cumplían sus obligaciones sociales estaban sujetos a fuertes presiones oficiales, y ocurría frecuentemente que los recalcitrantes fuesen procesados por los Tribunales de Honor Social estatales. Por ejemplo, un propietario fue despojado durante seis meses de su título de "jefe de planta" por obligar a los ocho hijos pequeños de un trabajador a dormir en cuatro camas en una habitación de 11,5 metros cuadrados, a pesar de que disponía de otros alojamientos.[25]

Otro medio de ayudar al trabajador del campo a mejorar sus condiciones

* A partir de 1941, esta ayuda se extendió a todas las familias; antes de ese año, se concedía sólo a aquellas cuyos ingresos mensuales no rebasaban los 185 marcos, categoría que incluía ya a todos los trabajadores agrícolas. Otras medidas nazis en beneficio de los obreros agrícolas eran el pago de los días de trabajo perdidos por enfermedad, por fallecimiento de un miembro de la familia o nacimiento de un hijo (cf. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 352).

** Para las casas valoradas entre los 5.000 y los 6.000 marcos, el gobierno concedía préstamos de hasta el 75 por ciento al 4 por ciento de interés, a pagar en sesenta y cinco años. Así pues, el alquiler era de 12 a 16 marcos mensuales. Además, el gobierno ofrecía préstamos a corto plazo al 3 por ciento de interés para el pago inicial de una cuarta parte.

de vida fueron, ocasionalmente, las polémicas suscitadas por el ala radical del partido nazi contra los propietarios "reaccionarios". En el curso de una de estas polémicas, el *Schwarzes Korps* sacó a la luz las condiciones de vida semifeudales que se daban en una propiedad, al cabo de tres años de la toma del poder:

"Herr von Wedemayer paga a sus trabajadores 11 pfennigs por hora, es decir, 315 marcos por año, más 465 marcos en "extraordinarios" (consistentes en centeno, patatas, madera, alojamiento, un trozo de huerto y el derecho a criar una vaca). El trabajador en cuestión se ha visto obligado a contratar los servicios de un *Hofgänger* (trabajador adicional), y, como su hijo mayor era demasiado joven, se había pedido a su esposa, madre de nueve hijos, realizara 700 horas de trabajo por año." [26]

Pero las supervivencias feudales eran menos graves que la escasez de las condiciones materiales básicas. En 1937, el total nacional de alojamientos de trabajadores agrícolas era inferior en 350.000 a las necesidades reales, retraso que explica el índice de matrimonios excesivamente bajo (1 por 3) entre los trabajadores agrícolas solteros.[27] El mismo año, 2.500 trabajadores agrícolas casados se encontraban sin empleo en Silesia porque sus posibles contratantes no podían o no querían proporcionarles alojamientos familiares.

La yuxtaposición de la miseria campesina y de las mejores condiciones materiales de las ciudades (tiendas, cines, cafés, etc.), así como las diferencias salariales —un obrero portuario de Hamburgo ganaba un 50 por ciento más que un peón de Pomerania—, dieron lugar a un éxodo masivo hacia la ciudad. En la Prusia occidental, por ejemplo, donde el índice de despoblación rural durante los últimos diez años de la República de Weimar había sido de un 1,5 por ciento anual, se elevó durante el Tercer Reich al 2,5 por ciento.[28]

Ello significaba que un régimen que se había comprometido a frenar la absorción de las imprescindibles esencias humanas del campo por el "Moloch de la megalópolis" —la *Moloch Grosstadt* era uno de los personajes favoritos de la demonología nazi—, lejos de cumplir su promesa, precipitaba el debilitamiento del campo.

Una forma de evitar el éxodo campesino habría sido establecer la igualdad de los salarios industriales y agrícolas, reduciendo unos y elevando otros. Alarmado por la atracción de los salarios más altos de los planes de obras públicas y de construcciones militares, el Ministerio de Trabajo propuso medidas de este tipo en 1935, pero la propuesta fue rechazada alegando que sería políticamente imposible imponer una disminución de los salarios industriales.[29]

Otro antídoto contra la despoblación del campo fue la legislación que prohibía a los trabajadores agrícolas abandonar sus empleos. En 1934 se

promulgó una ley en este sentido, pero al cabo de dos años el descontento de dichos trabajadores, junto con las necesidades de mano de obra en la industria, determinaron un cambio de la política oficial. La libertad de movimiento que resultó de este cambio duró sólo hasta el comienzo de la guerra, pero ya entonces se estimaba que entre 1.000.000 y 1.500.000 trabajadores agrícolas, junto con sus familias, habían abandonado el campo por la vida más cómoda de las megalópolis (aunque en realidad no todos estos emigrantes se dirigieron a las ciudades; también la construcción, las canteras, las fábricas de ladrillos, etc., es decir, los centros de trabajo industrial en el campo, atrajeron una cierta cantidad de emigrantes rurales).[30]

Aunque la huida del campo resolvió parcialmente el problema de la falta de mano de obra e hizo posible el cumplimiento de los programas de construcción de carreteras y de rearme, enfrentó al régimen con la necesidad de movilizar nuevas reservas laborales para la agricultura, necesidad que, en un plano superficial, las autoridades nazis cubrieron. Fueron movilizados en gran escala varios grupos sociales: adolescentes cuyo trabajo era barato, las muchachas de la Unión de Jóvenes Alemanas, que realizaron servicios anuales de trabajo en el campo, las Juventudes Hitlerianas, los estudiantes, que ayudaban a la cosecha durante sus vacaciones, y un Servicio Nacional de Trabajo. Pero la mayoría de estas fuerzas, a pesar de su buena voluntad rayana a menudo en el idealismo, no resultaron ser ni muy eficientes ni muy estables. Otras medidas de emergencia consistían en la organización, en las fábricas, de comandos para la cosecha y en la obligación impuesta a los desempleados de ocuparse en la agricultura so pena de perder el derecho al subsidio de paro.[31] Para atraer a los jóvenes al campo, se creó un nuevo tipo de aprendizaje para trabajadores agrícolas. Sin embargo, de los 41.000 puestos de aprendizaje ofrecidos en 1937 no fueron ocupados más que 7.000.[32] Como de costumbre, el régimen echó mano del rito y de la semántica para enderezar la situación. La ceremonia de iniciación de los aprendices de Hesse tuvo lugar en el patio de un castillo medieval. Después de recibir los certificados que les daban derecho —a ellos solos— a llamarse en adelante "trabajadores del campo", los muchachos allí reunidos entonaron estrofas y antiestrofas de una composición coral, cuyo estribillo era: "El Señor da la vida y nosotros damos el pan. Por esto, los campesinos estamos cerca de Dios".

El servicio rural de las Juventudes Hitlerianas llevó al campo, en 1938, a 18.000 muchachos y muchachas procedentes de la ciudad, y al término de su servicio una quinta parte de ellos decidieron quedarse en el campo para trabajar en él. Resultados similares obtuvo el Servicio Nacional de Trabajo, aunque hubo también equipos enteros que se negaron a permanecer definitivamente en el campo. En 1938, más de 100.000 trabajadores estacionales italianos y húngaros se trasladaron a Alemania para ayudar en la cosecha, y

fue esta medida —más que todos los planes de retorno al campo de la juventud alemana— la que representó realmente la solución última que dieron los nazis al problema de la mano de obra agrícola: es decir, el reclutamiento de millones de prisioneros de guerra y trabajadores-esclavos europeos para que trabajasen en la agricultura.

A medida que la guerra iba arrancando del campo a su población masculina, sus esposas se veían más abrumadas por la responsabilidad de mantener en funcionamiento la agricultura. Incluso en tiempos de paz, la participación femenina en el trabajo agrícola había sido muy considerable. Las mujeres constituían casi el 50 por ciento de la fuerza laboral del campo (porcentaje superado sólo en las industrias de la alimentación y de la confección; el porcentaje global femenino en la fuerza de trabajo urbana era del 30 por ciento), pero en sus tres cuartas partes eran miembros de las familias de los agricultores, y por lo tanto su trabajo no era retribuido.[33] Sus horas de trabajo, que solían ser hasta una décima parte superiores a las de los hombres, eran como promedio 75 por semana (82 durante la guerra),[34] además de lo cual la semana de 100 horas de trabajo era habitual en tiempo de cosecha. El grupo de edad femenino que realizaba la mayor proporción de trabajo era el situado más allá de los sesenta y cinco años. En las pequeñas propiedades, las mujeres hacían las tres cuartas partes del trabajo; en las propiedades de extensión mediana, la mitad, y en las grandes, una cuarta parte.[25] En 1939, el secretario de Estado Pfundtner, del Ministerio del Interior, señaló el gran aumento del número de abortos producidos entre las mujeres del campo como resultado del exceso de trabajo, atribuible a la escasez de mano de obra femenina en aquel sector.[36] No es de extrañar que las mujeres fuesen consideradas las principales instigadoras del éxodo rural. De manera tan constante como inútil, los propagandistas del partido las sermoneaban por la atracción que sentían hacia los oropeles de la vida ciudadana. Esta responsabilidad que se les atribuía fue corroborada por un estudio sobre las preferencias matrimoniales, realizado entre las muchachas campesinas de la zona de Tübingen en los primeros tiempos de la guerra. Este estudio estableció que, mientras el deseo de las hijas de propietarios que contaban con una buena dote era el de casarse con algún notable local, como el párroco protestante o el maestro, los esposos más deseables en opinión de las campesinas pobres eran los soldados movilizados y los obreros industriales. Lo que convertía el matrimonio con un agricultor en una perspectiva poco halagadora era la escasez de la mano de obra agrícola y la carga extraordinaria que la guerra echaba sobre los hombros de las mujeres. En una aldea concreta, sólo 8 de 37 matrimonios celebrados entre 1932 y 1937 tenían como contrayente masculino a un agricultor.[37] El informe concluía: "Los hombres solteros más perjudicados por esta tendencia son los

hijos menores de los agricultores [los más perjudicados por la legislación estatal en materia de herencias]; la única solución posible a su problema sería un plan de establecimiento de los agricultores alemanes en la Europa oriental".

Las dificultades que padecían los coherederos a causa de la imposición nazi de la primogenitura no eran solamente de orden matrimonial. En la Alemania sudoccidental, sus esperanzas se habían centrado tradicionalmente en la herencia de un pequeño trozo de las tierras paternas, el cual, junto con la dote de su esposa, también en forma de tierra, constituía una pequeña propiedad suficiente para vivir de ella. Los coherederos desposeídos de sus derechos que se unieron al éxodo rural podían escoger entre realizar un aprendizaje en los talleres artesanales rurales o solicitar un *Neubauernscheine* (licencia de cultivo de una parcela de reciente creación).[38] Algunas de estas parcelas fueron creadas cuando el gobierno amortizó las deudas de algunos grandes propietarios a cambio de la cesión por parte de éstos de una parte de sus tierras. Esta tierra podía entonces ser adquirida, como propiedad absoluta y vitalicia, por pequeños agricultores, que en muchos casos eran antes simples arrendatarios, en el supuesto de que estuviesen en posesión de la cantidad en metálico necesaria para efectuar un depósito.

Otras medidas fiscales en beneficio de la agricultura han sido ya citadas. La reducción de la tasa de interés hipotecario ascendió al equivalente de 280.000.000 de libras esterlinas entre 1934 y 1938. Durante el mismo período, la carga fiscal a la agricultura fue reducida en 60.000.000 de libras esterlinas.[39] En el último año de paz, la carga fiscal anual a la agricultura (569.000.000 de libras esterlinas, el equivalente aproximado del 10 por ciento de la renta agraria) fue de 50.000.000 de libras menos que diez años atrás, aunque el volumen global de los impuestos había sido aumentado en este intervalo.[40]

El régimen aparecía así, en alguna medida, como partidario de la agricultura en detrimento de otros sectores de la comunidad, impresión que fue reforzada por el 34 por ciento de aumento de la renta agrícola (procedente en buena parte del aumento de precios impuesto al consumidor urbano entre 1933 y 1935).[41] Posteriormente, sin embargo, la renta agrícola se estancó y de 1937 en adelante la tijera de los precios actuó nuevamente en perjuicio de la agricultura: en ese año, los agricultores percibieron sólo una sexta parte de la renta nacional (el 17 por ciento), comparada con la cuarta parte (24 por ciento) del trabajo nacional que desempeñaban.[42] *

Los beneficios que reportó a la agricultura el programa de autarquía no fueron tampoco absolutos. La aspiración a la autosuficiencia dio lugar a

* Mientras la renta agrícola había aumentado en un 34 por ciento en 1937, los jornales y salarios habían aumentado en casi un 50 por ciento, y los beneficios del comercio y de la industria en un 88 por ciento.

una intensificación de la agricultura, pero también puso en acción la ley de la disminución de beneficios. La limitación de la importación de forrajes redujo la producción de ganado, lo cual a su vez redujo las existencias de fertilizantes naturales, aumentado así la dependencia de la agricultura de los fertilizantes químicos, que obligaban a efectuar desembolsos.[43]

En 1937-38, el aumento de los gastos en fertilizantes y maquinaria resultante de los elevados objetivos de producción establecidos por la Corporación de Productores de Alimentos, así como la escasez de mano de obra, dieron lugar a que la deuda agrícola ascendiera otra vez hasta igualar el valor total de la producción. Incluso antes de este momento, el volumen de las deudas de las propiedades pequeñas había aumentado, mientras que a las grandes y las medianas les había sucedido lo contrario. El índice de despoblación rural mostró análogas divergencias. Mientras las grandes fincas perdieron sólo uno de cada diez trabajadores entre 1935 y 1937, las pequeñas propiedades perdieron más de uno de cada tres.[44]

Las cuotas de producción rigurosamente impuestas, las severas prohibiciones del uso de cereales comestibles para forraje y las matanzas ilícitas formaban parte de la camisa de fuerza que el Tercer Reich impuso a la agricultura. Aun así, algunos agricultores preferían rotundamente la protección que representaba una camisa de fuerza a la exposición a los fríos vientos del mecanismo libre del mercado. En efecto, este mecanismo desapareció totalmente, pues la Corporación de Productores de Alimentos compraba al agricultor toda su producción, aunque le pagaba con los considerables retrasos que son defectos endémicos de todas las burocracias gigantes.

Pero todo lo expuesto no constituía más que la punta visible de un iceberg; los problemas de base eran mayores y más complejos. La Corporación de Productores de Alimentos regulaba e imponía tanto los precios como las cuotas de producción, de forma minuciosa. Estaba establecido, por ejemplo, que cada gallina debía poner sesenta y cinco huevos por año. Los inspectores de la Corporación realizaban visitas mensuales a las granjas, ordeñaban a las vacas y establecían la obligatoria producción de leche (que debía ser vendida a las mantequerías, a las cuales el granjero compraba después la leche desnatada). El precio de la leche estaba en función de su contenido en grasa. Pero este contenido dependía del forraje, que escaseaba debido al programa de autarquía, situación que causaba perjuicios a la mayoría de los granjeros.

La Corporación de Productores de Alimentos llevaba un expediente de cada propiedad, en el cual se consignaban los informes mensuales del estado de los sembrados y del ganado, el número de trabajadores y sus salarios, las cuotas de producción e incluso las fechas fijadas para su entrega. En su afán por lograr la autosuficiencia, el régimen tomó a la vez medidas de coacción y de estímulo para conseguir que los propietarios redujesen el área

dedicada al sembrado de trigo, centeno, lúpulo, etc., y dedicasen más espacio al cultivo del lino, remolacha, habas y girasoles.

Ocasionalmente, cuando el dirigismo entraba demasiado en conflicto con las realidades de la situación económica, las autoridades se veían obligadas a ceder. Por ejemplo, el 10 por ciento de los propietarios de tierras vinculadas a su persona fueron eximidos de las prohibiciones de venta, división, hipoteca y arrendamiento de sus propiedades, las cuales, por otra parte, estaban incluidas en la legislación hereditaria.[45] Otras veces, los propietarios se las arreglaron para transferir su carga de dificultades financieras a los hombros de los demás. Así en 1935, cuando muchos granjeros estaban dispuestos a dejar morir a sus animales antes que criarlos para la venta a los precios oficialmente fijados, obligaron a los tratantes de ganado y a los carniceros a pagar precios ilegales, que casi anulaban su margen de beneficios, pero tratantes y carniceros preferían esto a denunciar a los granjeros que actuaban así y quedarse por ello en el futuro sin sus fuentes de aprovisionamiento. (Los carniceros, desde luego, trataron de cargar este aumento sobre sus clientes de las ciudades, pero ellos corrían riesgos muy graves, puesto que la policía era muy minuciosa en la vigilancia de los precios al por menor, un punto delicado debido a su gran incidencia en la opinión pública.)

El hecho es que la astucia de los campesinos burló más de una vez la densa red de regulaciones de la Corporación de Productores de Alimentos. Por ejemplo, mezclaban la harina de calidad con variedades inferiores, "emparejaban" la venta de un producto regulado (venta no provechosa) con la de otro producto no controlado, cuya venta les reportaba un beneficio, de modo que el comprador debía realizar ambas compras a la vez o ninguna. En tiempos de paz, las ventas "emparejadas" y otras transacciones ilegales fueron duramente castigadas. Durante la guerra, los castigos aplicados a delitos tales como el trueque, la participación en el mercado negro, la retención ilegal de un producto o la matanza ilegal de ganado, incluían la pena de muerte.* En Alemania la matanza ilegal recibió el nombre de *Schwarzschlachten* (matanza negra), y es indudable que la diferencia entre las estadísticas blancas y negras de este delito —es decir, la diferencia entre su volumen real y el número de procesamientos— es enorme. Lógicamente, la escasez de mano de obra originada por la guerra redujo el grado de supervisión que las autoridades podían ejercer, y además la población urbana estaba más dispuesta y tenía más posibilidad de pagar mejor los artículos escasos. La guerra mejoró también en varios otros aspectos la situación de los agricul-

* La edición vienesa del *Volkischer Beobachter* (16 de febrero de 1944) daba noticia de la ejecución de cuatro granjeros que habían matado cerdos ilícitamente. Otro granjero fue condenado a veintiún meses de prisión por no vender leche. Las sentencias superiores a un año inhabilitaban al campesino para poseer nunca más una granja.

tores. No se les pudo imponer por más tiempo la inversión de dinero en maquinaria; los gastos de reparaciones y mantenimiento descendieron, debido a la escasez de materias primas y herramientas; y los trabajadores extranjeros "adheridos" a muchas propiedades resultaban más baratos que los obreros alemanes.

Pero el siguiente movimiento de la tijera de los precios se encargó de anular estas ventajas (en 1941, los bienes industriales costaron al agricultor una quinta parte más que antes de la guerra),[46] y dio lugar a una situación más ventajosa aún para las ciudades en la compra de bienes de consumo de lujo que escaseaban y de productos médicos, y una mayor carga de trabajo en el campo, a causa de la ausencia de los hombres jóvenes.

Mientras la población urbana envidiaba a las gentes del campo la tranquilidad en que vivían y sus bien provistas despensas, los campesinos veían con tristeza la mayor resistencia de los ciudadanos a las enfermedades y a la fatiga laboral, y su mayor abundancia en artículos de consumo diario que no eran de tipo alimenticio.

Los deberes que recaían sobre los agricultores (en su mayoría de edad avanzada) se multiplicaban. Debían enrolarse en una especie de guardia nacional rural (el *Wachdienst*, que no debe ser confundido con el *Volkssturm*, de tipo militar), tenían que formar parte del servicio local de bomberos y participar en las batidas contra el escarabajo de la patata. Incluso durante la guerra, cuando la producción de alimentos adquirió mayor importancia que nunca, una quinta parte de las propiedades agrícolas (la mayor parte de las cuales eran minifundios) no proporcionaban a sus dueños unas condiciones de vida adecuadas,[47] y aún en la primavera de 1944, los agricultores, en cartas a la prensa, protestaban contra la evacuación de fábricas al campo, a causa del trastorno que creaban los salarios industriales en la mano de obra de que ellos disponían.[48]

Cuando los recursos del campo estaban explotados al máximo, el gobierno ofrecía a los agricultores, alternativamente, incentivos positivos y negativos para que mantuvieran y diversificaran la productividad agrícola. Les concedía primas al mantenimiento de los precios, entregaba azúcar a los agricultores que producían nabos, y cuero para calzado a los propietarios de bosque que recogían tanino para curtidos; pero en 1944 obligó también a los propietarios a producir más de las cuotas que se les habían fijado.[49]

Para ese año, llegaron al campo alemán dos millones y medio de trabajadores del este, más cientos de miles de franceses (prisioneros y otros), así como trabajadores libres italianos, eslovacos y húngaros, y los propietarios llegaron a depender tanto de la mano de obra extranjera que el traslado de los polacos de la agricultura a la industria y a la minería ocasionó generalizadas quejas.[50]

Se ordenó a los propietarios alemanes, so pena de duros castigos, que integrasen económicamente a los obreros orientales al tiempo que los segregaban socialmente. Sus alojamientos debían estar bien distantes de los demás edificios, y bajo ninguna circunstancia podían sentarse a la misma mesa que la familia del propietario. Esta última prohibición era muy transgredida, pues su observancia —que de cualquier forma, era muy difícil de controlar— habría implicado la realización de trabajo doméstico adicional. Pero los motivos puramente materiales no fueron los únicos que motivaron la infracción de las cuarentenas higiénico-raciales. A algunos propietarios les parecía ilógico que los trabajadores orientales, que les liberaban de una parte de sus faenas, no fueran considerados miembros de la comunidad.

Además del trabajo conjunto, la religión era otro factor que actuaba en contra de la adaptación de los tabúes raciales nazis. Algunos propietarios católicos veían a sus trabajadores franceses y polacos más como miembros de su misma confesión que como no-alemanes (aunque el trato oficial, relativamente "liberal", de que eran objeto los prisioneros de guerra franceses era también motivo de muchas protestas por parte de los campesinos).* En una explicación cínica, pero en parte justificada, de este fenómeno, los dirigentes nazis alegaban que el trato benévolo que algunos propietarios dispensaban a sus trabajadores extranjeros no era sino una forma de comprar su silencio sobre sus transacciones en el mercado negro y sus matanzas ilícitas.[51]

Las necesidades sexuales jugaron también su papel en la situación. A pesar de los drásticos castigos establecidos —las mujeres "racialmente corrompidas" sufrían el ostracismo social y duras penas de prisión (y sus "corruptores", en caso de ser polacos, eran generalmente ejecutados)—, las campesinas cuyos esposos o prometidos estaban ausentes tendían a compartir algo más que su mesa con los trabajadores orientales y los prisioneros de guerra. Así, el nazismo fracasó doblemente en la construcción de su utopía agraria. Durante la etapa de paz, despobló el campo, que tenía que volver a ser el centro de la vida nacional, y, durante la guerra, expuso a las campesinas —que constituían la muy cacareada reserva de las esencias raciales de la nación— al contacto con razas inferiores.

La gran cantidad de extranjeros que vivían entre ellos daba a los campesinos una sensación de inquietud. Las aprensiones de los aldeanos con motivo de la costumbre de los polacos de reunirse en grandes grupos en sus domingos libres era tanto mayor cuanto que sabían que las fuerzas de policía estaban muy dispersas en el campo durante la guerra. Esta curiosa

* Por ejemplo, los propietarios de la región de Regensburg se quejaban: "Mientras nosotros empezamos a trabajar a las cinco de la mañana, los prisioneros franceses no se presentan hasta las seis y media".

ambigüedad en las relaciones entre amos y siervos llevó a un dirigente de distrito de la Unión de Agricultores Nazis a advertir a los asociados:

"Los trabajadores extranjeros son cerdos, perros, caricaturas de seres humanos. Hemos de tratarles con la máxima severidad, aplastarles la cara y matarles si se atreven a abrir una sola vez la boca para protestar. Ningún juez condenará a un campesino alemán que haya actuado así."[52]

No fue un juez, sino un funcionario —el director de la Oficina Laboral del distrito— quien, en una carta a la dirección de la Unión de Campesinos Nazis, criticó las ideas expuestas en este parlamento, señalando que eran absolutamente contrarias a las directivas sobre el trato de los trabajadores extranjeros emitidas por el delegado del Reich para la Organización del Trabajo, el Gauleiter Sauckel.

A esta divergencia entre las fantasmagorías raciales y el cálculo racional de la explotación, se unieron otros factores que diversificaron aún más el tipo de relación entre los propietarios alemanes y sus siervos extranjeros. El empeoramiento de la situación militar hizo que un número cada vez mayor de agricultores contratasen pólizas de seguro, por así decirlo, con los esclavos que, de la noche a la mañana, podían convertirse en sus señores. Durante el colapso del Tercer Reich, muchos trabajadores extranjeros ayudaron a los que habían sido sus dueños a escapar hacia el oeste, acompañándoles en su larga huida sobre la nieve. Pero mucho más numerosos fueron los casos de pillaje y vandalismo: aquellos miles de hombres arrancados a sus países, a los que durante tanto tiempo se negó la condición humana, tomaron venganza en sus explotadores.

Aun así, a pesar de que la utilización que dieron los propietarios alemanes a la mano de obra extranjera se diferenciaba poco de la más inhumana explotación, el trabajador-esclavo rural era aún envidiado por sus compatriotas enviados a las fábricas o a las minas. Las capas superiores de la sociedad agraria —por los motivos que fuesen— se mostró también en este aspecto menos identificada con el régimen que los dirigentes de la industria. *Mutatis mutandis*, el complot del 20 de julio dio lugar a las represalias nazis, aproximándose a una pequeña revolución social, incluso antes de que la sociedad Junker del este del Elba saliera de la historia, cuando el este del Elba quedó fuera de control alemán.

# 12

# LA ECONOMÍA

De todos los grupos socioeconómicos de Alemania, el que más ayudó a la toma del poder por los nazis fueron los comerciantes, sobre todo los componentes de la "clase media" económica compuesta por trabajadores independientes (*Mittelstand*), como los tenderos y los artesanos, decisiva desde el punto de vista electoral. Si bien es cierto que una parte del gran capital, prudentemente, sólo subvencionó a Hitler después que la marea electoral se hubiera declarado en su favor, no puede negarse el papel de la industria como sepulturera principal de la República de Weimar. Como certeramente ha observado Franz Neumann, "el fascismo nació de las necesidades de los detentadores del poder económico... no como reacción ante la amenaza comunista, sino para suprimir el movimiento democrático que pretendía utilizar el poder político para reestructurar la economía de forma racional y social".[1]

El señuelo que condujo de forma irresistible a las masas de trabajadores independientes hacia el campo nazi fue la "ideología de clase media" del partido, que les ofrecía una panacea para todos sus males económicos al propugnar la ayuda estatal a los pequeños negocios y a las empresas artesanales, medidas estatales contra los sindicatos y restricciones oficiales a las grandes firmas, grandes almacenes y cooperativas.

La necesidad de equilibrar las consideraciones electorales y las de poder político, es decir, de retener el apoyo de este importante sector social pese a la forma en que el esfuerzo militar favorecía a la industria pesada, hizo que la dirección de la economía nazi dependiera de la compleja interrelación de tres fuerzas: el gran capital, el pequeño comercio y el estado. Citar estos dispares grupos de intereses es tocar un punto clave de la relación entre polí-

tica y economía en el Tercer Reich, punto que algunos marxistas han querido establecer pintando a Hitler como el títere de los barones del Ruhr; por otra parte, después de la guerra, los apologistas del gran capital han presentado a la industria como un instrumento indefenso en manos de un estado nazi supuestamente todopoderoso. Ambas teorías son muy discutibles; pero en lo que no puede haber desacuerdo es en que la *Mittelstand* fue la que salió peor parada en esta contienda tripartita.

No obstante, a principios del Tercer Reich pocas cosas lo indicaban así. Al liquidar su deuda con un grupo social al que tanto le debían, los nazis aprobaron una serie de medidas que constituían un importante refuerzo para la *Mittelstand*. Los sindicatos fueron aplastados; las cooperativas y los grandes almacenes privados, aunque sobrevivieron, fueron sometidos a tales limitaciones que parecían encaminarse a la extinción. La ley de protección del pequeño comercio congeló las dimensiones de las cadenas de tiendas, prohibió que se formaran otras, y les prohibió asimismo atender a servicios como reparación de calzado, barbería, panadería y alimentación.[2] Los organismos públicos tenían prohibido hacer contratos con los grandes almacenes y las cooperativas.

La Ley de noviembre de 1933, que limitaba el descuento de precios al 3 por ciento, fue un golpe directo contra la política de dividendos de las cooperativas. Pero, paradójicamente, el gigantesco Frente Alemán de Trabajo, que había engullido las cooperativas en su inmenso buche, las mantuvo vivas en una forma atenuada, en parte porque algunos de los "viejos luchadores" habían conseguido sinecuras en su administración. (En tres años el número de locales de venta de las cooperativas descendió en más de una cuarta parte y el de socios en más de la mitad; pero la notable disminución del ubicuo competidor no benefició proporcionalmente a la *Mittelstand*, puesto que sólo 1.000 de los 3.000 locales de ventas de cooperativas que se cerraron pasaron a manos del pequeño comercio.)[3]

Las autoridades combatieron la competencia mediante rebajas ilegales (*Schwarzarbeiten*), que suponían una auténtica amenaza para las empresas artesanales, con incursiones de la policía en los talleres. Los "trabajadores negros" sin empleo a los que sorprendían por este sistema eran expulsados.[4] La instalación de nuevas tiendas y nuevas empresas artesanas requería un permiso oficial, que se subordinaba a las necesidades locales y la aptitud profesional, personal y política del solicitante. De 1935 en adelante, el examen de Maestría en el oficio se convirtió en obligatorio para todo el que quisiera abrir una nueva empresa artesana. Antes, este examen había sido optativo. En 1931, menos de un tercio de los artesanos activos tenían el título de maestro; pero desde 1935 se obligó a los propietarios de empresas artesanales no cualificados a prepararse para conseguir un título de su oficio.

Las organizaciones que otorgaban los títulos eran los distintos gremios, a los que había que pertenecer obligatoriamente. Además de controlar todo el proceso de aprendizaje y los programas de enseñanza profesional de su ramo, los gremios formaban tribunales de honor para solucionar las disputas entre sus miembros y podían regular las dimensiones de su ramo cerrando las empresas ineficaces.[5] Pese a este aumento del poder de los gremios, propuestas fundamentales del programa gremial, como la sustitución de la producción industrial por la artesana y la desmecanización como remedio al desempleo, fueron inmediatamente rechazadas; tales aspiraciones de carácter ludita difícilmente podían tener buena acogida por parte de un régimen que volcaba su interés en el equipamiento industrial para la guerra.

Para saldar simbólicamente su deuda con las masas de la pequeña burguesía, el régimen llevó a término la *Mittelstandsideologie* hasta donde era compatible con las necesidades de la movilización industrial. Dentro de estas limitaciones, el pequeño comercio salió menos perjudicado que la producción artesana, siendo las artesanías de base local que cubrían las necesidades de los campesinos las únicas que, en último término, no se consideraron inútiles.

No obstante, esto no significaba que hubiera una intención oficial consciente de perjudicar a los pequeños productores. Las artesanías obtuvieron un puesto seguro en la economía nazi, con la importante condición de que permanecieran subordinadas a los intereses de la industria. Tampoco la negativa del régimen a promover cambios cualitativos en su situación impidió que se efectuasen diversas mejoras cuantitativas. La concesión, en 1933, de una subvención de 500 millones de marcos a los propietarios de viviendas (para reformas, instalación de lavabos y cuartos de baño interiores, conversión de los pisos grandes en varios pequeños, etc.), fue un regalo para los constructores que dio trabajo a casi la tercera parte de la mano de obra artesana del país. Otro beneficio para la construcción, de menor importancia, fue el provocado por la proliferación de instituciones nazis y sus necesidades de edificios administrativos y ornamentales: los contratos de este tipo eran invariablemente concedidos a los constructores artesanos.

Igualmente, las organizaciones del partido tenían orden de encargar uniformes y botas únicamente a tiendas de artesanos y pequeños comercios, y la Organización para el Bienestar del Pueblo tenía que comprar los artículos para sus obras benéficas en los mismos establecimientos.[6]

Pero la creciente ola de encargos no podía poner en marcha las ruedas de la producción artesana sin el lubricante del crédito. Aunque el régimen fundó instituciones especiales que concedían préstamos con un interés del 8 por ciento, de los tres motivos por los que los artesanos con insuficientes garantías solicitaban créditos —reequipamiento, saldo de deudas y gastos

para cubrir encargos pendientes— sólo el último merecía la consideración oficial. En 1934, no se concedieron más que una quinta parte de los créditos solicitados, siendo su cuantía media de unos 3.000 marcos.[7] Además de esta protección estatal, la mejora general de la situación económica del país tambien benefició al pequeño comercio, pero, como observaba el *Frankfurter Zeitung*, las empresas grandes participaron en medida mayor que la proporcional en el aumento general de las ganancias, mientras que la parte de las pequeñas fue menor de la que les correspondía por su número.[8] Esta afirmación apareció a finales de 1936, año que tuvo algo de momento crítico en el desarrollo de la vida económica de la Alemania nazi. La aplicación del Plan Cuatrienal de movilización industrial acelerada para la guerra significó el final de todas las esperanzas de reconstruir la economía sobre bases artesanas. Los pequeños negocios tuvieron su época de máximo desarrollo a mediados de los años treinta. Los pequeños comercios y la artesanía habían sido durante mucho tiempo sectores económicos de excesiva densidad; la crisis acentuó el desequilibrio y el Tercer Reich suscitó excesivas esperanzas. El número de empresas artesanales había crecido casi en una quinta parte entre 1931 y 1936, hasta 1.650.000, pero los últimos años anteriores a la guerra iban a conocer un descenso del 11 por ciento.[9]

Esta eliminación estatal de las empresas económicamente inviables, para abastecer con nuevas reservas un mercado de trabajo cada vez más reducido, produjo una reacción ambigua por parte de los gremios. Por una parte la acogían con satisfacción, porque permitiría un reparto del pastel en menos y por tanto mayores trozos, pero se daban cuenta con disgusto de que al mismo tiempo se reducía el tamaño general y la importancia de su organización y sentaba un precedente para futuras medidas similares. Estas consideraciones, junto con el hecho de que los gremios estaban facultados para llevar a cabo las reducciones de sus ramos, hicieron que el proceso de eliminación se desarrollara a paso más lento del que oficialmente se consideraba deseable. Fundamental en este proceso fue la imposición, en 1935, de la contabilidad obligatoria para todas las empresas. El libro mayor de entradas y salidas de mercancías ("libro de proveedores" y "libro de clientes") facilitaba ahora a la burocracia la forma de someter a todas las empresas a un completo control de impuestos y a investigaciones sobre su viabilidad económica. Este proceso se intensificó mediante la severidad de las autoridades fiscales en la exigencia del pago de las deudas fiscales y mediante su negativa a conceder nuevos permisos a las pequeñas tiendas que deseaban diversificar sus géneros. Además, el régimen promovió la cartelización obligatoria de comercios que anteriormente eran libres: el número de vendedores de artículos de radio al por menor (60.000 en 1933), por ejemplo, había bajado a menos de la mitad en 1939 y el número de vendedores al por mayor disminuyó en un tercio con

la nueva obligación que se les impuso de poseer un capital no hipotecado de 30.000 marcos.[10]

Hubo ocasiones en que los tenderos y los intermediarios del comercio de comestibles se encontraron indefensos entre, por arriba, la rueda de molino de la política de precios de la Corporación de Productores de Alimentos y, por abajo, la obligatoria congelación de precios impuesta a las tiendas. Esta situación, en la que la Corporación, los agricultores y los consumidores se beneficiaban a costa de los establecimientos de ultramarinos y las carnicerías, provocó una crisis de conciencia de los funcionarios de los gremios directamente afectados. En presencia del delegado local, el plenipotenciario del comercio de alimentos de Renanía desafió a las autoridades a que lo enviasen a un campo de concentración: "Yo mismo he contravenido durante mucho tiempo los reglamentos de precios y no puedo denunciar a ningún colega por esta misma falta".[11]

No obstante, por regla general, los funcionarios gremiales sólo defendían los intereses de sus asociados si coincidían con los propios, y las diversas organizaciones económicas creadas por el Tercer Reich procuraban buenos terrenos de caza para los constructores de imperios. Los "viejos luchadores", que ocupaban sus buenos puestos en la estructura gremial, tendían a la vez a ser tiránicos —por ejemplo, multaban rigurosamente a los miembros que faltaban a las reuniones sin la coartada de un certificado médico [12]— y escandalosamente venales: entre 1932 y 1935 una suborganización del comercio al por menor aumentó su presupuesto de personal de 40.000 a 200.000 marcos, mientras que el número de miembros sólo creció de 20.000 a 54.000.[13]

Un típico caso de venalidad se descubrió en la Prusia oriental en 1938: un jefe de distrito del gremio de sastrería, además de dirigir su propia empresa, era gerente de un consorcio de talleres de sastrería que abastecían a la Wehrmacht, y estafó 200.000 marcos al Dresdner Bank falsificando las cuotas de producción de uniformes, para cubrir el déficit de su empresa.[14]

Un síntoma del nepotismo que se daba en la organización gremial era el hecho de que nueve altos funcionarios del aparato económico de la Prusia oriental fueran miembros del gremio de panaderos: el jefe provincial del ramo de la Prusia oriental era un maestro panadero.

La proliferación de la burocracia gremial alcanzó proporciones considerables. Una asociación del ramo comprendía a los 12.000 feriantes de todo el país [15] y otra controlaba la actividad de casi 10.000 buhoneros y vendedores callejeros. (Una manifestación de este control fue un reglamento publicado en Berlín, por el ayuntamiento conjuntamente con el gremio, según el cual las camionetas que vendieran fruta tenían que ir pintadas de color marfil y rojo brillante, las de tabaco de amarillo oscuro, etc.) [16]

El gremio de pizarreros solicitó la asociación (25 marcos de subscripción

anual, 48 de seguro) de los agricultores que aumentaban sus ingresos "hasta la cantidad de 7 marcos diarios durante seis semanas al año" construyendo techos de paja durante las épocas en que no había trabajos agrícolas. Asimismo, la sección de arte de la Cámara de Arte y Cultura impuso una contribución de 200 marcos a los maestros del gremio de canteros y albañiles monumentalistas.[17]

Así como en la Edad Media cada individuo debía fidelidad a su señor, en el Tercer Reich todo el mundo debía fidelidad —además del pago de las cuotas— a su "asociación". Otro evidente paralelismo medieval era la importancia del ritual en la vida de los gremios. La fiesta anual de los artesanos se celebraba en Frankfurt, donde, en un decorado medieval y ante una gran cantidad de público —250.000 personas en 1935—, los miembros del gremio de cuchilleros ejecutaban danzas con espadas; coros de aprendices de panadero recitaban composiciones sobre cómo el trabajo del trigo, la harina y el pan (*Brot*) los acercaba a Dios (*Gott*); se registraban ceremoniosamente, en los archivos de los gremios, los nombres de los nuevos oficiales, y así sucesivamente.[18]

Sin embargo, ni los festejos arcaizantes, ni las disputas por los límites de las subscripciones, ni siquiera la caza de sinecuras constituían la ocupación principal de los tenderos y los artesanos; les inquietaban demasiado los problemas económicos. La *Mittelstand* se veía en medio de una economía renaciente, pero factores como la estrechez de los créditos, la influencia del gran capital, la escala de prioridades del régimen y la paquidérmica lentitud de los organismos públicos a la hora de pagar el trabajo realizado contribuían a privarla de su parte proporcional en el pastel nacional. La ampliación de la cartelización al ramo de las artes gráficas, por ejemplo, tuvo como consecuencia muchas innovaciones restrictivas: contabilidad obligatoria y control de los inventarios; prohibición de las reducciones de precios, que perjudicaban el pago de las obligaciones fiscales; congelación de las inversiones y restricciones a la venta de prensas, para limitar la posterior competencia.[19]

Algunos comerciantes de alimentos, sometidos a las presiones contrarias de la autarquía y el monopolio de la Corporación de Productores de Alimentos, tomaron medidas evasivas. Salvaron la congelación de precios ofreciendo los productos de peor calidad a la tarifa impuesta, o bien "emparejaron" las ventas sin beneficios de los artículos indispensables con la venta provechosa de los demás artículos, creándose así problemas con la ley. Un mayorista de frutas fue multado por 10.000 marcos por emparejar transacciones, mientras el *Schwarzes Korps* exigía "que le cortasen la cabeza" si reincidía en el delito.[20] Respecto a los vendedores al por menor, a veces infringían involuntariamente la regulación de precios, puesto que les era difícil orientarse entre las complicadas indicaciones y las constantes variaciones en la calidad de las

mercancías con que se les aprovisionaba. Las multas de la policía a los tenderos que contravenían la legislación de precios se convirtieron en una apreciable fuente de ingresos. Tales multas, además, constituían una razón potencial para el cierre de empresas, dentro del plan de eliminación. El miedo al cierre no estaba en absoluto infundado. Las 350.000 empresas consideradas superfluas en 1936 se habían reducido a la mitad en 1939.[21]

Por otra parte, la *Mittelstand* económica mostró una creciente tendencia a la senectud. En 1933, uno de cada cinco propietarios de empresas artesanas tenía menos de treinta años y sólo uno de cada siete superaba los sesenta. En 1939, la proporción de los menores de treinta años se había reducido a la mitad y la de los que superaban los sesenta se había elevado en un tercio.[22] El número total de trabajadores independientes de Berlín había disminuido en casi una cuarta parte en el mismo período, y el número de asalariados —en su mayor parte trabajadores de cuello blanco— había crecido en un dieciséis por ciento.[23]

Sin embargo, al mismo tiempo que la disminución de muchos ramos artesanos, se producía un crecimiento de otros. Artesanos como los zapateros, sastres, alfareros, tejedores o herreros eran vulnerables, en distintos grados, a la competencia de las grandes empresas, mientras que los artesanos relacionados con las modernas industrias de servicios —electricistas, mecánicos de radio, operarios de garajes— veían crecer tanto su número como sus ganancias.[24]

No debe deducirse de esto que el pequeño comercio, como tal, a excepción de algunas de sus ramas, resultara perjudicado bajo el Tercer Reich. El régimen se mostró más inclinado a tomar medidas discriminatorias contra las grandes empresas comerciales que contra las industriales, eliminando así algunos de los principales motivos de queja de los minoristas. El más importante de todos estos motivos era la existencia de los grandes almacenes que, por el hecho de haber sido creados, en su mayoría, por judíos y estar aún en manos de éstos, y por ser los ataques a los almacenes sustitutivos de una verdadera política anticapitalista, parecían casi predestinados a la extinción. Fueron sometidos a dos métodos simultáneos de ataque: prohibiciones estatales de algunas de sus actividades económicas (como se indicó en la p. 184) y boicots promovidos por el partido y organizaciones filiales como la Unión de Funcionarios. En 1935, un funcionario del Frente de Trabajo pudo amenazar confidencialmente: "Si vuelve a verse a Frau W. comprando en los almacenes Karstadt, tendré que suprimirle a su marido la pensión del ejército".[25]

No obstante, pese al hostigamiento y al boicot, los almacenes resistieron la crisis y, desde 1936 hasta la guerra, sus beneficios aumentaron en un 10 por ciento anual.[26] Uno de los factores que aseguraron su supervivencia fue que la ruina de los almacenes hubiera afectado a 90.000 empleados en un momento en que el desempleo era todavía un gran problema, y el Frente Alemán

de Trabajo rompió lanzas a favor de estos empleados, ya oprimidos, al estar estigmatizados como ciudadanos de segunda clase por culpa de su trabajo.[27]

Superpuesto en parte al problema de los almacenes —aunque excediéndolo en alcance— estaba el proceso de arianización. La idea de eliminar a los competidores judíos repartiéndose sus negocios tenía un irresistible atractivo para muchos artesanos y minoristas. En los primeros e impetuosos días de la revolución nazi, el régimen todavía simulaba interés por este sueño de la *Mittelstandt.* Así, en 1934, el vicegauleiter de Franconia anunció que la comunidad de empresarios de la ciudad de Nuremberg se había hecho cargo de unos grandes almacenes de propiedad judía, invirtiendo cada comerciante unos 500 marcos en la empresa.[28] Pero, a la larga, la arianización redundó en ventajas para el gran capital, además de acelerar la desaparición de empresas pequeñas. La eliminación de la propiedad judía redujo a la mitad el número de empresas de algunas ramas de las industrias textil y de la confección, mientras que los arianizadores que se dedicaban a la construcción de maquinaria, molienda de la harina y comercio de zapatos y cueros fueron los pioneros de las grandes empresas en la historia de estas industrias.[29]

También en el comercio al por menor tuvo preferencia la concentración sobre las aspiraciones de la *Mittelstand.* En Berlín, de las 3.750 tiendas que todavía eran propiedad judía en el momento de la Noche de Cristal, sólo 700 pasaron a otras manos.[30] "La arianización hubiera dado todavía mejores resultados a la hora de remediar la opresión del comercio al por menor —escribía un periódico nazi en 1939— si las cadenas de almacenes no hubieran aprovechado la oportunidad de alquilar locales de tiendas desocupadas en las zonas comerciales y, por tanto, no hubieran trasladado sus tiendas afiliadas a sitios mejores".[31] En total, miles —en vez de decenas de miles— de miembros de la *Mittelstand* se beneficiaron en "escasa" medida de la eliminación económica de los judíos; pero, como afirmaba el *Frankfurter Zeitung* en 1935, "los principales beneficiados por la arianización son unos cuantos grandes complejos industriales",[32] tales como Mannesmann, Flick, Otto Wolff o las industrias Hermann Goering.[33] *

En sentido amplio, la arianización fue un ejemplo típico de los cambios que operó la revolución nazi, y esto a dos niveles diferentes:

* Los beneficios de estas empresas eran tan exorbitantes que se promulgó un decreto especial para el gravamen fiscal de los beneficios resultantes de la arianización. Cuando incluso esta medida resultó ineficaz, una disposición especial del Ministerio de Finanzas instituyó impuestos retroactivos en los casos más graves. Las arianización contribuyó también a cambiar la estructura de la vida económica. La industria adquirió un mayor control sobre los detallistas que se hacían cargo de empresas judías. También se infiltró en el ámbito de la banca, donde el número de bancos privados se redujo drásticamente de 1.350 a 520 entre 1932 y 1938 (cf. Franz Neumann, *Behemoth,* p. 275, y *Der Deutsche Volkswirt,* n.° 41, 1938).

a) la confiscación de la propiedad judía fue un sustitutivo de la distribución de la propiedad como tal (comercial, financiera, agraria y, sobre todo, industrial) a escala de la *Mittelstand.*
b) la expropiación de los judíos tuvo un funcionamiento típico en la economía nazi: cuanto mayor era la empresa en cuestión, mayor era su porcentaje en los beneficios.

Algunos de los beneficios no materiales previstos por la industria ya habían sido formulados en la época de la toma del poder por los nazis. "Las elecciones del 5 de marzo sólo serán útiles —afirmaba un editorial del *Stahl und Eisen* (el periódico de la industria del Ruhr) en 1933— si han de servir para mucho tiempo... Sólo si desaparece el temor a los votos podrán llevarse a cabo importantes cambios en lo referente a la constitución, la administración, la hacienda y los asuntos sociales." [34]

Estas previsiones se cumplieron de forma abrumadora. A partir de marzo de 1933, la industria ya no tuvo que temer en lo más mínimo a los votantes, al parlamento ni a los sindicatos. Al mismo tiempo, manifestó su buena disposición a participar en los importantes cambios mediante la destitución del director del *Geheimrat* de su Federación Nacional, el consejero privado Ludwig Kastel, así como del secretario de la poderosa Langnam Verein Schlenker, porque eran judíos.[35] (Dicho sea de paso, otro grupo de industriales —la *Ruhrlade*— quebraron en 1938 porque Krupp von Bohlen protestó contra las críticas a la corrupción nazi del poco representativo magnate antinazi Karl Bosch.) [36]

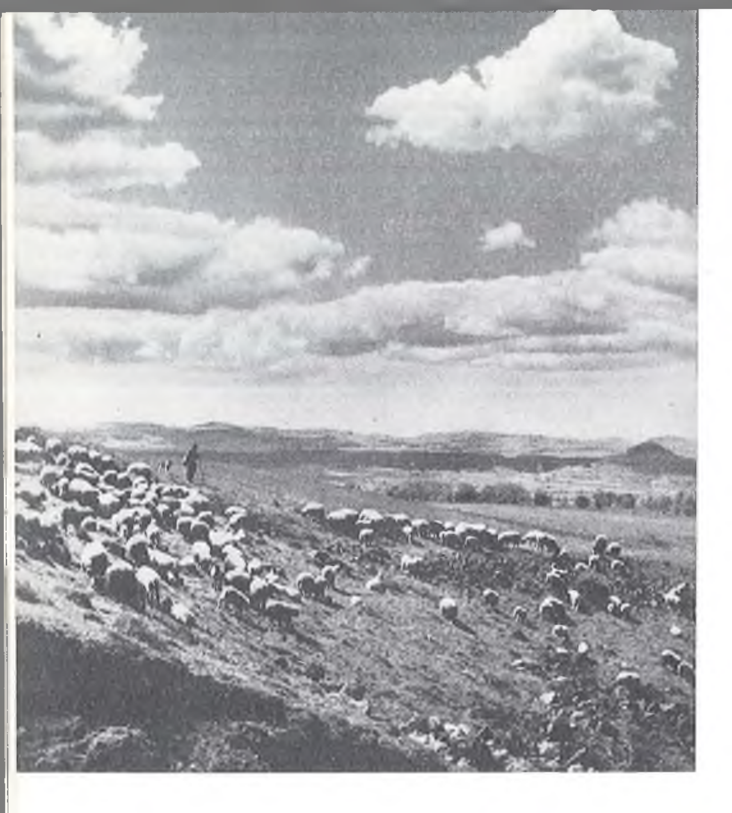
Mientras declinaban ciertas formas de organización empresarial, otras se hacían más importantes. El *Freundeskreis Heinrich Himmler,* un organismo formado por miembros de los niveles superiores de la industria, la banca y los seguros, constituía un poderoso lazo de conexión entre los detentadores del poder político y los detentadores del poder económico dentro del Tercer Reich. Gracias a una ayuda que fue desde la financiación de las campañas electorales de 1932-1933 hasta diez años después (el equipamiento de las nuevas divisiones de las Waffen SS con armas y uniformes),[37] se habían hecho acreedores a una gran deuda del régimen, parte de cuyo pago consistió en ser confidentes de los secretos más celosamente guardados por el gobierno nazi. En 1937, Himmler en persona acompañó a algunos miembros del *Freundeskreis* a una visita al campo de concentración de Dachau, y cinco años más tarde, Ohlendorff, el jefe del servicio secreto de las SS, les dio una conferencia sobre algunos aspectos del trabajo del Servicio Secreto, especialmente sobre las operaciones de las cuatro brigadas comando responsables de la muerte de más de un millón de judíos en la Europa oriental. (El propio Ohlendorff mandó durante algún tiempo la brigada comando de Crimea.)

Aunque el *Freundeskreis* representaba de forma simbólica bastante más que a sus miembros, sus experiencias y las funciones que se le asignaron no fueron necesariamente las mismas que las de la industria en general. Toda la vida económica estaba organizada en lo que se llamaron los Grupos Nacionales (*Reichsgruppen*) (de los que el Grupo Industrial era el más importante), los cuales a su vez se subdividían en Grupos Especiales (*Fachgruppen*) según los distintos ramos. Basados en un sistema de autogobierno interno, los Grupos Especiales eran una prolongación de la burocracia estatal, con la importante diferencia de que la burocracia económica estaba compuesta de representantes de las empresas. Dado que cada vez era mayor el sector de la economía que dependía de los pedidos estatales de armas u otros productos, aumentaba el número de candidatos estatales y de la Wehrmacht que eran designados para los consejos de dirección. Además, muchas empresas consideraban ventajoso dar cargos directivos a los "faisanes dorados" que pudieran facilitar sus tratos con el estado o con las autoridades del partido. Aparte de ser conveniente a la hora de ofrecer contratos, este camuflaje podía ser fundamental para ayudar a las empresas a escamotear las restricciones fundamentales en materia de moneda extranjera y para asegurar el suministro de materias primas y de mano de obra. La obligación de nombrar empleados tales como los *Mob-Beauftragte* (inspectores de antisabotaje y antiespionaje industrial) dieron lugar a que las grandes empresas colocaran a nuevos funcionarios en sus consejos, por ejemplo, del Frente de Trabajo o de la Gestapo. El entrelazamiento de la estructura capitalista con los aparatos del estado y del partido fue un proceso complejo, en el que la iniciativa correspondió a unos y a otros según el momento. Mientras Schacht siguió siendo la figura clave de la economía nazi (fue ministro de Economía hasta 1937 y presidente del Reichsbank hasta 1939), utilizó su notable ingenio para asegurar a los empresarios un considerable margen de maniobra. Desembarazó al gran capital del control directo por parte del partido que habían concebido los populistas nazis y los ideólogos de la *Mittelstand*, le ayudó a mantener sus márgenes de beneficios, y, en definitiva, reforzó la estructura de la empresa privada.[38] Pero, después, la creciente importancia del Plan Cuatrienal, iniciado en 1936, la urgencia de la fabricación de armamento y la preeminencia de las necesidades autárquicas sobre las consideraciones económicas llevaron a reducir a la industria a una posición subordinada ante el estado.

Estas variaciones de la relación estado-capital se dieron al tiempo que se producían cambios en la estructura de la vida económica, aunque no independientemente de ellos. Una faceta de estos cambios fue el aumento de la concentración industrial. El número de sociedades anónimas disminuyó de 9.634 en 1932 a 5.418 en 1941, pero su capital nominal creció en 2.000 millones de marcos. De 1933 en adelante, los decretos del gobierno favorecieron enorme-



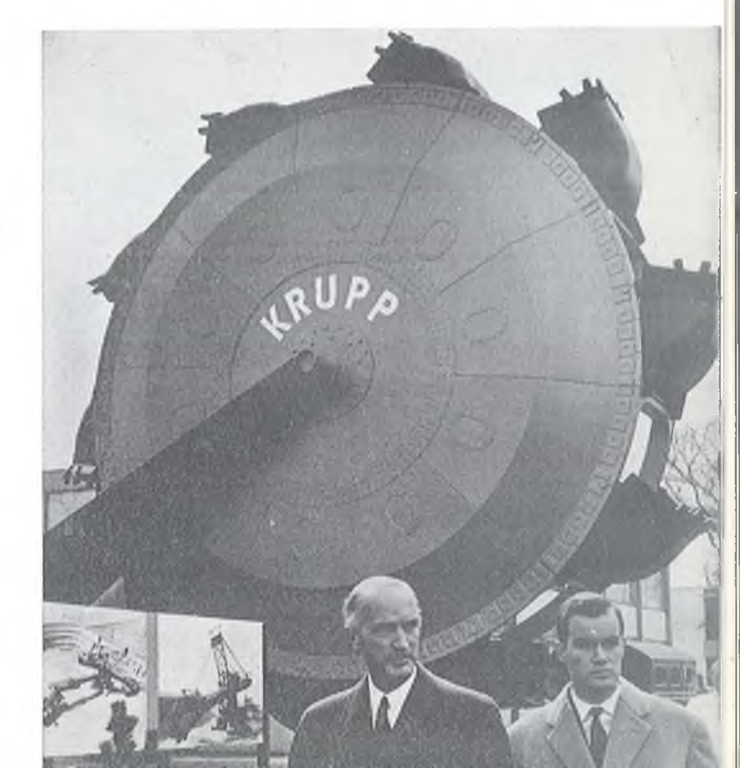
Los campesinos alemanes no recibieron, a diferencia de los industriales, una ayuda realmente inteligente y eficaz.



Los ganaderos debieron laborar en la pre-guerra con el casi olvido de las esferas gubernamentales.

Robert Ley, jefe del Frente del Trabajo, se dirige en 1941 a un grupo de mineros de Sajonia.

Interior del hogar de los Krupp, con la foto del fundador de la gran empresa industrial que lleva su nombre.



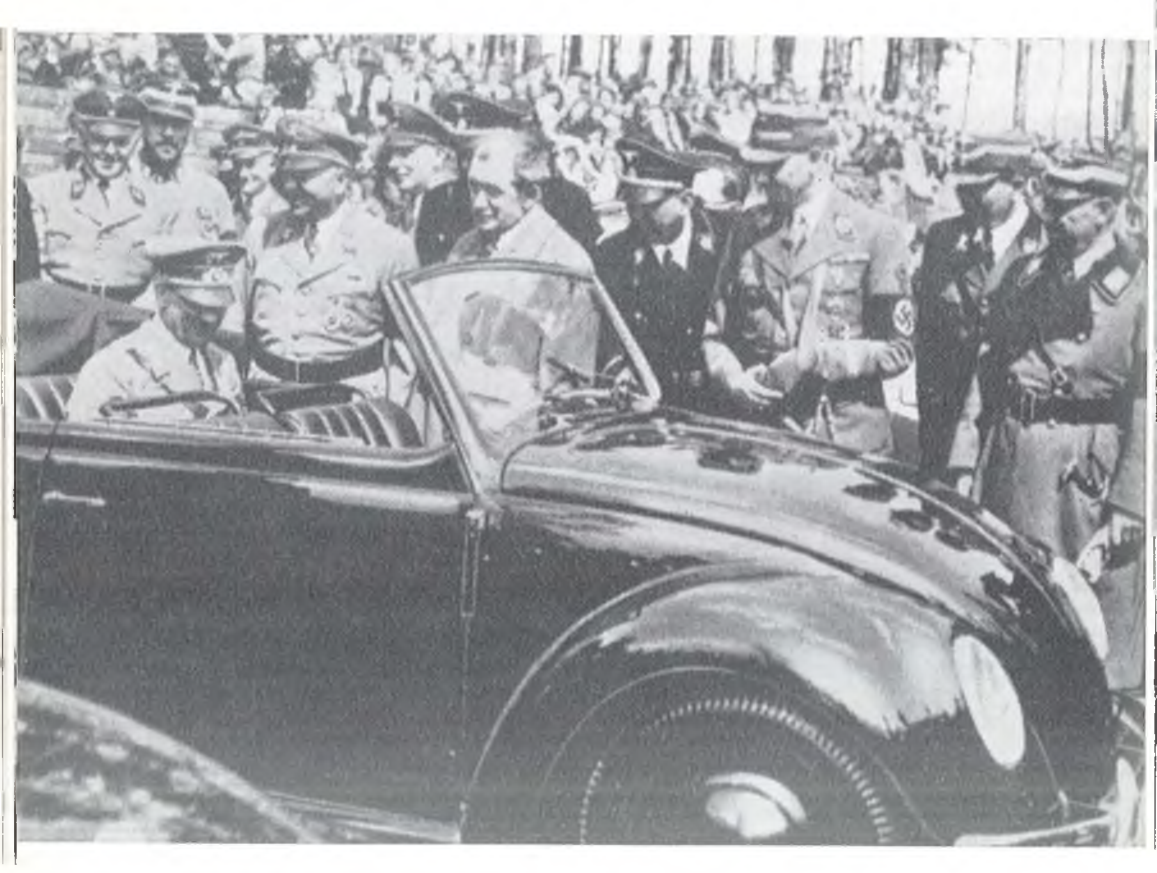

Vista tomada hace pocos años, en la que vemos al último descendiente de la familia Krupp y a su padre.



Hjalmar Schacht, ministro de Economía del Tercer Reich (1937) y presidente del Reichsbank (1939).



Dos niños del "ghetto" de Varsovia (1942), mostrando la verdadera faz de los designios nazis.

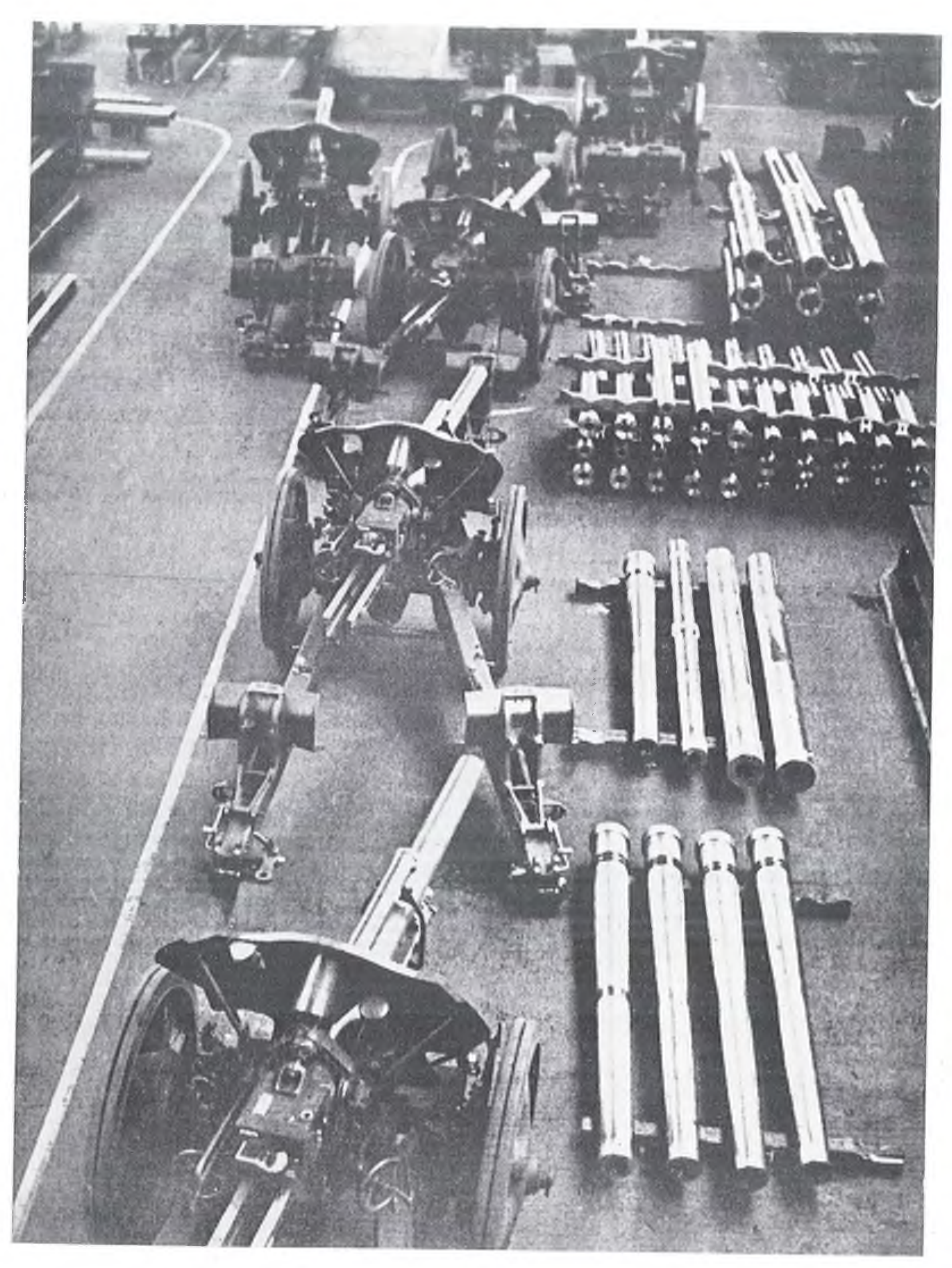


Nuevo modelo de Volkswagen, en la preguerra, probado por Hitler.

El Führer se dirige a los trabajadores de la Siemens.



Una parte de las mujeres alemanas idolatraba histéricamente a Hitler, y le aclamaban cuando aparecía en su auto blindado.



La producción de material bélico fue elevada en 1940 a extremos inusitados.

mente el poder organizativo de los cártels. Dotado de ilimitados poderes para la cartelización, el Ministerio de Economía tomó arbitrarias medidas para reducir la autonomía de las empresas privadas y someter a industrias enteras a los deseos de los monopolistas.[39]

Un periódico financiero de Frankfurt pudo hablar con razón de un acelerado proceso de concentración llevado a cabo con el mayor dinamismo: en 1933, el 40 por ciento de la producción industrial alemana estaba monopolizado, y en 1937, el porcentaje era del 70 por ciento.[40] El gran trust del acero, formado por Kierdorf, Thyssen y Vögler, dominaba más de una tercera parte de la producción de la industria pesada, y las industrias Kloeckner, Krupp, Haniel, Mannesmann, Flick, Otto Volff y Goering constituían otros centros de concentración industrial.

Un proceso similar transformó la estructura de las sociedades anónimas, proceso que el periódico *Deutscher Volkswirt* describió como "la muerte por hambre de los accionistas por la aplicación del principio de autoridad".

Por la ley de sociedades de 1937, la asamblea de accionistas perdió el derecho a decidir acerca de cuestiones de política general de la empresa. Los accionistas no podían poner en cuestión el balance que se les presentaba, pero podían abstenerse de la distribución de los beneficios que el consejo de dirección había declarado distribuibles; en otras palabras, todo cuanto podían hacer era reducir su participación en los beneficios.[41] Los directivos que eran nombrados por el consejo supervisor —elegido cada cinco años por la asamblea general— continuaban siendo miembros de los consejos y tenían derecho a recibir primas. Estas primas debían estar en proporción con los beneficios y las contribuciones sociales en beneficio de los empleados (esta última medida proporcionaba al Frente de Trabajo una participación indirecta en los dividendos de las sociedades). Los principales cambios introducidos por los nazis en el funcionamiento del capitalismo fueron: el rápido aumento de los beneficios no distribuibles; la preeminencia de los intereses de los directivos sobre los de los accionistas; la disminución de la influencia de la banca y del capital comercial; la penetración del aparato distributivo por los monopolios industriales y la reducción parcial del dominio de la industria pesada por la recién desarrollada industria química y algunas de las industrias metalúrgicas.[42]

Este último proceso fue representado por la ascensión de la IG Farben. A diferencia de la "conservadora" industria del acero, que tuvo que ser obligada a poner en práctica los arriesgados programas de expansión oficialmente prescritos, este trust de tintes hizo suyos los confusos objetivos económicos del régimen (en parte porque la producción de materiales sintéticos necesita, por su propia naturaleza, una infraestructura dinámica). Entre 1938 y 1943 la mano de obra empleada por este gigante de la química aumentó en un 50 por

ciento, hasta la cifra de 330.000 trabajadores, mientras que sus beneficios aumentaron en un 150 por ciento, hasta la cantidad de 822 millones de marcos.[43] No sólo coincidían totalmente sus fines con los de la política nazi (además de poseer grandes empresas en Auschwitz, la IG Farben tenía los contratos de gases tóxicos para las cámaras de gas), sino que también le proporcionó los medios. Uno de sus directores ocupaba un puesto clave en la dirección del Plan Cuatrienal, y dos terceras partes de los empleados del Departamento de Expansión Económica del Reich eran también empleados de IG Farben.[44]

Mientras la industria química se situaba así a caballo de la línea divisoria entre la empresa privada y el estado, la industria del acero hubo de presenciar la invasión de su territorio por parte del estado. La resistencia de los hombres del acero a financiar la creación de plantas para la elaboración de minerales nacionales de baja calidad mientras sus propia capacidad no era plenamente utilizada, llevó a la fundación de las Industrias Nacionales Hermann Goering, en condiciones de extrema severidad. Firmas como las Industrias Unidas del Acero (*Vereinigte Stahlwerke*), la Mannesmann, la Flick, la Krupp y otras fueron obligadas a invertir 130 millones de marcos en el proyecto, que costaba 400 millones.* En otras palabras, la industria del acero hubo de financiar con este dinero a su propia competencia. Esta competencia tomó varias formas: cuando, a finales de 1938, la industria del acero quiso expansionarse, se le dijo que las Industrias Nacionales tenían derecho preferente sobre toda la mano de obra y todas las materias primas disponibles,[45] además de lo cual, el director de las Industrias Nacionales, Pleiger, traspasó ostensiblemente los límites establecidos a sus operaciones fundiendo minerales suecos y produciendo artículos acabados.[46]

Pero esto no era todo. Desde su poderosa base en Salzgitter, en Brunswick,** las Industrias Hermann Goering se extendieron sucesivamente al Ruhr, Austria, Polonia y Francia, hasta que la rivalidad entre el gigante de Pleiger y las potentes Industrias Unidas del Acero acerca del reparto de los ricos depósitos minerales de Lorena provocó fuertes tensiones en toda la industria del acero con motivo de la falta de equilibrio entre sus sectores privado y público. (Pleiger, un antiguo quincallero de provincias, que se había abierto camino hasta la cumbre mediante una sucesión de cargos en el partido, des-

* El estado aligeró la carga de su propia inversión del 70 por ciento en las *Reichswerke* obligando a adquirir acciones a los grupos como el *Reichsgruppe Handwerk* (Grupo Artesano Nacional) (cf. David Schoenbaum, op. cit., p. 135).

** Según el plan original, las Industrias Hermann Goering debían establecerse en Hannover, pero se eligió Brunswick, aunque ello significaba invertir 40 millones de marcos más en la construcción de un canal. Pleiger estaba asociado con el primer ministro de Brunswick, Klagges, quien llevó a cabo las confiscaciones necesarias para poner en condiciones el lugar y sus comunicaciones.

pertaba sentimientos completamente diferentes en Hitler, quien dijo en 1941: "Si tuviese seis generales como Pleiger, haría tiempo que la guerra estaría ganada".)[47] Las Industrias Hermann Goering constituían un ejemplo, indudablemente el más dramático, de la forma en que el régimen exigía un duro tributo a los industriales para financiar planes que resultaban perjudiciales —o por lo menos no ventajosos— para ellos. En la aplicación del programa de autarquía, el Departamento del Plan Cuatrienal obligó a Krupp a financiar el proyecto de caucho sintético Buna, forzó a la IG Farben y a otros propietarios de minas de hulla grasa a invertir 100 millones de marcos en la compañía Brabag (creada para al extracción de petróleo del lignito) e hizo que la industria textil capitalizara plantas de fibra sintética.[48]

Una forma más extendida de obtener ayuda del capital eran los impuestos. En 1931, Brüning creó un sistema de inspección fiscal y los nazis desarrollaron aún más este medio de impedir la evasión tributaria. La deducción de las depreciaciones, que había sido una forma de ocultar beneficios, fue abolida, de modo que el estado podía retroceder diez años al calcular los gravámenes y añadir así a los impuestos los valores deducidos, con lo cual los beneficios resultaban enormes.[49]

En 1937, los impuestos constituyeron una carga del 60 al 70 por ciento sobre los beneficios netos de las empresas industriales.[50] La proporción de la inversión pública en la renta nacional se cuadruplicó en cinco años (los gastos militares, por ejemplo, aumentaron en un 2.000 por ciento), de modo que en 1938 el gasto público constituyó el 35 por ciento de la renta nacional alemana, comparado con el 23,8 por ciento en la Gran Bretaña y el 10,7 por ciento en los Estados Unidos.[51] *

Sin embargo, a pesar de los fuertes impuestos y la moderación del impulso ascendente, los beneficios netos de las grandes sociedades se cuadruplicaron en los primeros cuatro años de mandato nazi, y los ingresos de gerentes y empresarios aumentaron casi en un 50 por ciento (de un promedio de 3.700 marcos en 1934 a 5.420 en 1938).[52] Esta situación debía mejorar aún: entre 1939 y 1942, la industria alemana se expansionó tanto como lo había hecho durante los precedentes cincuenta años.[53]

Un episodio citado en el curso del juicio de Nuremberg ** ofrece una ilustración de la atmósfera de euforia a que dio lugar esta expansión. El 18 de mayo de 1940, Krupp, un directivo de la Henkel (la compañía de detergentes),

* 1938 fue el año en que la renta nacional de Alemania alcanzó nuevamente el total de la Depresión: 76 millones de marcos. En cambio, en 1937, la Gran Bretaña había conseguido ya superar en un 20 por ciento la cifra de 1929 (cf. Gustav Stolper, *The German Economy 1870-1940*, Londres, 1940, p. 63).

** Aunque la defensa negó la veracidad de este testimonio presencial aportado por Arthur Rühmann en el proceso contra Alfried Krupp, el presidente del tribunal, americano, la aceptó.

y dos industriales más se pasaron horas escuchando la radio, sentados en torno a una mesa cubierta con un mapa de la Europa noroccidental. A medida que iban llegando noticias de los avances de la Wehrmacht en los Países Bajos, se iban excitando cada vez más y golpeaban repetidamente el mapa. "¡Esto de aquí para ustedes, esto otro para nosotros; a este hombre haremos que le detengan, tiene dos fábricas..." En medio del barullo, uno de los cuatro industriales se levantó a telefonear al personal de su oficina y les ordenó que solicitaran inmediatamente un permiso de la Wehrmacht para que dos de ellos pudieran desplazarse a Holanda al día siguiente.[54]

Posteriores llamadas telefónicas, en los meses y años siguientes, le valieron a Krupp astilleros holandeses, empresas metalúrgicas belgas, una buena parte de la industria francesa de máquinas-herramientas, minas de cromo yugoslavas, minas de níquel griegas, instalaciones siderúrgicas en Ucrania, etc.[55]

La guerra, que dio lugar a esta prodigiosa expansión de la industria, no reportó beneficios proporcionales a la *Mittelstand.* Unos meses antes de la guerra, un edicto del gobierno estableció que los oficios de panadería, barbería, carnicería, zapatería y sastrería estaban excesivamente desarrollados, les impuso el criterio selectivo de la competencia y decretó el cierre de los talleres mal financiados o que no realizaban tareas económicamente justificadas. El comienzo de la guerra inspiró a los representantes de los artesanos algunos ingeniosos argumentos defensivos, en el sentido de que las empresas artesanas (por el hecho de ser pequeñas y estar muy dispersas por todo el país) estaban menos expuestas a los bombardeos que las grandes industrias, y por tanto se les debía conceder contratos estatales de mayor volumen.[56]

Huelga decir que las propuestas de este tipo fueron desoídas, pero el comienzo de la guerra no significó tampoco una inmediata transformación de la economía de acuerdo con la nueva situación. Esta es una de las razones por las que la criba de empresas artesanas y comercios al por menor del primer momento de la guerra afectó sólo a un máximo de 100.000, y los restantes 250.000 (cifra aproximada) sólo fueron eliminados al producirse el esfuerzo totalizador posterior a Stalingrado.[57]

Las empresas y comercios a los que se permitió seguir existiendo lo hicieron en condiciones que no eran demasiado malas. Según un imaginativo plan concebido por el Frente de Trabajo, las empresas artesanas del campo debían ser coordinadas y aumentada su eficiencia agrupándose en mancomunidades rurales, denominadas *Dorfgewerke.* Aunque tuvo éxito en algunas áreas, este plan no llegó a generalizarse. En las ciudades, los talleres artesanos se pusieron de acuerdo para formar cooperativas de distribución (*Lieferungsgenossenschaften*), por medio de las cuales se entregaban los pedidos, en lugar de servirse de empresas individuales, y cada miembro invertía en ellas el 5 por ciento de su capital líquido. Aunque estas cooperativas estaban dirigidas

por funcionarios locales de los gremios (casi invariablemente "faisanes dorados") que tendían a manipularlas en su provecho personal, hicieron posible que las empresas artesanas compitieran con las empresas medianas, ayudándolas a sueprar las dificultades derivadas de la guerra, de las escaseces, y del excesivo papeleo.

Aunque se producían constantes quejas de los artesanos, la mayoría de ellas no totalmente injustificadas, en el sentido de que se favorecía a la industria a expensas suyas, las autoridades mostraron la suficiente solicitud hacia la *Mittelstand* como para canalizar una fuerte proporción de mano de obra formada por trabajadores reclutados y por prisioneros de guerra hacia los talleres artesanos. (Los maestros artesanos que salieron más beneficiados de la guerra fueron los que dirigían talleres en los ghettos, como por ejemplo los de Varsovia, donde, durante algunos años, se pudo explotar a los trabajadores literalmente hasta la muerte, sin que ello afectase en forma alguna el número de los que quedaban disponibles.)

Tampoco los comerciantes al por menor que escaparon a la criba resultaron muy perjudicados por la guerra, aunque los del ramo de la alimentación se vieron sobrecargados de trabajo, a causa, por una parte, de los largos horarios establecidos para las tiendas (en 1943, las panaderías y lecherías, por ejemplo, debían permanecer abiertas de 6 de la mañana a 7 u 8 de la tarde),[58] y, por otra parte, de la insistencia de las autoridades en que realizasen una meticulosa comprobación de las cartillas de racionamiento, lo cual les ocupaba mucho tiempo. Por otra parte, los detallistas tenían más fácil acceso que nadie a las mercancías escasas y podían explotar esta ventaja realizando trueques o transacciones en el mercado negro. Además, ni los detallistas ni los propietarios de empresas artesanas estaban sujetos a reclutamiento laboral, lo cual significaba que podían trasladar sus negocios a zonas libres de bombardeos.

Mientras durante la guerra la *Mittelstandideologie* era ya algo pasado de moda —pues la subordinación de las pequeñas empresas al gran capital era ya en 1936 un hecho irreversible—, las tensiones entre la industria y el estado no cesaron de producirse intermitentemente. El hecho de que la interrelación de las dos potentes fuerzas no hubiera alcanzado aún un equilibrio tenía bien poco que ver con cualquier aversión de la industria hacia el régimen o hacia la guerra. La participación de los industriales en el complot del 20 de julio fue mínima * comparada con la de la aristocracia y la oficialidad. Los

* Un industrial implicado en el complot fue el director de la Krupp Ewald Löser, posible ministro de Finanzas en el hipotético gabinete de Goerdeler. Sobrevivió a la detención de la Gestapo, pero le fue impuesta una condena de siete años en Nuremberg por expoliación de países ocupados y explotación de los trabajadores-esclavos (cf. Norbert Mühlen, *Die Krupps,* Frankfurt, 1960, p. 177).

grandes industriales estaban al corriente de la conspiración, pero su instintivo cálculo de los riesgos de toda empresa, además de su absoluta ignorancia de las cuestiones morales, les impidió hacer otra cosa que proporcionar algunas coartadas a Goerdeler y Popitz.

En la medida en que la industria discrepaba en cuestiones políticas, lo hacía en forma constitucional, enviando memorándums al gobierno, aunque incluso esta forma de oposición era evitada en los casos en que representaba un peligro excesivo. Así, cuando Goerdeler y el general Thomas, del departamento económico de la Wehrmacht, redactaron un memorándum encaminado a convencer a Hitler de que la situación económica hacía indispensable la pronta terminación de la guerra, los grandes industriales se negaron a apoyar con sus firmas el documento.[59]

Pero otros memorándums de la industria superaron el estado de borrador. Por ejemplo, el elaborado por el doctor Roland, de las Industrias Unidas del Acero (alto dirigente de la industria del acero según el plan de autogobierno industrial), se opuso al reclutamiento de trabajadores extranjeros. "Panzer" Roland * argumentó su tesis refiriéndose al aumento del número de los funcionarios alemanes en 1,9 millones, entre 1935 y 1939. Ello constituía una refutación de la necesidad de trabajo forzado de obreros extranjeros para compensar una supuesta deficiencia de mano de obra en el Reich, así como la protesta de un portavoz de la empresa privada contra la creciente burocratización.

El sentido antiburocrático del memorándum de Roland llamó más la atención del gobierno que sus reservas sobre el reclutamiento laboral. Aunque había unas pocas excepciones, como la industria del carbón de la alta Silesia, que consiguió mantener en un mínimo su proporción de mano de obra procedente de los campos de concentración, alegando hábilmente que el trabajo junto a elementos inestables repercutiría negativamente en una profesión honorable,[61] la mayoría de las grandes empresas industriales alemanas utilizaron trabajo forzado y de prisioneros durante la guerra. Aunque los empresarios se veían hasta cierto punto obligados a hacerlo, a causa de la movilización de los trabajadores alemanes y el apremio de las rigurosas fechas de entrega, el hecho de que el dirigente nazi del trabajo esclavo, el Gauleiter Sauckel, hubiera de advertir a los empresarios contra "la negligencia de las más elementales medidas de mantenimiento del espíritu de trabajo" y contra

* Otro ejemplo del uso de esta nomenclatura en el campo de la industria durante la guerra fue "Cañón" Müller; Erich Müller, diseñador del departamento de artillería de Krupp, debía su fama al Gordo Gustav, sucesor de la Gran Berta, que desvastó Sebastopol. Fue nombrado profesor *honoris causa* y colaboró personalmente con Hitler en el diseño de un cañón antiaéreo simplificado; acabó por ser más importante que el director de la empresa (cf. Norbert Mühlen, *Die Krupps*, Frankfurt, 1960, p. 162).

el hecho de que "la presencia masiva de trabajadores orientales despertaba primitivos instintos capitalistas",[62] es muy expresivo.

En 1944, Krupp alojaba en cincuenta y siete campos-prisión, en la zona de Essen, a 70.000 "trabajadores" no alemanes, dos mil de los cuales eran judíos húngaros alquilados por Pfister, comandante de Buchenwald, al precio de cuatro marcos por día. Además de pagar los gastos de alambre de espino, torres de vigilancia y reflectores, la empresa gastaba diariamente 70 pfennigs en la alimentación de cada judío.

Había ocasiones en que elementos extraños hacían aumentar los costos de las empresas que empleaban a trabajadores extranjeros. La solicitud por las necesidades sexuales de los trabajadores extranjeros "libres" indujo a las autoridades a obligar a las empresas a financiar la construcción de barracones B (B de burdel), so pena de negarles futuros suministros de mano de obra.[63] Una declaración de la Cámara de Industria y Comercio de Nuremberg proporciona un comentario característico a esta forma de colaboración entre el estado y el capital: "Aunque las empresas en cuestión no infravaloran en absoluto la importancia biológica de la cuestión y están dispuestas a tomar las necesarias medidas, se niegan a ser puestas en contacto directo con el asunto".

El estado no era siempre capaz de obtener tan rápidamente la aquiescencia del capital cuando se trataba de cuestiones financieras. Un caso significativo fue el cambio del sistema según el cual el gobierno pagaba a las empresas que suscribían contratos con él. En un principio, pagaba a mayor costo de los productos, un plus del 3 al 6 por ciento, o bien establecía un precio fijo.[64] Las empresas podían escoger entre los dos sistemas. Las que aceptaban los precios fijos gozaban de exención de impuestos sobre los beneficios y de derecho preferente en el suministro de materias primas y mano de obra. Como indicaba la *Frankfurter Zeitung*, la obligatoriedad general de los precios fijos, establecida en 1942, dio lugar a que "los grandes monopolios cuyos costos estaban por debajo de los de las empresas medianas obtuvieran automáticamente beneficios adicionales".[65] También en 1942, a iniciativa del ministro Speer, los organismos estatales y del ejército, que habían dirigido hasta entonces la aplicación del programa de armamento, fueron sustituidos por una red de comités que representaban a cada uno de los ramos industriales que intervenían en él. El equipo de Speer, de 6.000 administradores honorarios, elegidos entre empresarios y gerentes, impulsó un asombroso aumento de la producción de armas. Posteriormente, su creador proclamó que de no ser por este gran aumento productivo, Alemania no habría podido continuar la guerra más allá de 1943.[66] Pero el esfuerzo de la guerra no consiguió el interés y la colaboración de la totalidad de la industria. Mientras los 6.000 de Speer presidían un "milagro económico" de guerra, algunos de los empre-

sarios se liberaban de sus frustraciones por los controles, restricciones e interferencias tratando el tema de la iniciativa empresarial en conferencias y artículos en la prensa.[67] Al mismo tiempo, los empresarios más optimistas cifraban sus esperanzas en que después de la guerra se produciría una enorme prosperidad, cuando la creciente demanda de bienes de consumo, coincidiendo con las grandes riquezas robadas a los países ocupados, daría lugar a una expansión sin precedentes.

Finalmente, la guerra llegó a un punto en el cual incluso los Krupp, hasta entonces incondicionalmente fieles al régimen, se dieron cuenta de que los intereses de la empresa y los de la patria ya no coincidían. Su oposición al moribundo régimen tomó la forma de renuncia a los préstamos estatales, reclamación de compensaciones por los daños de guerra, recuperación de las cantidades que les adeudaba el estado y mantenimiento de sus capitales en forma líquida, en lugar de reinvertirlos inmediatamente en nuevas plantas de producción bélica.[68]

Un ejemplo aún más notable de infidelidad de la industria hacia Hitler se dio poco antes del final de la guerra, cuando Speer, apoyado por "Panzer" Roland y otros ejecutivos, persuadió a Paul Pleiger para que sabotease las últimas y desesperadas órdenes del Führer de destruir las instalaciones industriales de Alemania.[69] Pero el éxito que obtuvieron en este último acto de desafío no invalida el símil según el cual el capital alemán actuó durante el Tercer Reich como el cobrador de un autobús que va a estrellarse, que no puede controlar las acciones del conductor pero que continúa cobrando el billete a los pasajeros hasta el choque final.

13

# LOS OBREROS

Inscrita a la entrada del campo de Auschwitz, la frase *Arbeit macht frei* (El trabajo libera) constituía la broma de peor gusto que registra la historia, pero como lema en las paredes de las viviendas de los obreros alemanes (con su sabor a ética protestante y a Samuel Smiles) no resultaba en absoluto incongruente.

Los obreros —que eran, numéricamente, la clase más importante y políticamente con mayor espíritu de antiautoritarismo en la sociedad alemana— constituían un grupo social clave sin cuya cooperación (sin cuyo consentimiento, incluso) el Tercer Reich no habría podido funcionar como funcionó.

La clave de la actitud de los obreros respecto al régimen hay que buscarla en la simple palabra "trabajo", aunque no hay que dejar de tener en cuenta el incentivo positivo de la comunidad del pueblo y, en menor medida, el negativo del terror. El restablecimiento del derecho al trabajo indujo a los obreros a aceptar la pérdida de los derechos sindicales de asociación y negociación colectiva; para conseguir los fines de liberación a través del trabajo aceptaron los medios de la servidumbre con respecto al Frente del Trabajo.

Aunque enajenados desde hacía tiempo del régimen imperial, los obreros se habían unido entusiásticamente al consenso patriótico de 1914, del que se retiraron sólo al final de la guerra. Después de haber apoyado el establecimiento de la República, fueron el último grupo social en abandonar el centro en política; durante la fase final de Weimar los socialdemócratas mantuvieron su fuerte apoyo electoral (al igual que su identidad), mientras que el Partido Demócrata de la clase media tenía que entrar voluntariamente en liquidación y el Partido del Pueblo viraba violentamente hacia la derecha.

La revolución había convertido al proletariado ruso en el representante del

patriotismo soviético; por un proceso contrario de reestructuración de conciencia, la revolución nazi integró a los obreros del Reich en la "nación proletaria" a la cual los alemanes se consideraban pertenecientes, en contraste con las potencias plutocráticas occidentales. Naturalmente, dentro de esta nación "proletaria" siguieron operando las realidades de clase, pero los atractivos materiales del trabajo y los emocionales de la comunidad del pueblo convirtieron a los obreros en un segmento indiferenciado de la sociedad nazi.

Nada ayudó tanto a los nuevos detentadores del poder como las circunstancias bajo las cuales se hicieron con él. Desde 1930, 6 millones de obreros (una tercera parte de la población laboral) habían quedado sin empleo, mientras el promedio de los ingresos del resto había bajado en un 33 por ciento.[1] En realidad, el punto máximo del desempleo masivo había quedado atrás en otoño de 1932, y la incipiente reactivación de la economía se reflejó en las elecciones de noviembre de aquel año, en que los votos nazis descendieron en 2 millones. El Tercer Reich se estableció, pues, en un momento en que la conciencia pública estaba aún dominada por el temor general a la crisis, pero también cuando la Depresión estaba ya empezando a retroceder y se hacía sentir la primera oscilación ascendente del ciclo comercial. Después de la toma del poder, esta mejora, junto con las enérgicas medidas destinadas a fomentar las obras públicas y a resucitar la industria (pruebas en sí mismas de la confianza del sector industrial en el nuevo régimen), convencieron a los obreros de que las cosas estaban mejor que antes, haciendo que aceptasen la promesa de beneficios a largo plazo en lugar de satisfacciones inmediatas.

Los trabajadores comparaban las condiciones de vida existentes en el Tercer Reich con el nivel de vida anormalmente bajo de 1932, y no con el más representativo de 1929. Al elevar el nivel de vida un poco por encima del nivel de subsistencia, los nazis parecían haber mejorado las cosas considerablemente, aun cuando el nivel de vida estaba por debajo de lo que se había considerado mínimo durante los últimos años veinte, que ahora parecían tan remotos. Tan modestas se habían hecho las esperanzas de los obreros, que los hombres de edad madura que seguían cobrando subsidio de desempleo después de 1933 envidiaban a los jóvenes que estaban empleados en obras públicas y cuya paga excedía en poco el importe de su subsidio de desempleo.

Los programas de obras públicas, autarquía y rearme empezaron a surtir efecto al cabo de muy poco tiempo; a comienzos de 1934 las cifras de desempleo de 1932 habían descendido a la mitad, y en 1936 el nivel de empleo se aproximaba una vez más al de 1928, año de rápida expansión. En 1937-1938 los obreros —durante tanto tiempo excesivamente abundantes en el mercado de trabajo (ni siquiera el "casi-milagro económico" de 1924-1929 había producido pleno empleo)— se convirtieron en una mercancía escasa, y en 1939 la demanda efectiva de mano de obra excedía a las ofertas en medio millón.

La situación laboral general se caracterizó por dos evoluciones contrarias. Por una parte, hubo cada vez mayor regimentación, a partir del Primero de Mayo de 1933, en que millones de obreros fueron conducidos a los estadios mientras grupos de asalto de las SA se apoderaban de locales y propiedades de los sindicatos en nombre del Frente del Trabajo.*

A partir de entonces, los obreros estuvieron sujetos a un doble régimen destinado a obtener de ellos el máximo esfuerzo: los jefes de las empresas, movidos, como siempre, por el afán de lucro, y los líderes del Frente del Trabajo, movidos por su hambre de poder político.

Pero la fuerza contraria a estas presiones, aparecida a mediados de los años treinta, era la creciente escasez de mano de obra. Los obreros especializados estaban en situación muy ventajosa, sobre todo en las industrias del metal y de la construcción, en las cuales los permisos para los cambios de empleo habían de obtenerse de las oficinas estatales de colocación, a partir de 1935 y 1937 respectivamente.[2]

Estas tendencias mutuamente contradictorias se reflejaban en la escala de salarios. El principal instrumento de la política económica nazi fue la congelación legislativa de los salarios a su nivel de la Depresión, complementada por una congelación de precios. Pero ninguna de estas dos formas de estancamiento pudieron ponerse en práctica de modo muy completo. Aunque los alquileres permancieron estables y el coste de la luz y el combustible incluso bajó ligeramente, los precios de los comestibles y especialmente los del vestido subieron entre otras cosas a causa de la escasez resultante del programa de autarquía. La congelación salarial fue mucho más efectiva. Así, entre 1934 y 1937, el año anterior a la saturación del mercado de trabajo, los ingresos semanales aumentaron en un 15 por ciento, pero este promedio esconde amplias diferencias. Mientras las industrias clave, tales como la construcción y materiales para la misma, los instrumentos ópticos y mecánicos de precisión y ciertos tipos de fabricación de maquinaria mostraban aumentos de hasta el 30 por ciento, el salario de los obreros en las industrias de artículos de consumo se estancó. En la elaboración de productos alimenticios, industria textil e imprenta, los salarios no aumentaron más que en un 2 o 3 por ciento, mientras en las industrias de la piel y el vestido incluso disminuían.[3]

Al comenzar la guerra, entre una cuarta y una tercera parte de la mano de obra seguía cobrando salarios basados en los niveles de sueldo por hora de 1932, aunque, naturalmente, sus ingresos semanales eran más elevados.

El relativo éxito de la congelación de salarios nazi se ve atestiguado por

* Este fue el golpe de gracia contra una víctima ya sometida. Durante el tiempo que transcurrió entre la toma del poder y el Primero de Mayo, Herr Leipart y otros dirigentes sindicales ofrecieron su colaboración al régimen, con la vana esperanza de comprar para los sindicatos el derecho a sobrevivir bajo el nazismo.

el hecho de que, en 1943, después de años de creciente escasez de mano de obra y en medio de las dificultades de la guerra, los ingresos medios por hora de los obreros alemanes habían aumentado en un 25 por ciento y los semanales en un 41 por ciento. Al comparar esto con el constante aumento de los precios, se observa que los ingresos semanales reales sólo habían aumentado en un 23 por ciento, y el salario por hora en un 9 por ciento; es decir, que los salarios por hora aumentaron menos de un 1 por ciento cada año de gobierno nazi. (Entre 1914 y 1918 los salarios de los obreros se habían duplicado.)

Los salarios reales se veían también disminuidos por el pago obligatorio de cuotas por pertenencia al Frente del Trabajo Alemán y suscripción al Bienestar del Pueblo, además de las deducciones de seguro e impuestos. En total, las deducciones de los sobres de paga industriales en el Tercer Reich ascendían aproximadamente a un 18 por ciento,* o sea que a los obreros se les descontaba de un 3 a un 4 por ciento más que antes de sus ingresos brutos.[4]

Sin embargo, ciertas industrias prioritarias constituían importantes excepciones dentro de una situación salarial que tenía muy poco de dinámica. Entre el verano de 1933 y 1937, se triplicó el número de obreros que trabajaban en la construcción, y aumentó dos veces y media en la industria del metal.[5] En 1937, con un salario medio industrial de 27 marcos semanales, los obreros especializados del metal y de la construcción podían llegar a unos ingresos brutos de 100 marcos a la semana, contando horas extra y primas de producción. Inversamente, sin embargo, la cantidad de trabajo impuesta a la construcción era tal que en 1938 tuvo lugar un descenso de casi el 20 por ciento en la productividad, debido a una dilución de la mano de obra, a la intensificación y prolongación del trabajo y al consiguiente descenso de la moral de trabajo.[6]

En la minería, el promedio de productividad de los turnos de trabajo descendió un 12 por ciento entre 1936 y 1938;[7] la Compañía Minera Gelsenkirchen —con un descenso de 10.000 toneladas de carbón al día— atribuyó la menor producción a la costumbre de los mineros de ofrecer su trabajo de pozo en pozo en busca de salarios más elevados, así como al atractivo de los trabajos más lucrativos y menos fatigosos en la próxima industria del motor.

En algunas industrias tecnológicamente avanzadas los obreros mostraban un talante absolutamente eufórico. En la fábrica de películas IG Farben, de Wolfen, con sus 600 vacantes a principios de 1938, había obreros que se to-

* Seguro de paro: 4,5 por ciento; seguro de enfermedad y de vejez: 5-5 1/2 por ciento; impuesto sobre el salario: 3 1/2 por ciento. La contribución a la Ayuda Invernal se fijó en el 10 por ciento del impuesto sobre el salario, a pagar mensualmente, de octubre a marzo. (Cf. Wallace R. Deuel, *People under Hitler*, Nueva York, 1942, p. 310.)

maban fiesta algunas tardes para ir al cine y volvían borrachos del descanso del té. La dirección cortó el nudo gordiano reclutando mano de obra polaca y entregando a los empleados indisciplinados a la Gestapo.[8] En el tratamiento de los problemas de la minería, el régimen utilizaba alternativamente el palo y la zanahoria. En 1938 se congelaron los empleos a los mineros del plomo y del zinc, aumentándose sus horas de trabajo de seis a siete y media diarias.[9] Poco después, el turno de ocho horas diarias de las minas de carbón se extendió cuarenta y cinco minutos, a partir de lo cual se pagaban a los mineros las horas extra un 25 por ciento más que la hora normal, además de primas adicionales por aumentos de productividad. La producción se aumentó aún más pasando de tarifas sencillas a tarifas de destajo siempre que era posible, aunque esto podía ser contraproducente ya que colocaba en una relativa desventaja a hombres cualificados.*

Los obreros del metal y la construcción —y en menor medida los mineros— pertenecían a la aristocracia obrera del Tercer Reich. A fin de completar el panorama industrial, debemos tener en cuenta también a los grupos relativamente perjudicados, tales como las obreras, los trabajadores de la producción de artículos de consumo, los peones y los trabajadores en industrias caseras (*Heimarbeiter*).

Las obreras recibían una tercera parte menos que los hombres de cualificación equivalente (en 1937, la tarifa media para obreros especializados masculinos era 78 $^1/_2$ pfennigs por hora, y para las mujeres, 51 $^1/_2$ pfennigs),[10] y formaban así una reserva de mano de obra barata, especialmente en el campo. Así, las tarifas oficiales para las obreras eran, en la industria del juguete de Turingia, 30 pfennigs, en la industria del metal 38 pfennigs y en las fábricas de uniformes 45 pfennigs la hora, aunque gracias al trabajo a destajo podían llegar a un promedio de 40, 45 y 60 pfennigs respectivamente.

Se ha hecho ya referencia al hecho de que algunas ramas de la industria del vestido redujeron los salarios durante el Tercer Reich. En 1937 se despojó, además, a jóvenes obreros textiles solteros, que hacían horarios reducidos, de la ayuda por desempleo, obligándoseles a buscar otras ocupaciones.[11]

En cuanto a los peones y obreros no especializados peor pagados (tarifa media por hora: 50 pfennigs), su poder adquisitivo descendió un 15 por ciento durante los primeros años del Tercer Reich, pero más adelante las cosas mejoraron. A fin de utilizar más plenamente la mano de obra disponible, el régimen creó programas de adiestramiento industrial, de lo cual se beneficiaron algunos obreros no especializados, mientras otros aprovechaban las oportunidades de trabajo a destajo.

* Un programa de radio titulado "El problema de las primas en la minería" citaba a un minero especializado, que ganaba 86 pfennigs a la hora, y que deseaba realizar trabajo semiespecializado, en el que habría podido ganar hasta 1,30 marcos.

Indiscutiblemente, el segmento inferior de la fuerza laboral en tiempo de paz eran el medio millón aproximado de "trabajadores a domicilio". Los hombres conocidos como "comisarios del trabajo" (plenipotenciarios regionales del Ministerio del Trabajo) se vieron en dificultades para poner en práctica una legislación protectora, puesto que las industrias caseras estaban por definición situadas en las zonas más atrasadas económicamente y menos adaptables a una vigilancia completa. El caso de las treinta trabajadoras de la industria del metal, en Silesia, que sólo cobraban 20 pfennigs la hora un año antes de la guerra [12] y se veían obligadas a complementar esto dedicándose parte del día a la prostitución, quizá no fuera típico, pero demuestra en qué medida algunos trabajadores eran vulnerables a la explotación.

Esta explotación no era necesariamente deliberada; a consecuencia de la depresión, muchos pequeños patronos que habían conseguido escapar a la quiebra se vieron obligados a mantener bajos los gastos generales, en contra de la ley, práctica tolerada por el Frente del Trabajo, el cual se daba cuenta de que la insistencia en el pago de los salarios oficiales podía minar la viabilidad de las pequeñas empresas.

Sólo a partir de 1937 el Frente del Trabajo puso realmente en práctica una supervisión enérgica de las normas salariales, factor que, junto con la congelación de salarios, explica por qué, en una situación próxima al pleno empleo, más de 10 millones de personas —el 16 por ciento de la población— seguían recibiendo aquel año subsidios o paquetes de la Ayuda Invernal.[13]

Con la mano de obra convertida nuevamente en un artículo escaso, las pequeñas y medianas empresas se vieron de nuevo en desventaja en comparación con competidores mayores que podían ofrecer mayores ganancias marginales y tenían "mano" con las oficinas de trabajo; y los empleados de las pequeñas se beneficiaban de este problema de sus jefes. La competencia en cuanto a mano de obra llevaba a las empresas a hacer ofertas salariales contrarias a la política económica general. Para remediar esto, en verano de 1938 Goering dio poderes a los comisarios del trabajo para que fijasen salarios máximos —y no mínimos como antes— en ciertas industrias, y el Ministerio del Trabajo publicó esta característica directriz en 1939:

"Las firmas pueden pagar trece meses de salario al año, si esto es lo que hacían antes del verano de 1938. Pueden dar también a los productores subsidios económicos para gastos importantes como los que se efectúan en la compra al por mayor de carbón y patatas. Pueden además conceder subsidios a sus empleados en relación con la compra de casas o de un Coche del Pueblo (*Volkswagen*) y gastos de vacaciones, dándoles premios a la lealtad si llevan cinco años o más empleados, pero no deben ofrecer pluses fijos por hijos o matrimonio. Si se proporcionan comidas calientes al personal, éste debe pagar al menos una tercera parte de su coste." [14]

A pesar de estas detalladas instrucciones, el problema siguió presentándose. En 1941, el Ministerio de Trabajo dio instrucciones a los comisarios de trabajo para que anulasen los aumentos de salarios resultantes de mejores técnicas y no de un mayor esfuerzo por parte de los obreros, y para que investigasen los "pagos bajo mano", ascensos injustificados, las entregas de pólizas de seguro y primas de salud, bonificaciones por alquiler, etcétera.*

Pero, a partir de 1941, las ventajas de que seguían gozando los obreros —es decir, los que aún no habían sido movilizados— explotando su propia escasez fueron progresivamente anuladas por el descenso en el valor real de los salarios. El suministro de bienes de consumo así como de ciertos comestibles era cada vez más reducido, de modo que los aumentos en los salarios se vieron en gran medida absorbidos por compras suplementarias en el mercado negro. Además, las muchas horas de trabajo, aumentadas aún más por los desplazamientos en la oscuridad y por los demás trastornos que ocasionaban los bombardeos, dejaban a los obreros relativamente poco tiempo libre.

El promedio de horas de trabajo no aumentó apreciablemente durante algunos años después de la toma del poder. Durante la reabsorción por la economía de grandes cantidades de personal sin empleo, el gobierno decretó con cierta frecuencia horarios cortos de trabajo: en el verano de 1934 se dio instrucciones a las fábricas de fibra para que limitasen la semana de trabajo a treinta y seis horas, y sólo los obreros empleados para trabajar menos de dos terceras partes de ese tiempo tenían derecho a los beneficios del seguro social. En 1936 terminaron las reducciones oficiales de horas de trabajo, pero el curso de la producción dependía a menudo de la fluctuante asignación de materias primas, afectada por el programa de autarquía.[15] Como los horarios de trabajo de las firmas con contrato militar dependían de la entrega de materias primas por parte de la Wehrmacht y los plazos de entrega oficiales eran invariablemente cortos, estas firmas tenían períodos de enorme trabajo, con horas extras, alternados con períodos de horario corto y días de descanso.

Había naturalmente grandes diferencias entre las industrias de bienes de consumo y las de bienes de producción. Durante el último año antes de la guerra, una parte de la mano de obra de la industria textil todavía trabajaba menos de cuarenta horas a la semana,[16] mientras que las industrias del metal, carbón y construcción funcionaban a base de doce o incluso catorce horas al

* Al director de una empresa de Westfalia le fue impuesta una multa de 30.000 marcos por aumentar el salario a setenta y tres de sus obreros, pagarles el transporte y modificar los precios a destajo para beneficiar a los obreros de mantenimiento. Las empresas que concedían salario mayor a los recién casados para que pudiesen fundar una familia colocaban a los delegados en un aprieto. No se sabe cómo resolvieron este dilema sin transgredir las directrices económicas y eugenésicas del régimen.

día.[17] Dentro de las diversas ramas de la industria, en 1939, los horarios de trabajo eran hasta un 10 por ciento más largos que antes de la Depresión [18] (hay que recordar que durante los años treinta los horarios de trabajo habían sido reducidos por el presidente Roosevelt en Estados Unidos, por el gobierno del Frente Popular en Francia e incluso por el régimen de Mussolini en Italia). En el curso de la guerra, el promedio de la semana de trabajo para los hombres aumentó lentamente al principio: de cuarenta y nueve horas en 1939 a cincuenta y dos en 1943, después de lo cual subió a sesenta (setenta y dos en las industrias clave, tales como la producción de aviones). Esta retrasada totalización del esfuerzo bélico implicaba cincuenta y seis horas de trabajo en la industria por parte de las mujeres; incluso los empleados de los bancos trabajaban cincuenta y tres horas.[19]

El inevitable corolario del aumento de las horas de trabajo fue el empeoramiento de la salud de los obreros. Mientras la mano de obra industrial del tiempo de paz aumentó aproximadamente en un 50 por ciento (de 13,5 millones en 1933 a 20,8 millones en 1939), el número de accidentes y enfermedades relacionados con el trabajo aumentaron en un 150 por ciento (de 929.000 a 2.253.000). El número de enfermedades laborales se triplicó sobradamente (de 7.000 a casi 23.000), y los accidentes mortales aumentaron dos veces y media (de 217 a 525).[20]

Esta tendencia negativa general no resulta sorprendente, si se tiene en cuenta, por ejemplo, el aumento del horario diario en un 25 por ciento entre los mineros del plomo y del zinc. Pero el negro cuadro sugerido por estas cifras requiere explicación. La mano de obra empleada en 1932-33 representaba una élite formada por los más capaces y hábiles, mientras que el pleno empleo ocupó después a hombres menos aptos y eficientes. En 1929 —el último año de prosperidad— había habido sesenta y un casos de accidente y enfermedad laboral por mil obreros asegurados.[21] En 1932, el año cumbre de la Depresión, esta cifra había descendido a treinta y nueve. En 1937, con la cifra de empleo algo más elevada y el nivel de vida algo más bajo que en 1929, hubo sesenta y seis de estos casos. El verdadero aumento en comparación con la situación de Weimar no puede juzgarse con precisión mediante estas estadísticas, ya que en el Tercer Reich tanto los médicos de las fábricas como los doctores de la *Krankenkasse* estaban menos dispuestos que antes a conceder bajas e insistían más en una pronta vuelta al trabajo. Aun así, las cifras hablaban por sí mismas. En junio de 1938, el régimen promulgó una ley de servicio obligatorio según la cual todos los obreros podían ser objeto de "reclutamiento laboral", es decir, transferidos a obras de fortificación en la Muralla del Atlántico o canalizados hacia industrias esenciales. Al mismo tiempo que se aumentaba la "mano de obra industrial de guerra", esta extracción de obreros de sectores no esenciales —desde la venta calle-

jera hasta la fabricación textil— precipitó un aumento en la proporción de accidentes y enfermedades industriales. Y, sin embargo, el promedio de duración de la ausencia del trabajo por caso individual de enfermedad —4,2 días en 1932— era sólo de 3,2 días en 1937, aun cuando la adecuación media de la mano de obra, más numerosa, era menor que la que mostró la más reducida de 1932. Las interrupciones en el trabajo tuvieron que ser reducidas a un mínimo riguroso. Los "productores" afectados de enfermedades de poca importancia eran pasados a un trabajo que pudieran realizar a pesar de su ligera desventaja. Los casos más graves eran rápidamente reintegrados al proceso de producción dándoles un trabajo ligero durante la convalecencia, a lo cual seguía una gradual intensificación de sus tareas. Las Industrias Nacionales Hermann Goering, pioneras de esta forma de rehabilitación acelerada, proclamaba en 1940 que el promedio de duración de las enfermedades entre su personal no llegaba a la mitad del de la industria en general.[22]

El hecho de que, a pesar de los horarios de trabajo más largos, el reclutamiento laboral y el esfuerzo excesivo, estimulado por las elevadas primas,* la salud de los obreros no empeorase aún más era resultado del papel central que desempeñaban los "beneficios extra" en el programa industrial del Tercer Reich. Dado que la amplia aplicación de la congelación salarial eliminó en gran medida las formas tradicionales de incentivo industrial, las recompensas sustitutivas asumieron una importancia mucho mayor.** La propia satisfacción sustituyó a los sobres de paga como incentivo en el trabajo y fue mostrada al extranjero como elemento de "socialismo de los hechos", versión nazi del socialismo que pretendía una identidad de interés entre patronos y obreros, unidos en la comunidad empresarial. El régimen introdujo la idea engañosa de dicha comunidad en el vacío que había creado aboliendo semánticamente los patronos y eliminando físicamente los sindicatos. Esta comunidad

* El número de casos de la antes infrecuente *Schipperkrankheit* (lesión de los discos de la columna vertebral) entre los obreros que trabajaban en la construcción de autopistas, fue atribuida a los intentos de los trabajadores a destajo de ganar el máximo, trabajando hasta diez horas diarias con sólo una breve pausa para almorzar. (Cf. Dr. L. De buch, "Die Scripperkrankheit und ihre Bedeutung", en la *Deutsche Medizinische Wochenschrift,* 6 de noviembre de 1936, p. 1837.)

** En 1938-1939, 164.000 empresas participaron en el concurso para la elección de la empresa modelo nacionalsocialista. De 50.000 empresas estadísticamente analizadas, 2.500 empleaban a médicos, a jornada completa o a tiempo parcial; en 4.800, recibían asistencia médica 600.000 obreros; 4.000 estaban provistas de botiquín; 1.000 empleaban a asistentes sociales; 5.000 concedían permisos extraordinarios a las futuras madres, disponían de salas de descanso para las jóvenes madres y concedían subsidios por matrimonio y por hijos; 1.700 abonaban la diferencia entre el salario y el seguro de enfermedad; 1.000 añadían dinero a las pensiones de vejez; 5.600 pagaban pensiones suplementarias a viudas y huérfanos. (Cf. Hilde Oppenheimer-Blum, *The Standard of Living of German Labour under Nazi Rule,* New School for Social Research, Nueva York, 1943, p. 66.)

estaba formada alrededor de la empresa, que se rodeaba de un consejo de confianza que representaba a los "productores". Esta especie de representantes gremiales eran básicamente representantes del Frente del Trabajo (aunque en los primeros años del régimen funcionaron realmente procedimientos de elección), y sus derechos respecto al director de la empresa eran lo suficientemente limitados como para que no violasen el "principio de autoridad" industrial. Aun cuando una mayoría de miembros del consejo se opusiera a una directiva del jefe de empresa, la orden permanecía vigente en espera de la decisión de los comisarios de trabajo. La presentación de quejas por parte del consejo a los comisarios podía incluso ser punible si éstos las consideraban injustificadas. Los comisarios podían ejercer poderes de intervención en casos de disputa entre jefes de empresa y productores o divergencia entre directrices de la empresa y normas del gobierno. Pero, a pesar de estas formas de control, los patronos siguieron dominando la situación. Si —según la habitual jerga militar del líder del Frente del Trabajo Robert Ley— los obreros eran "soldados del trabajo", se desprendía de ello que las relaciones ideales entre jefes y productores eran las que se dan entre oficiales y soldados.

¿Pero cuál era la relación entre patronos y Frente de Trabajo? Este es un punto importante, puesto que no faltaban obreros que veían en el Frente un reflejo de un verdadero sindicato. La respuesta es simple: cuanto más pequeña era una empresa, más expuesta estaba a interferencias por parte del Frente de Trabajo; y viceversa, cuanto más grande, mayor era la inmunidad de que gozaba. Dentro de la estructura de la jerarquía nazi, complicada pero básicamente sencilla, un gran industrial tenía inevitablemente acceso más fácil a las palancas del poder que un subordinado del doctor Ley. La tendencia de los obreros a considerar al Frente del Trabajo en términos sindicales estaba vinculada con la predilección de los funcionarios del Frente por imponer su voluntad a los pequeños patronos. El código laboral nazi jugaba mucho con un concepto llamado "honor social" —atributo al parecer común a patronos y empleados—, y había tribunales especiales que juzgaban las violaciones del código de honor social, por ejemplo abuso de una posición de poder dentro de la empresa, explotación mal intencionada de la mano de obra, dañar el honor de un miembro de la empresa, quebrantar la paz industrial, incitar a los productores contra el jefe de empresa, etc. El máximo castigo que podían imponer los juzgados de honor por faltas como éstas era la expulsión sin aviso de un empleado o la revocación de la calificación de un patrono como jefe de empresa.

Los empresarios comparecían ante los juzgados de honor social mucho más a menudo que los trabajadores. Así, en 1935, de un total de 223 casos sólo dieciocho se referían a violaciones del código de honor por parte de empleados. Entre los patronos, los propietarios de pequeñas firmas eran objeto

de la mayor parte de las acusaciones. Aun así, su castigo no solía ser severo.* En 1935, de más de 200 patronos acusados, nueve perdieron totalmente el derecho a dirigir sus negocios.[23]

El tribunal de honor social funcionaba junto con los tribunales laborales que tradicionalmente habían arbitrado en litigios referentes a despidos injustificados, es decir, en casos de obreros despedidos sin el debido aviso. En 1929 habían examinado más de 400.000 casos semejantes. Después de 1933, el Frente del Trabajo monopolizó el acceso a los tribunales laborales, y como su intención era reducir la litigación innecesaria, en 1940 los casos presentados a aquellos tribunales habían descendido a un quinto de la cifra anterior a la Depresión.[24]

El plazo de aviso para los obreros industriales (a partir de un año de antigüedad) era de una semana a una quincena antes de mediados o finales de mes. Los obreros de cuello blanco tenían derecho a seis semanas antes del final de cada trimestre; este signo de diferenciación persistió a pesar de hablarse mucho sobre la comunidad del pueblo y la comunidad industrial. Los obreros de cuello blanco —conocidos como el "proletariado de cuello de pajarita"— se habían mostrado neuróticamente temerosos de verse reducidos a la verdadera condición proletaria en el momento de la Depresión. En realidad esto no había ocurrido, ni en términos de desempleo ni en cuanto a reducciones de salario. Mientras la Depresión arrojó al desempleo a uno de cada tres obreros industriales aproximadamente, "sólo" un obrero de cuello blanco de cada diez pasó a engrosar las colas del subsidio. Las ganancias semanales efectivas de los primeros bajaron en un 33 por ciento entre 1929 y 1933; las de los últimos descendieron de un 17 a un 20 por ciento.[25]

Pero la instauración del Tercer Reich dio lugar a que los camisas pardas rivalizasen con los cuellos de pajarita en los puestos privilegiados de las oficinas, puesto que la nazificación del personal asalariado (así como de otros sedicentes grupos de la *Mittelstand*) era tanto una cuestión de autosugestión como de verdadero cambio social. A finales de 1933, el personal de oficina asalariado formaba casi una quinta parte y los obreros industriales menos de un tercio del total de miembros del partido nazi, lo cual significaba que, en comparación con su distribución por todo el país, los obreros de cuello blanco estaban super-representados en un 65 por 100 y los de cuello azul subrepresentados en un 30 por ciento.[26] (En Berlín, por ejemplo, menos de la mitad de todos los funcionarios principales de la organización del partido eran personal de oficina asalariado.)

* Por ejemplo, durante la guerra, a un capataz de una empresa textil le fue impuesta una multa de 100 marcos por golpear a las obreras que desconectaban sus máquinas minutos antes de que acabase su turno y no las limpiaban como era debido (cf. *Hamburger Fremdenblatt,* 8 de mayo de 1942).

El destino económico de los cuellos blancos bajo el Tercer Reich dependía menos de la deuda de gratitud del régimen respecto a un grupo social fuertemente entregado a su servicio que de factores objetivos de desarrollo económico. A mediados de los años treinta, una nueva ola de racionalización y modernización promovió a la población de cuello blanco tanto en lo referente a su número absoluto como en cuanto a su importancia relativa dentro de la industria en general.* En 1938 la mano de obra industrial mostraba un aumento del 10 por ciento con relación a 1929, y la de cuello blanco del 25 por ciento: 4 millones en comparación con 3.200.000. Esto significaba que la proporción de obreros de cuello blanco con respecto a los demás obreros, que había sido 1:13 en 1895, 1:9 en 1907 y 1:5 en 1933, se aproximaba a 1:4 en 1939. En este último año, los ingresos reales de los obreros de cuello blanco habían aumentado también en un 10 por ciento con respecto al promedio de 1928, mientras que los ingresos de los obreros industriales apenas se habían situado al nivel anterior a la Depresión.

Sin tener en cuenta las industrias en alza, el trabajo a destajo y las horas extra, las ganancias de los dos grupos siguieron una tendencia divergente. La paga media de los obreros industriales representaba el 53 por ciento de los ingresos de los cuellos blancos en 1929, pero sólo el 50 por ciento en 1936.**

Desde el punto de vista de la comunidad del pueblo, las distinciones sociales entre empleados asalariados y obreros industriales eran probablemente incluso más anómalas que las económicas. Las reformas que concedieron a los obreros industriales de cierta antigüedad la misma seguridad en el empleo que al personal de oficinas nunca se pusieron en práctica, persistiendo las distinciones en cuanto a posición social, pensiones, seguro e incluso formas de tratamiento ("usted" para los obreros de cuello blanco y el menos respetuoso "tú" para los obreros industriales).[27]

A fin de eliminar otra forma de distinción —la obligación de fichar a la entrada para los obreros industriales— el doctor Ley, infinitamente lleno

* Este proceso se relacionaba también, hasta cierto punto, con la integración de muchas personas que habían trabajado hasta entonces por su cuenta en el grupo de los empleados. En 1938, el 7 1/2 por ciento de este grupo ganaba más de 50 marcos al mes, frente al 5 por ciento en 1929. Entre los obreros industriales no se observaba un ascenso comparable: en 1929, el 38 por ciento ganaba, como promedio, más de 36 marcos a la semana; en 1938, la proporción era del 33 1/2 por ciento (cf. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 43).

** En este año, las cantidades reales eran, como promedio, 1.373 y 2.727 marcos por año, respectivamente (cf. *Wirtschaft und Statistik*, n.° 23/1938). Por comparación, el salario anual promedio de los dentistas era de 7.300 marcos, el de los abogados 10.850 marcos, el de los médicos 12.500 marcos, y el de los altos funcionarios (como los secretarios de estado) 26.500 marcos (cf. Jack Schiefer, *Tagebuch eines Wehrunwürdigen*, Grenzland, Aachen, 1947, p. 233).

de recursos, sugirió dianas en las empresas (variaciones industriales de la asamblea matinal de las escuelas) como ceremonia conjunta antes de empezar el trabajo tanto en las oficinas como en las fábricas.

La idea no tuvo mucho éxito; como tampoco el "plan familiar de empresa", de Ley, según el cual tríos formados por el jefe de empresa más un obrero de cuello blanco y otro industrial convivían durante una semana en hogares de vacaciones del Frente del Trabajo; una fotografía de una de estas celebraciones de fin de semana * mostraba al patrono y a sus empleados de pie a ambos lados de una zanja y estrechándose la mano por encima del abismo simbólico, mientras una bandera con la esvástica ondeaba por encima de sus cabezas.[28]

Bajo un plan, también de corta duración, jefes de empresas prepararon veladas de cerveza y salchicha en las que todos los participantes se tuteaban. Pero, a pesar de lo absurdo de estos planes, los esfuerzos del régimen por salvar el vacío entre los dos lados en la industria tuvieron bastante éxito. Aunque a la clase obrera se le negaba el derecho a aprovecharse de su propia escasez, su situación mejoró —si bien modestamente— en relación con los primeros años treinta. Los beneficios extra, aunque sólo eran un sustitutivo de salarios más elevados, tenían atractivos que no se ponían en duda: se construyeron casi 60.000 nuevas viviendas para obreros por empresas que competían en el Concurso Nacionalsocialista de Empresas Modelo.[29]

Las vacaciones eran otra ventaja extra que causaba amplia satisfacción entre la clase obrera. En primer lugar, se doblaron prácticamente las vacaciones pagadas, con respecto al promedio de tres a ocho días bajo Weimar (según la antigüedad) hasta seis y quince días.[30] En segundo lugar, se dio por primera vez a grandes sectores de la clase obrera la oportunidad de pasar las vacaciones lejos de casa. "A la Fuerza por la Alegría", la superagencia de descanso programado del Frente del Trabajo, promoviendo incansablemente clases nocturnas, actividades culturales, recitales, exposiciones de arte móviles, reservas en bloque de butacas en teatros, etcétera, así como programas realmente masivos de deportes y gimnasia, era en primer lugar y sobre todo la gigantesca agencia de viajes no comercial del régimen.

El ocio no organizado habría constituido un vacío ** en la estructura de la existencia cotidiana nazi, y el totalitarismo siente horror al vacío. "Gran parte de la actividad física, mental y nerviosa como por ejemplo la música, las competiciones deportivas, las labores caseras, etc., nunca se paga en absoluto", escribió en los años veinte el ingeniero Arnhold, ideólogo de "A la Fuer-

* Publicada en *Arbetertum*, revista del Frente del Trabajo.

** Metódicos como siempre, los nazis calcularon la magnitud de este vacío potencial en 3.740 horas anuales (cifra obtenida de la sustracción del 24 por ciento de tiempo de trabajo y del 33 1/3 por ciento de tiempo de sueño del total de 8.760 horas del año) (cf. Franz Neumann, *Behemoth*, Nueva York, 1942, p. 429).

za por la Alegría".[31] "El problema de la moderna eficiencia humana es hacer que esta tremenda energía espiritual y emocional esté disponible para la producción de bienes."

Aunque ésta era la motivación objetiva que movía a "A la Fuerza por la Alegría", proporcionaba una gran cantidad de beneficios a muchos obreros alemanes, especialmente en cuanto a las vacaciones. Los buques de la organización, símbolos relucientes de la comunidad del pueblo, proporcionaban idéntico acomodo para tripulación y pasajeros. Eran el centro de atención de todos los ojos (incluidos los extranjeros amigos).[32] "El obrero ve que somos serios a la hora de elevar su posición social", proclamaba el doctor Ley. "No son las llamadas clases educadas a las que enviamos como representantes de la nueva Alemania, sino a él" [*sic*].[33]

Los pasajeros de los cruceros de placer, a Madera, por ejemplo, o a los fiordos noruegos, formaban un compuesto social en el que los obreros, aunque no predominaban, estaban fuertemente representados. Formaba parte del ritual de los cruceros el que todos los pasajeros, desde el más encumbrado director —solía incluirse deliberadamente a un miembro de esta rara especie— hasta el más humilde, tenían que echar a suertes la distribución de los camarotes.[34]

Ciento ochenta mil alemanes participaron en cruceros en 1938 y 10 millones —de ellos las tres quintas partes obreros— realizaron viajes de vacaciones de "A la Fuerza por la Alegría" de todos los tipos.[35] Dado que la población laboral era de 20 millones de personas, ello significa que un obrero de cada 200 hizo un viaje por mar al extranjero, y uno de cada tres * pasó algún tiempo fuera de su residencia habitual. Decimos *algún* tiempo: las estadísticas de la delegación de "A la Fuerza por la Alegría" de Mannheim, por ejemplo, mostraban que 100.000 obreros participaron en excursiones de unos pocos días, 11.000 en viajes de dos semanas, y apenas 1.000 en cruceros al extranjero.[36]

Una semana en las montañas del Harz costaba 28 marcos; una semana en la costa del mar del Norte, 35 marcos; una quincena en el lago Constanza, 65 marcos, y un viaje por Italia, 155 marcos.[37] Las estadísticas de Mannheim resultan comprensibles si se tiene en cuenta que el salario medio semanal de un obrero industrial equivalía al precio de una estancia de una semana en el Harz (aunque hay que tener en cuenta también que muchos patronos financiaban total o parcialmente los viajes de sus empleados). De todos modos, entre 1932 y 1938, el volumen de turismo se duplicó,** entre otras cosas por-

* De una muestra de 350 familias obreras entre las que hizo una encuesta el Frente del Trabajo en 1937, 130 no podían gastar ningún dinero en salidas al campo en los días de fiesta. (Cf. Theodor Bühler, *Deutsche Sozialwirtschaft*, Kohlhammer, 1943, p. 47.)

** En 1932, se produjeron 3,5 millones de registros individuales en hoteles, pensiones

que "A la Fuerza por la Alegría" orientaba a viajeros de pocos recursos hacia zonas anteriormente no frecuentadas, como los bosques de Baviera, las zonas del Rhön y del Eifel y los lagos de Masuria. Muchos de los obreros que, aparte de los desplazamientos a que les obligaba la movilización, probablemente nunca habrían viajado más allá de los alrededores de su ciudad natal, figuraban entre los beneficiarios más evidentes del "socialismo de los hechos" que los nazis proclamaban haber establecido. El término "socialismo", utilizado invariablemente para calificar las innovaciones del régimen en el terreno laboral, se aplicaba también a los planes de "autoinspección" y "autocálculo", experimentado por primera vez en las fábricas de motores Kloeckner-Humboldt-Deutz. Los "autoinspectores" eran obreros muy adictos a la empresa cuyo trabajo estaba libre de la supervisión de los inspectores. Este era un honor puramente moral; la recompensa de estos hombres consistía en una placa colocada en sus bancos de trabajo. Los "autocalculadores" eran obreros especialmente rápidos autorizados a fijarse ellos mismos el tiempo por pieza. Gozaban de un pequeño margen de independencia, así como la posibilidad de mejorar sus ingresos, pero a costa de sus compañeros, puesto que la dirección pronto ajustó los tiempos generales de trabajo a la productividad de los autocalculadores. Las fotografías en la prensa mostraban a familias de obreros de la Kloeckner, muy endomingadas, solemnemente congregadas alrededor de la placa "Me inspecciono yo mismo" del banco de trabajo de papá.

En este caso, "socialismo" significaba, por una parte, que la empresa se ahorraba personal de inspección, y por otra, que algunos obreros se beneficiaban a expensas de los demás.[38]

Junto a esta dudosa acepción de la palabra "socialismo" donde habría sido más adecuado decir "socialdarwinismo", hay que mencionar algunos ejemplos de la solidaridad que siguió existiendo entre los obreros alemanes después de la toma del poder de los nazis. Al aplastamiento del movimiento sindical, en 1933, siguió el juicio de un gran número de sindicalistas por actividades anteriores y posteriores (clandestinas) a la implantación del régimen, en una serie de "juicios monstruo" (llamados así porque implicaban a centenares de acusados). En 1936 y 1937, años en que comenzó a producirse el pleno empleo, se dio una latente inquietud obrera en la que —según una quejumbrosa memoria de Schacht a Hitler[39]— jugaron un papel un tanto equívoco algunos funcionarios locales del Frente del Trabajo. Se produjeron en la industria del motor una serie de huelgas relámpago, con carácter esporádico y efectos muy variables.

---

y fondas, con un total de 46,5 millones de noches pasadas en ellos, frente a 27,5 y 109,5 millones, respectivamente, de 1938. (Cf. *Statistisches Jahrbuch für Deutschland 1939-1940*, pp. 76-77.)

Así fue como un paro de diecisiete minutos en la fábrica Rüsselsheim Opel, en junio de 1936, por el que 262 obreros protestaron contra una reducción salarial (producida por una reducción de horarios y por escasez de materias primas), tuvo como resultado la inmediata detención de siete "cabecillas" y la inclusión permanente de otros treinta y seis en la lista negra de la Opel,[40] mientras que una huelga de seis horas en la fábrica Alte Union de Berlín-Spandau, unos meses más tarde, consiguió evitar una inminente reducción salarial.[41]

Con el paso del tiempo, la brutal reacción del régimen ante toda manifestación de descontento se vio hasta cierto punto mitigada por la reducción del mercado de trabajo (el cual llevó incluso a la escasez de personal en las oficinas estatales de colocación). Un nuevo relajamiento de la disciplina laboral fue provocado por el estallido de la guerra. Se dieron casos aislados de huelga incluso durante la contienda (por ejemplo, entre los mineros del Ruhr, los dockers de Hamburgo y los obreros portuarios de Dortmund).[42]

Aunque la oposición obrera durante la guerra fue mucho menor de lo que había previsto la Gestapo, Ley se vio movido a declarar: "Un soldado no es un miembro de una solidaridad, sino un camarada empeñado en una noble competición de esfuerzos y logros. Obreros alemanes, abandonad vuestra anticuada e importuna solidaridad y sed buenos camaradas en las realizaciones positivas; así seréis buenos socialistas".[43]

Uno de los principales impedimentos a la solidaridad obrera fue la progresiva dilución de la población laboral alemana que se produjo durante la guerra por la presencia de los trabajadores extranjeros (tanto los prisioneros como los libres). Además, el régimen creó un férreo sistema de eliminación de elementos perturbadores: el reclutamiento laboral. Según la ley de servicio industrial, 40.000 obreros * de toda Alemania fueron literalmente sacados de la cama, en junio de 1938, y enviados a la construcción de las fortificaciones de la muralla occidental. Otro factor disuasivo contra la rebeldía obrera, aplicado durante la guerra, era la facultad que tenían los jefes de empresa de conceder o negar exenciones del servicio militar a sus trabajadores.

En septiembre de 1939 fueron anuladas algunas medidas encaminadas a proteger al obrero de la explotación, tales como las limitaciones a los horarios de trabajo y la obligación de retribuir mejor las horas extra y el trabajo nocturno; pero esto tuvo sólo carácter temporal debido a la resistencia de los

* No debe deducirse de esto que la totalidad —o incluso necesariamente la mayoría— de estos obreros fuesen agitadores. La mayoría de los que participaron en la construcción de la muralla occidental se habían sentido atraídos por los salarios relativamente elevados y la posibilidad de hacer horas extraordinarias. Además, el Frente del Trabajo se aplicó ampliamente a entretener a la gran cantidad de mano de obra emigrada organizando nada menos que 300 sesiones de cine o musicales por noche. (Entrevista con Tim Mason, Londres, enero de 1967.)

trabajadores, y, lo que es más importante, por la política del régimen de popularizar la guerra mitigando sus efectos sobre la población civil. Hasta el momento del ataque a la Unión Soviética, en 1941, algunas categorías de obreros especializados, incluso después de ser movilizados, podían ser devueltos a sus fábricas con permiso de trabajo.[44]

Después de la vacilación inicial de la época de la guerra en materia de horarios de trabajo, la jornada laboral se prolongó de modo gradual pero inexorable. En 1944, el promedio de la semana de trabajo era de 60 horas, y de 72 en las prioritarias industrias de armamento.[45]

Las incursiones aéreas afectaron a la industria de diversas maneras, aparte de los daños y trastornos inmediatos. El traslado de factorías urbanas a zonas rurales donde los salarios eran más bajos * afectó al nivel de vida de los obreros evacuados. El nivel de vida general se vio también modificado —aunque de modo más diverso— por las reformas salariales implantadas en 1942 por el Comisario de Movilización de Mano de Obra, Sauckel, con el fin de elevar la producción. El plan Sauckel iba encaminado a obtener una mayor producción sin aumentar los gastos de las empresas, es decir, pagando proporcionalmente más a los obreros de productividad elevada. Esta otra aplicación del "socialdarwinismo" a la industria significaba que, después de la reforma de Sauckel, un obrero tenía que producir 115 tornillos para conseguir la misma ganancia que antes obtenía con 100.[46]

La guerra colocó al obrero alemán en un contexto de mayor esfuerzo, pero, en un cierto sentido, fue objeto de mayor atención que antes. Las empresas trataban de contrarrestar la pobreza vitamínica de la alimentación distribuyendo comprimidos entre sus empleados, y luchaban contra la fatiga de éstos alternando el trabajo con sesiones de educación física (con lo cual, de hecho, alargaban la jornada laboral). Las empresas con cantina procuraban añadir algún extraordinario a las escasas comidas; otras proporcionaban acomodo temporal a los obreros que no podían trasladarse del trabajo a sus casas y viceversa debido a los trastornos resultantes de las incursiones aéreas.

En general, la disciplina en el trabajo siguió siendo alta,** hasta el punto que la producción de armamento aumentó en un 230 por ciento entre 1941 y 1944 (durante cuyo período la mano de obra utilizada aumentó sólo en un 28 por ciento).[47] Albert Speer, cerebro de este milagro económico de guerra, tenía razón al proclamar que aquel esfuerzo contribuyó a retrasar en dos años la derrota de la Alemania nazi.

* Durante la guerra, el salario base por hora de los trabajadores de Pomerania era de 50 pfennigs, contra 90 en Hamburgo.

** Esto se debió también, en parte, a la severidad de la legislación. Ésta disponía tres meses de prisión por retrasos, un año por negarse a hacer horas extraordinarias y dos años por faltar dos veces al trabajo (cf. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany*, Nueva York, 1945, p. 182).

En otras palabras, la clase obrera a la que Carlos Marx había considerado vanguardia del proletariado internacional (y Lenin el punto de apoyo de la transformación revolucionaria de Europa después de la guerra) prolongó en gran medida la vida del Tercer Reich mediante esfuerzos enormes que casi llegaron a dar a aquél la victoria.

¿Qué motivó la actitud de los obreros alemanes? Por una parte, un intenso nacionalismo y el revanchismo contra los aliados, y, por otra, la satisfacción por el progreso en su situación material (progreso tanto real como imaginario). La victoria sobre la Depresión que personificaron los nazis no significaba solamente que todo el mundo volvía a tener trabajo; la expansión inicial, del 50 por ciento, de la población laboral del tiempo de paz (de 13,5 a 20 millones), seguida de la inflación y dilución producidas durante la guerra, elevó a miles de obreros alemanes a puestos de supervisión: por ejemplo, no era extraño que un controlador de peso de la zona de Aachen fuese enviado a Donbas en calidad de inspector de minas de carbón, o que un electricista de mantenimiento de la Krupp desempeñase el cargo de director de empresa en Krivoi Rog.[48]

Durante los últimos años del Tercer Reich, los obreros se mostraron más identificados con el resto de la sociedad alemana que en las etapas finales del Imperio o de la República de Weimar. Este fenómeno puede explicarse como resultante del nacionalismo, por una parte, y del aburguesamiento por otra, medios ambos muy efectivos para lograr una integración social.

El nacionalismo nazi, con su cabeza visible, el ex obrero Hitler, convirtió al más humilde de los alemanes en un miembro de la "raza dominante" de Europa. Y el aburguesamiento que en parte consiguieron imponer significaba que, mediante la compra de aparatos de radio, entradas para el teatro, viajes de "A la Fuerza por la Alegría" y Coches Populares (de entrega diferida), los obreros podían desprenderse de su condición proletaria.

## 14

# EL CONSUMO

Entre 1932, último año de Weimar, y 1938, último año completo de paz del nazismo, la producción alemana de artículos alimenticios aumentó en una sexta parte, la de artículos de vestir y productos textiles en más de una cuarta parte, y la de muebles y artículos domésticos en más de la mitad.[1]

Estas cifras parecen impresionantes, incluso consideradas en relación con un crecimiento demográfico del 4,5 por ciento, pero la impresión cambia enormemente al compararlas con las estadísticas de consumo de 1928, el último año de la República de Weimar en que la situación económica fue aún normal. Al comparar este año con 1938, se observa que, de los tres aspectos claves del consumo anteriormente citados, sólo los muebles y los artículos domésticos muestran un aumento, y éste puede atribuirse, más que a un aumento del nivel de vida, a la entrega que hacía el régimen de incentivos en metálico a los recién casados. El total de la producción nacional de 1938 excedió al de 1928 en casi un 10 por ciento, pero el aumento de la población y los cambios producidos en el consumo a causa de la Depresión redujeron el nivel general de dicho año [2] (durante la época nazi, el consumo *per capita* de artículos de calidad era menor que el correspondiente a Weimar, mientras que el de productos de baja calidad era mayor).

Sin embargo, el ciudadano medio del Tercer Reich no era propenso a las comparaciones estadísticas retrospectivas. En 1938, la mayoría de la población no sólo se sabía mucho más acomodada que en 1932 sino que —invirtiendo el famoso axioma de Marx según el cual el ser (*Sein*) determina la consciencia (*Bewusstsein*)— también se creía en mejor situación económica que antes de la Depresión.

Uno de los aspectos más notables del Tercer Reich fue su éxito en dar la

vuelta a Marx: en el ámbito del consumo, la opulencia psicológica, más que resultado de la prosperidad material, era su antecesora. Dicho crudamente, esto significa que la satisfacción que sentía el alemán medio, en 1937, por ejemplo, se debía probablemente más a sus esperanzas para 1939 que a su verdadero nivel presente. Estas esperanzas eran tan evidentes que miles de alemanes respondieron entusiásticamente al plan Volkswagen, que preveía la entrega del automóvil al final del período de pago y no, como se hacía en los demás países, al principio.

Incluso en un terreno tan concreto y material como el del consumo, el régimen consiguió crear un clima en el que la propaganda y la autosugestión transformaban la idea que se hacían los alemanes de su situación real. Cuatro años después de la toma del poder, un periódico comentaba "la gran impresión de alegría popular que se siente en los restaurantes, cervecerías y cafés al aire libre, donde a menudo los clientes no pueden permitirse tomar más que una taza de café o un vaso de cerveza".[3] Durante este período de progresiva escasez de mano de obra y niveles de vida indiscutiblemente en alza, en las cafeterías de los alrededores de Berlín todavía se permitía a los clientes hervir el agua de su propio café.

La alimentación es el dato más importante en el análisis del nivel de vida. Cuanto mayor es la proporción de ingresos que se dedica a ella, más bajo es el nivel de vida. En los últimos años treinta, el gasto en comida del alemán medio representaba aproximadamente el 45 por ciento de sus gastos totales (contra el 41 por ciento en el Reino Unido).[4]

El pan era un artículo clave en la dieta alemana, y el régimen dio lugar tanto a un aumento en su consumo —en 1938, el consumo de harina de trigo era una sexta parte más elevado que en 1932[5]— como una reducción fraccional en el precio. Al mismo tiempo, la calidad del pan empeoró; según las nuevas disposiciones, la harina se molía un 5 por ciento más intensamente, y, al disminuir gradualmente el contenido en centeno y trigo del pan, ello se compensaba con una mayor cantidad de harina de maíz y de patata.[6] Según los ingresos del consumidor, el pan servía de "regulador del presupuesto", compensando la escasez de alimentos más caros. En Alemania cumplía claramente esta función, pues el consumo *per capita* de pan de centeno era cuatro veces mayor que en Estados Unidos, aunque el consumo de pan de trigo representaba sólo tres quintas partes del promedio norteamericano.[7]

Durante la guerra, mientras el pan se obtenía libremente en el Reino Unido y Estados Unidos, en Alemania estaba racionado. La asignación del "consumidor normal" fluctuaba entre los 2 y los 2 1/2 kg a la semana, pero la élite de los "obreros extrapesados" recibía el doble; los mineros del Ruhr, por ejemplo, consumían un tercio más de pan en 1942 que en 1936.[8] Naturalmente, la adición de materiales sustitutivos aumentó durante la guerra,

cuando se hizo usual también vender pan del día anterior (porque había que masticarlo más y duraba más). El pan de salvado de la guerra daba lugar a flatulencias, fenómeno que se apreciaba desagradablemente en los lugares públicos. Durante toda la guerra, el suministro de pan siguió siendo relativamente abundante, pero las reducciones (de $2^1/_2$ a 2 kg en 1942, por ejemplo) hacían descender cada vez la moral de la población.

En 1938, los alemanes consumían solamente una octava parte más de carne que durante la Depresión; su consumo anual *per capita* era de 48,6 kg (frente a 64 kg en el Reino Unido y 57 en Estados Unidos).[9] La carne de cerdo representaba más de la mitad de la cantidad total de carne consumida en Alemania, mientras que la proporción de ternera y buey era de menos de la tercera parte de la norteamericana.[10]

Cumpliendo el deber prescrito oficialmente de "desarrollar un estómago político", los alemanes consumieron cada vez más pescado como sustitutivo de la carne, y el consumo de pescado aumentó un 40 por ciento entre 1932 y 1938.[11] El racionamiento de carne en tiempo de guerra no fue muy severo en un principio: 500 gr a la semana (algo menos que en Gran Bretaña) en 1940.[12] En 1942, la ración del consumidor normal fue reducida bruscamente a 300 gramos, o sea sólo una tercera parte del promedio del tiempo de paz. Aun así, los 16 kg al año todavía podían compararse favorablemente con la asignación de $12^1/_2$ kg de 1917.

Pero el consumidor medio no era una figura plenamente representativa, puesto que la Wehrmacht —invariablemente mejor aprovisionada que la población civil—, junto con los siete millones de obreros "empleados en trabajos pesados", hacían subir el promedio. Los mineros del Ruhr considerados como empleados en "trabajos excepcionalmente pesados" tenían una asignación dos veces y media mayor que la del ciudadano normal, aunque, aun así, su consumo de carne en 1942 era un 40 por ciento inferior al de antes de la guerra. En otoño de 1942 hubo un aumento a 350 gramos semanales, que elevó la moral de la población, pero en la primavera siguiente se produjo una drástica reducción a 250 gramos; esta ración, sin embargo, era aún dos veces mayor que la de Francia (120 gramos) o Polonia (100 gramos).[13] A finales de 1944 se produjo una enorme elevación del consumo de carne, debido a que, en su retirada, la Wehrmacht condujo grandes rebaños de ganado al Reich para su matanza, dejando a países como Holanda abandonados al hambre.

Es difícil valorar las cifras de consumo de mantequilla y margarina: mientras la margarina suele ser la mantequilla de los pobres, el afán de autarquía de los nazis consiguió reducir el consumo de margarina (importada) de la misma manera que se hacía en todos los demás países con la mantequilla. Así pues, el aumento, entre 1932 y 1938, de una sexta parte del consumo *per capita* de mantequilla, así como el simultáneo descenso de una cuarta parte

en el de margarina, no deben considerarse como muestra de una mayor abundancia. En 1938, el consumo *per capita* alemán de mantequilla —8,8 kg al año— estaba una cuarta parte por debajo del del Reino Unido, si bien excedía algo al de Estados Unidos.[14]

Sin embargo, el volumen de consumo de un producto determinado no constituye un elemento de comparación exacto. Efectivamente, hay que tener en cuenta también la calidad de los productos, es decir, en este caso concreto, la alteración gradual de los productos lácteos y las grasas a lo largo del Tercer Reich.

Ya a lo largo de los años treinta se hacía sentir de modo penoso la escasez —de acuerdo con el famoso lema de Goering: "Cañones antes que mantequilla"—. En invierno de 1936-37 comenzó a aplicarse ya una primera forma de racionamiento: los tenderos sólo vendían mantequilla a sus clientes habituales [15] y las cantidades que les vendían eran una quinta parte inferiores al promedio anterior, mientras que el contenido de agua parecía haber aumentado en la misma proporción.

La mantequilla fue uno de los artículos que se vieron poco afectados por la guerra en cuanto a existencias y calidad (exceptuando un 10 por ciento de aumento en el precio). El promedio de ración en tiempo de guerra (9 kg al año) representaba una continuidad absoluta con respecto a los años de paz. (Durante el período de las grandes victorias, 1940-41, las raciones aumentaron incluso en un 10 por ciento.)

El consumo *per capita* —ya reducido— de margarina en tiempo de paz había sido también aproximadamente de 9 kg.[16] Sin embargo, durante la primera mitad de la guerra, la ración permaneció estable en unos 3,5 kg, después de lo cual fue reducida a menos de 3 kilogramos.

El consumo de grasas durante los años de paz permaneció relativamente constante, pero el uso de grasas vegetales inferiores en la preparación de nuevos compuestos dio lugar a un notable empeoramiento de la calidad. En 1938, el consumo *per capita* de grasas (aparte de la mantequilla y la margarina) era de 7 kg.[17] La ración, al principio de la guerra, era de tres cuartas partes de esta cantidad, es decir, que el consumidor normal estaba algo mejor abastecido que en la Gran Bretaña, pero en 1941-42 se produjeron reducciones. La asignación de sólo 2,750 kg anuales convirtió los últimos años de la guerra en un período de gran escasez.

La escasez de grasas durante los años de paz repercutió sobre el abastecimiento de huevos. Aunque las existencias de este producto eran suficientes, escaseaban siempre que su consumidor tenía que recurrir a ellos para utilizarlos como sustitutivos de las grasas. Entre 1932 y 1938, el consumo *per capita* disminuyó en un 10 por ciento, de modo que los alemanes consumían la mitad de huevos que los norteamericanos o los británicos.[18] El promedio del con-

sumo alemán en tiempo de paz era de dos huevos y medio a la semana, y la ración de guerra era de uno y medio (contra uno por semana en el Reino Unido), pero ésta fue reducida más adelante.

El consumo de azúcar aumentó un 10 por ciento entre 1932 y 1938, en que fue de 24 kilos al año (aproximadamente la mitad del promedio británico y norteamericano).[19] En 1941, la ración de azúcar y mermelada del consumidor normal era casi de 18 kilos (contra los 13 de Gran Bretaña), es decir, dos quintas partes más elevada que en 1917.[20] Durante el último año de la guerra, esta ración fue suprimida.

En lo que respecta al consumo de leche, aumentó solamente en un 6 por ciento entre 1932 y 1938 —con 112 litros al año, era igual al de Gran Bretaña—, pero las restricciones en la importación de forraje para el ganado afectaron negativamente a la calidad. Las medidas de austeridad del régimen en tiempo de paz crearon una demanda reprimida de derivados "de lujo" de la leche. Después de la anexión de Austria, las avalanchas de turistas alemanes en las pastelerías y cafeterías austríacas dieron lugar a que el *Schwarzes Korps* declarase: "Se diría que la Gran Alemania sólo se creó para que esta ávida gentuza filistea pueda atracarse de nata".[21] Según el plan de racionamiento de guerra, los adultos alemanes no recibían leche, mientras que a los niños se les proveía de manera relativamente suficiente (en Gran Bretaña y Estados Unidos no hubo racionamiento de leche durante la guerra).

El queso fue otro artículo cuya calidad empeoró notablemente en los últimos años treinta, en cuya época su consumo había aumentado en un 7 por ciento con respecto a 1932; en 1938, con 5,500 kilos al año, estaba al mismo nivel que el promedio británico. La ración del consumidor normal en 1941, 2,600 kilos, era dos quintas partes mayor que la británica.

El consumo de fruta importada disminuyó una octava parte entre 1932 y 1938.* El consumo de fruta del país descendió aún más, aunque la existencia de un total de cuatro millones y medio de propiedades agrícolas contrarrestaba este hecho (de una muestra representativa de 350 familias obreras sobre las que realizó un estudio el Frente del Trabajo en 1937, 100 eran en parte autosuficientes en cuanto a fruta y verdura).[22] En 1938, el promedio del consumo de fruta por parte de los adultos fue de 31 kilos, igual al consumo británico de sólo tres tipos de fruta: manzanas, naranjas y plátanos. Durante la guerra, la relativa escasez de fruta fresca fue hasta cierto punto contrarrestada por la distribución de comprimidos vitamínicos por parte de los organis-

* La reacción de la prensa nazi ante la intermitente escasez de limones se manifestó en los siguientes términos: "Sólo a través de la tierra alemana se transmiten a la sangre las más sutiles vibraciones... Así pues, adiós, limón, no te necesitamos. El ruibarbo alemán te sustituirá a la perfección" (cf. *Fränkische Tageszeitung,* citado por Wallace R. Deuel, op. cit., p. 194).

mos oficiales. En 1942, la reducción de las raciones de fruta y verdura fue compensada por aumentos en las raciones de carne y pan.

El consumo *per capita* de verduras en tiempo de paz descendió en un 10 por ciento, hasta 47 kilos en 1938, cantidad que estaba algo por debajo del promedio británico. Dentro del total alemán, la col blanca era el artículo más importante; el consumo promedio de col era casi el doble del de Estados Unidos, por ejemplo.[23] En 1938, el racionamiento redujo a la mitad el consumo promedio de verduras de 2,3 kilos pero, en los años siguientes, la ración aumentó gradualmente hasta tres cuartas partes del promedio del tiempo de paz.[24]

Las patatas podrían denominarse casi la base de la alimentación del consumidor durante el Tercer Reich, aunque el consumo descendió aproximadamente en un 5 por ciento entre 1932 y 1938. En este último año —con un consumo *per capita* de 3,500 kilos a la semana— el consumo alemán de patatas era aproximadamente el doble del de los británicos y norteamericanos. Las raciones fluctuaban entre los 2 y los 5 kilos a la semana, representando la cantidad media una absoluta continuidad con respecto al promedio de antes de la guerra.[25] A pesar de las intermitentes escaseces locales, las patatas eran uno de los artículos que se mantuvieron más estables en el aprovisionamiento del tiempo de guerra, y ayudaron a las autoridades a hacer frente a las necesidades mínimas del consumidor con impresionante regularidad (considerable en comparación con 1917-18, por lo menos).

El consumo de café aumentó casi en una quinta parte en los años treinta, cuando, con un promedio de menos de 3 kilos al año, el consumo alemán de café era inferior a la mitad del norteamericano (si bien, naturalmente, excedía ampliamente al británico). En los últimos años treinta, la demanda de café excedía considerablemente a las existencias. La policía sólo permitía la compra de café a los clientes habituales, mientras Goebbels tronaba: "En un momento en que el café escasea, las personas decentes toman menos o simplemente dejan de tomarlo".[26] Se extendió el uso de los sustitutivos del café, eufemísticamente llamados "café alemán". La ración de café auténtico de 1941 era de 2,500 kg al año, y se desarrolló casi desde el principio el comercio ilícito. Después de la ocupación de Europa occidental (con sus grandes almacenes de productos), el café del mercado negro se vendía en el Reich a 40 marcos el kilo.[27] El precio del café "negro" siguió subiendo vertiginosamente. Durante el último invierno de la guerra, una libra de café alcanzó en el mercado negro el mismo precio que veinte litros de gasolina (40 marcos el litro).[28]

Durante todos los años treinta, se dio un aumento general del consumo de alcohol. El consumo de cerveza aumentó en un tercio, y sin duda se habría elevado más de no haber sido por una restricción en las áreas agrícolas dedi-

cadas al cultivo del lúpulo. En 1938, el consumo de 68 litros al año era comparable al británico y excedía al norteamericano en sólo una tercera parte. En 1938, el consumo medio alemán de vino había subido en un 50 por ciento, a 6 litros al año (tres veces el de Gran Bretaña y Estados Unidos), mientras el de coñac se había prácticamente duplicado: con 1-2 litros, estaba muy por encima del británico y era aproximadamente la mitad del norteamericano.[29] La situación de la guerra se caracterizó por la gradual adulteración de la cerveza —denominada "lavativa a la Conti"*— y por el racionamiento de alcohol. El mercado negro, extendido por toda la Europa ocupada, y las generalizadas prácticas ilegales (los cafés de Berlín servían alcohol en tazas de café), impiden una apreciación estadística precisa.

En comparación con 1932, el consumo de cigarros y cigarrillos había aumentado casi en un 50 por ciento en 1938, y, a pesar de la elevación de los impuestos, la guerra aceleró aún más esta tendencia al aumento, con lo que, en 1941, se dobló la producción de tabaco de antes del Tercer Reich. Las cifras no reflejan por sí solas la importancia del consumo de tabaco durante la guerra. La creciente habituación por parte de las mujeres ocasionó controversias,[30] y el tabaco asumió gradualmente la función de moneda de reserva. La escasez de productos de consumo —especialmente en el campo— privó al dinero de su atractivo como medio de intercambio, y los granjeros cambiaban huevos por cigarrillos (a razón de uno por uno), libras de mantequilla por paquetes de tabaco de pipa y libras de carne por diez cigarrillos.[31]

Son varias las conclusiones que se derivan de un examen del abastecimiento de artículos de comida y bebida en Alemania durante el Tercer Reich. Después del duro golpe que representó la Depresión, el régimen nazi logró una mejoría general —aunque bastante irregular— del nivel de vida, con aumentos en un consumo de carne, pescado, productos lácteos, café, alcohol y tabaco, aumentos contrarrestados por reducciones en el consumo de artículos tales como fruta, algunas grasas, huevos, volatería, verduras y arroz. (Las reducciones en cantidad iban, además, acompañadas del empeoramiento en la calidad de toda una serie de artículos.) No obstante, hay que tener en cuenta que el empeoramiento de la calidad no reducía forzosamente el valor nutritivo de los alimentos. Este era el caso, por ejemplo, de la harina destinada a la elaboración de pan, que se molía más intensamente. En comparación con Estados Unidos y Gran Bretaña, la dieta de los años de paz de la Alemania nazi no era ni mucho menos atractiva. Los anglosajones —especialmente los estadounidenses— consumían más carne, pan blanco, azúcar y huevos, y los alemanes más col, pan de centeno, patatas y margarina. Pero este tipo de limitación afectaba al paladar y no a la salud del alemán medio. Esto fue así

* El doctor Conti era el presidente de la Asociación Nacionalsocialista de Médicos.

durante la mayor parte de la guerra; sólo hasta el año 1943 la escasez de grasas y proteínas resultó algo más que simplemente molesta para el consumidor alemán.

Las estadísticas que hemos citado presentan la situación en términos generales y no dan idea de los importantes aspectos sociológicos del consumo. Un cartel editado por el Bienestar del Pueblo, expuesto en la Exposición Agrícola de Berlín de 1943, era significativo del tipo de consumo a que había dado lugar el desempleo masivo. El cartel, que llevaba la leyenda "Lo que queremos es la comida de diez pfennigs", explicaba cómo con 50 gramos de trigo sarraceno (que costaban 3,5 pfennigs) y con un poco de grasa y cebolla podía prepararse una papilla que constituía una comida nutritiva. El restablecimiento del pleno empleo eliminó la necesidad de comidas de diez pfennigs, pese a lo cual, en 1938 —año de pleno empleo en que se duplicó el consumo de coñac— se observó que, en las cantinas de las fábricas, muchos obreros preferían tomar bocadillos de salchicha o incluso pan con zumo de remolacha o aceite de linaza (cuyo coste era de 20 pfennigs) a una comida caliente, que costaba 45 pfennigs.[32] *

La autarquía constituía un factor adicional de limitación del consumo, y la Unión de Mujeres Nazis asumió la importante tarea de enseñar a las amas de casa a ajustar sus recursos a los productos nacionales más abundantes y asequibles en cada temporada. La lista de alimentos recomendados para octubre de 1937, por ejemplo, incluía pescado, col, mermelada, queso, leche desnatada, uva y avena.[33] Como hemos visto, los propagandistas del partido exhortaban al público a crearse un "estómago político",[34] versión laica de la "comida de plato único", conocida como el "día de ayuno y abstinencia" nacional.

Sin embargo, el "estómago político" de la nación se mostraba en ocasiones menos desarrollado de lo que exigían los dietistas: la alegría con que fue acogido el anuncio de Goebbels (hecho en la asamblea de Nuremberg de 1938) de que se elaborarían nuevamente panecillos de trigo, provocó agrias invectivas editorales contra "aquellos que pretenden que van a morir de hambre en cuanto les falta su provisión regular de pasteles y de nata".[35]

Los tenderos —situados entre los "dietistas" y las amas de casa— eran otro blanco de críticas. El periódico de la Corporación Nacional de Productores de Alimentos les tachaba de "gruñones y alarmistas que, en lugar de reeducar a los diecisiete millones de amas de casa con las que están en contacto diario, se pasan el tiempo quejándose, desde detrás de su mostrador, de

* Poco antes, el *Frankfurter Zeitung* había comentado la "solidaridad en el cálculo" que existía entre los dependientes y los compradores, que calculaban conjuntamente, hasta el último pfennig, el cambio correcto (cf. *Frankfurter Zeitung*, 3 de enero de 1937).

las inevitables escaseces".[30] Pero los tenderos alemanes no estaban tan absortos en la autocompasión como esto parece indicar. En 1935, cuando se hicieron sentir las primeras escaseces, se mostraron capaces de traspasar a los demás parte de los inconvenientes, sobre todo mediante las "transacciones emparejadas", es decir, obligando a los clientes que pedían artículos escasos a comprar simultáneamente otros productos cuya venta les resultaba provechosa. Los intentos de evitar esta práctica no tuvieron completo éxito, y la aceptación por parte del público al comprar artículos que no eran de inmediata necesidad se vio reflejada en la frase popular: *Der deutsche Gruss ist Pflaumenmuss* (el saludo alemán —es decir, el *Heil Hitler* obligado al entrar en las tiendas— es "mermelada de ciruela").

Sin embargo, estos trastornos del sistema de distribución provocados por la autarquía y el esfuerzo de producción de armas no eran los únicos aspectos del panorama del consumo. La demanda y la oferta de algunos artículos de consumo aumentaba visiblemente, y durante los últimos años de la paz los grandes almacenes y las tiendas mostraban todos los signos de la prosperidad, desde las pródigas exhibiciones de mercancías y los enjambres de ávidos compradores hasta los vendedores indiferentes (cuando no abiertamente groseros). Pero esta prosperidad era tan desigual como la expansión del consumo de productos alimenticios a que nos hemos referido antes. Junto a impecables artículos de cristalería, porcelana, cubertería, electricidad y relojería (cuyos precios habían sido reducidos por decreto gubernamental),[37] estaban los productos textiles y artículos de aseo (por ejemplo, jabón *Ersatz*) que habían experimentado un empeoramiento de calidad, cuidadosamente camuflado.

A partir de la Depresión, el consumo de artículos de vestir había aumentado en más de una cuarta parte, y su coste se había elevado en una proporción aproximadamente igual.[38] Muchas de las prendas estaban confeccionadas con *Zellwolle*, material sustitutivo de la lana que resultaba relativamente útil pero que no protegía suficientemente del frío. Había materiales de vestir, mantelerías e incluso pañuelos, de seda artificial, a cuyos compradores se advertía que no los lavasen con agua caliente.[39] Las sábanas escaseaban, los cortinajes eran escasos y caros, y los precios de las alfombras eran prohibitivos.[40]

Se exhortaba a los consumidores a reducir al máximo sus compras de productos textiles. Al constatar con desaprobación que se enterraba a los muertos vestidos con ropas caras, el alcalde de Pirmasens promulgó una disposición en contra de tal despilfarro, que privaba a los descendientes del difunto de prendas de vestir necesarias.[41]

Los propietarios de restaurantes recibieron instrucciones en el sentido de aprovechar las sobras: "Las sobras que pueden provocar náuseas en una per-

sona normal no son aptas para el uso; pero no hay que tener en cuenta las exigencias de los paladares hipersensibles".[42]

El panorama del consumo inmediatamente anterior a la guerra era altamente complejo, y tan importante como la escasez y la austeridad económica era la compra a plazos en una escala sin precedentes. Cuando se aplicaron, en septiembre de 1939, las primeras medidas de racionamiento (que eran poco severas, pues, con el fin de popularizar la guerra, el régimen procuró no diferenciar demasiado el abastecimiento de guerra del habitual en la paz), se calculó que dos quintas partes de la población disfrutaba de un nivel de vida más elevado que antes de la guerra.[43] En una importante zona del consumo alimenticio, la mantequilla y las grasas, en la que había funcionado prácticamente el racionamiento antes de estallar la guerra, el gobierno acudió en ayuda de los más pobres con un sistema de cartillas que garantizaba a veintidós millones de personas cantidades mínimas de margarina, mantequilla, grasas, embutidos, tocino y queso a unos precios entre el 25 y el 50 por ciento más bajos que los del mercado.[44]

El hecho de que Alemania fuese el primero de los países contendientes que racionó la ropa de mesa y de cama, los cortinajes y las alfombras da idea de la escasez que sufría en materia de artículos textiles.[45] El racionamiento textil funcionaba a través de cartillas de racionamiento y de bonos de compra. La Cartilla de Artículos de Vestir, que se entregó a cada ciudadano, tenía una asignación anual y fluctuante de puntos —150 en 1940, 80 en 1942— canjeables por una amplia pero no completa gama de prendas.* Los bonos suplementarios se concedían de modo selectivo a los solicitantes que podían demostrar que carecían de ciertos artículos, como por ejemplo, chaquetas de hombre o abrigos de mujer, o bien que dichas prendas estaban estropeadas. Cuatro sábanas, una funda de almohada, una manta o un edredón, un colchón y tres toallas se consideraban suficientes. Si se concedía un bono adicional porque un determinado artículo estaba deteriorado, era obligatorio entregar este último.[46]

Existía una gran demanda de abrigos de piel femeninos (artículo que no

* Para las prendas masculinas, los puntos se distribuían de la siguiente manera: 5 para unos calcetines, 20 para unos pantalones, 15 para una americana, 20 para una camisa, 30 para un pijama, 32 para una chaqueta, 60 para un traje completo, 25 para un impermeable, 12 para unos calzoncillos y 7 para una bufanda.

Para las prendas femeninas: 4 puntos para un par de medias (podía obtenerse dos pares más al precio de 8 puntos cada uno), 5 para una bufanda, 25 para un jersey, 16 para unos pantalones de lana, 15 para una combinación, 10 para una chaqueta, 12 para un delantal, 25 para un par de monos de trabajo, 25 para una bata, 18 para un camisón, 40 para un sujetador, 8 para una faja, 40 para un vestido de lana, 30 para un vestido de otra fibra, 15 para una blusa, 20 para una falda, 25 para una chaqueta, 45 para un traje y 35 para un vestido de verano (cf. Max Seydewitz, op. cit., p. 119).

figuraba en el plan de racionamiento), demanda a la que se dio satisfacción en gran medida después de la ocupación de Escandinavia. Al igual que en otros países, las tropas ocupantes se dedicaron al pillaje de una forma sistemática, hasta el punto de que se promulgó una disposición oficial según la cual el valor de los objetos adquiridos ilegalmente era deducible de la cartilla de racionamiento del familiar más próximo.[47]

En 1942 fue muy limitado el racionamiento de ropa, al tiempo que se extendía a artículos de uso diario tales como tirantes e hilo de coser. En la segunda mitad de 1943, cesó totalmente la fabricación de ropas civiles, y algunos grupos consumidores, tales como los niños, las víctimas de incursiones aéreas y los evacuados del este, que eran objeto de especial solicitud, gozaron de prioridad en la distribución de las escasas existencias aún disponibles.[48] *

Aunque durante la guerra siguió existiendo una importante capa social de pocos recursos económicos (en 1940 los obreros industriales de Hamburgo vendían cupones de ropa que no podían utilizar),[49] la reducción del mercado de artículos de consumo creó gradualmente un "sobrante de dinero", es decir, una situación en que parte del poder adquisitivo era canalizado hacia productos y servicios de evasión. Los ahorros que habrían podido atraer este dinero flotante perdieron interés a medida que avanzaba la guerra. El aumento anual de antes de la guerra de los intereses de los depósitos bancarios (del 6 al 10 por ciento) se había más que triplicado en 1940,[50] pero el "Ahorro de Hierro", posterior a 1941, según el cual los ahorros estaban libres de impuestos pero no podían ser retirados mientras durase la guerra, atrajo sólo a un obrero de cada cinco.[51]

Las diversiones ocuparon un lugar importante entre esos artículos y servicios de evasión. La asistencia al cine, que había ido aumentando durante toda la década de los treinta, se duplicó prácticamente entre 1939 y 1940.[52] Durante los primeros tiempos de la guerra, otras formas de consumo no esencial, tales como vacaciones, deportes de invierno y productos de belleza se mantuvieron al mismo nivel que en los años de paz. Estas pervivencias de la época anterior coexistían con manifestaciones de escasez, como eran los trastornos en el transporte privado a causa de la falta de gasolina, la escasez de cuero, la necesidad de recurrir a los zuecos de madera, las órdenes oficiales según las cuales se exponían en los escapararates artículos de reclamo no destinados a la venta, etc.[53] Se produjeron también escaseces artificiales debido al hecho de que se invertía dinero sobrante en artículos accesorios de todo tipo; así, se llegó a una situación en que, por ejemplo, les resultaba difícil a

* Los soldados —otro grupo privilegiado de consumidores— eran a menudo el último recurso de los civiles que necesitaban urgentemente un par de tirantes nuevos o la reparación de un reloj.

los jóvenes matrimonios conseguir muebles, ropa blanca e incluso cunas.[54] Los mejor situados económicamente aprendieron a aprovechar un resquicio del sistema de racionamiento, comiendo en restaurantes donde se servían artículos caros no racionados, tales como caza, volatería y pescado. Además, acumulaban cupones sobrantes (por ejemplo, para pan) que luego canjeaban o vendían en el mercado negro.

El poder adquisitivo era sólo uno de los factores determinantes del consumo de alimentos por parte del ciudadano medio durante la guerra. Debido al racionamiento, el consumo diario de calorías por la población civil —3.116 en tiempo de paz [55]— fue reducido aproximadamente en una tercera parte en el caso de los consumidores normales, mientras los obreros "empleados en trabajos pesados", cuyo número ascendía a siete millones, es decir, uno de cada cinco asalariados, recibían algo más de su promedio de los años de paz. Un sector de trabajadores que gozaba de una ligera ventaja sobre los demás eran los obreros de las fábricas dotadas de cantina abastecida al por mayor; hasta cierto punto, este grupo coincidía con el de los "empleados en trabajos pesados". El mínimo de subsistencia, en términos de calorías, es de 1.800. Durante la mayor parte de la guerra, los consumidores normales vivieron del 7 al 15 por ciento por encima del mínimo; [56] en 1944, el promedio descendió por debajo de las 1.800 calorías.

La capacidad del consumidor normal para reforzar estas raciones escasas (aunque no llegasen a ser de hambre) dependía de sus "contactos" con el campo o con las fuerzas de ocupación, así como de que tuviesen el dinero (y la ocasión) para recurrir al mercado negro.

El mercado negro se convirtió en parte integrante del consumo en tiempo de guerra. Aunque en muchos aspectos (como proclamaba incesantemente el régimen, no sin razón) la población civil estaba mejor administrada que durante la Primera Guerra Mundial, el mercado negro adquirió mayor desarrollo en 1939 que en 1914. En las primeras etapas de la guerra, cuando los funcionarios del partido eran el grupo que lo dirigía, participaba en él sólo una minoría de la población, pero posteriormente creció y se extendió por todo el país. Una valoración del SD efectuada en el quinto invierno de la guerra arroja luz tanto sobre la situación concreta como sobre las racionalizaciones comúnmente presentadas para enmascararlas:

"En los primeros tiempos de la guerra, el mercado negro era reprobado como una forma de sabotaje, pero desde entonces para acá se ha extendido la práctica de evadir las normas de racionamiento sin conciencia alguna de obrar mal.

"Circulan frases como 'El que tiene una cosa lo tiene todo', o 'Todos canjean con todos', y los compatriotas que no se avienen a estas prácticas son considerados estúpidos. Los granjeros se aprovechan, los tenderos practican el

trueque (los carniceros y los vendedores de ropa intercambian sus mercancías), los artesanos efectúan reparaciones allí donde les ofrecen artículos escasos, se necesitan 'contactos' para utilizar los bonos de compra y los funcionarios que tratan con el público reciben paquetes de regalo. El mercado negro se considera esencial para corregir las deficiencias del sistema oficial de distribución. Está desapareciendo la enérgica condena de otros momentos de las transacciones de mercado negro motivadas por el afán de lucro. Se tiene la sensación de que las autoridades responsables no quieren ver lo que está sucediendo." [57]

Esta última declaración es en parte cierta; por un lado, muchos funcionarios del partido y del estado —incluida la Wehrmacht— estaban implicados en el mercado negro, mientras, por otra parte, la policía y el sistema judicial perseguían con todo rigor, si bien de modo un tanto arbitrario, las trangresiones de las medidas de la economía de guerra. El cinismo popular sobre su efectividad se reflejaba en el chiste de los quince mil liliputienses que iban a venir a las tiendas de comestibles de Berlín... para trabajar "detrás del mostrador".

El grupo más directamente implicado en la venta bajo el mostrador o, utilizando la frase corriente, en los "negocios de agacharse", los tenderos, se adaptó a la situación creándose una concepción dialéctica del bien y del mal. En el entierro de un carnicero de Berlín que se había suicidado mientras estaba sometido a una investigación, acusado de matar reses ilegalmente, funcionarios de su gremio le alabaron como modelo de probidad y de honradez en los tratos comerciales. Un informe del SD citó este hecho como ejemplo de la idea, generalizada entre los tenderos, de que las violaciones de la ley por parte de los comerciantes surgían de la incomprensibilidad de las disposiciones burocráticas y no de una falta de honradez personal.[58]

La extrema burocratización de la vida durante la guerra estimuló a su vez la reación de una faceta especial del mercado negro: la confección —peligrosa pero lucrativa— de documentos falsos. Durante el último invierno de la guerra, era posible comprar, por 80.000 marcos, toda la serie de papeles que legalizaban la existencia de una persona durante el Tercer Reich: pasaporte, cartilla militar, libreta de trabajo, cartilla de racionamiento y tarjeta del *Volkssturm* Z.[59]

Como cualquier mercado no regulado,* el mercado negro podía registrar, con precisión sismográfica, cambios inminentes en la oferta y la demanda: entre los artículos que podían obtenerse en el mercado negro de Berlín figuraban insignias con la hoz y el martillo y estrellas de David.[60]

* Es de señalar la existencia de un tipo de mercado con licencia oficial para vender bienes de segunda mano: en el invierno de 1943 a 1944, las autoridades abrieron centros de intercambio donde los particulares podían trocar muebles, utensilios domésticos y prendas usadas (cf. *St. Galler Tagblatt*, 6 de marzo de 1944).

En un capítulo sobre los aspectos del consumo quizá no esté de más abordar la cuestión general de la medida en que el Tercer Reich se aproximaba a una sociedad de consumo. Los Estados Unidos ofrecían en aquella época un modelo de este tipo de sociedad que, en líneas generales, puede servir como base de comparación, ya que, aunque victoriosos en 1918 y más ricos en recursos,* eran, desde los puntos de vista industrial y tecnológico, un país similar a Alemania y habían sido afectados de manera parecida por la Depresión. El automóvil constituía el signo de la sociedad de consumo; el hecho de que Henry Ford personificase el "programa industrial" de Estados Unidos y Krupp von Bohlen el de Alemania era sintomático de la divergencia entre las dos culturas económicas. Las distintas tradiciones que llevaban a cada país en una dirección económica e industrial diferente dieron como resultado un dramático desequilibrio entre sus respectivas bases para el establecimiento de una sociedad de consumo. En 1930, cuando la proporción entre las poblaciones de Estados Unidos y Alemania era de dos a uno, Estados Unidos tenía en circulación 23 millones de automóviles, frente al medio millón de Alemania.[61] La brecha entre el Reino Unido y Alemania, en el mismo año, era mucho menor: aproximadamente un millón frente a medio millón; la proporción demográfica era de poco menos de dos británicos por tres alemanes, y la disparidad en el potencial industrial estaba en la misma proporción. Durante los años treinta, el total de la propiedad de automóviles se triplicó en Alemania y se duplicó en Gran Bretaña, pero aun así la proporción de coches en Alemania antes de la guerra seguía estando un 50 por ciento debajo del nivel británico de cuatro años antes.[62]

Es decir, que Alemania no se aproximaba de modo notable a una sociedad de consumo. En 1936, el ex ministro del gabinete, Eltz von Ruebenach, había calculado,[63] que, dados los ingresos de los alemanes, un millón seiscientos mil de ellos, como máximo, podrían convertirse en propietarios de un automóvil en un futuro previsible. La extensión óptima de esta élite propietaria de automóvil se había alcanzado prácticamente en 1939, y el proyecto Volkswagen había presagiado un año antes el paso a una forma auténticamente popular de la propiedad de automóvil. Pero también este proyecto suscitó esperanzas mayores de las que era capaz de satisfacer. Con un precio inferior a los mil marcos (pagaderos en cuatro años), el VW habría comprometido a los compradores a pagar plazos semanales de seis marcos sin incluir gastos de matriculación y de seguro. En otras palabras, la inversión total semanal en un coche habría representado entre una tercera y una cuarta parte de la

* Estos hechos fueron aún más evidentes después de 1945, sin que fueran obstáculo para la indiscutible aparición, en la República Federal, de una americanizada sociedad de consumo.

paga de la mayoría de asalariados. La posibilidad de que el Coche Popular se convirtiese en el coche de la mayoría estaba, pues, poco fundada, aun antes de que estallase la guerra y eliminase el proyecto de raíz.

Ya desde la Primera Guerra Mundial, Alemania había tenido que enfrentarse a un problema de viviendas. En 1914, había solamente 100.000 viviendas menos que familias, pero posteriormente, a pesar del notable ritmo de construcción de la República de Weimar, la brecha entre las necesidades de vivienda y las realizaciones se había ensanchado, hasta alcanzar la cifra de 900.000 en 1932. Entre este año y el estallido de la guerra, el régimen nazi construyó cerca de 1.800.000 viviendas, parte de las cuales, sin embargo, no eran de nueva planta.*

Comparado con el total de Weimar (2.650.000 viviendas nuevas, en 13 años, o sea, 200.000 al año), la construcción media anual nazi de 300.000 viviviendas resultaba realmente impresionante.** Pero, dado que el aumento de población en tiempo de paz en la Alemania nazi (3.250.000 personas) casi igualaba el producido durante un período mucho más largo bajo Weimar, las necesidades de alojamiento aumentaron. La brecha entre el número de familias y las viviendas existentes se amplió a un millón y medio en 1938,[64] a consecuencia de la creciente proporción de nacimientos y de la migración interior. Entre 1934 y 1939, un millón y medio de personas abandonó el campo, en parte por las pésimas condiciones de la vivienda rural. Surgieron centros industriales totalmente nuevos, tales como el que se creó en torno a las Industrias Hermann Goering de Salzgitter y la colonia Volkswagen de Fallersleben; los centros químicos de la Alemania central (Halle, Magdeburg, Halberstadt y Dessau) doblaron su población. Magdeburg pasó de algo más de cien mil habitantes a casi un cuarto de millón[65] y en 1938 tenía un déficit absoluto de 25.000 viviendas, mientras 44.000 de las habitadas se habían declarado inhabitables, no tenían condiciones o estaban habitadas en exceso.[66]

Estas estadísticas de Magdeburg se hicieron públicas al final del año de máxima construcción del régimen: en 1937 se habían creado 320.000 nuevas viviendas a un costo que era un 30 por ciento inferior al gasto realizado por Weimar en menos de la mitad de esa cifra en 1932.[67] Este ahorro dio lugar a un descenso en el nivel de las viviendas. Uno de los tipos de vivienda protegidos por el régimen era la "vivienda popular" (*Volkswohnung*). El área standard de una *Volkswohnung* para un matrimonio sin hijos era de 26 m² (34 m² para una familia de cuatro miembros). El promedio de Weimar había

* En 1935, un plan de modernización y división de las viviendas existentes dio lugar a la creación de 300.000 nuevas viviendas. El gobierno pagó una quinta parte del coste de las obras y prestó el resto a los propietarios a un interés del 4 por ciento (cf. William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, 1965, p. 230).

** Como lo eran operaciones de eliminación de chabolas como las emprendidas en el barrio de Seeberg, de Leipzig, o en el Buttermarket de Colonia.

sido de 40 $m^2$, y la ley de vivienda de 1936 de Gran Bretaña establecía 50 $m^2$ como superficie standard de una vivienda.

El problema de la vivienda se vio agravado aun más por la conjunción de un programa de construcción relativamente inadecuado con la edificación de un tipo de vivienda equivocado. En Berlín, por ejemplo, los pisos pequeños de hasta tres habitaciones habían representado casi las dos terceras partes de todas las construcciones nuevas en 1932, pero esta proporción había quedado reducida a poco más de una tercera parte en 1935. Durante los años de paz del régimen nazi, los pisos de tamaño medio, de cuatro a seis habitaciones, representaban más de la mitad de todas las nuevas construcciones,[68] con el resultado de que las dificultades económicas impedían a las familias más pobres (las más necesitadas de cambiar de vivienda) trasladarse a un nuevo alojamiento. Un informe interno del Frente del Trabajo sobre la situación de la vivienda llegaba a la conclusión de que el principal problema era la falta de 1.750.000 pisos de tamaño medio y el exceso del mismo número de pisos pequeños, sin mencionar para nada los factores económicos implicados.[69] El alquiler de pisos viejos (de antes de 1914) de tamaño medio, así como de pisos nuevos de dos habitaciones y media en adelante, era de unos 38 marcos al mes; esto colocaba a ambos tipos de vivienda fuera del alcance de la mayoría de los obreros, que habrían tenido que destinar al pago del alquiler de una cuarta parte a una tercera parte de su salario real. (Hay que recordar que el gasto en comida representaba poco menos de la mitad de los ingresos del obrero medio. El informe del Frente del Trabajo era más honesto cuando criticaba el criterio según el cual los pisos se consideraban excesivamente ocupados cuando el número de inquilinos era doble del de habitaciones (incluida la cocina). De este modo, seis personas viviendo en seis habitaciones y una cocina se consideraban una cifra excesiva, pero no así cinco.[70] Según el criterio oficial, había menos de un millón de viviendas consideradas como excesivamente ocupadas, cuando, de un total nacional de 17,8 millones de pisos, sólo 11,3 millones proporcionaban realmente a sus ocupantes un alojamiento adecuado. En otras palabras, el 37 por ciento —más de una de cada tres viviendas alemanas— eran de hecho, si no oficialmente, deficientes.[71]

Si las viviendas de los trabajadores agrícolas representaban el punto más negro del problema de la vivienda, el alojamiento de los obreros industriales dejaban también mucho que desear. Al examinar una muestra de 2.000 viviendas obreras en 1937, el Frente del Trabajo comprobó que el 96 por ciento carecían de cuarto de baño o ducha, el 22 por ciento no tenían suministro directo de agua, y el 14 por ciento se iluminaban por medios distintos de la electricidad.[72]

Sin embargo, hay que procurar no considerar la situación de la vivienda

y todo el panorama del consumo del Tercer Reich en términos puramente estadísticos. Aun considerándolo estadísticamente, dos de cada tres alemanes estaban libres del problema de una vivienda excesivamente ocupada o de condiciones deficientes. En cuanto a la tercera parte restante, tendían a dejarse cegar por el esplendor del régimen y a no ver su situación real. Cuando Hitler contaba con que Berlín se convirtiese en la capital de un Reich cada vez más poderoso, en una ciudad de diez millones de habitantes, con edificios públicos y autopistas de acuerdo con su importancia, y se estaban derribando zonas enteramente urbanizadas para dejar espacio al nuevo gran eje norte/sur y este/oeste de Speer, el berlinés medio, con sus 35 $m^2$ de vivienda, no podía evitar el sentirse menos encogido emocionalmente que físicamente.[73]

El régimen tenía otro sistema para que no pocos de sus súbditos se sintieran menos agobiados, tanto en el sentido material como en el psicológico: el doble proceso de expulsión y masacre que finalmente dejó a Alemania enteramente *judenrein* (limpia de judíos) dejó libre casi tanto espacio de alojamiento como un año promedio de actividad constructora. En Viena, por ejemplo, a los cuatro años del *Anschluss*, uno de cada diez habitantes se benefició de las oportunidades de nuevo alojamiento que se derivaron del genocidio.

En aquel momento, como es natural, el programa general de viviendas del régimen estaba ya completamente parado. El número de viviendas construidas en tiempo de guerra bajó de 115.000 en 1940 a 28.000 en 1944.[74] La gran concentración de mano de obra alemana y extranjera en las zonas de expansión industrial del Reich alcanzó tales proporciones que, en el centro estiriano de minería de hierro de Eisenerz, hombres que trabajaban en turnos de noche alquilaban sus camas a obreros diurnos.[75] En 1941, antes del comienzo de los ataques aéreos más intensos, se estimaba oficialmente que existía un déficit de cinco a seis millones de pisos.[76] A mediados de 1943, el gobierno construyó viviendas de emergencia para las víctimas de los bombardeos. En 1944, la necesidad de viviendas se calculaba casi en once millones, y las bombas aliadas inutilizaron cuatro millones de pisos.[77] A este respecto, entrando en el terreno del humor, muchos alemanes pudieron mirar amargamente a su alrededor, y recordando la promesa del delegado de la vivienda, Robert Ley * (según la cual todos tendrían en su día casas aireadas y soleadas), comentar irónicamente: "Pues sí, ahora sí que tenemos casas con mucho sol, aire y luz..."[78]

* En octubre de 1942, Hitler había nombrado al jefe del Frente del Trabajo delegado del gobierno para el plan nacional de la vivienda (cf. Archivo Federal de Koblenz Bestand R 41, Reichsgesetzblatt I, p. 623).

15

# LA SANIDAD

En un estado moderno, la salud pública depende de muchos factores relacionados entre sí: nivel de higiene, dieta y vivienda, condiciones de trabajo, calidad de los servicios médicos, clima psicológico, etc. El Tercer Reich introdujo modificaciones en todos estos aspectos, pero no todas ellas fueron positivas y coherentes: junto a progresos en algunas zonas del país se dieron retrocesos en otras, y, en general, a los aumentos cuantitativos correspondieron descensos en la calidad.

Esta dicotomía quedaba ejemplificada en las oscilaciones en el número de médicos. Durante la República se habían dado quejas debido a la excesiva cantidad de médicos, y se afirmaba que había cinco mil médicos (el 10 por ciento del total) más de los necesarios. Pero nunca se aplicaron las propuestas de regulación del ingreso en las facultades mediante *numerus clausus*.

Poco después de la toma del poder, el régimen redujo la población estudiantil total, pero un subsiguiente aumento en el número de ingresos y una reducción de dos años en los estudios de medicina dieron como resultado la graduación de 19.000 médicos más durante los primeros diez años de gobierno nazi que en la última década de Weimar.[1] La preocupación por la necesidad de una importante reserva de médicos llevó al régimen a eliminar la limitación del diez por ciento al número de muchachas estudiantes (en 1944, uno de cada ocho médicos era una mujer, contra uno de cada diez bajo Weimar) y a conceder prolongadas exenciones del ejército a los estudiantes de medicina. Se incrementó también el número de enfermeras, de modo que entre 1932 y 1939 la cifra por cada 10.000 habitantes se elevó de 18 a 20.[2]

Sin embargo, el gran aumento de titulados no afectó al nivel general de la asistencia sanitaria. Los aspectos negativos más importantes fueron: la dis-

minución del 40 por ciento en el número de especialistas (de 16.500 en 1938 a menos de 10.000 en 1944), la eliminación de 5.500 médicos judíos y el nivel más bajo de la enseñanza médica resultante de su acortamiento en dos años. Además —y por esto la mayor disponibilidad de servicio médico que sugieren las cifras anteriores existía solamente en el papel—, las funciones asignadas a la medicina dejaban a la población en general peor atendida que antes. La mayoría de los jóvenes médicos no se dedicaban ya a la práctica privada sino que ingresaban en los servicios de sanidad del gobierno o en la rama médica de diversas organizaciones del partido. La Wehrmacht, cuyo volumen se centuplicó literalmente en el plazo de una década, acaparaba un gran sector de la profesión médica; lo mismo ocurría, en diferente medida, con la SA, las Juventudes Hitlerianas, el Servicio Nacional del Trabajo y las SS. Las SS empleaban también a muchos médicos en los campos de concentración y de exterminio, donde sus obligaciones profesionales iban del "trabajo de hospital" a indescriptibles experimentos médicos, pasando por la selección para las cámaras de gas.

Otros "procedimientos de selección" que ocupaban a gran número de médicos eran el programa de esterilización iniciado por el Acta de Prevención de Descendencia Hereditariamente Enferma, de 1933, y la "muerte por piedad" de los subdesarrollados mental y físicamente durante la guerra.

Otro nuevo canal, más inocuo, hacia el cual se encaminaba la actividad médica, era la industria, que llegó a emplear a más de 4.000 médicos en las fábricas —en su mayoría a tiempo parcial— (a lo cual hay que añadir el personal médico dedicado al control epidemiológico de millones de trabajadores extranjeros durante la guerra).[3]

Todo esto significaba que, en lo referente al acceso a los servicios médicos, el paciente de la *Krankenkasse* (el seguro de enfermedad) se encontraba relegado al extremo de una cola, situación que no dejaba de ser deliberada por parte del régimen. La nueva situación económica en la cual el desempleo había cedido paso al sobreempleo reducía el interés de los obreros por la asistencia regular al trabajo, y se mostraban más propensos al accidente y a la enfermedad que en los difíciles momentos de la Depresión. El régimen consideraba que, si los médicos resultaban relativamente inaccesibles, el esfuerzo necesario para la obtención de bajas dificultaría la simulación de enfermedades y el absentismo. Por esta razón —y debido al aumento del empleo—, el número de pacientes asegurados por médico había aumentado de 450 durante la Depresión a 600 en 1936.[4] Al mismo tiempo, el promedio del gasto del seguro de enfermedad en medicamentos por enfermo descendió en una séptima parte, de 3,45 a 3,00 marcos.[5]

Con respecto a la población total (es decir, la asegurada y la no asegurada), la proporción de médicos disponibles descendió en un 6 por ciento —de

1/1351 a 1/1432— durante los años de paz.[6] Y el aumento del 10 por ciento en el número de enfermeras no implicó una mejora proporcional en la atención a la salud pública. Dicho aumento provenía en parte de la fundación de una "hermandad parda" de enfermeras, saturada de la ideología eugenésica de los nazis, prestaba juramento al "evangelio de la indivisible comunidad del pueblo".[7] Estas "enfermeras pardas" eran menos una adición que un sustitutivo para el cuerpo de enfermeras, organizado en parte por sectas religiosas; por ejemplo, aceptaban, en relación con el programa de esterilización, obligaciones que las religiosas católicas enfermeras consideraban inaceptables.

Sin embargo, el régimen consiguió ciertas mejoras en el terreno de la sanidad. Promovió, por ejemplo, una detección más intensiva de las enfermedades en sus comienzos mediante pruebas de adecuación, obligatorias para todos los recién casados y solicitantes de préstamos matrimoniales y subsidios familiares.

Posiblemente era más importante como aparato de sanidad auxiliar la disponibilidad de ciertas organizaciones del partido que podían activarse cuando surgía la ocasión. Después de haberse apoderado de un bien organizado servicio de sanidad pública, el régimen disponía así de recursos adicionales para remediar deficiencias en el funcionamiento de dicho servicio. Si, por ejemplo, una delegación local de sanidad encontraba demasiado caro el establecimiento en una zona poco populosa de centros de asistencia infantil, la rama local del Bienestar del Pueblo intervenía a veces instalando un centro de asistencia maternal e infantil, y ordenaba oficialmente a todas las madres y niños de la zona que se presentaran a exámenes obligatorios para la prevención del raquitismo.[8]

Las organizaciones especializadas del partido estaban también en condiciones de efectuar exámenes masivos por rayos X (en Pomerania, provincia de menos de 2 millones de habitantes, la unidad especial Roentgen de las SS manifestó haber examinado por rayos X a 800.000 habitantes en el curso de 1938).[9] Durante la guerra, cuando el tifus portado por los piojos se estaba extendiendo por el Reich, no apareció en la prensa ningún anuncio público sobre medidas de cuarentena —cosa que habría podido socavar la moral—, pero la organización del partido propagó de palabra directrices respecto a medidas preventivas.[10]

Por otra parte, la preocupación de los nazis por el deporte y la forma física necesariamente había de tener un efecto beneficioso sobre la salud pública, aunque en realidad el nivel en este terreno era ya muy alto antes y la típica tendencia nazi al esfuerzo excesivo dio lugar también a inconvenientes. Así, el periódico del Servicio de Sanidad Pública, citando el caso de un hombre de mediana edad que había ganado una medalla deportiva y poco después había solicitado una baja por enfermedad, decía:

"Es dudoso el valor del deporte para los que pasan de cuarenta y cinco años. A una reciente convocatoria deportiva se presentaron hombres de hasta cincuenta y cinco años que lanzaban una pelota de 3 kilos de peso a una distancia de 6 metros y medio, saltaban 2,80 metros y corrían 1.000 metros en seis minutos. A la mayoría de hombres les desagrada aparecer enfermos o débiles a los ojos de sus compañeros y convertirse así en objeto de burlas, y se obligan por ello a esfuerzos físicos que pueden tener resultados graves." [11]

Del mismo modo, a fin de evitar "la violencia y los esfuerzos excesivos", la Wehrmacht prohibió competiciones tales como combates de boxeo a menos que tuvieran lugar bajo la supervisión de oficiales.[12]

Sin embargo, estos subproductos negativos de la obsesión oficial por la educación física eran sólo parte de un conjunto. El hecho de que en el momento álgido de la guerra (con muchos hombres en el frente) más de 5 millones de personas poseyeron el certificado deportivo de A la Fuerza por la Alegría [13] debía evidentemente mucho a la existencia de instalaciones deportivas en empresas industriales, promovida por el estado, y a la instrucción física obligatoria durante el horario de trabajo, así como a otras actitudes parecidas, tales como la de los ferrocarriles, que condicionaban el contrato de trabajo permanente a la posesión de la medalla deportiva nacional.[14]

El horario de las escuelas incluía cinco sesiones deportivas por semana, y los muchachos que dejaban la escuela se encontraban frecuentemente con nuevas dosis de educación física en el programa del aprendizaje.[15] Entre 1935 y 1938, el número de noches pasadas anualmente por individuo en Albergues de Juventud aumentó en más de una quinta parte (de 7 millones a 8 y medio),[16] y una encuesta realizada en Baviera estableció que, por cada muchacho que sufría pérdida de apetito en los campamentos de verano de las Juventudes Hitlerianas, dos aumentaban de peso.[17]

Por otro lado, la salud ortopédica de los miembros de las Juventudes Hitlerianas se vio afectada negativamente (el 37 por ciento de los muchachos reclutados en 1936 tenían los pies planos),[18] al igual que su salud mental. Las señales de aumento de nerviosismo se diagnosticaron no sólo entre los jóvenes, sino también entre mujeres que combinaban las responsabilidades domésticas con la obtención de un salario y entre los hombres, particularmente los que trabajaban a destajo.

Por lo que se refiere a la tensión nerviosa general, el impacto del Tercer Reich sobre la psique nacional fue bastante ambivalente. Parece indudable que la toma del poder engendró una amplia mejoría de la salud mental; [19] esto fue no sólo resultado de la expansión económica, sino de la mayor identificación de muchos alemanes con los objetivos nacionales. Este efecto fue similar al que normalmente tienen las guerras sobre el suicidio y la depresión (la Alemania nazi conoció este fenómeno dos veces: en 1933 y en 1939). Pero,

al mismo tiempo, la sensación de vivir más intensamente que resultaba de la constante estimulación de las emociones colectivas llevó también a una mayor indulgencia ante la bebida, el tabaco y las diversiones. Durante los años de relativa prosperidad, a finales de los treinta, la mayoría de los alemanes "trabajaban de firme y jugaban fuerte", actitud difícilmente conciliable con el mantenimiento del equilibiro mental. Es difícil establecer la proporción real de trastornos mentales bajo el régimen nazi: aunque el número de internados en asilos mentales aumentó muy marcadamente —en más de una tercera parte en Baviera—,[20] parte de este aumento quizá se debiera a medidas de hospitalización más severas resultantes de la política eugenésica del régimen.

El índice de suicidios, según se refleja en las estadísticas oficiales, mostraba una tendencia ascendente algo superior al aumento de la población (1932: 18.934; 1939: 22.288),[21] pero esto era sólo marginal. La proporción de suicidios en Alemania, que era doble de la de Inglaterra (28,6 contra 12,4 por 100.000 habitantes en 1936), no cambió apreciablemente. Por otro lado, los accidentes mortales aumentaron en más de la mitad (1932: 24.870; 1939: 39.767).[22] Todo ello era resultado de la mayor actividad económica y de actitudes deliberadamente fomentadas de autoafirmación y falta de respeto por la vida, tanto de la propia como de la de los demás.*

Casi todos los números semanales del *Schwarzes Korps* publicaban media docena de esquelas de jóvenes miembros de las SS muertos en accidentes de instrucción, mientras los accidentes de ferrocarril (que en Baviera, por ejemplo, se duplicaron en estos años)[23] sin duda obedecían en parte al empleo de material deteriorado.

El aumento de accidentes de carretera concordaba con el aumento general de accidentes. A mediados de los años treinta, los accidentes ocurridos en Alemania llegaron al promedio de 8.000 al año, a comparar, por ejemplo, con los 6.000 de Inglaterra, donde la propiedad de automóviles era tres veces mayor que en Alemania. La proporción alemana de accidentes de carretera se atribuía al aumento del alcoholismo, al fomento oficial del uso del automóvil y al ambiente de brutal autoafirmación. (Aunque esto es probablemente cierto, la interpretación no tiene en cuenta un factor residual: la incierta entidad denominada carácter nacional. La proporción de accidentes de carretera en la Alemania de la posguerra es bastante más alta que la inglesa.) **

El índice general de mortalidad aumentó durante la época nazi, pero este aumento fue tan gradual que no puede atribuirse al régimen. Al comienzo del

* El número de procesos por homicidio por negligencia aumentó en casi un 50 por ciento entre 1934 y 1938, y los de lesiones por negligencia en casi un tercio (cf. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* p. 634).

** No citamos aquí las cifras correspondientes a Estados Unidos, pues la proporción de habitantes de este país que poseían automóvil era tan superior a la de Gran Bretaña o Alemania que toda comparación carecería de sentido.

Tercer Reich, el índice en cuestión era, aproximadamente, de once por 1.000; al estallar la guerra ascendió hasta superar ligeramente el doce. En Gran Bretaña en tiempo de paz, el índice de mortalidad era del doce por 1.000 y el de Estados Unidos (en la paz y en la guerra) entre el 10 $^{1}/_{2}$ y el 11. En realidad, fue sólo durante la guerra cuando el índice de mortalidad entre la población civil alemana aumentó notablemente, de modo que en 1944 (sin contar las bajas de guerra) estaba 1 punto y medio por encima del de Inglaterra y 4 puntos y medio por encima del de Estados Unidos.

Otro grupo de estadísticas, al otro extremo de la escala, por así decirlo, merece gran atención: el índice de mortalidad infantil. En su gran interés por el aumento de población, las autoridades sanitarias nazis dieron gran importancia a la reducción de la mortalidad infantil y consiguieron algunos claros progresos en este campo. Partiendo de un índice de mortalidad de setenta y siete por 1.000 niños recién nacidos, habían conseguido reducirla a sesenta poco antes del estallido de la guerra; pero en 1943 había subido de nuevo a setenta y dos. Durante todo este período la cifra inglesa (cincuenta y tres en 1939 y cuarenta y ocho en 1944) fue bastante más baja que la alemana, y menor fue la norteamericana (cincuenta y uno en 1938 y cuarenta en 1944). La evolución en la esfera de la mortalidad entre recién nacidos era bastante análoga; los alemanes, a pesar de conseguir reducir su incidencia, estaban por detrás de británicos y norteamericanos en sus resultados.

Ideológicamente unida a la "batalla de los nacimientos" estaba la campaña de esterilización de posibles progenitores de "descendencia hereditariamente enferma". Al estallar la guerra, 375.000 personas (incluidos 200.000 deficientes mentales, 73.000 esquizofrénicos, 57.000 epilépticos y casi 30.000 alcohólicos [24] habían sido esterilizadas, la inmensa mayoría involuntariamente, es decir, por presión oficial. En ocasiones la esterilización forzosa se extendió a casos que quedaban fuera de la legislación eugenésica: por ejemplo, se esterilizó a un obrero de Sajonia que había perdido una pierna en un accidente de trabajo, basándose en que su disminuida capacidad para ganar un salario le impedía formar una familia. A consecuencia de ello, el hombre se suicidó.[25] Un grupo que acogió favorablemente la esterilización fueron las mujeres débiles mentales de escasa inhibición sexual (dicho de otro modo, prostitutas a tiempo parcial).

Son dignas de mención otras innovaciones del régimen (realizadas en tiempo de paz) en el terreno de la sanidad: la introducción de cambios en la nutrición y de nuevas formas de régimen médico. Siguiendo el programa de autarquía, las autoridades crearon un laboratorio de dietética, dependiente de la Delegación Nacional de Sanidad, con el propósito de investigar nuevos alimentos, tales como la carne de ballena, nuevas conservas de pescado, pan con proteína láctea, "chocolate alemán" y nuevos zumos de manzana. Estos

zumos perjudicaban la dentadura, pero la mayoría de las otras innovaciones tuvieron bastante éxito.[26] Pero mucho más decisivo para el nivel general de salud fue la escasez de fruta y verduras, así como el cambio en el sistema dietético resultante de la sustitución (decretada oficialmente) del pan de germen de trigo por el de harina entera. Especialmente durante la guerra, el nuevo tipo de pan negro fue considerado responsable de la amplia aparición de trastornos estomacales, y la campaña para la instalación de cantinas de fábrica fue acelerada por la preocupación de las autoridades ante la gran cantidad de afecciones gástricas entre los trabajadores. En 1940 se perdieron 12 millones de días de trabajo a causa de trastornos gástricos, y algún tiempo más tarde un importante periódico médico admitía: "La legión de víctimas de dolencias estomacales ha aumentado en gran medida durante esta guerra".[27] Evidentemente, la tensión nerviosa contribuía a ello al igual que la mala salud dental, manifestada, por ejemplo, en los casos de caries. Su extensión entre los niños de corta edad provocó notables aumentos en la cantidad de personal de las clínicas dentales escolares.[28]

En 1937, el estudio por parte del Frente del Trabajo de una muestra de 350 familias obreras estableció que más de una cuarta parte de ellas no utilizaba pasta dentífrica[29] y otra encuesta reveló que sólo el 30 por ciento de una muestra local más amplia (8.000 pacientes del servicio de sanidad de Colonia) gozaba de perfecta salud dental.[30]

Buenos ejemplos de la ingerencia del régimen nazi en algunas zonas de la profilaxis médica eran los hospitales tipo cárcel para "elementos antisociales" aquejados de enfermedades venéreas o tuberculosis. En Stadtroda, en Turingia, los pacientes tuberculosos recalcitrantes o descuidados eran mantenidos bajo vigilancia y abandonados a su suerte, sin ninguna clase de asistencia médica, si se resistían a las severas medidas de higiene que imperaban en las "celdas ordinarias" de la cárcel sanitaria.[31] En los hospitales de tuberculosos la rigurosa disciplina se aplicaba también a las enfermeras: una de ellas fue sumariamente despedida por haber servido comida extra a un paciente en dos ocasiones.[32]

Naturalmente, algunas innovaciones nazis en el terreno de la sanidad servían a fines más positivos que la disuasión pura y simple. El símbolo más representativo de los avances de la medicina nazi era el instituto de Hohenlychen, el cual (según un comentarista inglés) estaba especializado en la producción de "integrados en la vida".[33] En Hohenlychen no se permitía nunca a un paciente sentirse solo o inútil. Así, un hombre que había perdido el brazo derecho trabajaba conjuntamente en carpintería con otro que había perdido el izquierdo; un mecánico de aviación amputado de ambas manos colaboraba con otro que realizaba el trabajo manual, y al salir se les dio empleo a los dos (según instrucciones oficiales) en la misma fábrica. El instituto re-

presentaba en dos sentidos la actuación de la ciencia médica nazi: por una parte, la mayoría de incapacidades que allí se atendían habían sido causadas por el régimen (eran consecuencia de excesivo esfuerzo en el deporte, de accidentes en la construcción de autopistas y de otros accidentes de trabajo), y, por otra parte, el instituto confería una cierta credibilidad científica al axioma nazi que ensalzaba el triunfo de la voluntad sobre las circunstancias adversas.

Relacionada con el tema del triunfo de la voluntad estaba la modificación del concepto de la muerte. Dado que, en el contexto de la medicina, los fenómenos de la muerte y el dolor no podían minimizarse de modo tan simple como en el mundo surreal del ritual nazi o de los documentales de guerra, se los rodeaba de una aureola de seudoespiritualidad. En 1938 el doctor Conti, dirigente nazi de la profesión médica, condenó la creciente costumbre de los médicos de cabecera de enviar al hospital a pacientes en estado muy grave y se las arregló para disfrazar su verdadera motivación, el interés por ahorrar los limitados recursos hospitalarios, mediante la frase "La muerte, como el nacimiento, constituye un acontecimiento natural que figura entre los más importantes de la vida familiar".[34] La defensa del fallecimiento "en familia" como una experiencia espiritualmente enriquecedora se ajustaba bien al concepto de la función del dolor según la visión del mundo de los nazis.

Ya en la época prenazi el embajador británico en Berlín, lord d'Abernon, se había sorprendido ante la generalizada resistencia al dolor: "Los alemanes no sólo soportan el dolor estoicamente sino que, al parecer, lo sienten menos que hombres de otras razas".[35] Dirigiéndose a la Asociación Filosófica Alemana en 1935, el eminente cirujano Sauerbruch declaró: "Nada grande en la vida se crea sin el choque del dolor; el dolor transforma y purifica al hombre para sus tareas más elevadas".[36]

Los resultados prácticos de la fusión de tales actitudes con la ética heroica del nazismo se evidenciaban de diversas maneras. Los cirujanos alemanes recurrían menos a la anestesia que sus colegas anglosajones, y las mujeres embarazadas se negaban a tomar analgésicos durante el parto, pues habría sido inadecuado que las mujeres alemanas pasaran por la experiencia suprema de su vida sin estar en plena consciencia.

A pesar de estas manifestaciones de estoicismo, los ciudadanos del Tercer Reich no gozaban de una salud notablemente mejor que la de sus predecesores o sus contemporáneos de otros países. Por el contrario, tanto el índice de enfermedad como de accidentes de la Alemania nazi mostraron un aumento. Así, las cifras anuales de hospitalización subieron de casi 4 millones en 1932 a 5.800.000 en 1938,[37] aumento que no podía achacarse totalmente al crecimiento de población (que fue del 4 por ciento) ni a una profilaxis más completa. De 1935 a 1937, los accidentes de trabajo aumentaron una tercera parte

(de 1.354.000 a 1.789.000),[38] mientras la población laboral crecía aproximadamente la mitad de esa proporción.[39]

No puede establecerse una gráfica de la sanidad alemana con una curva claramente descendente, pero algunos de los datos disponibles apuntan en esa dirección. Uno de estos datos fue el descenso del 2 por ciento en el número de hombres considerados aptos para el servicio militar entre 1936 y 1942. Es poco probable que los médicos de la Wehrmacht aplicaran criterios más estrictos en tiempo de guerra que en el de paz, y la cifra del 2 por ciento no es en absoluto pequeña aplicada a una muestra de casi dos tercios de millón (los porcentajes de 1936 y 1942, eran ochenta y tres y ochenta y uno respectivamente).[40] Pueden extraerse otros datos de un examen por orden alfabético de algunas de las principales enfermedades.

1. *Alcoholismo*: El alcoholismo aumentó gradualmente durante los años treinta y más aún en el curso de la guerra (un aspecto de este hecho digno de tenerse en cuenta es el aumento entre las mujeres).[41] La proporción de fallecimientos por intoxicación alcohólica era cinco veces mayor que la de Inglaterra, pero estaba considerablemente por debajo de la de Estados Unidos. Los cálculos estiman el número de bebedores habituales del país en 300.000, otra cifra desfavorable en comparación con la británica, pero favorable en relación con la norteamericana.[42]
2. *Cáncer*: A lo largo de todos los años treinta, el índice alemán de fallecimientos fue aumentando lentamente, aunque seguía algo por debajo del británico, mientras excedía considerablemente al de Estados Unidos. Durante la guerra se produjo un mayor aumento, que las autoridades médicas atribuían en parte a la "alimentación inadecuada".[43]
3. *Corazón*: En los años treinta, las cifras de mortalidad alemanas aumentaron gradualmente pero permanecieron aún bastante por debajo de las británicas y norteamericanas. La aparición, en tiempo de guerra, del reumatismo, que puede ser una causa de las enfermedades del corazón, fue lo suficientemente fuerte como para suscitar la preocupación oficial (además de lo cual, representaba una octava parte del total de causas de ausencias del trabajo).
4. *Difteria*: El número de casos se duplicó sobradamente entre 1932 y 1938, en que fue de casi 150.000. Aumentó a continuación hasta casi 250.000 en el momento álgido de la guerra, cuando el índice de mortalidad era el doble del promedio del tiempo de paz. Esto contrastaba marcadamente con Inglaterra y aún más con Estados Unidos, donde en el mismo período se redujo a prácticamente la mitad el número de casos y el índice de mortalidad. A finales de los años treinta, el número de muer-

tes por difteria era cuatro veces mayor en Alemania que en Estados Unidos.

5. *Disentería*: En los años treinta, la situación era mejor que en Inglaterra y peor que en Estados Unidos. A principios de la guerra el número de casos era el doble que en tiempo de paz (pero —como señalaba el doctor Conti— sólo una octava parte del de la Primera Guerra Mundial). La mortalidad general durante la guerra fue bastante más alta que en Inglaterra y más baja que en Estados Unidos.[44]
6. *Escarlatina*: El número de casos se dobló sobradamente entre 1932 y 1938. La cifra de casos era favorable con respecto a Inglaterra, aunque no en relación con Estados Unidos, mientras la mortalidad era más alta en los dos países anglosajones. Durante la guerra, la cifra de casos, así como la de mortalidad, en Alemania se triplicó aproximadamente —casi un millón de enfermos entre 1941 y 1943—, mientras Inglaterra y Estados Unidos mostraban un constante descenso en ambos aspectos. En 1943 morían de escarlatina veinte veces más alemanes que británicos, y seis veces más que norteamericanos.
7. *Gripe*: El índice alemán de fallecimientos mostró un cierto descenso tanto durante la paz como en la guerra. Fue bastante más bajo que en Inglaterra y notablemente más alto que en Estados Unidos.
8. *Meningitis cerebroespinal*: El número de casos en tiempo de paz era algo más bajo que en Inglaterra y mucho más bajo que en Estados Unidos. Durante la guerra, la cifra alemana fue bastante menor que la británica, y considerablemente superior a la norteamericana.
9. *Poliomielitis:* En la paz como en la guerra, tanto el número de casos como el índice de mortalidad eran bastante más altos que en Inglaterra (de ello se culpaba en parte a las Juventudes Hitlerianas, que construían piscinas al aire libre sin protección adecuada contra una extensión de la infección). Es difícil establecer una comparación con las tendencias en Estados Unidos debido a las grandes fluctuaciones que se producían en este país.
10. *Pulmonía*: En tiempo de paz, el índice de mortalidad en Alemania excedía algo al británico. Durante todo este período, el índice norteamericano de mortalidad descendió gradualmente de su nivel relativamente alto hasta llegar a estar por debajo del de Alemania.
11. *Sarampión*: El índice alemán de mortalidad era bastante más bajo que el británico, pero estaba algo por encima del de Estados Unidos.
12. *Septicemia puerperal*: Hubo una reducción gradual tanto de la enfermedad como de la mortalidad en los años treinta, pero las cifras aún se-

guían excediendo a las británicas (que a su vez iban descendiendo), aunque permanecían muy por debajo de las norteamericanas.

13. *Tifus*: En tiempo de paz, el número de casos y el índice de mortalidad eran bastante más altos que en Inglaterra, pero no más que en Estados Unidos. En el momento álgido de la guerra, tanto la mortalidad como el número de casos aumentaron considerablemente en Alemania, mientras en los países anglosajones se producía la tendencia opuesta. Aun así, los alemanes podían afirmar que el aumento sólo había llegado a una quinta parte de su nivel de la Gran Guerra.[45]
14. *Tos ferina*: Tanto el número de casos como el índice de mortalidad eran más bajos que en Inglaterra y Estados Unidos (durante la guerra, al menos).
15. *Tuberculosis*: El índice de mortalidad, que había venido descendiendo rápidamente desde 1900 (en que era de 225 por 100.000 habitantes), se había situado por debajo del nivel británico y sólo ligeramente por encima del norteamericano a finales de los años treinta, con 70 por 100.000. Fueron reconocidos los progresos alemanes en este terreno en el Congreso Internacional de Tuberculosis de 1939, celebrado en Berlín. La guerra conoció una notable expansión de la radiografía, y en 1942 el estado extendió el apoyo económico a los pacientes no asegurados y a los familiares que dependían de ellos.[46] En dicho año, el índice alemán de mortalidad excedía ligeramente al británico y bastante marcadamente al norteamericano. La prolongación de la guerra aumentó los casos de tuberculosis en las ciudades En 1944-45, el índice de fallecimientos por tuberculosis entre los berlineses era de 252 por 100.000 (en 1918 había sido de 282 por 100.000).[47]

Naturalmente la guerra modificó de manera muy profunda el panorama de la sanidad. De medio millón de camas de hospital disponibles, 185.000 fueron dedicadas a uso militar,[48] pero la escasez resultante fue compensada en parte mediante el Programa de Eutanasia, que exterminó aproximadamente a 100.000 personas internadas en instituciones. Otra campaña —mucho más inocua— llevada a cabo durante la guerra se centró en la salud dental de los muchachos de catorce a dieciocho años, pues el mal estado de la dentadura entre los jóvenes de esa edad (especialmente en el campo) estaba afectando negativamente el alistamiento en las fuerzas armadas.

Mientras se concedía especial prioridad a los jóvenes —al igual que en lo referente al racionamiento—, las personas de edad se encontraban bastante desatendidas. Los fallecimientos —cuyo número aumentaba de año en año— producidos por el cáncer, la apoplejía cerebral, la parálisis y los ataques del

corazón se relacionaban oficialmente con la senectud,[49] y el *Schwarzes Korps* admitía en 1944: "Los que pasan de sesenta años tienen mala salud porque están mal atendidos médicamente".[50]

En tiempo de guerra, los ancianos eran el sector más vulnerable de la población civil, la cual, en general, estaba desprovista de servicios médicos en comparación con el ejército. En 1937, un centro metropolitano como Berlín tenía quince doctores por cada 10.000 habitantes mientras, en el extremo opuesto de la escala, en la Prusia oriental, había cinco por el mismo número.[51] En 1941 la proporción general del país era de un médico por 10.000-20.000 habitantes,[52] y era normal que en los ambulatorios hubiese de sesenta a ochenta pacientes por médico esperando ser atendidos. La prensa apelaba constantemente al público para que acudiese a sus médicos de cabecera sólo en casos de verdadera urgencia; los pacientes del seguro de enfermedad se encontraban con que los médicos tardaban tanto en visitarles y concederles las bajas que perdían entretanto parte de su subsidio por enfermedad.[53]

Para solucionar este problema, el *Schwarzes Korps* hizo la ingeniosa sugerencia de que los doctores que comprobaran que los pacientes que se hacían visitar en sus casas estaban en condiciones de ir al ambulatorio les hiciesen pagar como pacientes privados.[54] Al cabo de un tiempo se negó a los obreros que trabajaban en la producción de armas el derecho a la libre elección entre todos los médicos del seguro de la ciudad, y les fueron asignados oficialmente médicos de zona, *Revierärzte*, según su lugar de empleo.[55]

En 1944, las necesidades de la población civil se habían hecho tan acuciantes que un cierto número de médicos del ejército fueron devueltos a la práctica civil y algunos hospitales militares empezaron a tratar a personas civiles.[56] La salud del propio personal sanitario se vio afectada por esta situación. Durante el tercer invierno de la guerra, los periódicos hablaban de la aparición de depresiones nerviosas entre los farmacéuticos,[57] fenómeno ligado con la creciente dependencia de los comprimidos por parte del público. Había empresas que —con la aprobación oficial— incluían sedantes en los sobres de paga de sus empleados, aunque al mismo tiempo las autoridades intentaban, sin mucho éxito, reducir el excesivo consumo de medicamentos y pastillas, que alguna gente utilizaba como sustituto de la comida en las últimas etapas de la guerra.[58]

Se ha hecho ya referencia al relativo descuido en que se tenía a los ancianos. La población del campo se encontraba en una posición similar, de última en la cola, en la distribución de unos recursos escasos. El nivel sanitario rural empeoró aún más al verse obligados las mujeres y los muchachos y muchachas muy jóvenes a realizar trabajos manuales pesados que antes efectuaban los hombres. La salud de los adolescentes se vio también afectada, hasta tal punto que, en ciertas zonas del campo, el 40 por ciento de los mu-

chachos llamados a filas fueron considerados no aptos.[59] La guerra dañó también la salud de las muchachas campesinas. La tensión causada por la separación del hogar y el trabajo desacostumbrado produjo perturbaciones en el ciclo menstrual de más de la mitad de los miembros del servicio de trabajo femenino; [60] este fenómeno despertó temores entre los estrategas de la "batalla de nacimientos".

En general, los encargados de planificar la población tuvieron poco motivo de preocupación en un principio, pero la guerra dio lugar a un número elevado de nacimientos de niños muertos y "abortos criminales".[61] La proporción de nacimientos permaneció más bien alta, y bajó lentamente desde el punto máximo de entreguerras (de 20,4 por 1.000 en 1939) a entre 15 y 16 en el momento álgido de la guerra. Los países anglosajones, paradójicamente, mostraron la tendencia opuesta. De menos de 15 por 1.000 a mediados de los años treinta, el índice de nacimientos británico subió a 17,6 en 1944, superando así a Alemania por primera vez desde 1933, año de la toma del poder, mientras en Estados Unidos se registraba un continuo aumento, de 18,7 en 1935 a 21,2 en 1944.

Un año más tarde terminó la guerra y los expertos aliados pudieron evaluar la calidad de los servicios médicos del Tercer Reich. No se podía negar la efectividad de las autoridades nazis en cuanto a evitar descensos importantes del nivel sanitario —especialmente en lo referente a epidemias— entre los 100 millones de alemanes residentes, evacuados, "alemanes étnicos" reinstalados, obreros extranjeros, obreros esclavos y prisioneros de guerra, concentrados en la zona del Reich, que subsistían —al menos hacia el final de la guerra— con recursos limitados y estaban sometidos a los ataques aéreos aliados. Frente a esto hay que constatar el relativo atraso de la ciencia médica. Este atraso, unido a la predilección del cuerpo médico del ejército por las amputaciones, dio como resultado que el Reich tuviera el mayor porcentaje de mutilados de Europa. Los alemanes carecían de penicilina y practicaban la transfusión de sangre directa, que podía tener consecuencias fatales para el donante. El servicio de radiología en sus hospitales era escaso, y en muchas salas de operación faltaba incluso la iluminación de emergencia.[62] Y no era ésta la única forma de iluminación que faltaba entre el personal sanitario. El número de médicos (incluidos profesores de universidad) implicado en "experimentos" en campos de concentración era de 350 —es decir, uno de cada 300 miembros de la profesión médica alemana—. En Weimar, a primeros de mayo de 1945, cuando se pidió a una enfermera de la Cruz Roja que atendiera a un superviviente liberado de Buchenwald, la mujer replicó indignada: "¿Por qué tengo que atender a un criminal?".[63]

16

# LA FAMILIA

Al denominar la familia "célula básica de la sociedad", los nazis, por una vez, no se limitaban a ceder a su tendencia al lenguaje pomposo: esta definición estaba llena de significado. El régimen convirtió la actividad automática de las células —la reproducción— en la motivación consciente de la vida familiar, y consideró el éxito en la batalla de los nacimientos como condición previa a la victoria en todos los demás frentes.

Mirando atrás, los ideólogos nazis explicaban los siglos de debilidad de Alemania antes de la unificación por la mortandad de la Guerra de los Treinta Años. Mirando hacia adelante, Hitler en una comunicación secreta al Alto Mando del ejército, en 1937,[1] insistió enfáticamente en el constante aumento de población de los países eslavos en relación con el Reich, y expuso su decisión de hacer frente a esta amenaza mediante una guerra "preventiva" tan pronto como fuese posible.

El gradual restablecimiento de la curva demográfica alemana era relativamente reciente. A finales de siglo, el promedio anual de nacimientos por mil habitantes era aproximadamente de treinta y tres, pero esta cifra bajó a menos de la mitad en las tres décadas siguientes.

Este declive se debía a varias causas. Ya antes de la Gran Guerra —que constituyó un importante freno al crecimiento demográfico—, el hábito de limitar el número de hijos había penetrado, partiendo de las clases altas, en las capas medias de la sociedad. La concentración industrial favoreció la extensión del conocimiento de los métodos anticonceptivos entre los obreros, e incluso los campesinos comenzaron a conocerlos. La guerra familiarizó a todas las clases sociales con el uso de los anticonceptivos. Después de la guerra, se estimó que una de cada cuatro mujeres entre los veinticinco y los treinta

años no se casaría, y la inflación vino, por otro lado, a agravar este problema demográfico. Era cosa aceptada, además, que las familias menos numerosas disfrutaban de un nivel de vida más alto y podían preparar mejor a sus hijos para la vida. Pero las medidas anticonceptivas no se practicaban de modo uniforme por todo el país: en las zonas católicas eran objeto de activa oposición y en los distritos campesinos tenían que luchar con arraigados prejuicios.

El índice medio de nacimientos en los años veinte había sido de 20,3 por 1.000. Este relativo descenso —que fue acelerado por la Depresión— provocó los funestos presagios de los nacionalistas, que simultánea (y paradójicamente) adoptaron el título de la novela de Hans Grimm *Pueblo sin Espacio* (*Volk ohne Raum*) como resumen de los males del país en la posguerra.

Fue esta tradición la que llevó a los nazis a dar absoluta prioridad al aumento del índice de natalidad al tiempo que pedían *Lebensraum*. Su interés por la familia estaba motivado por la política de poder, pero coincidía con generalizadas aspiraciones populares. "Restablecer a la familia en el lugar que le corresponde" parecía ser el slogan no político alrededor del cual podían cristalizar los anhelos de quienes se apartaban de las complejidades del presente.

Naturalmente, este slogan era en realidad cualquier cosa menos apolítico: el modelo familiar anterior a 1914 estaba centrado en el varón y era autoritario. Los que sacaban partido de él vieron la liberalización de las relaciones familiares y costumbres sexuales de después de la guerra como un ataque a los cimientos del orden social; aquellos a quienes desagradaba la República atribuían a la misma causa el aumento de la prostitución juvenil originado por la Depresión.

Pero estos hombres consideraban aún mucho más grave el descenso del índice de natalidad que se produjo simultáneamente. El colapso económico lo había afectado en dos sentidos: los matrimonios practicaban una limitación familiar mucho más estricta, y la discriminación en el trabajo en favor de los hombres con familia dejaba a los solteros sin trabajo y sin posibilidades de casarse. Como consecuencia, el índice de nacimientos descendió en más de una cuarta parte —de 20,3 en los años veinte a 14,7 en 1933—.* (El índice de matrimonios se vio afectado de manera menos drástica: descendió en una octava parte, de 9,1 por 1.000 a 7,9 en 1932.)

El nuevo régimen demostró su afirmación de ser buen protector de la vida familiar imponiendo fuertes limitaciones a la igualdad de la mujer, al aborto,

* Según el *Statistische Handbuch für Deutschland 1928-1944*, Franz Ehrenwirt, Munich, 1949, p. 47, el promedio anual de matrimonios para la década 1920-1929 había sido de 575.183, frente a 516.793 en 1932; el promedio anual de nacimientos de niños vivos fue de 1.285.902, frente a 993.126 en 1932.

la homosexualidad y la prostitución (es decir, a sus aspectos visibles). Se limpiaron las calles de mendigos —que habían proliferado durante la Depresión—, de modo que las matronas ansiosas no habían de temer ya verse asaltadas. Fue sobre todo mediante la reanimación de la actividad económica y las medidas eugenésicas especiales cómo el régimen provocó una subida espectacular en la curva demográfica; la fertilidad y los matrimonios aumentaron en la proporción de 2/1.[2]

La gran cantidad de nacimientos constituyó un voto de confianza "biológico" en favor del régimen. Ya durante su segundo año, el índice de nacimientos subió más de una quinta parte, a 18 por 1.000; con 20,4 (o sea 1.413.000 nacimientos de niños vivos) en 1939, sobrepasaba, tanto relativa como absolutamente, el promedio de los años veinte. Después de 1940 se produjo un inevitable descenso pero la cifra de 1943 (1.124.000) todavía superaba la de 1933 (971.000), la más baja de todas.

Las medidas eugenésicas del régimen —aparte de la medida negativa de la esterilización (de la que trataremos más adelante)— fueron principalmente de carácter monetario y propagandístico. Los incentivos económicos a la fecundidad eran básicamente de tres tipos: préstamos matrimoniales, subsidios por hijos y subsidios familiares.

Bajo el programa de préstamos matrimoniales, los recién casados recibían, en el momento del matrimonio, préstamos de hasta 1.000 marcos. El nacimiento de cada uno de los primeros cuatro hijos convertía en regalo una cuarta parte del préstamo.[3] El préstamo —menos las deducciones resultantes de los nacimientos— debía ser devuelto a razón del 3 por ciento mensual si los dos cónyuges trabajaban, y del 1 por ciento si sólo trabajaba el marido.

Los subsidios por hijos consistían en la concesión de ciertas sumas en efectivo a los padres de familias numerosas con ingresos limitados, sumas a invertir en muebles, utensilios y ropa. Estos subsidios estaban limitados a un máximo de 100 marcos por hijo y 1.000 marcos por familia. Para poder recibirlos, las familias habían de tener al menos cuatro hijos de menos de dieciséis años, pero esto no se aplicaba al caso de las madres viudas, divorciadas o solteras.[4] Ascendían a 10 marcos mensuales por el tercero y cuarto hijo, y 20 marcos al mes por el quinto hijo.

Las cifras muestran una notable correlación entre la generosidad del tesoro nazi y el ascenso del índice alemán de natalidad. De 1933 a 1938 se concedieron un total de 1.121.000 préstamos matrimoniales, con 980.000 cancelaciones debidas a nacimientos; esto representaba un rédito humano de casi el 90 por ciento sobre la inversión fiscal efectuada. Además, la disponibilidad de este dinero público constituía un fuerte estímulo a la legitimización del matrimonio una vez se había producido la concepción de un hijo.

La propaganda inculcaba un ánimo favorable a la procreación mediante

la manipulación del lenguaje, los rituales y las presiones sociales, así como a través de un plan de revolución doméstica. Se efectuaban exposiciones encaminadas a mostrar que los hombres más grandes del mundo tenían una docena de hermanos (o de hijos, como por ejemplo Juan Sebastián Bach),[5] y se dio valor aristocrático al término "familia" reservándolo oficialmente a los padres con cuatro hijos o más. Se utilizaba constantemente la emotiva expresión *Kindersegen* (bendecido con hijos), mientras al deseo de una vida no estorbada por los hijos —o incluso de una estricta limitación familiar— se le llamaba "subproducto de la civilización del asfalto", considerándolo tan despreciable como la deserción en la batalla.

Se puso en movimiento un verdadero culto a la maternidad. Anualmente, el 12 de agosto (cumpleaños de la madre de Hitler), se concedía a las madres prolíficas la Cruz de Honor de la Madre Alemana (de tres clases: bronce para más de cuatro hijos, plata para más de seis, oro para más de ocho).[6] Las medallas, que llevaban grabada en el anverso la frase "El hijo ennoblece a la madre", se imponían en ceremonias dirigidas por los jefes de barrio del partido. La prolífica madre alemana debía "ocupar en la comunidad del pueblo el mismo puesto de honor que el soldado de primera línea, puesto que los riesgos a que somete su salud y su vida por el *Volk* y la Madre Patria son iguales a los que corre el soldado en plena batalla".[7] El *Völkischer Beobachter* anunció: "En agosto de 1939 serán condecoradas tres millones de madres alemanas; en el futuro, todos los miembros de las organizaciones juveniles del partido estarán obligados a saludar a las portadoras de la Cruz de Honor de la Madre; así les rendirá homenaje la generación joven".[8]

El reflejo del homenaje se extendió más allá de las filas del partido. En tranvías, autobuses y metros, los hombres se ponían en pie de un salto para ofrecer sus asientos a las mujeres embarazadas o a las que llevaban niños pequeños. Durante la guerra, cuando la adoración nazi de la maternidad llegó a su punto culminante con la creación del slogan "He donado un hijo al Führer", las futuras madres recibían también raciones mayores de alimentos y cobijo más seguro contra los ataques aéreos.

Pero ¿y las esposas que no habían dado ningún hijo al Führer? Eran una cantidad considerable: una mujer casada de cada cinco; una de cada tres en Berlín.* A mediados de los años treinta, una comisión para asuntos eugenésicos formada por portavoces del partido y abogados hizo hincapié en el desperdicio genético que representaba permitir el mantenimiento de estos matrimonios, puesto que las personas ahora estériles podían resultar fértiles en

* A finales de 1938, el 22,6 por ciento de los dieciséis millones de mujeres casadas de Alemania no tenía hijos (cf. *Frankfurter Zeitung*, 24 de mayo de 1939). En Berlín, el 34,6 por ciento de las 1.126.000 mujeres casadas no tenían hijos (cf. Kurt Pritzkoleit, *Berlin*, Karl Rauch, Düsseldorf, 1962, p. 15).

la unión con otros cónyuges.* Esta preocupación por la procreación tenía toda clase de repercusiones ridículas. A las empleadas públicas (y privadas) se les recordaba en ocasiones que su deber para con el estado —o la empresa— no terminaba cuando dejaban la oficina. En un momento dado, incluso el *Schwarzes Korps* mostró desagrado ante la manera en que se efectuaban ciertas acciones de apoyo a la batalla de los nacimientos:

"Es inadmisible que un superior induzca públicamente a su subordinado a ser bendecido con hijos (*zum Kindersegen*) y, cuando este último contesta que si su matrimonio es estéril no es por culpa suya, diga: 'En ese caso, deben ustedes divorciarse o adoptar un hijo de otros'." [9]

Pero esta inusitada delicadeza fue de poca duración. Cuando el Dresdner Bank —el mayor de Alemania— publicó su balance anual (el cual, significativamente, incluía datos sobre los matrimonios y la fertilidad de su personal), el órgano de las SS declaró: ¡Las cifras son alarmantes! La mitad de las empleadas casadas del banco no tienen hijos".[10]

En su preocupación por la batalla de los nacimientos el *Schwarzes Korps* intentó una especie de revolución en el hogar alemán. Como la mayor carga de trabajo que las familias numerosas imponían a las mujeres iba en contra del crecimiento de la población, el periódico lanzó una campaña en favor de la igualdad de los esposos, respaldada por fotografías de maridos ejemplares (y por lo tanto muy poco alemanes) empujando cochecitos de niño y llevando cestos de compra.

Aunque el uso de cestos de compra o trapos de cocina por parte de los varones alemanes permaneció en gran medida en el reino de la fantasía, se puso efectivamente a disposición de las madres una cierta asistencia doméstica mediante el año de servicio social de las jóvenes, por iniciativa de instituciones del partido tales como "Madre e Hijo" y la Sección Femenina Nacional Sicialista (ver pág. 274), así como a través del reclutamiento, en tiempo de guerra, de "sirvientas" de la Europa ocupada.[11] Se creó una asociación especial —la Asociación Nacional de la Familia Alemana (*Reichsbund Deutscher Familie*)— para tratar de los problemas generales de la familia. Un claro reflejo de la fragmentación de la vida social alemana durante el Tercer Reich fue el hecho de que la asociación estableciera una red de oficinas matrimoniales para candidatos eugenésicamente aptos (los cuales, por cierto, tenían que comprometerse con el principio de la procreación masiva).

En la cuestión del matrimonio, muchos alemanes todavía recurrían a los anuncios en el periódico. El énfasis en el factor monetario que mostraban

* El doctor Kleeman afirmó el 24 de diciembre de 1936, en el *Schwarzes Korps*: "No hay nada de absolutamente sacrosanto en un matrimonio sin hijos. Esto es obvio de la falta de descendencia deliberada, pero también la esterilidad involuntaria perjudica a la nación. Es posible que los dos cónyuges resulten fértiles en una nueva unión".

este tipo de anuncios había provocado frecuentes comentarios por parte de extranjeros. Con la creación del Tercer Reich, el contenido de los anuncios matrimoniales empezó a reflejar un sutil cambio de valores; aunque el dinero seguía siendo importante, las cualidades eugenésicas lo eran aún más: así, en un anuncio del *Neueste Nachrichten*, un maestro de escuela viudo que no indicaba exigencias económicas, se describía sin rubor como un idealista; [12] y otro característico *anuncio* decía: "Médico de cincuenta y dos años, ario puro, veterano de la batalla de Tannenberg, con intención de instalarse en el campo, desea progenie masculina mediante matrimonio civil con aria sana, virgen, joven, modesta, ahorradora, acostumbrada al trabajo duro, ancha de caderas, que no use tacones altos ni pendientes y, si es posible, también sin propiedades",[13] mientras otro declaraba: "Viudo de sesenta años desea tener de nuevo una cónyuge nórdica dispuesta a ofrecerle hijos, a fin de que la vieja familia no perezca en cuanto a la línea masculina".[14] (Estos dos anuncios, sin embargo, aunque impregnados del dogma eugenésico oficial, desagradaron a aquel tutor moral —por nombramiento propio— del público alemán, el *Schwarzes Korps*, que comentó malhumoradamente sobre el doctor de cincuenta y dos años: "Se ha acordado algo tarde de sus obligaciones eugenésicas".[15] Del viudo de sesenta años dijo: "Si a su edad todavía no se le ha dado aún un heredero varón, tendrá que renunciar a él, a menos que quiera ser culpable de irresponsabilidad hacia una joven que debería ser algo más que un simple conejo de Indias con el cual un anciano realiza experimentos. Como este anuncio se ha insertado ya varias veces es de suponer que se trata de alguien que obtiene un placer furtivo de las respuestas que recibe".) [16]

Como muestran estos exabruptos censoriales, la puesta en práctica de la política demográfica estaba llena de problemas, particularmente los que planteaban las familias numerosas. Los expertos en eugenesia hacían hincapié en el hecho de que los padres que no practicaban ninguna limitación familiar en absoluto (los "pobres imprevisores" de la terminología victoriana) eran a menudo racialmente inferiores y que el alentar oficialmente su descendencia estaría en contradicción con el sacrosanto principio nazi de la selección racial. Así pues, las autoridades que concedían los préstamos matrimoniales se ponían en contacto con las delegaciones locales de sanidad, servicios médicos escolares, organismos benéficos para enfermos mentales, etcétera, antes de conceder sus préstamos, a fin de asegurarse de las condiciones raciales de los socilitantes; entre aquellos cuyas peticiones eran rechazadas, la mitad eran considerados física o mentalmente "por debajo del nivel" y un tercio lo formaban obreros no especializados.[17]

La Delegación de Política Racial del partido nazi creó además un registro eugenésico nacional, en el cual las "honradas" familias numerosas estaban inscritas separadamente de las antisociales que vivían a expensas públicas.[18]

Después de la legislación antisemítica contra la corrupción racial, el principal dispositivo del régimen para la mejora de la raza era la ley para la prevención de descendencia hereditariamente enferma.[19] Según esta ley, los alemanes que sufrían de deformaciones físicas, retraso mental, epilepsia, imbecilidad, sordera o ceguera, debían ser esterilizados. A las personas esterilizadas no se les permitía casarse y, si se descubría que lo habían hecho, sus matrimonios eran anulados judicialmente.[20] Las mujeres embarazadas de un feto "herediatriamente enfermo", por haber eludido, ellas o sus maridos, la esterilización, podían y debían ser objeto de aborto legal * (al igual que las mujeres portadoras de un feto considerado "medio judío"),[21] aunque el aborto *per se* era uno de los crímenes más horribles según las leyes nazis.

Inmediatamente después de la toma del poder se prohibió el anuncio y exhibición de anticonceptivos (sin que fueran limitadas, por otro lado, su fabricación y venta) y se cerraron todas las clínicas para el control de la natalidad. Los abortos fueron denominados "actos de sabotaje contra el futuro racial de Alemania", y castigados de acuerdo con esta concepción. Mientras en el Berlín republicano las multas a las personas implicadas no pasaban a veces de los 40 marcos, los tribunales nazis imponían condenas de cárcel de seis a quince años a los médicos responsables de practicar el aborto.** Antes de 1933, el promedio anual de abortos se calculaba entre los 600.000 y los 800.000, frente a la cifra de un millón a millón y cuarto de nacimientos por año; una proporción de casi dos por tres. En cuanto al Tercer Reich, es difícil hallar siquiera cifras aproximadas. En 1938 la octava parte del millón y medio de embarazos se consideró oficialmente como abortos; [22] en los cuatro años anteriores se produjo un aumento del 50 por ciento en los juicios contra personas acusadas de aborto (4.539 en 1934 y 6.983 en 1938).[23] Suponiendo una proporción de 1/1.000 abortos detectados y objeto de acusación frente a los que habían sido realmente cometidos,*** llegamos a la conclusión de que el descenso posterior a 1933, más que absoluto, fue relativo con respecto a un número total de embarazos mayor.

Otro método, objeto de mucha publicidad, para el aumento del índice de nacimientos, fue la campaña oficial para la reducción de la mortalidad infantil. Ésta consiguió la disminución de varios décimos de 1 por ciento durante

* Se requería para esto el acuerdo de una comisión de tres médicos así como el consentimiento de la madre (cf. Wallace R. Deuel, *People under Hitler*, Harcourt Brace, Nueva York, 1942, p. 248).

** En Nordhausen, un médico fue condenado a seis años de prisión por cuatro abortos consumados y un cierto número de intentos (cf. *Frankfurter Zeitung*, 2 de septiembre de 1937). En Göttingen, un colega suyo fue condenado a quince años por quince abortos consumados (*Frankfurter Zeitung*, 16 de junio de 1939).

*** Se obtiene así la llamada *Dunkelziffer* (cifra negra) que utilizan los sociólogos alemanes (como Wolf Middendorff, en *Soziologie des Verbrechens*, Dusseldorf, 1959).

cada año de paz del régimen. (Así, en 1936, el 6,6 por ciento de todos los niños nacidos murieron dentro del primer año; en 1938, el índice bajó al 6,0 por ciento.)[24] La guerra invirtió esta tendencia, de modo que, en 1943, los casos de mortalidad infantil en Alemania eran el 7,2 por ciento, frente al británico de 4,8 y al norteamericano de 4,0 por ciento. (También en tiempo de paz las cifras anglosajonas eran bastante más bajas que las alemanas.)

Una de las razones de esta situación relativamente desfavorable era el hecho de que los patronos y las trabajadoras alemanas se mostraban reacios a observar las disposiciones de la "ley de protección a las madres" de 1927, que prohibían que éstas trabajasen durante las seis semanas anteriores y posteriores al parto. Las empleadas embarazadas preferían a menudo trabajar hasta el comienzo de los dolores antes que verse perjudicadas por una reducción de la paga del 25 por ciento. Por la misma razón se ocupaban de sus hijos sólo durante unos días y después los entregaban al cuidado de otra persona. Para combatir esta práctica, la organización "Madre e Hijo" creó hogares de convalescencia posnatal, así como guarderías en los pueblos.[25]

Otro aspecto de la situación demográfica general del país era el aumento de la esperanza media de vida en más de veinte años, entre la Guerra franco-prusiana y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esto significaba que mientras antes de 1914 un tercio de la población tenía menos de dieciséis años, en los años treinta estos jóvenes constituían sólo una cuarta parte.[26]

Los cambios en la cifra relativa de jóvenes y ancianos eran algo más que una cuestión de proporciones cambiantes. Hasta 1933 los nazis se habían presentado con éxito —y no injustificadamente— como el partido de la Juventud con respecto a la Vejez; al tomar el poder habían declarado de modo autoritario que se iba a poner fin al enfrentamiento generacional; no se permitiría que ninguna cuestión conflictiva estropease la armonía interna de la familia y el Reich. El régimen consiguió realmente rejuvenecer las cabezas de ambas instituciones: la edad media de los miembros del gabinete del Reich estaba unos diez años por debajo de la de sus predecesores republicanos (o de sus homólogos occidentales), mientras la edad media en la que se casaban las parejas jóvenes se redujo de dos a tres años como resultado de la reactivación económica y de las medidas para promover el crecimiento demográfico.[27]

No obstante, la vida familiar siguió viéndose afectada por conflictos entre las generaciones, aunque en forma menos abierta. Al ser más susceptibles al adoctrinamiento y estar más expuestos a él en la escuela y en las Juventudes Hitlerianas, los jóvenes tendían a mostrar una mayor conformidad (por no decir un mayor fanatismo) que sus mayores.

Con el temor de los padres a ser denunciados por sus hijos o al hecho de que las conversaciones familiares pudieran ser inocentemente repetidas en

público, el diálogo entre las distintas generaciones disminuyó todavía más.

Las relaciones entre madres e hijos se vieron particularmente afectadas. Los niños de diez años a quienes se regalaban puñales tenían, lógicamente, ideas muy exageradas de su propia importancia, y la paciencia de más de una madre se veía puesta a prueba por un "amo de la casa" a quien parecía poco natural la idea de ceder a la autoridad de un simple mujer.

Otro grupo de mujeres se encontró reducido a un estado descrito jocosamente como "viudez política": aunque sus maridos vivían, las obligaciones de éstos para con el partido les impedían utilizar el hogar más que para comer y dormir. En algunos casos el conflicto entre el compromiso político y la vida doméstica era tan grande que llegó a constituir una nueva categoría de motivos de divorcio. Un periódico berlinés escribió en 1937: "Es deber de un marido participar en las actividades nacionalsocialistas, y una esposa que causa problemas en este sentido da motivos para el divorcio. No debe quejarse si su marido dedica dos noches a la semana a la actividad política; asimismo, los domingos por la mañana no pertenecen sólo a la familia".

Aunque esto parecía un término medio razonable, fue desmentido por una subsiguiente decisión de un tribunal: "La acusada no puede excusar su negativa a participar en actividades políticas basándose en que no ha podido llevar la clase de vida familiar que esperaba al casarse porque el denunciante ha sido mantenido alejado del hogar casi todas las noches por el trabajo del partido. En los momentos de alta tensión política, las mujeres alemanas deben hacer los mismos sacrificios que las esposas de los soldados que luchan en la actual guerra mundial".[28]

Aunque las "viudas políticas" superaban en gran medida a los "viudos", se daban también casos de esta situación. Un tribunal de Halberstadt concedió el divorcio a una mujer porque su marido había dicho que pertenecer a la Unión Nacional Socialista de Mujeres (*NS-Frauenschaft*, sección femenina del partido) era como formar parte de un círculo de damas que se reuniesen para tomar café.[29]

Pero la influencia política directa en la vida familiar (reflejada en el chiste sobre el padre de las SA,* la madre de la sección femenina, el hijo de las Juventudes Hitlerianas y la hija de la BDM ** que se encontraban cada año en la Reunión del Partido en Nuremberg) era sólo un aspecto de un proceso de erosión más amplio. El régimen engendró toda una serie de presiones contrarias a la cohesión familiar: el enrolamiento de los jóvenes para largos periodos de tiempo (para el servicio militar y laboral, campamentos de las Juventudes Hitlerianas o el servicio social de las muchachas,

* *Sturmabteilung.*
** *Bund Deutscheer Mädchen* (Unión de Jóvenes Alemanas).

de un año de duración), el amplio empleo industrial de las mujeres,* el aumento de las horas extraordinarias y de los turnos de noche, la creación de puestos de trabajo que sólo permitían a sus ocupantes ir a casa los fines de semana (o incluso menos a menudo), etcétera.

Las cifras de delincuencia juvenil pronto mostraron el efectos de estos hechos sobre la vida familiar: dentro del contexto general de un índice de criminalidad en disminución (el número total de acusados ante los tribunales bajó de casi medio millón en 1933 a algo menos de 300.000 en 1939), la criminalidad juvenil mostró un aumento: de menos de 16.000 casos en 1933 se paso a más de 21.000 en 1940.

La guerra, naturalmente, acentuó esta tendencia, minando aún más las relaciones familiares. Las cifras de bajas hicieron que el régimen concediera mayor prioridad a su "política de población" a expensas de la moralidad convencional. El poeta nazi Hanns Johst, escribiendo sobre sus impresiones en un campamento de tránsito para "alemanes étnicos", mencionaba con todos los signos de aprobación un *ménage à trois* formado por un campesino, su esposa estéril y su criada embarazada. El *Schwarzes Korps* dio publicidad a una situación similar bajo el titular: "Una cuestión privada: artesano casado sin hijos tiene un hijo con la hermana de su esposa".[30]

Un ejemplo del mantenimiento del principio eugenésico a costa de los tabúes sociales es la acción legal iniciada por la esposa de un profesor de escuela secundaria, de cuarenta y dos años, para demostrar que no era la descendiente legítima del matrimonio de su fallecida madre con un judío.[31] Afortunadamente para ella, dos testigos de edad aseguraron que su madre había sido de carácter muy alegre y había pasado mucho tiempo en compañía de oficiales del ejército.

Comparadas con esta forma de exculpación póstuma, otras muestras de mal gusto oficialmente estimuladas parecían casi inocentes *jeux d'esprit*. Véanse, por ejemplo, los detalles autobiográficos insertados por el dramaturgo Hans Erich Forel en el programa del Teatro Dessauer cuando se representó allí su obra *Frauendiplomatie (Diplomacia Femenina)*: [32] "Como último vástago masculino de mi familia, me agradaría muchísimo tener un hijo y heredero, pero todos mis intentos hasta la fecha han resultado infructuosos. Lo he intentado con dos esposas, pero el resultado han sido cuatro hijas. Si mi deseo de un hijo y heredero no se ve satisfecho, tendré que abandonar el empeño".

Si la degradación de la vida familiar en el Tercer Reich tenía su aspecto de humor enfermizo —ingeniosamente ilustrado por neologismos tales como

* La mano de obra femenina aumentó en casi un 50 por ciento entre 1937 y 1939: en 1942, su volumen era casi el doble del que había sido antes de la toma del poder.

*Rekrutenmachen* (hacer reclutas) para el acto sexual, *Gebärmaschinen* (máquinas de parir) para las mujeres prolíficas y *bevölkerungspolitische Blindgänger* (fracasos demográficos) para las mujeres estériles—, también tenía aspectos de verdadera tragedia. Además de las esposas repudiadas, de las que volveremos a hablar en este capítulo, había bastantes padres y madres repudiados, es decir, personas cuyas convicciones políticas o religiosas llevaban a las autoridades a apartar de ellas a sus hijos. El procedimiento oficial era muy simple: si la delegación local de Juventudes descubría que un niño estaba siendo educado en una atmósfera familiar inconformista, solicitaba al tribunal tutelar de menores una orden de traslado a un hogar "políticamente de confianza".[33] Entre los delitos que se castigaban con el secuestro judicial de los hijos estaban la amistad con judíos,[34] la negativa a enrolar a los muchachos en las Juventudes Hitlerianas [35] y la pertenencia a los Testigos de Jehová.[36]

Los tribunales nazis estaban muy ocupados con acciones relacionadas con la legislación familiar. Las investigaciones de paternidad, por ejemplo. Las relaciones sexuales preconyugales eran práctica frecuente bajo el Tercer Reich (calculándose su frecuencia entre el 51 por ciento en Sajonia y el 90 por ciento en Munich).[37] En su preocupación eugenésica por establecer la ascendencia de cada recién nacido, el gobierno dio poderes a las autoridades, en 1938, para que exigiesen que la madre y todos los posibles padres se sometiesen a análisis de sangre, después de lo cual el niño podía ser apartado de su hogar. Mientras anteriormente un padre sólo podía intentar demostrar su paternidad dentro de los doce meses posteriores al nacimiento del niño, esto podía hacerse ahora mientras viviese el niño e incluso después de su muerte. Si un marido intentaba encubrir el adulterio de su esposa, intervenía el estado para establecer la verdadera paternidad. Como una creciente proporción de los padres biológicos del Tercer Reich estaban por debajo de la edad autorizada para casarse, las autoridades instituyeron un procedimiento especial por el cual se declaraba legalmente que los menores habían obtenido la mayoría, a fin de que pudieran contraer matrimonio. Un formulario especial de petición para la concesión de la mayoría de edad a hombres menores de veintiún años estaba redactado así:

"Solicito ser declarado mayor de edad. Estoy prometido desde ... con... que ha tenido, en fecha de..., un hijo del cual soy padre. Quiero casarme con mi prometida, que es una buena muchacha, trabajadora y frugal, lo antes posible, a fin de poder cuidar de ella y de mi hijo mejor de lo que puedo hacerlo ahora. Mis ingresos semanales ascienden a..., lo cual significa que puedo llevar una familia. Tenemos/vamos a conseguir un piso. Soy consciente de lo que significa el matrimonio."[38]

Cuando los miembros del cuerpo judicial tenían que decidir sobre cues-

tiones de moralidad sexual, descubrían a menudo que las bases del código que aplicaban no eran en absoluto coherentes. Así, el mismo año, dos instituciones jurídicas diferentes trataron casos de adulterio de manera diametralmente opuesta. La Cámara Disciplinaria (*Dienststrafkammer*) de Turingia despidió de su puesto a un profesor de escuela primaria, de cuarenta y cinco años, que había cometido adulterio, mientras el Tribunal de la Propiedad Agraria (*Landerhofgericht*) de Celle se negó a declarar inepto para la adjudicación de una propiedad hereditaria a un campesino acusado del mismo delito, citando en su apoyo la opinión de las gentes del pueblo.[39] *

En el caso del Tribunal Laboral del Reich, fue una misma institución la que adoptó dos decisiones contradictorias entre sí. El tribunal defendió el despido de una dependienta soltera por el hecho de que "la evidencia de su estado podría ofender la susceptibilidad de los clientes",[40] pero llegó a una conclusión opuesta respecto a una empleada industrial despedida por motivos análogos. "Este embarazo no debe ser considerado *ipso facto* como inmoral y reprochable."[41]

Nada mejor como ejemplo de la incoherencia profunda del código moral nazi que la posición de las mujeres bajo la legislación sobre corrupción racial de 1935 y la reforma del divorcio de 1938. La ley sobre corrupción racial reflejaba la visión que tenía Hitler del sexo, característicamente superficial y anticuada, como una relación sujeto/objeto en la que el varón tenía un papel constantemente activo respecto a los indefensos juguetes de sus deseos. Esto daba como resultado una obvia discriminación respecto a los varones procesados. Casos de corrupción racial proporcionaron el absurdo espectáculo de que tribunales nazis favoreciesen a acusados judíos a costa de personas de raza aria, pero sólo cuando el ario, en los casos de coito "mixto", era el varón. (A este propósito, incluso el *Schwarzes Korps* criticó este prejuicio introducido en la legislación sobre corrupción racial en su número del 8 de diciembre de 1938).

En la esfera de la legislación sobre el divorcio, la ley tendía a mostrar prejuicios en el sentido opuesto. El índice de divorcios subió de modo más vertical durante los años de paz del Tercer Reich que el de matrimonios o nacimientos. Mientras el total de matrimonios en 1939 superaba al de 1932

* Fue este último juicio el que marcó la pauta, cada vez más, de la actitud de los tribunales, adoptada a menudo por deferencia a una opinión expresada en el *Schwarzes Korps*. Un tribunal llegó a citar una diatriba de este periódico para justificar la revocación de una decisión anterior según la cual había definido como "procuring" la tolerancia ante las relaciones sexuales de una pareja de prometidos por parte de los futuros padres políticos (cf. *Juristische Wochenschrift*, 1937, p. 2, 387). Un tribunal de Berlín determinó que el hecho de vivir en pecado constituía motivo válido para romper un contrato de inquilinato sólo en el caso de que la pareja en cuestión suscitase la indignación de los vecinos por su conducta escandalosa (cf. *Frankfurter Zeitung*, 23 de agosto de 1939).

en una quinta parte y los nacimientos habían aumentado el 45 por ciento, se produjeron un 50 por ciento más de divorcios;[42] desde poco más de 42.000 divorcios en 1932, la cifra subió a más de 50.000 en 1935 y 1936, descendió ligeramente en 1937 y 1938 y en 1939 subió a más de 61.000. Fue axiomático, desde el principio, que ciertas categorías de matrimonio, por ejemplo los matrimonios mixtos entre arios y no arios y los matrimonios en los que uno de los cónyuges era políticamente indeseable, debían ser disueltas. Con el paso del tiempo ganó terreno la idea de que la esterilidad de un matrimonio no difería demasiado de la oposición política al régimen. La preocupación oficial por la fertilidad halló también expresión en una campaña para transformar la separación en verdadero divorcio, de modo que los matrimonios separados estuvieran en condiciones de formar nuevas familias.

Estas diversas consideraciones provocaron finalmente la promulgación de la ley de reforma del divorcio de 1938 por el ministro de Justicia, doctor Gürtner.* La reforma del divorcio, por otro lado, estaba también relacionada con la incorporación de Austria, donde las leyes católicas vigentes hasta entonces habían condenado a miles de personas separadas a vivir en pecado con sus nuevos compañeros.**

He aquí los motivos para el divorcio según la ley de Gürtner: adulterio, negativa a la procreación, conducta deshonrosa o inmoral, desequilibrio, enfermedad contagiosa grave, separación de tres años de los cónyuges del matrimonio y esterilidad (a menos que antes se hubiera concebido o adoptado un hijo; aun así, la cláusula de la esterilidad sólo debía ser aplicada de acuerdo con lo que los legisladores nazis definían como el sentido común del pueblo).

El *Frankfurter Zeitung* acogió bien la reforma por facilitar la disolución *de jure* de matrimonios rotos ya *de facto*, así como la formación de nuevos lazos matrimoniales.[43] Pero a los tres meses anunció la primera decisión del Tribunal Supremo interpretando el párrafo 55 de la nueva ley: "Después de una separación de tres años se concederá también el divorcio si el marido ha dejado a la esposa por otra mujer y la conducta de la esposa ha sido totalmente intachable".[44] En dos años, la reforma de Gürtner dio lugar a 30.000 instancias de cónyuges rechazados; el 80 por ciento de estos casos fueron iniciados por maridos cuyas esposas eran completamente inocentes del relajamiento de los lazos matrimoniales. Tres de cada cinco esposas rechazadas

* Fue la promulgación de esta ley lo que dio lugar al súbito aumento del número de divorcios entre 1938 y 1939.

** Pero las estadísticas de divorcios que hemos citado no incluían las cifras correspondientes a Austria; en este país, la introducción de la nueva ley dio lugar a una cantidad tan grande de solicitudes de divorcio que se hizo necesario imprimir formularios diferentes para aliviar el trabajo de los funcionarios encargados de tramitarlos (cf. *Frankfurter Zeitung*, 14 de agosto de 1938).

eran mujeres de más de cuarenta y cinco años y llevaban casadas veinte años o más.[45] *

Mientras el índice de divorcios subió incesantemente durante los años de paz del Tercer Reich, el número de nacimientos ilegítimos descendió. En los años veinte, el promedio anual de niños nacidos fuera de matrimonio había sido de unos 150.000; esta cifra disminuyó en casi la mitad durante la Depresión, colocándose un poco por encima de los 100.000 por año a mediados de los años treinta. Como segmento bastante constante del índice total y en expansión de nacimientos del Tercer Reich, los nacimientos ilegítimos mostraron en realidad un descenso relativo del 10,5 por ciento en 1932 al 8 por ciento en 1939. Las cifras absolutas de nacimientos ilegítimos, sin embargo, empezaron a subir a partir aproximadamente de 1937,** y durante la guerra hubo otro comprensible aumento (que, no obstante, no se puede documentar de modo completo *** debido a la escasez de información estadística).

Mucho antes de esto el régimen había lanzado una campaña —en parte administrativa,**** en parte propagandística— destinada a otorgar igualdad de condición así como de respeto público a las madres solteras y sus hijos. Esta campaña encontró su expresión institucionalizada en *Lebensborn* (Manantial de la Vida), la fundación creada por Himmler para mujeres solteras con progenie debida a hombres de las SS y otros alemanes de valor racial. Según palabras de su fundador, "*Lebensborn* partió del principio de que había gran necesidad de dar a las mujeres racialmente satisfactorias portadoras de hijos ilegítimos la oportunidad de tenerlos sin gastos y de pasar las últimas semanas del embarazo en un ambiente tranquilo".[46] Además de la residencia prenatal y posnatal en sus hogares, *Lebensborn* se encargaba de las legitimaciones nominales, defendía las obligaciones económicas de los padres y actuaba como servicio de adopción para los miembros del partido interesados. (Sin embargo, no todos los niños de *Lebensborn* podían ser adoptados, ya que un buen número de padres acababan por casarse.)

La población en general llegó a conocer la existencia y finalidad de los hogares *Lebensborn*, que exhibían una bandera blanca con un punto rojo

* Según la ley de 1938, las ex esposas que habían sido parte inocente en el divorcio debían renunciar a cualquier indemnización monetaria, a menos que fuesen ancianas o inválidas o tuviesen hijos menores.

** De 101.094 en 1937 a 112.339 en 1939 (cf. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944*, ya citado, p. 47).

*** En Colonia, por ejemplo, de cada mil niños nacidos vivos, 86 eran ilegítimos en 1937, y 103 en 1940 (en 1933, la cifra fue 96).

**** El ministro del Interior decretó que las madres de hijos ilegítimos tenían derecho al tratamiento *Frau*. Si el nacimiento se había producido fuera del distrito de residencia de la madre, no era necesario informar de él al registro civil local (cf. *Frankfurter Zeitung*, 28 de octubre de 1938).

en medio y estaban mejor dotadas y más pródigamente suministradas (especialmente en tiempo de guerra) que los hogares de maternidad para madres casadas.[47] *

Algo que nadie conocía con detalle y que naturalmente suscitaba maliciosa curiosidad era la cuestión de los "sementales". Se rumoreaba que *Lebensborn* tenía empleados de modo permanente "agentes de procreación" (*Zeugungshelfer*), alrededor de los cuales se formó toda clase de leyendas. El mismo Himmler declaró: "Yo fomenté los rumores con el fin de que toda mujer soltera que deseara un hijo pudiera dirigirse a *Lebensborn* con toda confianza... Sólo recomendábamos hombres de auténtico valor, racialmente puros, como *Zeugungshelfer*".[48]

En cuanto a las madres de *Lebensborn*, el procedimiento era algo así: "En el hostal de Tegernsee, esperé hasta el décimo día después del comienzo de mi menstruación y fui examinada médicamente; a continuación me acosté con un hombre de las SS que tenía que cumplir también su obligación con otra chica. Cuando se diagnosticó el embarazo, pude elegir entre volver a casa o entrar directamente en un hogar de maternidad... El parto no fue fácil, pero a ninguna mujer alemana que se precie se le ocurriría hacerse dar inyecciones artificiales para aminorar el dolor."[49]

Las ejemplares muchachas alemanas decididas a hacer al Führer el regalo de un hijo no se recataban de sus deseos: en otoño de 1937, los viajeros de un tren local bávaro quedaron perplejos cuando una muchacha que viajaba con ellos les anunció de repente con los ojos brillantes: "Voy al Ordensburg de las SS de Sonthofen para que me dejen embarazada".[50] Como ocurría con las familias numerosas, la cuestión de la ilegitimidad provocaba problemas de evaluación racial, y los elementos "conservadores" dentro del partido empleaban argumentos eugenésicos para contrarrestar el entusiasmo de los partidarios de la procreación sin restricciones. En 1934 el periódico oficial del partido había dicho de modo autoritario: "Las relaciones extramaritales son, por lo general, relaciones de frivolidad o de explotación egoísta de un compañero por el otro. A causa de esto, el hijo ilegítimo suele estar racialmente por debajo del nivel".[51] Incluso después del estallido de la guerra, se podían oír voces detractoras. La Delegación de Política Racial del partido nazi publicó una carta de una madre a su hijo soldado en su periódico *Neues Volk*: "Hay un límite que una muchacha no debe traspasar, a menos que quiera perder su dignidad. Una vez traspasado el límite, le

* Dentro del propio personal sanitario, el estímulo de la maternidad ilegítima se relacionó con el ingreso en los hospitales de miembros de la Hermandad Parda de Enfermeras Nazis, cuyos opiniones eran diametralmente opuestas a las de sus colegas procedentes de órdenes religiosas.

será muy difícil seguir siendo honesta".[52] Pero fue también por esta época cuando Himmler publicó su notoria orden de procreación a todos los miembros de las SS:

"Sólo el que deja un hijo tras él puede morir tranquilo... Más allá de los límites de las leyes y costumbres burguesas, quizá en otros casos necesarios, y fuera de la esfera del matrimonio, la tarea sublime de mujeres y muchachas alemanas de buena sangre, comportándose no frívolamente sino con una profunda seriedad moral, es convertirse en madres de hijos de soldados que parten para la batalla, y de quienes sólo el destino sabe si regresarán o morirán por Alemania." [53]

Cuando una de estas madres perdió al padre de su hijo en combate, Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, le dirigió la siguiente carta abierta, a la que se dio amplia publicidad:

"Me declaro dispuesto a ser el padrino de su hijo. Por lo que se refiere al apoyo estatal, usted y su hijo serán tratados exactamente como si el matrimonio se hubiera efectuado. Cuando haya que incluir en el registro civil los nombres de niños como el suyo, se pondrá el término 'padre de guerra' en el espacio destinado al nombre del padre. La madre conservará su apellido de soltera, pero al dirigirse a ella se empleará el término *Frau*. Si la madre así lo desea, el partido nombrará a un tutor para el hijo."[54]

Aunque es imposible informar estadísticamente del éxito de estas campañas para la promoción de la ilegitimidad, puede deducirse de diversas fuentes que progresaron durante toda la guerra. En un momento avanzado de ésta, Himmler dijo a su médico privado, Kersten:

"Hace sólo unos años los hijos ilegítimos eran considerados como algo vergonzoso. Desafiando las leyes existentes, yo he influido sistemáticamente en las SS para que consideren a los hijos, sean o no legales, como lo mejor y más hermoso que existe. Los resultados: hoy mis hombres me comunican, con los ojos brillantes, que les ha nacido un hijo ilegítimo. Sus chicas lo consideran un honor, no un motivo de vergüenza, a pesar de las circunstancias legales existentes. Se puede leer constantemente anuncios en este sentido en el *Schwarzes Korps*."[55]

Y era cierto que los anuncios en todos los periódicos mostraban una inusitada franqueza desde, aproximadamente, 1940. "Hija de profesor, de veintisiete años, con hijo, busca caballero de hasta treinta y tres con vistas al matrimonio. Posee dote."[56] "*Fräulein* con hijo, de veintinueve años, busca compañero simpático y ambicioso con el objeto final de casarse."[57]

Las esquelas necrológicas estaban redactadas en un lenguaje similar:

"Mi prometido y padre de mi hijo, Sepp Schauerhuber, cabo en una unidad acorazada, ha entregado su vida por el Führer y por la Gran Alemania el 16.8.41. Sigue viviendo para nosotros en su hijo Gerhardt. En luto y

con orgullo, Anna Maria Koch, su prometida, con su hijito Gerhardt y la familia Koch."[58]

Extrayendo material para su propaganda eugenésica de situaciones de dolor y emoción provocadas por la guerra, el *Schwarzes Korps* publicó esta carta de la madre de un SS muerto en combate:

"Fui al último lugar donde estuvo destinado. Sabiendo que tenía una novia allí, yo abrigaba la secreta esperanza de que la chica estuviese esperando un hijo suyo. Desgraciadamente esta esperanza no se vio satisfecha."[59]

Durante su propio "período de lucha", los nazis habían conseguido un gran volumen de apoyo femenino prometiendo un marido a todas las mujeres alemanas; ahora, en un momento en que el *Kampfzeit* del país en general se llevaba diariamente a miles de hombres, llegaron casi a prometer a todas las jóvenes un hijo. Un informe al Ministerio de Justicia del verano de 1944 declaraba que:

"Los padres de chicas enroladas en la Unión de Jóvenes Alemanas han presentado una demanda al tribunal de menores de Habel-Brandenburg respecto a líderes de aquella organización que han sugerido a sus hijas que deberían tener hijos ilegítimos; estas líderes han señalado que, en vista de la actual escasez de hombres, no todas las chicas podían esperar conseguir un marido en el futuro, y que al menos deberían cumplir con su deber como mujeres alemanas y dar un hijo al Führer."[60]

El mismo año, el presidente del Tribunal de Cámara de Berlín, informando al Ministerio de Justicia, deploraba el hecho de que los jueces tuviesen demasiado poco en cuenta el matrimonio como base de la vida racial y moral:

"En la conciencia de nuestros compatriotas, los trámites de divorcio están siendo reducidos a una simple formalidad en la cual la parte culpable admite sus propias transgresiones sin ningún sentimiento de culpabilidad (muy a menudo a cambio de ventajas económicas como es la renuncia por la otra parte a la pensión alimenticia)." [61]

También en esta época, las jerarquías de la Iglesia Protestante expresaron su alarma ante la aceptación por parte de sus propios sacerdotes de la indiferencia pública respecto a la santidad del matrimonio.* Un alto funcionario del Ministerio de Educación había observado ya dos años antes:

"La mayoría de muchachos y muchachas jóvenes experimentan el placer del sexo poco después de la pubertad. Parece que muchos hombres consideran a las chicas entre los artículos de consumo convencionales que reportan placer, como la cerveza y los cigarrillos... A su vez, las chicas alemanas de hoy tienen fama de poca inhibición en cuestiones sexuales."[62]

* Véase el capítulo acerca de la religión, p. 457.

Se calcula que, al final de la guerra, el 23 por ciento de todos los jóvenes alemanes tenía enfermedades venéreas y que la prostitución se había cuadriplicado en relación con el tiempo de paz.[63] Aunque, teniendo en cuenta la ocupación aliada, estas cifras no pueden atribuirse sólo a causas internas, representan sin embargo un elocuente comentario sobre la erosión de la vida familiar en su sentido más amplio durante el Tercer Reich. (De haber triunfado las armas alemanas, este proceso habría sido llevado aún más lejos. En los últimos meses de la guerra, Himmler y Bormann —los dos jerarcas nazis más poderosos después de Hitler— discutían con toda seriedad un proyecto de ingeniería social de gran originalidad: se trataba de la institución, después de la guerra, del matrimonio doble para grandes grupos de alemanes meritorios, por ejemplo, funcionarios del partido o soldados condecorados por su valor. La poligamia selectiva todavía podría enderezar el descenso del índice de natalidad y corregir el desequilibrio en el mercado matrimonial producido por la guerra; además, debía servir como señal oficial de distinción entre la élite en cuyas manos estaba el estado y la gente común de una sociedad reconstituida, medio industrial, medio tribal.)[64]

Paradójicamente, cuando se trató de la verdadera reconstrucción de la sociedad alemana en la posguerra, el potencial regenerativo de la familia resultó más fuerte de lo que hacía esperar lo ocurrido durante el Tercer Reich. Aunque la guerra había tenido el efecto de exacerbar aún más las relaciones familiares perturbadas, en general tendió a unir más a las familias integradas así como a otras que coexistían indiferentemente. Quizás esto no fuera tan sorprendente; al fin y al cabo, en el año cero de 1945, la familia debió de parecer la única institución social viable que quedaba en el país, del mismo modo que los apellidos eran las únicas señas de identidad por las cuales podían reconocerse entre sí las gentes que ya no eran nazis y no estaban seguras de si eran todavía alemanes.

# 17

# LA MUJER

Así como la eterna vigilancia es el precio de la libertad, el precio del progreso es el eterno cambio. Este precio parece a veces tan alto que resulta difícil prever que las consecuencias de no pagarlo serán aún más duras.

En Alemania, las grandes alternativas de este tipo provocaron a menudo compromisos fraudulentos: la aceptación de cambios materiales y técnicos estuvo a menudo acompañada del rechazo de los correspondientes cambios sociales. Un claro ejemplo de este mecanismo es la persistencia del modelo de femineidad, "Gretchen". Mientras una cantidad creciente de mujeres vivían materialmente a la sombra de las máquinas de coser (y de otras máquinas), eran aún consideradas, desde el punto de vista mental, como si todavía manejasen la rueca. Las definiciones del papel de la mujer en la sociedad tendían a simplificarse más y más en proporción directa con la creciente diversificación de sus vidas, hasta llegar al axioma *Kinder, Kirche, Küche* ("niños, iglesia, cocina"). El slogan "el lugar de la mujer está en el hogar" encontró un eco mayor cuanto más se encauzaba el trabajo femenino hacia fábricas y oficinas debido a las nuevas circunstancias: necesidad económica, movilización industrial determinada por la guerra, desequilibrio demográfico de la posguerra (el exceso de 1,8 millones de mujeres en edad matrimonial) e inflación. Entre 1907 y 1925, la fuerza de trabajo femenina aumentó su volumen en más de una tercera parte (de 8,5 millones a 11,5 millones), mientras el aumento neto de la población ascendía sólo a una séptima parte (de 54,5 millones a 62,4 millones) [1]. Pero los cambios no se dieron sólo en el terreno numérico. La Constitución de Weimar había dado el voto a la mujer, y una élite feminista, que abarcaba desde Rosa Luxemburg y Clara Zetkin en la extrema izquierda, pasando por la socialdemócrata Lily Braun

y las demócratas Gertrud y Maria Luders, hasta algunas diputados nacionalistas del Reichstag en la derecha, había contribuido a formar el panorama político de posguerra. Colocada entre estas personalidades nacionales y el ejército de mujeres obreras, estaba la vanguardia profesional del segundo sexo: casi 100.000 maestras, 13.000 mujeres dedicadas a la música y 3.000 profesionales de la medicina. Esta última cifra indica una proporción varón/hembra en el campo de la medicina de 14/1, la misma que se daba entre los diputados del Reichstag.[2]

Las mujeres constituían la décima parte de los miembros de los organismos electivos locales, y —con 18.678 entre un total de 97.500 en 1932[3]— una quinta parte de la población estudiantil. Pero formaban apenas el 1 por ciento de los profesores universitarios,[4] aunque hay que recordar aquí que las universidades alemanas no abrieron sus puertas a una sola mujer hasta 1900,* veinte años más tarde que en los países anglosajones.

Las asociaciones de estudiantes siguieron estando formadas únicamente por varones, al igual que una poderosa organización del mundo del comercio: la Asociación Nacional de Dependientes (*Nationale Handlungsgehilfenverband*). Naturalmente, la Depresión intensificó la guerra de los sexos en el mercado de trabajo, pues los empresarios preferían la mano de obra femenina a la masculina, por ser aquélla más barata.

La grave deterioración económica hizo que las tres K, "niños, iglesia, cocina", pareciesen igualmente atractivas a los receptores de subsidios de paro que a los conservadores de la clase media. Cuando el desempleo masivo vino a unirse a las secuelas de la guerra y a la inflación en su calidad de impedimentos al matrimonio, la mayoría de las mujeres comenzaron a mirar con más buenos ojos la propuesta que representaban las tres K.

Fue en esta situación cuando Hitler —en una síntesis única de cinismo y penetración psicológica— aseguró a una delegación que discutía con él acerca de los derechos de la mujer que en el Tercer Reich toda mujer encontraría marido.[5]

No hay que creer tampoco que las organizaciones femeninas se opusieran unánimemente a las tres K. Algunas de las más poderosas asociaciones femeninas ** estaban estrechamente vinculadas al Partido Nacional y a la Iglesia Luterana, y exhortaban a las mujeres a elevar su voz en defensa del *status quo ante*; el tipo de oposición que hacían a las tendencias modernizadoras de la era de Weimar difería sólo en cuestiones de matiz de la que mantenían los nazis. Excepto en la introducción de una ruda franqueza, el nacionalsocialismo no contribuyó en nada nuevo a la discusión del papel

* En 1908 en la Universidad de Berlín.
** La *Königin Louise Bund*, la *Evangelische Hilfswerk* y la *Deutsche Frauenschaft.*

de la mujer en la sociedad alemana. Mientras en otros temas los nazis adornaron viejos slogans con un barniz seudorrevolucionario o seudosocialista, el "problema de la mujer" sólo les inspiró un refrito de ideas ultraconservadoras.

El núcleo del pensamiento nazi acerca de la cuestión femenina era el dogma de la desigualdad de los sexos, entendida como algo tan inmutable como la desigualdad entre las razas. Aunque ello no colocaba a la mujer exactamente al nivel de los judíos, implicaba su irremisible confinamiento al ámbito doméstico. El signo visible de la inferioridad femenina fue su destierro del mundo político: una de las primeras disposiciones del partido nazi (de enero de 1921) excluía para siempre a las mujeres de toda posición dirigente en la organización.[6]

El antifeminismo era una variante no mortal del antisemitismo. Así como este último fundía diferentes resentimientos en un solo odio, el antifeminismo proporcionaba a los hombres la oportunidad de polarizar toda una compleja serie de sentimientos: el autoritarismo del paterfamilias, la intolerancia, el escándalo filisteo ante la sofisticación, la inseguridad en el trabajo de los empleados de cuello blanco, los temores acerca de la propia virilidad y la simple y pura misoginia.

Hitler definió la emancipación de la mujer como un síntoma de decadencia, como lo eran la democracicia parlamentaria y la ópera de jazz *Jonny spielt auf*, de Krenek.[7] Walter Darré, el teórico de la cría de cerdos convertido en ministro nazi de Agricultura, atribuía el deseo femenino de emancipación a frustraciones originadas por un mal funcionamiento de las glándulas sexuales.[8] Goebbels aludió directamente al mundo animal para corroborar la validez del papel asignado a la mujer por la teoría social nazi: "La mujer tiene el deber de ser hermosa y de traer hijos al mundo, y esto no es en absoluto tan vulgar y anticuado como a veces se cree. La hembra del pájaro se embellece para su compañero, e incuba sus huevos para él".[9] Pero esta alada metáfora no implicaba necesariamente desprecio; los pájaros viven en el cielo, y Schiller había elogiado a las mujeres porque prendían rosas celestiales en la vida de la tierra. El otro genio alemán, Goethe, había declarado que una canción política era un canción desagradable, y Goebbels, cínicamente, aprovechó este tradicional desagrado de los alemanes por la política para convertir la degradación nazi de la mujer en un proceso aparentemente opuesto: "El hecho de que hayamos apartado a las mujeres de la vida pública se debe únicamente a nuestra voluntad de devolverles su dignidad esencial".[10] "No es que no respetemos bastante a las mujeres, sino que las respetamos demasiado para mantenerlas en contacto con las miasmas de la democracia parlamentaria." [11]

El colega de Goebbels, Frick, ministro del Interior, hablaba de clasificar

a las mujeres de acuerdo con su producción de hijos,* idea que Hitler expuso menos sucintamente: "La concesión de la igualdad de derechos a las mujeres significa que éstas son objeto del respeto que merecen dentro del ámbito que la naturaleza les ha asignado". Para subrayar la autenticidad de esta igualación de derechos, Hitler invistió el hecho de la maternidad de significación épica: "También la mujer tiene su campo de batalla; con cada niño que trae al mundo y ofrece a la nación participa en la lucha por el bien de ésta".[12] **

Otros propagandistas, aunque también muy adictos al lenguaje pomposo, tendían a ver a la mujer más como una criatura doméstica que rumiaba, soñolienta, junto al hogar, que como una amazona del mundo del trabajo. "¿Puede la mujer —se preguntaba el doctor Kurt Rosten— imaginar algo más bello que estar sentada junto a su amado esposo en su acogedor hogar y escuchar recogidamente el telar del tiempo, mientras va tejiendo la trama y la urdimbre de la maternidad a través de los siglos y de los milenios?"[13]

No se puede negar el atractivo del idilio matrimonial propuesto por Rosten para el subconsciente femenino colectivo, y, ciertamente, el resurgimiento económico y las medidas nazis para promover el matrimonio prestaron alguna realidad a este cuadro de felicidad doméstica a los ojos de millones de mujeres que habían desesperado de casarse a causa de la Depresión.

Sin embargo, la escena idílica de Rosten encubría un buen número de contradicciones: el tipo masculino nazi era tan contrario a la vida doméstica que, aunque era posible que un "combatiente" de recias botas se convirtiese en un burgués con zapatillas al entrar en su hogar, no era nada verosímil que se transformase en un atento esposo. Además, muchas mujeres encontraban difícil adaptar sus oídos, habituados a escuchar el telar del tiempo, al rugido de los telares mecánicos o al tableteo de las máquinas de escribir.

Aunque se hablaba mucho de obligar a las mujeres casadas a volver a sus hogares para dejar libres puestos de trabajo que serían ocupados por hombres, este proceso se dio principalmente en el campo profesional, y las fluctuaciones en el trabajo femenino fueron sólo de orden marginal. El hecho decisivo era que el trabajo femenino era más barato: las mujeres cualificadas ganaban el 66 por ciento del salario masculino correspondiente, y las no cualificadas el 70 por ciento, lo cual explica que durante la Depresión fuera despedido casi un hombre de cada tres (el 29 por ciento) y sólo una mujer de cada once (11 por ciento).[14] *** Además, el trabajo de la mujer era indispensa-

* Wilhelm Frick, citado en *Dokumente der Deutschen Politik*, vol. I, p. 17: "Die Frau wird nach Gebärleistung eingestuft".

** Cf. Edgar Jung, en *Die Herrchaft deer Minderwertigen*, 1934, p. 100: "El desarrollo de la mujer no tiene lugar en el terreno social, sino en el erótico. Las realizaciones del amor, la concepción y el parto son las cumbres heroicas de la existencia femenina".

*** Los obreros no cualificados ganaban más que las obreras cualificadas.

ble. En 1933, las mujeres constituían el 37 por ciento del total de la población laboral activa de Alemania. Uno de cada dos trabajadores agrícolas era una mujer; además, el 75 por ciento del trabajo femenino en el campo no era retribuido, pues era ejecutado por miembros de la familia.[15] *

Dado que la absorción de mano de obra masculina por la recuperada economía alemana avanzaba a un ritmo mucho más rápido que la de trabajo femenino —entre 1933 y 1937, 800.000 mujeres recién casadas recibieron préstamos matrimoniales a condición de no volver a emplearse—, la proporción femenina dentro de la población laboral total descendió en un 31 por ciento en 1937, aunque en realidad las cifras totales aumentaron. En 1939, las mujeres constituían de nuevo exactamente una tercera parte de la población laboral activa, formando casi siete millones de trabajadoras industriales y empleadas. En el conjunto de la industria, representaban casi una cuarta parte (el 23 por ciento) del personal, pero en algunos ramos, como la confección y el textil, constituían las dos terceras partes y algo más de la mitad del total, respectivamente. Incluso en las industrias del metal, uno de cada ocho obreros era una mujer. En los transportes y en la producción de alimentos, dos de cada cinco trabajadores eran mujeres, y la misma proporción se daba en las oficinas, donde, por cierto, las mujeres solían estar confinadas a puestos subordinados. En la alimentación, su papel era similar al que desempeñaban en la agricultura. Casi las tres quintas partes de todos los trabajadores eran mujeres, pero cuatro de cada cinco de éstas no eran empleadas en el sentido estricto de la palabra.[16] Las mujeres proporcionaron también una útil fuerza de trabajo semicualificada y no cualificada en las industrias relativamente nuevas relacionadas con el esfuerzo de producción de armas y el programa de autarquía: manufactura del caucho y elaboración de productos químicos y eléctricos. Con esta creciente demanda de trabajo femenino, el gobierno rescindió en 1937 su disposición de que las mujeres sólo podían solicitar préstamos matrimoniales si decidían no volver a incorporarse al trabajo.

Dado que existía ahora una fuerte tendencia de la mano de obra femenina a buscar trabajos mejor pagados en el sector comercial y en las ciudades, el gobierno instituyó un "servicio social" obligatorio, de un año de duración, para todas las muchachas solteras o mujeres menores de veinticinco años que fueran a trabajar como oficinistas o empleadas de la confección, el ramo textil o las industrias del tabaco. Durante este año de servicio social debían realizar trabajos agrícolas o domésticos (o bien dos años como enfermeras auxiliares o asistentes sociales). Este decreto fue emitido a principios de 1938.

* En el campo, las mujeres trabajaban 10 3/4 horas al día, todos los días del año. Su total anual de 3.933 horas de trabajo superaba en mucho la media masculina de 3.554 horas (cf. Joseph Müller, *Deutsches Frauentum zwischen Gestern und Morgen*, Wirtsburg, 1940, p. 14).

A finales de este año, se hizo extensivo a todas las futuras trabajadoras de empresas públicas y privadas. Al cabo de dos años, como resultado de esta medida, el sector femenino del servicio de trabajo totalizaba el número de 200.000 mujeres.[17] Antes del estallido de la guerra, las mujeres fueron también empleadas como conductoras de tranvía y empleadas de correos en varias zonas del país, y más adelante algunas de ellas trabajaron en los ferrocarriles. Esta demanda de trabajo femenino mejoró su posición a la hora de exigir mejoras salariales, aunque las mujeres ocupadas en la agricultura, el ramo de la alimentación y similares, cuyo trabajo derivaba de su pertenencia a la familia, no obtuvieron ningún beneficio de su relativa escasez.

Los salarios femeninos mostraron un índice de aumento ligeramente mayor que los masculinos, el 18 por ciento contra el 16,5 por ciento entre 1935 y 1938.[18] El departamento femenino del Frente Alemán del Trabajo reclamaba constantemente una mayor paridad de las escalas salariales, así como otras mejoras, pero en vano; todos los beneficios extraordinarios que obtuvieron las trabajadoras se debieron básicamente a la escasez de su número. Un caso representativo lo constituyeron el millón y cuarto de trabajadoras domésticas del país, cuyas condiciones laborales estaban tan alejadas del muy cacareado "socialismo de los hechos" que el Frente del Trabajo hubo de dirigir una apelación directa a los cabezas de familia para que concedieran a sus sirvientas algunos días libres.[19] El *Schwarzes Korps* explicó tímidamente que los delegados del Ministerio de Trabajo carecían de capacidad legal de intervención entre las trabajadoras domésticas y sus señoras, pero, finalmente, cuando el número de puestos de trabajo doméstico excedió en una proporción de cuatro a uno al de sus posibles ocupantes,[20] el periódico de las SS se quejó de que las sirvientas explotaban egoísticamente la situación, empleándose en hogares en los que no había niños, mientras que las madres de familia numerosa estaban al borde de la crisis nerviosa.[21] En los primeros tiempos de la guerra, mejoró aún más la situación de las empleadas domésticas, pero, en mayo de 1941, se produjo una redistribución oficial de la mano de obra,[22] * a partir de sectores como el servicio doméstico, la alimentación y la distribución hacia industrias más necesarias; pero aun así la medida no fue exhaustiva. Por ejemplo, se siguió permitiendo que las *Hausschneiderinnen* (modistas que cosían para clientes privados) siguieran ejerciendo su oficio. Finalmente, el 27 de enero de 1943, bajo el impacto de Stalingrado, hubo un intento de movilizar totalmente la mano de obra femenina. El Gauleiter Sauckel, plenipotenciario del Reich para el reclutamiento laboral, se

* La primera etapa de la movilización gubernamental de la mano de obra femenina fue complementada por un esfuerzo, no muy eficaz, por reclutar para las fábricas a mujeres que no trabajaban. En Dresde, por ejemplo, 1.250 mujeres fueron invitadas a un mitin de reclutamiento; asistieron 600 y sólo 120 se ofrecieron voluntarias para el trabajo.

propuso movilizar a tres millones de mujeres entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años.[23] Sólo quedaron eximidas las madres con un hijo menor de seis años o con dos hijos menores de catorce, y las mujeres de mala salud. No obstante, de los potenciales tres millones de trabajadoras adicionales, sólo algo más de novecientas mil se incorporaron de hecho al trabajo.* Un millón de ellas fueron consideradas no aptas, más de medio millón fueron declaradas casos dudosos, y el resto sólo menos de la mitad podían emplearse a tiempo parcial. (El método de cálculo utilizado era el de que dos trabajadoras a tiempo parcial equivalían a una a jornada completa).[24]

Los intentos de evasión de reclutamiento laboral ** fueron muy numerosos, y diversos los medios utilizados: fingimiento de enfermedad, asunción de trabajo honorario del partido, ficción de empleo en la empresa de un amigo, ofrecimiento de adopción de un niño o incluso concepción de uno,[25] etc. El salto del índice de natalidad *** que resultó de ellos vino acompañado de una gran cantidad de abortos, lo cual no es de extrañar en el año de Stalingrado y de la "tempestad de fuego" de Hamburgo.[26]

La movilización de la mano de obra femenina provocó también enfrentamientos de clase. Dado que las mujeres que trabajaban por necesidad económica estaban ya en las fábricas, los decretos de Sauckel llevaron a ellas a gran cantidad de mujeres de la clase media. Se produjeron insistentes quejas en el sentido de que las mujeres más acomodadas eludían sus obligaciones [27] y de que los empresarios concedían a las nuevas trabajadoras privilegios que habían negado a sus compañeras más antiguas y socialmente inferiores.[28]

En 1944, cuando su número alcanzaba los 14 millones y medio, las mujeres trabajaban a veces hasta cincuenta y seis horas a la semana, a pesar del hecho de que la Delegación del Plan Cuatrienal constató, poco después del comienzo de la guerra, que los factores ambientales (horarios prolongados, dificultades de transporte, cambios de turno, trastornos por bombardeos) tenían efectos negativos más intensos en la productividad del trabajo femenino que en la del masculino, y que los turnos femeninos de diez horas producían a veces el mismo rendimiento que los de ocho.[29]

Sin embargo, existían algunos atenuantes a la dureza del trabajo femenino, incluyendo uno en el ámbito psicológico: el antifeminismo en el mundo de la producción suscitó un llamamiento del Frente del Trabajo contra los prejuicios masculinos en dicho terreno,[30] pero en ninguno más. Como muestra

* El *Schlesische Tagezeitung* hablaba del "temor a la fábrica" como una nueva enfermedad. "La mayoría de las mujeres desean trabajar al aire libre o bien conseguir un empleo sedentario." *Schlesische Tagezeitung,* 23 de septiembre de 1944.

** De las mujeres reclutadas, nueve de cada diez solicitaron puestos en oficinas, pero descubrieron que éstos habían sido acaparados por las mujeres de los funcionarios nazis.

*** Ver datos sobre los nacimientos durante la guerra en el capítulo dedicado a la familia, p. 251.

concreta de solicitud por las trabajadoras, el Frente del Trabajo pidió a los propietarios de casas de vecinos que instalasen buzones colectivos para todos los inquilinos en las plantas bajas de las casas, en beneficio de los doloridos pies de las mujeres que trabajaban como carteros.[31]

Las autoridades emitieron disposiciones que dispensaban a las trabajadoras de levantar pesos superiores a los 15 kilos; [32] y algunos empresarios considerados concedieron a las mujeres casadas —el 40 por ciento de la mano de obra femenina en 1942— el derecho a elegir los turnos, y otros les permitieron trabajar cinco días a la semana en lugar de seis.[33] Pero esto no oculta una contradicción básica: el hecho de que aquellas a quienes la retórica nazi había destinado a la cocina y al cuidado de los hijos hubiesen pasado a constituir las tres quintas partes de la mano de obra alemana durante la guerra.

El Tercer Reich mantenía una contradicción: miraba, por una parte, al *siglo* XX y, por otra, al Tratado de Versalles. Su nostalgia de un pasado preindustrial coexistía con su rigurosa preparación industrial para la guerra.

Para ocultar la distancia entre promesas y realizaciones, la propaganda nazi escaló nuevas cimas de la casuística. "Siempre ha sido nuestro principal artículo de fe —escribía una dirigente de la Unión de Mujeres Nazis— que el sitio de la mujer está en el hogar; pero dado que nuestro hogar es toda Alemania, debemos servirla desde el lugar en que mejor podamos hacerlo." [34]

La propia Unión de Mujeres señalaba la paradójica situación de las mujeres durante el Tercer Reich, que movilizaba para funciones políticas seres oficialmente definidos como sub-políticos, y enseñaba economía doméstica a unas amas de casa que cada vez lo eran menos.

La máxima dirigente de la Unión de Mujeres Nazis, Gertrud Scholtz-King, hizo ante la Asamblea del Partido de 1937 la altisonante declaración: "Aun cuando nuestra arma sea sólo el cucharón de la sopa, sus efectos deberían ser tan grandes como los de cualquier otra arma".[35] Aquí se resumen todos los ingredientes de una situación en la cual la absoluta deferencia a la supremacía masculina y el no reconocimiento de las realidades económicas estaban recubiertos por una ridícula imitación del lenguaje heroico. Sin embargo, en sus terrenos domésticos y subsidiarios, la vasta rama femenina del partido desarrolló un considerable grado de actividad: enseñanza de técnicas culinarias y programas dietéticos, encaminada a la aplicación del programa de autarquía, orientaciones acerca del aprovechamiento de los restos, y campaña para la sustitución de aceites importados por mantequilla casera y grasas animales, la de tejidos importados de lana y lino por sustitutos de fabricación nacional, y la del algodón y la seda por el rayón. Además, los miembros de la organización enseñaban higiene prenatal, daban cursillos de puericultura a las jóvenes próximas a contraer matrimonio y de economía doméstica a las niñas de las escuelas. Durante la guerra, sus actividades se di-

versificaron aún más: [36] servían refrigerios, en las estaciones de ferrocarril, a los soldados y evacuados, hacían trabajos auxiliares para la Cruz Roja, colaboraban en la recogida y selección de chatarra y restos de otros materiales, hacían mermelada para los hospitales militares, preparaban paquetes de comida y ropas para el ejército, organizaban cursos de cocina y círculos de costura y procuraban *sirvientas* (deportadas de la Europa ocupada) a las madres de familia numerosa.

Este amplio programa, unido a la enormidad de la cantidad potencial de miembros, hacía de la Unión de Mujeres Nazis una de las más colosales organizaciones del Tercer Reich, cuyas dirigentes profesionales sólo eran inferiores en número a los del Frente del Trabajo y la Unión de Funcionarios.[37]

El hecho de que una gran proporción de estas dirigentes —el 70 por ciento— no fueran miembros del partido [38] indica la cantidad de mujeres que estaban preparadas para asumir tareas organizativas, administrativas y educacionales por razones no políticas, ya fuera como medio de autoafirmación o de adquisición de prestigio social.

Así, el antifeminista régimen nazi consiguió, paradójicamente, la participación de una mayor cantidad de mujeres que la República de Weimar, que les había concedido el voto. Dentro de esta gran contradicción existía otra menor: aunque la Unión de Mujeres Nazis no era más que un dócil anexo del masculino partido nazi, incluía algunos elementos de sufragismo: aquella enorme organización, con ambiciones políticas inversamente proporcionales a su tamaño, dio ocasión a unas pocas mujeres de oponerse a las concepciones vigentes acerca del segundo sexo.

Un libro publicado en 1934, *Las mujeres alemanas a Adolf Hitler,* recogía una serie de quejas acerca de algunas de las más evidentes deficiencias del sistema nazi, desde el punto de vista de la mujer. "Hoy en día, los hombres no son educados para el matrimonio, sino contra él. Los hombres se agrupan en los *Vereine* (culbs) y en los *Kameradschaftheime* (albergues).* Los matrimonios tienen hoy menos cosas en común y ejercen cada vez menos influencia sobre sus hijos. La mujer se hunde más y más en las tinieblas de la soledad." [39] "Vemos a nuestras hijas crecer en una triste ociosidad, viviendo sólo por la vaga esperanza de encontrar un marido y tener hijos. Si no lo consiguen, sus vidas se verán frustradas." [40] "Hoy en día, los hijos varones, incluso de niños, no sienten respeto alguno por sus madres. Las tratan como a sus sirvientas por ley natural, y consideran a las mujeres en general como obedientes instrumentos de sus propósitos y deseos." [41]

Aquellas quejosas sufragistas rompieron lanzas también en favor de la mujer trabajadora. "No puede esperarse que las personas rindan siempre al

* Albergues-residencias creados para fomentar el espíritu de cuerpo.

máximo en su trabajo —afirmaba la revista del Departamento Femenino del Frente del Trabajo, *Frau am Werk*— si se les hace sentir constantemente que su actividad, es más, su simple presencia, es indeseable."[42] Un importante terreno de polémica fue el mundo profesional. La dirigente de la sección femenina de la Organización de Maestros Nazis exigió la paridad de formación intelectual entre el hombre y la mujer: "Constituye un hecho lamentable que se haya desatado una guerra de sexos en el campo de la enseñanza. No sólo tienen las maestras pleno derecho a existir, sino que la educación de los niños exige por parte de las madres la mejor formación posible".[43]

En 1937, una destacada feminista nazi, Sophie Rogge-Berne, fue oficialmente silenciada.[44] Otras defensoras de la emancipación cuidaron de mantener la oposición a la negativa de oportunidades educativas para la mujer, siempre dentro del contexto de las esferas de actividad "propias" de cada sexo. "Las doctoras en medicina podrían llevar ayuda y consuelo a las madres fatigadas y proporcionar apoyo moral a las jóvenes que atraviesan el período de la pubertad. Las maestras serían las personas más adecuadas para instruir a las adolescentes en temas tan delicados como la biología y la herencia. Las juristas serían aptas para resolver procesos acerca de niños, problemas matrimoniales, divorcios, etc. Las mujeres científicas y las economistas podrían dedicarse a la planificación del consumo y de las cuestiones domésticas, así como a problemas de urbanismo y de política de la vivienda."[45]

Este intento de presentar reivindicaciones a pequeñas parcelas de terrenos hasta entonces definidos como masculinos da idea de la inquietud que se desarrolló entre las mujeres profesionales.

Las doctoras y funcionarias casadas fueron despedidas de sus puestos inmediatamente después de la toma del poder. El número de profesoras en las escuelas secundarias femeninas había decrecido en un 15 por ciento en 1935. En el curso académico siguiente, el ingreso de muchachas en los cursos preparatorios de profesorado universitario fue totalmente prohibido.[46] Para entonces, el número de profesoras universitarias había descendido de cincuenta y nueve a treinta y siete (de un cuerpo de profesores cuyo número total era de más de 7.000).[47] Un cambio en el programa de las escuelas secundarias femeninas, que lo orientaba más específicamente hacia las ciencias domésticas, suscitó este comentario del *Frankfurter Zeitung*: "Después de la reforma educativa, las mujeres se encontrarán de nuevo con dificultades en el momento de prepararse para carreras universitarias, aunque se nos ha asegurado oficialmente que todavía existen puestos para las mujeres con educación universitaria".[48]

De junio de 1936 en adelante, las mujeres no pudieron ya desempeñar las funciones de juez y fiscal del estado, y las *Assessoren* (auxiliares de jueces, de profesores, etc.) fueron gradualmente despedidas.[49] Las mujeres fueron de-

claradas ineptas para las funciones jurídicas alegando que "no pueden pensar lógicamente ni razonar objetivamente, puesto que se rigen sólo por sus emociones".[50] (Aun así, quedaron abiertas a la mujer algunas ramas de la profesión legal.)

La Iglesia Evangélica se unió también a la eliminación de las mujeres de las posiciones dirigentes. En 1935, el obispo de Hamburgo rescindió una reforma eclesiástica del período de Weimar según la cual las mujeres eran admitidas a algunas funciones dentro de la Iglesia.[51]

La situación de las estudiantes experimentó dos graves reveses durante el Tercer Reich. Uno de ellos tuvo lugar poco después de la toma del poder y la otra durante la guerra. En 1933, las mujeres constituían, aproximadamente, una quinta parte de la población universitaria total.[52] El régimen se apresuró a tomar medidas para reducir la presencia femenina en la enseñanza superior, hasta reducirla al diez por ciento del total del estudiantado. De las 10.000 jóvenes que aprobaron el examen de la *Abituar* al año siguiente, no más de 1.500 fueron admitidas en la universidad.* Mediante una severa regulación del ingreso en las facultades (setenta y cinco mujeres por año en la de medicina, por ejemplo),[53] el *numerus clausus* del diez por ciento se aplicó a todos los estudios superiores, aunque un cierto número de disciplinas marginales como el periodismo, la farmacia y la educación física, mostraron un aumento de presencia femenina.**

En 1938-39, hubo nuevamente algo más de 2.000 mujeres estudiantes de primer año, de un total de 9.000 mujeres estudiantes. Al estallar la guerra, el *numerus clausus* fue suprimido y el número total de muchachas estudiantes se duplicó en el plazo de dos años, para alcanzar, en 1943-44, el máximo absoluto de 25.000.

Durante la guerra se produjo también un retorno parcial de las profesoras auxiliares despedidas,[54] pero aun así, ni una sola cátedra universitaria fue ocupada por una mujer durante el Tercer Reich. Las cifras de empleo de las profesoras mostraron fluctuaciones similares a las de la población universitaria femenina. Después de la reducción inicial, se produjo un relativo nivelamiento (en 1938, uno de cada cuatro maestros era una mujer), y durante la guerra aumentó la presencia femenina, al ingresar más jóvenes en la profesión y volver a ella un mayor número de mujeres que fueron expulsadas.

* Al mismo tiempo, el régimen introdujo el "año de servicio doméstico": las jóvenes de 18 años debían pasar doce meses haciendo de asistentas domésticas, en el campo o con familias numerosas. Durante este tiempo, eran alojadas y alimentadas, pero no recibían paga alguna. Sus patronos habían de pagar el seguro de enfermedad, pero podían solicitar descuentos fiscales. Las muchachas que realizaron este servicio en aquel año y en los siguientes hasta la guerra figuran entre las principales víctimas de la discriminación nazi.

** Su número aumentó, respectivamente, del 21 al 28 por ciento, del 28 al 30 por ciento y del 23 al 52 por ciento (cf. Charlotte Lorenz, *Zehn-Jahresstatistik des Hochschulbesuchs und der Abitursprüfung*, Berlín, 1943, p. 48).

Tampoco en el cuerpo de funcionarios se produjo un despido absoluto del elemento femenino. Aunque en los primeros tiempos del régimen se efectuó una purga bastante sistemática, se mantuvieron en todo momento puestos administrativos en los servicios sociales como zonas especiales reservadas a la mujer; en 1938, uno de cada diez funcionarios era una mujer. (Hay que tener en cuenta también que una gran cantidad de mujeres trabajaban en el propio cuerpo de funcionarios del partido, el aparato de la Unión de Mujeres, el Bienestar del Pueblo Nacional Socialista, la sección femenina del Frente del Trabajo, la organización Madre e Hijo, etc.)

Las mujeres pertenecientes al cuerpo de funcionarios proporcionaron además a las autoridades un primer terreno de experimentos para la reconstrucción moral de la sociedad alemana. En 1939, el ministro del Reich Lammers dispuso que la maternidad extramarital no constituía motivo para la adopción de medidas disciplinarias contra mujeres funcionarios.[55] Aunque esta medida y otras similares no consiguieron, ni mucho menos, convertir la maternidad ilegítima en un hecho socialmente respetado, el Tercer Reich consiguió inculcar ideas nuevas sobre el papel sexual de la mujer en la sociedad. La mayoría de las organizaciones sociales anteriores se habían caracterizado por la situación de ventaja en el ámbito sexual de que gozaban los hombres en detrimento de las mujeres, ventaja ejemplificada en lo que se ha dado en llamar doble patrón de moralidad. El Tercer Reich sustituyó el convencional doble patrón de la sociedad burguesa por la amoralidad pura y simple, y el papel sexual de la mujer por su simple función biológica.[56]

La edad promedio del matrimonio había ido aumentando desde la primera guerra, pero la toma del poder nazi invirtió inmediatamente esta tendencia. Además, el Tercer Reich convirtió el período de maternidad de la mujer en el apogeo de su ciclo vital. Las mujeres gozaban de la máxima consideración entre el matrimonio y la menopausia, después de la cual iban quedando en una situación de segundo plano, de superfluidad eugenésica. Pero, debido a las tensiones de la guerra y a la ausencia de los hombres, muchas mujeres se oponían a la finalidad biológica que se imponía a su existencia y aspiraban a la satisfacción de sus impulsos eróticos. Ya antes de 1939, la práctica de concentrar a los hombres jóvenes en barracones o campamentos durante largos períodos había dado lugar a una gran disminución del contacto entre los sexos antes del matrimonio. Como resultado de ello, las mujeres jóvenes mostraron una tendencia a mantener relaciones con hombres maduros; este fenómeno fue lo suficientemente extendido como para dar tema a dos novelas contemporáneas.* Después de 1939, los prohibidos contactos sexuales con prisioneros de guerra y trabajadores extranjeros se convirtieron en

* *El ángel del amor*, de Kasimir Edschmid, y *El secreto de la vida*, de Hans Carossa.

cosa frecuente, y en los últimos tiempos de la guerra el desgaste de los tabúes sexuales entre las mujeres se convirtió en una característica del panorama social.

Estrechamente relacionada con el papel sexual de la mujer en la sociedad estaba la cuestión de su forma de vestir y sus modales. La toma del poder por parte de los nazis llevó aparejado un gran cambio del papel que había jugado la apariencia femenina antes de 1933, en que había contribuido a dar un aire de elegancia y ligereza a la vida alemana. Los militantes del partido, en particular los pertenecientes a la baja clase media y los de provincias, levantaron una gran oleada de polémicas, exhortaciones y amenazas encaminadas a hacer volver a la mujer alemana a sus supuestas virtudes primordiales. El *Völkischer Beobachter* condenaba el maquillaje como cosa flagrantemente no alemana, definiéndolo como adecuado a las caras sensuales y a los gruesos labios de las levantinas: "La cosa más antinatural que podemos ver por las calles es una mujer alemana que, desdeñando todas las leyes de la belleza, se ha embadurnado la cara con pinturas de guerra orientales".[57] Tales rigores bastaron para que las muchachas muy maquilladas que viajaban en los autobuses de Berlín hubieran de oír epítetos tales como "puta" o "traidora".[58]

Donde el sentimiento popular no alcanzaba tales grados de espontaneidad, venían las autoridades a suministrar orientaciones administrativas. Así, los habitantes de Erfurt fueron informados por su jefe de policía de su obligación de abordar a las mujeres que fumasen en público y recordarles sus deberes como mujeres y madres alemanas.[59] La organización provincial del NSBO (predecesor del Frente del Trabajo) de la Baja Franconia excluyó de sus reuniones a todas las mujeres que llevasen polvos o pintura labial; las que eran vistas fumando en público perdían automáticamente su condición de miembros.[60] Esta campaña estaba motivada por algo más que por el provincianismo y la gazmoñería; estaba muy presente la preocupación biológica. Dado que la delgadez era considerada incompatible con la concepción de muchos hijos,* se quería persuadir a las mujeres de que no se preocupasen por su figura. Otro aspecto del movimiento contra el modernismo y contra el encanto femenino fue la afectación pseudosocialista de la revolución nazi. Como las Juventudes Hitlerianas se adornaban con la ideología antiburguesa del Movimiento de la Juventud, algunas jóvenes consideraron cuestión de principio no interesarse por el vestir o por los cosméticos. Combinando estas varias consideraciones, el régimen creó un tipo ideal de femineidad del cual fueron presentadas como prototipos las dirigentes de la sección femenina del Frente del Trabajo. Estas mujeres eran educadas con severidad espartana, enseñadas a prescindir de los cosméticos, a vestirse de la manera más simple,

* También el hábito de fumar se consideraba nocivo para la fecundidad; ver p. 281.

a no mostrar vanidad individual alguna, a dormir en camas duras y a evitar los refinamientos en el terreno culinario. La imagen ideal de aquellas figuras de anchas caderas, no aprisionada por fajas, era de un rubio radiante, coronada por el cabello recogido en un moño o en una diadema de trenzas.[61] Como contrapartida negativa de esta imagen, el régimen aludía a las sufragistas devoradoras de hombres de otros países.[62]

Aunque esta campaña tuvo una cierta influencia —sobre todo entre los miembros de la Unión de Jóvenes Alemanias—, levantó en la mayoría de sectores una reacción de defensa de la moda que halló incluso el respaldo de personalidades nazis tan encumbradas como Magda Goebbels, que se mostró dispuesta a patrocinar un muy necesario Instituto Alemán de la Moda.* Su esposo (que era, presumiblemente, el principal experto en encantos femeninos del Tercer Reich) se manifestó repetidamente en defensa de la gracia y la belleza:

"Es triste que las actrices, bailarinas y cantantes tengan que ser eximidas del Servicio Nacional del Trabajo por un decreto especial del Führer, para que al menos el mundo artístico constituya una reserva natural donde la belleza y la gracia femeninas puedan llevar una modesta pero segura existencia, a salvo del embrutecimiento y masculinización de la mujer alemana, que se viene propugnando oficialmente." [63]

También Goebbels participó en la controversia desatada durante la guerra acerca de las mujeres en pantalones": **

"El hecho de que las mujeres lleven pantalones o dejen de llevarlos es una cuestión privada y no pública. Durante los meses de frío, las mujeres son muy dueñas de llevar pantalones, aun cuando el partido se oponga a ello en un lugar o en otro. Deberíamos desterrar la gazmoñería. Vivan el Metropole y la Scala." [64] ***

A pesar de esto, la campaña antipantalones ganó en amplitud. En Stuttgart se prohibió a las mujeres llevar pantalones de montar salvo para participar en competiciones ecuestres,[65] y el comandante de la Wehrmacht de Garmisch-Partenkirchen ordenó a sus hombres que no se dejasen ver en público acompañados de mujeres en pantalones.[66]

* Su necesidad se refleja en este comentario de dos americanos: "Me sorprendió la fealdad de las mujeres alemanas. No sabían andar, y se vestían peor aún que las inglesas" (cf. William Shirer, *Berlin Diary*, Hamish Hamilton, Londres, 1941, p. 141). "La mayoría de las mujeres casadas estaban demasiado gruesas; todas vestían colores oscuros. Nadie llevaba ropas alegres" (cf. Patsy Ziemer, *Two thousand and Ten Days of Hitler*, Harper, Nueva York, 1940, p. 124).

** En las regiones alpinas, "mujerzuelas en pantalones con pintura de guerra india" era un epíteto frecuentemente aplicado a las evacuadas de las ciudades industriales renanas.

*** Teatros de variedades de Berlín, comparables, aproximadamente, a lo que fue el Windmill de Londres.

A medida que un mayor número de mujeres asumían trabajos para los cuales la falda era inadecuada, también la prensa se vio dividida por la controversia de los pantalones. Así, el *Hamburger Fremdenblatt* evitaba juicios de valor mencionando el hecho de que las revisoras de tren trabajaban durante turons de noche enteros,[67] mientras el *Bodensee Rundschau* lanzaba una oleada de invectivas contra las mujeres que llevaban pantalones durante los trabajos voluntarios de salvamento después de los ataques aéreos.[68]

La guerra, con sus consecuencias en cuanto a tensión mental y fatiga nerviosa, dio lugar también al aumento del hábito de fumar en las mujeres, y un médico especialista atacó esta costumbre en un artículo en el que exponía la supuesta relación directa existente entre la excesiva absorción de nicotina y la esterilidad.[69] (Se daba por supuesto que el fumar dañaba los ovarios, y se alegaba que un matrimonio de fumadores habituales producía, como promedio, 0,66 niños, frente al promedio normal de tres). Así, la batalla por el derecho de la mujer a vestir como gustase y a fumar continuó a lo largo de toda la guerra, pero, como otros muchos temas de controversia, no mereció una normativa definida de boca del árbitro supremo. Incluso, en más de una ocasión, Hitler se hizo eco de la preocupación de Goebbels por la apariencia femenina: "Por encima de todo, no debemos convertir la guerra contra la femineidad en una guerra total. Las mujeres representan una fuerza enorme, y en cuanto se les impide el cuidado de su belleza se las convierte en enemigos".[70]

La disputa entre la estética y la ideología en lo referente al aspecto de la mujer se arrastraba sin resolver ya desde la toma del poder, cuando el *Schwarzes Korps* (hablando en nombre de los intereses autárquicos del gremio de sastrería) alegaba que los diseñadores de moda burgueses promovían estilos evocadores del de las "*cocottes* judías", mientras que los creadores de la moda, por su parte, trataban de asegurar al público que Alemania continuaba formando parte del *beau monde* internacional.* La dirección de las Juventudes Hitlerianas tuvo la perspicacia de permitir que Fe y Belleza (la sección posterior a la Unión de Jóvenes Alemanas, para las muchachas comprendidas entre los dieciocho y los veintiún años) organizase cursos especiales e incluso crease escuelas de diseño de moda. El primitivismo de los sastres se vio contrarrestado, durante la guerra, por la importación —mediante la compra o el pillaje— de grandes cantidades de ropas, medias, pieles y perfumes de la Europa ocupada.

El programa de austeridad que habría requerido un esfuerzo de guerra

* Cf. *Frankfurter Zeitung,* 24 de febrero de 1937. Dos meses después, el *Deutsche Frauenwerk* declaraba oficialmente: "Los rumores referentes a la institución oficial de algo llamado moda alemana son totalmente infundados" (cf. *Frankfurter Zeitung,* 23 de abril de 1937).

total no fue aplicado de hecho hasta un año antes del final de la guerra. Dos meses después de Stalingrado, Goebbels señalaba aún que algunas administraciones regionales, aunque desde luego no todas, habían prohibido el teñido del cabello y el ondulado permanente, situación que llevaba a las mujeres de las clases acomodadas a viajar de un Gau a otro con el fin de ir a la peluquería.[71]

Sin embargo, hechos de este tipo no perjudicaron gravemente la capacidad de las autoridades para abastecer a la población civil de los artículos esenciales durante la mayor parte de la guerra. Los niveles de consumo de los años de paz se mantuvieron hasta 1941; la escasez realmente penosa no se hizo sentir hasta la última fase de la guerra.

En conjunto, las mujeres alemanas obtuvieron del Tercer Reich la reducción del paro en los primeros tiempos, el aumento de la natalidad después y, finalmente, las raciones de comida preferentes. Seguramente, ellas estaban más dispuestas aún que los hombres en general a cambiar sus abstractos derechos humanos por un tangible plato de lentejas. Algunas permanecieron en una feliz inconsciencia del hecho de que la función de "Gretchen paridora" a la que se las había destinado era una ofensa a su dignidad humana. Muchas otras consideraron que, a la hora del balance, la seguridad económica y el culto a la maternidad compensaban sobradamente la discriminación sexual y la muerte política.

Quizá tampoco fuese la discriminación sexual un problema realmente grave a los ojos de muchas mujeres no profesionales.* Incluso la purga de mujeres de la vida pública fue compensada en parte por la salida que ofrecían a sus energías sobrantes el trabajo en la Unión de Mujeres y el Bienestar del Pueblo. Además, el régimen subvino a las necesidades psíquicas de las mujeres deseosas de identificación, manteniendo constantemente en la luz pública a un cierto número de personalidades femeninas ejemplares, como la estrella de la pantalla, convertida en productora de cine, Leni Riefenstahl, que se ganó un lugar en el panteón nacional con sus documentales sobre la Reunión de Nuremberg de 1934 y los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Junto a ella se colocó posteriormene a Hannah Reitsch, la primera mujer alemana que consiguió el título de piloto de planeador, el grado de capitán de aviación y la Cruz de Hierro (de segunda clase).[72] Otra fémina ejemplar fue Gertrud Schiltz-Klink, la *soignée* ama de casa que sabía combinar la dirección de la

* Cuando la revista *Die Frau* escribió, al principio de la guerra: "Es necesario acabar con la idea patriarcal del matrimonio como única vocación posible para la mujer; es necesario darle una mejor formación profesional, y no solamente una breve y superficial formación para el trabajo de oficina, que hasta el momento ha sido considerado sólo como una antesala del matrimonio", cabe sospechar que no se dirigía sólo a las autoridades, sino también, en alguna medida, a las lectoras (cf. *Die Frau,* agosto de 1940).

Unión Nacionalsocialista de Mujeres con el cuidado de una casa y el gobierno de una familia de verdad (en el sentido nazi de la expresión, es decir, una familia de cuatro hijos). Estaban además las esposas de los dos hombres que seguían a Hitler en la jerarquía nazi: Emmy Goering, de wagnerianas proporciones y actitud, y la defensora de la moda, Magda Goebbels. (Esta última, no obstante, a pesar de sus seis hijos, no era muy adecuada para ser objeto de identificación femenina, a causa de las inclinaciones extraconyugales de su esposo.)

Este tipo de proyección era un factor importante en la vida imaginativa de las mujeres, pero era insignificante en comparación con lo que representaba el culto al Führer. Dado que la República de Weimar había sido menos efectiva entre las mujeres que entre los hombres a la hora de inculcar un sentido de autonomía personal y a la vez de compromiso público, la psique colectiva femenina permaneció apolítica e imbuida de un residuo de lealtad dinástica y vaga religiosidad, impulsos latentes que Hitler activó hasta el nivel de intensidad sin precedentes. Ya en enero de 1932, durante la reunión en el Club Industrial de Düsseldorf entre Hitler y los magnates del Ruhr, las damas allí reunidas pagaron un marco cada una a la empleada del guardarropa por el privilegio de oler el ramillete de flores que había sido ofrecido al Führer a la entrada.[73]

En los actos públicos, las mujeres presentes entre la multitud mostraban a menudo una forma de histeria colectiva denominada *Kontaktsucht*, "ansia de contacto", un incontrolable deseo de tocarle físicamente. En los mítines públicos, Rauschnigg observó que los ojos de las mujeres presentes "se empañaban y brillaban con una especie de exultación religiosa".[74]

Cuando terminó la guerra fueron más numerosas las mujeres que los hombres que prefirieron la autoinmolación a continuar viviendo en un mundo vacío de la presencia de su Führer. Sus suicidios corroboraron irónicamente el axioma nazi de la diferencia congénita entre el hombre, motivado por la razón, y la mujer, orientada por el sentimiento.

# 18

# LA JUVENTUD

En la generación joven halló el régimen el grupo de población más maleable a su política y el que le rindió los mayores beneficios en fidelidad y sacrificio en proporción a los halagos invertidos. Cuando estaban en la oposición, los nazis habían sido el partido de la Juventud contra la Madurez, menos por la defensa de una causa joven que por su vehemente asalto a la ponderada República de Weimar. Al llegar al poder, cancelaron inmediatamente la lucha generacional y consiguieron que su manipulación de los jóvenes sirviese a dos fines que no eran fácilmente conciliables: liberar todo el potencial de la agresividad juvenil y, al mismo tiempo, impresionar al público adulto por el grado de disciplina a que podían someter a los jóvenes.

Se puede decir, pues, que la liberación y la militarización formaban los polos del campo magnético en que se movió la juventud alemana después de 1933, paradoja de la que tenemos el ejemplo final de los soldados de quince años de las Juventudes Hitlerianas que, mientras no podían ir al cine por la noche a causa de su edad, impedían el avance del Ejército Rojo sobre el territorio del Reich.

La liberación nazi de la juventud tomó varias formas: colocar a las Juventudes Hitlerianas junto a la familia y la escuela como tribunal de apelación rival, entregar uniformes (y puñales) a todos los muchachos (cuando sólo unos pocos adultos seleccionados tenían acceso a ellos), hacer que los hijos guiasen a los padres inadaptados hacia la nueva época y suscitar esperanzas de una herencia que no había sido prometida a ninguna otra generación.

Pero cada una de estas relucientes monedas recién acuñadas tenía su reverso: la emancipación a través de las Juventudes Hitlerianas representaba una forma más dura de tutela; la ubicuidad de los uniformes significaba la unifor-

midad total; el niño que tenía que guiar a sus mayores olvidaba su condición de niño, y muchos esperanzados herederos acabaron por tener una vida mucho más breve que sus padres.

La juventud del Tercer Reich no debe ser considerada sólo en sus aspectos familiar, escolar o de pertenencia a las Juventudes Hitlerianas; también el trabajo fue un elemento esencial en sus vidas. Su importancia se deduce de las estadísticas de 1938-1939, que registran que 877.849 niños de catorce años obtuvieron su certificado escolar, 88.492 de dieciséis años ingresaron en la universidad y 45.150 se presentaron al examen final de la *Abitur*.[1] Esto significa que, como promedio, diecisiete de cada veinte muchachos estaban educativamente predestinados al trabajo y no a carreras profesionales, académicas o burocráticas. (Para algunos de los niños que dejaban la escuela a los catorce años, el trabajo no era tampoco una absoluta novedad, ya que la mano de obra infantil formaba parte integral de la producción agrícola y de las industrias domésticas —tales como la confección de tejidos o vestidos y la fabricación de juguetes—, de las que vivían hasta un millón de personas en las zonas económicamente atrasadas).*

En la industria, el trabajo infantil estaba prohibido (pero los inspectores podían permitir el empleo de niños de más de diez años hasta cuatro horas semanales).[2] El tiempo de trabajo normal para los jóvenes (entre los catorce y los dieciocho años) ascendía a cuarenta y ocho horas a la semana. Era obligatorio dar a los empleados jóvenes una tarde libre a la semana, medida que provocó cierta oposición por parte de los patronos. En el curso de la intensa movilización industrial, los jóvenes eran inevitablemente más explotados. Un decreto gubernamental de diciembre de 1938 sobre el trabajo por turnos estipulaba que los muchachos de dieciséis años podían trabajar hasta las diez de la noche en fábricas de maquinaria y diques, mientras que los mayores de dieciséis años podían ser empleados en turnos de noche. Cuando estalló la guerra se abandonaron varias regulaciones del trabajo duro de los jóvenes, pero ello tuvo unos efectos tan adversos sobre su salud que, en diciembre, se fijó el horario máximo para los menores de dieciséis años en cincuenta y cuatro horas semanales, y para los de más de dieciséis años, en cincuenta y seis. Sin embargo, si su trabajo se consideraba esencial para el esfuerzo bélico, quedaba a la discreción del inspector del trabajo el extender estos horarios.[3]

A partir de 1938, los muchachos que salían de la escuela tuvieron que inscribirse en las oficinas estatales de colocación y fueron dirigidos hacia las actividades prioritarias. "La meta máxima no es el enriquecimiento de la

* El censo de septiembre de 1938 registraba la existencia de 675.233 trabajadores domésticos en el antiguo territorio del Reich; a éstos hay que añadir los austríacos y los alemanes de los Sudetes.

existencia individual sino el aumento de la prosperidad de la nación... Los deseos individuales pueden respetarse sólo en la medida en que no sean contrarios al interés general." [4] Pero, aunque el margen de elección era reducido, las oportunidades reales de seguir una carrera que tenían los muchachos de la clase obrera mejoraron indudablemente durante el Tercer Reich en comparación con la etapa anterior. Aunque después de la toma del poder se había ejercido discriminación contra obreros jóvenes en favor de padres de familia, a mediados de los años treinta se aseguraron automáticamente puestos en la industria a todos los que salían de la escuela, y las autoridades prestaron una gran atención a su preparación profesional. La cualificación profesional en la industria alemana había sido siempre muy alta; lo que los nazis hicieron fue darle una mayor accesibilidad, reduciendo los requisitos formales de ingreso y concediendo a los obreros especializados la paridad con los maestros del oficio como instructores de aprendices.[5]

El número de aprendices de oficio aumentó en más de la mitad durante los años de paz del Tercer Reich (de 420.000 a 660.000).[6] El Frente Alemán del Trabajo había preparado en principio un plan por el que todos los muchachos debían efectuar un aprendizaje artesanal; hasta 1936 no se desengañaron de esta idea romántica y medieval y tuvieron que aceptar el adiestramiento industrial como preferible al aprendizaje de un oficio. Se convirtió entonces en política oficial el alejar a los aprendices de los talleres artesanales, encaminándolos hacia los talleres de adiestramiento de las grandes industrias, mejor equipados, donde era además menos probable que fuesen explotados como mano de obra barata.[7] Las autoridades elevaron de tal modo la proporción de aprendices con respecto a la población laboral total que, en 1937, había un aprendiz por cada tres obreros en las industrias metalúrgicas y uno por cada cinco en la construcción.[8]

Una competición anual para obreros, llamada la Competición Profesional Nacional (*Reichsberufwettkampf*) atraía a un gran número de participantes (4 millones en 1939) [9] y proporcionaba un gran incentivo a toda la mano de obra juvenil del Reich. Los ganadores recibían recompensas atractivas tanto en términos materiales como de prestigio: fotografías en la prensa, entrevistas por la radio, invitaciones a tomar el té y una arenga de Hitler en la Cancillería del Reich, así como acortamiento de los aprendizajes, adiestramiento adicional, puestos en escuelas técnicas o ascensos en la empresa. Por ejemplo, los mensajeros de Correos que quedaban en primer puesto en su competición eran elevados a la categoría de funcionarios.

La Competición Profesional fue una de las pocas innovaciones nazis que representó una contribución auténtica —aunque parcial— al proclamado objetivo de la comunidad del pueblo: el 80 por ciento de los participantes ganadores no habían conseguido, de niños, llegar a la enseñanza secundaria; en

algunos casos, los muchachos a quienes se habían concedido becas en escuelas técnicas pasaban a las facultades tecnológicas de las universidades.[10]

Para evitar los abusos de los patronos, los aprendices recibían unas libretas donde había que hacer constar día a día los detalles del trabajo. Estas libretas debían ser entregadas, a intervalos regulares, a la Cámara local de Industria, para su inspección, aunque, evidentemente, algunas de las anotaciones eran falsas.[11] * Otra regulación gubernamental que muchos patronos infringían era el pago a los aprendices de las horas que pasaban en escuelas del oficio.** Sin embargo, poco antes del inicio de la guerra, las mismas autoridades acortaron los períodos de aprendizaje y redujeron las horas durante las cuales los aprendices asistían a escuelas profesionales como parte de su tiempo libre.[12]

Aunque los programas de enseñanza laboral eran muy completos, al pasar el tiempo se hicieron cada vez más evidentes algunas deficiencias. Así, el informe anual de la Cámara de Industria y Comercio de Halle de 1938[13] afirmaba que el número de candidatos que aprobaban los exámenes de taquigrafía y mecanografía era menor que nunca. Los resultados eran mucho mejores en lo referente al trabajo industrial, pero esto era contrarrestado por graves fallos en la parte académica del examen: lengua, matemáticas, dibujo, etcétera.

Con la guerra el mercado de trabajo se redujo, y se dieron muchas quejas por el empeoramiento del nivel existente entre aprendices y personal cualificado.*** Los patronos se quejaban de que las Juventudes Hitlerianas y los funcionarios del Frente del Trabajo insistían siempre en los derechos de los obreros jóvenes pero no se ocupaban de hacerles conocer sus obligaciones. Alegaban también que la excesiva indulgencia por parte de examinadores de escuelas en general y escuelas industriales estaba afectando de modo negativo la preparación de las nuevas promociones de mano de obra.[14]

A principios de 1941, el total de la población laboral juvenil alemana era de 5 millones, en cuyo beneficio el Departamento de Juventud del Frente del Trabajo organizaba reuniones juveniles en las fábricas, actividades para el

* Algunos maestros —erróneamente— se creían autorizados a infligir castigos corporales a los aprendices (cf. *Frankfurter Zeitung*, 1 de septiembre de 1937).

** Tampoco estaban muy satisfechos los patronos con los derechos de los aprendices en lo referente a vacaciones, que eran de quince días para los de quince años, de doce para los de dieciséis años y de diez para los de diecisiete años. Además, si los jóvenes obreros solicitaban asistir a cursillos de las Juventudes Hitlerianas, los patronos no tenían derecho a reclamación alguna cuando estas vacaciones se prolongaban (cf. *Frankfurter Zeitung*, 29 de pulio de 1937, citando al delegado laboral de Alemania central).

*** En 1940, las Cámaras del Comercio y de la Industria censuraron el hecho de que las autoridades insistían en que los patronos pagasen subsidios mensuales para la educación de los aprendices, de cuyos subsidios no podían efectuarse deducciones cuando el empleado faltaba al trabajo (cf. Archivo Federal de Koblenz, R II/234 B).

tiempo libre, servicios de orientación profesional y revisiones médicas, así como la construcción de albergues especiales para aprendices. (El creciente atractivo del trabajo industrial para los jóvenes de las zonas rurales significaba que un número cada vez mayor de ellos eran alojados en albergues adheridos a grandes complejos industriales, como la fábrica Volkswagen de Wolfsburg.)

La tendencia de la gente joven a emigrar del campo, que el régimen contrarrestaba canalizando a la juventud urbana hacia el trabajo agrícola por medio del Servicio Laboral del Reich, las Juventudes Hitlerianas o el Servicio Social Femenino, era provocada por los salarios bajos, la falta de comodidades y diversiones y las condiciones de trabajo agotadoras.

Así, en 1937, de 17.000 candidatos de zonas rurales examinados médicamente para la admisión a un curso intensivo de adiestramiento físico organizado por el dirigente de la Corporación de Productores de Alimentos, Darré, sólo un 4 por ciento satisfizo los requisitos de entrada, desde luego numerosos.[15] Se descubrió que algunos jóvenes sufrían defectos de los pies y desviaciones de la columna vertebral, a causa del exceso de trabajo. La mayor parte mostraba señales de lo que la juventud campesina estaba pagando por la escasez de mano de obra agrícola.

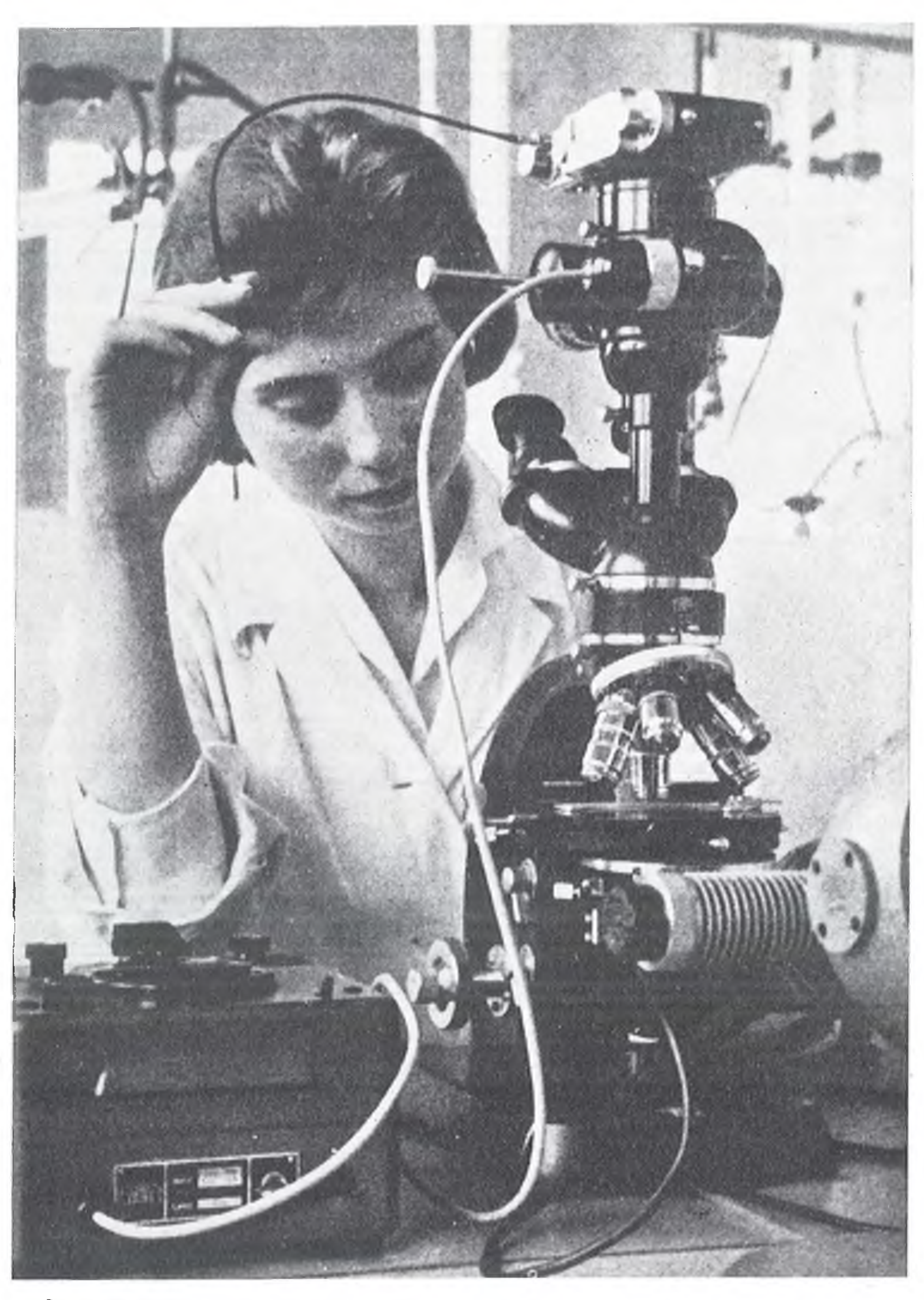
En cuanto a la salud de los jóveens en general, los primeros años de la época nazi se vieron marcados por un aumento del índice de enfermedades infantiles, aumento bastante mayor que el experimentado por el de nacimientos (un 25 por ciento entre 1931-1933 y 1934-1936). Así, los casos de escarlatina aumentaron aproximadamente en una mitad entre 1933 y 1937 (79.830 casos contra 117.544); los de difteria casi se duplicaron (77.340 contra 146.733); los de parálisis infantil mostraron un aumento parecido (1.318 contra 2.723); los de disentería casi se triplicaron (2.685 contra 7.545); y los de meningitis aumentaron una vez y media (617 contra 1.574).[16] Del dos al cuatro por ciento de todos los jóvenes fueron considerados propensos a enfermedades orgánicas del corazón, y una cifra similar a trastornos nerviosos.[17]

El creciente nerviosismo de los jóvenes durante la época nazi fue motivo de numerosos comentarios, tanto en Alemania[18] como en el extranjero.[19] Al examinar a muchachos de diez a dieciocho años que habían asistido a campamentos de las Juventudes Hitlerianas, los médicos diagnosticaron cincuenta casos de perturbación del proceso digestivo, probablemente debidos a la tensión nerviosa, aunque la proporción general de muchachos que habían ganado peso en el campamento en relación con los que no lo habían hecho era de dos a uno.[20]

Otro campo que mostró un claro empeoramiento era la salud ortopédica. En 1937, una revista médica declaraba que recientemente aparecían a menudo entre los escolares síntomas que antes se habían dado entre aprendi-



Durante el primer año de guerra pudo aún observarse en Berlín una atmósfera casi normal. que no tardaría ya en desaparecer.



La creciente intervención femenina en los puestos de trabajo fue un hecho palpable, y no sólo en laboratorios farmacéuticos.

Colecta pública para los "Nuevos albergues juveniles" (1936) y de hecho para fabricar armamento.

Instituto de Anatomía de Bonn.

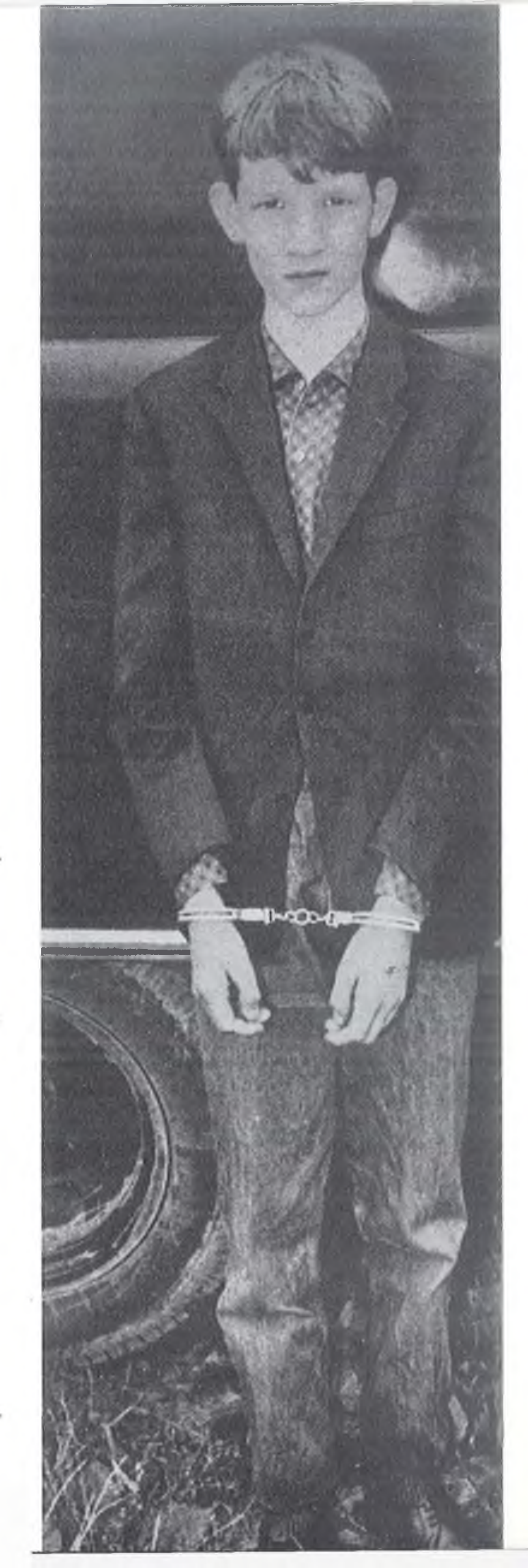


Hitler había declarado que "en el Tercer Reich cada muchacha encontraría un marido".



A la derecha vemos a Eva Braun, la mujer que a última hora sería esposa de Hitler, y a la hermana de aquélla.

En estas dos ilustraciones de las "Juventudes Hitlerianas" podemos apreciar que la formación ideológica del ámbito juvenil fue uno de los objetivos primordiales del régimen.



Delincuente infantil apresado por la policía alemana.

La juventud del bello sexo, encuadrada en la "Sección Femenina" era preparada, física y políticamente, con disciplina militar.

ces y durante la adolescencia.[21] "Se someten a esfuerzos excesivos los pies de estos chicos y chicas, que tienen que andar por caminos difíciles, soportar cargas pesadas..."

Según se informó poco después, uno de cada tres reclutas examinados en 1936 tenía los pies planos.[22] En un paso importante, el dirigente regional de Hannover de las Juventudes ordenó la reducción al mínimo de las actividades de las Juventudes Hitlerianas durante el invierno de 1938-39, y pidió a las autoridades escolares que hicieran lo mismo, ya que "los jóvenes, especialmente los líderes, están tan absorbidos por sus obligaciones que los fallos de salud y síntomas de fatiga se han hecho inevitables". Al cabo de dos años, se extendió entre la población adolescente una nueva ola de inquietud nerviosa. Cuando, al principio de la guerra, se produjeron una serie de victorias relámpago, muchos que eran demasiado jóvenes para participar en el combate experimentaron sentimientos de aguda frustración. En los momentos más intensos de la guerra, algunos observadores imparciales señalaron que incluso los niños estaban afectados por el clima general de tensión y expectación. La expectación tomaba en su caso la forma de sueños de grandeza en los que se veían a sí mismos, después de la guerra, convertidos en Gauleiter, en zonas remotas del globo tales como África, India o Sudamérica, mientras la imaginación de otros era encendida por el proyecto de Himmler * de sembrar vastas áreas del Este eslavo con las granjas fortificadas de los señores alemanes.[24]

La guerra tuvo también sus efectos nocivos sobre la gente joven. En 1944 se crearon campamentos especiales de adiestramiento preliminar (*Wehrertüchtigungslager*) en los cuales se llevaba a los nuevos reclutas al nivel necesario de entrenamiento —mediante una combinación de ejercicios de endurecimiento y comidas nutritivas— antes de trasladarlos a su campamento de adiestramiento básico.[25]

Se ha calculado también que, al finalizar la guerra, más de uno de cada tres jóvenes alemanes sufría de neurosis,[26] pero las pruebas en este sentido no son concluyentes. En cambio, el gráfico de la salud social entre los jóvenes puede trazarse con mayor precisión. La delincuencia juvenil había sido muy elevada al final de la Gran Guerra (casi 100.000 casos presentados ante los tribunales en 1918), pero después de la inflación había bajado tres cuartas partes, descenso que continuó incluso durante la Depresión. Entonces, de 21.529 en 1932, la cifra bajó espectacularmente a 15.958 en 1933 —prueba de

* Según el *Hakenkreuz Banner* del 22 de enero de 1942, fueron numerosos los miembros de las Juventudes que se ofrecieron voluntarios para el plan *Wehrbauern*. Las vacilaciones y las negativas vinieron principalmente de los padres. "Pero, indudablemente, es tentadora la perspectiva de convertirse en dueño de una hermosa propiedad a los veintiocho años."

la capacidad del Tercer Reich tanto para integrar como para reprimir la energía criminal—. Aunque la serie de amnistías concedidas confunde el cuadro de conjunto, es innegable la tendencia general ascendente durante el Tercer Reich. En 1937, año sin amnistía criminal (y de pleno empleo), hubo 24.562 casos, más que en el momento crítico de la Depresión. Durante los siguientes cinco años de creciente desintegración familiar, la proporción juvenil dentro de la criminalidad total se triplicó (del 6 por ciento en 1937 al 17,5 por ciento en 1943, aunque aun así se podía comparar favorablemente con el 27 por ciento de 1917—).[27] En estos cinco años se registraron aumentos del 100 por ciento en los delitos juveniles, contra la propiedad, de algo más en los delitos sexuales y del 250 por ciento en las falsificaciones.[28]

Las falsificaciones solían ser de documentos de identidad, que indicaban la edad del portador, delito motivado por el deseo de los jóvenes de acceder a las diversiones reservadas a los adultos por severas leyes. El mismo régimen que entregaba armas mortales a niños de diez años se esforzaba grandemente por obligar a los jóvenes a observar una conducta decorosa, recurriendo tanto a la exhortación como a la disuasión.

El esfuerzo de purificación de la población adolescente avanzó de manera gradual. El jefe de policía de Mecklenburg promulgó una ordenanza prohibiendo a los chicos y chicas menores de dieciocho años fumar en público, bajo pena de dos semanas de cárcel o una multa de 150 marcos.[29] Su colega de Breslau decretó que las chicas menores de dieciocho años que fueran encontradas en salas de baile sin la compañía de sus padres u otros adultos responsables podían ser enviadas a un reformatorio.[30] Comenzada ya la guerra, las autoridades aumentaron su severidad hacia los jóvenes con la Ley para la Protección de Menores (promulgada el 9 de marzo de 1940),[31] que prohibía a los menores de dieciocho años estar en las calles después de oscurecer, así como frecuentar restaurantes, cines u otros lugares de diversión después de las 9 (de no ir acompañados por un adulto), y a los menores de dieciséis años beber alcohol o fumar en público.* Esta limitación ** de las actividades de

* Esta prohibición referente a los lugares públicos fue acompañada de una campaña de propaganda encaminada a extender la prohibición a los hogares y lugares de trabajo (cf. *Deutsche Bodensee Zeitung,* 1 de mayo de 1940). Respecto a la extensión del hábito de fumar entre los jóvenes, una encuesta realizada en Hannover entre 200 muchachos de catorce años reveló que nueve de cada diez estaban familiarizados con el tabaco y que uno de cada diez fumaba regularmente (cf. W. Hermannson y H. Lüpke, *Erzieher und Erzieherinnen: Ein Wort an Euch,* Reichsgesundheitsverlag, Berlín-Dahlem, 1940, p. 13).

** El aumento de la delincuencia juvenil indujo a las autoridades a introducir una nueva forma de castigo: el "arresto juvenil". Introducido en octubre de 1940, consistía en un período de prisión determinado por los tribunales, los detalles del cual no constaban en el expediente escolar del joven y no afectaban en nada sus oportunidades profesionales. Las dos terceras partes de los delitos castigados de esta forma eran delitos contra la propiedad. El arresto juvenil fue aplicado en más de la mitad de los juicios contra menores cele-

los jóvenes en su tiempo libre estaba poco de acuerdo con las tareas que se exigían de ellos. Era ilógico prohibir a los jóvenes fumar en público cuando los mensajeros de diecisiete años agregados al Servicio de Incursiones Aéreas recibían cigarrillos como parte de su salario.[32] Del mismo modo, la prohibición a los jóvenes de tomar alcohol tenía poco sentido cuando los citados mensajeros del Servicio de Incursiones Aéreas actuaban con patrullas de hombres mayores que pasaban sus horas libres en los bares. Un peligro moral muy tentador para los adolescentes venía dado por el hecho de que tuviesen que trabajar junto con prostitutas reclutadas para las fábricas de armamento. La contradicción entre la exagerada solicitud hacia los jóvenes y las realidades de la situación quedaba resumida en esta queja que se oía frecuentemente en boca de los muchachos de las Juventudes en 1944: "Somos buenos para ser soldados a los quince o dieciséis años y para que nos maten, pero no podemos entrar en los cines a ver películas 'para adultos' hasta que tenemos dieciocho".[33] *

Los reformatorios a los que los jefes de policía amenazaban con enviar a las muchachas que iban al baile sin acompañantes adultos era un disuasivo que los educadores nazis evocaban constantemente. Su importancia dentro del sistema de educación se veía atestiguada sobre todo por el aumento del número de jóvenes llevados a ellos: en los tres años siguientes a la toma del poder, el número de niños prusianos "acogidos" en ellos se duplicó (cuarenta y dos por 100.000 en 1932, ochenta y seis en 1935).[34] Este marcado aumento se atribuía oficialmente a la rigurosidad con que los servicios "coordinados" de asistencia social, complementados por el Bienestar del Pueblo y las Juventudes Hitlerianas, realizaban sus funciones, pero es significativo que en una declaración oficial se dijese: "Los jóvenes necesitan cuidado y protección, no sólo por el abandono del deber por parte de los padres sino también porque la conmoción ideológica está minando las relaciones familiares".[35] **

Los niños llevados a instituciones correccionales estaban sujetos a un régimen del cual tradicionalmente formaba parte el azote. Tenían derecho, en

---

brados en 1941 (cf. Werner Klose, *Generation im Gleichschritt*, Stalling, Oldenburg, 1964, p. 218).

* Aunque las autoridades de Berlín se dieron cuenta de la falta de lógica de esta situación y acabaron por establecer en los catorce años la edad mínima de admisión a todos los cines, su decisión tuvo carácter excepcional. Según una orden general emitida en 1944, los jóvenes no tenían permitido siquiera ver películas aptas para niños en las sesiones de noche, a menos que fuesen acompañados de un adulto (cf. *Völkische Beobachter*, 22 de julio de 1944). Esta medida había sido ya aplicada anteriormente en varias regiones del Reich (cf. *Deutsche Bodensee Zeitung*, 1 de mayo de 1940).

** Para más detalles sobre la retirada de los niños de la tutela paterna por motivos religiosos, ver el capítulo sobre la familia, p. 259.

teoría, a apelar contra los malos tratos, pero las apelaciones habían de ser dirigidas al director de la institución, que era así juez y parte en el conflicto. La enseñanza profesional que se impartía en los correccionales tendía principalmente hacia la agricultura.[36] Si se consideraba que uno de los internos, al cumplir los dieciocho años, no había aprovechado suficientemente el tratamiento correctivo, podía ser enviado a un centro de trabajo (como el famoso de Rummelsburg, cerca de Berlín).[37] Las instituciones correccionales servían también para funciones eugenésicas. Los niños "biológicamente inferiores" eran enviados a ellas y los directores de las instituciones podían ordenar su esterilización.[38] Los correccionales daban acomodo también a niños abandonados, puesto que los tribunales tutelares, por razones de política eugenésica, no permitían que fueran adoptados los hijos de criminales, prostitutas y bebedores habituales.[39] (Teniendo en cuenta el fin básicamente punitivo a que el régimen destinaba los correccionales, el *Schwarzes Korps* era poco honesto cuando declaraba quejumbrosamente, en 1937: "El público mira hoy a los pupilos de instituciones correccionales igual que hace veinte años: como jóvenes de poca valía y de tendencias criminales".) [40]

Además de las organizaciones mencionadas hasta ahora, se creó una variante juvenil de la policía militar —el Servicio de Patrulla de las Juventudes Hitlerianas— para combatir la delincuencia y la mala conducta de los adolescentes. Esta utilización de los jóvenes como policía de los jóvenes era una muestra del principio "La juventud guía a la juventud", del que se vanagloriaban las Juventudes Hitlerianas. El monopolio de la autonomía juvenil, que pretendían poseer, era falso, pero aunque no eran el único movimiento juvenil libre de jefes adultos, sí eran, desde luego, el mayor y más importante de la historia alemana. Era la mayor organización juvenil que había existido jamás en el mundo occidental. Iniciada por un pequeño núcleo, conoció un desarrollo sin precedentes en un tiempo muy breve: a finales de 1932, en unos momentos en que 13 millones de adultos votaron por el partido nazi, el número de miembros de la Juventudes en todo Alemania apenas rebasaba los 100.000, pero en los dos años siguientes a la toma del poder su volumen aumentó treinta y cinco veces.[41]

A partir de esta fecha, la cifra siguió creciendo a un ritmo más lento. Al estallar la Segunda Guerra, prácticamente todos los jóvenes alemanes entre los diez y los dieciocho años eran miembros de las Juventudes Hitlerianas. De hecho, la organización nunca consiguió la afiliación del 100 por ciento de los jóvenes, aunque las cifras de 90 por ciento y más (proclamadas por su jefe. Baldur von Schirach, ya en 1937) eran sin duda correctas.[42] Hasta diciembre de 1936, las Juventudes Hitlerianas representaron la ficción de ser una organización voluntaria; después de esta fecha se llamaron a sí mismas Juventudes Nacionales, y la pertenencia se hizo obligatoria. (Aun así, hubieron de

pasar dos años antes de que varios decretos ejecutivos de la Ley de las Juventudes Hitlerianas cerraran definitivamente las últimas posibilidades de evasión.) [43]

De un modo comparable a la forma en que el partido nazi era parásito de ideologías conservadoras, de la *Mittelstand* y socialistas, las Juventudes Hitlerianas tomaron la suya de otros movimientos juveniles, tales como la *Jugendbewegung*, además de absorber a sus líderes. Al eliminar la *Bündische Jugend*, los boy-scouts y los grupos juveniles protestantes a los dieciocho meses de la toma del poder (los grupos católicos subsistieron hasta 1939), Schirach incorporó hábilmente a muchos de sus dirigentes a sus propios movimiento. La organización resultante, con el enorme apoyo que le ofrecía el estado y con su mística "La juventud guía a la juventud", mostró ser capaz de generar una gran carga de energía y de despertar la capacidad de sacrificio de millones de jóvenes.

La latente capacidad de la juventud para el idealismo fue hábilmente despertada mediante la insistencia en la anteposición de la colectividad al individuo. Así, aunque las Juventudes valoraban grandemente la destreza y la resistencia en el deporte, despreciaban a los atletas que sólo tenían interés en batir récords y no se mostraban dispuestos a subordinarse a un equipo. Otro terreno competitivo en el que se procuraba desplazar el interés del indivídido era el de las colectas de la Ayuda Invernal. Los resultados, según eran comunicados a las Juventudes Hitlerianas y a la Unión de Jóvenes Alemanas, nunca hacían constar la cantidad recogida por miembros individuales, sino sólo el total conseguido por el grupo en general. Del mismo modo, en las excursiones, los participantes tenían que depositar sus bocadillos o dulces en un fondo común, del cual se daba a cada uno una parte igual. El objeto de esta práctica no era que los muchachos aprendiesen a cuidar de sí mismos, sino fomentar su disposición al sacrificio, y guardaba relación con los esfuerzos hechos en la esfera más amplia de la sociedad en general para insuflar vida en la ambiciosa idea de la comunidad del pueblo.

En una etapa anterior del Tercer Reich, como hemos visto, los chicos de la escuela secundaria quemaban ceremoniosamente sus gorras multicolores como símbolo de la desaparición de las distinciones de clase.[44] Una expresión poco sorprendente del espíritu de comunidad del pueblo dentro de las Juventudes Hitlerianas era el hecho de que los chicos de las escuelas secundarias que "hablaban fino" eran hostigados por los líderes procedentes de la clase obrera.[45] Pero también esto se había dado durante el período anterior: antes de que la afiliación se hiciera obligatoria (y por tanto general) (1936), los dirigentes habían sido en gran parte aprendices y dependientes. Después de esa fecha, aproximadamente el 50 por ciento de los cuadros superiores procedía de la burguesía; del resto, la mitad eran estudiantes y licenciados.[46]

De hecho, con mucha frecuencia, dentro de las Juventudes el concepto de comunidad del pueblo no se llegaba a realizar. En ocasiones, no se realizaban excursiones proyectadas porque los padres de los muchachos más pobres no podían desprenderse del dinero que costaba el viaje; en verano, los niños de la clase media pasaban las vacaciones con su familia, en hoteles confortables, mientras los pobres acampaban bajo la lona.[47] Hasta mediados de los años treinta, en todo caso, la pertenencia prácticamente obligatoria de sus hijos a las Juventudes planteó problemas a los padres de extracción social más baja, que tenían dificultades para pagar el uniforme obligatorio y las cuotas mensuales.

Un factor adicional que actuaba en contra de la homogeneidad de las Juventudes era la tendencia de los muchachos a hacer amigos entre sus compañeros de escuela y vecinos del barrio más que con los propios miembros de su organización. No obstante, aunque las Juventudes Hitlerianas no consiguieron fundir elementos sociológicamente dispares, sí salvaron alguna diferencia de clase en la medida en que permitieron que muchachos de las clases pobres compensaran su condición mediante la habilidad deportiva o el avance en la estructura de mando.

La adhesión de los adolescentes a las Juventudes estaba motivada en parte por la necesidad de compensar su sensación de dependencia en un mundo dominado por los adultos. Toda la panoplia de uniformes, instrucción premilitar y exagerada responsabilidad estaba destinada a aumentar la seguridad en sí mismos de los muchachos. La resultante dramatización de su propia imagen formaba parte del clima del Tercer Reich, e inspiró toda una serie de chistes. La frase, continuamente reiterada, "La juventud guía a la juventud", era parodiada en la historia del policía que se encontraba con un niño que lloraba desconsoladamente en la calle porque se había perdido; al preguntarle el policía qué hacía tan lejos de casa, el niño respondía entre sollozos: "Acabo de asistir a una conferencia de dirigentes".

Cuando se hicieron públicos los planes de organización a los niños menores de diez años en las Juventudes Hitlerianas, el humor popular sugirió "A-A" como la abreviatura apropiada para las futuras unidades infantiles ("A-A" es la denominación que dan los niños alemanes a los excrementos; el chiste utilizaba su analogía con la sigla SA). En ocasiones, la realidad era más cómica que la invención. La madre de un miembro de las Juventudes, un niño de diez años, a quien había sugerido que fuese a jugar con la vecinita de al lado, recibió esta respuesta: "No puede ser. Voy de uniforme".[48]

Igualmente cómica, aunque menos espontánea, era esta definición oficial de la diferencia entre un niño y un *Pimpf* (miembro de la *Jungvolk*, la organización de niños de diez a catorce años de las Juventudes Hitlerianas): "El término 'niño' define a la criatura no uniformada que nunca ha participado

en una reunión ni en una marcha".[49] La prueba de iniciación de un *Pimpf,* después de la cual recibía su primer puñal, consistía en la repetición de memoria de una serie de sinopsis muy resumidas de dogmas nazis (*Schwertworte*) y de la totalidad de la "Canción de Horst Wassel", un ejercicio de lectura de mapa, participación en juegos seudobélicos (*Geländeübungen*) y campañas de recolección de papeles, chatarra, etcétera, así como las siguientes marcas deportivas: correr 60 metros en doce segundos, saltar 2,75 metros, tirar al blanco y participar en una marcha a campo traviesa de un día y medio de duración.[50] Después de permanecer en la *Jungvolk* hasta los catorce años, durante cuyo tiempo aprendía a interpretar los semáforos, reparar bicicletas, colocar hilos de teléfono y usar armas cortas (además de realizar ejercicios con granadas de mano sin explosivo, armas de aire comprimido y fusiles de pequeño calibre), el *Pimpf* ingresaba en las Juventudes Hitlerianas propiamente dichas.

El *Kern* o núcleo de las Juventudes Hitlerianas, los muchachos de catorce a dieciocho años, no era, desde ningún punto de vista, un grupo de élite. La mayoría de sus miembros habían abandonado la escuela y no estaban ya sujetos al dictamen de las autoridades educativas. Todos ellos eran veteranos de la *Jungvolk,* y los cuatro años de esforzada asistencia, instrucción y actividades bastante monótonas habían desgastado su entusiasmo inicial, por lo que el tono que prevalecía era rudo y recordaba el de un rancho de oficiales.[51] La moral era desde luego inferior a la de formaciones superiores, como las Juventudes motorizadas, las Juventudes marinas, el Cuerpo de Pilotos de Planeador y, en tiempo de guerra, el Servicio de Patrulla. Durante la guerra, 700.000 miembros de las Juventudes Hitlerianas fueron adiestrados en el combate con fuego real y formaron brigadas de combate auxiliares en zonas sometidas a los ataques aéreos aliados.[52]

La *BDM* (*Bund Deutscher Mädchen,* Unión de Jóvenes Alemanas) era la contrapartida femenina de las Juventudes Hitlerianas. Hasta los catorce años, formaban parte de las *Jungmädel* (niñas) y de los diecisiete a los veintiuno, como ya hemos visto, constituían una organización voluntaria especial llamada Fe y Belleza (*Glaube und Schönheit*). Los deberes de las *Jungmädel* eran la asistencia regular a las reuniones de clubs y deportivas, la participación en viajes y campamentos, recordar datos sobre el Führer y sus acólitos durante el "período de lucha", aprender de memoria la "Canción de Horst Wessel" entera, los altos días santos del calendario nazi, los nombres de los mártires de las Juventudes Hitlerianas, un mapa de Alemania, la significación y detalles del Tratado de Versalles, y datos sobre las minorías alemanas esparcidas por todo el mundo, así como historia, costumbres y épica local. Como requisitos físicos y adicionales, habían de correr 60 metros en 12 segundos, saltar 2 metros y medio, arrojar una pelota a una distancia de 20 metros, realizar

saltos acrobáticos, caminar por una cuerda tensa, marchar durante dos horas, y nadar 100 metros.[53] La Liga daba una importancia especial a las habilidades relacionadas con los viajes. Toda *Jungmädel* tenía que haber participado en fines de semana en los Albergues de Juventud, tenía que saber hacer una cama y empaquetar equipo corriente, así como haber tomado parte en faenas del albergue.

Después de los catorce años, la vinculación de las muchachas a la organización tendía a relajarse. Los intereses de las que dejaban la escuela se centraban cada vez más en su trabajo, así como en el sexo opuesto, y, como las chicas maduran más rápidamente, no encontraban gran aliciente en la compañía de los chicos de su misma edad de las organizaciones paralelas de las Juventudes. Pero Fe y Belleza consiguió un éxito bastante mayor entre las chicas de diecisiete a veintiún años, mediante un programa de cultura física, rítmica, nociones de sanidad y economía doméstica. Fe y Belleza prestaba también especial atención al conocimiento de la moda y a la estética femenina en general, aunque, como hemos visto, las posibilidades en este campo estaban un tanto circunscritas. El tipo ideal femenino propuesto por la Unión de Jóvenes Alemanas recogía conceptos de principios del siglo diecinueve sobre lo que constituía la esencia de la doncella. A las muchachas que violaban el código establecido haciéndose la permanente en lugar de llevar trenzas o la corona de trenzas tipo "Gretchen", se les afeitaba ceremoniosamente la cabeza como castigo. El aire prerrafaelista se acentuaba con las bulsas blancas, los chales oscuros, las faldas que llegaban prácticamente hasta el tobillo y los zapatos pesados. (De vez en cuando, sin embargo, la moda imponía sus derechos: en 1936, la súbita difusión del moño a la Olimpia segó miles de trenzas, y poco antes de la guerra comenzaron a ponerse de moda las botas hasta la pantorrilla.) [54]

La imagen que tenía la opinión pública de las Juventudes Hitlerianas y de la Unión de Jóvenes no fue siempre la misma. En un principio, había la generalizada impresión de que la falta de vigilancia y de actividades con sentido daban como resultado la pérdida de disciplina de los jóvenes. En 1933, las unidades de las Juventudes Hitlerianas parecían bandas armadas enzarzadas en una furiosa guerra intestina con sus armas de aire comprimido, y los padres veían, consternados, cómo sus hijos volvían a casa cojeando, con miembros dislocados y otras señales de la batalla. Muchas veladas de las Juventudes Hitlerianas degeneraban en peleas de todos contra todos o en formas completamente absurdas de matar el tiempo.[55] La preocupación oficial por la forma física llevaba a los muchachos a someterse a atrevidas pruebas de resistencia y a abusar de su capacidad física, hecho que acabó por obligar a los dirigentes a tomar enérgicas contramedidas.[56]

Asimismo, se reforzó la disciplina, se inició, en 1934, una "campaña es-

colar" para corregir las flagrantes deficiencias educativas * y, a principios de la guerra, se lanzó una campaña especial de buenos modales (durante la cual se exhortaba a los muchachos a realizar buenas obras al estilo de los boy-scouts).

Todas estas medidas contribuyeron a transformar la imagen de las Juventudes Hitlerianas, haciéndola bastante positiva. Se consideraba generalmente que, al fin y al cabo, los chicos que formaban parte de ellas estaban sujetos a una disciplina, se curtían ante las dificultades y se veían obligados a efectuar tareas útiles. Aun así, no puede decirse que las Juventudes Hitlerianas gozasen de una estima comparabzle a la de la Wehrmacht, la tradicional "escuela de la nación".

La imagen de la Unión de Jóvenes Alemanas era objeto de un tira y afloja entre opinión publicada y opinión pública. Una típica fotografía aparecida en la prensa de la organización [57] presentaba a un grupo de muchachas rubias cogidas de la mano, formando un círculo, en una pradera, entonando una antigua bendición ante la comida que estaban a punto de compartir. La foto siguiente mostraba al mismo grupo descansando entre flores en posiciones de idílico reposo mientras una de ellas tocaba la flauta. Sin embargo, parte del público tendía a ver la Unión de un modo diferente, dando a sus mismas iniciales significados obscenos (ver p. 354).

Es difícil establecer hasta qué punto la opinión popular estaba en lo cierto al atribuir a la Unión de Jóvenes un ambiente general de relajación sexual. Como es lógico el grado de vigilancia paterna disminuía durante los largos períodos que las muchachas pasaban en campamentos o en albergues. En 1936, cuando unos 100.000 miembros de las Juventudes Hitlerianas y de la Unión de Jóvenes asistieron a la Reunión de Nuremberg, 900 chicas entre los quince y dieciocho años volvieron a sus casas embarazadas.[58] (Un comentario irónico sobre la gigantesca estructura de la organización fue el hecho de que las subsiguientes investigaciones por parte de las autoridades sólo consiguieron establecer la paternidad en 400 de esos casos.) La reputación de la Unión tenía que verse forzosamente afectada por tales hechos, y de vez en cuando se forzaba la disciplina hasta el punto de obligar a una rígida separación de los sexos. Pero el *apartheid* sexual motivaba un alejamiento entre chicos y chicas, dando así lugar al fracaso del objetivo inicialmente establecido: la influencia socializante del contacto frecuente entre los dos sexos. En algunas ocasiones, los dirigentes de la juventud tomaron medidas correctas en este sentido. Así, en 1938, las Juventudes Hitlerianas del distrito de Ulm se congratulaban de la organización de veladas sociales mixtas con baile que,

* En el capítulo acerca de la educación, en la p. 310, trataremos más ampliamente de este punto.

según una declaración de la prensa, "tenían un efecto más beneficioso sobre las relaciones entre chicos y chicas que todas las exhortaciones y conferencias".[59]

Pero fue precisamente por medio de la exhortación —especialmente en tiempo de guerra— cómo las muchachas de la Unión fueron convencidas para utilizar los servicios ofrecidos por *Lebensborn* con el fin de "donar un hijo al Führer". Completamente aparte de esta forma de inmoralidad apoyada oficialmente (aunque de forma clandestina), los delitos sexuales constituían el punto más grave del problema de la delincuencia juvenil, que se agravó incesantemente durante el Tercer Reich.

Los delitos juzgados por los tribunales después de la toma del poder aumentaron en un 300 por ciento en el espacio de tres años (de 779 en 1934 a 2.374 en 1937),[60] alcanzando un nivel siete veces mayor que el de 1934 en 1942. El periódico mensual de la Unión de Mujeres aludía a una de las inevitables razones de este aumento en 1938:

"Hay que considerar seriamente si el carácter de nuestra juventud no se ve profundamente afectado por la pornografía y los reportajes ilustrados de crímenes sexuales que aparecen en cada esquina. Los jóvenes les prestan atención, y se oyen los comentarios más obscenos y las preguntas más perversas." [61]

Aunque se aludía a la exposición del *Der Stürmer* en los quioscos, por razones evidentes el periódico tenía que desmentir su grandioso título —*Die Deutsche Kämpferin* (La Combatiente Alemana)— y renunciar a expresarse claramente.

Una forma comparable de eufemismo utilizaba el SD al informar sobre el comportamiento en tiempo de guerra de las chicas de la Unión:

"La deterioración moral entre las muchachas jóvenes es especialmente evidente en las zonas donde hay estacionadas unidades de la Wehrmacht o del Servicio de Trabajo del Reich. El asedio sexual indecoroso por parte de muchachas que, en muchos casos, están todavía en edad escolar, indica la admiración que sienten por el estamento militar." [62]

Por lo que se refiere a las Juventudes Hitlerianas, el problema sexual no resultaba excesivamente importante, por la simple razón de que sus actividades estaban tan orientadas hacia la liberación de la libido en un sentido competitivo y agresivo que los impulsos eróticos tendían a ser sublimados.

Junto con la agresividad, las Juventudes Hitlerianas cultivaban una forma románticamente macabra de ambientación, como puede verse en esta descripción de algunos locales de la *Jungvolk*:[63]

"Una inscripción en grandes letras en la pared dice: 'Sed luchadores'. El jefe coge una guitarra y el grupo canta canciones de desafío (*Trotzlieder*). De las obras del poeta Herman Löns, un muchacho lee un capítulo que trata sobre el baño de sangre del río Auer. Otro joven distribuye unos textos ciclos-

tilados —una pieza para recitado coral que ha compuesto el mismo grupo—. Los objetos principales de la sala son una estantería con obras de literatura recomendada, con señales en los pasajes relacionados con el tema semanal impuesto por el dirigente nacional de las Juventudes, y el receptor de la Radio del Pueblo (*Volksempfänger*), por el cual se escuchan colectivamente retransmisiones de discursos importantes y ceremonias del partido. Una cortina negra separa el santuario del resto del local. En esta zona sagrada, las paredes están cubiertas de cortinajes negros y el *Siegrune* (el rayo rúnico que era el emblema de las Juventudes Hitlerianas) destaca en blanco sobre una superficie desnuda. Hay banderas colgadas de cadenas, una guirnalda, un casco de acero, una fotografía de un miembro de las Juventudes muerto en acción, velas goteantes y el texto de la 'Canción de Horst Wessel' en un gran cartel con un slogan votivo en lo alto."

Aunque un cubil de la *Jungwolk* de este tipo se aproximaba mucho al ambiente ideal de la juventud nazi, todavía le faltaba el clima total que podía crearse en un campamento. Los campamentos de las Juventudes se caracterizaban * por la extrema atención que se concedía a las formas y procedimientos militares, que iba desde la disposición perfectamente lineal de las tiendas a la preocupación por los deberes del centinela, dianas, contraseñas, etcétera, que a veces podían tener consecuencias fatales. En Grimma (Sajonia), un centinela disparó contra un *Pimpf* de diez años que no se había acordado del santo y seña.[64] Preguntado por la policía, el asesino de catorce años declaró que se había sentido obligado a usar su pistola al encontrarse ante un espía infiltrado en el campamento.

Las Juventudes Hitlerianas familiarizaron a los niños con las armas mortíferas en una escala sin precedentes en la historia. Casi un millón de miembros de las Juventudes participaron en competiciones de tiro en 1938,[65] y a principios de la guerra, en los hogares infantiles, se instruía a niños de diez años en el uso de granadas de mano sin explosivo.[66] El ideal era que el *Pimpf* experimentase toda la génesis de las armas modernas, desde las cerbatanas y las porras, pasando por los sables y picas, hasta los fusiles de pequeño calibre, observando desde las más sencillas a las más complejas con el paso del tiempo.[67] Esta forma de condicionamiento alcanzó su punto culminante cuando —según las palabras del manual oficial—, "durante las maniobras mi-

* Otras dos características eran el espartanismo y el clima autoritario. Un reportero del *Liverpool Echo* describió en 1936 una cena de los oficiales de un campamento de las Juventudes. El menú se componía de sopa y pan. El periodista comentaba: "La atmósfera de autoritarismo se manifestaba en hechos tales como el de obligar a los muchachos a dejar abiertas las cartas destinadas a sus padres y echarlas en un buzón en la tienda de los oficiales, a fin de que éstos las inspeccionasen y censurasen". Cf. *Liverpool Echo,* 5 de septiembre de 1936.

litares, los jóvenes miran con ojos anhelantes las ametralladoras haciendo fuego".[68]

En las etapas finales de la guerra, esta frase adquirió una realidad insospechada, junto con sentencias de los filósofos de las Juventudes, tales como: "Del acceso a la verdad final nos separa sólo una pequeña puerta sobre la cual está grabada la vieja máxima de los samurais: Por la puerta de la muerte cruzamos la puerta de la verdadera vida"; "El que no arriesga la vida para ganarla constantemente de nuevo está ya muerto, aunque todavía respire, coma y beba. La muerte no es más que una partida hacia una vida más elevada."[69]

Sin embargo, el resumen más condensado de la ética de las Juventudes lo constituía una frase que decía simplemente: "Hemos nacido para morir por Alemania".[70] Aun así, la muerte no estaba demasiado presente en la imaginación de los jóvenes alemanes, porque, aunque la preparación para la muerte fuese el objetivo final del entrenamiento al que estaban sometidos, se les superponían constantemente actividades afirmadoras de la vida, tales como el deporte y la música, las colectas caritativas y las recogidas de materiales de desperdicio, la ayuda en las cosechas o la recolección de bayas, setas y fruta silvestre. Otro aspecto importante de todas las actividades de las Juventudes era su asombroso volumen. Para dar un ejemplo puramente administrativo los folletos quincenales "noches de club", publicados por la dirección central, que proporcionaban orientaciones y material para las reuniones de grupo, aumentaron su tirada de los 100.000 ejemplares en 1934 a 620.000 en 1939.[71] *

Era esta estructura gigantesca la que alineaba cada vez más a los jóvenes, mientras el entusiasmo y contacto personal que habían caracterizado a las primitivas Juventudes Hitlerianas se convertían en la rutina despersonalizada de un aparato enorme. No se puede decir que aquellos adolescentes alineados formasen una entidad política, sino que vivían en un estado de rebelión apolítica contra las actividades obligatorias, tales como instrucción militar, la educación física, los deportes y el adoctrinamiento político. Formaban pandillas para dedicarse a actividades tan habitualmente propias de la juventud como bailar, escuchar discos y frecuentar cafés. En tiempo de guerra, en Hamburgo, el clandestino "club de swing", que contaba con unos 400 miembros, fue desarticulado por la policía, que arrestó a más de sesenta de ellos, pertenecientes en su mayoría a la clase media. Se les acusó de un triple delito: formar una pandilla, dedicarse al baile (que era prohibido siempre que

* En este año, el cuerpo directivo de las Juventudes constaba de 8.000 funcionarios a jornada completa y 765.000 funcionarios a tiempo parcial y cuadros de base. (Los dirigentes a jornada completa empezaban ganando un salario que al principio era muy austero: 80 marcos al mes.) (Cf. Werner Klose, op. cit., pp. 79 y 187.)

estaba en marcha una campaña militar) e identificarse con el enemigo fumando en pipa y usando largas boquillas, vistiendo chaquetas a cuadros con cortes y escuchando decadente música swing.[72] Otros iban a excursiones vistiendo ropas heterogéneas que los airados líderes de las Juventudes calificaban de "ropa civil de ladrón" (*Räuberzivil*). Formaban pandillas con nombres románticos, evocadores de la Edad Media o del Salvaje Oeste, y escogieron como emblema el edelweiss (probablemente por su asociación con la idea de pureza y alejamiento).* Aunque carecían de una ideología política positiva, algunos de sus miembros se arriesgaban a sentencias de encarcelamiento pintando dicha flor en las paredes.

Por último había pandillas de delincuentes, cuya conducta, aunque claramente criminal, poseía cierto sabor a oposición. Los *Stäuber* de Danzig, por ejemplo, que Günter Grass describe en *El tambor de hojalata,* atacaban a soldados de permiso y les robaban sus armas cortas, cartilla de paga y medallas, sustraían latas de gasolina de los depósitos de material antiaéreo y asaltaban a las dirigentes de la Unión de Jóvenes aprovechando la oscuridad causada por los bombardeos. Por cierto, una de las consecuencias secundarias de la extensión de la delincuencia fue la modificación oficial del concepto de juventud. Según un decreto del 4 de octubre de 1939,[73] los jóvenes criminales de dieciséis años en adelante pasaban, de la jurisdicción de tribunales de menores, al pleno rigor de los tribunales ordinarios, en los casos en que "su desarrollo mental y moral los sitúe al nivel de los adultos".

Aunque aprobada con fines puramente disuasivos, esta ley era un ejemplo de la distorsión de todo el ciclo vital de la juventud bajo el régimen nazi.** Para las chicas, esto significaba casarse antes y una iniciación más temprana al sexo en general; para los muchachos, la movilización y el contacto con la muerte cada vez más precoces. Sin embargo, aunque de todos los alemanes los jóvenes fueron los más profundamente influidos y afectados por el nazismo, no mostraron, a la larga, haber quedado marcados por esta experiencia. Tanta es la capacidad de recuperación de la juventud que el espectro del fanático movimiento *Werwolf*, conjurado por los líderes de las Juventudes Hitlerianas después de la derrota, siguió siendo un mito, y, cuando los aliados

* Como signo de oposición, el edelweiss fue mucho más conocido durante el Tercer Reich que la rosa blanca de Hans y Sophie Scholl, a pesar de que la rosa representaba un programa de resistencia mucho más definido. Por cierto que los Scholl habían estado muy influidos por el Movimiento de la Juventud anterior a 1933, al igual que otras figuras de la resistencia tan destacadas como Stauffenberg, Trott zu Solz, Haubach y Reichwein (cf. H. G. Adlow, *Die Erfahrung der Ohnmacht,* Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1964, p. 128).

** En 1937, unos delegados del Ministerio Británico de Educación observaron que "los jóvenes alemanes son sometidos a una fuerte tensión nerviosa; quedamos impresionados ante la dureza y la seriedad de la expresión de los jóvenes, en las escuelas y en las Juventudes Hitlerianas" (cf. *The Times,* 2 de julio de 1937).

iniciaron sus planes de educación (en ocasiones poco hábiles), después de la guerra, se encontraron con que la generación de las Juventudes Hitlerianas no difería de manera clara de cualquier otro subgrupo de la sociedad alemana en lo que respecta a la firmeza de su adhesión a la depuesta deidad nacionalsocialista.

19

# LA EDUCACIÓN

La influencia del sistema educativo de Alemania en sus triunfos nacionales invita a la comparación con la de los campos de juego de Eton en la batalla de Waterloo. Fue en las aulas escolares donde se colocaron los cimientos de las victorias de Bismarck sobre daneses, austriacos y franceses en el extranjero y sobre los parlamentarios alemanes en el país. Podía decirse de los maestros que habían *travaillé pour le roi de Prusse,* tanto en el sentido metafórico como en el puramente literal de la frase: ganaban salarios bajos e inculcaban una ética de patriotismo pruso-alemán.

En general, los maestros persistieron en esta actitud incluso cuando el Imperio se hubo reunido con el Reino de Prusia, en el limbo de la historia. Aunque después de 1918 algunos profesores (principalmente maestros de escuela) apoyaron a los socialdemócratas o a los partidarios del centro, las escuelas en general actuaron, bajo la República de Weimar, como incubadoras de nacionalismo. La elección del *Volk ohne Raum* (*Pueblo sin espacio*), de Hans Grimm, como texto corriente de primer curso de secundaria reflejaba un consenso prácticamente a nivel nacional entre los profesores de lengua y literatura alemanas, mientras los escolares inyectaban nuevo contenido y emoción al juego de indios y vaqueros llamándolo de "arios y judíos". En 1931, los periódicos judíos publicaban listas de escuelas donde los niños estaban menos expuestos al antisemitismo a fin de que los padres pudieran trasladarlos a ellas.

Dada esta atmósfera general en el terreno de la educación, los dirigentes nazis vieron poca necesidad de innovaciones radicales después de la toma del poder; la aparente continuidad tenía la doble ventaja de conservar la organización existente y dar confianza a la opinión conservadora. Hubo, pues, pocas modificaciones visibles en la rutina de la educación. Se despidió a pocos pro-

fesores (y entre los que fueron despedidos, algunos de los no judíos fueron reintegrados a sus puestos durante la subsiguiente escasez) y una notable proporción de los libros de texto existentes siguieron utilizándose por el momento. Una drástica nueva medida, que, no obstante, sólo afectó a los estratos superiores de la población escolar, fue la ley contra la excesiva concurrencia a escuelas y universidades, que en enero de 1934 congeló al 10 por ciento de la proporción femenina dentro de la disminuida población universitaria.[1] A nivel académico, la contracción resultante fue bastante grave. Al estallar la guerra, la matriculación universitaria global había descendido en casi tres quintas partes,* y el número de alumnos de escuelas secundarias había sido reducido en casi una quinta parte.

Dentro de la enseñanza secundaria, la proporción femenina fue reducida del 35 al 30 por ciento.** En 1934, sólo a 1.500 de las 10.000 jóvenes que habían obtenido el título de *Abitur* (bachillerato) se les permitió ingresar en la universidad. Hasta el comienzo de la guerra, el número de muchachas que pasaban el examen final de la escuela permaneció bastante por debajo del promedio anterior a 1933.[2] Cuando se crearon los internados para la preparación de una élite nazi (las *Nationalpolitische Erziehungsantalten* o Centros de Educación Nacional y Política, abreviado "Napolas"), se dio tan poca importancia a la creación de plazas femeninas que sólo dos de las treinta y nueve Napolas fundadas antes del inicio de la guerra las tenían en cuenta.[3]

Las chicas que pasaban a la enseñanza superior eran orientadas hacia las ciencias domésticas o los idiomas.*** Las ciencias domésticas llevaban a un examen llamado burlonamente "examen del pastelillo", que representaba un callejón sin salida académico. La inadecuación de estas disposiciones ocasionó amplio descontento. En 1941, las chicas que habían aprobado el "examen del pastelillo" fueron por fin consideradas aptas para estudios universitarios, del mismo modo que sus compañeras que habían pasado por cursos de idiomas.[4] Tan grande era la competencia por las limitadas plazas universitarias que, en ocasiones, alumnas de sexto curso de bachillerato llegaron a denunciar a compañeras de clase a la Gestapo.

La denuncia constituía también un riesgo profesional constante para los profesores, ya que las notas bajas o los comentarios adversos sobre ensayos copiados palabra por palabra de artículos aparecidos en la prensa nazi podían

* El 57 por ciento entre 1933 y 1939 (cf. David Schoenbaum, *Germany's Social Revolution*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 274).

** En 1931 había habido en las escuelas secundarias 494.950 muchachos y 255.234 muchachas. En 1940, había 441.390 muchachos y 187.809 muchachas (cf. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1949*, pp. 619-621).

*** Las jóvenes que estudiaban idiomas estaban obligadas a aprobar exámenes de economía doméstica (cf. Rolf Eilers, *Die Natinalsozialistische Schulpolitik*, Westdeutscher Verlag, Colonia/Opladen, 1963, p. 20).

ser tomados como señal de oposición política. Sin embargo, la profesión de la enseñanza representaba uno de los sectores de la población en que más podían confiar políticamente las autoridades. El noventa y siete por ciento de los profesores estaba enrolado en la Unión Nacionalsocialista de Profesores (*Natianolsozialistische Lehrerbund* o NSLB), y ya en 1936 (o sea antes de que se levantara la limitación de ingresos en el partido después de la toma del poder) el 32 por ciento de todos los miembros de la NSLB pertenecía al partido nazi; esta proporción de pertenencia al partido era casi dos veces más alta que la de la Asociación de Funcionarios.[5]

El catorce por ciento de los profesores, frente al seis por ciento de los funcionarios, pertenecía al cuerpo de dirección política del partido. Este notable compromiso con el régimen se evidenciaba en los niveles más altos de la jerarquía del partido con los setenta y ocho jefes de Distrito y los siete Gauleiter (y viegauleiter) procedentes de la enseñanza. También se reflejaba en el tono moralizante, de director de escuela, que —como ya hemos visto— aparecía en tantas declaraciones nazis. La imagen del partido se beneficiaba también de la presencia de muchos profesores en la base de su organización, donde hacían el papel de "personas respetables" (*Respektpeersonen*), neutralizando a los elementos de peor fama de las organizaciones locales. (La buena disposición con que los profesores —muchos de ellos, por cierto, antiguos socialdemócratas— aceptaban puestos en el partido inspiró el siguiente chiste: "¿Cuál es la unidad de tiempo medible más corta? El tiempo que tarda un profesor de escuela en cambiar de chaqueta".)

Aun así, no todos los profesores eran absolutamente conformistas, y el régimen se abstenía de ejercer una vigilancia abierta sobre las clases, puesto que incluso las opiniones de los no nazis en la enseñanza estaban a menudo suficientemente de acuerdo con el dogma oficial como para hacer innecesaria tal medida. Por ejemplo, un profesor de historia monárquico, incapaz de extenderse sobre las glorias de los "días de lucha", nunca fue obligado a glosar el putsch de Munich o Horst Wessel; bastaba que en sus lecciones aparecieran recuedos personales de la Primera Guerra Mundial y la eliminación del Soviet de Baviera en 1919, así como diatribas contra Weimar.[6]

Además, aunque no hubiese vigilancia de las lecciones en las aulas, el adoctrinamiento era prácticamente ineludible. En 1938, dos terceras partes de todos los enseñantes del país habían estado en campamentos asistiendo a cursos obligatorios de adiestramiento, de un mes de duración, donde tanto el desacostumbrado medio ambiente como la instrucción militar y las conferencias tendían a despersonalizar a los participantes.[7] El estilo de vida en estos campamentos era obligadamente juvenil, con el objeto de que los participantes se sintieran más cerca de sus jóvenes alumnos a su vuelta a la escuela.[8] A los esfuerzos mentales en este sentido se añadían los esfuerzos físicos: todos

los enseñantes menores de cincuenta años eran obligados a seguir cursos de educación física.[9]

Por analogía, el deporte adquirió también una importancia sin precedentes en los programas escolares. El habitual de sesiones de educación física por semana fue aumentado de dos a tres en 1936 y —a costa de las clases de religión— a cinco en 1938. Como asignatura, la educación física aumentó en importancia, cuantitativa y cualitativamente: carreras a campo traviesa, fútbol y boxeo (que se hizo obligatorio en las escuelas superiores)[10] fueron incorporados a ella, convirtiéndose en materia de examen para el ingreso en la escuela secundaria así como para la obtención del certificado final de la escuela. Las clasificaciones bajas en educación física podían constituir, a la larga, motivo de expulsión de la escuela y de prohibición de seguir estudiando.[11] Los profesores de deportes avanzaron desde la periferia del cuerpo de profesores hasta casi el mismo centro; eran sus informes lo que tenía al corriente a los padres del desarrollo del carácter de su hijo, y se llegó a proponer seriamente que el instructor de educación física de cada escuela fuese nombrado automáticamente subdirector.[12]

Otras asignaturas que aumentaron de categoría eran la historia, la biología y el alemán (cuyos especialistas estaban bien predispuestos desde hacía tiempo a la teutomanía). El enfoque nazi de la enseñanza del alemán incluía un gran interés por las sagas nórdicas y la germanización de palabras procedentes de idiomas extranjeros; las redacciones requerían la repetición de temas de propaganda, un ejemplo de lo cual es el tema de la redacción de un examen de final de escuela: "El valor educativo del Servicio de Trabajo del Reich".[13]

Otra innovación en este sentido era la preparación de nuevo material de lectura para grupos de diversas edades. A los más jóvenes, entre nueve y doce años (el grupo "Robinsón Crusoe"), no había que mimarlos ya con cuentos de hadas, historias de animales y demás, sino que había que enseñarles la épica de la Guerra Mundial y de las Juventudes Hitlerianas. "La monstruosidad avanza, apestoso el aliento, rugiente, ávida, posesa. Impúdicos y nada marciales, tímidos y cobardes, despreocupados y arrogantes, los amotinados ascienden. Escupen a los oficiales, que permanecen allí con caras férreas."[14] Esto decía un párrafo de un libro llamado *El motín de las flotas de 1918*. destinado a los niños de diez a doce años. Un libro titulado *La batalla de Tannenberg*, destinado a niños de catorce años. incluye esta perla: "Un soldado ruso intentó impedir el paso al infiltrado, pero la bayoneta de Otto se hundió, con un crujido, entre las costillas del ruso y éste se desplomó gimiendo. Allí estaba ante él, simple y luminoso, el objeto de sus sueños, la Cruz de Hierro".[15]

Como para compensar la pérdida de importancia de la formación religio-

sa en los programas, la historia ofrecía una variante del catecismo: un curso especial sobre el *Kampfzeit* (período de lucha) del partido nazi.

La importancia de la biología derivaba del énfasis especial que ponía el régimen en los fenómenos de raza y herencia. Se enseñaba a los alumnos a medirse el cráneo y a clasificarse unos a otros según los tipos raciales. Un aspecto incongruente de la enseñanza nazi de la biología era el tabú sobre la educación sexual que acompañaba al fetichismo de que se habían hecho objeto las leyes de Mendel. De hecho, se decretó que la educación sexual no era incumbencia ni de la escuela ni de las Juventudes Hitlerianas. Las autoridades de la enseñanza se limitaban a influir en los padres en el sentido adecuado * y, de modo similar, las Juventudes Hitlerianas definían el hogar paterno como centro de gravedad de la educación moral".** Pero, como para reparar esta omisión, los chicos y chicas de catorce años que dejaban la escuela recibían un *vade mecum* eugenésico de diez puntos que les exhortaba a casarse sólo por amor y les ofrecía este consejo sobre la elección de esposa: "La salud es una condición previa a la belleza externa; no escojas a una compañera de juegos sino a una camarada para el matrimonio; desea tantos hijos como sea posible".[16]

Mientras la enseñanza de las matemáticas siguió aproximadamente como antes, los ideólogos nazis aprovecharon hábilmente la oportunidad de aplicar un condicionamiento subliminar que ofrecía el redactado de los problemas, que trataban de trayectorias de artillería, proporciones entre cazas y bombarderos y déficits de presupuesto debidos a la indulgencia democrática hacia las familias hereditariamente enfermas.

La disminución de la enseñanza religiosa tuvo lugar después de una aparente solicitud inicial del régimen por la religión. En 1933 se disolvieron las *Sammelschulen* (escuelas elementales sin enseñanza religiosa en su programa) y se obligó a los padres a inscribir a sus hijos en cursos de religión.[17] Pero, en 1935, la formación religiosa dejó de ser una asignatura del examen final de la escuela y se hizo optativa la asistencia a las oraciones.[18] Dos años más tarde se prohibió a los sacerdotes dar clases de religión en las escuelas y, poco después, se modificaron los horarios de tal modo que las clases de religión tenían lugar bien al principio o al final de las sesiones matinales —con

* Rust, ministro de Educación, declaró el 19 de agosto de 1938, en el *Frankfurter Zeitung*: "La tarea de la escuela consiste en influir en los padres en reuniones y conferencias, pero si los padres no actúan correctamente, habrá de intervenir el maestro o el médico de la escuela".

** El *Frankfurter Zeitung* del 20 de noviembre de 1938 cita una declaración del juez Tetzlaff, de las Juventudes: "El centro de gravedad de la educación moral es el hogar familiar. Las Juventudes Hitlerianas evitan aplicar ningún programa general de esclarecimiento, pero sus líderes son advertidos, en cursos especiales, de las terribles consecuencias de la homosexualidad".

lo que se inducía de manera evidente a faltar a ellas—. Al mismo tiempo, la opción a prescindir de esta asignatura se colocaba en parte dentro de las prerrogativas del propio alumno.* Las clases de religión se redujeron a una a la semana para los mayores de doce años, y durante la guerra fueron completamente suprimidas para los de más de catorce. Ya antes de esto, la mención de la asignatura había desaparecido de los informes escolares; las asambleas matinales semanales fueron vaciadas de toda significación religiosa y se convirtieron de forma evidente en ceremonias del partido. A mediados de los años treinta tuvo lugar un importante cambio en cuanto a la formación religiosa en la mayoritariamente católica Baviera, donde el partido, mediante propaganda ** apoyada por la intimidación, consiguió apartar a los padres de su adhesión a las escuelas de la iglesia. En el plazo de dos años, de las noventa y tres escuelas elementales de Munich, setenta y seis fueron convertidas en escuelas municipales, sin carácter religioso específico.[19]

Mientras disminuía la influencia clerical, los intelectuales en general —incluidos los maestros— se veían afectados de manera similar. La pérdida gradual de estima pública de la profesión después de 1933 estaba en relación con el antiintelectualismo provocado por la transformación nazi de todos los valores tradicionales. Profesores y sacerdotes solían ser los únicos miembros de las comunidades pueblerinas con una educación superior al nivel elemental o de escuela de comercio —es decir, los únicos acostumbrados al pensamiento conceptual—. El igualitarismo nazi —"pensamos con la sangre"— produjo una pseudorrevolución en amplios sectores de la sociedad rural, alentando el amor propio de los habitantes de los pueblos, mientras reducía al mismo tiempo el de los profesores.[20]

De manera análoga, el Tercer Reich alentaba el amor propio de los alumnos con respecto al de sus profesores (o al de sus padres); era un axioma que la generación joven había de tener razón forzosamente, puesto que de ella era el futuro.[21] Baldur von Schirach comparó a la juventud, brillantemente inspirada y en marcha hacia el nuevo amanecer, con los maestros de escuela, pedantes y estúpidos. Aun así, más de 11.000 de estos últimos actuaban durante parte de su tiempo como funcionarios de las Juventudes Hitlerianas, aunque puede decirse que la mayoría de profesores tendían a mirar a dicha organización con cierta reserva. Aquellos 11.000 maestros prestaban servicio principalmente en el campo, donde era más fácil ejercer presión; o bien se

* Esta medida fue acompañada de una campaña dentro de las Juventudes para persuadir a sus miembros de que rechazasen el estudio de la religión, mientras que la Asociación de Maestros Nazis exhortaba a sus miembros a hacer lo mismo (cf. Rolf Eilers, op. cit., p. 25).

** Parte del material de propaganda contra las escuelas católicas era extraído de los espectaculares juicios celebrados contra miembros de las órdenes monásticas por acusaciones tales como homosexualidad o desfalco.

mostraban reacios a dejar que las Juventudes Hitlerianas se hicieran cargo completamente de las actividades de sus alumnos durante el tiempo libre. Entre las tareas adicionales exigidas a los profesores en las zonas rurales * estaban la de bibliotecarios —en relación con el proyecto del Ministerio de Educación de crear una red de Bibliotecas del Pueblo con personal voluntario—** y el trabajo de oficina para la administración local (durante la guerra, la movilización de los maestros privó a muchas comunidades rurales de sus funcionarios de ayuntamiento).[22]

No era simplemente que los profesores estuvieran sobrecargados por obligaciones ajenas al programa escolar y por el aumento en la proporción alumnos/profesores (el promedio de alumnos en las escuelas elementales aumentó de treinta y nueve a cuarenta y cinco por clase entre 1931 y 1939)[23] sino que la misma razón de ser de la enseñanza se veía insidiosamente puesta en cuestión por la existencia de las Juventudes Hitlerianas. El programa de éstas tenía, para la psique infantil, un atractivo mucho más inmediato que el proceso de la enseñanza, con su insistencia en una maduración gradual y metódica. Los alumnos estaban físicamente agotados debido a su participación en actividades de las Juventudes Hitlerianas, se mostraban inquietos y no podían adaptarse de nuevo a la rutina del trabajo escolar después de la excitación de una marcha, una competición o una campaña de recolectas.

En la relación alumno/profesor incidía también el conflicto entre dos formas de jerarquía (que seguirían coexistiendo incómodamente a lo largo de todo el Tercer Reich): una de ellas estaba basada en la posición académica, y la otra en la intensidad del compromiso político. Los profesores debían extremar el tacto en su tratamiento con los jefes de las Juventudes Hitlerianas, por temor a que dañasen su posición a los ojos de los demás alumnos (a los jefes de las Juventudes Hitlerianas les costaba enormemente subordinarse a la autoridad de la escuela mientras ellos mismos la ejercían fuera de ella). En Pomerania y otras regiones, profesores nombrados especialmente tuvieron que efectuar cursos intensivos a fin de que los jefes de las Juventudes Hitlerianas que iban retrasados pudieran ponerse a la altura de sus compañeros de clase.[24]

Decretando que se omitiese toda referencia a la actividad política en los informes escolares, Schirach impidió a los profesores explicar —así como remediar— las razones de una frecuente actuación insatisfactoria. Un profe-

* En las parroquias demasiado pequeñas para ser atendidas por un sacerdote, los maestros hacían a menudo las funciones de predicadores y pronunciaban el sermón un domingo de cada dos (cf. Milton Mayer, *They Thought They Were Free,* Chicago University Press, 1955, p. 107).

** Según este plan, toda población de más de 500 habitantes debía tener su biblioteca. Los bibliotecarios titulados a jornada completa sólo podían atender las bibliotecas de las ciudades de más de 20.000 habitantes (cf. *Frankfurter Zeitung,* 30 de octubre de 1937).

sor de confianza de las Juventudes Hitlerianas fue nombrado en todas las salas de profesores para defender la causa de miembros de las Juventudes Hitlerianas cuyas notas escolares fueran insatisfactorias, así como para impedir que fuesen relegados a clases inferiores.[25] Se dio instrucciones a las autoridades escolares para que concediesen permiso a los alumnos para asistir a cursos de las Juventudes.[26]

El efecto acumulativo de las influencias exteriores sobre la educación —en una escuela de Westfalia de 870 alumnos, se perdieron 27 días de escuela debido a perturbaciones evitables, en el curso 1937-1938—[27] hizo que las autoridades iniciasen una serie de contramedidas, no demasiado efectivas. Para eliminar el desequilibrio entre *mens sana y corpus sanum*, las Juventudes Hitlerianas declararon 1934 su "Año de la Enseñanza" e intentaro apartar gradualmente a sus miembros de su habitual y autodestructivo antiintelectualismo, redefiniendo al intelectual como "hombre apasionado por la investigación y el pensamiento".[28] De un modo bastante más útil, el decreto ejecutivo de la Ley de las Juventudes Hitlerianas, promulgado la primavera de 1939, daba poderes a las escuelas secundarias para solicitar la exención de un alumno de obligaciones para con las Juventudes si su trabajo escolar hacía imposible el cumplimiento de tareas adicionales.[29] A pesar de estos paliativos, las lagunas en el saber de los alumnos se ampliaron aún más y las racionalizaciones oficiales apenas hicieron otra cosa que abordar el problema superficialmente. En uno de estos formularios informes, se decía:

"Se ha ampliado en gran medida el número de examinados, de modo que se presenta a examen una mayor proporción de candidatos poco dotados. Al mismo tiempo, el tipo de preguntas hechas revela que el concepto del saber general se ha vuelto muy problemático, puesto que no guarda ninguna relación con la vida concreta de la gente hoy en día. Se ha reducido la cantidad de conocimientos aprendidos intensivamente, pero no la totalidad de su asimilación. Los métodos de educación son más naturales, hay más camaradería en la relación entre profesores y alumnos y, al examinar la situación de un alumno, se tiene en cuenta no sólo su nivel en determinadas asignaturas sino también su madurez general." [30]

Así, mientras la Asociación de Profesores daba mucha importancia a los progresos en el sentido de comunidad del pueblo, la Wehrmacht se quejaba del bajo nivel de los reclutas. "Nuestra juventud ha adquirido principios perfectamente correctos en la esfera física de la educación, pero con frecuencia se niega a extender esto a la esfera mental." Dicho lo cual, el ejército declaraba con militar crudeza: "Muchos de los candidatos a oficiales muestran una falta de conocimientos elementales sencillamente inconcebible".[31]

En 1940, el SD informó de un descenso general en el nivel de los alumnos, especialmente en las escuelas elementales y profesionales. Aunque ello

se debía en parte a la guerra, el SD hablaba de una clara tendencia descendente desde hacía dos o tres años.[32] Durante la guerra se hizo habitual que la universidad enviara a alumnos recién ingresados a clases de repaso de bachillerato; los profesores universitarios fueron más lejos que el informe del SD sobre el claro empeoramiento de los niveles educativos, al declarar que los hombres en permiso de estudio después de años en el frente mostraban menos lagunas en sus conocimientos que los alumnos recién salidos de escuelas secundarias.

También las escuelas profesionales y técnicas se quejaban de que no podían cubrir el programa prescrito debido a la necesidad de compensar deficiencias que provenían de la escuela elemental. Un periódico de Hamburgo se preguntaba quejumbrosamente: "¿Se está volviendo más tonta nuestra juventud?". Declaraba que, en un examen local de aprendices, de un total de 179 participantes noventa y cuatro habían escrito nombres propios con minúscula, y ochenta y uno habían sido incapaces de deletrear el nombre de Goethe, el mayor poeta de Alemania.[33] Estas manifestaciones de semianalfabetismo resultan más explicables si se tiene en cuenta la dilución del cuerpo de enseñantes debida a la guerra. En 1942, por ejemplo, en una escuela profesional, no más de 166 lecciones estuvieron a cargo de profesores cualificados.[34]

La creciente escasez de profesores durante el Tercer Reich era debida a dos procesos complementarios: la migración de profesores hacia ramas mejor pagadas de la educación, hacia el aparato del partido o el cuerpo de oficiales de la Wehrmacht (de ahí el dicho "La guerra no habrá terminado hasta que el último maestro de escuela elemental tenga su grado de oficial") y el descenso —en cantidad y calidad— del ingreso en la profesión, debido a la pérdida de prestigio social que había experimentado. Sin embargo, ninguno de estos factores tenía un valor absoluto. La enseñanza en las escuelas secundarias, por ejemplo, seguía estando muy bien considerada, y los puestos en ella excesivamente buscados. Los profesores de escuela secundaria (*Studienassessoren*) constituían el estrato superior de la profesión; licenciados todos ellos, consideraban la pertenencia obligatoria a la Asociación de Profesores nazi, dirigida por maestros de escuela elemental, como la cruz que tenían que soportar bajo la esvástica. Los *Assessoren* estaban subdivididos a su vez en permanentes y temporales, y el tiempo enormemente largo que tardaban en establecerse los que trabajaban a prueba —como promedio, no lo conseguían hasta poco antes de los cuarenta años— producía una situación en que tres de cada cinco profesores de escuela secundaria seguía soltero a los treinta y tres años (comparado con sólo uno de cada cinco entre la población en general).[35] En un memorándum encaminado a hacer menos azarosa la carrera de los *Assessoren*, la Asociación de Profesores sugirió que la edad del retiro

en las escuelas se redujese a sesenta y dos años, a fin de crear más vacantes, que se redujese el número de alumnos por clase y que, si un profesor establecido abandonaba el trabajo por enfermedad el tiempo que fuese, se contratase a un *Studienassessor,* con paga íntegra, para sustituirlo.[36]

Estas sugerencias cayeron en el vacío: en 1938, las autoridades redujeron la edad de admisión en la universidad de diecinueve a dieciocho años, y el resultante acortamiento en un año de los cursos de escuela secundaria era evidentemente lo contrario de cualquier mejora * en la situación de los *Assessoren* temporales. ** El empleo temporal de *Studienassessoren* como profesores supernumerarios significaba que podían ser despedidos sin previo aviso, aunque llevaran años trabajando en una escuela. La guerra exacerbó aún más su sensación de inseguridad, puesto que las viudas de profesores temporales muertos en servicio activo no tenían derecho a pensión.[37]

Mientras las ramas superiores de la profesión sufrían de un exceso de personal,*** el número de profesores de escuelas elementales y profesionales era insuficiente. En 1938-39, el número de maestros y profesores de enseñanza elemental era inferior en 17.000 a la cifra de Weimar; [38] en zonas extremas como la Prusia oriental, estaba vacante un puesto de enseñanza de cada diez.[39] El ejército, la empresa privada y la burocracia del partido, en constante expansión, constituían otras tantas alternativas a una profesión que, al nivel elemental, ofrecía un salario inicial de sólo 2.000 marcos anuales.[40] Hechas las deducciones, resultaban aproximadamente 140 marcos al mes, o sea veinte marcos más de lo que ganaba un obrero de los peor retribuidos.****

Dos años antes del estallido de la guerra, el director municipal de educación de Berlín advirtió que en los centros urbanos, donde las clases elementales y medias acomodaban de cincuenta a sesenta alumnos, los profesores se aproximaban al límite de sus posibilidades: "Esto lo demuestra el aumento

* También iba en contra del mantenimiento del nivel de exigencia anterior.

** La situación económica de sus colegas femeninos era todavía peor, pues la parcial eliminación de la mujer en los estudios superiores aumentaba aún los inconvenientes con que tropezaban. En 1937, de un total de casi 4.000 profesoras ayudantes, sólo 1.600 gozaban de seguridad en su empleo; el resto eran eventuales o suplentes (cf. *Frankfurter Zeitung,* 12 de octubre de 1937).

*** Aunque, incluso a este nivel, se hacían sentir algunas escaseces; por ejemplo, en 1937, no había suficientes ayudantes de laboratorio (cf. *Frankfurter Zeitung,* 16 de septiembre de 1937).

**** Un maestro elemental con formación académica (casado y sin hijos) ganaba, al cabo de seis meses de ejercicio, 269 marcos mensuales, de los que gastaba 76 en alquiler (de un piso moderno), 20 en seguro social y suscripciones, 80 en comida, 15 en gas, luz y periódicos y 30 en limpieza y lavandería, después de lo cual le quedaban 35 para gastar en ropa, artículos duraderos, etc. Conscientes de la insuficiencia de esta remuneración, las autoridades educativas permitían a los maestros ganar más dinero dando clases particulares en sus horas libres, pero si el ingreso mensual por estas actividades era superior a los 40 marcos debían pedir permiso a sus superiores.

en las cifras de enfermedad, que no pueden atribuirse a fingimiento, ya que se efectúan rigurosos exámenes médicos... Se corre el peligro de que los jóvenes pierdan todo incentivo para entrar en la profesión".[41]

De unos 30.000 niños que consiguieron el título de *Abitur* y expresaron su preferencia por una carrera al final de aquel año académico, sólo 2.300 (un 7,5 por ciento, o sea la mitad de la proporción de futuros oficiales) escogieron la enseñanza; esto representaba apenas una tercera parte de la cantidad de candidatos necesaria para mantener el servicio en pleno funcionamiento. Para compensar la disminución del ingreso en la profesión por parte de los sectores tradicionales, las autoridades se dirigieron a partir de entonces a estratos educacionales más bajos. En 1938 se redujo el requisito de entrada para la enseñanza en escuelas elementales del *Abitur* al *Mittlere Reife* (que se conseguía a los dieciséis años).[42] En 1940 se instituyó un "curso preparatorio" (*Aufbaulehrgang*) por el cual se seleccionaba, a los catorce años, a los alumnos más aptos de la escuela elemental y se los preparaba para seguir los estudios de magisterio a los dieciocho.[43] Esto significaba que, así como antes nadie que no hubiera pasado por la escuela secundaria podía diplomarse como maestro, ahora un sector social enteramente nuevo (especialmente en el campo) podía acceder al puesto de maestro y a una posición social de clase media. Las medidas de emergencia provocadas por la amenaza de una grave escasez se eliminaron así con una igualación de oportunidades y la retrasada realización del vigésimo punto del programa del partido nazi (el cual, naturalmente, era fundamentalmente contradicho por el mantenimiento de las cuotas escolares a todos los niveles de la educación).

La selección de estos potenciales futuros maestros estaba en manos de funcionarios del partido y jefes de las Juventudes Hitlerianas. Las clases de los cursos preparatorios eran agrupadas como unidades de las Juventudes Hitlerianas, y tanto profesores como alumnos llevaban uniformes de dicha organización.[44] Otro sistema más directo para solucionar la escasez de profesores, exacerbada por la llamada a filas en tiempo de guerra, fue la institución de ayudantes escolares. Procedentes de sectores que tenían un vínculo puramente nominal con la educación (por ejemplo el personal a pleno empleo de la Unión de Jóvenes Alemanas o del departamento femenino del Servicio de Trabajo), los ayudantes escolares pasaban por tres meses de adiestramiento preliminar, dos años de prácticas de enseñanza y —si se los consideraba aptos— un año de instrucción que llevaba a un examen para la obtención del diploma.[45]

La introducción en las escuelas de auxiliares no cualificados provocó muchos comentarios adversos. A los ojos de los padres, los ayudantes escolares eran personas incapaces que, después de haber fracasado en todo, pretendían ahora intervenir en la educación de sus hijos. Los profesores de escuelas

elementales los veían como una mano de obra amorfa que perjudicaba aún más su ya disminuida posición profesional.[46] Pero no fue sólo en el campo de la preparación de maestros donde las autoridades educativas llevaron a cabo experimentos durante la guerra. Se instituyeron escuelas superiores (*Hauptschulen*) gratuitas con la idea de que algunos niños, que no habían podido ir a escuelas secundarias por motivos económicos más que educativos, constituían una reserva potencial para las filas relativamente escasas de las profesiones y la administración. Las reacciones al proyecto fueron diversas: fue recibido como un regalo subvencionado por el estado para los individuos más dotados del nivel educativo elemental, pero despertó también temores de que la retirada de dichos individuos de talento redujese a un nivel excesivamente bajo la educación elemental, acelerando así el éxodo de jóvenes del campo a la ciudad. El plan fue desechado, entre otras cosas porque la Wehrmacht unió su poderosa voz a los detractores.[47]

La inestabilidad y la experimentación eran también características de otros aspectos del panorama educativo. La eliminación en gran escala de libros de texto de Weimar, en 1933, por ejemplo, creó un vacío parcial que no se llenó adecuadamente hasta la publicación de nuevos libros, a principios de la guerra; entretanto los profesores dependieron de una serie de folletos de títulos reveladores, como *La Histria en subtítulos.* La carencia general de decisión de la política educativa nazi se reflejaba en el chiste sobre Herr Rust, ministro de Ciencia, Educación e Instrucción Popular del Reich: "Un Rust es la unidad de medida para el tiempo mínimo que transcurre entre la aprobación de un decreto y su abrogación". Sin embargo, estas oscilaciones de la política educativa no eran más que una faceta de la incoherencia general del régimen. Junto a su dinamismo sin precedentes, el Tercer Reich, con el partido compitiendo con el estado y los jerarcas rivales empeñados en una lucha casi a muerte, mostraba un alto grado de indecisión.

La dualidad partido-estado se reflejaba también en el desarrollo de las escuelas de élite nazis, con las Napolas sirviendo de incubadoras del alto personal del gobierno y del ejército, mientras las escuelas Adolf Hitler preparaban a futuros jefes políticos. Concebidas como sucesoras de las academias de cadetes prusianas,* y a pesar de la asignación fija de puestos para hijos de oficiales y de la estrecha relación con la Wehrmacht, las Napolas, que pasaron bajo el control de las SS en 1936, estaban completamente nazificadas. El programa era el de las escuelas secundarias ordinarias, con educación política en lugar de formación religiosa y un gran énfasis en deportes tales como boxeo, juegos bélicos, remo, vela, patinaje, tiro, conducción de lanchas moto-

* En recuerdo de estos precedentes, el programa de las Napolas incluía veladas de baile con damiselas de la clase media ataviadas con blancos vestidos de noche, con ramilletes de flores en las manos y con el cabello trenzado.

ras y motocicletas (así como coches).[48] Las clases se daban al aire libre siempre que era posible, y las discusiones sobre artículos editoriales del *Völkischer Beobachter* formaban parte de la rutina diaria.[49] El programa era complementado por viajes a diversos puntos de Alemania y al extranjero; en el sexto curso, todos los alumnos de las Napolas pasaban de seis a ocho semanas ayudando en las faenas del campo, y en el séptimo el mismo período de tiempo trabajando en una fábrica o en una mina de carbón. Las clases se llamaban "pelotones" y la rutina de la vida escolar imitaba la de un campamento militar, con "tareas de campamento", "diana", un estilo de vida comunal y gimnasia antes del desayuno.[50] En estas circunstancias, no es de extrañar que el nivel intelectual alcanzado estuviera —según palabras del miembro de las SS y administrador de Napolas Heissmeyer— "no por encima sino más bien por debajo del de la escuela secundaria alemana media".[51] Un inconveniente adicional era la escasez de libros de texto, ante la cual la colección *Hilf Mit* publicada por la Asociación de Profesores representaba sólo un sustitutivo insuficiente.[52]

Los requisitos para la admisión a una Napola eran muy simples: pertenencia a las Juventudes Hitlerianas, buena salud, alto nivel de aprovechamiento en educación física, origen ario indiscutible y apoyo por parte del jefe de distrito del partido. La selección tenía lugar después de una semana de prueba, durante la cual todos los candidatos tenían que someterse a exámenes de destreza y resistencia física y estaban bajo constante observación de los selectores de la Napola. Además, los directores de estos centros investigaban hasta qué punto se podía confiar en los padres mediante entrevistas personales. La cuota nominal era de 1.200 marcos anuales, pero como muchos meritorios veteranos del partido, así como oficiales en servicio, conseguían plazas gratuitas para sus hijos y existía un fondo especial para subvencionar a los matriculados más pobres, el importe pagado no excedía en realidad los 50 marcos anuales.[53] Esto ayuda a explicar por qué, con el paso del tiempo, el reclutamiento de las Napolas se efectuó cada vez más entre los sectores relativamente pobres de la población, especialmente en las zonas católicas, donde estas escuelas absorbían a muchachos que antes habrían ido probablemente al seminario. El momento cumbre del curso de una Napola eran las maniobras que ponían a prueba hasta el máximo la resistencia física de los participantes.* Los juegos bélicos duraban dos días seguidos y se desarrollaban en una zona de 140 kilómetros de diámetro. (En ellos cada participante tenía que romper el "hilo de vida" —*Lebensfaden*— de su oponente.)[54]

* Ante 2.500 alumnos de una Napola en el campamento de Ahrenshoop, el ministro Rust declaró: "En la antigua Persia, se pedían tres cosas a los jóvenes: equitación, tiro con arco y fidelidad. Y sin embargo, Mesopotamia era el paraíso de los arquitectos, ingenieros, sabios, etc." (cf. *Frankfurter Zeitung*, 6 de julio de 1938).

Para preparar a sus alumnos para estas batallas, los directores con mayor iniciativa idearon ejercicios de endurecimiento, en los que los alumnos luchaban con furiosos perros alsacianos.[55] Como los profesores participaban también en estos ejercicios, se veían obligados a mantener un nivel muy alto de preparación física, a fin de conservar su autoridad moral.

El sistema Napola se mantuvo en continua expansión. Incluso durante la guerra, mientras la creación de escuelas ordinarias estaba estancada, se establecían nuevas Napolas, a las cuales las SS llevaban a los mejores profesores del sector civil.[56] En 1942, cuando había más de cuarenta por todo el Reich, fueron rebautizadas con el nombre de *Deutsche Heimschulen* (Internados Alemanes) y se les encomendó la tarea adicional de acomodar a los hijos de soldados muertos en servicio, funcionarios del gobierno y científicos a quienes su trabajo obligaba a largas ausencias.[57]

Aunque las Napolas cayeron bajo la égida de las SS, el Ministerio de Educación conservó el control sobre los programas académicos. Las escuelas Adolf Hitler rompieron totalmente este compromiso. Las dos ramas del sistema escolar creado por los nazis diferían también en sus métodos de reclutamiento. Mientras eran los padres quienes solicitaban el ingreso en las Napolas, en el caso de las escuelas Adolf Hitler eran las mismas escuelas las que solicitaban a ciertos alumnos preseleccionados por las Juventudes Hitlerianas. Los padres solamente intervenían para dar su acuerdo al hecho consumado, a menos que tuvieran el valor o los recursos necesarios para no hacerlo. Como la ideología nazi se apoyaba grandemente en el darwinismo, a los promotores nazis de la educación —como Baldur von Schirach o Robert Ley— les agradaba decir que las escuelas Adolf Hitler institucionalizaban el principio de la selección continua.

Después de haber sido preseleccionados durante su segundo año en la *Jungvolk*, los candidatos al ingreso en las escuelas Adolf Hitler eran examinados racialmente y enviados a un campamento de Juventudes durante una quincena antes del examen final. Un criterio básico de la selección era el aspecto físico; después de su aceptación, los alumnos de las Adolf Hitler eran valorados en gran medida según su capacidad para el liderazgo. Las escuelas Adolf Hitler evitaban muchos de los elementos de la rutina de las escuelas alemanas ordinarias, tales como los exámenes individuales con notas numéricas, libros de conducta, imposiciones, relegación a cursos inferiores en caso de suspenso, e incluso expedientes. Además, los alumnos se dirigían a sus profesores con el familiar *Du* en lugar del cortés *Sie*. Las clases se llamaban "escuadras", y cada escuadra estaba mandada por suboficiales procedentes de la escuela superior, que ejercían una vigilancia extrema sobre el nivel de los alumnos en cuanto al arreglo de la cama, vestido, comportamiento e higiene personal. Las escuadras competían entre sí y eran juzgadas colectiva-

mente durante una semana de pruebas que ocupaba el lugar de los exámenes.[58] La extrema tendencia antiintelectual de las escuelas fue gradualmente rectificada, especialmente a raíz de que Heissmeyer declaraba públicamente, en 1939, que "el nacionalsocialismo no da la suficiente importancia al saber. Los conocimientos que los alumnos pueden adquirir en las escuelas Adolf Hitler son, en todos los aspectos, inferiores a los proporcionados por las mejores escuelas superiores".[59]

Mientras el trabajo diario consistió, en un prinicpio, en cinco sesiones de educación física y uno y medio de actividades intelectuales, que incluían el estudio de periódicos, el horario semanal durante la guerra constaba de veintidós clases de estudio y quince sesiones de educación física; en 1941, más de la mitad de los alumnos de las escuelas Adolf Hitler habían aprobado exámenes de ingreso común, y a partir de 1945 los criterios de aptitud intelectual pesaron tanto como los de capacidad física. Además, en 1942, las escuelas Adolf Hitler recibieron poderes para conceder a sus graduados de dieciocho años diplomas que daban derecho a ingresar en la universidad.[60]

No es que las universidades fueran forzosamente las instituciones a las cuales estaban destinados los alumnos de las escuelas Adolf Hitler. El destino final para la élite de los alumnos de las Adolf Hitler eran los *Ordensburgen* (castillos de la orden), escuelas de perfeccionamiento para los futuros jefes, imbuidas de la mística de las órdenes caballerescas medievales y aderezadas con los adornos externos de éstas. Los cuatro *Ordensburgen* de Sonthofen, Crössinsee, Vogelsang y Marienburg estaban establecidos en paisajes remotos y románticos. Tanto su romanticismo como su alejamiento eran acentuados por su estilo arquitectónico. Cada *Ordensburg* daba acomodo a mil estudiantes, llamados "Junkers", más 500 instructores, además del personal administrativo y criados (que servían a los Junkers con uniformes blancos y galones dorados). Un papel dominante en el programa era el otorgado a la equitación, no, en palabras de Robert Ley, "para perpetuar un prejuicio social, sino porque da a los Junkers la sensación de ser capaces de dominar completamente a una criatura viviente". Ley, que, como jefe organizativo del partido nazi, era el principal creador del plan *Ordensburg*, mencionaba una y otra vez la comunidad del pueblo. "El *Ordensburg* abre la puerta del liderazgo político al hombre de la calle", afirmó en unas declaraciones que llevaban el significativo titular "El bastón de mariscal en la mochila de cada soldado";[61] "Nosotros no preguntamos a un candidato: '¿Tiene usted el título de abogado?', sino '¿Que clase de *Kerl* (tipo, persona) es usted?'." La falta de importancia de la clase social llevaba también aparejado el evitar los criterios intelectuales de selección; no en vano la admisión a los *Ordensburgen* no dependía de exámenes sino del apoyo de que gozaba el candidato por parte de las jerarquías del partido de su distrito.

Los *Ordensburgen* estaban equipados de modo impresionante. Vogelsang se jactaba de poseer el mayor gimnasio del mundo, en el que todos los aparatos podían surgir del suelo y desaparecer de nuevo en él. En Sonthofen, el comedor (192 metros de largo, capaz para 1.500 personas sentadas) tenía las paredes y el suelo recubiertos de mármol alemán, al igual que la *Ordensaal* (sala de la orden), lugar de celebraciones especiales y ceremonias neopaganas.[62]

Los que entraban en un *Ordensburg* contaban alrededor de los veinticinco años, habiendo pasado seis —de los doce a los dieciocho— en una escuela Adolf Hitler, dos y medio en el Servicio de Trabajo y la Wehrmacht y otros cuatro adquiriendo cualificación profesional, lo cual, en la mayoría de los casos, significaba que habían sido funcionarios del partido a jornada completa. Los estudios eran peripatéticos: los alumnos pasaban un año en cada uno de los cuatro *Ordensburgen.* En Crössinsee se daba principal importancia al atletismo, la vela, la equitación y el patinaje; en Sonthofen, al esquí y al montañismo; en Vogelsang, a la instrucción física. En el último curso, en Marienburg, los Junkers pasaban por su maduración final física y espiritual. La disciplina se aplicaba con rigor. El castigo por ligeras infracciones de las normas era el ayuno obligatorio, un disuasivo de enorme impacto para los cuerpos forzados hasta el límite de su resistencia. En Vogelsang, por ejemplo, los Junkers se zambullían desde una palanca colocada a nueve metros de altura, y tenían que lavarse en una corriente helada situada a 2,7 km. de sus habitaciones. En invierno se los hacía levantarse en plena noche para realizar ejercicios físicos al aire libre. Los juegos bélicos incluían el uso de munición real y el cavar trincheras en el camino de tanques en marcha, todo lo cual provocaba accidentes fatales.[63] *

Las exigencias intelectuales en los *Ordensburgen* eran mucho menos rigurosas. Se estimaba que, en Vogelsang, aproximadamente uno de cada diez Junkers poseía el título de *Abitur* y sólo uno entre cien era licenciado; el nivel intelectual medio era tal que una charla sobre las relaciones angloalemanas resultó incomprensible para el 90 por ciento de los oyentes.[64] Pero, a pesar de la evidente facilidad con que eran admitidos los candidatos y a pesar de las favorables condiciones económicas, los *Ordensburgen* no llegaban a atraer a todos los jóvenes que podían admitir y a menudo no funcionaban más que a las dos terceras partes de su capacidad. Del mismo modo, aunque la intención era que los graduados de los *Ordensburgen* llenasen los niveles superiores de la sociedad del Tercer Reich, la actuación de algunos de ellos durante la guerra desmintió las esperanzas que en ellos se cifra-

* Los Junkers eran educados a expensas del estado; las personas dependientes de ellos recibían un subsidio mensual de 100 a 300 marcos, y el partido asumía la responsabilidad de sus deudas.

ban. Muchos de los que entraron en el ejército fueron bajas, y un gran número de ellos no llegaron siquiera a oficiales. Otros, con la mirada fija en el poder político, se convirtieron en administradores de los territorios orientales ocupados —en otras palabras, "faisanes dorados"—, los corruptos y despreciables parásitos y matones del folklore militar alemán de la Segunda Guerra.[65]

También la guerra ofreció al régimen una oportunidad para hacer que el sector tradicional de la educación se aproximase más a escuelas específicamente apoyadas por los nazis. Como parte del plan general para evacuar a la población de las ciudades bombardeadas, las autoridades crearon campos de evacuación para niños, es decir, trasladaron las escuelas diurnas a zonas de recepción, donde seguían funcionando en forma de internados. Al estarles negadas las visitas paternas por razones emocionales y para eliminar gastos de transporte, los niños de los campos de evacuación estaban enteramente encerrados en su nuevo ambiente —un clima paramilitar creado por los funcionarios de las Juventudes Hitlerianas (muchos de ellos veteranos de la Wehrmacht), quienes compartían tareas de supervisión con los profesores—. En estos campos se daba mucha más importancia a la disciplina militar que a la académica: en los exámenes, los muchachos copiaban libremente unos de otros, mientras que un rastro de polvo descubierto en una habitación daba lugar a un castigo riguroso.[66] Inevitablemente, el estudio no despertaba el interés de los alumnos en la medida que lo hacían los juegos bélicos, las marchas y los ejercicios con armas.

El descenso del nivel educativo en tiempo de guerra era un fenómeno a escala nacional. Aunque el traslado a campos de evacuación afectaba solamente a los alumnos de zonas amenazadas por incursiones aéreas —los niños cuyos padres se negaban a su evacuación a menudo no recibían enseñanza alguna—, la educación se vio perturbada de manera similar en otras zonas por el reclutamiento de clases superiores de escuela secundaria para servicios antiaéreos. Los "auxiliares antiaéreos", es decir, alumnos de escuela secundaria de dieciséis a dieciocho años, vivían en barracones militares y recibían dieciocho horas de clase por semana. En estas circunstancias, no es de extrañar que los criterios de examen se relajasen también, proceso que a veces llegaba al absurdo. Bajo el título de "Certificado sin miedo al examen", por ejemplo, el *Völkischer Beobachter* informaba de una ceremonia, en Viena, con la cual se había celebrado la vuelta de un grupo de miembros de la Unión de Jóvenes Alemanas, que habían pasado diez semanas efectuando trabajos agrícolas en Warthegau (la parte de Polonia incorporada a Alemania), y que al hacer esto habían conseguido sus certificados escolares.[67]

Antes de esto se había iniciado ya una estrecha relación entre el trabajo en el campo y la enseñanza. Lo que se llamaba Servicio Agrícola Auxiliar consistía en el envío de clases enteras de jóvenes de más de catorce años al

campo para ayudar en la cosecha, tanto en las vacaciones como durante el curso. (El número de semanas en que se podía apartar a los muchachos de la escuela durante el curso se establecía según la edad del grupo; los alumnos de primer curso estaban exentos del servicio.) Como suplemento del Servicio Agrícola Auxiliar, las autoridades instituyeron el "año del campo", sistema para extender un año más la educación de los alumnos de escuela elemental de catorce años. Este año del campo trabajaban para los campesinos por la mañana y asistían a clases de historia del nazismo, cuestiones raciales y cultura general por la tarde; en el punto álgido de la temporada agrícola, sin embargo, este horario se abandonaba y el trabajo de sol a sol se convertía en la orden del día. Los niños de catorce años no tenían vacaciones durante nueve meses seguidos y no se les permitía recibir visitas de sus padres.[68] Aunque algunos padres se oponían al año del campo por motivos religiosos —en los campamentos agrícolas (al igual que en los campos de evacuación) se negaba a los alumnos el cuidado pastoral de sacerdotes—. otros, especialmente entre los pobres, aprobaban una institución que los liberaba de la perentoria necesidad de albergar y alimentar a sus hijos durante todo un año.

En lo referente a la extensión de la educación a grupos socialmente no privilegiados, la actuación del régimen fue unilateral. Cuando se trató de reforzar las debilitadas filas de la enseñanza, las oportunidades educativas se extendieron a estratos sociales antes excluidos; en la preparación de la segunda generación de líderes del partido, las posibilidades económicas —e incluso las intelectuales—, que durante mucho tiempo habían hecho de la educación una reserva de la clase media, dejaron, hasta cierto punto, de ser tomadas en cuenta (así, en 1940 las Napolas tenían un 13 por ciento de alumnos procedentes de la clase obrera —aproximadamente el doble que las escuelas secundarias ordinarias—),[69] pero dentro de la amplia estructura de la enseñanza secundaria brillaban por su ausencia unas reformas que realmente pusieran en práctica el concepto de comunidad del pueblo. Poco se hizo para reducir las cuotas escolares, aunque el ministro de Educación, Rust, declaró en la primavera de 1939 que había llegado el momento de abolirlas;[70] justificaba esta declaración invocando la escasez de profesores e ingenieros. Después de haber sido aumentadas en una tercera parte en 1935, las cuotas de las escuelas prusianas importaban 240 marcos anuales.[71] Las de las escuelas bávaras eran de 200 marcos anuales.[72]

La política eugenésica del régimen se expresó en el marcado descenso de la escala de cuotas escolares para familias numerosas. En Prusia, por ejemplo, el segundo hijo tenía derecho a una reducción del 25 por ciento, el tercero del 50 por ciento, y del cuarto en adelante no pagaban cuota alguna. En otras zonas, las reducciones funcionaban de modo diferente, pero existía una

política general encaminada a ayudar a los hijos de familia numerosa a asistir a escuelas secundarias y técnicas.[73] Los elevados precios de los libros de texto escolares eran otro factor contrario a la igualdad de oportunidades educativas durante el Tercer Reich. Las autoridades favorecían los intereses de los editores hasta el extremo de prohibir la venta de libros de texto de segunda mano,[74] aunque estipularon que el 5 por ciento de cualquier entrega debía facilitarse gratuitamente a las escuelas para su distribución entre alumnos pobres.[75] Al considerar juntamente la reducción gradual de los puestos de enseñanza secundaria (para una población en expansión) al pago de cuotas y la compra de libros, se ve por qué la revolución llevada a cabo por el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán dejó prácticamente intacto el esquema sociológico de la educación alemana: después de 1933 los obreros, que constituían el 45 por ciento de la población, siguieron representando el mismo segmento ínfimo de la población universitaria —el 3 y medio por ciento— que en los días de Weimar. El hecho de que los poderes revolucionarios ni siquiera se dieran cuenta de la ironía de esta situación lo muestra su costumbre de seguir publicando estadísticas sobre la extracción social de los alumnos de enseñanza secundaria.[76] Esta tendencia a la continuidad se manifestó en todos los aspectos de la educación, y aunque hemos dedicado aquí una buena cantidad de espacio al sistema escolar apoyado por el partido, con su rechazo de los criterios intelectuales y sociales convencionales, no debe deducirse de ello que las escuelas secundarias fuesen desplazadas por las Adolf Hitler, y las universidades por los *Ordensburgen.* La visión nazi de la educación (como de tantas otras cosas) era bifocal: convirtieron dos cosas opuestas, la comunidad del pueblo y la selección continua, sus propias necesidades, contradictorias entre sí, de popularidad y eficacia, en elementos de una misma política.

La continuidad era también una característica de aquella figura clave del mundo de la educación, el maestro o *Herr Professor,* cuya profesión se temía que hubiese sido desprestigiada por la revolución nazi, orientada hacia la juventud. Por grados imperceptibles de farsa mezclada con tragedia, este personaje de la sociedad alemana (según Palmerston: "Alemania, país de profesores condenados") recuperó su antigua posición. En 1935, la Asociación de Profesores nazis consiguió que se prohibiesen las emisiones por radio de la canción *El pobre maestro de pueblo,* basándose en que difamaba a la profesión de la enseñanza.[77] En 1936, la dirección de algunas escuelas secundarias de Berlín consiguió que no fuese expuesto el *Stürmer* en los edificios escolares; pero esta victoria fue muy limitada, puesto que sus alumnos seguían siendo acosados en las esquinas por exhibiciones de la pornografía de Streicher.

En 1938 un *Jugendschutzkammer* (tribunal de protección de menores) de-

sestimó la acusación contra un profesor que había golpeado a una chica haciéndola sangrar por la nariz, basándose en la afirmación de que el castigo corporal podía aplicarse sin distinción de sexos.[78] En 1941, se produjo una rehabilitación oficial del bofetón como medida disciplinaria, siempre que la edad de los alumnos hiciese poco probable que este castigo dañase su visión o su oído.[79]

# 20

# LAS UNIVERSIDADES

En 1933, a pesar de sus grandes éxitos en muchos aspectos, la universidad alemana llevaba muchas décadas sin resolver un problema fundamental: el de la interrelación entre *Geist* y *Macht* (espíritu y poder). Vistos desde su posición privilegiada —es decir, con un astigmatismo que provocaba un estrabismo corporativo hacia la derecha—, espíritu y poder parecían irreconciliablemente opuestos. Esto creaba un dilema que parecía susceptible de tener sólo dos soluciones, igualmente peligrosas: subordinarse al estado o hundirse, a la manera de los topos, en el refugio que ofrecían los bosques de Academo.

La última alternativa de este tipo se había presentado en 1848. El desequilibrio entre la estatura intelectual y la efectividad política revelado por la revolución polarizó las actitudes académicas, llevándolas, por una parte, a una adoración chauvinista del poder y, por otra, a una preocupación tan total por el *Geist* que mereció el calificativo de "idiota" (en el sentido griego).

Nada ilustraba la interrelación de *Geist* y *Match* bajo el Kaiser de modo tan claro (y tan cruel) como la anécdota sobre el profesor de filosofía retirado a quien Guillermo II recibía en audiencia y prometía la concesión de cualquier petición; a lo que el venerable erudito fijaba sus lacrimosos ojos en su interlocutor e imploraba: "¿Podría Su Majestad hacerme ascender de segundo a primer teniente de la reserva?".

Esta anécdota puede ser representativa de muchas declaraciones de profesores durante el ocaso imperial. Excepto para uno: el comentario del filósofo Max Scheler sobre el bombardeo alemán de la catedral de Reims durante la guerra: "Si la catedral hubiese sido capaz de pensar y sentir se habría dado cuenta de que la fuerza que hacía disparar los cañones formaba parte de la misma fuerza que en otro tiempo había creado esa obra maestra del gótico que se eleva hacia el cielo".[1]

Durante toda la Primera Guerra Mundial la comunidad académica llevó su patriotismo a tomas de posición no sólo intelectuales —en 1914, la controversia sobre los objetivos bélicos consiguió 450 firmas de profesores en favor del engrandecimiento de Alemania, frente a 120 en contra— sino también vitales: en Langemarck (un toponímico que se convertiría en un programa), fila tras fila de imberbes reclutas estudiantes marcharon hacia las ametralladoras enemigas para morir cantando el *Deutschland Lied.*

Después de la derrota, la contemplación retrospectiva de los académicos de los triunfos de las armas alemanas se hizo aún más intensa. En los años veinte, las investiduras de nuevos rectores solían convertirse en días de recuerdo de los caídos, junto a denuncias del Tratado de Versalles hechas con clásica elocuencia. La negativa de las universidades a aceptar la derrota militar alemana y la serie de cambios sociopolíticos que derivaban de ella inyectaron toxinas inasimilables en el cuerpo político de Weimar. Eduard Spranger, un pedagogo no muy reaccionario, expresaba la opinión de la mayoría de los académicos cuando, como hemos visto, llamaba a la República Alemana un "estado fantasma".[2] Este consenso sobre Weimar estaba tan extendido entre los académicos que —citando la certera observación de Walter Jen—[3] una sola lista de expulsiones habría podido dar cabida a los nombres de todos los profesores leales a la República.

Todo esto no quiere decir, desde luego, que la mayoría de los académicos conspirasen para lograr el derrocamiento de la democracia, sino que eran hostiles —o, en el mejor de los casos, indiferentes— a su supervivencia.

Flanqueados por una quebrada fila de demócratas por un lado y una formidable falange autoritaria por el otro, había grupos de académicos puros cuyos horizontes convergían con la línea de demarcación de su asignatura y que, de preguntárseles cuál era el primer deber de un hombre cuando había un incendio en la casa de al lado, habrían contestado: "Avisar al cuerpo de bomberos, o sea la entidad oficialmente acreditada y con el entrenamiento especializado preciso para accidentes de carácter incendiario".

Algunos especialistas, como los profesores de historia o de derecho, se veían naturalmente llevados al terreno de la política por el mismo carácter de sus asignaturas, pero el *Zeitgeist* (espíritu de los tiempos) académico les impedía hacerlo con un espíritu de democracia y humanismo. Los últimos años de Weimar fueron el período de la *Voraussetzungslose Wissenschaft* (ciencia despojada de toda idea preconcebida, es decir de todo valor moral). En historia estaba en boga el historicismo, que atribuía validez sólo a lo que era aplicable, o sea oportuno, mientras en filosofía el existencialismo saltaba por encima de la metafísica con la pérdida de la afirmación irracional.

Sociológicamente, la población universitaria no se vio modificada en lo esencial por la guerra: siguió compuesta por miembros de las clases alta y me-

dia, con una preponderancia de miembros de familias de académicos y funcionarios. Aunque los obreros constituían la mitad de los habitantes del país, no formaban más que el 3 por ciento del estudiantado universitario. El hecho de que el 29 por ciento de los parlamentarios de Weimar fueran de origen proletario reforzó aún más la antipatía académica hacia la República. Después de la guerra, la población estudiantil aumentó aproximadamente un 10 por ciento anual (1914, 69.000; 1932, 118.000),[4] pero como la cantidad de salidas que se ofrecían a los licenciados permaneció primero estática y disminuyó luego rápidamente durante la Depresión, se creó un proletariado intelectual de licenciados y estudiantes que abandonaba la universidad. El contraste entre las esperanzas de los estudiantes y su realización provocó una nueva radicalización de un grupo que era ya elitista y antidemocrático.* Cosa extraña, el signo de esta radicalización fue claramente de derecha. En 1927, o sea en un momento en que todavía había una relativa prosperidad, el 77 por ciento de los estudiantes prusianos exigieron la inserción de un "párrafo ario" (exclusión de los judíos) en el estatuto de autogobierno de la universidad.[5] Con la Depresión, la opinión estudiantil se mostró mucho más susceptible a la atracción del nazismo que la opinión pública en general. A comienzos de 1931, aproximadamente el 60 por ciento de los estudiantes apoyaba a la Organización de Estudiantes Nazis, mientras que el apoyo a los nazis entre el electorado era aproximadamente la mitad de ese porcentaje. Aquel año estallaron disturbios antisemitas en las universidades de Berlín, Colonia, Greifswald, Halle, Hamburgo, Breslau, Kiel, Königsberg y Viena.[6] (Por cierto que las universidades austríacas fueron las pioneras de la persecución antijudía en todo el mundo estudiantil de habla alemana.) En 1932, la conferencia de Königsberg de la Organización Nacional de Estudiantes abolió su propia constitución democrática en favor del *Führerprinzip* (principio de autoridad). Muy adecuadamente, esta conferencia se celebró en un cuartel militar.[7] La oleada nacionalista que invadía el país no encontró barreras académicas. Aunque en los años veinte muchos catedráticos eran de derecha, el número de nazis entre ellos era relativamente pequeño (ello explica por qué los profesores Lenard, Krieck y Baeumber, los primeros conversos nazis, desempeñaron un papel tan desproporcionado en el Tercer Reich). Sin embargo, poco antes de la toma del poder y durante la misma, tuvo lugar un movimiento de los profesores hacia la extrema derecha. Un prestigioso bloque de 300 catedráticos dirigió un manifiesto al electorado, en marzo de 1933, pidiéndole que votara por Hitler.[8] Muchos académicos que no estaban en modo alguno comprometidos con el nazismo acogieron la ola nacionalista

* La más evidente manifestación del elitismo estudiantil había sido siempre la pertenencia a selectas corporaciones estudiantiles.

como un hecho regenerador y sano en su esencia, a pesar de los efectos secundarios lamentables tales como la persecución de los judíos y la brutalidad de los grupos de asalto. El filósofo y pedagogo Eduard Spranger (que más adelante dimitió de su cátedra en protesta contra el régimen) se había opuesto en 1932 a una declaración conjunta de los vicerrectores contra el extremismo de derecha, porque consideraba al nazismo como un medio adecuado para desbancar al marxismo y al psicoanálisis.[9]

Como muestra la referencia de Spranger al psicoanálisis, las diferentes actitudes y recelos ante unas u otras asignaturas desempeñaron un papel importante en cuanto a la posición de los académicos respecto al régimen. Un eminente psicólogo * buscaba en el Tercer Reich el restablecimiento del honor de su asignatura, que al parecer habían pisoteado los ministros de Educación de Weimar. Los catedráticos de ciencias naturales esperaban que la nueva situación los liberase de la tutela de la metafísica, mientras los estudiosos del mundo clásico confiaban en un renacimiento de los estudios helénicos. Los investigadores de los temas germánicos —prehistoria, literatura, lingüística, folklore— esperaban (y lo recibieron) un tratamiento oficial preferente. La supresión de la sociología por parte de los nazis obtuvo la aprobación de muchos economistas, abogados y antropólogos, que la consideraban como una asignatura *parvenue* que se inmiscuía en su terreno. También los estudios jurídicos fueron de hecho relegados durante el Tercer Reich —al igual que la teología—, pero ello no fue inmediatamente evidente para los especialistas en la materia.

La comunidad académica en general era propensa a esta forma de miopía, y a menudo daba su apoyo (no solicitado) a medidas nazis que atacaban no sólo el espíritu sino la misma razón de ser de las universidades. El ritmo a que se desarrolló la "coordinación" (*Gleichschaltung*) de la vida académica después de la toma del poder sólo fue posible por la voluntaria "autocoordinación" de muchas facultades. La rapidez de este proceso provocó el recelo y las burlas de muchos dirigentes nazis. Hitler advirtió al partido contra aquellos que "de repente cambian de chaqueta y se adaptan a la nueva situación como si nada hubiese ocurrido".[10] Walter Franck, el historiador de Maverick que abrigaba un odio mortal contra los académicos (a quienes llamaba "pequeños griegos") y se veía a sí mismo como el arquitecto de una nueva forma de vida intelectual nazificada, escribió:

"El movimiento nacionalsocialista sufrió el desprecio sin límites de los *Graeculi* domiciliados en Alemania durante sus años de dificultades. El movimiento era demasiado poco espiritual para ellos. Pero todo cambió en cuanto el nacionalsocialismo triunfó, como si la victoria en sí estuviese dotada de

* El profesor Jänsch, de Marburg.

atributos espiritualizantes. Los *Graeculi* salían ahora de todas partes, listos, educados y sin carácter. Saludaban lealmente *Heil Hitler* y ofrecían sus servicios para el afianzamiento espiritual de la victoria nazi."[11]

Este afianzamiento espiritual asumió muchas formas. En mayo de 1933 tuvieron lugar en toda Alemania ceremonias de quema de libros condenados en presencia de los miembros de la junta de gobierno, debidamente investidos de togas y birretes. Las oraciones que abrían aquellos autos de fe universitarios corrían a cargo de las lumbreras de los estudios literarios alemanes, tales como el profesor Bertram de Colonia y el profesor Naumann de Bonn. El rector de Göttingen se mostró "orgulloso del nuevo apelativo: bárbaros",[12] y para su colega teólogo, el profesor Hirsch, Hitler era "un instrumento del Creador de todas las cosas". El profesor Petersen, decano de los estudios de alemán en Berlín, vio en Schiller y Goethe a dos nacionalsocialistas arquetípicos.[13] El filósofo existencialista Heidegger asumió el rectorado de la universidad de Freiburg con un discurso en el que establecía una analogía entre el servicio militar del soldado, el servicio laboral del obrero y el servicio educativo del profesor.[14] El ocupante de otra cátedra de filosofía elevó la idea nazi de comunidad del pueblo a la condición de "concepto científico axiomático".[15] El físico profesor Jordan —fundador de la mecánica cuántica con Heisenberg y Born— veía el principio de dirección corroborado en la naturaleza, concretamente en la organización de la estructura molecular. A los ojos del eminente historiador Ritter von Srbik, Hitler era comparable a Freiherr von Stein,* y para el profesor de periodismo Dovifat, a Demóstenes.[16] El rector Seifert, de Würzburg, hizo una demostración práctica de lo que entendía por "ciencia despojada de toda idea preconcebida" supervisando personalmente los ataques de sus estudiantes a viviendas y establecimientos judíos durante la Noche de Cristal de 1938.[17] Cinco años antes, la dimisión de su cátedra de James Frank, Premio Nobel, de origen judío, en protesta contra el antisemitismo oficial, había provocado una declaración de treinta y tres profesores de Göttingen condenando su gesto como acto de sabotaje contra la nueva Alemania. Esta declaración terminaba así: "Esperamos que el gobierno acelerará las necesarias medidas de limpieza".[18]

Naturalmente, el verdadero sabotaje de la vida intelectual alemana (y con ella de su potencial económico e incluso militar) consistía en la purga nazi de las universidades. Aunque numéricamente la disminución de personal académico después de la toma del poder no había sido drástica —los 1.200 profesores expulsados (judíos, socialdemócratas, liberales, etcétera) constituían

* Durante las guerras napoleónicas, von Stein había modernizado Prusia con una serie de grandes reformas, preparándola así para su posterior papel en la unificación de Alemania.

poco más de la décima parte de los profesores universitarios—,* sus repercusiones fueron desproporcionadamente graves. Cuando el ministro de Educación del Reich, Rust, preguntó al eminente matemático de Göttingen, David Hilbert, si su instituto se había visto perjudicado por la marcha de los judíos y sus amigos, el profesor contestó: "¿Perjudicado? No, señor ministro, no se ha visto perjudicado, simplemente ya no existe".[19]

El famoso grupo de iniciadores de la física cuántica de Göttingen fue dispersado, hecho que dio lugar al posterior desarrollo de la bomba atómica en Estados Unidos. Alemania perdió la posición de vanguardia de que había gozado en el campo de las ciencias naturales, con el resultado a largo plazo de que hasta nuestros días sus universidades tienen la difícil tarea de recuperar el terreno perdido y la industria alemana se encuentra en desventaja por la posesión de patentes por otros países.

Pero, para las mentes académicas, la consideración de estas posibilidades —mejor dicho, probabilidades, puesto que los judíos representaban el 12 por ciento de los profesores alemanes y una cuarta parte de los Premios Nobel del país— a largo plazo se ocultaba bajo la euforia de la gran transformación nazi. Sentimientos de resurgimiento patriótico y reconciliación social se mezclaban con los motivos más bajos; la creación de vacantes hasta una décima parte de todos los puestos académicos abría posibilidades sin precedentes de promoción, así como de ventajas económicas, puesto que el sistema de "honorarios por audiencia" (*Hörgeld*) significaba que los ingresos de un profesor variaban según el número de estudiantes que asistiera a sus clases. La presteza de los académicos en beneficiarse de esta situación tuvo un buen ejemplo en C. G. Jung, que se convirtió en director del prestigioso *Zentralblatt für Psychotherapie* en diciembre de 1933, después del despido de su predecesor judío.[20] Del mismo modo, la concesión del Tercer "Premio Nacional" del Reich a Sauerbruch hizo que este eminente cirujano abandonara su inicial oposición a la sustitución por parte del régimen de las ciencias naturales por el misticismo y la especulación.[21]

Pero, a pesar de la masiva demostración de lealtad al nuevo régimen —en Tübingen, por ejemplo sólo dos de los treinta profesores mantenían una actitud de reserva en 1933—,[22] el estamento académico como tal, en general, tenía mala prensa bajo el Tercer Reich. El antiintelectualismo y la demagogia social siguieron siendo factores constantes en la manipulación nazi de la opinión pública, y los académicos eran severamente criticados por ocuparse sólo de la *Wissensbereicherung* (adquisición egoísta de conocimientos) mientras los "viejos combatientes" del partido habían vertido sangre y realizado

* En cambio, los procedimientos de desnazificación de después de la guerra afectaron a 4.300 académicos, es decir, a uno de cada tres de ellos (cf. *Bilanz des Zweiten Weltkriegs*, Gerhard Stalling, Oldenbourg, 1958, p. 262).

todo tipo de esfuerzos por la causa nacional. El Gauleiter Grohe escribió: "Su conciencia de casta —a pesar de toda la erudición académica— surgió de su ilimitada estupidez y su insuperable irresponsabilidad". [23] De manera algo diferente, Robert Ley, como ya hemos visto, diseccionaba la contribución de la ciencia al bien de la sociedad con el escalpelo del análisis comparativo: "Un barrendero echa mil microbios a la cuneta con un solo golpe de escoba; un científico se jacta de haber descubierto un solo microbio en toda su vida".[24] Mientras Ley había revelado esta idea a un auditorio de obreros de la industria de armamento, el Gauleiter Streicher se complacía en escupir a la cara de los mismos académicos. En el curso de una alocución ante los estudiantes y la junta de gobierno de la universidad de Berlín dibujó en la pizarra una balanza inclinada. Señalando el platillo inferior informó a su auditorio que contenía el cerebro del Führer, mientras en el otro menos pesado estaba toda la *Dreck* (basura) de los cerebros de sus profesores.[25] En otra ocasión, dijo a los profesores reunidos en Munich:

"Yo estoy acostumbrado a utilizar el látigo para educar, pero aquí, entre vosotros, profesores, supongo que la palabra tendrá un efecto mayor. Vosotros, ancianos barbudos con gafas de montura de oro, con vuestra cara de científicos, no valéis en realidad casi nada. Vuestros corazones están equivocados, y no podéis comprender al pueblo como nosotros. Nosotros no estamos separados de él por la llamada educación superior." [26]

Además de esta general denigración de los intelectuales, se lanzaron en diferentes momentos ataques concretos contra asignaturas en particular. En los capítulos correspondientes de este libro se hace referencia a la denigración de la teología y los estudios de leyes. Citaremos ahora las vicisitudes de la física bajo el Tercer Reich. Esta materia claramente apolítica se vio implicada en una surrealista controversia, en el curso de la cual el *Schwarzes Korps* llamó a personalidades científicas como Heisenberg, Sommerfeld y Max Planck "judíos blancos del mundo de la ciencia",[27] porque estaban en desacuerdo con el rechazo total de la física einsteiniana, iniciado por el antisemita Lenart, Premio Nobel. Lenart defendía la existencia de una entidad mística llamada "física alemana" y, apoyado por otro Premio Nobel, el profesor Stark, y por varios ideólogos del partido, hacía la vida imposible a los colegas científicos que apoyaban el "espíritu judío" en la universidad.

Aunque esta excéntrica aberración no impidió enteramente la investigación física, no dejó de tener sus resultados nocivos —entre otros, la fuga de cerebros—. Durante la guerra, por ejemplo, el profesor Joos renunció a su cátedra en Göttingen por el cargo de director de la Zeiss-Jena, "porque —en palabras del informe del SD— había sido atacado de manera odiosa en el curso de las polémicas contra la física teórica".[28]

Una rama de la enseñanza que casi fue asfixiada por las miasmas de la

ideología nazi era la *Germanistik* (estudios literarios y lingüísticos del alemán). Como había una afinidad tradicional entre la *Germanistik* y la Teutomanía a todos los niveles de la enseñanza —incluso al de los maestros de escuela—, los departamentos de alemán ajustaban sin esfuerzo sus investigaciones a los deseos del régimen. Sus investigaciones dieron múltiples frutos, desde el descubrimiento de que el orden de las palabras en la poesía de Heine reflejaba la estructura del paladar judío hasta la creación de sustitutos alemanes para palabras de origen extranjero (por ejemplo, *Zeitunger* para periodista y *Zieh* para locomotora). Por cierto que estos productos de la autarquía lingüística no tuvieron gran aceptación. Merece mención a este respecto la antipatía de algunos *Germanisten* hacia la palabra *Konzentrationslager* (campo de concentración): ponían reparos al origen latino del término, y proponían *Sammellager* (campos de reunión) como sustituto autóctono.

Los estudios históricos estaban igualmente predestinados a la adaptación ideológica. Aunque después de la guerra el concepto de Alemania como nación explotada por la historia se había hecho axiomático entre muchos historiadores, la orientación de centro-derecha "nacional-liberal" prevaleciente en esta materia no estuvo a la altura de la nueva situación. La camisa de fuerza impuesta a la musa de la historia produjo pronto la baja de un especialista famoso: Hermann Oncken, quien, a pesar de su anterior desdén por la democracia de Weimar, se convirtió en objeto de escándalo al publicar un estudio sobre Robespierre escrito en un tono inequívocamente antidemagógico. En su calidad de custodio autotitulado de la historiografía nazi, Walter Frank le acusó de un delito de lesa majestad y Oncken fue depuesto de su profesorado.

A otros historiadores "nacional-liberales" les fue bastante mejor. Gerhard Ritter conservó su cátedra, incluso cuando se rumoreó que había ocultado a Goerdeler después del fracaso de la conspiración del 20 de julio. Meinecke, el decano de los historiadores alemanes, continuó también enseñando, pero fue depuesto del cargo de director de la revista de historia *Historische Zeitschrift* en 1936.[29] La *Historische Zeitschrift* era en sí un fenómeno interesante. Como las publicaciones universitarias estaban dedicadas a una clientela reducida, erudita, y les era imprescindible publicar material de calidad, se les permitía un mínimo grado de libertad. Así fue posible publicar en la *Historische Zeitschrift* artículos eruditos que ponían en tela de juicio aspectos periféricos del dogma nazi, tales como la base histórica de *Blubo* y la imagen de Carlomagno como "asesino de sajones" creada por Rosenberg. Estadísticamente, de los 337 artículos que fueron publicados por la *Historische Zeitschrift* entre los años 1933 y 1943, 101 eran pronazis, 195 neutrales y 41 antinazis.[30]

Los autores de estas cuarenta y una muestras de erudición inconformistas contribuyeron a un aumento de la opinión académica que reaccionaba contra

la politización de la vida escolar más que contra la política general del régimen. En la medida en que los profesores universitarios se oponían activamente a la política oficial, lo hacían como académicos más que como ciudadanos; se oponían a la perversión de sus asignaturas por el nazismo, pero no a la perversidad del nazismo en sí. Pero se dieron múltiples matices de conducta y actitud entre los académicos. A un extremo estaba la figura autoexagerada de Walter Frank, en quien se mezclaba un odio obsesivo hacia todas las convenciones académicas —sobre todo hacía la objetividad académica— junto con una utópica ambición de injertar una piel intelectual sobre el tejido muerto del pensamiento nazi. A continuación estaba un grupo aislado de profesores "viejos combatientes" —Lenart, Krieck, Baeumber y otros—, que parecieron tan importantes en el firmamento de después de 1933 precisamente por su reducido número. Estaban flanqueados por un bloque de antiguos partidarios del Partido Nacional y del Partido del Pueblo, y por una serie de sectarios *völkische,* oportunistas y académicos puros cuya lealtad hacia el régimen provenía de motivos de interés propio, nacional y personal. A la sombra de todos ellos existía un grupo mucho más reducido de auténticos académicos puros que, en conferencias y artículos, intentaban aislar la verdad académica del contagio de la política. Por último, los más lúcidos o valerosos formaban una minúscula resistencia universitaria.

Esta resistencia, aunque pequeña en volumen, estaba muy esparcida. Heisenberg, Sauerbruch y Carl Bosch llevaron a cabo acciones de retaguardia contra la desmembración de la ciencia física por parte de la metafísica nazi. En las facultades de teología, Bultmann y Soden repetían de manera más circunspecta las palabras del expulsado Karl Barth. Spranger dimitió de su cátedra y Litt desafió públicamente el concepto de alma inmutable de la raza de Rosenberg. La revista de filosofía *Philosophische Blätter*, con Hartmann como director, representaba un microscópico enclave neutral dentro de la "coordinada" esfera intelectual. Los profesores de derecho Kohlrausch y Mitheiss ejercían su influencia personal contra la radicalización nazi del estudiantado. Su colega Jessen (junto con el confidente de Goerdeler, Popitz) pertenecía al exclusivista *Mittwochgesellschaft* (Círculo de los Miércoles), de Berlín, compuesto por académicos, industriales y funcionarios, que actuaba como foro teórico de resistencia conservadora. Por último, una figura de estatura única dentro de la resistencia académica: el profesor Huber de Munich, que fue ejecutado por su participación en la conspiración de la Rosa Blanca junto con los Scholl. El aspecto absurdo de la carrera universitaria de Huber radicaba en el hecho de que personalmente se había beneficiado del Tercer Reich, puesto que se aumentó el presupuesto para sus investigaciones sobre la canción popular alemana; al aspecto trágico de su muerte contribuyó la junta de gobierno de la universidad de Munich, que le despojó de todos sus

honores académicos antes de su juicio y ejecución. En una muestra análoga de abyecta subordinación al régimen, la junta de gobierno de Bonn había despojado en 1936 a Thomas Mann de su doctorado honorario. Al producirse el pogrom de la Noche de Cristal, el "establishment" académico de Bonn se vio envuelto en otro episodio ignominioso. Cuando se descubrió que la esposa del eminente orientalista profesor Kahle había ayudado a una amiga judía a poner en orden su tienda saqueada, el profesor fue objeto de vejaciones tales que hubo de emigrar a Inglaterra con su familia en cuanto las circunstancias se lo permitieron. Los meses que transcurrieron antes de su partida fueron un período de cuarentena durante el cual fue visitado a escondidas por un total de tres personas, de todo su círculo social y profesional. Recibió otra comunicación del mundo exterior: una carta de un grupo de colegas expresando su pesar por el hecho de que se viese privado de una salida honorable de la universidad por la torpeza de su esposa.[31]

Como preparación de la campaña de eutanasia, las autoridades nazis convocaron a miembros destacados de las facultades de medicina a sesiones secretas de reclutamiento de *Assessoren*, o sea encargados de la selección de débiles mentales y enfermos incurables recluidos en instituciones, que había que matar. En una de estas sesiones, una destacada figura de la medicina (el profesor Ewald *) abandonó la sala en señal de protesta, pero ninguno de sus ocho colegas presentes siguió su ejemplo.[32]

La participación de médicos en los "experimentos" en campos de concentración es demasiado conocida como para volver sobre ella con detalle, pero sí merece mención el papel de los académicos alemanes en otro ámbito de la investigación relacionado con éste. Una filial del Instituto Walter Frank para la Investigación de la Cuestión Judía —situado en Litzmannstadt (antes Lodz), junto al ghetto y las cámaras de gas— estaba dirigida por el teólogo Adolf Wendel, profesor especializado en Antiguo Testamento de la universidad de Breslau.[33]

Fenómenos como éste resultaban menos de las presiones ejercidas sobre los académicos que de la interacción de su propia voluntad con las presiones. La toma del poder por parte de los nazis había desencadenado una carrera de los académicos hacia las fuentes de prebendas: en 1933-1934, no era raro ver a profesores con deseos de prosperar presentarse a clase ataviados con el uniforme de organizaciones del partido a las que aún no habían tenido tiempo de adherirse. Más adelante, a medida que decrecía el valor de la afiliación al partido a causa de su gran generalización, los profesores ambi-

* Ewald tuvo el *Zivilcourage* ("valor cívico") de enviar cartas de protesta contra las medidas proyectadas a Goering, al doctor Conti, presidente de la Asociación de Médicos, y al decano de la facultad de Medicina de Göttingen.

ciosos se dedicaron cada vez más a elaborar dossiers secretos sobre sus colegas.

Así, cuando la Gestapo, después del 20 de julio, pidió los nombres de los sospechosos de Göttingen, el rector Drechsler estuvo en condiciones de satisfacer la petición con una lista de veinte académicos, entre los que ocupaba un lugar preferente su inmediato predecesor. No obstante, parece que el ex rector Blischke pudo mover influencias en Berlín y evitar el arresto mediante una apresurada visita a la sede central de la Gestapo.[34]

Pero sería erróneo deducir de esto que el espionaje se convirtió en la preocupación absoluta de los académicos, o bien que la minoría disconforme vivía necesariamente en constante temor de la mayoría. Al igual que sus camaradas del partido "legos", los profesionales nazis se dividían bastante claramente en "buenos" y "malos", entendiendo por un nazi "bueno" un hombre que se identificaba con un régimen que cometía públicamente desmanes que él, en privado, no aceptaba.

A pesar de la generalizada inclinación hacia el autoritarismo, la comunidad académica había desarrollado a lo largo de décadas un ambiente propio, que forzosamente incluía elementos de *laissez faire*. Esto continuó así, a rachas, después de la "coordinación", e hizo que las universidades continuasen siendo relativamente más libres que otros terrenos. Aun así, con el paso del tiempo se produjeron restricciones cada vez más severas.

El rector Krüger de Berlín (cuyo cargo previo a la cátedra de cirugía veterinaria había sido la dirección del matadero municipal) decretó que todos los profesores deberían contar con su permiso antes de colaborar en publicaciones especializadas.[35]

La vigilancia minuciosa era quizá preferible a la aprensión que llevó a una facultad de derecho del sur de Alemania a sobreimprimir la cubierta de una tesis doctoral con la leyenda "el departamento se ha permitido no expresar su opinión sobre los puntos de vista aquí expuestos". Pero, si el departamento en cuestión se felicitó por su habilidad, lo hizo prematuramente: la publicación de la Asociación Nazi de Abogados se apercibió de aquella "trampa" legal y publicó una filípica contra los académicos que carecían de un sentido ideológico de la responsabilidad.[36]

Un método que les quedaba a los académicos para desviar las intolerables presiones políticas era enzarzar a los funcionarios del Ministerio de Educación en una lucha con los del partido, señalando los perjuicios que actividades como la caza de brujas entre los profesores representaban para sus departamentos. Una cierta conciencia de esto llevó al ministro de Educación, Rust, a advertir a los estudiantes, en 1936, contra el hábito de someter a sus profesores a tests políticos, advertencia que el *Berliner Tageblatt* esperaba que —al cabo de tres años y medio de la toma del poder— acabaría por fin

con las purgas de profesores.[37] Durante la guerra, el rector Süss de Freiburg, con casi tanta audacia como tenacidad, desencadenó una guerra de papel entre el Ministerio de Educación y la Cancillería del partido acerca del tema de la admisión a los estudios universitarios de *Mischlinge*, es decir, personas de ascendencia judía.[38]

Pero, aunque los académicos pudieran arrancar algunas ventajas parciales de la dualidad partido/estado en el Tercer Reich, ello no afectaba a la mala situación general de los estudios superiores, y, en realidad, de toda actividad intelectual en tanto que tal. Aunque el prestigio que rodeaba la actividad académica nunca desapareció —y las condiciones económicas y laborales en las universidades excedían ampliamente a las de otras profesiones—, los académicos sufrieron un indudable perjuicio en su propia estimación. Cuando, durante la guerra, Goebbels expresó algunos lugares comunes acerca del valor de los *geistige Berufe* (profesiones intelectuales) para la comunidad, la respuesta de los trabajadores intelectuales fue significativa:

"Agradecemos la distinción que se ha hecho entre inteligencia e intelectualismo, en esta primera ocasión en que ha sido defendida la causa del trabajo intelectual. Es de esperar que, a partir de ahora, cesará la burda denigración de los trabajadores intelectuales y que nuestros compatriotas no habrán de verse atacados por el simple hecho de haber estudiado." [39]

Un informe confidencial del SD, elaborado durante la guerra, resumía las razones de la creciente desorientación y la cada vez mayor escasez entre los académicos:

"Se suele considerar que contribuyen tan poco al desarrollo político y al fortalecimiento del Reich que han de dar gracias por no ser destituidos inmediatamente por su calidad de intelectuales y *Weltfremde* (seres de otro mundo). Las personas que intervienen en la vida pública o que trabajan en grandes empresas gozan de una estima mucho mayor.

"La industria ofrece no sólo mayores oportunidades para la investigación sino también salarios más elevados. Los profesores ayudantes que se pasan al campo de la industria ganan a veces más que sus antiguos profesores." [40]

En la conferencia de vicerrectores alemanes de 1943, el rector Süss de Freiburg atribuyó el descenso del nivel universitario a la emigración de mu-

* El carácter de seres de otro mundo de los académicos alemanes fue demostrado también —aunque no en el sentido implicado anteriormente— durante una entrevista que sostuvo, a finales de la guerra, el ex profesor de química Primo Levi con el doctor Pannwitz, del *Polimerisationsbüro* de Auschwitz-Bunawitz, cuando se seleccionaban obreros especializados entre los prisioneros supervivientes. Contemplando el maloliente esqueleto cubierto con harapos a rayas que tenía ante él "como si mirase a través del cristal de un acuario", el doctor Pannwitz le preguntó el título de su tesis de licenciatura, y Levi pensó: "Las medidas de las constantes dieléctricas interesan especialmente a este ario rubio que vive tan prudentemente" (Primo Levi, *If This Is a Man*, Londres, 1959, pp. 122-124).

chas figuras destacadas y a la preeminencia que estaba tomando el criterio ideológico sobre el de categoría intelectual.[41] *

A principios de la era nazi, el *Völkische Beobachter* había sugerido un nuevo enfoque de la formación intelectual: "Los mejores pensamientos son los que se inculcan durante una marcha; en ellos reverbera el secreto espíritu de Alemania, el espíritu de los siglos". Este insólito método de enseñanza fue efectivamente incorporado a los programas de estudio: en 1937, el Ministerio de Educación informó a las autoridades de la universidad de Munich: "Los estudiantes que han perdido clases por haber estado en campos de entrenamiento, etc., no deben ser por ello peor calificados en los exámenes".[43]

Otras innovaciones tuvieron mayor repercusión. El índice de nombramientos de profesores aumentó, y la longitud del curso preparatorio para un ayudante fue reducido en las facultades de medicina, ciencias, derecho y teología. El número de licenciados que consiguieron la calificación para la enseñanza universitaria (*Habilitation*) descendió desde los 2.333 entre 1920 y 1933 a los 1.534 entre 1933 y 1944, es decir, un descenso de una tercera parte.[44] El potencial enseñante y de investigación se vio también disminuido por el empleo a tiempo parcial de los profesores como funcionarios de la poderosa Asociación Nacionalsocialista de Profesores (*NS-Dozentenbund*).** La afiliación a ella era obligatoria, y los dirigentes tenían considerables poderes tanto para la denuncia como para dispensar favores. A veces, estas posibilidades se utilizaban para emprender una descarada carrera hacia la cumbre. Cuando se pidió al dirigente de la Asociación de Frankfurt que recomendase a alguien para la cátedra vacante que dejó el destituido Paul Tillich, el eminente filósofo, pronunció tranquilamente su propio nombre, ante la consternación de sus colegas.[45]

Nadie podía ocupar un puesto académico sin haber realizado un curso de seis semanas en un campo de adiestramiento de la Asociación de Profesores, en el cual al adoctrinamiento político se añadían la instrucción militar, la educación física y las pruebas de resistencia. Los cargos de rector de la universidad y de director de la Asociación no recaían necesariamente en la misma persona. Había casos en que el rector se encontraba enfrentado a un "anti-rector" en la persona del dirigente de los profesores, y de esta forma se perpetuaba dentro de la Asociación la tradicional animosidad entre los *Or-*

* No debe sorprender demasiado esta expresión oficial de crítica en plena guerra: el rector Süss se dirigía a una asamblea cerrada, cuyos miembros habían de ser forzosamente conscientes de la situación que sólo él tenía el candor de formular.

** Por ejemplo, el rector de la Universidad Técnica de Hannover durante la guerra, combinaba esta onerosa función con la presidencia regional de la Asociación de Profesores, mientras que el vicerrector era presidente de todo el personal universitario de la región.

*dinarien* (profesores numerarios) y *Nichtordinarien* (profesores no titulares de una cátedra).

Una de las principales funciones de la Asociación era la selección y preparación de personal docente universitario. En 1937, el profesor Krieck causó un gran revuelo en los círculos académicos al expresar públicamente su grave preocupación acerca de las futuras promociones de profesores, tanto en términos de cantidad como de calidad.* Los rectores trataron de disculparse señalando el descenso que había experimentado el nivel de los estudiantes. La Asociación Nacionalsocialista de Estudiantes negó tal cosa, y adujo una cierta cantidad de pruebas en el sentido contrario, a lo cual los rectores opusieron una herética pero irrefutable réplica, que demostraba que los niveles citados por la Asociación de Estudiantes estaban construidos sobre bases establecidas antes de 1933.[46]

Como prudente medida ante este descenso de nivel del estudiantado, los profesores universitarios rebajaron sus exigencias y redujeron la severidad de los exámenes. Además de este seguro contra la posible acusación de negar al estado el necesario número de futuros licenciados, tomaron, como hemos visto, la medida positiva de organizar cursos de repaso para estudiantes de primer año en asignaturas en las que su formación secundaria había sido insuficiente.[47] **

Durante la guerra, se comprobó que los soldados en permiso de estudios, que habían pasado hasta cinco años en la Wehrmacht, estaban a un nivel superior al de los estudiantes recién ingresados.[48] Entre las explicaciones ofrecidas para este fenómeno estaba la reducción de la duración de la enseñanza secundaria, la falta de tiempo libre, la distracción de energías de alumnos y profesores hacia actividades extrauniversitarias, la prolongada escasez de libros de texto, la movilización de maestros de escuela y el general desprestigio de la educación.[49] ***

Durante el Tercer Reich, las preferencias de los estudiantes fluctuaron de acuerdo con las exigencias de la situación económica y con los diferentes grados de prestigio vinculados a las diferentes profesiones. El porcentaje de es-

* Las declaraciones de Krieck aparecieron, bajo el titular "Un problema candente", en *Der Angriff*, Berlín, 31 de enero de 1937.

** El periódico *Chemische Industrie* escribió: "No es ningún secreto que el nivel de los exámenes ha descendido", y añadía: "Los primeros puestos en investigación química son ocupados hoy por países extranjeros" (cf. *Neue Weltbühne*, 3 de agosto de 1939).

*** El informe del SD que mencionaba estos puntos añadía: "Se da más publicidad a los servicios industriales o rurales prestados por los alumnos que a los propios estudios que realizan". Señalaba también el hecho de que los estudiantes extranjeros (los franceses de Estrasburgo o los yugoslavos de Graz) estaban bastante más avanzados que sus compañeros alemanes. En ocasiones, la escasez de profesores tenía que ser paliada con el reclutamiento de extranjeros (cf. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58-323, 5 de octubre de 1942).

tudiantes que escogieron carreras tecnológicas descendió entre 1933 y 1937, pero posteriormente se produjo un claro ascenso, cuando el ideal tecnocrático pareció ejercer una constante atracción. La elección de carrera por parte de los jóvenes estaba también muy influida por la reintroducción del reclutamiento, que dio lugar a una súbita inflación del cuerpo de oficiales (entre 1934 y el comienzo de la guerra, su volumen aumentó cinco veces, a partir de la cifra de 4.000 establecida por el Tratado de Versalles). La elección de la carrera militar confería enorme prestigio social. La consideración de que ésta era la única carrera para la cual los dos años y medio que un estudiante pasaba en el servicio militar y el servicio de trabajo antes de ingresar en la universidad constituían una inversión de tiempo útil no era ajena, sin duda, a esta elección.

Las cifras fundamentales son éstas: el número de ingresos en las carreras técnicas —1 de cada 8 alumnos poseedores del certificado de *Abitur* en 1935— se había duplicado en 1939; para el cuerpo de oficiales —uno de cada seis en 1935— ascendió a casi uno de cada tres (!) inmediatamente después, pero posteriormente volvió a descender hasta más de uno de cada cinco. También la medicina aumentó su atractivo —12 por ciento en 1935 y 17 por ciento en 1939—, mientras que la enseñanza descendió del 16 al 6 por ciento en el mismo período de tiempo, y los estudios de derecho se mantuvieron en su 13 por ciento.[50]

Sin embargo, durante la guerra, los estudios de leyes perdieron tanto prestigio que, aunque el número de estudiantes no descendió significativamente, la mayoría desplazó sus preferencias del cuerpo de funcionarios o el ejercicio de la profesión en sí a actividades comerciales.[51] Los estudiantes de derecho se habían visto siempre a sí mismos como una élite, idea apoyada por las esperanzas de hacer carrera en la magistratura o en los niveles más altos del cuerpo de funcionarios. Esta variación indicaba, pues, su distanciamiento de todo el proceso político, pero, dado que, durante la guerra, el patriotismo arrolló las reservas políticas, ello apenas afectó al prestigio del régimen.

El estudiantado, a quien la toma del poder había anunciado el destino providencial de Alemania y la victoria de la Juventud sobre la Madurez, nunca retiró su apoyo al régimen.

Sin embargo, su identificación con el Tercer Reich no evitó que se produjeran repetidas tensiones. Ello era inevitable en la relación entre un aparato totalitario y un sector inteligente de la juventud al que dicho aparato sometía a una regimentación más severa de lo que había hecho nunca ningún otro régimen.

Un intento inicial de enrolar a todos los estudiantes varones en las SA y sujetarles a una disciplina militar fracasó, en parte a causa de la disminución de la influencia de las Secciones de Asalto después de la purga de Roehm de

junio de 1934. Vino a continuación el experimento del año de residencia obligatoria en "casas de camaradería" (*Kameradschaftshäusern*), donde los jóvenes recibían instrucción militar y política. Estos esfuerzos coincidieron con el intento de suprimir y sustituir totalmente las activas y multiformes corporaciones estudiantiles existentes anteriormente (ver más adelante, p. 339). Estas corporaciones fueron oficialmente disueltas, pero nunca fueron completamente anuladas. Debido a su capacidad de recuperación, el proyecto de residencia obligatoria de los estudiantes de segundo año en casas de camaradería fue finalmente abandonado y sustituido por la residencia voluntaria en dichos centros.

Una vez fue convertida en voluntaria la estancia en casas de camaradería (que eran en su mayor parte "antros" confiscados a las antiguas corporaciones), se demostró que no era difícil para sus antiguos propietarios (que continuaban regentándolas ilegalmente) volver a tomar posesión de ellas, de modo que en muchas universidades estos centros, dirigidos por destacados estudiantes nazis, coexistían con otros en los que se mantenían las antiguas tradiciones corporativas. Pero esto no significa que los estudiantes se resistieran de manera activa a la absorción por el pulpo organizativo nazi. Sólo un estudiante de cada cuatro de los que asistieron a la universidad durante el Tercer Reich consiguió eludir las muchas obligaciones adicionales que pesaban sobre los miembros de la Asociación Nacionalsocialista de Estudiantes. La afiliación a ésta no dejaba de tener su aspecto positivo: los dirigentes de la "camaradería" podían ejercer considerables poderes de protección sobre determinados estudiantes.[52] La evasión era posible inscribiéndose en alguna otra organización nazi dando el domicilio paterno y omitiendo después pedir el traslado a la organización de la ciudad donde se encontraba la universidad. Pero era imposible eludir la afiliación a la *Fachschaft* (es decir, la organización que englobaba a todos los estudiantes de la misma asignatura). Estos grupos se reunían dos veces a la semana para atender a lecciones sobre temas políticos u organizativos, además de lo cual seguían amplios programas de entrenamiento. Durante el primer curso, los ejercicios de adiestramiento físico incluían gimnasia, boxeo y carreras a campo traviesa; durante el segundo, se practicaba el atletismo y el tiro con armas de pequeño calibre; y durante el tercero, la natación y los deportes combativos, como el rugby. Un estudiante debía obtener 150 puntos para que se le concediera el título universitario de aptitud deportiva, sin el cual quedaba privado de realizar nuevos estudios, a menos que pudiese presentar un certificado médico.[53]

Este sistema de coacción no podía dejar de engendrar rebeldía. En otoño de 1935, doscientos cincuenta estudiantes de Berlín protestaron contra las clases obligatorias sobre el programa del partido nazi. El mismo año, se produjeron manifestaciones de protesta en Munich, donde los estudiantes

proclamaron su lealtad al profesor de derecho Mitheiss, anti-nazi, y corearon una alocución del vicegauleiter Nippold con sarcásticas interjecciones.[54] En Freiburg, los estudiantes de filosofía se opusieron a la campaña oficial de desprestigio del profesor Jaspers boicoteando las clases de Heidegger, a consecuencia de lo cual éstas fueron trasladadas del *auditorium maximum*, que en 1933 habían llenado totalmente, a un aula mucho más pequeña.[55] Cuando estalló la guerra, universidades tan alejadas geográficamente como Göttingen, Breslau y Marburg informaron de que una tercera parte de los jóvenes recién ingresados eran reacios a participar en actividades del partido y lamentablemente inmaduros en su actitud hacia los estudios.[56]

Los dirigentes de los estudiantes nazis salieron enérgicamente al paso de estos "alborotadores". Algunos de los recalcitrantes fueron trasladados al Servicio Nacional del Trabajo, otros fueron obligados a realizar trabajos forzados, cargando trenes de mercancías o limpiando nieve de las calles, y sobre todo estudiante pendía la amenaza de la expulsión temporal. Cuando, en 1943, el Gauleiter Geissler habló a los estudiantes de Munich, les acusó de falta de patriotismo y manifestó que las chicas iban a la universidad más en busca de marido que de conocimientos —o simplemente para evadir el servicio industrial de guerra—, sus palabras fueron ahogadas por las burlas y la policía hubo de desalojar la sala.[57]

Pero ninguna de estas manifestaciones del descontento estudiantil llegó a constituir impugnación de la naturaleza política del régimen.* Incluso la más lograda muestra de inconformismo estudiantil, la supervivencia atenuada de las corporaciones, apenas implicaba una desaprobación política o moral del Tercer Reich. La visión nazi de las corporaciones era en cierto modo dualista. Mientras su espíritu elitista y combativo despertaba una vaga aprobación —a pesar de la ambigüedad oficial en la cuestión del duelo—, la separación de las corporaciones era vista como un obstáculo a la coordinación y como una ofensa al espíritu de comunidad del pueblo.

Algunas hermandades de estudiantes eran muy exclusivas —por no decir semifeudales— y por ello proveían al *Schwarzes Korps*, rey indiscutido de la demagogia social, de excelentes argumentos. La tensión llegó al máximo en 1935, cuando los miembros de la hermandad *Saxo-Borussia*, reunidos en una taberna de Heidelberg, pusieron en duda los conocimientos de etiqueta de Hitler en lo referente a comer espárragos.[58]

Este exceso provocó una rápida reacción. El régimen, que ya había privado a las corporaciones de nuevos miembros mediante adecuadas ordenan-

* Fue característico que, en 1943, los estudiantes de Munich abucheasen al Gauleiter Geissler y, por otra parte, aplaudiesen la petición del presidente de la Asociación de Estudiantes de que fuesen ejecutados Sophie y Hans Scholl.

zas de las Juventudes Hitlerianas, dio ahora la orden de que fueran disueltas y de que sus locales fueran convertidos en casas de camaradería.

Uno de los desacuerdos del Tercer Reich con las corporaciones tenía por motivo la antigua institución estudiantil del duelo. En teoría, los nazis, con su insistencia en la formación militar del carácter, deberían haber considerado el duelo esencial para la educación de un estudiante, pero un *affaire d'honneur* de consecuencias fatales al que se dio amplia publicidad —conocido como el asunto Strunk— dio lugar a la prohibición del duelo. Se declaró oficialmente que, dado que el Tercer Reich sufría escasez de personas adecuadas para puestos directivos, el interés nacional era contrario al hecho de que se expusieran a los azares del duelo; además, en la nueva Alemania, el honor de un hombre no era ya asunto privado suyo, sino de la comunidad entera.[59]

La prohibición de las corporaciones, que, en teoría, equivalía a una total transformación del panorama social —y visual— de las universidades, nunca fue en realidad plenamente aplicada. Las Asociaciones de Antiguos Alumnos (*Altherren Verbände*), que apadrinaban las corporaciones, no fueron disueltas, sino que fueron convertidas en una Unión Nacionalsocialista de Antiguos Alumnos, y continuaron actuando en tanto que tales como discretos administradores de las confiscadas propiedades de las corporaciones. Incluso el duelo continuó, aunque en una forma bastante modificada, y, durante los años de la guerra, se dio una parcial restauración de los rituales corporativos, que habían dado color a la existencia de las hermandades. Esta tendencia fue reforzada por los soldados que volvían a las universidades en permiso de estudios, influidos por el espíritu de independencia corporativa que prevalecía entre el cuerpo de oficiales de la Wehrmacht. El efecto de esta resistencia fue desigual según las zonas. Algunas universidades, como las de Berlín, Königsberg y Breslau, apenas se vieron afectadas por ella, mientras que en Göttingen y Heidelberg fue muy marcada.

En verano de 1939, en un momento en que la Asociación Nacionalsocialista de Estudiantes parecía detentar el control absoluto de toda la población estudiantil —su dirigente, el Dr. Scheel, podía anunciar tranquilamente: "Voy a ordenar la incorporación de veinticinco mil estudiantes a las tareas de la cosecha"—,[60] las prácticas de las hermandades habían revivido en una medida considerable. En Heidelberg, se reanudó la tradicional peregrinación anual al Manantial de María, se celebraron de nuevo las acostumbradas borracheras rituales y se celebraban duelos, aunque utilizando espadines en lugar de los proscritos sables.[61] En Göttingen se había restablecido el sistema de "fámulos", y los antiguos alumnos asistían a las veladas rituales luciendo sus bandas y, más adelante, sus gorras de colores. Dada la prohibición oficial de las *Bestimmungsmensuren* (duelos organizados de

antemano en que los contendientes representaban a sus respectivas corporaciones), los antiguos alumnos se negaban a imponer bandas a los estudiantes; por otra parte, el *Bierzipfel* (cinta sujeta al reloj) había sustituido generalmente a la insignia de la Asociación de Estudiantes, cuyo uniforme desapareció.[62]

Sin embargo, ninguna de estas medidas tenía otro fin que preservar de la intervención del estado algunas áreas de actividad privada y de grupo. La básica concordancia del nazismo con el espíritu del estudiante se deduce de una declaración hecha en Göttingen a mediados de la guerra:

"Nos basamos en el principio de la satisfacción incondicional con las armas desenvainadas... Además, solicitamos permiso para organizar *Bestimmungsmensuren*, como el principal medio de inculcar valor y caballerosidad y como criterio de selección. Somos bien conscientes del hecho de que la realización práctica de estas peticiones sólo será posible después de la guerra." [63]

El criterio de selección mencionado en esta declaración era uno de los axiomas nazis, que fue aplicado con el mayor rigor al regular el número de admisiones a la universidad: en 1932, había en las universidades alemanas 118.000 estudiantes, de los cuales aproximadamente una quinta parte eran muchachas. Para 1938, la política nazi de dificultar la admisión había hecho disminuir en más de la mitad la población universitaria; había en ese momento 51.000 estudiantes, que incluían a 6.300 muchachas, cifra que rebasaba en algo el límite del 10 por ciento de inscripción femenina fijado por el gobierno. La subsiguiente relajación del numerus clausus dio lugar a un aumento hasta casi 80.000 en 1943.[64]

Aunque las cifras absolutas se contraían y aumentaban, la composición social del estudiantado permaneció más o menos constante. Bajo Weimar, el 34 por ciento procedía de las clases altas, casi el 60 por ciento de la clase media, y poco más del 3 por ciento de la clase obrera. A los seis años de instauración de la comunidad del pueblo, en 1939, el 3,5 por ciento de los alumnos recién admitidos a la universidad eran de origen obrero; la proporción de jóvenes de origen campesino había descendido, en 1932, del 7 al 5 por ciento; la de hijos de profesionales y empleados, por otra parte, había aumentado de un 7 al 11 por ciento en cada uno de los grupos.[65]

Hay que tener presente que el coste total de un estudiante, para los padres, oscilaba entre los 5.500 y los 8.000 marcos, aproximadamente, según la duración de los estudios; los de medicina, los más largos, eran también los más caros.[66] Como promedio, sólo uno de cada diez estudiantes durante el Tercer Reich fue totalmente mantenido por una beca, aunque la mitad de ellos recibían ayudas hasta el extremo de resultarles gratuitas las cuotas de residencia y los libros de texto.[67] En 1938, el coste de un estudiante pro-

medio por curso —para alojamiento, comida, matrícula y libros— ascendía a casi 500 marcos.* En conjunto, el nivel de vida de los estudiantes alemanes era inferior al de los británicos; en una universidad, uno de cada tres estudiantes había de subsistir con una cantidad mensual de 80 marcos.[68]

De 1937, aproximadamente, en adelante, cuando fue reconocida la necesidad que tenía el país de un mayor número de técnicos, se aplicaron varios planes adicionales para subvencionar a los estudiantes de ciencias y de ingeniería. Algunas grandes empresas industriales concedieron becas universitarias, y los ganadores de la Competición Profesional Nacional pudieron acceder a carreras universitarias merced al plan Langemarck, que representaba una reactivación de los planes de Weimar para hacer posible que los jóvenes con talento que no hubieran pasado por la enseñanza secundaria fueran admitidos en la universidad. A pesar de la gran cantidad de publicidad que se dio a este plan, los estudiantes que se beneficiaron de él ascendieron a menos del 1 por ciento del total de los ingresos en las universidades en 1939, y al 2 por ciento del de las escuelas técnicas.[69]

Los solicitantes de estas becas debían comparecer ante un tribunal de selección y responder a preguntas acerca de su entorno social, intereses y actividades de tiempo libre. De una de estas entrevistas se puede deducir cómo los jóvenes complacientes pensaban que podrían hacer carrera bajo el Tercer Reich. Al serle preguntado cómo emplearía su tiempo libre después de una dura jornada de estudio, un candidato respondió sin vacilar: "Leyendo *Mein Kampf*". "¿Como forma de relajación?" "Bueno, si quisiera relajarme leería el *Fausto* de Goethe." [70]

* Durante la guerra, esta suma fué aumentada hasta superar en poco los 600 marcos (cf. *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 19 de junio de 1943).

21

# EL HABLA NAZI

Según se dice, en el proceso de repetición que experimenta la historia, se produce primero la tragedia y después la farsa. En Alemania este orden fue invertido en lo referente al lenguaje. Cuando Karl Kraus escribió su sátira pacifista *Los últimos días de la Humanidad*, durante la Gran Guerra, llenó hasta el último hueco con el símil del habla nazi, casi dos décadas antes de que la *lingua Tertii Imperii* * o lenguaje del Tercer Reich se hiciese corriente. Cuando esto sucedió, en 1933, Kraus se refugió en el silencio, capitulando ante el corolario lingüístico de la ley de Gresham con la declaración: "No se me ocurre nada a propósito de Hitler".

Los nazis saquearon y corrompieron la lengua alemana con la misma implacable sistematicidad que aplicaron a todos los demás recursos humanos y materiales, vaciándola de toda gracia, sutileza y variedad. Usaron las palabras no como puentes lanzados a la mente del auditorio sino como arpones a clavar en la delicada fibra de su inconsciente. Las diversas utilizaciones del lenguaje —comunicación, discusión, defensa, monólogo, plegaria, conjuro— quedaron reducidas a una sola: la utilización mágica.

El conjuro se convertía con igual facilidad en exhortación —*Deutsch-land er-wache! Ju-da ver-reck!* (¡Alemania, despierta! ¡Judá, perece!)— que en moralización. Esto era significativo dada la función clave de la moralización en la manipulación nazi de la mente alemana. Un martilleo de plegaria resonaba en la cadencia de slogans como "Tú no eres nada; tu nación lo es todo" e infinitas variaciones sobre el mismo tema.

* Cf. Victor Klemperer, *Lingua Tertii Imperii,* Aufbau Verlag, Berlín, 1949, un fascinante estudio sobre la deformación nazi del lenguaje. El profesor Klemperer, judío, fue una víctima del régimen, expulsado de la universidad, fue reclutado para realizar trabajos forzados y sólo sobrevivió merced a su paso a la clandestinidad.

Un efecto adicional lo producía el uso de formas verbales imperativas, como *Räder müssen rollen für den Sieg!* (Las ruedas deben girar hacia la victoria), que creaba asociaciones con la idea del imperativo categórico, tan caro a la filosofía idealista alemana. Además de los imperativos morales, el habla nazi era abundante en superlativos, que llegaron a convertirse en la forma habitual del adjetivo. Algunos adjetivos con carga emocional como "histórico" o "eterno", que, aunque no superlativos formalmente, implicaban una connotación similar, fueron profusamente utilizados. Otros adjetivos sufrieron una total revaluación. "Ciego" —en frases como "con fe ciega" o "seguir ciegamente"—, que anteriormente había tenido una connotación negativa, adquiría ahora valor positivo, por indicar un compromiso total. Incluso la palabra "total", en un principio emocionalmente neutra, recibió un significado radicalmente nuevo: *Das Reich*, por ejemplo, hablaba de "la situación educativa total existente en una escuela nacionalsocialista femenina",[1] y una tienda de juguetes anunciaba un nuevo tipo de "juego total" para niños.[2]

"Fanatismo", que había sido un término peyorativo que indicaba fidelidad por encima de la razón, sufrió una metamorfosis similar por un proceso que Klemperer describió así: "Si alguien dice una y otra vez 'fanático' en lugar de 'heroico' y de 'virtuoso', acabará por creer realmente que un fanático es un héroe virtuoso, y que el heroísmo es imposible sin fanatismo".[3]

La tendencia a los superlativos y al lenguaje enfático en el habla nazi daba lugar a redundancias: recordemos sólo la declaración de Goebbels durante la guerra: "La situación sólo puede ser salvada mediante un ardiente fanatismo"[4] (como si fuese concebible una forma moderada de fanatismo), y titulares de prensa como: "La juventud conoce *Wilhelm Tell*",[5] que querían crear la impresión profunda de que se había celebrado una representación de la obra de Schiller ante un público compuesto por miembros de las Juventudes Hitlerianas.

La misma tendencia a formas de lenguaje más intensas se manifestaba en el uso transitivo de verbos normalmente intransitivos *Wir fliegen Proviant* (volamos víveres), o *Wir frieren Gemüse* (congelamos verduras).[6] Otro medio para hacer más emocional el lenguaje era el constante recurso a palabras con implicaciones de santidad, dentro de las que se distinguían las primordiales (seno, tierra, ruinas, gigante, túmulo) y las medievales (altar, catedral, coro, cáliz).*

El constante uso propagandístico redujo conceptos tan importantes como Dios, eternidad, providencia, vida, muerte, a moneda corriente del lenguaje.

* Para un examen de esta técnica, ver Ernst Loewy, *Literatur untern Hakenkreuz*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main, 1966.

"No hay muerte más grande que la que produce vida; no hay vida más noble que la que surge de la muerte" era el título de un serial radiofónico.[7] Goebbels describía a Alemania durante un discurso de Hitler como "transformada en un único lugar de culto en el cual su intercesor comparece ante el alto trono del Todopoderoso",[8] y la esquela mortuoria de un jinete acrobático estaba redactada en estos términos: "Otra silla de montar ha quedado vacía. Axel Holst ha ido a reunirse con sus compañeros en el Walhalla. Los jinetes de Germania lloran a un hombre de suprema maestría".[9] En palabras de Hans Schemm,* los artistas eran "órganos de la nación que se elevan hasta el cielo para tomar de él los valores eternos y dar alimento espiritual al organismo del pueblo".[10] Cuando el presidente de un club social de Berlín anunció el fin de la primera parte de la reunión anual, usó las siguientes palabras: "Y si ahora pasamos a bailar, lo haremos en la conciencia de que no caemos en lascivia foránea. Nuestra danza será una lucha por el renacimiento de Alemania".[11]

Como forma artística, este uso del lenguaje ofrecía tantas posibilidades a los entusiastas amateurs como a los profesionales, aunque estos últimos apenas podían superar a sus competidores legos. En un artículo de una revista literaria donde se trataba de la fisonomía de los principales escritores nazis, se decía:

"La mirada de Hans Grimm muestra que la retraída taciturnidad del hombre nórdico ha sido rota por una dura experiencia y transformada en varonil, amarga paciencia. En el caso de Hermann Stehr, predomina la carne espiritualizada. En el caso de Grimm, la estructura ósea, y en el de Frank Thiess, la frente. En la fisonomía de Hanns Johst hay una cierta suavidad y semioscuridad. La sólida y colérica movilidad de su carne campesina está diseccionada. La calidad rocosa de su rústica estructura ósea se ha suavizado y transformado en algo parecido a áspera piedra caliza. El refinamiento aparece con especial claridad en sus orejas. Las intensas circunvoluciones de éstas, semejantes a la filigrana, denotan la sensible receptividad de Johst para la musicalidad de la lengua. En el caso de Johst, la oreja es cálida y claramente desarrollada hacia abajo; en el de Thiess, es más fría y claramente desarrollada hacia arriba." [12]

Podríamos encontrar las suficientes efusiones de este tipo como para llenar el resto de este libro, pero nos contentaremos con reproducir en último lugar la contribución de un no profesional de la literatura, un guía que les dijo a un grupo de excursionistas que hacían una salida en autocar organizada por A la Fuerza por la Alegría: "Y ahora bajemos y coordinémonos (*Gleichschaltung*) con la madre naturaleza".[13]

* Ministro de Educación de Baviera y presidente de la Asociación de Maestros Nazis.

Aunque lastrada por la retórica, el habla nazi podía ser un efectivo vehículo de comunicación en sentido único, y en ocasiones conseguía incluso contener significados ajenos a su sentido literal. Un buen ejemplo de esto último fue este "trailer" de un discurso del Führer que debía ser retransmitido desde la factoría Siemens de Berlín: "De 13.00 a 14.00, será una hora de fiesta. A la hora 13.00, Adolf Hitler se dirigirá a los obreros".[14] Este anuncio combinaba la información de un programa con la idea de un salvador que venía a reunirse con los pobres y desheredados. La expresión "la hora trece" sugería una llegada producida después de la hora doce, de la hora final; es decir, una llegada que podía haberse retrasado, pero, dado que se trataba de la llegada de un salvador, las leyes del tiempo no la afectaban.

Un aspecto en que la *lingua Tertii Imperii* resultaba especialmente eficaz era en la creación de nuevas palabras, que se incorporaban rápidamente al uso corriente. Los neologismos nazis tenían origen diverso: algunos eran términos técnicos investidos de significado político (por ejemplo, la palabra *Gleischschaltung*, tomada de la ingeniería eléctrica); otros eran nuevos compuestos que denotaban innovaciones nazis como *Ahnennachweis*, literalmente "pruebas de ascendencia", que significaba pruebas fehacientes de ascendencia aria); otros eran arcaísmos artificialmente resucitados (como *Thingstätte* * por "anfiteatro", o *Dietwart* por "jefe de deportes"). Un neologismo que tuvo inmediata aceptación fue *Kohlenklau* ("ladrón de carbón"), un diablillo representado en los carteles editados con ocasión de la campaña de ahorro de combustible, lanzada durante la guerra. Cuando alguien dejaba entreabierta la puerta de una habitación calefactada, alguien exclamaba: *Kohlenklau kommt* ("viene el ladrón de carbón").

No todos los intentos de introducir innovaciones lingüísticas tuvieron tanto éxito. La expresión *Euer Deutschgeboren*[15] ("Su señoría alemana") no consiguió sustituir al *Euer Hochwohlgeboren* ("Su honorable señoría") como fórmula para iniciar cartas, a pesar del atractivo ideológico que sin duda poseía. Una innovación que cuajó en una medida extraordinaria fue el uso de las siglas: NSDAP, SA, SS, KDF, OKW, Ge-Sta-Po... No había institución, estatal o de partido, cuyas siglas no pasaran rápidamente al uso general. La manía nazi por la abreviatura estaba motivada por varios factores: (a) las palabras representan la capacidad del hombre para describir, ordenar en categorías y, por tanto, dominar las cosas, y las siglas indican una forma de dominio más organizada; (b) para la "banda de hermanos juramentados", las abreviaturas eran símbolos de unidad al estilo masón, y (c) hay algo marcial en la rapidez y la fuerza explosiva con que salen de la boca las abreviaturas (algunas abreviaturas militares nazis se convirtieron

* *Thingstätte* fue retirada de la circulación en 1935.

en corrientes incluso fuera de las fronteras de Alemania, como *Stuka, flak* y *strafe*).

Las abreviaturas tuvieron gran difusión. Los automóviles particulares fueron llamados PKW (iniciales de *Personenkraftwagen*, "pasajero-motor-vehículo"); las camionetas, LKW (iniciales de *Lastkraftwagen*, "carga-motor-vehículo"); y los asistentes sociales definieron a las prostitutas no profesionales como "personas de HWG" (*häufig wechselndem Geschlechtsverkehr*, "relaciones sexuales variadas"). De 1939 en adelante, cuando la militarización de la vida intensificó la tendencia a las abreviaturas, se desarrolló una subcultura de expresiones abreviadas: los berlineses que salían de los refugios antiaéreos a primeras horas de la mañana se deseaban mutuamente *Popo*[16] (*Penne ohne Pause oben*, "que duermas sin interrupción arriba"). También se convirtió en habitual el expresar una negativa rotunda con el acróstico *Kakfif* (*Kommt auf keinen Fall in Frage*, "no puede ser de ninguna manera").

El folklore lingüístico se enriqueció también en forma similar en otros países (véase, por ejemplo, la moda contemporánea de las abreviaturas como TTFN en Inglaterra), pero estos neologismos alemanes eran excepcionalmente anales en su inspiración: *Popo* significa "trasero" en el habla infantil, y la primera sílaba de *Kakfif* significa, literalmente, "heces".

De las palabras folklóricas obscenamente absurdas pasamos a la absurda deformación del lenguaje para camuflar la obscenidad. Después de la toma del poder, la expresión "muerto cuando trataba de escapar" se convirtió inmediatamente en un eufemismo, universalmente entendido, por "deliberadamente eliminado en un campo de concentración". "Custodia protectiva" (de la policía), que significaba todo lo contrario de protección, y "Ayuda Invernal", impuesto obligatorio disfrazado de caridad voluntaria, eran subterfugios lingüísticos igualmente transparentes. Dentro del aparato nazi, el doble sentido se convirtió en algo tan normal que Goebbels pudo hablar con toda seriedad de "pompa sencilla", y el SD pudo cerrar su informe sobre el número de carnaval de 1937 del *Münchner Neueste Nachrichten*, único no censurado, con la frase: "Ha dado lugar a un deseo ampliamente expresado de liberalización de la libertad de prensa".[17]

La guerra requería el uso abundante del camuflaje, tanto en el terreno verbal como en otros. Las retiradas eran definidas como "rectificaciones del frente", y las dificultades graves eran convertidas en "pausas momentáneas". Goebbels describió la batalla de Stalingrado como un enfrentamiento pugilístico:

"Nos limpiamos la sangre de los ojos, para poder ver con claridad, y, en el próximo asalto, estaremos firmemente en pie otra vez, pues somos un pueblo que hasta hoy sólo ha boxeado con la mano izquierda y ahora está

vendándose la derecha para poder hacer implacable uso de ella en el próximo asalto." [18]

Pero fue en el ámbito de la Solución Final (siendo esta misma expresión la frase-cortina de humo por excelencia) donde la utilización nazi del eufemismo llegó a su apogeo. La nota "El judío XY vivía aquí" en una puerta significaba que el ocupante del piso había sido deportado, es decir, que había muerto; la inscripción "El destinatario se ha cambiado" en las cartas retornadas tenía el mismo sentido. "Reinstalación" significaba "deportación"; "campo de trabajo", "crematorio"; "acción", "matanza"; y "selección", "gaseo".

El holocausto dio lugar también a otros efectos secundarios de carácter semántico: el Hertz, como unidad de medida física, fue abolido en las universidades; el *Judas Maccabaeus*, de Handel, sólo pudo sobrevivir bajo el título de *Héroe de un pueblo*, y la novela de Howard Spring *O Absalom* fue publicada en la traducción con el título de *Hijos amados*.[19]

La campaña de limpieza general de la lengua ganó buen número de adeptos. Un Savonarola de la semántica encomendó publicamente a un colega periodista que llamara la atención sobre la continuada tolerancia de palabras derivadas del yiddish en la lengua alemana, pero se opuso a la inclusión de "Mamma" en ese grupo, alegando que la suspecta palabra derivaba del término latino para el pecho femenino y no del *yiddish* para "lengua madre", *Mamme loschen*.[20] Incluso palabras derivadas del latín y del griego fueron candidatas a la eliminación. Como hemos visto, los puristas ponían reparos a la expresión "campo de concentración" por razones de autarquía lingüística, y proponían en su lugar el sustituto autóctono *Sammellager* (campo de reunión). Los geógrafos con sensibilidad lingüística querían sustituir *Geologie* (geología) por *Flözkunde* (ciencia de los estratos), y *Oase* (oasis) por *Grünfleck* (mancha de verde),[21] En el reino de la gastronomía quedaron borrados los últimos recuerdos del Tratado de Versalles cuando la *Sole bonne femme* y el *consommé* reaparecieron en forma de *Seezunge zur guten Frau* y *dürre Suppe*, respectivamente.

Se acusaba también a los franceses de haber dado una connotación peyorativa al nombre de los vándalos —tribu germánica contemporánea de visigodos y ostrogodos—, y el término "vandalismo" fue oficialmente suprimido de la lengua alemana por razones de respeto racial.[22] La veneración por el mundo de las tribus teutónicas se expresó también en la popularidad de los nombres de pila sacados de las sagas germánicas, tendencia que se remontaba al culto de Wagner y al romántico Movimiento de la Juventud, que los nazis continuaron y fomentaron. Aun en 1944, seis de cada nueve niños [23] eran bautizados con los nombres de Sieglinde o Edeltraud, Günther o Ekkehard y, en ocasiones, las autoridades habían de advertir a los padres demasiado entusiastas de que no escogiesen nombres tan nórdicos (o sea, escandina-

vos) que dejasen de ser alemanes.[24] Un hecho interesante fue la fascinación que ejercían los nombres compuestos, *à la* Horst-Dieter; en el caso de las niñas, esto dio lugar a ridículos híbridos, mitad diminutivos mitad heroicos, como Klein-Karen (pequeña Karen).

Otra innovación onomástica que, aunque poco extendida, dio muestra de la pedantería nazi y de su obsesión por los símbolos era la costumbre de aquellos que dejaban la Iglesia de escribir "Krista" los nombres de sus hijas que habían sido bautizadas con el nombre de Christa.[25] * Aunque no existe ninguna prueba material de que, en el lenguaje del Tercer Reich, *Antichrist* se escribiera nunca *AntiKrist,* hay abundantes pruebas semánticas de la existencia de tal personaje. Así, la prensa nazi describió *expressis verbis* una ceremonia conmemorativa en honor de los asesinos del ministro de Asuntos Exteriores Rethenau, pertenecientes a la *Fehme,* como una "ceremonia junto a las tumbas de los eliminadores de Rathenau".[26] La frase hecha con que se dirigían los SS que llevaban el registro de Dachau a los recién llegados era: "¿Qué puta judía te ha cagado?", frase encaminada a conocer el nombre de su madre. En Belsen, las guardianas hablaban normalmente de tantas o cuantas "unidades de prisionero", y en la correspondencia entre el departamento de investigación química de la IG-Farben y las autoridades del campo de Auschwitz se hablaba de "cargamentos" o "entregas" de conejos de Indias humanos.[27]

Los guardias de Auschwitz preguntaban, bromeando, a sus compañeros encargados de echar por la reja de la cámara de gas los cristales de Cyclon B: "¿Ya les habéis dado su comidita?".[28]

La *lingua Tertii Imperii* se adaptaba con igual facilidad a la deshumanización que al sentimentalismo y el eufemismo. La misma lengua que produjo los "eliminadores de Rathenau" y las "unidades de prisioneros" dio base a los juegos de palabras *Konzertlager* por *Kazettlager* (*KZ-Lager,* campo de concentración) y *Pour le Sémite* por *Pour le Mérite* (denominación burlesca de la estrella amarilla). Los mismos guardias de las SS qce inventaron el monstruoso retruécano "La comidita Cyclon B" se daban a veces a sí mismos los autodespectivos (por no decir autocompasivos) nombres de "conejitos KZ" y "viejos luchadores del alambre de espino", referencia al calificativo "viejo luchador" aplicado a los veteranos del partido ingresados antes de 1933.

* Los teutomaníacos no aceptaban la escritura de este nombre con *ch,* por considerarla derivada del griego y, por tanto, no alemana.

# 22

# EL HUMOR

Cuando el totalitarismo marchita todas las manifestaciones del pensamiento excepto el humor, florece el chiste político, planta de largas raíces que se nutre de reservas de imaginación e ingenio a las que se han negado sus salidas naturales. Tales "flores" proliferaron en el hermético invernadero de la Alemania nazi, empapada por los vapores de la retórica y la embriaguez nacionalista.

Si el aroma de estas flores tenía un ligero aire de libertad para el olfato susceptible, ello no dejaba de beneficiar en cierto modo al régimen, aunque esta consideración no impidió a los gobernantes nazis, cuya principal característica era una *viehischer Ernst* (seriedad bovina), reprimir la irreverencia de sus súbditos con salvaje dureza. La pena establecida para los chistes anti-Hitler era la muerte.*

El humor antinazi era a la vez una expresión en tono menor de resistencia (o, cuando menos, de disconformidad) y una forma de terapia. Sin embargo, para muchos alemanes, el chiste político representaba un cómodo (o incluso socialmente admirado) sustitutivo del pensamiento (por no decir de la acción) acerca de unos males que existían más allá del juego de palabras y la anécdota graciosa. Los chistes derrotistas neutralizaron a veces los esfuerzos del régimen por elevar la moral, pero, en general, la persona que contaba un chiste y advertía antes a sus oyentes: "Éste son tres años de trabajos forzados", no lo hacía tanto llevado por su conciencia política (no digamos ya por

* En julio de 1967, el Tribunal de Justicia de Berlín occidental estableció que el antiguo juez del Tribunal del Pueblo Hans Joachim Rehse había participado en la imposición de la pena de muerte a un párroco que había contado un chiste antihitleriano a un electricista que trabajaba para él (cf *Guardian,* 3 de julio de 1967).

su inconformismo) como por el eterno afán del gracioso de despertar el interés de su auditorio.

Además, una gran cantidad de chistes políticos contenían poca hostilidad hacia el régimen. Esto es válido para un buen número de chistes sobre Hitler; en cambio, los referidos a Goebbels eran casi siempre despectivos.

Los chistes aparecidos durante el Tercer Reich tendían, pues, a reflejar el estado de la opinión pública, para la cual Hitler era objeto de veneración general, mientras que Goebbels, aunque respetado por la agudeza de su pensamiento y de su lengua, no consiguió traspasar el límite que separa el respeto de la popularidad. Había también, naturalmente, una gran cantidad de chistes ferozmente antihitlerianos. En cuanto a sus "contrapartidas" positivas, a menudo reflejaban el mito más difundido de todo el folklore del Tercer Reich, comparando al ejemplar Führer con sus corrompidos o hipócritas subordinados, los "pequeños Hitler". Esto son dos ejemplos:

Los niños de Goebbels, invitados a tomar el té sucesivamente en casa de Goering, Ribbentrop y Robert Ley, vuelven más contentos después de cada visita, pues se les ha obsequiado cada día con pasteles de nata más enormes y otras cosas buenas. Después de una visita a Hitler, en cambio, aparecen muy decepcionados, pues sólo se les ha ofrecido café de malta y pastelillos pequeños. Y preguntan: "Papaíto, ¿es que el Führer no está en el partido?".

Hitler se detiene en una pequeña fonda de pueblo. El fondista da la noticia al alcalde, y todas las fuerzas vivas del pueblo se sientan a la mesa con el Führer. Viene el camarero y Hitler pide agua mineral. Todos los demás le imitan, excepto un hombrecillo de aspecto despistado que se sienta al otro extremo de la mesa, que pide una cerveza. Sus vecinos le dan codazos, aparentemente escandalizados. Desde su sitio, Hitler le dice: "Me parece que usted y yo somos los únicos hombres honrados del pueblo".

El nombre del Führer figuraba también en muchas combinaciones de palabras que satirizaban innovaciones introducidas por el Tercer Reich: la escasez de grasas dio lugar a la expresión "mantequilla de Hitler" como eufemismo por margarina, y las medidas eugenésicas del régimen produjeron el término "corte de Hitler" (*Hitlerschnitt*, juego de palabras sobre *Kaiserschnitt*, operación cesárea, literalmente "corte cesáreo"), jocoso eufemismo por "esterilización". La supuesta —y a menudo efectiva— anormalidad de la vida sexual de los líderes nazis constituyó una inagotable reserva de materia prima para los chistes políticos. En la época en que la campaña para el pleno empleo dominaba la publicidad oficial, se preguntó por qué Hitler siempre se apretaba la gorra contra el abdomen cuando presenciaba un desfile. La respuesta era: "Es para proteger al último desempleado de Alemania". Otra versión consistía en la respuesta: *Ihm ist keiner gewachsen* (frase de doble sentido, que puede significar "Nadie puede compararse con él" o bien "A él no le ha

salido pene"). Cuando Hitler justificó retrospectivamente el asesinato de Roehm declarando que le había impresionado profundamente descubrir la homosexualidad del jefe de las SA, los chistosos inquirieron: "¿Pues qué hará cuando se entere de que Goebbels tiene un pie deforme?". La Noche de los Cuchillos Largos, durante la cual Hitler supervisó personalmente la matanza de Roehm y de sus acólitos en Weissensee, dio lugar también a una burlona adición a la constitución del Reich: "El Canciller nombrará y matará personalmente a sus ministros".

De todos los chistes sobre Hitler, el que mejor refleja su personalidad es el que describe una salida de pesca del Führer con Chamberlain y Mussolini. El premier británico echa pacientemente el sedal, enciende la pipa y, al cabo de dos horas, consigue una buena pieza. El *Duce*, por su parte, se tira de cabeza al agua y coge con las manos un gran lucio. Entonces, Hitler ordena drenar el estanque. Al ver que los peces se retorcían indefensos en el fondo seco, Chamberlain pregunta: "Y ahora, ¿por qué no los coge usted?". Y Hitler responde: "Primero tienen que suplicármelo".

El papel de Goering en la mitología del humor político era parecido al de Hitler en cuanto que los chistes referentes a él no eran siempre abiertamente negativos. La mayoría de ellos trataban del tamaño desmesurado de las ropas del mariscal del Reich, es decir que se centraban en una debilidad muy humana que el alemán medio encontraba más bien amable aunque ligeramente ridícula: Un campamento militar formado por barracones de madera fue derribado para ser sustituido por construcciones de ladrillo. Un carpintero encargado de emplear toda aquella madera en un guardarropa para Goering se vio incapaz de cumplir la orden. Goering había insistido en que hiciese primero los colgadores para las chaquetas.

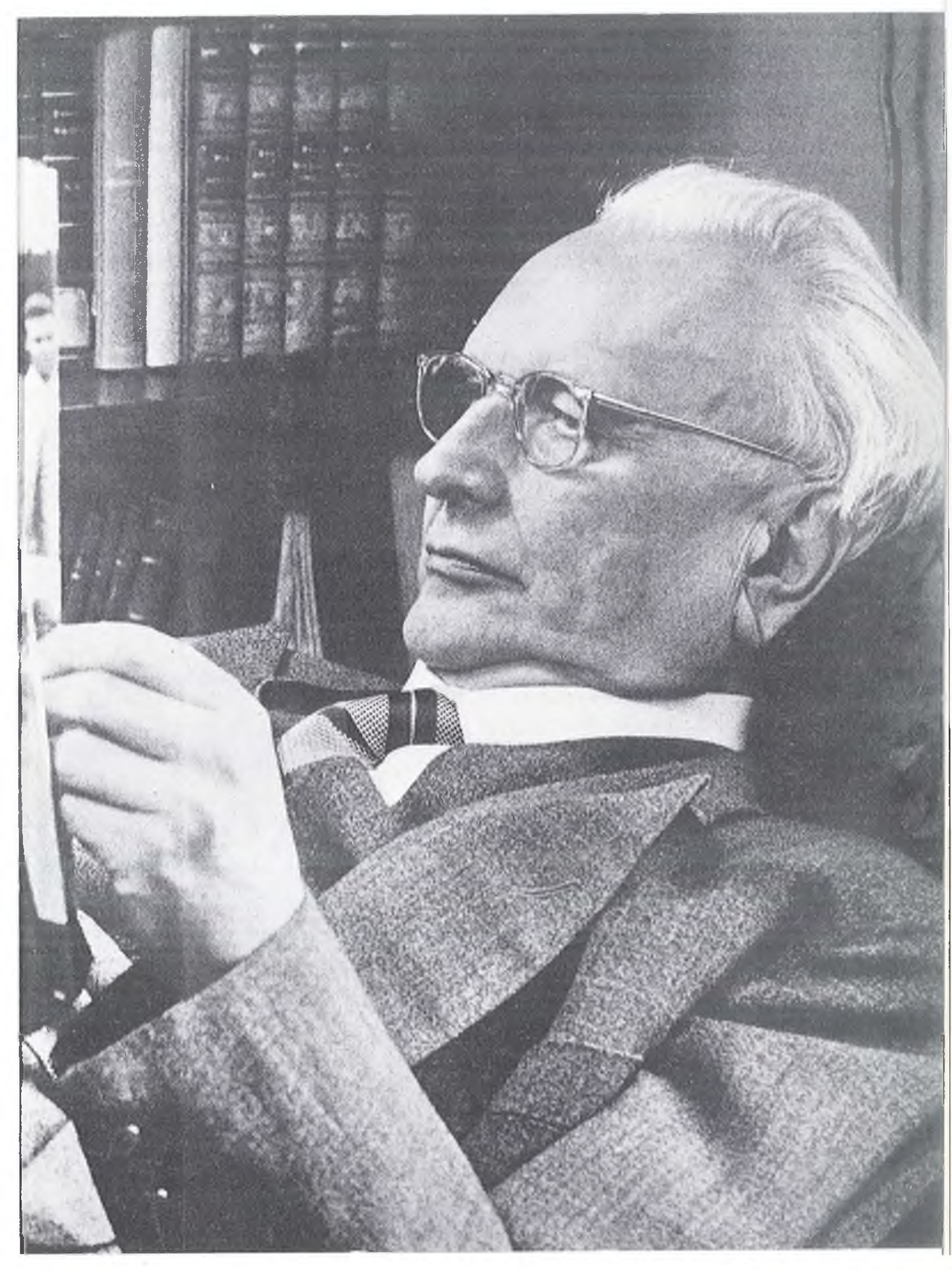
En el curso de una inspección naval, realizada junto con Hitler y Goebbels, Goering subió a un buque insignia, fue bajo cubierta y se asomó a una tronera. Al verle desde el muelle, Goebbels dijo a Hitler: "Mira, Goering se ha puesto alrededor del cuello todo un buque de guerra".

Enviado a Roma para delicadas negociaciones cerca de la Santa Sede, Goering telegrafía a Hitler: "Misión cumplida. Papa depuesto. Tiara y vestimenta pontifical me sientan perfectamente".

En los sótanos del Ministerio del Aire se revienta la conducción de agua. Informado del incidente en su despacho del piso alto, el ministro del Aire profiere la orden: "¡Tráiganme mi uniforme de almirante!".

Habiendo visto la espléndida colección de uniformes del ex Kaiser, Goering corre al hospital más cercano para hacerse acortar quirúrgicamente el brazo izquierdo.

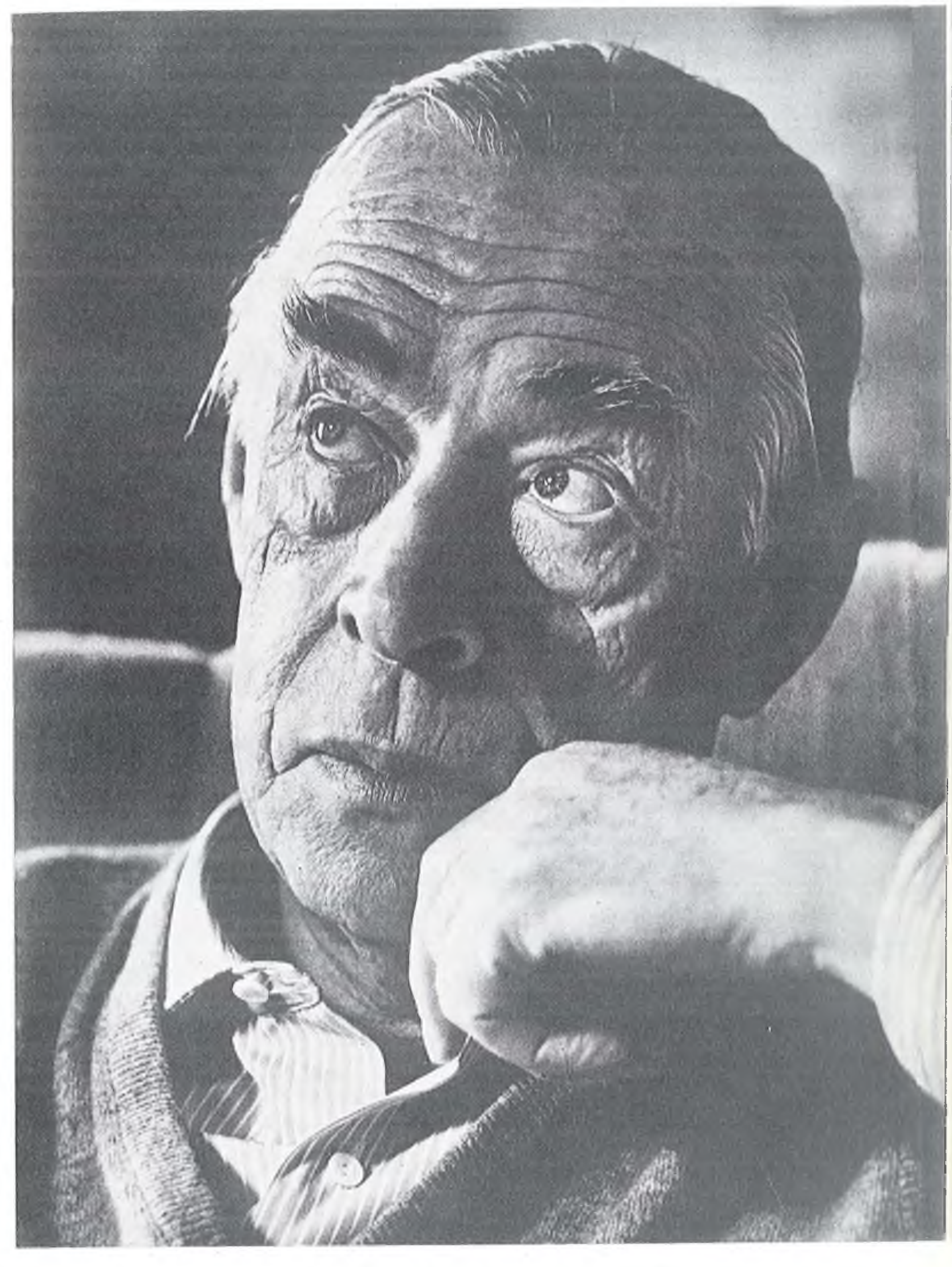
Se anuncia en Berlín que durante una semana los conductores no encontrarán gasolina, pues Goering ha enviado su uniforme a la tintorería.



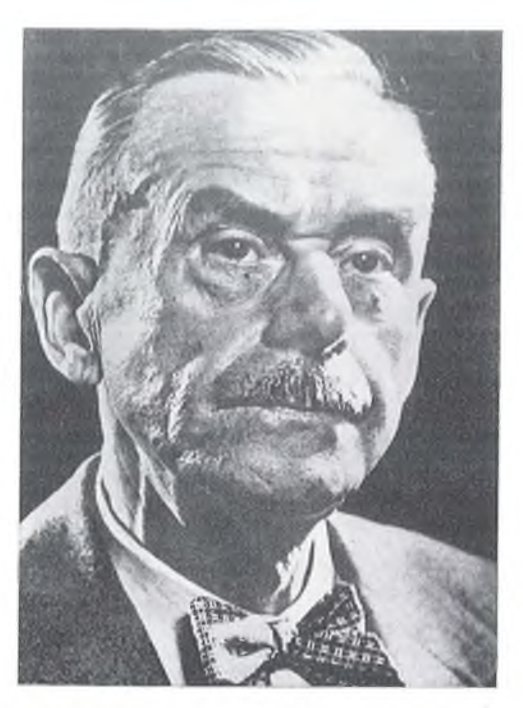
Karl Jaspers, relevante filósofo alemán, se mantuvo siempre en la oposición al credo nacionalsocialista.



En "El Dictador", filme de Chaplin, se ofrece una chispeante sátira contra Hitler.



Erich María Remarque, expatriado del Tercer Reich, fue uno de los más lúcidos adversarios de los planes hitlerianos.

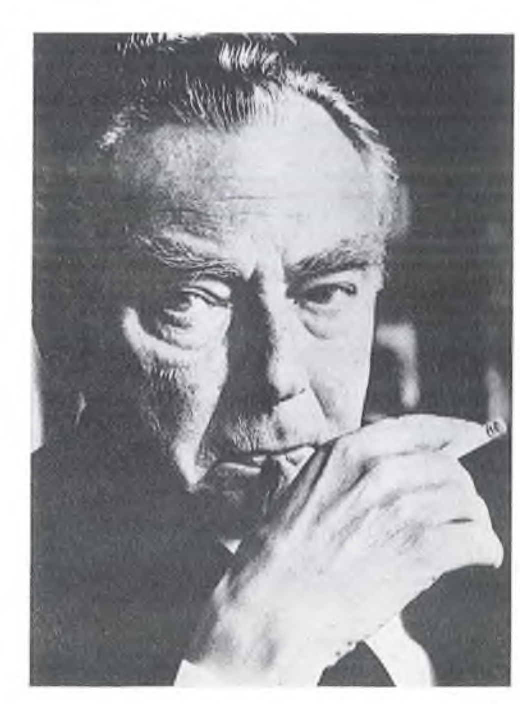

Thomas Mann


Stefan Zweig.

Schriftst Schneider



Erich Kastner.







Hans Carossa

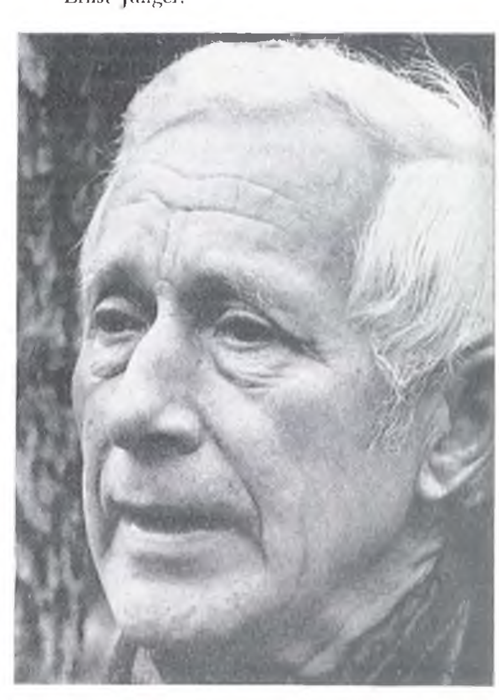


Georg Kaiser.

Bertolt Brecht



Ernst Jünger.

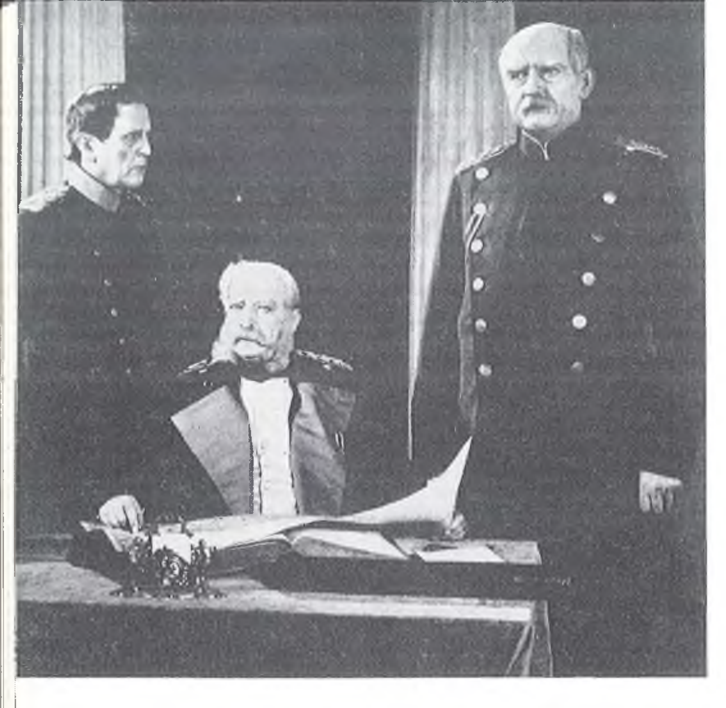


Marlene Dietrich en "El ángel azul".

Escena del filme "Metrópolis" de Fritz Lang.

Emil Jannings en la cinta "El patriota", de Ernst Lubitsch (1928).

Zarah Leander, una de las actrices predilectas del período nazi, en la película "La zorra plateada".



Escena de la película "Bismarck", rodada en 1925, y muy celebrada por los nazis.

Hans Albers en la película en color "Las aventuras del barón Münchhausen".

Los chistes de tema sexual sobre Goering contrastaban marcadamente con estas inocuas invenciones. Aparecidos en la época de su boda, eran más picantes por el hecho de que transcurriera un año antes de que su mujer, la actriz Emmy Sonnemann (de quien se rumoreaba que se había deshecho de su progenie, habida de una anterior relación ilícita en el extrajero), quedara embarazada.

El día de su boda, Goering se rompe los pantalones. ¿Es por la fuerza de detrás o por la alegría de delante? (Alusión de A la Fuerza por la alegría.)

Viendo a Goering vestido de veintiún botón el día de su boda, Goebbels le pregunta: "¿Por qué tantas galas? Cualquiera diría que vas a un estreno...".

Después de la luna de miel, Emmy Goering se separa de la Iglesia. Ha perdido la fe en la resurrección de la carne.

Una noche, Emmy Goering se despierta y ve a su esposo que, desnudo y de espaldas a ella, realiza un extraño ritual con su bastón de mariscal. A sus preguntas, explica: "Estoy ascendiendo mis calzoncillos a calzones".

También *déshabillé*, Goering aparecía en chistes de la época de la guerra. En 1944, se decía que solía pasear desnudo arriba y abajo de Unter den Linden, cubriéndose con un impermeable transparente cuando llovía, con el objeto de que los berlineses no se olvidasen de cómo eran los jamones.

Toda una serie de chistes sobre Goering creados durante la guerra se basaban en la bravata del ministro según la cual cambiaría su nombre por el de Meyer si el enemigo penetraba alguna vez en el espacio aéreo alemán. Las sirenas de la alarma aérea eran popularmente conocidas como "la corneta de Meyer". Según el juego de las unidades de medida, un "Goer" era la máxima cantidad de hojalata que un hombre podía llevar colgada del pecho sin darse de narices en el suelo. Un "Ley" era el máximo tiempo durante el cual un hombre podía hablar sin decir una sola cosa sensata. Un "Rust" era el mínimo lapso de tiempo que transcurría entre la promulgación de un decreto y su derogación. Un "Goeb" era la mínima cantidad de energía necesaria para desconectar simultáneamente cien mil aparatos de radio. Un "Goeb" era también la máxima medida en que una persona podía abrir la boca sin llegar a romperse la cara. Una variación sobre este tema era el chiste según el cual había sido cortado el árbol más viejo y más alto de la Selva Negra, hecho que causó profunda indignación entre los amantes de la naturaleza. Las autoridades se apresuraron a explicar que, para su cumpleaños, Goebbels había pedido a Hitler que le regalase una armónica. El ministro de Propaganda era comparado a un renacuajo, por el hecho de constar sólo de boca y cola. (La palabra alemana *Schwanz*, "cola", significa también, en argot, "pene".)

Este último tema fue tomado de nuevo en el chiste que corrió durante la

guerra, según el cual el ángel que remataba la columna de la victoria de Berlín era la única virgen que quedaba en la ciudad, por la simple razón de que el diminuto Goebbels no podía subir tan alto.

Los chistes verdes sobre los pecadillos sexuales de Goebbels formaban legión, pero las dificultades de traducción —por ejemplo, en el chiste de la actriz Lida Barova que sale para los estudios una mañana lluviosa y envía a su doncella a buscar el *Knirps* ("paraguas pequeño" u "hombrecillo") que se ha dejado encima de la cama— nos impiden exponerlos con más amplitud.

El hecho de ser el menos masculino y el de aspecto menos nórdico de los dirigentes nazis le valió también a Goebbels un cierto número de apodos, como "el enano venenoso", "Mahatma Propagandhi", "Teutón encogido y sin blanquear", "Mickey Mouse de Wotan".

La invención de este último epíteto se atribuye al gran enemigo de Goebbels, el capitán Roehm, ejecutado en junio de 1934. Vivo o muerto, el jefe de las SA, homosexual, constituía un inevitable objeto de chistes basados en la interrelación de sus perversiones sexual y política. Un chiste difundido poco después de su muerte decía: "Sólo ahora podemos captar el pleno significado de unas recientes palabras de Roehm a la juventud nazi: De cada muchacho de las Juventudes saldrá un militante de las SA".

Según otro chiste, Roehm tenía, encima del escritorio de su despacho, una inscripción, grabada a fuego sobre una tabla de madera, que proclamaba: "Mientras trabajo, aguardo que llegue la noche, y espero con impaciencia el trasero de la tarde".

Se decía que en los locales de las Juventudes Hitlerianas podía verse el slogan: "Culo a la pared, que viene Roehm".

La obscenidad caracterizaba también los innumerables chistes basados en la manía nazi de las abreviaturas. Se decía que KDF (*Kraft durch Freude*, "A la Fuerza por la Alegría") significaba *Kind durch Freund* (al niño por el novio) o bien *Kotz durchs Fenster* (vomitar por la ventana). Las iniciales BDM significaban *Bund deutscher Mädchen* (Unión de Jóvenes Alemanas) o bien *Bund deutscher Matratzen* (Unión de Colchones Alemanes), *Bund deutscher Milchkühe* (Unión de Vacas Lecheras Alemanas), *Baldur, drück mich* (Baldur, méteme mano),* o *Bedarfsartikel deutscher Männer* (artículos para hombres alemanes).

Los chistes sobre las Juventudes Hitlerianas giraban en torno al sexo o, como correspondía a una organización en la cual "la juventud guiaba a la juventud", sobre la precocidad.

Los muchachos de una clase escriben una redacción sobre el tema "¿Se habría suicidado el joven Werther de haber pertenecido a las Juventudes Hit-

* Baldur von Schirach era el dirigente de las Juventudes Hitlerianas.

lerianas?", y se permite al primero de la clase que proponga el tema de la próxima redacción. El muchacho sugiere "La doncella de Orleans ¿hubiera conservado su virginidad de haber pertenecido a la Unión de Jóvenes Alemanas?".

Un escolar expresa su descontento por las malas notas que ha recibido grabando en su pupitre, con el puñal de las Juventudes, la frase: "No fue para esto que luchamos durante catorce años" (una famosa frase de Hitler).

Las medidas para la autarquía económica dieron lugar a muchos chistes acerca de la escasa calidad de los artículos sustitutivos.

Un hombre que había encargado un traje a su sastre es acusado ante los tribunales por destrucción voluntaria de las reservas forestales.

Un hombre que quiere suicidarse compra un trozo de cuerda para ahorcarse, pero la cuerda se rompe. Se tira al río, pero la madera de sus ropas le mantiene a flote. En vista de todo ello, decide seguir viviendo, pero muere de hambre al cabo de cuatro semanas de racionamiento.

La mala calidad de la cerveza durante la guerra, que, como ya hemos visto, indujo a denominar esta bebida "lavativa a la Conti" (nombre del dirigente de la Asociación Nacionalsocialista de Médicos), dio lugar a la historia del bebedor descontento que envía a un laboratorio para su análisis una muestra de la cerveza que le han servido. Al cabo de unos días recibe el diagnóstico: "Su caballo sufre de diabetes".

El tema de la corrupción de los funcionarios dio lugar a la anécdota de dos funcionarios profesionales del partido que dan un paseo, en el curso del cual uno de ellos encuentra en el suelo un billete de cincuenta marcos. Su compañero le pregunta qué va a hacer con él. "Entregarlo a la Ayuda Invernal". A lo cual el otro replica: "¿Y por qué no nos quedamos con él directamente?". La lucha por los cargos ventajosos inspiró también algunas "definiciones". La sustitución de un funcionario incompetente por alguien realmente cualificado para hacer un trabajo era denominada "sabotaje", y un "reaccionario" era el ocupante de un puesto lucrativo deseado por un nazi.

El descontento que creó el programa de autarquía entre los campesinos inspiró el cuento del dirigente de la Corporación de Productores de Alimentos, Darré, que pregunta a unos granjeros sobre su forma de alimentar a los pollitos. El primero responde: "Les doy grano", y es objeto de una reprimenda por malgastar las reservas económicas del país. El segundo responde: "Les doy patatas", y es censurado por utilizar así un artículo esencial para el consumo humano. El tercero responde: "Pues yo les echo una moneda de un marco y les digo que se busquen ellos su comida".

Las fuertes deducciones que se imponían a los salarios industriales —que ascendían hasta al 20 por ciento del salario total— eran un inevitable tema humorístico.

Los obreros de una gran factoría se ponen muy contentos porque el encargado de entregar los sobres se ha equivocado y les ha pagado las deducciones en lugar del salario.

En el curso de la inspección a una fábrica de armamento, le presentan a Goering a un obrero destacado. Al observar el ministro que el hombre cojea, le pregunta, solícito: "¿Es una herida de guerra?". "No, es que el viernes pasado se me cayó el paquete de la paga sobre el pie." "¿Tanto pesaba?" "Mucho. Afortunadamente, ya habían quitado las deducciones, porque, si no, habrían tenido que amputarme la pierna."

Otro chiste sobre las condiciones del trabajo obrero presentaba a un trabajador que padecía de estreñimiento crónico, y a quien el médico del seguro recetaba laxantes cada vez más enérgicos, sin resultado. Desconcertado, el doctor le pregunta en qué trabaja. "En la construcción de autopistas." Con un suspiro de alivio, el médico entrega a su paciente una moneda de dos marcos. "Ya verá usted cómo le hace efecto el laxante en cuanto haya comido alguna cosa."

Las dificultades financieras de la baja clase media inspiraron la historia del criminal sanguinario sentenciado a morir en la horca. Al enterarse de la decisión del tribunal, Hitler, airado, se dirige a Goering: "Una muerte rápida es poco para un criminal como éste. Debería hacérsele morir de hambre lentamente". A lo cual responde el ministro: "Podríamos ponerle una tiendecita".

Además de tratar de las víctimas económicas del nuevo orden, el humor se ocupaba también de los grupos beneficiados por él.

¿En qué agrupación coral gana cada miembro más que Caruso? En el Reichstag, cuyos diputados actúan sólo una vez al año, cantan dos canciones (el *Deutschland Lied* y la "Canción de Horst Wessel") y cobran cada uno doce mil marcos.

Un viajero que pasa por un pueblo observa que unos hombres están retirando la veleta de la torre de la iglesia, y les pregunta: "¿Van a poner una nueva". "Oh, no. Vamos a sustituirla por un funcionario. Los funcionarios saben mejor que cualquier veleta de qué parte sopla el viento y hacia dónde va a cambiar."

Como hemos visto, los miembros del partido que ingresaron en él cuando la gran avalancha de entradas posterior a la toma del poder, en marzo de 1933, eran apodados "violetas de marzo". La insignia del partido recibía el nombre de *Angstbrosche* ("el broche del miedo").

La ubicuidad de los uniformes durante el Tercer Reich (el partido no cesaba de crear nuevas organizaciones con un "traje de batalla" distintivo) dio lugar a la sugerencia de que el ejército adoptara el traje de paisano, con el fin de distinguirse del resto de la población. En el marco de un partido que veneraba el mito de la masculinidad, las mujeres afiliadas no eran tenidas en

mucha estima. La Unión de Mujeres Alemanas era apodada "Escuadra de las Varices".

El saludo *Heil Hitler*, conocido oficialmente como el "saludo alemán", inspiró la definición de la "mirada alemana" (*der deutsche Blick*), es decir, el hecho de quedarse muy quieto y volver furtivamente la cabeza en ambos sentidos, en una rotación lo más completa posible, con el fin de comprobar que nadie escucha, antes de dar comienzo a una conversación *sotto voce.* Tales conversaciones solían cerrarse con la frase: "Usted también ha dicho unas cuantas cositas...", a lo cual la respuesta era: "Niego rotundamente haber hablado con usted".

El tema del "Gran Hermano" era también otra fuente de humor.

Los alemanes representan un milagro fisiológico. Son capaces de andar derechos a pesar de tener rota la columna vertebral.

Un hombre a quien le duele una muela visita al dentista. Éste le pide que abra la boca. "Me guardaré mucho de abrir la boca ante un perfecto desconocido." "Pero entonces, ¿cómo voy a sacarle la muela?" "Pues por detrás, naturalmente."

En invierno, dos silenciosos pasajeros de un tren hacen gestos apenas perceptibles con las manos, ocultas por la manta que les cubre las rodillas. Son dos sordomudos que se cuentan chistes políticos.

Los chistes aparecidos durante el período inmediatamente anterior a la guerra reflejan los éxitos de la política exterior del régimen.

¿Cuál es la diferencia entre Chamberlain y Hitler? Uno se toma un weekend en el campo mientras que el otro toma un país en un weekend.

Con ocasión de su quincuagésimo aniversario, el cuerpo motorizado nacionalsocialista regala a Hitler un juego de postes indicadores de fronteras móviles.

De 1940 en adelante, las tropas de Mussolini se convirtieron en tema de muchos chistes despectivos, como aquel sobre la orden cursada por el ejército italiano según la cual las condecoraciones debían ser llevadas en la espalda, pues se habían concedido por el valor mostrado al avanzar hacia atrás.

Pero, gradualmente, a medida que avanzaba la guerra, fue la propia situación militar del Reich la que se convirtió en tema de agrios comentarios.

¿Puede Alemania perder la guerra? No, desgraciadamente. Ahora que la tenemos, ya no nos libraremos de ella.

El estado de las defensas antiaéreas —en cuya efectividad Goering había basado su reputación— dio lugar a la historia del criminal condenado a una nueva forma de ejecución. Fue colocado en lo alto de un elevado pilar y rodeado por baterías antiaéreas que le sometieron a intenso bombardeo. Seis semanas después, un avión que volaba bajo descubrió casualmente que el condenado había muerto de hambre.

Los informes oficiales de la Wehrmacht sobre la batalla de Stalingrado dieron lugar a comunicados burlones:

"Nuestras tropas han capturado un piso de dos habitaciones con cocina, retrete y cuarto de baño, y han logrado conservar dos terceras partes del mismo a pesar de los duros contraataques del enemigo."

Durante esta fase de la guerra, se dio un aumento de chistes que atacaban a Hitler:

Churchill examina Longworth House, en Santa Elena, y dice: "Sí, servirá. El inquilino puede decorarla él mismo".

Un berlinés y un vienés intercambian recuerdos de los bombardeos. El primero dice: "El bombardeo era tan intenso que, cuatro horas después de pasada la alarma, todavía caían cristales a la calle". "Eso no es nada. En Viena, cuatro días después del ataque, todavía llovían a la calle retratos del Führer."

Después del final de la guerra, es descubierto el cadáver de Hitler con una nota que dice: "Me declaro inocente de la acusación. Yo estaba en el partido sólo para defenderme de la vendetta de Kaltenbrunner".

Las SS proyectaban una imagen tan escalofriante que apenas había chistes acerca de ellas. Pero una revisión del humor durante el Tercer Reich quedaría incompleta sin unos ejemplos del ingenio que floreció entre sus filas, el siniestro humor de aquellos hombres que combinaban una conciencia de trogloditas con el uso de la ciencia.

En Dachau, los guardianes llamaban al equipo de prisioneros encargado de limpiar la letrina "escuadra 4.711", del nombre del agua de Colonia.

En Mauthausen, los judíos que iban a ser empujados al precipicio de la cantera eran llamados "los paracaidistas".

En Auschwitz, los prisioneros empleados en la extracción de piezas de oro de la dentadura de los cadáveres gaseados eran llamados "los buscadores de oro de Alaska".

Y finalmente nos referiremos al humor entre los propios judíos. Con la persecución grabada en su espíritu, como una herida, desde tiempo inmemorial, los judíos estaban habituados a paliar su dolor con el bálsamo del humor. Aunque disminuida, esta capacidad no les abandonó ni siquiera durante el Tercer Reich.

Al encontrarse con el preocupado y meditabundo Goldstein, Kohn le comunica que Davidsohn ha muerto. Goldstein se encoge de hombros. "Bueno, si se le dio ocasión de reformarse..."

Levi cuenta a Singer el extraño sueño que tuvo la noche pasada. "Estaba sentado en el café Dobrin en la Kufürstendamm y vi en la calle una cara conocida; me volví a mi mujer y le dije: 'Aquel hombre de allá fuera, ¿no era Hitler, *nebbich*?'."

Un guardián de un campo de concentración informa a un prisionero judío de que lleva un ojo de cristal, imposible de distinguir del auténtico. Si el judío adivina cuál es el ojo de cristal, se le perdonará la vida; de lo contrario, será ejecutado. El judío lo adivina correctamente, y cuando el sorprendido SS le pregunta cómo lo ha sabido, el judío responde: "Es que el ojo de cristal tiene un destello bondadoso".

En Treblinka, donde los prisioneros eran utilizados para transportar al crematorio los cadáveres gaseados, a los prisioneros que comían demasiado les decían sus compañeros: "¡Eh, Moisés, no comas tanto! Piensa que después tendremos que cargar contigo!", y los perezosos eran conocidos como "especialistas en niños". También en Treblinka, el triste consuelo que se daba a los amigos a quien había que abandonar era: "Vamos, hombre, anímate. Ya nos volveremos a ver un día en un mundo mejor, en un escaparate, convertidos en jabón". Y la respuesta a esta observación era: "Sí, pero con mi grasa harán jabón de tocador, y tú serás una pastilla de jabón ordinario".[1]

# 23

# LA LITERATURA

La literatura fue el campo de las artes en que la toma del poder nazi tuvo unos efectos más inmediatamente visibles: unos dos mil quinientos escritores, incluyendo a ganadores del Premio Nobel y a escritores de *best-sellers* mundiales, abandonaron el país voluntaria u obligadamente, para constituir una diáspora única en la historia. Su partida fue acelerada por la purga efectuada a mediados de febrero en la Academia Prusiana de Poesía, la presidencia de la cual Heinrich Mann (autor de la novela que dio base a la película *El ángel azul, Professor Unrat*) hubo de ceder a Hanns Johst, antiguo poeta expresionista convertido en pintor de héroes solitarios tipo Leo Schlageter.*

La purga obligó también a abandonar sus puestos al premio Nobel Thomas Mann, a Alfred Döblin, Leonhard Frank, Georg Kaiser, Jakob Wassermann, Franz Werfel y otros. El puesto de estos "degenerados e indeseables raciales" ** fue ocupado por un grupo de escritores de los cuales ninguno gozaba del renombre internacional de sus predecesores: *** Werner Beumelburg, Hans Friedrich Blunck, Hans Grimm, Erwin Guido Kolbenheyer, Agnes Miegel, Börries von Münchhausen, Hermann Stehr y Emil Strauss.

Beumelburg, un antiguo oficial, representaba la escuela literaria "la Gue-

* Schlageter fue un famoso terrorista del *Frei Korps* ejecutado por los franceses durante su ocupación del Ruhr, en 1923.

** A pesar de esto, algunos de los que no eran judíos, como Kellermann y Paquet, continuaron viviendo y publicando en Alemania.

*** El crítico literario *völkisch* Wilhelm Stapel expuso su particular racionalización del fenómeno: "Las novelas judío-alemanas de un Wassermann, un Feuchtwanger o del judío asimilado Heinrich Mann... no guardan relación básica con el idioma alemán. Podrían haber sido escritas igualmente en inglés, francés o sueco... El lenguaje no es más que la envoltura fortuita de estas obras" (*Die literarische Vorherrschaft der Juden in Deutschland, Forschungen zur Juden frage,* Hamburgo, 1937, vol. I, p. 188).

rra como experiencia espiritual" (*Fronterlebnis*). En su ruda y sentimental obra *Gruppe Bosemüller*, que fue un *best-seller* en Alemania, alternaba las brutales descripciones de luchas con evocaciones de "camaradería" que pretendían ser grandiosas y resultaban ridículas, de las que había una gran demanda entre los lectores de la posguerra,* penosamente conscientes de la ausencia de aquélla en la cotidiana existencia civil.

Blunck procedía de la Baja Alemania y se inspiraba principalmente en los cuentos populares locales, los mitos prometeicos nórdicos y las sagas vikingas. En lo que puede ser descrito como un intento de establecer una "continuidad raza-tiempo", adoptó, en su prehistórica *Urvätersaga*, la forma de trilogía que era de rigor entre los escritores *völkische*, debido a su obsesión por la eternidad.

Hans Grimm, que había vivido en Sudáfrica antes de la guerra, publicó en 1926 la obra época de mil doscientas páginas *Pueblo sin espacio*, que se convirtió inmediatamente en un *best-seller*, en la que se afirmaba que: "La nación blanca más limpia, más decente, más honrada, más eficiente, más industriosa [1] ... de la tierra vive encerrada en unas fronteras ya demasiado estrechas".[2] La venta de este libro rebasó el medio millón de ejemplares a mediados de los años treinta,[3] y el título mismo constituyó una de las más poderosas armas del arsenal propagandístico nazi.

Erwin Guido Kolbenheyer, un *Volksdeutscher* de Hungría, era un novelista histórico de bastante talento. Su trilogía *Paracelsus* había tenido gran éxito en los años veinte, pero, tanto en sus obras de ficción como en las que no lo eran, era muy dado a la pontificación metafísica, la cual, despojada de su pretenciosa fraseología, constituía poco más que una reivindicación de la expansión territorial de Alemania.

El horizonte literario de la novelista y poetisa Agnes Miegel coincidía casi exactamente con los confines de la Prusia oriental, su región natal. Como autora de baladas, era una exponente destacada del género *Heimatdichtung* (literatura regional), que tenía gran atractivo para un público lector deseoso de evadirse de la vida moderna y de la masificación.

Börries von Münchhausen, que era descendiente del inmortal barón mentiroso y antiguo oficial de caballería convertido en hacendado, compartía con Frau Miegel la tierra de origen y la predilección por la balada. Su obra resultaba especialmente atractiva para la *Bündische Jugend* por estar impregnada del espíritu caballeresco. Este romanticismo nubló tanto su juicio que cayó en la tentación de contar mentiras al lado de las cuales las de su ilustre antecesor eran insignificantes. A la hora de la verdad, en 1945, se suicidó.

* Cf. Loewy, *Literatur unterm Hakenkreuz*, Frankfurt am Main, 1966, de donde han sido tomados buena parte de los datos y juicios de valor expuestos en este capítulo.

Hermann Stehr era un antiguo maestro de escuela de Silesia, provincia en que tanto la religión como la literatura estaban teñidas de misticismo, y reflejó esta tendencia en sus obras: equiparó la ceguera física a la clarividencia espiritual, y la recuperación de la vista, debida a la actividad sexual (sic), con la separación de Dios y, por tanto, de la fuente de la vida. Este tipo de profundidad convirtió a Stehr en autor predilecto de los filisteos pequeñoburgueses, conocidos en Alemania bajo el nombre de *Spiesser*, para quienes el grado de intimismo de una obra era la piedra de toque de su excelencia literaria.

Emil Strauss, un burgués suabo, era otro escritor regional en cuya obra la vida campesina adquiría trascendencia espiritual. Contrapuso una vida idílica de rústica serenidad y aislamiento al "asfalto" de las grandes ciudades, y predicó un culto a la vida dura. Así, el protagonista de *Der Spiegel*, un hombre pobre, deshace su matrimonio feliz porque la aceptación por parte de su esposa de una herencia le privaría del trabajo penoso, el yunque sobre el cual forjar su carácter.

Éstos eran los escritores cuya elevación a la Academia constituyó el símbolo literario del renacimiento nacional de Alemania. Aunque es muy posible que algunos de ellos fueran objeto de tal honor por lo que escribieron más que por la forma en que lo escribieron, no se puede negar el mérito de los demás. Emil Strauss, por ejemplo (a quien Hermann Hesse atribuyó el don de escribir una prosa clásica sin igual), había sido ya anteriormente miembro de la Academia, al igual que Guido Kolbenheyer.*

Sin embargo, fuese cual fuese su valor literario, ni la opinión culta alemana antes de 1933 ni la república universal de las letras les hubiese colocado en la cima del Parnaso nacional. A los ojos del mundo, autores expatriados como Thomas y Heinrich Mann, Erich Maria Remarque, Jakob Wassermann, Emil Ludwig, Vicki Baum, Leon Feuchtwanger, Leonhard Frank, Bruno Frank, Arnod Zweig, Stefan Zweig,** y Franz Werfel,*** y los dramaturgos Georg Kaiser, Ernst Toller, Carl Zuckmayer y Bertolt Brecht siguieron siendo los representantes de la literatura y el teatro alemanes.

Pero la opinión del mundo se fue haciendo cada vez menos importante para un país entregado a la autarquía, en el terreno cultural no menos que en el económico.

Además, aunque el aislacionismo y el ensimismamiento cultural de Ale-

* Ambos habían renunciado a sus puestos en 1931, en parte como protesta contra la "ascendencia" cultural de Berlín y en parte por hostilidad hacia la democracia de Weimar. Imitó su gesto Wilhelm Schäfer, el autor de *Trece libros del alma alemana.*

** Zweig era austríaco, pero tuvo el acierto de abandonar Alemania antes del *Anschluss.*

*** También austríaco, que permaneció en Alemania hasta 1938.

mania eran decretados por el gobierno, no contradecían totalmente las preferencias libremente expresadas del público lector. De los doce autores más vendidos[4] durante el último año de Weimar, siete —Beumelburg, Grimm, Stehr, Hans Carossa, Ina Seidel, Edwin Erich Dwinger y Heinz Steguweit— fueron posteriormente protegidos por los nazis; tres —Hans Fallada, Manfred Hausmann y Ernst Wiechert— fueron tolerados por ellos; y sólo dos —Werfel y Stefan Zweig— fueron proscritos.

De los autores protegidos, el más interesante fue el ex-médico Hans Carossa, elegante exponente de la serenidad goethiana que se adaptó perfectamente a las nuevas condiciones manteniéndose apolítico. Sus novelas aplacaron las latentes aprensiones de sus devotos lectores ante el Tercer Reich, brindándoles la posibilidad de entregarse al inofensivo lujo de los ideales humanitarios abstractos.

Frau Seidel fue una ferviente defensora de lo irracional, con una obsesión por la naturaleza de origen en parte luterano y en parte teosofista. Su *best-seller Das Wunschkind* presentaba a una madre que arrancaba a su hijo de las crueles garras del destino para perderle después estoicamente en la Guerra de Liberación.

Las musas de Heinz Steguweit y Edwin Erich Dwinger estaban en estrecha relación. Steguweit, alternativamente sentimental y humorístico, siguió pulsando los registros del tema *Fronterlebnis*. Dwinger se especializó en obras épicas acerca de los prisioneros de guerra y los voluntarios, en las que los alemanes eran los buenos y los comunistas los malos, en un contexto de gran crudeza.

Mucho más importante y compleja fue la obra de Ernst Wiechert, autor a quien el régimen toleraba apenas (y a quien encarceló temporalmente), al tiempo que lo utilizaba. Religioso y humano, Wiechert no pudo dejar de impugnar el nuevo sistema, pero sus novelas estaban impregnadas de la idea de la vuelta a la naturaleza como forma de terapia, y contenían vagas resonancias del tema "sangre y tierra". Sus protagonistas solían ser hombres atormentados que hallaban la paz en humildes y solitarias actividades rurales. Además, con su creación de una zona de "libertad interior" en la imaginación de sus lectores, contribuía a ofuscar su lucidez ante la pérdida de la verdadera libertad.

El fuerte de Manfred Hausmann era la evocación de escenas románticas de la vida errante, y el de Hans Fallada * un naturalismo moderno que, no obstante, estaba libre del deprimente aspecto de la obra de sus precursores. Aunque algo sospechoso a los ojos de los nazis a causa de sus tendencias

* La muy traducida novela *¿Y ahora, qué?*, de Fallada, fue una de las más significativas y de más éxito en la época de la Depresión.

decadentes, Fallada, llegado el momento, adaptó su obra a las "exigencias de la situación".

Aunque los nuevos detentadores del poder podían alegar y argumentar que gozaban de un consenso de lectores tan sólido como el de votantes, no eran insensibles al perjuicio que infligía al prestigio de Alemania ante el mundo el éxodo masivo de los intelectuales. Incluso el celebrado poeta Stefan George —sumo sacerdote del culto al esteticismo clásico—, al que los nazis consideraban, no sin motivo, partidario suyo,* emigró a Suiza, donde murió poco después. El gobierno de Berlín trató de reconstituir el equilibrio mediante gestiones secretas cerca de Thomas Mann, a quien se pensaba convertir en el genio tutelar del retorno a Alemania de los escritores emigrados,** pero tales negociaciones no dieron resultado alguno.

En su situación un tanto peligrosa, los inquisidores nazis, a quienes el escritor emigrado Heinrich Mann, secundado por Romain Rolland y otros portavoces de la república internacional de las letras, hicieron objeto de corrosivas acusaciones, recibieron apoyo de dos puntos; de uno de éstos cabía suponer tal cosa; del otro, menos. El primero era un grupo de patricios neorománticos y neoclasicistas (Börries von Münchhausen, Rudolf Binding *** y Wilhelm von Scholz),**** que cubrieron la pobreza de sus apologías ("no se pescan truchas a bragas enjutas") con la adecuada expresión poética. Münchhausen, por ejemplo, transfiguró la purga nazi mediante una pomposa metáfora sobre la era: "¿Qué importa que, al barrer la paja, se pierda un puñado de dorados granos? Alemania, el corazón de las naciones, es derrochadora y pródiga, como todos los auténticos corazones".[5]

El inesperado abogado del nazismo fue Gottfried Benn, probablemente la personalidad literaria más importante de cuantas prestaron su nombre al prestigio de la cultura alemana de orientación nazi. Poseedor del don de "hacer visible la fugacidad del ser y de conjurar la iridiscencia del mundo",[6] Benn había desarrollado una forma altamente individual del nihilismo estético dentro del movimiento expresionista. Su preocupación por el aislamiento del ser humano le hacía suspirar por lo primitivo, tandencia que coincidía notablemente con el atavismo implícito de la ideología nazi.

Benn, que declaraba ver "al nacionalsocialismo derramando oleadas de vitalidad ancestral por las fatigadas tierras de Europa", elevó la toma del poder

* El poema "*Das Neue Reich*", de Stefan George, de 1928, era un ditirambo dedicado a un Führer carismático.

** La misma gestión fue realizada cerca de Thomas Mann por su editor, Samuel Fischer, de Frankfurt, judío, que hubo de emigrar a su vez a Suecia en 1936.

*** Rudolf Binding gozaba de una gran reputación como representante del espíritu caballeresco y de las virtudes varoniles.

****Wilhelm von Scholz fue un novelista y dramaturgo en cuya obra se mezclan la veneración por los modelos clásicos con el patriotismo alemán.

nazi a la categoría de "mutación histórica" y embelleció la supresión de la libertad con analogías estéticas: "¿Cómo se imagina usted que tuvo lugar, en el siglo XII, el paso de la conciencia románica a la conciencia gótica? ¿Cree usted que fue discutida, cree que la gente fue a votar para decidir si los arcos habían de ser ojivales o de medio punto?".* Aunque él mismo fue objeto de ataques por su supuesta ascendencia dudosa,** dio plena aprobación al nuevo culto de lo arcaico y a la obsesión genealógica: "Hemos entrado en la época de la genealogía. Al ver el retrato de un antepasado próximo, se ve que presenta los rasgos del cazador primitivo, el tipo del cazador solitario braquicéfalo".[7]

Aunque el cambio de actitud de Benn en 1933 fue el más espectacular, no constituyó ni mucho menos el único ejemplo de adaptabilidad entre los autores alemanes. Así, Frank Thiess, el refinado cantor de Eros y Psique, bien alejado hasta entonces de los preceptos *völkische,**** incorporó un prefacio de contenido antirrepublicano a una reedición de su novela *Der Leibhaftige,* escrita durante los años veinte, prefacio que no venía dado en absoluto por el contenido del libro. Rudolf Herzog, cuyas sagas sobre las dinastías industriales eran importante alimento literario de la clase media, cumplió las nuevas normas literarias hasta extremos que habrían hecho creer en una intención satírica, en cualquier contexto que no fuese la bovina seriedad del Tercer Reich.

La obra *Über das Meer verweht,* de Herzog, estaba constelada de gemas de hipérbole teutomaníaca: "Ella desea permanecer fiel a su amado hasta la muerte, pero esto significa un tiempo muy largo, pues él es de sangre alemana, y la sangre alemana es inmortal", o bien: "Pensamos que ya realizamos una tarea heroica cuando alimentamos a un niño con la leche de su madre. Pero los grandes niños necesitan la sangre de nuestro corazón".[8]

Pero, aun cuando muchos *Selbstgleichschalter* ("autocoordinadores") literarios intentaron hacer pasar sus respectivos Pegasos por caballos de tiro de color pardo, el régimen no estaba dispuesto a concederles su favor por

* Réplica de Gottfried Benn a la carta abierta polémica que le dirigió Klaus Mann desde Francia en 1933, citada por Franz Roh en su *Entartete Kunst,* Hannover, 1962, p. 109.

** Börries von Münchhausen había mencionado públicamente, en 1934, la sospechosa similitud entre el apellido del poeta y el prefijo hebreo Ben, que significa "hijo", ante lo cual Benn se tomó increíbles molestias para establecer su pureza racial. Sus diligentes investigaciones dieron como resultado que: (a) Benn era el nombre de un tipo de vino de Dürkheim, que aparecía en la lista de vinos de Kempinski, el famoso restaurante de Berlín; (b) en Dürkheim, el término Benn denominaba el vino producido en viñas situadas a una cierta altitud; y (c) los Benn domiciliados en Inglaterra eran nórdicos puros. Publicó estas pruebas de la limpieza de sus orígenes en *Lebensweg eines Intellektualisten,* Berlín, 1934 (cf. Loewy, op. cit., p. 335).

*** *Der Weg zu Isabelle,* de Thiess, tenía resonancias incestuosas, y la protagonista de su *Frauenraub* era lesbiana.

este solo propósito. El *Schwarzes Korps* criticó la novela de Herzog[9] y —no inesperadamente— inició una caza de brujas contra Gottfried Benn. Le denunció como congénitamente obsceno (bajo el titular *Der Selbsterreger*, "el autoexcitador o masturbador"), e ilustró su acusación con una estrofa de su poema *Synthese*, cuyo último verso se dejaba en blanco por razones de decencia.*

Benn, ex oficial del cuerpo médico, cambió entonces los peligros de la existencia civil por la seguridad de la vida militar, optando por (usando su propia ampulosa frase) la "forma aristocrática de emigración". Esta salida del *impasse* en que se encontraba el creador bajo el totalitarismo fue también elegida por Ernst Jünger, cuya relación con el nazismo fue similar en algunos aspectos a la de Benn. Cofundador de la escuela *Fronterlebnis* y panegirista del Armagedón mecanizado, Jünger probablemente había minado los cimientos de la República de Weimar más efectivamente que ningún otro autor, pero se mantuvo desdeñosamente alejado de los beneficiarios de su obra de demolición. Así, rechazó honores nazis,** como un puesto en el Reichstag o en la Academia Prusiana de Poesía, así como una columna en el *Völkischer Beobachter*, pero permitió que las amplias reediciones de sus obras, que fueron oficialmente protegidas a partir de 1933, produjeran dividendos de orden económico para él y de orden ideológico para el régimen. Su elección del ejército como refugio contra la realidad nazi concuerda con esta ambigua conducta.

Entretanto, el Tercer Reich extrajo todas las ventajas posibles de la popularidad de un escritor que dio elevada realización estilística a la oficialmente prescrita apoteosis de la guerra. La guerra era el más importante de los cuatro pilares que sostenían el edificio de la literatura nazi, junto con la Raza, la Tierra y el Movimiento.

Aunque Jünger mostró muchas de las actitudes básicas de la escuela literaria de la *Fronterlebnis* —como, por ejemplo, la sustitución del amor por la camaradería masculina—, superó a sus colegas como metafísico de la movilización total. Sostuvo que, en la Primera Guerra Mundial, Alemania había estado mal preparada espiritualmente para la movilización total, pero que la segunda vez no fracasaría. Los muertos de la guerra habían pasado de un estado de incompleta realidad a uno de realidad total —de la Alemania "efímera" a la "eterna"—, y así habían establecido una norma que sus suce-

* *Das Schwarzes Korps*, 7 de mayo de 1936. Junto a la línea en blanco aparecía la explicación "No puede ser reproducido".

** La oferta de Hitler de incluir a Jünger en la lista nazi para el Reichstag en 1927 —momento en que las perspectivas electorales del partido no eran brillantes— no era, hablando en rigor, un honor, en el sentido en que sí lo eran las otras dos, hechas después de la toma del poder.

sores podían cumplir mediante un esfuerzo espiritual total. Esta metafísica estaba sembrada de afirmaciones del delirio de luchar y morir:

"Ahora el hombre es como la tempestad desencadenada, como el océano enfurecido y el trueno rugiente. Ahora está fundido con el cosmos y se lanza hacia las puertas de la muerte como un proyectil hacia su blanco." [10]

O bien:

"Es la lujuria de la sangre que desciende sobre la guerra como una vela roja en una galera negra, en su infinito ardor, semejante sólo al amor. Estremece ya los nervios en el seno de las agitadas ciudades cuando las columnas marchan hacia las estaciones bajo una lluvia de encendidas rosas, con la canción *Morituri* en los labios." [11]

Esta cita sitúa claramente a Jünger en el clima emocional de Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Pocos ejemplos más de obras de tema *Fronterlebnis* o incluso de la habitual literatura patriótica dignos de mención aparecieron durante la Segunda Guerra, ni, en realidad, durante todo el Tercer Reich. Pero esto no preocupaba a los directores de la escena cultural nacionalsocialista, pues poseían una reserva de obras de escritores anteriores de la que echar mano. En efecto, Rudolf G. Binding había escrito: "Tres veces ha surgido la sagrada guerra del corazón de las naciones",[12] y el poema de Ernst Bertram "Sólo las tumbas crean una patria" [13] y el de Hans Carossa:

> Mate o muera, él sabe
> que todo esto no es más que semilla de futuro amor.
> Mucha sangre, mucha sangre debe empapar la Tierra;
> si no, ésta nunca será el hogar de los hombres [14]

daban una expresión adecuadamente elevada a la ideología oficial. Y, más allá del círculo de estos importantes autores, había una cantidad innumerable de ellos que alimentaban el cada vez más amplio mercado de artículos *Fronterlebnis*, obras cuyo volumen era inversamente proporcional a su mérito.

La siguiente cita, muy representativa, pertenece a *Gruppe Bosemüller*, que, en 1936, ocupó el cuarto lugar en las listas de venta de las librerías alemanas.[15] La escena tiene lugar en una trinchera alemana en el frente occidental. El cabo Wammsch acaba de informar al soldado Siewers —a quien le han fallado los nervios durante una reciente acción— de que se le ha concedido un permiso:

"—Pero yo no quiero irme... tengo que reparar lo que he hecho... déme tiempo, ¿por qué no quiere darme un poco de tiempo? No quiero ir a casa, no quiero ningún permiso... no lo quiero... quiero volver a Fleury y al barranco de Souville... esto es lo que quiero.

Solloza y se estremece como si tuviera fiebre. Wammsch está muy asustado. No había esperado esto.

—No quiero ir a casa... iré a ponerme de rodillas delante del capitán... él me escuchará... no quiero ir a casa con mi madre... quiero volver al barranco de Souville y a Fleury.

Ahora está exhausto. Solloza todavía y todo su cuerpo tiembla. Pero ya no ofrece resistencia. Se deja atraer dócilmente al abrazo de Wammsch, se deja acariciar por sus endurecidas manos, y este abandono le produce una maravillosa sensación de descanso.

—Vamos... —dice Wammsch, profundamente conmovido—. Ahora mismo voy a hablar con el capitán. Tú te quedarás aquí con nosotros. Y al primero que te mire mal le romperé la cara..."

Este fragmento es típico, no sólo por la enfermiza mezcla de paternalismo y homo-erotismo sino también porque corresponde, aunque indirectamente, al modelo prevaleciente de literatura de guerra. Por iniciativa de los autores más que por abierta imposición oficial, el tema clave del género era la alquimia por la cual la vida del frente transformaba a un conjunto incoherente de átomos centrados en sí mismos en una "banda de hermanos juramentados".[16] Las trincheras, donde férreos vínculos de interdependencia unían a los hombres y donde toda impureza era purificada por el fuego de la guerra, constituían el examen de una comunidad de renacimiento nacional; pero como la población civil no pasaba por el crisol de la *Fronterlebnis*, la nueva Alemania prefigurada en las trincheras no llegó a nacer. (Importaba poco a los autores y a su numeroso público que fuesen precisamente el tan ridiculizado "frente interior" y la aún más despreciada *Etappe* —la retaguardia— los que hacían posible que funcionara el frente.)

Otra significativa paradoja común a mucha literatura *Fronterlebnis* se daba al tratar del enemigo. En su calidad de soldados, merecían una pequeña dosis de simpatía, pero esto era inmediatamente negado por su carácter de enemigos. Así, el protagonista de la pieza de Heinz Steguweit *Petermann pone paz* (o *Parábola del sacrificio alemán*), movido por un navideño impulso de detener la matanza, salía de su trinchera para colocar un árbol de Navidad iluminado en la tierra de nadie. Este acto quijotesco tenía como fondo fuertes tañidos de campanas, canciones navideñas y lejano tableteo de ametralladoras. Súbitamente, sonaba un disparo y Petermann se desplomaba, y cuando sus desconsolados compañeros de pelotón iban a recoger su cuerpo descubrían con amargura que los tiradores enemigos habían disparado sobre todas las luces del árbol de Navidad.[17]

La segunda gran categoría de las letras nazis, el género denominado "Movimiento" o "jefe y seguidores", constituía una prolongación del *Fronterlebnis* —tanto en cuanto a temas como desde el punto de vista cronológico—, con

la literatura de tema *Freikorps* como vínculo entre ambos. Dada su similitud, no es necesario decir gran cosa de ninguna de ellas. La literatura *Freikorps* del Tercer Reich fue menos interesante que la vida de algunos de sus principales cultivadores.

Ernst von Salomon, que era él mismo veterano de los disturbios de los *Freikorps* en el Báltico y en la Alta Silesia, y que había participado en un famoso crimen de la *Fehme* (la complicidad en el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Walter Rathenau, en 1922, le acarreó una condena de cinco años de cárcel),* mostró una arrogante preocupación por no asociarse demasiado estrechamente con el régimen, al tiempo que se beneficiaba de la popularidad de que gozaban sus novelas, en buena parte autobiográficas. La forma particular de "emigración interior" de Salomon —literatura de reportaje sin preocupación creativa— fue también la que escogió aquel Maverick de las letras de Weimar, Arnolt Bronnen. La habilidad de Bronnen para nadar y guardar la ropa queda atestiguada por su paternidad de exaltados dramas expresionistas, uno de ellos titulado *Parricidio*, así como la novela bestseller *Rossbach*, del género *Freikorps*, que glorificaba el abortado putsch de Munich de 1923.

Así como puede decirse que todo hombre vuelve a nacer cada siete años, el tiempo que emplea el cuerpo humano en renovar todas sus células, Bronnen consiguió transformarse de amigo íntimo de Brecht en primera figura del *entourage* literario de Goebbels en un espacio de tiempo mucho menor. Pero no pudo mantener en otro terreno este desafío a las leyes de la biología: se supo que su padre, ya fallecido, era judío, y aunque el autor de *Parricidio* exhibió públicamente ante un tribunal la declaración jurada por la que su madre afirmaba haber cometido infidelidad conyugal, hubo de llevar durante todo el Tercer Reich el estigma genético.**

Las obras correspondientes al género "Movimiento" adolecían —con una sola excepción—*** de una generalizada falta de calidad. Sólo los escritorzuelos a sueldo del partido se dedicaban a la hagiografía. Pasaremos por alto la fertilidad imaginativa en virtud de la cual un alcahuete de Berlín llamado Horst Wessel y otros individuos de la misma calaña fueron inmortalizados en el Walhalla y despertaron el interés de miles de lectores. (Véase, no obstante, la página 401.)

* Este episodio tuvo una curiosa consecuencia en la República Federal, cuando una productora cinematográfica alemana encargó a Ernst von Salomon que escribiese un guión para un film basado en la vida y la muerte de Rathenau.

** En 1937, se le prohibió publicar en Alemania. El continuo movimiento político de Bronnen llegó a su cumbre cuando, terminada la Segunda Guerra Mundial, salió a la luz de nuevo en Austria convertido en comunista.

*** Hans Heinz Ewers, pornógrafo conspicuo, había acaparado el mercado biográfico de Horst Wessel.

Las variaciones sobre el mismo tema que constituían el género "jefe y seguidores" carecen igualmente de interés, aunque la *Oda al Führer* [18] de Heinrich Zillich merece quizá mención como extraordinaria mezcla de retórica y mentira:

Benigna mirada azul y férrea mano en la espalda,
voz ronca, tú, el más leal padre de los hijos,
miras por encima de los continentes; unidos
están el hambre y su esposa, enlazados en unión sagrada
en las llamas del alma, infinita cadena
rodeada por las olas ante la mañana,
que tus hombros solos
han levantado por encima de las cordilleras, desde los abismos del infor-
[tunio.

Sobre el mismo tema de la jefatura, la composición *Cripta imperial*, de Josef Weinheber, se yuxtapone tristemente a la invención de Zillich. Weinheber,* poeta austríaco de notable talento criado en un orfanato, a quien durante años se negó el reconocimiento, fue presa fácil de los halagos nazis.

En el sombrío ataúd, tú, endurecida calavera,
¿llevas aún la corona? Sí, se convertirá en polvo.
En polvo. Pero el príncipe sigue siendo príncipe. Sólo los mendigos mue-
totalmente con la carne. [ren
¿Partirían los mendigos si los reyes se quedaran?
Por eso los príncipes deben descender, porque esos
débiles no realizaron más que su propia carne, esa grosera pujanza
entre dos oscuridades.

Aunque la poesía de Weinheber —como se observa en estas estrofas— refleja una sensibilidad barroca y una nostalgia por el pasado imperial, los manipuladores literarios nazis consiguieron utilizarla para el moderno y pseudorevolucionario culto del cesarismo.

Aún más éxito tuvieron los nazis con los cultivadores del *Heimatroman* (novela regional). Este género, que coincidía parcialmente con el *Schollenroman* (novela de la tierra), conocido también como género *Blubo*, de *Blut und Boden* ("sangre y tierra"), debió su prolongada boga a varios factores: la fuerte y persistente identidad regional en un país que había sido unificado

* La protección dispensada a Weinheber fue el único ejemplo de discernimiento literario que se permitió el régimen. El poeta expió su falta de discernimiento político con el suicidio, en abril de 1945.

hacía relativamente poco tiempo, una mística nacional que asimilaba la "alemanidad" con lo natural y la "extranjeridad" (especialmente la condición de *Welsch* *) con lo artificial, y, en mucha mayor medida, al espíritu antimoderno y antiurbano de una clase media tradicionalista, que se sentía incómoda en la dinámica sociedad industrial.

Un especial atractivo de la novela regional lo constituía su escasa vinculación a la época contemporánea. Aunque frecuentemente desarrolladas en el presente, estas novelas presentaban una cierta intemporalidad por el hecho de que la vida y actividades de sus personajes venían dados por el eterno ciclo de las estaciones. La pérdida de realismo ** que resultaba de esto era sobradamente compensada por generosas dosis de espiritualidad o escapismo, como puede observarse en la grandilocuente magnificación de lo "eterno" a expensas de lo temporal y contingente.

Los escritores —y los autores— cristianos, especialmente los católicos, veían y apreciaban, en este género literario, otro tipo de mérito: la afirmación de que la religión era un rico e importante elemento de la vida campesina. (Sin embargo, esto no se aplica a todos los casos; más adelante daremos ejemplos de la literatura regional de carácter pagano.)

En realidad, el *Karma espiritual* —o ideológico— engendrado por la obra de los novelistas regionales se resiste a la clasificación. En la obra *Die Majorin*, de Ernst Wiechert, se insistía en el aspecto terapéutico de la vida campesina: las humildes tareas que determina el ciclo de las estaciones devolvían la salud a una mente enferma. En *Das Riesenspielzeug*, de Emil Strauss, el protagonista abandonaba la civilización urbana para realizar un experimento de vida comunitaria en el campo. Habiendo fallado su intento de retorno "inorgánico" (es decir, cerebral) a la naturaleza, se integraba finalmente a la vida del campo con la ayuda de una "auténtica" hija de la tierra. En *Ein Arzt sucht seinen Weg*, de H. Kunkel, un inquieto estudiante hastiado de la universidad deja los estudios de medicina y abandona su hogar para volver a la tierra, y va a vivir con su abuelo, pastor que vive en los brezales, al cual acaba reencarnando convirtiéndose en un herbolario capaz de realizar curas milagrosas.

El tipo de misticismo de Kunkel, con toda su exageración, parece casi racional comparado con la descripción que hace Herbert Böhme de un noviazgo en un pueblo nórdico.[19] En esta escena, el pretendiente es llamado *Sand-*

* *Welsch* significa a la vez originario de un país de lengua románica y "taimado".

** Pero hubo notables excepciones, como Oskar Maria Graf, cuyas obras de ambiente rústico eran realistas. Aunque los nazis intentaron captarle, Graf escogió el exilio, desde donde protestó públicamente por el hecho de que su obra no hubiese sido incluida en las ceremonias de quema de libros de mayo de 1933.

*wegbauer*, del nombre de su propiedad. *Bäuerin* significa "esposa del campesino".

"Alrededor de dos corazones palpitantes se cerraba un círculo, más fuerte que la piedra de la que estaban construidas las catedrales y las iglesias... *Sandwegbäuerin*... la tierra tembló secretamente al oír su propio nombre. Lo tomó y lo balanceó por los establos y graneros, de modo que el campo se estremeció bajo su impacto. Pero el nombre de la propiedad sonaba más hermoso de lo que habían sonado nunca el rumor de las mazorcas, más que el toque de oración de las campanas de iglesias y catedrales. Y el *Sandwegbauer* se dio cuenta de que aquel nombre estaba inscrito con sudor y sangre en los surcos del campo, de que era más duro que el diamante, más que el texto de la Sagrada Escritura, y de que él era el sacerdote que debía conservar aquel nombre bajo el corazón de su esposa."

Había sólo un paso desde este tipo de efusión a la comparación abierta de la tierra fértil con la matriz fecunda, a la apoteosis pagana de la semilla y del esperma como agentes espirituales del mundo. Friedrich Ludwig Barthel cantó la maternidad y la sumisión de la tierra al arado en *Von Männern und Müttern*: [20]

Las madres son siempre iguales
y yacen en los campos
espaciosamente sufriendo el arado. Se diría
que duermen; pero toman
la alegría dentro de sí y conciben.

Paradójicamente, uno de los factores que favorecieron el atractivo de la literatura "eugenésica" nazi fue el hecho de que algunas de estas obras coincidían parcialmente con la definición que daba la Iglesia de la procreación como fin del matrimonio y justificación del sexo.

Así, cuando un crítico nazi escribió, a propósito de la novela eugénica *Die Kindlmutter*, de Maria Grengg: [21] "Un matrimonio sin hijos no es tal matrimonio, sino una forma atenuada de prostitución, y una mujer que mantiene relaciones sexuales sin desear hijos no es, desde el punto de vista moral, mucho mejor que una mujerzuela", la tesis expresada —aunque no la forma concreta de expresarla— podía muy bien haber encontrado el apoyo eclesiástico. Pero cuando la literatura eugenésica alababa la maternidad como el evidente destino de toda mujer (*Der Sommergast*, por ejemplo, presenta a una joven soltera que se encuentra embarazada, y que, después de profunda inquietud espiritual, decide no confesar, pues "el amor de ninguna manera puede ser un pecado" [22]), este acuerdo no podía ya mantenerse. Hablando en general, todo el género "eugenésico" —novelas acerca de la maternidad ilegítima, difícil o perseguida— era presentado como una exposición de la de-

claración de Mussolini: "Lo que la guerra es al hombre, el parto es a la mujer".

Así, la joven campesina de *Der Arzt Gion*, de Carossa, y la madre de *Das Wunschkind*, de Ina Seidel, se ganaron el beneplácito nazi, la primera por el hecho de desear un hijo a pesar de padecer una enfermedad incurable, y la segunda por encarnar a la mujer como "amante y madre, guardiana de la ley biológica, de las virtudes sociales y de la moral eterna".[23]

Tampoco le faltó a este género literario el apoyo de los eruditos: Josef Prestel dio la siguiente interpretación al tradicional papel de la princesa en los cuentos de hadas: "La hija del rey como recompensa del héroe es el símbolo del mejoramiento eugenésico, de la conciencia de la raza y de la continuidad del clan".[24]

La "raza" era otro género literario estereotipado, en el que se describía a los excepcionalmente dotados alemanes ("a cuyos príncipes han colocado en sus tronos casi todas las naciones europeas", y no por "amor al pueblo alemán")[25] como "más infantiles que ninguna otra nación",[26] mientras los franceses eran "biológicamente deficientes, y los representantes de África en Europa"[27] y los rusos, "una debilitada y malévola mezcolanza racial".[28]

Merece mención un tema secundario del género racial —*Germania sub specie aeternitatis*—, aunque no sea por otro motivo que su pertenencia a una ideología popular vigente ya antes de la era nazi. Era esta la literatura acerca de la "misión de Alemania", que se extendía más allá de la aparición de los teutones en la historia escrita (véase la eternamente popular *Lucha por Roma de Felix Dahn*[29]), hasta la aurora de los tiempos (la arcaica *Urvätersaga* de Blunck). Desde aquellos remotos tiempos, presentaba todas las subsiguientes vicisitudes de la raza —una confusa sucesión de casi irreparables desastres que alternaban con momentos de triunfo no consumado— como fases de un milenario peregrinaje hacia el Santo Graal del poder universal de Alemania:

"El Santo Imperio Alemán es tan infinito como el propio universo, establecido por Dios y entregado a los alemanes como eterna tarea de creación de orden y ley en el mundo visible contra el espíritu del tiempo y de la materia, del miedo y del intelecto."[30]

En cuanto al género "jefe y seguidores", su esencia fue destilada en una frase por uno de sus principales cultivadores: "El orden puede existir sólo allá donde no se manifiestan opiniones sino fuerzas".[31] Presentaba una imagen del mundo como gobernado por leyes que estaban situadas más allá de la comprensión racional y una imagen del destino que se revelaba sólo a un dirigente visionario. Aunque las misteriosas fuerzas que se manifestaban al dirigente convertían a éste en su instrumento, él era también —merced a una postcristiana doctrina de la transubstanciación— su dueño:

Hacia la eternidad se levanta la catedral
que se erige oscuramente sobre todos los alemanes
como un inquieto sepulcro ante el mundo;
pues él ordena lo que ninguno ha osado nunca.[32]

Pasemos ahora, de los cuatro pilares que sustentaban el templo de las musas nazis, a los espacios entre éstos, en los cuales el régimen permitía una oscura existencia a la "literatura no protegida".

"Literatura no protegida" es una expresión general que debe ser precisada. Así, la "literatura de evasión" (*Unterhaltungsliteratur*, obras ligeras e intrascendentes), que había sido desdeñada por impropia de la grandeza de la nueva era, recibió más adelante la aprobación oficial —y la concesión preferente de papel— por su capacidad de elevar la moral durante la guerra.

Abiertamente criticadas eran las obras de los autores que formaban la "emigración interior", aunque la verdadera función de este género durante el Tercer Reich no debe ser juzgada por el grado de acrimonia que lo rodeó a partir del estallido de la guerra.* La expresión "emigración interior" ha sido usada de forma laxa desde su creación, y cualquier intento de dar una definición concisa implica riesgos. El dilema con que tenía que enfrentarse un escritor íntegro que se hubiera quedado en el país (a menos que, como Erich Kästner, estuviera prohibido, a pesar de residir en Alemania **) era el siguiente: mientras la continuada edición de sus obras mantenía una falsa apariencia de normalidad y por tanto favorecía al régimen, el silencio significaba abandonar el terreno a formas literarias inferiores y nocivas. Algunos autores creyeron encontrar una salida a este *impasse*: seguros de los recursos de su imaginación, ocuparon un lugar dentro de la reserva natural que el régimen había creado, por razones de interés propio, para una especie domesticada de humanistas y para las buenas letras de inspiración religiosa.

Todo esto dio lugar a una situación de considerable complejidad. Ernst Wiechert, que había sido enviado a un campo de concentración a causa de unas manifestaciones subversivas en una conferencia pública *** y reprendido porque su novela *Die Majorin* no reflejaba "la positiva experiencia de la guerra, la victoriosa fuerza del alma humana y la magnífica capacidad de

* Después de la guerra, Thomas Mann mantuvo entrevistas con algunos de estos autores, entre ellos Walter von Molo y Frank Thiess. Este último introdujo en la discusión una nota de desacuerdo y de resentimiento.

** Erich Kästner pudo ver personalmente cómo sus novelas eran entregadas a las llamas en el gran auto de fe celebrado en Berlín en mayo de 1933. A pesar de habérsele prohibido publicar, permaneció en Alemania. Las únicas obras suyas permitidas aún eran las dedicadas a los niños (como *Emilio y los detectives*).

*** Ante los estudiantes de la universidad de Munich, en 1936.

resurgimiento de la nación",[33] colaboraba, sin embargo, indirectamente con el régimen.*

Por otra parte, Ernst Jünger, el entusiasta abogado de la *Movilización total,*** de cuya obra estaban evidentemente ausentes los valores humanos, publicó en 1933 *Los acantilados de mármol*; pero este velado ataque a la dictadura era tan esotérico que algunos críticos lo han clasificado dentro de la "literatura hermética".

Después de sus vacilaciones iniciales,*** también Frank Thiess hizo una declaración antitotalitaria en clave en su novela *El reino de los demonios,* que fue prohibida después que la primera edición se agotara rápidamente en 1941. Lo mismo hizo el íntegro poeta y novelista cristiano Werner Bergengruen en *Der Grosstyrann und das Gericht* (habría que añadir a estas dos obras el *Cromwell* de Hermann Oncken, el *Robespierre* de Rhoden y el *Pilsudski* de Oertzen, interpretaciones históricas de regímenes totalitarios de otros tiempos y países de los cuales los lectores avisados podían deducir una alusión al presente).

En 1934, Friedrich Georg Jünger —hermano menor de Ernst y chauvinista militante bajo Weimar— publicó un volumen de poesías del que se vendieron veinte mil ejemplares antes de que fuese prohibido. El motivo de la prohibición era un poema titulado *Mohn* ("Adormidera"): [34]

El zumo de la adormidera calma el dolor. ¿Quién nos concede el olvido de [la bajeza?
Más agudamente que el fuego y el acero puede la bajeza infligir dolor.
Oh, las gentiles musas se apresuraron a huir a tierras lejanas...
Al llegar a la frontera, Clío se volvió
y como despedida pronunció unas duras palabras:
"Los necios se curan con golpes y desprecio. Pronto volveré con el azote
que un juez ha fabricado para vosotros; volveré con el gato de nueve colas".
A veces han gobernado los tribunos. También Coriolano marchó
al exilio, rechazado. Él —el más noble— partió
y los charlatanes se quedaron, locamente aclamados por la multitud.
Histriónicamente alzándose para alcanzar estatura de tragedia,
os embrutece con su gloria, con legados ancestrales; procura para sí,
mientras habla de oro, abundantes monedas en un instante.

* Cf. Loewy, op. cit., p. 29: "Al fomentar la evasión hacia el moralismo, la intimidad y un estéril tradicionalismo, contribuyeron (Wiechert y Carossa) a la aceptación del mal por parte de sus lectores".

** Obra en la que Jünger comparaba el despliegue de todos los recursos —incluyendo los humanos— en la guerra con el desarrollo industrial.

*** Ver p. 365; además de lo cual, Thiess habló de 1933 como el año de "la entrada de Alemania en un nuevo espacio histórico" (cf. *Der Spiegel,* 29 de abril de 1968).

Pinta soberbiamente con metal. Si fuese el hierro un color,
él parecería un dragón de acero. Su boca eructa fuego.
Cantando alabanzas se cree él mismo digno de alabanza. Imita
la voz del león con astucia y engaño,
cada palabra suya es guerra. Os incita diariamente a la guerra
hasta que todo lo hostil se ahoga en oleadas de palabras.
Ejércitos fantasmas se hunden. ¡Load, pues, en voz alta, el triunfo!
Celebrad victorias fantasmales, rasgad el aire con cañones.
"No puedo tolerar la laxitud." El silencio bordea la traición.
¡Que por siempre más se humedezca vuestra frente con el sudor del aplauso!

El núcleo de la emigración interior estaba formado por escritores cristianos tan destacados como Werner Bergengruen, Gertrud Le Fort, Reinhold Schneider y Jochen Klepper (que se suicidó en 1942 junto con su esposa y su hijastra, de raza judía, después de recibir las órdenes de deportación). La obra de estos autores (obra en su mayor parte de carácter histórico) * estaba llena de valores religiosos y representaba una débil voz contra el vendaval. Al suicidio de Klepper vino a sumarse la muerte del poeta Oskar Loerke (quien, sencillamente, perdió el deseo de vivir), la ejecución del conspirador antinazi Albrecht Haushofer (autor de los renombrados poemas, escritos en prisión, *Moabiter Sonnette*), y la muerte en un campo de concentración de Friedrich von Reck-Malleczewen, cuyo clandestino *Diario de un hombre desesperado* [35] reflejaba la humillación de un aristócrata al verse arrollado por la oleada plebeya.

(A éstas podrían añadirse las muertes en campos de concentración o campos de exterminio de Erich Mühsam y Jura Soyfer, del Premio Nobel Carl von Ossietzky y de la religiosa Edith Stein, así como los suicidios de Kurt Tucholsky, Ernst Toller, Josef Roth, Walter Hasenclever, Walter Benjamin y Stefan Zweig, pero estos hechos forman parte de la historia de la emigración exterior, que queda fuera del alcance de nuestro estudio.)

Los medios por los que el régimen regulaba la edición y difusión de la literatura no protegida combinaban elementos de pretendida libertad con otros de rígida coerción. Aunque no existía una censura previa institucionalizada, los editores sabían perfectamente lo que se esperaba de ellos, sobre todo porque la Gestapo secuestraba a menudo ediciones enteras. Sin embargo, para los escritores potencialmente inconformistas, la intervención de la máquina de terror del estado era una contingencia relativamente remota comparada con la amenaza de un *Schreibverbot* (prohibición oficial de publicar).

Y estaban, por otra parte, las numerosas formas de protección estatal

* Un ejemplo de estas obras es *Las Casas vor Karl V*, que se ocupaba del enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado en la España del siglo XVI.

y del partido (publicidad, premios, apariciones personales, concesión preferente de papel durante la guerra) que se negaban a los autores no gratos; éstos, además, tenían que enfrentarse a la constante mortificación de las críticas de los "más papistas que el Papa" y de los escritorzuelos arribistas.

La crítica literaria como tal era una caja de Pandora para los dirigentes incómodamente conscientes de la pobreza de buena parte de la literatura protegida, como indicaba la —ideológicamente sospechosa— racionalización de Goebbels: "El genio no es producto de la educación".[36] Su colega el Gauleiter Streicher dio una característica ilustración de su opinión sobre la función de la crítica cuando obligó a un periodista de Nuremberg, que había criticado negativamente un número de prestidigitación en el music-hall local, a subir al escenario la noche siguiente para tratar de hacerlo mejor. Naturalmente, el pedante emborronador de cuartillas fracasó en su intento, quedando así patente la oposición entre la actividad intelectual y la vida real.

En 1936, la crítica literaria, tal como se había entendido hasta entonces, fue eliminada. A partir de ese año, las críticas se adaptaron todas al mismo patrón: una sinopsis del contenido de la obra, constelada de citas, unos comentarios marginales acerca del estilo, un cálculo del grado de coincidencia con la doctrina nazi y una conclusión expresando aprobación o desaprobación.

Por otra parte, incluso los críticos confortablemente situados en las editoriales de las publicacionese del partido tenían poco margen de maniobra cuando se veían confrontados con el *Unbedenklichteitsvermerk* (el certificado de incuestionabilidad expedido por la oficina literaria del partido) concedido a un libro, puesto que la crítica a una obra distinguida con el *imprimatur* oficial equivalía a una ruptura de la disciplina interior del partido.* (El *Unbedenklichkeitsvermerk* representaba el mínimo grado de protección oficial. Más allá de éste, la oficina del partido para la *Schrifttumspflege*, la protección de la literatura, podía recomendar algunos libros a todas las organizaciones afiliadas, o, lo mejor de todo, incluirlos entre los "seis libros del mes", lo cual significaba la posibilidad de alcanzar la condición de *best-seller.*)

Sin embargo, ninguno de estos estímulos bastó para compensar un claro desequilibrio de la producción literaria: la escasez de obras de ambiente urbano, el cual, después de todo, era el contexto en el que la mayoría de alemanes pasaban sus vidas. Esto era típico de una literatura concebida en el lecho de Procusto del dogma, y llevó a un crítico a suponer que los extranjeros que conocían Alemania sólo por lecturas creerían que éste era "un país con pocas ciudades y ninguna industria... cuyos habitantes tratan de hacer

* Cf. Hans Langbuch en *Völkischer Beobachter*, N. 244, 1 de septiembre de 1934: "Además, el libro lleva el *Unbedenklichkeitsvermerk*, de modo que un ataque a su contenido es interpretado como un ataque a un organismo de la dirección del partido".

habitables los grandes bosques y zonas pantanosas".[37] De manera similar, Goebbels consideraba que "temas literarios tan importantes como por ejemplo 'la ciudad' y 'el trabajador' eran tratados en una forma extremadamente sumaria".[38]

Esta huida del ámbito social contemporáneo explica en parte la gran boga de que gozaron los autores extranjeros durante el Tercer Reich. En su atípica tolerancia de las influencias literarias extranjeras, el régimen se guiaba por dos consideraciones: por una parte, las traducciones de C. S. Forester, Harvey Allen, Charles Morgan y Thomas Wolfe,* proporcionaban a los lectores alemanes un muy necesario enriquecimiento de su dieta literaria nacional; por otra parte, la obra de crítica social de Galsworthy, Cronin, Steinbeck o Erskine Caldwell corroboraba la descripción nazi de la sociedad occidental como dominada por Mammón y corrompida.

*La ciudadela*, de A. J. Cronin, por ejemplo, era recomendada a los lectores alemanes como demostración de la relación entre las prácticas irregulares de los médicos y la influencia judía en la medicina inglesa.[39]

Se reconocía el valor del orgullo nacional a los productos literarios de la Escandinavia "nórdica", particularmente a las obras de Knut Hamsun, el anciano y quejumbroso germanófilo cuyas novelas, vinculadas a la tierra, impregnadas de conciencia de la raza y antiurbanas, se aproximaban mucho a las categorías ideales del espíritu literario nazi.

La debilidad de la musa nazi requería transfusiones de obras distantes, tanto en el tiempo como en el espacio. La falta de calidad de la literatura después de la quema de libros de 1933 hizo nuevamente populares a autores fallecidos hacía mucho tiempo. En una actitud característica, el régimen hizo pasar esta deficiencia como un hecho positivo, y alardeó de la renacida actualidad de los clásicos como una prueba de su reverencia por la herencia nacional. De 1939 en adelante, utilizó también a los clásicos como munición para su guerra psicológica. El dramaturgo Schlösser describió "el tronar de los cañones de Sedán y la *Kleine Nachtmusik* de Mozart como productos del mismo genio artístico del pueblo alemán".** El valor de *Wilhelm Tell* para la nación fue comparado al potencial militar de los tres cuerpos del ejército,[40] y se atribuyó a Goethe, Schiller y al movimiento romántico el haber hecho posible la victoria de Leipzig.[41]

No obstante, en el punto de la participación de Goethe en la victoria

* Otros autores extranjeros muy leídos por el público alemán fueron Robert Graves, Liddell Hart, T. E. Lawrence y Esther Meynell (cf. Dieter Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik*, Bonn, 1960, p. 201).

** Rainer Schlösser, *Die Notwendigkeit des Schönen in "Wille und Macht"*, vol. II, serie séptima, 1939, p. 2. Cf. Werner Sombart: "El militarismo es... la suprema unión de Potsdam y Weimar. Es Fausto y Zaratustra y una partitura de Beethoven en las trincheras" (citado por Hermann Glasser en *Spiesser Ideologie*, Freiburg, 1964, p. 24).

sobre Napoleón, las opiniones en el partido no eran unánimes. Rosenberg[42] consideró una grave falta por parte del "príncipe de los poetas" el haberse negado a reconocer "la dictadura de pensamiento, sin la cual una nación no puede seguir siendo una nación ni tampoco crear una auténtica comunidad de riqueza. Así como Goethe prohibió a su hijo tomar parte en la Guerra de Liberación de Alemania..., si viviese hoy no se destacaría en la lucha por la libertad de nuestro siglo".

Schiller escapó a este tipo de rigores, y la única sanción del régimen contra el poeta de la libertad fue la omisión (ordenada por Hitler) de *Wilhelm Tell* en los libros de texto editados después de 1941.[43] Otro cambio de la política literaria que tuvo lugar durante la guerra fue la rehabilitación de las obras de contenido erótico, con el fin de que contribuyeran a elevar la moral. Las primeras reacciones contra la mojigatería que caracterizó en sus inicios a la revolución nazi habían ya aparecido mucho antes. "¿No estamos todos esperando la resurrección de aquel genuino erotismo alemán que distinguió a Goethe, a Kleist, a Storm y a Mörike?",[44] inquirió retóricamente Rainer Schlösser, antes de llegar a la optimista conclusión: "Cuán tentados deben de sentirse nuestros escritores a oponer la sinfonía de la sangre de los alemanes, ardiente y ligada a la tierra, a los extranjeros arrebatos sexuales de la ahora felizmente rechazada asiaticidad".[45] Hans Johst expresó de forma más sucinta una preocupación similar: "Lo sano es nuestro heroico autodominio",[46] y Goebbels, haciendo eco al slogan eugenésico de su colega Robert Ley "Vivid alegremente", dio la bienvenida a la "fuerte y sana alegría sexual que afirma vigorosamente la vida aquí y ahora".[47]

Aunque muchos alemanes experimentaron efectivamente un resurgimiento de la alegría sensual durante el período nazi (especialmente durante la guerra), los modernos autores eróticos a la altura de Goethe o Mörike brillaron por su ausencia, tanto en tiempo de paz como durante la guerra. Esta última dio lugar a un cierto número de interesantes cambios en el terreno literario. Además de extender la protección oficial a la "literatura ligera" y a las obras de sano contenido erótico, las autoridades protegieron también la producción de "literatura optimista y edificante". Con títulos tales como *Madres y hombres, Libro del corazón valeroso, Serenidad maternal, Dolor valeroso, Cartas de consuelo, La risa de los lanceros, Cuentos del bunker, Con pluma alegre, Desterremos la tristeza, Libro de los chistes alemanes* y *Gris de campaña humorístico*,[48] esta literatura-colchoneta para impactos emocionales, en sus variedades lacrimosa y humorística, estaba destinada a un importante mercado en expansión que el régimen no tenía intención de compartir con las Iglesias. Después de septiembre de 1939, la demanda de literatura religiosa aumentó notablemente hasta 1941, fecha en la que, mediante el sistema brutalmente simple de privar a las editoriales religiosas de suministros de papel, el

estado negó prácticamente a las Iglesias la posibilidad de poder acceder al público lector.

Un tipo de literatura que probó un doble mérito durante la guerra fue el que incluía la épica india de Karl May. Estas narraciones de aventuras, tradicionalmente populares, no sólo siguieron entreteniendo a jóvenes de todas las edades, sino que un gran número de soldados de la Wehrmacht expresaban su gratitud hacia los editores por haberles proporcionado "los mejores manuales de lucha antiguerrillas".[48]

Sea cual sea la verdad de este aserto, no hay duda de que el apoyo literario al frente dejó poco que desear. Para 1941, no menos de 45.000 "bibliotecas del frente" proveían de libros a los soldados. En el curso de cinco grandes campañas de recolecta organizadas durante la guerra, la población civil donó a la Wehrmacht el asombroso total de más de cuarenta y tres millones de libros.[50] Al mismo tiempo, las narraciones bélicas eran tema de lectura favorito en el frente interior: las obras *Volamos hacia Inglaterra* y *Prien, el héroe del mar*, de Kohl, por ejemplo, encabezaban la lista de préstamos de las bibliotecas de Hamburgo en 1940-41.[51] (Pero, aunque había una gran demanda de este tipo de literatura, los autores de narraciones de guerra no llevaban necesariamente una existencia tranquila. La novela de aviadores *Hombres que caen del cielo* fue criticada a causa de los pilotos "de mentalidad suicida" que aparecían en ella,[52] y se dijo que Bernd von Heiseler había "desvalorizado el concepto absoluto de la muerte viril" al hacer que el protagonista de su novela *Appollonia*, un soldado, buscara la muerte en acción después de descubrir la infidelidad de su prometida.)[53]

La movilización, durante la guerra, de los recursos literarios no fue sino la culminación de amplias medidas adoptadas poco después de la toma del poder. Las bibliotecas estatales aumentaron de un número de 6.000 en 1933 a 25.000 en los momentos culminantes de la guerra,[54] aunque el objetivo fijado inicialmente de establecer una de estas bibliotecas en cada población de más de quinientos habitantes no llegó a realizarse. Entre 1937 y 1941, se montaron 55.000 bibliotecas escolares, y, para finales de 1938, 4.000 plantas industriales tenían provistas sus bibliotecas con tres millones de libros, que los empleados podían tomar a préstamo bien gratuitamente o bien pagando 10 pfennigs por cada uno.[55] (En las bibliotecas ambulantes privadas, este precio oscilaba entre los 20 y los 90 pfennigs, es decir que resultaba bastante elevado.) Había, además, bibliotecas en los barcos, en los hoteles, en los campamentos del Servicio de Trabajo... en las prisiones y en los campos de concentración.

Este impresionante despliegue de recursos literarios fue regulado por el departamento VIII del Ministerio de Propaganda y Cultura Popular de Goebbels. Al principio de la guerra, este departamento supervisaba no menos de

2.500 editoriales, 23.000 librerías, 3.000 escritores, 50 premios literarios nacionales, 20.000 nuevos libros que se publicaban anualmente y un total de un millón de títulos que constituían el mercado del libro.[56]

Si la ley hegeliana según la cual la cantidad se convierte en calidad al alcanzar un cierto grado pudiera aplicarse a la literatura, el Tercer Reich habría estado cerca de convertirse en una moderna Atenas. En lugar de ello, el libro más leído —y el más difundido— de la época fue *Mein Kampf*, de Hitler, en el que aparecían, según Leon Feuchtwanger, 164.000 faltas de gramática y sintaxis. En 1940, con seis millones de ejemplares vendidos,[57] encabezaba en solitario la lista de *best-sellers* alemanes, a una distancia de unos cinco millones de ejemplares de Rainer Maria Rilke y otros autores.

24

# EL TEATRO

Por alguna misteriosa ley de compensación, la era de Weimar, políticamente poco fecunda, había sido pródiga en nueva savia para las artes. En el teatro (y en el cine), la primera década de la posguerra constituyó literalmente una edad de oro. La escena, pletórica de ideas procedentes de la política, del psicoanálisis, de la religión y de la tecnología, floreció en una gran diversidad: se convirtió en púlpito, tribunal, feria, confesionario, teatro de operaciones, máquina de vistas o cámara de los horrores.

El talento abundaba. Entre los directores, tres grandes innovadores dominaban la escena: Max Reinhardt, el mago barroco, el cerebral Leopold Jessner y Erwin Piscator, que no admitía línea divisoria entre la revolución en el teatro y la revolución en la calle. Entre los dramaturgos, si bien el *Zeitgeist* hablaba en las voces expresionistas de Georg Kaiser, Ernst Toller, Ernst Barlach, Fritz von Unruh y Franz Werfel, también voces diferentes —ya conocidas o nuevas— ganaron audiencia: Gerhart Hauptmann, Hugo von Hoffmansthal, Artur Schnitzler, Bruno Frank, Karl Zucmayer, Walter Hasenclever, Karl Sternheim y Bertolt Brecht.

La gran serie de actores de talento que respaldaban la labor de estos directores y dramaturgos era igualmente impresionante: Albert Basserman, Alexander Moissi, Paul Wegener, Emil Jannings, Fritz Kortner, Heinrich George, Werner Kraus, Ernst Deutsch, Max Pallenberg, Gustav Gründgens, Käthe Dorsch, Käthe Gold, Fritzy Massary y Elizabeth Bergner.

Este amplio y variado panorama teatral quedó repentinamente empobrecido al producirse la toma del poder nazi. Todos los directores que hemos mencionado fueron proscritos, así como casi todos los dramaturgos, excepto Hanns Johst, que fue convertido en poeta oficial del nuevo régimen, y el ve-

nerable Gerhart Hauptmann, a quien Goebbels, alternativamente, relegaba al anonimato o rodeaba de altisonante veneración. De los destacados actores que hemos citado, exactamente la mitad (Bassermann, Bergner, Deutsch, Kortner, Massary, Moissi y Pallenberg) fueron desprestigiados por su condición de judíos y obligados a retirarse o a emigrar.*

En aquellos momentos, algunos optimistas observadores extranjeros —así como muchos exiliados— dudaron de que el país de los poetas y los pensadores soportara indefinidamente el gobierno de aquellos matones filisteos. Estas ilusiones surgían de una confusión: la imagen del poeta y pensador creada por Madame de Staël hacía más de un siglo no había penetrado en la conciencia que tenía de sí mismo el pueblo alemán, sino sólo en la de una minoría educada.

Para la mayoría, las artes eran un libro cerrado, e incluso la minoría se había habituado al despido sumario de artistas que tuvo lugar durante la Depresión; a principios de 1933 cerraron casi la mitad de los cuarenta y cinco teatros de Berlín.[1]

Pero más determinante de las actitudes posteriores a 1933 fue el entusiasmo y la habilidad con que los artistas no purgados se esforzaron en hacer que el público confundiese la hemorragia que había sufrido el teatro con una transfusión de sangre. Ellos convirtieron la escena en una dorada hoja de parra para ocultar la desnudez nazi, y el régimen, a cambio, volcó sobre los dóciles ocupantes del carro de Tespis una cornucopia de subvenciones, contratos, mecenazgos, premios Goethe y puestos de dirección.**

La recuperación económica y la eficiencia nazi en la movilización de la audiencia hicieron el resto, de modo que, para 1942, el número de visitantes de los 197 teatros municipales de Alemania (es decir, los subvencionados por los impuestos) era exactamente el doble del de diez años antes.[2]

Inmediatamente después de 1933, la creciente popularidad del teatro se debió en alguna medida a la aparición del *Thingspiel*, la única contribución de los nazis al teatro en tanto que arte. El *Thing* era la asamblea tribal del pueblo teutón (semejante al *Storting*, el parlamento sueco) y los *Thingspiele*, que tenían lugar al aire libre, eran mezclas de "agit-prop" nazi, retreta militar, oratorio pagano y función de circo.

La construcción de los *Thingspielstätten* (anfiteatros rudimentarios construidos en la ladera de una colina e incorporando ruinas antiguas) era un ejemplo del colosalismo nazi: el que se construyó cerca de Koblenz —cuya

* *Albert Bassermann, poseedor del Ifland Ring (la más alta distinción del teatro* alemán para los actores), no era judío, pero se negó a divorciarse de su esposa Elsa, que lo era, y marchó al exilio con ella.

** Hay que señalar al mismo tiempo que algunos de estos artistas utilizaron su influencia para ayudar a colegas perseguidos.

población era de 90.000 habitantes— podía acomodar a la mitad de los pobladores de la ciudad; la logística del transporte masivo no arredró nunca a los organizadores del partido.

El colosalismo era también una característica de estas representaciones: batallones enteros de las SA o de las Juventudes Hitlerianas participaban en las escenas de combate, en las procesiones y en las declamaciones corales, y estos elementos épicos, reforzados por los combates con espadas, los despliegues de caballería y las fanfarrias, contribuyeron a dar a este género considerable éxito por parte del público, si bien dicho éxito no persistió durante mucho tiempo.

El más destacado autor del género *Thingspiel* fue Richard Euringer, de cuya *Deutsche Passion* citamos un diálogo entre el espíritu de los muertos de la guerra y el espíritu del mal, que se burla de su sacrificio:

EL ESPÍRITU DEL MAL:

¡Hundid la cabeza en el fango, esqueletos! ¿No reposáis bien arropados, no sois los salvadores de Alemania? Vamos, volved a vuestro estiércol.

EL ESPÍRITU DE LOS VOLUNTARIOS MUERTOS:

¿De qué sirve seguir viviendo y envejecer? Los que sobrevivieron nunca lo comprenderán, los que sobrevivieron nunca lo sabrán. Fue hermoso arder hasta morir.

Euringer fue a un tiempo el principal cultivador y el principal teórico de la nueva forma artística. Formula una serie de tesis del *Thingspiel*:

"Desde el arte teatral, el *Thingspiel* pasa al ámbito del juicio. Se evocan el fuego, el agua, la tierra y el aire. Las piedras, las estrellas y las órbitas solares son los elementos del *Thingspiel*. Las sirenas, las hadas, las ninfas y los faunos escapan al teatro de la naturaleza. En el *Thingplatz*, el pueblo escenifica el juramento sobre la sangre y el exorcismo. Sin proscripción y destierro no existe *Thing*. El silencio recibe al juramentado huésped de la frontera y ambos entran en el lugar del juicio, mudos, pues es un lugar sagrado. Las acciones del pueblo se convierten en un acto de creación y sacrificio. El pueblo reconoce a sus mártires, les rinde homenaje y les adora. El culto a los muertos está cumplido, los caídos se levantan y desde las piedras grita el espíritu." [3]

Pero, a pesar de sus dotes para el *bluff*, Euringer no produjo ninguna obra comparable a la *Deutsche Passion*. Las obras de sus colegas fueron aún de calidad inferior, y ello, sumado a la aversión del público por la humedad y los insectos, persuadió a las autoridades para dejar morir de muerte natural el *Thingspiel* pocos años después de sus inicios, a los que tanta publicidad se

había dado. Un semanario teatral deploró la "falta de equilibrio entre la *idea y su realización*" y concluyó esta esquela mortuoria con la consoladora reflexión de que la Reunión Nacional del Partido era "la idea del *Thing* hecha carne y sangre".[4]

En el sentido amplio de la palabra, el régimen fue cualquier cosa menos estéril en cuanto a invención teatral. Politizó la escena de forma tan eficiente como escenificó la política, y los "espectáculos" nazis, en los que se mezclaba el teatro con la propaganda, se convirtieron rápidamente en parte habitual del teatro de entretenimiento alemán.

Ejemplos típicos de esta forma híbrida de espectáculo fueron el Festival Olímpico de la Juventud de 1936 —en el que actuaron nada menos que 10.000 personas— y la revista *La lucha ha sido el eterno destino de los alemanes*, representada en la enorme Deutschland Halle de Berlín. En esta obra aparecían caballeros celebrando torneos, damas con hermosos ropajes, pajes tocando la viola, campesinos interpretando danzas folklóricas, cortesanos con peluca y granaderos prusianos en brillantes desfiles. Seguía a la representación una fantasía sobre el tema "Comida de plato único", en la que varias nutritivas verduras ejecutaban un ballet, mientras se paseaban entre ellas animales de granja auténticos. Venía a continuación una dura sátira sobre los descontentos y los gruñones y un marcial concierto a cargo de varias bandas unificadas de la Wehrmacht y de la policía.[5]

Este ballet tuvo paralelos de ambiente campesino en los escenarios tradicionales. *La disputa por Iolanthe*, que presentaba la discusión de dos pequeños propietarios por causa de una cerda, fue el gran éxito de la temporada berlinesa de 1934-35 (alcanzó las quinientas representaciones en el Lessing Theater).[6] Casi tan popular como esta obra fue *El órgano de Pentecostés*, cuyos intérpretes, según el *Frankfurter Zeitung*, conseguían una gran aproximación al público mediante la adopción de actitudes vulgares, contraviniendo a menudo con ello las orientaciones de la dirección. El periódico se quejaba: "Berlín se ha pasado casi totalmente a la farsa".[7] Aunque tal afirmación era algo exagerada, es indudable que durante el Tercer Reich, la comedia fue la reina de la escena. En 1936, en los veintitrés teatros de Berlín se produjo la siguiente división del trabajo: ocho de ellos representaron comedias musicales; siete, comedias modernas; cuatro, drama heroico nazi; dos, ópera y ballet; y dos, clásicos y algún drama moderno.[8]

En el conjunto del país, los mayores éxitos del año fueron: *El sultán de la base*, comedia de ambiente militar, y *Problemas en casa*, farsa doméstica. Otros títulos de éxito fueron *Hilda y los cuatro caballos de vapor*, *Una escapada del mundo corriente* y *Tovarich*, cuyo protagonista era un ruso blanco emigrado.[9] No obstante, los clásicos no quedaron completamente excluidos. En los 175 teatros que registraban las estadísticas de 1936, los dramas de

Schiller fueron objeto de 1.182 representaciones, es decir, la mitad de las que alcanzó *El sultán de la base.*[10]

Una atracción taquillera algo menos poderosa la constituyó la comedia *Petermann rumbo a Madeira,* cuya acción se desarrollaba durante el Tercer Reich. Su protagonista era un hombre antipático y cascarrabias cuyo malhumor se esfuma en el alegre ambiente de un viaje de A la Fuerza por la Alegría. Aunque obtuvo bastante éxito, *Petermann rumbo a Madeira* no era representativa de las piezas teatrales protegidas por el gobierno, debido, por una parte, a su ligereza y, por otra, a su contemporaneidad. El drama nazi era, casi por definición, heroico e histórico. Cuando más se aproximaba a la realidad contemporánea era con la épica del *Kampfzeit,* del "período de lucha", centrada en Horst Wessel, el venerado mártir del partido, o en Heinz Norkus, su equivalente de las Juventudes Hitlerianas.

Dado que "la lucha había sido el eterno destino de los alemanes", la totalidad de la historia nacional podía ser considerada *Kampfzeit.* Además, dicha historia era susceptible de alargarse indefinidamente hacia atrás. En este ilimitado ámbito temporal, la obra *El huésped de Thor,* situada en una época antiquísima, hacía aparecer casi como contemporáneas la obra *Totila,* acerca de la caída de Roma, o *Wittukind,* drama sobre Carlomagno. Esta última ofendía a los católicos por el hecho de presentar al jefe sajón Wittukind como un mártir pagano de la cruzada cristianizadora de Carlomagno.

Los medievalistas y los ideólogos nazis no consiguieron, durante todo el reinado de Hitler, conciliar en una sola imagen agradable al partido las dos facetas de la personalidad de Carlomagno: la de arquitecto del Imperio y la de romanizador (es decir, pervertidor) de Germania. En consecuencia, los cultivadores del teatro histórico optaron por apartarse de Carlomagno y centrar su atención en las figuras menos ambiguas de sus sucesores, como Federico Barbarroja y Enrique IV. Aunque los autores noveles encontraron buena parte de este terreno ya hollado por dramaturgos anteriores y de más categoría que ellos —coom Joseph Wentner y Guido Kolbenheyer—, un buscador realmente esforzado podía aún encontrar filones en cada estrato del pasado racial.

Una de las venas de inspiración más ricas fue la guerra de liberación contra Napoleón, en cuyo contexto se desarrolla *Hockewanzel,* un gran éxito de taquilla. A su protagonista, un archidiácono católico del Imperio Austríaco, le es ofrecido un obispado en una zona habitada por eslavos, pero, rechazando mezclarse con una raza extraña, decide cambiar el báculo por un trabuco con el fin de participar en el levantamiento tirolés contra la dominación francesa. La pieza debía su éxito de público a la mezcla de astucia sacerdotal y sagacidad campesina que se daba en el personaje de Hockewanzel.

*Viaje a Ophir,* pieza totalmente falta de humor, presentaba el tema de la

"lucha eterna" en un ambiente naval, durante la guerra. Un anciano capitán alemán es hecho prisionero en alta mar por su yerno, un oficial inglés, y no revela a sus capturadores que el buque se está dirigiendo a un campo de minas alemán hasta que es demasiado tarde. "¿No habrías hecho lo mismo en mi lugar?", le pregunta a su yerno. Durante sus últimos minutos de vida, antes de la explosión, les son concedidos a cada uno de los protagonistas unos instantes de felicidad: el capitán emprende un imaginario crucero a los mares del Sur, el grumete sube al puente en calidad de capitán y el yerno del capitán ve a su esposa en estado de buena esperanza.

También el drama *Einsiedel* transcurre durante la guerra de 1914-1918. El protagonista es un ex soldado traumatizado por los bombardeos y afectado de amnesia, quien, acabada la guerra, encuentra empleo como jardinero de un cementerio. Un día, al escuchar el toque de retreta durante el entierro de un oficial, recupera la memoria. Recordando la grandeza del pasado de Alemania, ruega por su resurgimiento y sufre un ataque que le causa la muerte.

Otro género dramático muy en boga durante el Tercer Reich fue el drama rural, el *Heimatstück*, que tenía ya antecedentes tanto en la literatura alemana como en la austríaca. Los nazis favorecieron en especial una de sus variantes: las obras de tema *Blubo.* Este tipo de drama, que hemos citado ya al tratar de la novela, loaba el arraigo a la tierra del campesino alemán (*Blubo* es la abreviatura de *Blut und Boden*, "sangre y tierra") y equiparaba la procreación humana a la fertilidad del suelo, considerando ambas como manifestaciones de Dios, inmanente en la naturaleza. Acerca del arraigo en la tierra, los dramaturgos *Blubo* creaban soliloquios como éste:

"Sabéis, yo soy un hombre hecho de tierra; estoy hecho de un terrón de tierra, como dice la Escritura. No puedo ser ninguna otra cosa. Si un día me pusieran tierra en la boca, la masticaría y encontraría que tiene buen sabor." [11]

Una de las piezas *Blubo* más conocidas fue *Vroni Mareiner*, en la que un joven campesino hace la corte despreocupadamente a una lechera mientras tiene intención de casarse con la hija de un rico granjero, que recibirá una buena dote. Pero, mortalmente herido en un accidente de montaña, contrae matrimonio, en su lecho de muerte, con la joven a la que ha seducido, que se encuentra embarazada, y ella se instala en la descuidada vivienda de su difunto marido, en su calidad de heredera suya, tanto en el sentido legal como en el biológico.

También de tema eugenésico era la obra *El gigante*, de Richard Billinger, en la cual un viejo campesino demuestra su obstinado arraigo a la tierra rechazando el proyecto de un beneficioso drenaje que le propone una empresa industrial. Su hija se enamora de un ingeniero y deserta de la tierra de sus antepasados para vivir en la gran ciudad, donde acabará mal. Pero su indómito padre crea nueva vida tomando por amante a su ama de llaves.

En las piezas del género *Blubo*, la sucesión de las generaciones había de ser mantenida a toda costa, aun a riesgo de entrar en conflicto con la moralidad tradicional. Un crítico favorable a este tipo de teatro escribió acerca de *Rauhnacht*, una pieza anterior de Billinger:

"Mientras en todo el mundo la humanidad se prepara para la fiesta de Cristo, en las aldeas remotas laten primitivos sentimientos. Están renaciendo oscuros y poderosos instintos, que casi dos milenios de disciplina impuesta por la Iglesia no han podido reprimir." [12]

En otra obra de tema "sangre y tierra", *Schwarzsmann y la muchacha*, el protagonista, hijo de un rico granjero, seduce a una joven campesina valiéndose de una solemne promesa de matrimonio y, al quedar ella embarazada, trata de persuadirla para que se someta al aborto. Antes que abandonar a su hijo, ella acepta llevar el estigma de la maternidad ilegítima. Finalmente, la joven muere al dar a luz, muerte que los críticos equipararon a la de un soldado en el campo del honor.[13]

El tema eugenésico fue objeto de infinitas variaciones, como puede verse en este resumen, publicado en un periódico, de la pieza *La moza de Peter Rothman*:

"El matrimonio del campesino Peter Rothman es feliz en un principio, pero al cabo de diez años la falta de un heredero lo destruye. El campesino se siente atraído por una joven y sana campesina, que le ofrece el tan esperado hijo y llega a ser señora de la propiedad después del suicidio de la esposa." [14]

Pero no todas las obras de ambiente rural buscaban efectos dramáticos. Un cierto número de ellas —que no eran ciertamente las menos populares— adoptaban un enfoque más ligero. De éstas, la que gozó de mayor éxito fue *Las ranas de Büschebul*, protagonizada por un alcalde de pueblo que trata de realizar dos proyectos por razones de lucro personal. El primero consiste en drenar el pantano del pueblo, de forma que puedan construirse en éste hoteles con instalaciones para baños de arcilla; el otro lo constituye un matrimonio provechoso para su pupila, del cual él también espera obtener beneficios. Al final, en forma cómica, recibe su merecido cuando ambos proyectos fracasan simultáneamente. Así, en *Las ranas de Büschebul* se asociaba el triunfo del amor romántico con la tradición teñida de romanticismo, por más que ésta fuese antieconómica y antihigiénica.

En otras obras dramáticas favorecidas por el nazismo, las actitudes tan alejadas del siglo XX eran menos evidentes. El tipo de comedia ligera que se ofrecía durante el Tercer Reich al ávido público apenas se diferenciaba, en su conjunto, de los ejemplos del mismo género de la Alemania anterior al nazismo o de otros países.

*Excursión al gran mundo* tiene como protagonista a una camarera que hace uso del nombre y de las joyas de su señora. *Das Mädchen Till* insiste en

el tema de *La fierecilla domada*; un joven pediatra consigue obligar a una terca muchacha a casarse con él y a convertir el castillo de su padre en un sanatorio. La muy popular *Gorriones en la mano de Dios* presenta a un empleado de una caja de ahorros que hace creer está a punto de recibir una gran herencia, a consecuencia de lo cual se le concede crédito ilimitado. El inmerecido ascenso al cargo de director le permite satisfacer las deudas en que ha incurrido por su descarado abuso de confianza.

Pero incluso entre las comedias ligeras asomaba su fea cabeza el tema "sangre y tierra". En *Christa, te espero,* la protagonista, doctora en medicina, abandona la profesión médica y rompe con su estudioso prometido para casarse con un propietario rural. La pieza es una obra sin valor, hábilmente trufada con elementos de la ideología nazi, como la poca importancia de los estudios universitarios en la vida de la mujer, la superioridad del hombre del campo sobre el ratón de biblioteca y el triunfo del instinto sobre la razón. Pero esta obra no es representativa de un grupo. El director literario del teatro municipal de Kassel declaró refiriéndose a ella: "Los dramaturgos de nuestra nueva era parecen faltos de humor". El penetrante *Dramaturg* se mostraba igualmente pesimista acerca de otros aspectos del teatro.

"Dado que la sociedad, en el sentido tradicional del término, no existe ya en el Tercer Reich, y como nuestros dramaturgos no pueden escribir acerca de algo que no existe, muchos teatros, lamentablemente, salen del paso con reposiciones de Oscar Wilde. El público, deformado, muestra actitudes rutinarias y manifiesta una creciente antipatía hacia las *Tendenzstücke,* es decir, las obras con mensaje." [15]

Goebbels, por su parte, no se preocupó excesivamente por la tibia acogida del público a las piezas políticas. Como había asignado a las artes una función primordialmente evasiva, se contentó con que los espectadores recibiesen una dosis mínima de ideología nazi. Así, en Berlín, sólo un teatro de cada seis representaba exclusivamente obras políticas. No obstante, un análisis puramente estadístico puede inducir a error. El tema "sangre y suelo" y otros tópicos nazis aparecían también en obras de entretenimiento de tipo evasivo, como *Christa, te espero.* Por otra parte, el teatro nazificado accedía al público a través de otros canales además de la escena comercial. La pieza de Hans Johst, *Schlageter* (en la que aparece la célebre frase: "Cada vez que oigo la palabra 'cultura' quito el seguro de mi revólver") *, fue representada no sólo por profesionales, sino por agrupaciones escénicas escolares, grupos de estudiantes y compañías de aficionados. Consecuente con su defensa de las tradiciones populares, el régimen protegió especialmente las *Laienspiele* (obras

* *Schlageter* era una patriotera versión de un héroe del *Frei Korps* a quien los franceses ejecutaron durante su ocupación del Ruhr.

de aficionados), y uno de los dramaturgos apoyados oficialmente, Heinz Steguweit, se hizo un nombre como *Laienspielautor* de obras para aficionados.

En conjunto, los nazis concedieron mayor importancia a los clásicos que al teatro político. Schiller, Goethe, Kleist, Shakespeare y Hebbel fueron representados con tanta dignidad y medios como las generosas autoridades y los entusiastas actores podían conseguir. La ferviente dedicación a esta tarea de los actores y directores más sensibles tenía su origen en la mala conciencia que padecían todos ellos. Racionalizando su servilismo hacia el régimen, se persuadían a sí mismos de que la reposición de los clásicos representaba el mantenimiento de un oasis de cultura en la filistea atmósfera del Tercer Reich y de que contribuían así a apuntalar las quebrantadas murallas de la civilización. La preferencia nazi por los clásicos fue motivada por varios factores. Por una parte, los programas de los teatros estatales, con su predominio de obras clásicas, servían de camuflaje para la escasez de obras nuevas de alguna seriedad, y daban realidad a la pretensión del régimen de ser un entusiasta protector de la cultura alemana. Además, los clásicos estaban rodeados de una aureola de elevación y decoro, dos cualidades muy apreciadas por la clase media educada; su ubicuidad y las incesantes representaciones de que eran objeto ocultaban la esterilidad de la escena contemporánea.

Al margen de estas consideraciones políticas, el renacimiento de los clásicos patrocinado por los nazis dio lugar a algunas realizaciones artísticas notables. Algunas representaciones al aire libre —como la de *Götz von Berlichingen*, de Goethe, en el castillo de Heidelberg, o la de su *Fausto* en Frankfurt— alcanzaron una innegable calidad, así como toda una serie de producciones en la capital. A pesar del éxodo de 1933, Berlín disponía aún de un impresionante número de talentos teatrales (directores como los legendarios Gustav Gründgens y Heinrich George, actores como Werner Kraus y Käthe Dorsch, y realizadores como Heinz Hilpert, Jürgen Fehling y Erich Engel).

Las representaciones de los clásicos en las que intervenían estos brillantes nombres llenaban invariablemente los teatros. Esto —por las razones anteriormente citadas— servía perfectamente los objetivos del régimen, aunque las representaciones de Schiller y Shakespeare no dejaban de presentar sus aspectos ambiguos. Aun cuando los clásicos (contrariamente a lo que esperaban algunos actores) no tenían el poder de inducir a la catarsis —y ningún público la necesitó nunca tanto—, no estaban tan exentos de contenido como para defraudar a los asiduos del teatro. El verso final de *El parásito*, de Schiller, "La justicia existe sólo en la escena", desencadenaba a menudo frenéticos aplausos, al igual que la frase culminante de la súplica del marqués de Posa al rey Felipe en *Don Carlos*: "Señor, concedednos la libertad de pensamiento". La reacción oficial a los incidentes provocados por *Don Carlos* fue variada; algunos teatros encendían las luces de la sala durante el parlamento

de Posa para inhibir los aplausos. En 1937, el Teatro Nacional de Berlín retiró la obra de su escenario cuando llevaba ocho semanas en cartel, y el órgano ideológico del partido pontificó: "Fueron hombres como el marqués de Posa los que dieron lugar a la Revolución Francesa. La libertad unida a la obediencia, como Schiller la propugnó en los últimos años de su vida, era algo desconocido para Posa".[16] Cuatro años más tarde —seguramente distinguiendo otra vez entre el Schiller joven y el maduro—, Hitler prohibió el uso de *Wilhelm Tell* como libro de texto. Cabe recordar aquí que los nazis habían pronunciado solemnemente el "juramento de Rütli" del patriota suizo, en una bodega de Munich, antes de poner en marcha el abortado putsch de noviembre de 1923.

En 1944, Gründgens dirigió la obra de juventud de Schiller, *Los bandidos,* como una evocación de nihilismo, y representó él mismo el personaje del villano Franz Moor, con aspecto de maníaco y un peinado que recordaba el de Hitler. El parecido físico era también importante en la puesta en escena de Jürgen Fehling del *Ricardo III,* de Shakespeare. En su papel de protagonista, Werner Kraus cojeaba, simulando tener un pie deforme como Goebbels, y cuando sus sanguinarios secuaces se quitaban las capas mostraban camisas pardas y negras, cinturones y correajes.[17] Las palabras del funcionario del tribunal de justicia ante la acusación contra Hastings —"¿Quién es tan estúpido que no pueda ver este ostensible engaño? ¿Pero quién es tan valeroso que no se atreva a decir que no lo ve?"— provocaron infinidad de aplausos a mitad de la escena.[18]

En cambio, la versión de Lothar Müthel de otra obra de Shakespeare reveló que el conocido realizador actuaba, en el terreno artístico, como propagandista del genocidio. Al serle encargado por el Gauleiter de Viena, Baldur von Schirach, que dirigiera *El mercader de Venecia* en el Burgtheater, en 1942, año de las deportaciones masivas a Auschwitz, Müthel aceptó, "porque encontraba fascinantes los problemas teatrales que planteaba aquel trabajo". Encargó al conocido crítico H. Ihering que adaptase el texto de Shakespeare a las exigencias de las leyes raciales nazis, de modo que Jessica apareció como fruto del adulterio de la esposa de Shylock con un hombre ario, lo cual —según las leyes de Nuremberg— la acreditaba como digna esposa del ario Lorenzo. En el papel de Shylock, Werner Kraus (que anteriormente había insistido en representar a todos los personajes judíos de la versión cinematográfica de *Jud Süss,* a fin de evitar que, según sus propias palabras, "media docena de actores rivalizasen unos con otros en una caricatura antijudía") realizó una interpretación cargada de antisemitismo.

Pero otros hombres de la escena alemana tomaron actitudes diferentes ante estas cuestiones. En 1942, el joven actor Joachim Gottschalk se suicidó junto con su esposa, de raza judía. Ocho años atrás, el venerable Albert

Bassermann había preferido el exilio a la separación de su esposa, que era judía.

En 1934, el artista de cabaret Werner Finck mostró una forma trivial, pero en absoluto indigna de mención, de filosemitismo. En una ocasión, cuando estaba explicando una serie de chistes con segunda intención política en la *Katakombe* de Berlín, un airado espectador le llamó "judío sarnoso", a lo cual él replicó al instante: "Es que tengo cara de inteligente". La *pièce de resistance* de Finck era un sketch en el cual un sastre le tomaba las medidas para un traje:

SASTRE: ¿Qué tipo de chaqueta quiere usted? ¿Con galones?
FINCK: ¿Una camisa de fuerza, quiere usted decir?
SASTRE: ¿Cómo quiere los bolsillos?
FINCK: Muy abiertos, como se llevan ahora.

Mientras Finck extendía el brazo derecho en una actitud que recordaba el saludo nazi, el sastre le tomaba las medidas de la manga, murmurando "Treinta y tres... derecho suspendido". Esta pieza se representó hasta que Goebbels ordenó cerrar la *Katakombe* y dispuso que Finck fuese enviado a un campo de concentración. Al ser liberado, debido a que Käthe Dorsch (protegida de Goering, el rival de Goebbels) intercedió en su favor, Finck reasumió, como si nada hubiese ocurrido, su papel de tábano, hasta que fue expulsado de la Cámara Nacional de Cultura y totalmente excluido, por este hecho, de la profesión de actor. Finalmente, se alistó en la *Truppenbetreuung* (Asistencia a las Tropas) de la Wehrmacht.

El aforo de la *Katakombe* era sólo de trescientas localidades, pero los chistes de Finck (al igual que los de su colega bávaro, Weiss Ferdl) se difundieron prácticamente por todo el país. La actitud del régimen ante hechos como éste solía ser ambigua. Mientras consideraba algunos chistes políticos literalmente como motivo de horca, toleraba la discreta difusión de otros, juzgándolos, correctamente, una forma de terapia y no de resistencia. Aun así, el humor antirrégimen era visto como una expresión de insatisfacción, y Goebbels había calificado la murmuración —en una memorable frase— de "defecación del alma". El titular bajo el cual el *Schwarzes Korps* informaba de la clausura de la *Katakombe* era una buena muestra de rebuscamiento: CASA DE PLACER (es decir, burdel) CLAUSURADA.[19]

Deseando no privar al público de toda forma de humor político legal, las autoridades patrocinaron un cierto número de cabarets dóciles a sus directivas. En la primavera de 1936, por ejemplo, una popular revista incluía chistes políticos extranjeros —un fotógrafo que pedía al secretario británico de Asuntos Exteriores, Eden, que sostuviera un poco más alta su ramita de olivo y

rogaba al primer ministro francés, Flandin, que no mirase tanto hacia la izquierda—, y también otros acerca de la política interior, como los que giraban en torno a la preocupación genealógica [20] o como el del jefe de estación que anunciaba que Berlín era la capital de la Baviera septentrional y Munich la de la Prusia meridional.

Otras iniciativas de este tipo eran más ambiciosas. En un cabaret de la Kurfürstendamm, uno de los personajes del espectáculo era el dueño de una fábrica que, con lágrimas en los ojos, suplicaba a sus empleados que aceptasen un aumento de sueldo, que ellos rechazaban obstinadamente. Con un propósito más concreto, un grupo ambulante de teatro de cabaret organizado por A la Fuerza por la Alegría presentó un programa en el que se atacaba a murmuradores, pesimistas, adictos a la astrología y otros disidentes, y cuyo estribillo de tipo agit-prop era: "Quiero que todos comprendáis que no puede haber mayor fortuna que vivir en una patria que os da trabajo y que está en el camino del progreso".[21]

La "coordinación" del teatro de cabaret formaba parte del mismo proceso que el decreto emitido por Goebbels en otoño de 1936, encaminado a convertir a los críticos en eunucos encargados de dar orientaciones anecdóticas sobre las obras teatrales. La crítica fue sustituida por la llamada "consideración de una obra de arte". Ello tuvo para el teatro unos resultados que Werner Kraus describió después de la guerra: "Antes, temblábamos de miedo a cada estreno, y a partir de aquel momento ya no volvimos a temblar, porque nadie se atrevía a decir que no habíamos trabajado bien. Pero esta situación se hizo aburrida, y lo más grave de todo fue que ya no aprendíamos nada. Al final, ni nosotros mismos sabíamos si lo hacíamos bien o mal".[22] Pero, por nocivo que resultase el decreto de Goebbels para la calidad del teatro, fue beneficioso para la tranquilidad de los críticos, expuestos antes a un gran número de riesgos. Por ejemplo, una crítica negativa de *Johann Keppler*, de Rehberg, aparecida en el *Wuppertaler Zeitung*, dio lugar a que el jefe local del partido escribiese las siguientes líneas al propietario del periódico:

"El aspecto más triste y lamentable de la situación es el hecho de que Rehberg es miembro del partido desde 1930 (número de carnet 360.000). Quizá el crítico de su periódico no pertenece siquiera al partido, o bien milita en él desde hace muy poco tiempo y no posee un conocimiento profundo de la cultura nacionalsocialista. No estoy dispuesto a continuar tolerando en Wuppertal el sabotaje de este tipo de descontentos. A la próxima ocasión, denunciaré a estos individuos al ministro Goebbels y al ministro-presidente Goering, y solicitaré que sean enviados a un campo de concentración. Por lo que a usted respecta, he de rogarle muy cordialmente, como viejo luchador del partido que es, que despida inmediatamente a este crítico." [23]

Goering, que, a la manera de un señor feudal, mostraba un interés de

propietario por los teatros estatales de Prusia, hizo vigilar por la Gestapo al crítico Alfred Muhr, del *Deutsche Zeitung*, por "sabotear la construcción del nacionalsocialismo" con sus críticas.[24]

Pero la intervención personal de los jerarcas nazis en el teatro fue más allá de la imposición de una camisa de fuerza a los críticos. Algunos de los miembros de la élite nazi guardaban en sus cajones, junto a las pistolas, amarillentos manuscritos. Uno de estos diletantes era el Gauleiter Kube, que escribió una obra dramática acerca del primitivo rey germánico Totila (uno de los héroes trágicos del bestseller decimonónico de Felix Dahn *La lucha por Roma*). Como los directores teatrales de Berlín no mostraban interés alguno por *Totila*, el Ministerio Prusiano de Cultura se vio obligado a emitir la siguiente orden:

"El veterano luchador nacionalsocialista, el actual *Oberpräsident* Kube, ha escrito una pieza teatral que ha sido ya presentada con éxito en otras ciudades. En Berlín, no ha sido posible aún llevarla a la escena. Les ruego que tomen inmediatamente todas las medidas necesarias para que el drama de Kube sea representado en dicha ciudad. Límite de tiempo: tres días." [25]

Las "otras ciudades" a las que se hacía referencia estaban, naturalmente, en Kurmark, el *Gau* de Kube, donde un periódico local nazi había comentado acerca de la obra: "El *Totila* de Wilhelm Kube no puede ser diseccionado con el bisturí de la anticuada crítica estética. El espectador sólo puede considerar *Totila* desde el punto de vista de la alemanidad".[26]

Si Kube se veía a sí mismo como un moderno Kleist, a otros Gauleiter les agradaba jugar el papel de Mecenas. Sauckel, de Turingia, por ejemplo, ordenó a la dirección del Teatro Nacional de Weimar —famoso por su antigua colaboración con Goethe y Schiller— que pusiera en escena la obra de Otto Erler *El huésped de Thor* a perpetuidad, todos los 21 de marzo (día del equinoccio de primavera).[27] Esta tendencia al mecenazgo colocaba a los actores de teatro en una situación muy ventajosa, pues los Gauleiter rivalizaban entre sí para persuadirles a fijar su residencia en su feudo particular, por medio de obsequios que iban desde títulos o automóviles Mercedes a propiedades en el campo.

Pero, en conjunto, no fueron los actores el grupo social que obtuvo mayores beneficios (aparentes beneficios) de la manipulación del teatro llevada a cabo por los nazis. Aunque ya antes de 1933 los trabajadores habían pasado a formar parte del público habitual del teatro (sobre todo merced a la organización *Volksbühne*, "Teatro Popular", que actuaba en colaboración con los sindicatos), el Tercer Reich movilizó a masas de público en una escala propia de una revolución cultural, no tanto con el fin de someterles al teatro propagandístico sino para convertir en propaganda su presencia en los teatros. ¿Qué mejor prueba de comunidad del pueblo que la presencia de aque-

llas gentes humildes y sin educación en unos lugares de esparcimiento asociados hasta entonces con la burguesía y la élite cultural?

Por cierto que la expresión "lugares de esparcimiento" no es del todo exacta, pues, tradicionalmente, el ciudadano de clase media iba al teatro con el objeto de cultivarse. El propósito declarado de la ingeniería social nazi era inculcar a las masas el espíritu de la clase media. Los efectos negativos de la operación, es decir, el descenso del refinamiento en el vestir y en los modales que se produjo en los teatros * (recogido por la expresión *Stullenoper,* "ópera de bocadillos"), resultaban insignificantes al lado del éxito obtenido en cuanto al aburguesamiento de la clase obrera. Las entradas baratas para el teatro, junto con los aparatos de radio asequibles y el tan esperado automóvil de precio módico, fueron medios primordiales para lograr este fin.

¿Cómo llevó a cabo el Tercer Reich esta pseudorrevolución pseudocultural? Una vez se hubo embolsado todos los bienes del Teatro Popular, la "Asociación Cultural" nazi (la suscripción a la cual costaba la ínfima cantidad de 1 marco) daba a sus miembros la posibilidad de asistir, a mitad de precio, a diez representaciones por temporada, aunque no podían escoger la obra, la fecha ni el teatro. La organización A la Fuerza por la Alegría reclutó un tipo de público teatral completamente nuevo vendiendo entradas con grandes descuentos (es decir, a precios que oscilaban entre 75 pfennigs y 1,50 marcos), lo cual sólo era posible para una organización colosal con red de distribución propia.[28] A través de A la Fuerza por la Alegría y del Frente del Trabajo, el teatro alemán disponía de un público potencial obligado que se contaba por decenas de millones de personas. La expresión "público obligado" está justificada, pues en el caso de que las entradas ofrecidas no fuesen adquiridas voluntariamente en una fábrica u oficina determinada, el conjunto de los trabajadores de la misma debía satisfacer su importe.[29]

Otras organizaciones de reserva de localidades funcionaban en el seno de las Juventudes Hitlerianas (en 1941, contaban con 250.000 suscriptores) y de la Corporación de Productores de Alimentos. En 1936, veinticinco compañías ambulantes daban representaciones en los pueblos, además de los grupos ambulantes que actuaban en los campamentos del Servicio de Trabajo del Reich. Durante la guerra, la organización de espectáculos que llevó a cabo la Asistencia a las Tropas fue tan amplia (durante algunos meses de 1942 movilizó a un total de 14.000 artistas)[30] y tan eficiente que representó una importante contribución al mantenimiento de la moral de las tropas. Y no por ello se descuidó a la población civil. La temporada teatral berlinesa de 1941-42 tuvo casi la misma amplitud que la de seis años atrás. La proporción de obras clásicas en el conjunto de la programación había permanecido estable, el

* Los teatros pequeños siguieron siendo, por lo general, zona reservada a los abonados.

género "sangre y tierra" había perdido terreno, y había un número mayor de obras situadas en el ambiente de la alta sociedad. Las obras de contenido abiertamente nazi brillaban por su ausencia; pero aún más notable fue el hecho de que, en los momentos culminantes de la guerra (la temporada teatral coincidió con durísimas luchas en el frente del este), los berlineses pudieron escoger entre no menos de cien obras diferentes.

Si se tiene en cuenta que el teatro de la ópera de Londres, el Covent Garden, hacía por aquellos tiempos las funciones de salón de baile, resulta francamente impresionante la importancia que las autoridades alemanas dieron a su "revolución cultural". Ningún grupo social quedó excluido. Esta difusión cultural sin precedentes y la deferencia de que fueron objeto los artistas hallan un significativo comentario en este recuerdo de la época del actor Dieter Borsche:

"En el invierno de 1943, yo formaba parte de una compañía que actuaba ante los guardas del campo de exterminio de Auschwitz, miembros de las SS. Todos los actores fuimos objeto de una pródiga hospitalidad. Nos servían la comida grupos de prisioneros, las largas filas de los cuales vimos con nuestros propios ojos. Nos asombró sobremanera ver que, en pleno invierno, vestían solamente las batas rayadas de presidiario." [31]

25

# EL CINE

El cine alemán entró en una edad de oro con *El gabinete del Dr. Caligari* (1919). Los sucesores de Caligari —*El Golem, Siegfried, Metrópolis, El estudiante de Praga, Destino, Vodevil, La última sonrisa*— constituyeron otras tantas aportaciones importantes al arte cinematográfico. Después de *Fausto* (1926), la brillantez de las pantallas de Weimar disminuyó un tanto, aunque pocos contemporáneos pusieron en duda la gran calidad de *Camaradería* y de algunos de los primeros films sonoros, como *La ópera de tres centavos, El doctor Mabuse, M* y *El ángel azul.*

Sin embargo, estos clásicos no eran representativos de la producción cinematográfica de la última época de Weimar. En ningún arte se mantuvo tanto una continuidad, después de 1933, como en el cine, cuando menos, según una visión de conjunto. Si un Rip van Winkel aficionado al cine se hubiera dormido durante la Depresión y se hubiera despertado durante el Tercer Reich, habría encontrado en las pantallas las mismas imágenes: soldados con cascos rematados en punta, de ojos hundidos, que salían de las trincheras para ir al encuentro del enemigo, cortesanos con peluca marcando posturas en decorados rococó, cazadores furtivos cortejando a campesinas entre doradas mazorcas y esforzados montañeros conquistando cimas rodeadas de nubes.

Esta continuidad se debía, en parte, a la coincidencia de que el ultraconservador político prohitleriano y magnate de la prensa, Hugenberg, controlaba además la UFA (*Universum-Film-Aktiergesellschaft*), la productora cinematográfica más importante de Alemania.

Pero una causa más determinante —aunque menos fácil de explicar— la constituía la increíble medida en que los cines de Weimar reflejaban las deformidades resultantes de la abortada revolución alemana posterior a la gue-

rra. Los espasmódicos movimientos de la democracia alemana proyectaban sombras en la pantalla y poblaban la tierra de nadie que había entre *El doctor Caligari* y Hitler: hombrecillos surgiendo de una retorta, filisteos que salían de acolchados interiores a "calles sin alegría", buscadores de Dios que abandonaban la Megalópolis por las cimas de las montañas, adolescentes rebeldes abocados a la sumisión o al suicidio...

Esta correspondencia entre cine y sociedad se intensificó cuando la Depresión revolucionó la sociedad, al tiempo que el sonido revolucionaba el cine. Estos dos acontecimientos dieron lugar a un enorme aumento en el número y la asiduidad de los espectadores: el público en general estaba tan fascinado por las películas sonoras como lo estaban los desempleados por las visiones de Eldorado (y por la calefacción de las salas de cine). La Depresión llevó a los productores cinematográficos y a los nazis a explotar un curioso reflejo de la psique alemana: la tendencia de los hombres sin trabajo a compensar esta afrenta a su virilidad con fantasías y rituales relacionados con la guerra. Durante la Depresión, la UFA agregó a los bien adiestrados coros de Hollywood y a las marciales majorettes con sus tambores las columnas de casacas rojas de Federico el Grande y las grises filas de combatientes de la Gran Guerra. Un sólo capítulo de la historia militar de Alemania —la "Guerra de Liberación" contra Napoleón— inspiró no menos de ocho films entre 1930 y 1933.

La asistencia al cine, que había aumentado ya durante la Depresión, continuó ascendiendo a todo lo largo del Tercer Reich, aunque por razones económicas diferentes. El aumento de los puestos de trabajo dio lugar a un relativo bienestar, y la guerra creó la necesidad de entretenimientos de tipo evasivo, así como un exceso de poder adquisitivo en relación con los artículos disponibles. El número de espectadores cinematográficos por año se cuadruplicó en un espacio de nueve años (1933: 250 millones; 1942, 1.000 millones),[1] lo cual significa que, durante el Tercer Reich, el ciudadano alemán promedio triplicó sobradamente la frecuencia de su asistencia al cine.

Además de presentar curvas de popularidad paralelas, tanto el nazismo como el cine se valían de proyecciones de sueños y de efectos monumentales. Ambos recurrían al sentimentalismo y a la reducción del lenguaje a cliché.

Así, las gentes del cine habitaban en un mundo doblemente falso, por la artificialidad del espectáculo y por el engaño político. Algunos ídolos de la pantalla consideraban el Tercer Reich como la extensión a nivel nacional de sus pequeños imperios de oropel. Fue probablemente la atmósfera del nazismo, más que la misma ideología, la que inspiró a Emil Jannings, Werner Kraus y Heinrich George sus esfuerzos pseudo-stajanovistas en la fábrica de sueños de Goebbels.

No hay que deducir de esto que tales actores fueran del todo indiferentes

a la ideología imperante. La insistencia de Werner Kraus en interpretar, él solo, media docena de papeles de personajes judíos en *Jud Süss* —el preámbulo cinematográfico de la Solución Final— fue motivada tanto por vanidad como por antisemitismo. Durante el rodaje, Kraus se sumergió en un ambiente judío, y, con macabra dedicación, se paseaba por su residencia con una gabardina sobada y una media en la cabeza, mientras los objetos de su mímica eran asesinados en los ghettos del Este.

Heinrich George, director de un teatro berlinés por nombramiento de las autoridades nazis, era igualmente dado a las exhibiciones histriónicas. En una ocasión, cuando dirigía la palabra a sus empleados, se detuvo a mitad de una frase, después de mencionar el nombre de Hitler, y vociferó ante la pequeña asamblea de tramoyistas y acomodadores: "¡Estoy hablando del Führer, ¿oyen ustedes? ¡Todos de rodillas ahora mismo!".

Una vanidad megalomaníaca similar, aunque menos abiertamente política, caracterizaba a Emil Jannings, que se jactaba en público del número de extras muertos durante el rodaje de la *Ohm Kruger*, la antibritánica epopeya de la guerra de los bóers en la que tenía el papel de protagonista.

Estas estrellas del celuloide no servían al régimen sólo con sus aptitudes profesionales, sino que, participando en lo que pasaba por ser la "vida de la corte" del Tercer Reich, ellos y sus colegas femeninos (Leni Riefenstahl, Olga Tschechowa y Zara Leander) daban un toque de *glamour* a aquella élite desprovista de encantos sociales.

A su vez, los nuevos detentadores del poder eran muy conscientes de la importancia del cine. Hitler atribuía al cine —junto con la radio y el automóvil— el mérito de haber hecho posible la victoria nazi. Concedía la suficiente importancia a este medio de comunicación como para intervenir personalmente en detalles de los repartos. Así, por ejemplo, ordenó que Otto Gebuhr, el eterno Federico el Grande de la pantalla de los tiempos de Weimar, apareciera de nuevo en el primer film acerca de Federico realizado bajo el nazismo, en lugar del actor que se había previsto para ello —Werner Kraus—, cuya figura habría roto la continuidad de la imagen en la mente de los espectadores.

En 1933 se produjo una huida masiva de talentos de la pantalla, incluyendo a directores como Josef von Sternberg, Fritz Lang, Erich Pommer, G. W. Pabst y Robert Siodmak, y a actores como Elizabeth Bergner, Marlene Dietrich, Peter Lorre, Oskar Homolka y Conrad Veidt. Goebbels, que era personalmente un gran aficionado al cine, mostró considerable habilidad para disimular los vacíos provocados por este éxodo. Además, mostró la suficiente flexibilidad como para renunciar a su propio plan de politización del cine alemán cuando se dio cuenta de que la épica parda era veneno para las taquillas (no a causa de la antipatía política del público, sino por el deseo

de éste de vivir, a través de la pantalla, experiencias diferentes de las que le deparaba la vida real).

Gobernantes y gobernados llegaron así a un acuerdo acerca de la función primordial del cine: facilitar la *Wirklichkeitsflucht*, la huida de la realidad. Aunque, en general, el cine de otros países desempeñaba una función similar, *La gran ilusión, Tiempos modernos, Furia* y *Love on the dole* prueban que el cine contemporáneo francés, americano e inglés no tenía una finalidad evasiva tan absoluta.

En 1930, en pleno impacto de la Depresión, la producción anual de films en Alemania se había mantenido en su nivel máximo absoluto: 140. Con un promedio de unas 100 películas al año entre 1933 y 1944, se produjeron durante el Tercer Reich un total de unos 1.100 films. De este total, prácticamente la mitad eran historias de amor o comedias, y una cuarta parte cintas policíacas, de aventuras o musicales. El resto lo formaban films de tema histórico, militar, juvenil y político, en proporciones más o menos iguales.

Esta panorámica estadística refleja a un tiempo la diversificación de los temas cinematográficos y el criterio escapista con que eran abordados. Pero, en realidad, las pantallas alemanas estaban más intensamente "ideologizadas" de lo que sugieren las estadísticas. Aunque sólo uno, aproximadamente, de cada veinte largometrajes era de tema claramente político, ocurría que precisamente en este film se había invertido una cantidad extraordinaria de dinero, de recursos técnicos y de publicidad. Así, cintas políticas como *Ohm Kruger* o *Jud Süss* dejaban en la mente del espectador una huella más profunda que un buen número de romances o de comedias. Además, como todos los programas habían de ser vistos del principio al fin, pues los cines alemanes no permitían la entrada del público una vez iniciado el programa, los noticiarios y documentales aseguraban dosis regulares de adoctrinamiento. No hay que olvidar, por otra parte, que muchas películas "de entretenimiento" estaban fuertemente impregnadas de ideología nazi.

La cinta *Der Weg ins Freie*, por ejemplo, cuya acción transcurría durante la revolución de 1848, era un lacrimógeno folletín: una esposa separada de su marido, ansiosa de trabajar en la escena, finge suicidarse para escapar a un chantaje; el esposo contrae segundas nupcias y es a su vez objeto de chantaje por bigamia, ante lo cual la esposa se suicida realmente con el fin de asegurarle su recién hallada felicidad, bendecida además por un hijo. El film constituía, por otra parte, un ensayo subliminal de historiografía nazi: Metternich actúa como hombre de paja de Rothschild; los trabajadores inmigrados polacos introducen el virus revolucionario en los patriarcales pueblos prusianos; y Viena, poblada por gentes de razas diversas, es mucho más propensa a la contaminación que Berlín, cuya población no había sido diluida racialmente.

Un interesante híbrido de historia de interés humano y mensaje político implícito era la biografía "tipo Führer". Este género no se ocupaba necesariamente de los líderes nazis, sino que podía centrase en cualquier figura histórica cuya vida presentara analogías con la carrera de Hitler. Así, las biografías del alquimista Paracelso, del poeta Schiller y del inventor Diesel eran presentadas como ejemplos del triunfo del genio autodidacta sobre la educación convencional y de la intuición sobre la miopía de los pedantes.

Tampoco tuvieron los cineastas nazis muchas dificultades en aprovechar el tema "Fredericus" para establecer paralelismos con Hitler. Los espectadores que no conocían la existencia de Eva Braun no podían sacar más que una conclusión al ver a Federico el Grande mostrando una personalidad pública de férrea dureza mientras, como hombre, padecía trágica soledad.

El tema "dirigente solitario contrapuesto a la masa" tenía muchas variaciones. *Der Höhere Befehl* (*La alta orden*) presentaba al comandante de una guarnición prusiana que, durante la Guerra de Liberación, se mofa de manera insultante de las opiniones y deseos de sus conciudadanos: clarividentemente seguro de su actuación, procede a descubrir y a desarticular una red de espionaje francés.* En *Der Tunnel* (basada en la novela *best-seller* de Bernard Kellermann), después de una catástrofe que provoca la muerte de doscientos obreros de la construcción, el resto de los trabajadores exigen mayores medidas de seguridad, a lo cual el ingeniero responsable replica a voces: "¿Seguridad? ¡Fe! ¡Fe es lo que yo os pido!". Otra variación del tema del liderazgo lo constituye el documental de Leni Riefenstahl sobre la Reunión del Partido de Nuremberg, titulado *Triunfo de la voluntad* (1934), que comienza con imágenes de densas formaciones nubosas y con el zumbido de la invisible aviación de Hitler. Se unía así el mito pagano del padre Odín y su huésped tronando en los cielos con el culto a la montaña característico del cine de Weimar, culto del que había sido sacerdotisa la propia Leni Riefenstahl.

Mientras las solemnidades de Nuremberg fueron trasladadas a la pantalla con buen resultado, las obras de ficción hagiográfica alcanzaron muy poca calidad. Las crónicas en celuloide de los mártires nazis provocaron poca reverencia entre el público. La canonización cinematográfica de Horst Wessel se consideró tan alejada del verdadero carácter del santo patrón nazi que fue púdicamente rebautizada *Hans Westmar*. *Hitlerjunge Quex*, apoteosis cinematográfica del mártir de las Juventudes Heinz Norkus, *SA Mann Brandt* y otros intentos similares de hacer cine partiendo de los clichés del *Kampfzeit*, resultaron igualmente fracasados. En vista de ello, el siempre

* Esto se relaciona con el concepto de la decisión política como hecho intuitivo que tenía Hitler, como se observa en su declaración: "Yo avanzo por el camino que ha fijado la Providencia con la seguridad de un sonámbulo".

pragmático Goebbels —a pesar de su ridícula predicción: "El cine alemán producirá un día su *Acorazado Potemkin*"— liquidó el género mediante una hábil racionalización: "El lugar de las SA está en la calle y no en la pantalla de cine".[2]

Sin embargo, *Hans Westmar*, la deficiente obra épica acerca de Horst Wessel, merece alguna atención. En ella, el protagonista — que, por cierto, había sido en realidad un alcahuete— es transformado en un asceta de ardiente mirada y enérgica mandíbula, del todo indiferente a sentimientos mundanos tales como afecto familiar, amistad o deseo sexual. Esta inconcreta identidad —ni hijo, ni amigo, ni amante— le hacía a la vez absolutamente inverosímil y objeto ideal de las proyecciones del público.

Dejemos ahora estos artículos tarados de la fábrica de Goebbels para examinar un producto de lujo: *Ohm Kruger*. Esta versión épica de la guerra de los bóers fomentaba la hostilidad antibritánica de diversas y efectivas maneras. Una de ellas era la forma en que se presentaba el oro: como objeto de deseo para los desnaturalizados ingleses, y como símbolo de esterilidad y maldad para los bóers, temerosos de Dios, laboriosos agricultores y ganaderos. Aparece en el film el lascivo momento en que el futuro Eduardo VII recibe la noticia de la muerte de su madre, la reina Victoria (acaecida durante la guerra), mientras contempla a las coristas del *Folies Bergères*, uniformadas y con faldas escocesas, que representan parodias de ceremonial militar. Un tercer ingrediente de *Ohm Kruger*, elemento en apariencia apolítico, es el conflicto generacional, planteado en este caso entre el dirigente bóer y su hijo Jan, y que concluye con la sumisión de éste. (Un caso análogo de obediencia filial —el del cadete que habría de ser Federico el Grande— pertenecía a la historia alemana además de al folklore cinematográfico. Después de un intento de huida, el joven príncipe fue obligado a presenciar la ejecución de su mejor amigo y cómplice, experiencia traumática que tranformó al joven rebelde en un prusiano ejemplar.) El trauma que determina la sumisión de Jan Kruger es igualmente violento: su esposa es violada por unos soldados británicos.

También *Jud Süss* tenía su momento de tensión culminante en una escena de violación. Habiendo sobornado con oro al duque de Württemberg, el judío obliga a la hija de su principal adversario político a sufrir la violación, so pena de dar muerte a su prometido en la rueda del tormento. Después del hecho, la heroína se suicida, fiel al código cinematográfico nazi según el cual toda mujer deshonrada debía expiar su vergüenza con la muerte.

El sadomasoquismo se convirtió así, en la pantalla nazi, en el sustitutivo habitual de la incitación erótica. Oficialmente las mujeres alemanas eran *virgines intactae* antes del matrimonio y castamente monógamas después; la sensualidad era una característica genérica de los no alemanes.

Las concesiones a la libido del espectador se valían de la aparición de personajes extranjeros: unas jóvenes españolas sin sujetador, aunque cubiertas por boleros, en *Hay que ahorcar a Pedro*, o una bailarina rusa con el pecho desnudo en *Der postmeister*, basada en la obra de Pushkin. Algunas veces, sin embargo, como plato especial, los films nacionales presentaban, fugazmente reflejada en el agua, la figura desnuda de Christina Söderbaum, o turbadores primeros planos del escote de Zara Leander.

Zara Leander era la encarnación del encanto femenino en el cine nazi, un cuerpo de carne abundante y de sangre fría. Su escote llenaba la pantalla, pero debajo, con casto y sereno ritmo, latía un corazón de mujer.

Si Zara Leander representaba a la siempre casta *Ewige Weib* (el eterno femenino) de la pantalla nazi, Christina Söderbaum era siempre la novia-niña. Aquella náyade nórdica de nariz respingona, femenina e infantil, intervino en toda una serie de realizaciones en las que se mezclaban las escenas almibaradas con la sangre del himeneo. Su destino en *Jud Süss* era la violación y el suicidio. En *El corazón eterno*, que se inicia con una impresionante escena de naufragio, desempeña el papel de la prometida de un maestro artesano, un hombre gravemente enfermo que intenta retrasar su muerte con el objeto de dar fin a un invento que evitará nuevos desastres en el mar. En una escena nocturna de inigualable ridículo y que pretende ser sublime, la joven quiere exhortar al inventor, pesadamente abatido sobre su banco de trabajo, a cumplir su deber conyugal, avanzando silenciosamente hacia él y oprimiendo su cuerpo desnudo contra su espalda, acto no motivado por el deseo sexual, sino por la esperanza de que el coito pueda apartarle de su fatal obsesión y le lleve a adelantar la fecha de la operación que representa su única posibilidad de supervivencia.

En el film basado en la novela *Gigante*, de Billinger, Christina Söderbaum personifica a la hija de un agricultor alemán de los Sudetes que, fascinada por el hechizo de la gran ciudad, abandona la propiedad de sus antepasados para trasladarse a Praga, tierra doblemente extraña por urbana y por checa. Seducida, embarazada y abandonada, regresa al hogar. En este punto, en la novela, el anciano campesino, desconsolado por la vergüenza de su hija, se suicida arrojándose al agua. Pero la versión cinematográfica termina con el suicidio, al estilo Ofelia, de Fräulein Söderbaum, pues el Ministerio de Propaganda decidió que era la hija deshonrada y no el inocente padre quien debía pagar el precio de la transgresión.*

Por razones morales similares, la versión fílmica de la obra *Opfergang*

* La convención cinematográfica según la cual el último rollo de todos los films de Christina Söderbaum mostraba invariablemente a ésta flotando en las aguas del Leteo —independientemente de que antes hubiese sido sometida a violación, seducción o abandono— le valió a la actriz el apodo de *Reichswasserleiche* ("la ahogada nacional").

(*El sacrificio ritual*) sufrió una gravísima mutilación a fuerza de cortes. En la novela, el protagonista rompe una relación amorosa antes de contraer matrimonio con otra mujer. Se separa totalmente de su amante, pero mantiene la costumbre de dar un paseo a caballo cada mañana ante su ventana. Cuando el joven muere repentinamente, la viuda, que conocía el secreto de aquellos paseos, viste un traje de montar masculino y continúa el ritual, con el fin de evitar a la amante el dolor de descubrir la verdad. Durante el rodaje, intervino la Cancillería del Reich y decretó que no era el marido sino la amante quien tenía que morir. Este final, absurdo desde el punto de vista del guión y destructor de la poética invención de Binding, se encaminaba a demostrar la indestructibilidad del matrimonio y a aleccionar contra la violación del sexto mandamiento.

La dificultad de aunar la glosa del sexto mandamiento con un cierto grado de interés dramático llevó a las autoridades a permitir la introducción en la pantalla de dosis estrictamente racionadas de sexo extramarital. Esta tolerancia no fue, ni mucho menos, unánimemente aprobada, sobre todo durante la guerra. Un informe del SD de 1940, en el que se exponía la consternación del público ante el carácter de un cierto número de films recientes, declaraba: "Es inoportuno atenuar la maldad de la conducta adúltera en unos momentos en que numerosas familias están separadas a causa de la movilización de los hombres".[3]

Uno de los films que motivaron esta queja era *Leidenschaft* (*Pasión*), que presentaba una situación tipo Lady Chatterley: un marido anciano, una esposa joven y un atractivo guardabosques, en un escenario de lujosas residencias y casas de montería. La muerte del anciano conde en un accidente de caza provoca rumores que acaban por dar lugar a un proceso judicial contra el guardabosques, pero éste consigue escapar a la horca y triunfa la causa del verdadero amor (verdadero porque es potencialmente fecundo).

El tema eugenésico tuvo también versiones humorísticas. *El rey de las amas de cría* —un gran éxito de taquilla— era un *jeu d'esprit* que tenía por protagonista a un joven centinela cuya actuación fuera de servicio da lugar a la tan ansiada llegada de un heredero del trono.

En ocasiones, el público se sorprendía ante la claridad con que eran formuladas las tesis eugenésicas. En *Urlaub auf Ehrenwort* (*Permiso bajo palabra*), un teniente concede un permiso de seis horas a los hombres de un tren de tropas a punto de salir para el frente, a cambio de su promesa de no desertar. Lo que chocaba a los espectadores era la enfática orden que daba el oficial a uno de sus hombres al abandonar la estación: "¡Asegúrese de hacerle un niño a su mujer en estas horas!".

Pero mucho más habituales eran las actitudes púdicas. Las películas sobre Tarzán y su compañera fueron censuradas en 1943 por lo sumario de

su vestimenta.[4] Un film protagonizado por Marlene Dietrich titulado *Das Hohe Lied* (*Canción sublime*), que presentaba el paso de una joven campesina a la condición de mujer mantenida y su posterior descenso al arroyo, fue absolutamente prohibida.[5] La película francesa *Nana*, basada en la novela de Zola, fue prohibida a causa de una escena que se desarrollaba en un burdel, en la que intervenían un soldado y una prostituta. Se dijo que, dado que el ejército era la base de un estado, el hecho de presentar a un soldado cohabitando con una prostituta minaba la autoridad de aquél.[6] En una película alemana, Zara Leander personificaba a una famosa cantante qque permitía a un oficial de aviación pasar la noche con ella. El Alto Mando del ejército puso reparos a la autorización de este episodio alegando que tal conducta era contraria a las normas de conducta de un oficial, pero Goering intervino y decidió, con la brusca manera quqe le era habitual: "Este hombre no sería un oficial si no se aprovechase de semejante oportunidad".[7] El almirante Doenitz, comandante de las fuerzas navales, se mostró más puritano e hizo prohibir *Die grosse Freiheit* (*La gran libertad*) porque en ella aparecía un marinero (personificado por el famoso actor Hans Albers) en estado de alcoholismo habitual. (Por razones de simetría —ya que no de igualdad entre los sexos—, si no aparecían en las pantallas mujeres alemanas de moral dudosa, tampoco debían aparecer hombres alemanes borrachos.)

Mientras eran censuradas tan inocentes anécdotas, productores como Max Kümminch se especializaban en sadomasoquismo, con sus films plagados de escenas de tortura. *Una vida por Irlanda*, de Kümmich, presentaba al hijo de un luchador por la libertad de Irlanda que es obligado por los demás internos de un reformatorio británico en que se halla encerrado a someterse a unas "pruebas de iniciación", minuciosamente filmadas y repulsivas para el espectador. En *Friesennot* (que se desarrolla entre los "alemanes étnicos" de Rusia), una muchacha alemana enamorada de un ruso es arrojada por sus vecinos al estanque del pueblo, donde la dejan ahogarse. Este castigo de la polución racial se declaraba acorde con la antigua tradición germánica. *Germanin* —acerca del descubrimiento de la vacuna contra la enfermedad del sueño— contiene una secuencia en primer plano en la que el ayudante del descubridor se deja picar por los mosquitos transmisores de la enfermedad. La relación entre sadismo y masoquismo era especialmente característica de películas que se desarrollaban en ambientes masculinos —internados, campos de entrenamiento, barracones militares—, donde los personajes debían someterse a pruebas de resistencia para demostrar ser dignos del respeto de sus camaradas.

El toque de homosexualidad propio del espíritu de las comunidades masculinas aparecía en toda una serie de películas: *Hitlerjunge Quex*, *Cadetes*, *D3 88*, *Stukas* y otras. En la cinta *D3 88*, que se desarrolla en el ambiente

de las fuerzas aéreas, el jefe del escuadrón y el ingeniero desempeñan respectivamente los papeles de padre y madre de los jóvenes pilotos. En una de las escenas, aparecen en una típica situación familiar en que la madre trata de arrancar concesiones al inflexible padre para los hijos más difíciles. Los celos y las rivalidades entre algunos de los aviadores más jóvenes [8] apuntan en la misma dirección, así como las exclamaciones de los dirigentes de las Juventudes en *Hitlerjunge Quex*: "Después de todo, los muchachos son maravillosos". En otro de estos films, una valerosa actuación conjunta hace que los dos protagonistas olviden el conflicto creado entre ellos a causa de una muchacha. Aparentemente, resulta paradójico que un régimen que infligía brutales castigos a los homosexuales favoreciera tales evocaciones de su mentalidad, pero el propio movimiento nazi era esencialmente colectivo y masculino, y el culto a la camaradería que se fomentaba en sus organizaciones representaba una generalizada (aunque, naturalmente, no reconocida) forma de homosexualidad. En esta medida, puede decirse que este grupo de peliculas reflejaban un aspecto de la realidad del Tercer Reich.

Otras aproximaciones a la realidad eran los films acerca de problemas en curso de resolución Así, las fases preliminares de la Solución Final coincidieron con la presentación de *Jud Süss*, y la secreta elaboración del programa eutanásico coincidió con la proyección de *Ich klage an* (*Yo acuso*), en la que un médico da muerte a su esposa, enferma de esclerosis, y posteriormente, desde el banquillo de los acusados, expone de manera convincente todos los argumentos en favor de la eutanasia.

Un informe del SD recogía el comentario de un espectador acerca de *Ich klage an*: "Muy interesante, pero en esta película ocurre lo mismo que en los manicomios, donde ya están eliminando a todos los locos. ¿Qué garantías tenemos de que no se producen abusos?".[9] Este tipo de efecto contraproducente no fue el único. El SD dio cuenta también de la aprensión que sentía la población alemana de las provincias orientales, étnicamente mezcladas, ante la posibilidad de que los espectadores polacos de la épica de liberación colonial —como *Una vida por Irlanda* o *Canción del desierto* (en la que se presentaba la rebelión árabe contra sus dominadores ingleses)— se identificaran con los rebeldes que veían en la pantalla.[10]

En una única ocasión un film realizado bajo el Tercer Reich fue lo suficientemente polémico como para suscitar la controversia pública. En *Der Herrscher* (*El amo*), un magnate industrial de edad madura, amargado por el egoísmo de sus hijos, los deshereda y lega su fábrica a la nación.

Un periódico publicado por la Corporación de Productores de Alimentos (organización que había "liberado a la agricultura de la acción de las fuerzas del mercado") observó que el final de la película reflejaba la antipatía oficial hacia la empresa privada. Por ello fue severamente censurado por el

*Deutsche Allgemeine Zeitung,* partidario de aquélla. Cuando se exhibió la película, se proyectaba al principio una nota suscrita por el ministro del Reich, doctor Goebbels, en la que se negaba enfáticamente toda implicación anticapitalista.[11]

También en otros casos fueron necesarias las explicaciones. Los realizadores de la inocua y frívola cinta *Die blonde Katrein* (*La rubia Catalina*), situada en el ambiente del antiguo Heidelberg, creyeron conveniente añadirle la nota preliminar: "Nuestro film constituye una parodia de la vida estudiantil tal como ha sido siempre presentada al público por motivos de falso romanticismo. En realidad, la vida estudiantil de hoy es una vida de trabajo y de servicio a la nación".[12]

La falta de correspondencia entre la pantalla y la realidad era tan evidente que las publicaciones del partido elogiaban de forma especial aquellas películas que se desarrollaban, de manera reconocible, en el Tercer Reich. Así, el *Schwarzes Korps* alabó en 1938 al director Karl Ritter en los siguientes términos:

"En *Pour le Mérite* ha mostrado usted a hombres que llevaban la insignia del partido y que se saludaban con el *Heil Hitler,* porque en el cine nadie esperaría otra cosa de usted. El día de la restauración de la soberanía defensiva (es decir, la reinstauración del reclutamiento), usted reprodujo la voz de Goebbels hablando por los altavoces y mostró banderas al viento. Usted puede correr este riesgo, por llamarlo así, porque describe a las personas tal como son realmente, incluso con sus debilidades." [13]

Unos meses después, el *Völkischer Beobachter* declaraba, a propósito de un film acerca de los obreros de la construcción de autopistas:

"No tendremos nunca un cine interesante si todo lo que sabemos hacer es mostrar una fecha en el calendario o colocar en la pared el águila del Reich. No debemos escamotear el saludo alemán. No se puede pasar por alto el Servicio Nacional de Trabajo ni las SA sin hacerse responsable de una cobarde evasión de la realidad contemporánea."[14]

Existen en el cine alemán numerosos ejemplos de evasión de la realidad, de la contemporánea y de cualquier otra. Un caso típico fue *Die Degenhards,* un folletín gerontófilo en el que se presentaba a un anciano y excéntrico funcionario que, en lugar de conseguir un bien merecido ascenso, es jubilado como consecuencia de un malentendido, pero reprime su sentimiento personal de humillación cuando la guerra impone su imperativo categórico a la comunidad entera. Finalmente, la muerte en acción de su hijo le hace cambiar de actitud hacia su nuera y su nieto, a los que anteriormente había rechazado.

Los temas eran todos tan sentimentales que la simple mención de los títulos —*Amor de madre, La segunda madre, El pecado contra la vida, La*

*mentira piadosa*— vale como resumen del guión. En *El estreno de Madame Butterfly,* por ejemplo, la protagonista, una cantante de ópera, se encuentra, en la vida real, con el mismo problema que el personaje que encarna en la ópera.

La película de guerra *Stukas,* de Karl Ritter, presenta un caso de curación por la música: un aviador que ha sufrido un shock por efecto de las bombas y cuya única esperanza de curación, en opinión de los médicos, reside en vivir una experiencia importante, se cura, efectivamente, durante la interpretación, en Bayreuth, de la gran marcha de *Sigfrido,* de Wagner.

En *Katzensteg* (que se desarrolla durante la Guerra de Liberación), el protagonista es un patriota, hijo de un alcalde colaboracionista. A pesar de este hecho, el joven insiste en que su padre sea enterrado en tierra sagrada. La heroína es una joven expulsada del pueblo que colaboró con el enemigo debido a la amenaza del alcalde de hacer ahorcar a su padre, un cazador furtivo. El film termina cuando los infelices amantes —a pesar de sus evidentes demostraciones de piedad filial— mueren a manos del enloquecido padre de la muchacha.

Prueba positiva de que obras de este tipo podían ser situadas con tan poco esfuerzo en un contexto contemporáneo como de época la constituye el film *Hohe Schule,* cuyo protagonista, un ex oficial convertido en caballista de circo, ama a una mujer a la que no ha podido declararse y ni siquiera revelar su nombre porque, antes de la guerra, mató a su hermano en un duelo. Finalmente, sin embargo, todo se resuelve, pues la protagonista descubre que su enamorado provocó el duelo movido por un generoso interés por el honor de su hermano, quien, a causa de unas deudas de juego, se veía sometido al chantaje de espías extranjeros.

De vez en cuando, la predilección de la industria cinematográfica por los rebuscados folletines llevaba a las autoridades a prohibir algún ejemplar particularmente exagerado, como *Die ewige Maske* (*La máscara eterna*), cuyo protagonista, médico, a pesar de la prohibición de sus superiores, inyecta a un paciente un suero descubierto por él, con resultados fatales. Al no conocer la verdadera causa de esta muerte (un ataque al corazón), el médico, desesperado, destruye el suero. Al conocer el verdadero desarrollo de los hechos, se vuelve loco, pero finalmente recupera la razón y consigue volver a preparar el suero.

Las normas para la censura previa de los guiones se hicieron tan estrictas que no se podía dar comienzo a la producción de película alguna hasta que su argumento hubiera sido sometido al examen de Goebbels en un formato standard (treinta y cuatro líneas de diecinueve sílabas por página mecanografiada). Este tipo de centralización creaba a veces sus propios problemas: en una ocasión en que salía apresuradamente de la visión previa

de un drama de tema médico, Goebbels comentó de paso a su ayudante: "Ahora tenemos bastantes *Ärztefilme* (películas de médicos) para una buena temporada". Pero el ayudante no oyó bien y creyó que Goebbels había hablado de *Ernste Filme* (películas serias), lo cual dio como resultado la dosificación de todos los programas de producción, y el Ministerio de Propaganda se vio inundado de guiones de comedias en unos momentos críticos de la guerra.

Fue durante la guerra, por cierto, cuando se proyectaron los dos mayores éxitos de taquilla del Tercer Reich. Casi 28 millones de personas vieron *Die grosse Liebe* (*El gran amor*), cuyo tema era la solidaridad en el dolor de las mujeres separadas de sus esposos movilizados. Omitiendo significativamente cualquier referencia a los sucesos de la guerra, presentaba la separación de las parejas como una especie de proceso de alquimia por el cual el oro del amor conyugal se purificaba de toda impureza.

Según la misma vena mágica, el film pretendía que los soldados casados estaban menos expuestos a la muerte en acción que los solteros, dando a entender que la amorosa preocupación de una esposa por su marido podía —a modo de invisible chaleco antibalas— preservarle de todo mal.

El segundo film de más éxito de los 1.100 producidos durante el Tercer Reich fue *Wunschkonzert* (*El disco solicitado*), que era también el nombre de un programa radiofónico semanal en el que los soldados y sus familias se relacionaban a través de peticiones musicales. *Wunschkonzert* presentaba al Servicio Radiofónico del Reich como el nudo central de una red de lazos emocionales a escala continental. Una de sus escenas prescindía de las convenciones cinematográficas nazis de la guerra hasta el extremo de mostrar a un soldado que moría en una iglesia bajo las bombas enemigas, pero esta concesión a la realidad era más aparente que real. Al presentar la muerte en una forma altamente estilizada —es decir, producida en una catedral (recordar el holocausto de los nibelungos en el palacio de Atila) y afectando a un solo soldado que tocaba el órgano—, la revestía de un cierto encanto y la despojaba de su verdadero significado.

El mismo criterio (en lo referente a la muerte de hombres alemanes, por lo menos) regía la realización de documentales y noticiarios. Así, en *Victoria al Oeste*, la muerte era púdicamente representada por la metáfora visual de una tumba cubierta de flores. *Bautismo de fuego* contenía una única referencia a la muerte en combate: la imagen de un soldado gravemente herido en un hospital, con el rostro transfigurado por la feliz espera de una visita del Führer. Esto no significa, sin embargo, que la información acerca de la guerra de las pantallas alemanas fuese equívoca. Los horrores de la guerra estaban allí visibles para todos, pero eran invariablemente mostrados sólo en cuanto afectaban al enemigo. El Ministerio de Propaganda llegó a de-

clarar que la demanda de noticiarios en los que apareciesen también los soldados alemanes heridos y muertos merecía ser condenada como una forma de afán de sensacionalismo.[15]

Durante la guerra, el hábito de ir al cine se hizo más fuerte y popular que nunca, hecho que las autoridades fomentaron enviando equipos móviles de proyección a pueblos remotos e incluso instalando algunos cines al aire libre en zonas bombardeadas. Durante los últimos tiempos de la guerra, había ante los cines de Berlín largas colas a partir de primera hora de la tarde. La gran cantidad de público que se disputaba el relativamente reducido número de localidades dio lugar a la aparición de un mercado negro de entradas. Cuando se redujo la distancia entre el frente y la capital, se revocó la prioridad de entrada de que gozaban los soldados.

En aquellos críticos momentos, Goebbels privó al frente de 10.000 soldados de infantería, 1.000 de caballería y 250 cañones para que apareciesen en las escenas de batalla de una película acerca de Napoleón, de Veit Harlan. *Kolberg*, film que tomaba su nombre de la ciudad que se negó a rendirse a los franceses en 1806, quería provocar una evocación de Dunquerque en la psique colectiva; pero, aunque fue estrenado ante la cercada guarnición de Königsberg, no pudo ya proyectarse públicamente.

*Kolberg* fue el último de los mil y tantos films producidos durante el que había de ser milenario Reich. ¿Mereció alguno de ellos pasar a la posteridad? Bien pocos. La mayoría fueron intrascendentes;* una minoría claramente negativos. El resto puede incluirse en dos grupos: los que constituían un comentario válido de la realidad nazi ** y los que poseían un mérito artístico intrínseco. Al primero de estos reducidísimos grupos pertenece *Kleider machen Leute* (*El hábito hace al monje*), sátira acerca del atractivo de los uniformes, y *Der Maulkorb* (*El bozal*), una farsa de época cuya acción se desarrolla en una pequeña ciudad, en la cual un procurador encargado de investigar un caso de lesa majestad descubre que él es el culpable. *Das Land der Liebe* (*El país del amor*), de Reinhold Schünzel, era una sátira más incisiva y contenía retazos de diálogo como este: "En este país no leemos libros. Nadamos, practicamos el boxeo y levantamos pesos", o bien: "Oh, esta cárcel está medio vacía. ¿De qué sirve una cárcel vacía?" Desde luego, estos tres films habrían pasado desapercibidos en otro contexto que no hubiese sido el Tercer Reich.

* Era significativo que incluso las representaciones cinematográficas de la vida del campo —una tarea sagrada a los ojos de los nazis— provocaran constantes quejas de las comunidades campesinas "coordinadas".

** Los documentales propagandísticos de Leni Riefenstahl —*Triunfo de la voluntad* y *Olimpiada*— pertenecían a una categoría híbrida propia: aunque muy perfectos desde el punto de vista técnico, constituían un comentario tendencioso a aspectos de la realidad nazi.

Las tres películas que pueden incluirse en la segunda categoría, dignas de mención en cualquier contexto, son: *Unter den Brücken* (*Bajo los puentes*), de Helmut Käutner; *Rembrandt,* de Hans Steinhoff, y la fantasía extraterrestre en color *Münchhausen,* de Josef von Baky. El guión de esta última fue escrito por Erich Kästner, a quien se había prohibido oficialmente seguir escribiendo. Pero la UFA quería un guión digno de la celebración de su vigesimoquinto aniversario, y consiguió que fuera levantada temporalmente la prohibición que pesaba sobre Kästner. El hecho de que, a pesar de sus enormes recursos y de la gran cantidad de talentos que concurrían al mercado del celuloide, la UFA hubiese de recurrir a un autor "degenerado" y proscrito representa un adecuado epitafio para la cinematografía nazi.

# 25

# LA PRENSA Y LA RADIO

A diferencia de la británica, la prensa alemana nunca ha tenido un grupo de diarios de circulación masiva publicados en la capital. La ausencia de una "prensa nacional" tenía dos causas principales: la mayor distancia geográfica entre las ciudades y el menor grado de consolidación del estado nacional. En Alemania, la fuerza de los vínculos regionales y el particularismo regional siguieron siendo tan grandes que, incluso después de medio siglo de unificación, Berlín no había pasado aún de centro de la red administrativa a eje de la vida nacional. El prusiano y protestante Berlín había despertado siempre la antipatía de las zonas meridionales y católicas; a partir de 1918, el estigma adicional del liberalismo, tanto moral como político, le valió la desconfianza de muchos provincianos.

En los días de Weimar, la circulación de algunos periódicos berlineses de calidad, como el *Vossische Zeitung* o el *Berliner Tageblatt*, se extendió fuera de la capital, pero, aun así, esta prensa tenía un carácter suprarregional más que nacional, y no se diferenciaba en aspectos esenciales del *Kölnischer Zeitung* o del *Frankfurter Zeitung*. Este último, con su prestigiosa sección financiera, tenía probablemente más de institución nacional que los periódicos de Berlín. Como para compensar la ausencia de una prensa nacional, la prensa regional y local alemana era extremadamente variada. Antes de la toma del poder por parte de los nazis, el país podía jactarse de poseer un total de no menos de 4.700 diarios de diferente audiencia. Los de menor alcance eran las "hojas de distrito" (*Kreisblätter*), que publicaban principalmente las noticias que les proporcionaban los trusts de la prensa (como el Scherl Verlag, controlado por Hugenberg), al que añadían informaciones de interés local.

Las noticias locales, consideradas desde un punto de vista más general, aparecían también en los diversos periódicos apolíticos (*Generalanzeiger*), que ofrecían noticias más que comentarios y se encontraban en casi todas las poblaciones, fuera cual fuera la importancia de éstas. En 1932, este grupo constituía el 24 por ciento del consumo nacional de periódicos diarios, los católicos el 10 por ciento, la derecha política el 38 por ciento, y la izquierda (subdividida en liberal, socialdemócrata y comunista) el 28 por ciento.[1]

La estructura de la prensa alemana era tan variada que en un centro provincial de importancia media como Stuttgart (400.000 habitantes) aparecían nueve diarios, mientras que los 25.000 habitantes de la alejada Coburgo, en Franconia, podían escoger entre tres diarios locales.[2]

La calidad de un periódico no estaba siempre en relación directa con su circulación. Así, el diario liberal más importante del país, el *Berliner Tageblatt*, dirigido por el incomparable estilista Theodor Wolff y en el que aparecían las críticas teatrales de Alfred Kerr y las musicales de Alfred Einstein, tuvo una venta promedio de sólo 130.000 ejemplares en 1932.[3] Aunque nunca había conseguido una audiencia muy amplia, la cifra de circulación de ese año refleja —aparte de la general escasez de dinero en el peor momento de la Depresión— la calidad del *Tageblatt* y la reciente disminución de su influencia.

Exactamente lo contrario en los dos aspectos puede decirse del *Völkische Beobachter*, cuya tirada en el momento de la subida al poder de los nazis era aproximadamente igual a la del *Berliner Tageblatt*.[4] Este periódico, órgano central del partido naciaonalsocialista, propiedad del que fue sargento de Hitler durante la primera guerra, Max Amann, y dirigido desde sus oscuros principios por el alcoholizado y drogadicto poeta Dietrich Eckart y por Alfred Rosenberg, el ideólogo del partido, tenía 127.000 lectores a principios de 1933, cifra ridículamente pequeña comparada con los 17 millones de personas (el 43 por ciento del electorado) que votaron nazi el 5 de marzo de ese año. Hasta 1933, la influencia del *Völkischer Beobachter,* que se publicaba en Munich, se redujo al sur de Alemania, pero incluso la circulación nacional de todos los diarios nazis —800.000— muestra que no más de uno de cada veinte votantes por el partido nazi había sido primordialmente influido por la prensa de aquél.

La discrepancia entre las cifras de lectores y las de votantes se debía al tipo de propaganda que realizaba el nazismo: supresión del razonamiento y apelación al subconsciente. Esta manipulación emocional alcanzaba su máximo en los mítines, donde el participante, inmediatamente alcanzado por la retórica y consciente de formar parte de una masa, experimentaba una metamorfosis, convirtiéndose —según una característica frase de Goebbels— "de un gusanito en parte de un gran dragón".

Fue su capacidad para la retórica la que hizo posible a Hitler romper los límites de una pequeña secta y conseguir la audiencia de casi la mitad del país a través de su don de lenguas y del de sus seguidores.

En el principio nazi estaba el verbo; la letra impresa lo apoyaba, pero en un plano de supeditación. Una de las principales directivas de Goebbels a los periodistas era, en resumen, la siguiente: "El lector debe tener la impresión de que el que escribe es en realidad un hombre que está junto a él y que le habla".[5] Como resultado de ello, las páginas de la prensa nazi exhalaban el ambiente de sus mítines masivos, un ambiente de sudor, cuero y sed de sangre, y el *Völkischer Beobachter* era poco más que un cartel disfrazado de periódico. Por ejemplo, los titulares de primera plana eran del tipo de: EL QUERIDO DE LA DUEÑA DE UN BURDEL NOMBRADO PROFESOR UNIVERSITARIO,[6] y utilizaba frecuentemente epítetos como "reptiles" (para los miembros del gobierno de Weimar) y "cloaca parlamentaria" (para el Reichstag).[7]

Estos factores contribuyeron a la peculiar inversión de preferencias de los lectores y votantes de la derecha antes de la toma del poder: mientras los nazis consiguieron más del cuádruple de votos que sus aliados del partido nacional en las elecciones de 1932, la proporción de lectores de la prensa nazi dentro del conjunto nacional de lectores de la prensa derechista (el 38 por ciento de todas las publicaciones del país) era menor de la cuarta parte. La situación de Hugenberg era característica: aunque era el principal magnate de los medios de comunicación de masas en Alemania (por su condición de presidente de la editorial Scherl y de la productora cinematográfica UFA), su partido era, con mucho, el más débil en la alianza partido nacional-partido nazi. En 1933, quedó totalmente eclipsado al primer recuento de votos, mientras Max Amann se convertía en el primer magnate periodístico de Alemania (si no del mundo entero): en 1942, controlaba el 82 por ciento de la prensa del país.[8]

El *Völkischer Beobachter* representó la punta de lanza del imperio periodístico de Amann. Llegó a ser el primer periódico de la historia del periodismo alemán que fue publicado simultáneamente en Munich, Berlín (a partir de 1933) y Viena (a partir de 1938). Además, se convirtió en el primer diario alemán que alcanzó la cifra de venta de un millón de ejemplares y que registró un crecimiento de diez a uno en otros tantos años (1932: 116.000; 1941: 1.192.500).[9] Un hecho que contribuyó a este asombroso progreso fue que su director, Wilhelm Weiss, transformó en parte el primitivo "periódico de combate" en un vehículo de información. Mejoró el servicio de noticias y amplió el alcance de éstas. Pero la mayoría de los otros planes de Weiss para una reforma del diario se estrellaron contra las inflexibles negativas de Amann.

Fue la obstinación de su propietario, por ejemplo, lo que impidió que el

primer periódico del país más poderoso de Europa no tuviera ni un solo corresponsal permanente en ninguna capital extranjera.[10] Tampoco empleó el periódico, después de 1933, un vocabulario diferente, para adaptarse mejor a su nuevo *status* de equivalente alemán de *The Times* o *Le Temps*. Tanto en sus tiempos de apogeo como en los de oscuridad, el estilo del periódico consistió en una combinación de panfletarismo y pérfida mendacidad, como puede verse en esta información, de 1934, del suicidio de un antiguo diputado del Reichstag en un campo de concentración: "Aunque tratado con la misma tolerancia que todas las demás personas en custodia protectiva, se comportó de forma hostil y provocativa hacia el personal responsable".[11]

La verdadera razón del rápido y constante progreso del periódico (su circulación aumentó cada año en 100.000 ejemplares) es sencillamente el hecho de que la suscripción al *Völkischer Beobachter* era a la vez consecuencia lógica de la afiliación al partido y signo de fidelidad política para los funcionarios y otros grupos sociales. Maestros de escuela, dirigentes de las Juventudes Hitlerianas, instructores de la Wehrmacht y profesores universitarios lo utilizaban como auxiliar básico de su tarea educativa, y, como hemos visto, los maestros no nazis se veían obligados a leerlo también, para abstenerse de criticar las redacciones en que sus alumnos copiaban palabra por palabra sus artículos editoriales. Los comentarios adversos acerca de tales redacciones fueron a veces expiados en campos de concentración.

Aunque un amplio sector de la burguesía acomodada estaba ya suscrito a la prensa nazi, Goebbels no se decidió a imponerlo de manera absoluta a todos los sectores educados de la población. La prensa socialdemócrata y comunista desapareció totalmente después de la toma del poder, y en este destino la siguieron pronto los diarios católicos, pero se permitió que siguieran existiendo algunos periódicos liberales de gran reputación (como el *Frankfurter Zeitung* y el *Berliner Tageblatt*), convenientemente despojados de su anterior relación con grupos judíos, aunque conservando su personal no nazi. Esta decisión, en principio contradictoria, tenía como fin mantener, en el interior del país, un vestigio del pasado esplendor periodístico, para dar una apariencia de pluralidad en aquel sistema herméticamente cerrado. Cara al extranjero, la utilidad de estos periódicos consistía en su calidad de portavoces del régimen con una cierta dignidad formal, que podían entablar con los periódicos extranjeros un diálogo para el cual habrían sido totalmente inadecuadas las publicaciones declaradamente nazis, por la brutalidad que las caracterizaba. De este modo, los lectores alemanes más exigentes, a quienes contrariaba el rudo estilo y las esquemáticas argumentaciones del *Völkischer Beobachter*, podían encontrar en el *Berliner Tageblatt* las mismas argumentaciones envueltas en la refinada prosa de Paul Scheffer, formado en la prestigiosa escuela de Theodor Wolff. Scheffer, que pasó a ser director en otoño

de 1933, se propuso convertir el periódico, que estaba en aquellos momentos casi moribundo, en un órgano de la oposición intelectual conservadora, con la ayuda de su personal, compuesto en su mayor parte por jóvenes académicos. Los aumentos de tirada que siguieron a estos comienzos parecieron confirmar sus esperanzas, pero él y sus colaboradores se veían obligados a escribir en clave, con lo cual se hacían entender solamente por los más sutiles de sus lectores. Muy ocasionalmente, el atenuado inconformismo del *Berliner Tageblatt* ganaba en claridad: para definir lo que él entendía por "la esfera privada", el escultor Gerhard Marcks (que posteriormente había de caer en desgracia) escribió en la Navidad de 1935:

"Quisiera sustituir el término 'privada' por 'secreta'. En otras palabras: el manantial fluye secretamente, y el arroyo públicamente. El manantial puede prescindir del arroyo, si es necesario, pero el arroyo no puede existir sin el manantial." [12]

Bastante más indirecto fue un artículo de fondo acerca de la purga de Roehm, que comenzaba con una filípica contra la colectivización forzosa en la URSS. Quizá algunos lectores fueron lo suficientemente sagaces como para darse cuenta de que la sutil analogía, es decir, la condena de Hitler mediante la comparación con Stalin, era uno de los recursos preferidos por Scheffer. Pero pocos de ellos debieron de adivinar que la publicación por parte de Scheffer de un artículo sobre Jung y la psicología de las profundidades en la fecha del octogésimo aniversario de Freud (toda mención del cual estaba prohibida) constituía un secreto homenaje al difamado fundador del psicoanálisis.

A mediados de los años treinta, Scheffer contrató a Werner Finck como colaborador en la edición especial de los domingos,* edición de la que se vendían un 25 por ciento más de ejemplares que en un día laborable promedio. En su columna, Finck cultivaba una característica forma de humor levemente politizado basado sobre todo en frases de doble sentido:

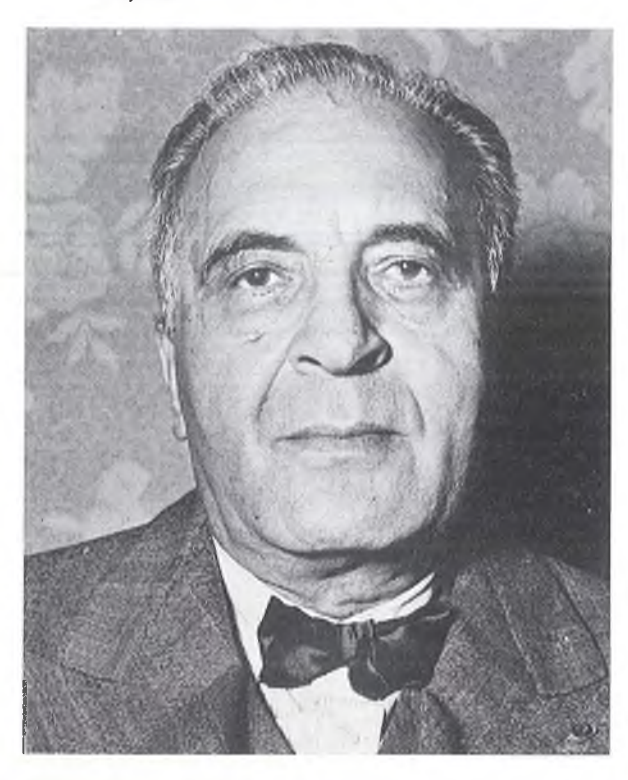
"Señoras y señores, la ventana está abierta y estamos hablando en voz muy alta. Quizá sería mejor que la cerrásemos. 'Si se me permite hablar abiertamente', quería decir la ventana en aquel momento, como para intervenir en la conversación, pero se limitó a emitir un crujido. Las paredes pueden participar con mayor facilidad; por lo menos tienen oídos." [13]

La forma en que el *Berliner Tageblatt* llevaba a cabo su oposición bordea-

* La tolerancia de las sátiras de Finck en Berlín tuvo una única contrapartida en Baviera. Con ocasión del carnaval de 1937, Goebbels permitió la aparición de una edición especial humorística del *Münchner Neueste Naehrichten*. El número contenía imágenes tan verídicas de la realidad nazi como la que sigue: "Ayer noche, alguien entró en la taberna bajo la apariencia de un caballero. Se creó un clima de cordialidad, en el curso del cual dos parroquianos fueron inmediatamente llevados a Dachau". Hitler prohibió terminantemente toda repetición de esta osadía.

Dos imágenes del desfile celebrado en Berlín, en julio de 1937, para festejar los 2.000 años de cultura alemana.

Winnifred Wagner, descendiente del gran compositor, entrega autógrafos a soldados alemanes en Bayreuth.



Bruno Walter, célebre director de orquesta que marchó de Alemania en 1938.

El Dr. Glasmeier, Intendente del Reich, habla con Hadamovsky, director de la Radio, sentado.

Prensa alemana antes del Reich.

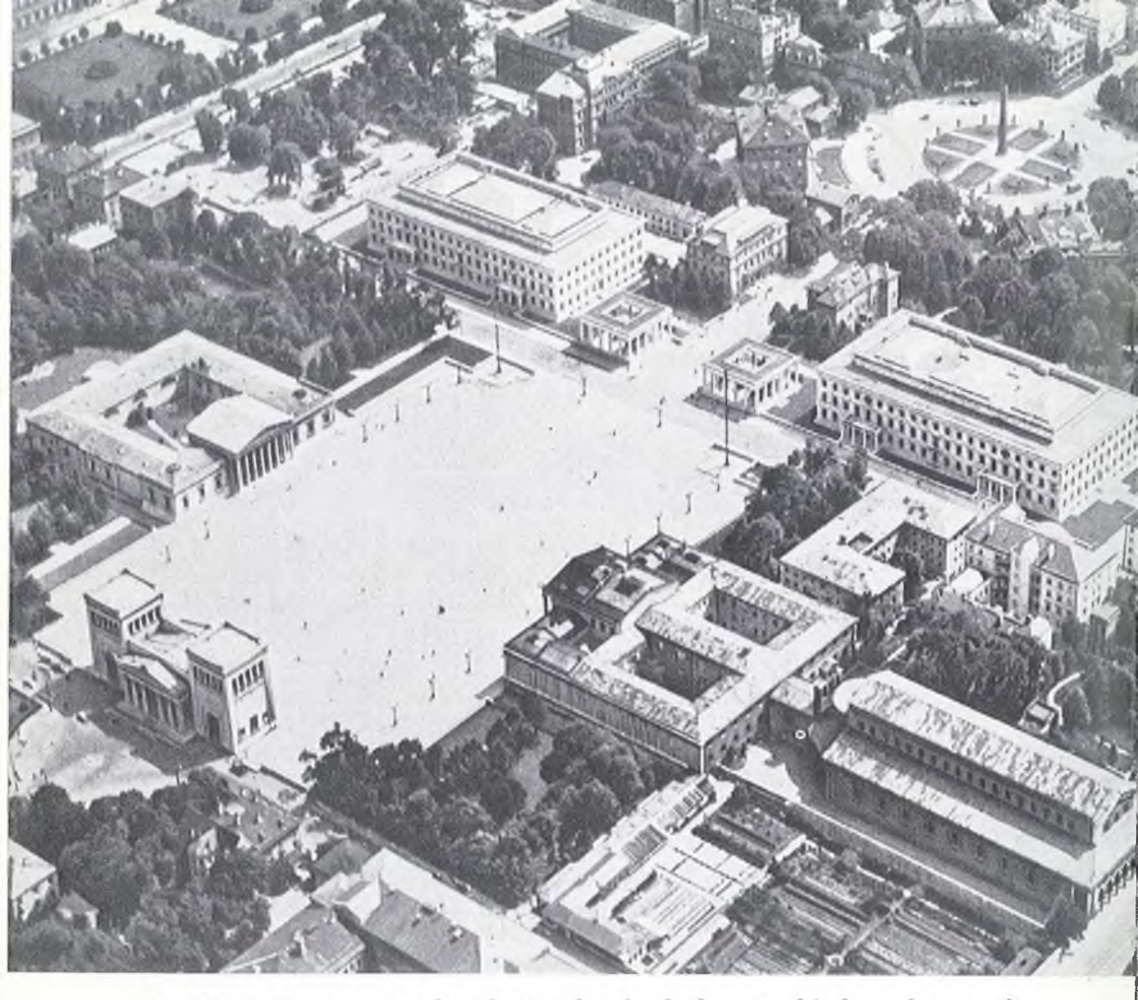


Goebbels, ministro de Propaganda, lee las "amistosas manifestaciones intercambiadas entre Al.mania y Austria", poco antes de que ésta fuera anexionada al Tercer Reich.

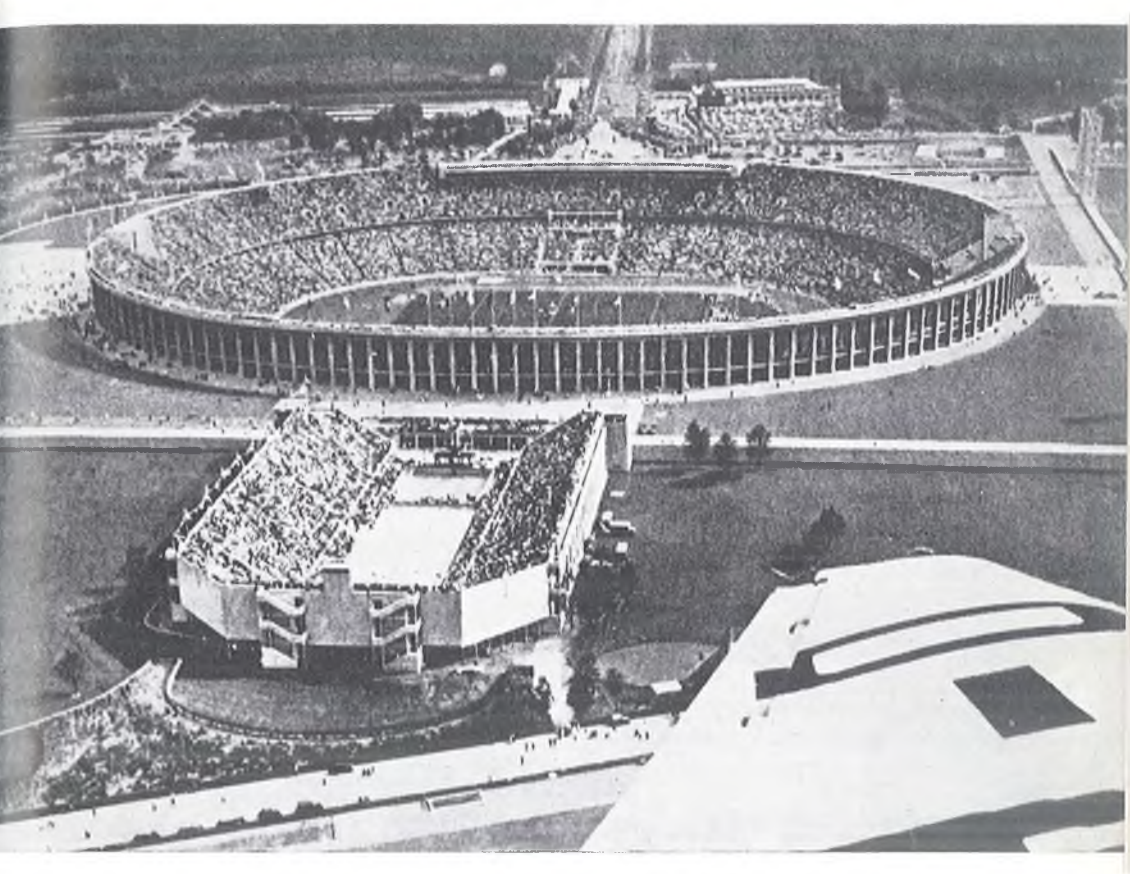
El compositor Karl Orff, a quien vemos a la izquierda, fue muy popular durante el período nazi.



Hermann Goering fue ministro del Interior de Prusia, presidente del Reichstag, comandante en jefe de la Luftwaffe y mariscal del Ejército.



Aspecto central y monumentalista de Munich, urbe donde se incubó el partido nacional-socialista.



Aspecto que en una de sus jornadas ofrecía el estadio berlinés donde se celebró la Olimpiada de 1936.

El escultor Thorak en una de sus obras colosalistas, tan celebradas por los nazis.

Escultura alegórica de la ideología nazi, en un estilo tan del gusto de la época.

ba, pues, lo críptico, o bien se refugiaba en el humor. Probablemente, la función de resistencia más eficaz de cuantas desempeñó fue el mantenimiento de la pureza lingüística, merced a lo cual se salvó de la extinción un alemán no corrompido.

Los periódicos *Generalanzeiger*, que habían sido apolíticos, estaban a igual distancia del *Völkischer Beobachter* y de periódicos aún tolerados oficialmente, como el *Berliner Tageblatt.* Aunque el pulpo editorial de Amann acabó por dominar la mayoría de la prensa alemana, el régimen se contentó durante algunos años con ejercer un control sobre los periódicos mediante una reglamentación externa más que por modificaciones directas de propiedad y personal.

El instrumento de todo el aparato de regimentación y censura previa eran las denominadas *Sprachregelungen* (reglas de lenguaje), directrices contenidas en breves instrucciones diarias del Ministerio de Propaganda y transmitidas a todas las redacciones de periódicos del país. Tan pronto como cada director había asimilado dichas instrucciones, estaba obligado a destruir todo rastro de ellas y a firmar una declaración jurada en tal sentido. Estas directrices resultaban tan minuciosas y tan aniquiladoras de toda iniciativa periodística que el propio Goebbels, en un momento de candor, admitió: "Cualquier hombre a quien le quede el menor resto de honor se cuidará muy bien en el futuro de hacerse periodista".[14] Pero unos pocos periodistas, lejos de lamentar el hecho de que sus columnas se hubieran convertido en tablones oficiales de noticias, acogieron favorablemente el plan de Goebbels porque les eximía de toda responsabilidad.

Las directrices en asuntos de prensa eran asombradamente minuciosas. Titulares como: EL COMANDANTE EN JEFE DE LA ARMADA RECIBE AL FÜHRER eran declarados inadmisibles, porque un subordinado no podía recibir a su jefe supremo. No se podía mencionar a Thomas Mann, ni siquiera para criticarle, porque su nombre debía ser borrado de la memoria de los alemanes. Lo mismo debía hacerse con Charles Chaplin. Greta Garbo, en cambio, debía ser objeto de un trato amistoso. Más positiva aún —*sympathisch,* incluso— debía ser, obligatoriamente, la actitud de la prensa ante el matrimonio del duque de Windsor. No debía haber fotografías de prensa mostrando a ministros asistiendo a banquetes, ni notas alusivas a este hecho. Otras noticias censuradas fueron los brotes de envenenamiento de ganado debido a la acción del potasio alemán de los forrajes, un accidente automovilístico sufrido por von Ribbentrop, en el que su hija mayor había resultado gravemente herida, y la participación de Fräulein Hess en la exposición canina de Berlín. La cuestión de si Jesús había sido o no judío no debía ser abordada, pues no podía ya ser resuelta después de dos mil años. Los casos de corrupción racial examinados por los tribunales debían ser citados con el má-

ximo cuidado, omitiendo detalles tales como: "El judío X. Y. frecuentaba el burdel alemán de Z.". Y, por último:

"La ejecución de las penas de muerte está sujeta a una normativa unificada en todo el territorio del Reich. En el futuro, todos los criminales serán ejecutados en la guillotina, y las ejecuciones serán centralizadas en unas pocas ciudades. Para evitar que la mención demasiado frecuente de dichas ciudades pueda dañar su reputación, las informaciones de los periódicos citarán solamente la ciudad en la que el tribunal ha dictado sentencia, y no el lugar donde ésta habrá de ser ejecutada." [15]

Pero, a pesar de la amplitud y detalle de estas directivas, los riesgos profesionales de los periodistas durante el Tercer Reich siguieron siendo considerables. Una "hoja de distrito" de escasa importancia, la *Schweinitzer Zeitung*, fue temporalmente suspendida porque, en el número dedicado al cumpleaños de Hitler de 1935, aparecía en la portada una gran fotografía del Führer que tapaba las primeras siete letras del membrete del periódico, letras que formaba la palabra *Schwein* ("cerdo"). En otra ocasión, dos líneas de imprenta que habían sido inadvertidamente invertidas por el tipógrafo, de modo que el elogio de un funcionario local del partido que se retiraba concluía con el peyorativo final de la nota necrológica de un ministro francés, provocó una investigación de la Gestapo acerca de un periódico regional en Brunswick.[16]

A un periodista del *Berliner Tageblatt* le fue impuesta una multa de 200 marcos por ser autor del titular humorístico: FELIZ A PESAR DE ESTAR CASADO. Un colega suyo que había escrito un reportaje acerca de las Juventudes Hitlerianas fue convocado a las oficinas locales de dicha organización, donde el ayudante de von Schirach le insultó y le propinó un sonoro bofetón. Pero eran los suplementos culturales de los periódicos los que eran causa de mayores riesgos. Un colaborador del *Frankfurter Zeitung* sufrió una breve pena de prisión con motivo de una nota sobre Van Gogh, y otro corrió la misma suerte a causa de un comentario dedicado a Virginia Woolf después del suicidio de ésta, en 1941.[17] Como veremos más adelante, un periodista fue despedido de la redacción de *Das Reich* por criticar negativamente una pintura que Hitler había regalado al Gauleiter de Munich con ocasión del matrimonio de éste. Un miembro de la redacción del suplemento del *Berliner Tageblatt* que había omitido mencionar a Arno Breker en un artículo acerca de los jóvenes escultores perdió el derecho a ejercer el periodismo. (El instigador de esta medida fue el propio artista ultrajado.) *

No obstante, como contrapartida de estos inconvenientes, el suplemento ofreció también, en un principio, un limitado margen para el ejercicio del

* Ver el capítulo sobre arte, p. 454.

ingenio crítico, tanto en los temas políticos como en los culturales. El crítico teatral del *Frankfurter Zeitung*, al comentar la pieza de Moeller *Rothschild gana en Waterloo*, logró impugnar la credibilidad de la misma mediante frases ambiguas tales como: "El autor se preocupa menos de la autenticidad histórica que de las implicaciones morales".[18]

Esta crítica apareció dos años antes de la promulgación del importante decreto de Goebbels, de noviembre de 1936, según el cual la crítica debía ser sustituida por la "consideración del arte". Pero incluso después de este decreto existían algunas posibilidades. Gert Teunissen, el crítico de arte del *Kölnischer Zeitung*, consiguió introducir una nota irónica en sus comentarios a las exposiciones anuales de Munich mediante el uso de expresiones como "exactitud matemática" y "a prueba de bombas", o de frases como "el yeso de París permite dejar la superficie lisa como un espejo".[19] También la crítica literaria encontró una salida para la veracidad de los comentarios a obras sobre las figuras de César, Cromwell o Napoleón, que proporcionaban oportunidades evidentes de establecer implícitos paralelismos con el totalitarismo contemporáneo.

Aunque los escritores que formaban parte de la redacción del *Berliner Tageblatt*, del *Kölnischer Zeitung* y del *Frankfurter Zeitung* o de publicaciones periódicas como el *Deutsche Rundschau* se aprovechaban ocasionalmente de estas oportunidades, los periodistas del Tercer Reich, en su conjunto, encontraron sus privilegios en ámbitos totalmente diferentes. Los ortodoxos se sintieron corporativamente ensalzados, ya que Hitler, a raíz de la publicación de *Mein Kampf*, solía darse la calificación profesional de "escritor". Según una típica efusión de un escriba del partido:

"Un periodista nace de la misma manera que nace el dirigente, con el que está estrechamente vinculado. Sólo en la actividad periodística la visión profética del dirigente adquiere la forma de intuición poética... Así como el poeta marcha junto al rey, el periodista debe marchar con el dirigente. El dirigente adivina la esencia del alma popular por su visión intuitiva; el perodista lo hace escuchando su lengua."[20]

Un privilegio más prosaico concedido a los periodistas se relacionaba con el hecho de que las secretas "reglas de lenguaje" les permitían una visión de las realidades políticas y diplomáticas que se negaba a la población en general. Los periodistas eran los únicos ciudadanos del Tercer Reich que estuvieron oficialmente informados de que el órgano central del partido nazi publicaba falsedades. El 9 de enero de 1940, se les comunicó que "el artículo publicado en el *Völkischer Beobachter* de hoy acerca del origen judío de algunos estadistas británicos es muy lamentable. Las afirmaciones que en él se hacen son extremadamente incorrectas".[21]

Otro privilegio —indudablemente mucho más apreciado— de que goza-

ron unos pocos periodistas durante la guerra fue el acceso, merced a los buenos oficios del Ministerio de Propaganda, a los periódicos extranjeros y a los films procedentes de los países aliados retenidos por la censura. (Antes de 1939, los habitantes de las grandes ciudades habían podido aún leer órganos de la opinión extranjera "moderada", como *The Times, Le Temps* y el *Neue Zürcher Zeitung* adquiriéndolos en los kioscos o leyéndolos detenidamente en los cafés, aunque el ser visto comprando periódicos extranjeros no era lo más adecuado para hacerse mirar con buenos ojos por el partido o por la Gestapo.)

El hecho de que los periodistas tuvieran mejor acceso a la información no les daba necesariamente una visión más precisa de la realidad. Rudolf Kircher, director del *Frankfurter Zeitung*, estaba, por lo que se vio, tan mal informado, que sufrió una crisis nerviosa durante una reunión editorial, cuando llegó al periódico la noticia del ataque alemán a Polonia. Cuando Margaret Bovery fue enviada a Nueva York, en el verano de 1940, para seguir el desarrollo de la guerra desde un observatorio neutral, sus colegas comentaron que tal viaje no tenía sentido, pues la guerra habría terminado antes que la corresponsal llegase a las costas americanas.[22] Pero, indudablemente, el mayor beneficio —desde un punto de vista puramente material— que el régimen concedió a la profesión periodística consistió en borrar los efectos de la Depresión, que había dejado a tantos de ellos sin trabajo.

Aunque las purgas y las medidas de "coordinación" crearon trastornos en este sentido, no escasearon, para los aspirantes gratos al régimen, las vacantes en la prensa del partido, en continua expansión, en las secciones de propaganda del aparato del partido, que proliferaban sin cesar, y en los departamentos de relaciones públicas de una industria floreciente. El semanario *Der SA-Mann*, por ejemplo, vendía 750.000 ejemplares, cifra que no era, desde luego, consecuencia de la calidad de su contenido, sino de la efectividad de las campañas de suscripción promovidas por la SA.

Los sistemas de promoción de la prensa nazi quedan bien ilustrados por el propio diario local de Julius Streicher, el *Fränkische Tageszeitung*, que envió la siguiente circular a los lectores para renovar sus suscripciones:

"Su propósito revela una actitud muy peculiar hacia nuestro periódico, que es un órgano oficial del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, y esperamos que se dé usted cuenta de ello. Nuestro periódico merece, sin duda alguna, el apoyo de todo alemán. Continuaremos enviándole los ejemplares que vayamos publicando, en la espera de que no deseará usted exponerse a consecuencias desagradables en caso de cancelar la suscripción." [23]

La otra empresa periodística de Streicher, mucho más conocida, *Der Stürmer*, alcanzó un extraordinario desarrollo; saltó de un promedio de 65.000 ejemplares en 1934 a casi 500.000 en 1937.[24] La cantidad de falsedades que se publicaban en este periódico, cada ejemplar del cual leía Hitler ávida-

mente de punta a cabo, era tan extraordinaria que, ocasionalmente, las propias autoridades nazis se veían obligadas a retirarlo de la circulación.* Pero la perversión de la verdad era sólo una faceta de la perversión general que hizo del *Stürmer* un modelo de periodismo nazi. Un representativo titular aparecido en él en 1933 decía: JUDÍO MUERTO: FRITZ ROSENFELDER ENTRA EN RAZÓN Y SE AHORCA. Una típica "carta abierta" contenía estas palabras de un oficial de las SS a un funcionario del gobierno destituido con ocasión de una purga: "¿Recuerda usted la memorable noche en que le dí una ondulación permanente a su torcida espina dorsal con una fusta?".[25]

No obstante, sería erróneo deducir de los ejemplos citados que el sadismo y la vulgaridad dominaban la prensa del Tercer Reich, pues aunque el *Stürmer* tiraba medio millón de ejemplares y era leído por un número aún mayor de personas —su exhibición callejera lo hacía objeto de la rápida lectura de millones de transeúntes—, muchos padres de familia (aunque fuesen políticamente conformistas) lo desterraban de sus hogares por razones de respetabilidad, y a las mujeres no les agradaba ser vistas leyéndolo. Los deseos de este segmento del público lector eran satisfechos en parte por la prensa ilustrada, aspecto importante de la actividad editorial nazi. Enormemente populares tanto en la paz como en la guerra, las revistas ilustradas cubrían la realidad con un barniz compuesto de mística y de elevación. Eran típicas las reproducciones a una tinta, a toda plana, que aparecían en la *Berliner Illustrierten Zeitung* y formaban la serie "Retratos del alma alemana", evocaciones de contemplativa serenidad, con títulos como "En el mágico encanto de la musa", "El paso de María por las montañas", "El cuento de hadas" y "En el bosque".** La popularidad de las revistas ilustradas era, en cierta medida, un resultado secundario del descenso del interés del público por los periódicos después de que la "coordinación" uniformizó el panorama periodístico.

El total nacional de ejemplares de periódicos impresos diariamente descendió —a la vez que disminuía el desempleo— de 20,25 millones a principios de 1934 a 18,75 millones a mediados de 1935.[26] En 1936, se puso en marcha una campaña contra la indiferencia del público hacia la prensa. Por todas partes, los carteles proclamaban: "Quien no lee periódicos vive en la luna", o bien: "Quienes leen periódicos progresan más rápido". Un factor que contri-

* "El diputado presidente de la policía de Breslau anuncia la confiscación del número 32 del semanario, *Der Stürmer*, que se edita en Nuremberg. Con el titular "Asesinato ritual en Breslau", el *Stürmer* publicaba un extenso reportaje sobre el asesinato sexual de los hijos de la familia Fäse en 1926, reportaje que, en líneas generales, es completamente falso y que, además, puede desprestigiar al estamento policíaco en sumo grado." (Cf. *Beobachter am Main*, publicado en Aschaffenburg, 21 de agosto de 1934.)

** Los pintores eran, respectivamente, Max Klinge, Josef von Furich, Hans Thomas y Moritz von Schwind, nombres que constituían en sí mismos un programa artístico.

buyó al generalizado descenso de las tiradas fue la reacción de algunos de los antiguos lectores de la proscrita prensa marxista (es decir, de las publicaciones comunistas, socialistas y sindicales), que abandonaron por completo la lectura de periódicos, mientras otros se pasaban a la prensa católica. En 1934, los periódicos católicos de Renania-Westfalia aumentaron su número de lectores, pero posteriormente fueron eliminados, y se produjo una reducción general del número de periódicos. De un total general de 4.700 diarios en el momento del ascenso de los nazis al poder, una tercera parte había dejado de publicarse a fines de 1934; diez años más tarde, aparecían en el Reich menos de 1.000 diarios. Entre 1933 y 1938, el total nacional de 10.000 publicaciones periódicas y revistas especializadas se había reducido a 5.000, cifra que da idea del declive de la vida intelectual bajo el nazismo, aunque la continuidad de algunas publicaciones especializadas privaba aún a una minoría educada de la plena conciencia de tal declive.

La guerra, durante la cual la atención del público se centraba más que nunca en las noticias de actualidad, produjo un aumento del total diario de circulación de periódicos: de 20,5 millones se pasó a 26,5 millones. La circulación de semanarios y revistas ilustradas casi se duplicó, al pasar de los 11,9 a los 20,8 millones. Así, en el campo de la prensa, al igual que en otros, los súbditos del Tercer Reich preferían la ilusión a la realidad.[27] La guerra dio lugar también a importantes modificaciones en la propiedad de la prensa. Aún en 1939, el total de circulación diaria de los periódicos del partido ascendía sólo a la mitad de la de la prensa no perteneciente a aquél, pero, para 1944, el partido controlaba las cuatro quintas partes de los diarios que subsistían. En proporción al crecimiento del imperio particular de Himmler dentro del estado nazi, el *Schwarzes Korps* no dejó de ganar influencia y autoridad. Se erigió en censor de todo el resto de la prensa, manteniendo a todas las publicaciones bajo constante vigilancia y reprendiéndolas regularmente por faltas tan insignificantes como la publicación de horóscopos, seriales de intriga al estilo de Edgar Wallace y secciones tipo "Corazones solitarios".

En 1940, el renovado interés por las noticias y los periódicos llevó a Goebbels a crear el semanario *Das Reich*, arma para la guerra psicológica cuyo poder se hizo formidable debido a la habilidad literaria invertida en su realización. *Das Reich* empleaba a un impresionante equipo de periodistas burgueses y escritores de la emigración interior (Oskar Loerke, Luise Rinser, Gertrud von Le Fort, Albrecht Goes), mientras que las frecuentes colaboraciones del propio Goebbels compensaban la pobreza del estilo con la densidad de contenido político. Tanto su contenido como su forma hicieron de *Das Reich* el más claro ejemplo del éxito de la promoción de la prensa nazi. En 1943, su tirada era de un millón y medio de ejemplares.[28]

En este mismo año se produjo la desaparición del *Frankfurter Zeitung*,

periódico tan vilipendiado antes de 1933 como portavoz del judeo-liberalismo que la continuidad de su aparición sorprendía a los lectores crédulos, que veían en ello la muestra de una inusitada tolerancia. Aun cuando el periódico había comprado su supervivencia sirviendo los propósitos del régimen a su manera seria y elegante, nunca dejó de constituir una invitación a los ataques de los integristas nazis. Las aisladas pero constantes muestras de su disconformidad con el modelo general del periodismo nazi —como el criticar la destitución del profesor Oncken,[29] afirmar que el estreno de la ópera *Lulú*, de Alban Berg, constituía un gran día para Zurich, y el mencionar la adicción al alcohol y a la droga del bardo canonizado por el partido, Dietrich Eckart—[30] escandalizaron grandemente a los círculos nazis. En el verano de 1943, la situación llegó a su límite cuando el periódico publicó una valoración poco favorable de la obra del profesor Troost. A su viuda no le fue difícil excitar la ira de Hitler contra quienes criticaban a su primer arquitecto oficial. El *Frankfurter Zeitung* dejó de publicarse instantáneamente.

Poco después, su subdirector, Erich Welter, fue convocado por Max Amann, quien le comunicó sencillamente: "Quizá sería más simple que los hiciésemos fusilar a todos, pero queremos darles otra oportunidad. Queremos efectuar un cruce entre la solvencia política del *Völkischer Beobachter* y la competencia periodística del *Frankfurter Zeitung*".[31]

Un adecuado epitafio para la prensa nazi lo constituye el hecho de que poco antes de que el órgano principal del partido fuera impreso por última vez, su propietario había pensado convertirlo en un diario de noticias.

El papel determinante de la radio para el nazismo queda reflejado en la declaración de Hitler: "Sin automóviles, películas sonoras y radio, no sería posible la victoria del nacionalsocialismo". De la misma manera en que el rápido ascenso de la adhesión al partido nazi coincidió con el advenimiento del cine sonoro, la era nazi coincidió con el rápido aumento de la posesión de aparatos de radio por parte de casi todas las capas sociales. En el momento de la toma del poder, 4,5 millones de hogares (de un total posible de 20 millones) poseían aparato de radio; en 1942, la cifra se había casi cuadruplicado: era de 16 millones sobre un total de 23, los que formaban la Gran Alemania.[32] Es decir, que el 70 por ciento de los alemanes (en las ciudades la proporción era del 80 por ciento) escuchaban la radio. Ésta se había convertido, pues, de un artículo minoritario en un verdadero medio de comunicación de masas. Esta expansión, que formaba parte de un proceso a escala mundial, fue acelerado en Alemania por el éxito del régimen al producir aparatos de radio al alcance de los más pobres. Poco después de la instauración del nazismo, el VE 3,31 (*Volksempfänger*, "receptor popular") —cuyo precio de venta era de 76 marcos, es decir, 6 libras esterlinas— comenzó a producirse en gran escala. Algún tiempo después, el aparato de radio más barato

del mundo, el DKE (*Deutscher Kleinempfänger*, "minirreceptor alemán"), apareció en el mercado al precio de 35 marcos, es decir, una cantidad algo superior al salario semanal de un obrero industrial medio.

La extrema importancia que el régimen atribuía a la radio se manifestó en muchas otras formas: durante su primer año de mandato, Hitler protagonizó no menos de cincuenta emisiones radiofónicas. Para resolver los problemas que planteaba la relativa escasez de receptores, se instituyeron las audiciones colectivas. La escucha colectiva de las emisiones importantes se convirtió en una de las características de la vida pública en la Alemania nazi. Muchos programas eran radiados en horas de trabajo, y las fábricas y oficinas debían suspender toda actividad en esos espacios de tiempo, de modo que toda la población trabajadora del país hubiera de escucharlos. Todos los restaurantes y cafés debían estar provistos de aparatos de radio en previsión de tales audiciones colectivas, y se instalaron altavoces en las calles.[33] Aunque la guerra interrumpió un vasto plan de construcción de 6.000 altavoces con sus correspondientes pedestales, no cabe duda de que el Tercer Reich cubrió el país con una red radiofónica más densa que cualquier otro país del mundo.[34] Los hilos humanos de esta densa red eran los "responsables de radio", miembros del partido cuyo deber era persuadir a los habitantes de su bloque de viviendas para que escuchasen los programas patrocinados por el partido, espiar a los oyentes de emisoras extranjeras y elaborar informes acerca de las reacciones de los radioyentes, preferencias y peticiones de los mismos a una agencia coordinadora central.[35]

Esta actividad no debe ser subestimada, pues los nazis fueron cualquier cosa excepto antidemocráticos en su enfoque de las programaciones. El destacado comentarista de radio Hans Fritsche definió esta política en una sucinta frase: "La radio debe llegar a todos o no llegará a nadie".[36] Mientras, en los primeros meses posteriores a la toma del poder, la programación se había centrado en aspectos elevados de la cultura, en el año siguiente se produjo un cambio radical de criterio. Con el fin de mantener a los oyentes a la escucha de las emisiones de propaganda, los nuevos directores de emisora sustituyeron los recitales de Beethoven, con los que hacía poco habían llenado las ondas, por programas de música ligera.

El creciente aumento de los programas musicales, especialmente de música ligera, reflejaba una tendencia característica de la planificación radiofónica nazi. Entre 1932 y 1937, la duración de los espacios musicales aumentó en una quinta parte, del 58 al 69 por ciento[37] (siete octavos de este aumento correspondían a música ligera).[38] Durante los años de la guerra se acentuó aún más esta tendencia, sobre todo después de 1942, cuando los "responsables de radio" informaban que los radioyentes, fatigados por el trabajo, las alarmas aéreas y las colas, ansiaban escuchar programas ligeros y sedantes.[39]

Los programas musicales pasaron a ser fundamentalmente de tipo evasivo, y presentaron óperas ligeras de maestros decimonónicos como Weber, Lortzing, Cornelius y Nicolai, además de operetas. Las obras de Johann Strauss eran radiadas con tanta frecuencia que un director observó: "Ciertamente, no somos tan pobres como para que *Die Fledermaus* o la obertura de *El barón gitano* hayan de ser radiadas diariamente..." [40] Pero, cuando la exclusión de compositores no arios hubo reducido considerablemente el campo de elección, se recurrió una y otra vez a Strauss, Lehar, Paul Lincke y a figuras menores como Eduard Kunecke y Emil Reznicek. Además, se radiaba una cierta cantidad de música de baile —cuyo grado de síncopa variaba según la intensidad de la campaña contra la perniciosa influencia del saxofón y del estilo *hot*—, así como música popular y marchas militares. Un interesante aspecto de las emisiones de marchas militares era la predilección de la radio alemana por transmitir el sordo martilleo del paso de la oca de los desfiles en todas las ocasiones en que ello era posible.

Los actos públicos, así como las ceremonias militares, comenzaron a adquirir una coreografía musical propia. Así, la marcha *Badenweiler* indicaba al oyente habituado la inminente llegada de Hitler, y poco a poco el radioescucha aprendió también a qué formación militar correspondía cada marcha.

Los programas de humor en la radio nazi constituían una empresa un tanto peligrosa, a causa de los tabúes que rodeaban tantos temas y situaciones potencialmente humorísticas. Esta dificultad es ejemplificada por la reacción de las autoridades nazis ante los intentos de satirizar la preocupación del régimen por la fecundidad y la herencia. Es cierto que un semanario de humor como *Die Brennessel* podía publicar este diálogo entre dos enamorados: "¿Qué te parece si contribuyésemos en algo a la perpetuación de la raza, Roswitha? —No tan deprisa, cariño. Recuerda que el abuelo tenía diabetes". Pero las "vulgaridades" de este tipo en las ondas suscitaban duras críticas oficiales: "Si el partido se ha propuesto estimular en nuestra juventud el deseo de contraer matrimonio y de procrear, ningún locutor deberá burlarse en el futuro de estas cuestiones en forma más o menos ambigua".[41]

Un ejemplo típico de programa de radio acorde con los deseos oficiales —políticamente impecable, ligado a la tierra y adecuadamente elevado— era la serie "Nación alemana y Tierra alemana", de 1935, "encaminada a dar a los habitantes de las ciudades la conciencia de las fuerzas de crecimiento orgánico tal como se manifiestan en la eterna rueda de las estaciones".[42]

"La serie se propone, como mínimo, reintegrar el alma del hombre urbano a la vida del campo. Proyectamos dar una representación cíclica del año rural en cuatro emisiones: 'Un día de invierno en el campo' (Leipzig), 'La siembra y las canciones de primavera' (Munich). 'El verano en Suabia' (Stuttgart) y 'Festival de otoño' (Frankfurt). Además de éstas, habrá emisiones

acerca de la relación entre el campesino y los hombres de otros oficios: mozos de granja y sirvientas, marineros y artesanos (Colonia), en los cuales no faltará una nota humorística y divertida: 'Agricultor y minero' (Breslau), 'La tienda verde' —sinfonía sobre los bosques alemanes— (Königsberg), 'Sol, mar y arena' (Hamburgo) y 'Soldados y agricultores en tierra *Märkische*' (Berlín). La serie se cerrará con 'Las edades del hombre', en tres fases, que presentarán la vida campesina ante el nacimiento, el matrimonio y la muerte. La muerte del campesino no es un final; la sangre y la tierra son eternas." [43]

Las emisoras locales tenían una doble función: emitir programas para su región o bien para retransmisiones a nivel nacional. Con excepción de las retransmisiones de carácter político y ritual, los radioyentes podían elegir entre el programa de su emisora regional y el programa nacional del *Deutschlandsender*. Durante la guerra, en las horas de máxima audiencia de los domingos por la tarde, por ejemplo, podían escuchar música ligera por la onda local o sintonizar los conciertos de música sinfónica que radiaba el *Deutschlandsender* desde Berlín o Viena. Las orquestas eran la Filarmónica de Berlín o de Viena, dirigidas por Wilhelm Furtwängler y Clemens Krauss.

Sin embargo, estas emisiones no constituían un verdadero Tercer Programa, pues, por lo general, los conciertos sinfónicos tenían un límite de tiempo de una hora, lo cual impedía la transmisión de obras más largas y complejas. Había algunas excepciones, como la Séptima Sinfonía de Bruckner, especialmente grata a las autoridades nazis.[44] La obertura de *Los maestros cantores* y la *Heroica* eran transmitidas, con carácter ritual, en las grandes ocasiones: la primera precedía el panegírico anual que Goebbels dedicaba a Hitler con motivo de su aniversario, y la segunda servía de introducción al discurso de Hitler con ocasión del Día de los Caídos.

Durante la guerra, los domingos eran días de gran escucha. Había dos programas especialmente preferidos por el público. Una minoría educada esperaba durante toda la semana la radiación de *Das Schatzkästchen* (*El cofre del tesoro*), emisión matinal compuesta por piezas de música de calidad intercaladas con fragmentos poéticos y dramáticos tomados de los clásicos alemanes. El interés del público mayoritario se centraba en el programa de la tarde "El disco solicitado", de dos horas y media de duración, consistente en un pupurri de canciones de moda, canciones de guerra, arias de ópera, piezas famosas de concierto y grabaciones de actores de teatro. Este programa era de interés nacional, pues cada pieza era solicitada por un soldado (cuyo nombre se mencionaba) y dedicada a un pariente, o viceversa. La importancia concedida a estos conciertos, tanto por el público como por el gobierno, quedó reflejada, como ya hemos visto, en la popularidad del film *Wunschkonzert* (*El disco solicitado*) (ver. p. 409). Las grandes empresas se procuraban tiempo de propaganda gratuito mediante grandes donativos a los servicios

asistenciales del ejército, y los programas solían alcanzar su punto culminante con la llegada de un visitante sorpresa, como un soldado de algún peligroso sector del frente a quien se había concedido un permiso no previsto. *El disco solicitado* era siempre retransmitido desde Berlín; las fuerzas armadas, con excepción del invitado sorpresa, no participaban de manera destacada en la retransmisión. No era así en las series "teatros del frente", retransmitidas desde las bases inmediatas al mismo, en las que actuaban artistas ante las tropas.[45] *

Durante la guerra, la población civil —a pesar del esfuerzo que realizaba en la industria y en la defensa pasiva— recibía mucha menos atención y halagos que las fuerzas armadas por parte de los directores de programación. Otra interesante característica de la radio alemana durante la guerra fue la prohibición de la transmisión de servicios religiosos, como sustitutivo de los cuales se ofrecían al público emisiones con vagas connotaciones religiosas, por ejemplo, un programa acerca de la naturaleza de la piedad alemana.

Un tema de interés mucho mayor que la plegaria fue, durante la guerra, la venganza, tema desarrollado en 1944 en una emisión desde una base de lanzamiento de proyectiles V, junto al Canal de la Mancha. En aquellos momentos, los comunicados especiales de victoria, precedidos por fanfarrias y cerrados por una marcha adecuada al teatro de operaciones (*Marchamos contra Inglaterra* para Gran Bretaña, *Centinela del Rhin* para Francia, *Canción de los Balcanes* para Grecia, etc.), eran muy escuchados, y la acogida de los oyentes a la transmisión del lanzamiento fue tan favorable que hubo de ser repetida a petición del público. Pero el Tercer Reich no habría sido lo que era si, al final de las emisiones de cada día, no se hubiera obsequiado a los oyentes con una ridícula yuxtaposición de realidad y sentimentalismo. El último boletín nocturno de la Wehrmacht, que solía terminar con la frase: "Se han registrado bajas entre la población", iba siempre seguido por la canción, interpretada por Maria von Schmedes, *Otro hermoso día llega a su fin.*

Hasta el mismo final de la guerra, la radio conservó su papel clave en la transmisión de órdenes e impulsos desde el centro a la cada vez más reducida periferia. La transmisión de las palabras de Hitler pocas horas después de que corriera el rumor de su muerte, el 20 de julio de 1944, constituyeron un factor capital en el reforzamiento de la moral en aquellos momentos cruciales de la historia de Alemania. Por el contrario, el 2 de mayo de 1945, la emisora de Flensburg anunció la muerte de Hitler y el fin del Tercer Reich a un auditorio que, hablando en metáfora, había ya desconectado el aparato.

* La *Truppenbetreuung*, organizada conjuntamente por la Wehrmacht y las organizaciones de A la Fuerza por la Alegría, gozaba de prestigio ante la opinión pública porque se esforzaba por estar a la altura de su pretensión de que el soldado alemán tenía los mejores mandos, el mejor entrenamiento, las mejores armas y las mejores diversiones del mundo.

27

# LA MÚSICA

No es casual el hecho de que Thomas Mann, en *Dr. Fausto,* novela en la que se propone describir el alma alemana, eligiera como protagonista a un compositor, Leverkuhn. Desde hacía mucho tiempo, la música había sido especialmente apreciada por los alemanes, hecho en el que los teutomaníacos vieron la prueba de la sublime elevación del alma nacional, mientras que los escépticos relacionaban la excelencia de algunas naciones en el arte sin palabras con su aceptación de la tiranía.

El nazismo, corrompido descendiente del romanticismo alemán, heredó de éste el concepto de la música como mágico acceso del alma a lo Infinito. Y añadió a esta concepción elementos de cosecha propia: la música como metrónomo para la marcha y como acompañamiento al soñar colectivo.

A partir del momento de la toma del poder, el régimen bañó el país en música como en un líquido fetal. En Bayreuth, la bienvenida que Frau Winifred Wagner daba todos los años al Führer simbolizaba la imposición de manos del inmortal fantasma (según parece, el *Rienzi* de Wagner había desatado por primera vez los demonios en el alma adolescente de Hitler). En Nuremberg, los rugidos que se elevaban en la Reunión Anual del partido contenían ecos de *Los maestros cantores.* Los cuarteles, campamentos del Frente del Trabajo y clubs de las Juventudes Hitlerianas de todo el país, respondían a la orden *Ein Lied-zwei-drei!,* al igual que los patios de los campos de concentración.

Con el sacramento del canto los nazis veneraban a su santo patrón, Horst Wessel mártir, y conmemoraban el heroico *Kampfzeit.* Los preludios de Liszt eran utilizados como introducción a los *Sondermeldungen* de la guerra, los comunicados especiales de victoria transmitidos por radio. Y, finalmente, el

Tercer Reich expiró a los compases de un movimiento lento de la Séptima Sinfonía de Bruckner, emitido por Radio Berlín tras el suicidio de Hitler.

Es de todos reconocido que el período de Weimar constituyó una edad de oro de la música. En Alemania nació la música atonal, y junto a los compositores de música tradicional, como Richard Strauss y Hans Pfitzner, fueron apareciendo los portavoces del modernismo —Schoenberg, Alban Berg, Hindemith— en los programas orquestales y de ópera, así como en los conservatorios. Se celebraban festivales musicales en honor de los ilustres desaparecidos (de Wagner en Bayreuth y de Mozart en Salzburg), mientras que Baden-Baden y Donaueschingen eran cajas de resonancia para los compositores vivos. Leo Kestenberg introdujo un importante cambio en la enseñanza al incluir la música instrumental en el programa de aquélla y relacionar la música con la cultura en general. En el campo de la dirección de orquesta, brillaron en el firmamento de Weimar cinco estrellas con más luz que las otras: Felix Weingartner, Wilhelm Furtwängler, Otto Klemperer, Bruno Walter y Erich Kleiber. En resumen, el mundo musical alemán rebosaba vitalidad e inquietud, y centros como Berlín se convirtieron, después de la primera guerra, en Meca internacional de estudiantes, amantes de la ópera y aficionados a los conciertos.

El ascenso al poder del nazismo constituyó un desastre para la música. Se interrumpió la actividad musical y la amplia corriente que hasta entonces se había enriquecido de variadas fuentes quedó helada en una inmovilidad clásica y romántica. Todo cuanto era moderno fue condenado: la atonalidad, las últimas obras de Stravinsky, buena parte de las de Hindemith, las obras influidas por el jazz, como *Johnny spielt auf*, de Krenek, y *La ópera de tres reales* y *Mahagonny*, de Kurt Weill. El éxodo de talentos musicales incluyó a los compositores Schoenberg, Berg, Krenek, Schreker, Weill, Eisler, Toch, Hindemith, Wehern, Carl Ebert, Adolf y Fritz Busch, Arthur Schnabel, Alfred Einstein, Alexander Goehr, Leo Blech, Lotte Lehmann y Elisabeth Schumann. De los cinco grandes directores de orquesta antes mencionados, tres —Walter, Klemperer y Kleiber— emigraron debido a su condición de no-arios, y Weingartner regresó a su Austria natal.

En cuanto a Furtwängler, a pesar de sus iniciales gestos de desafío, tales como apoyar a Hindemith, acabó por llegar a un *modus vivendi* con el régimen, de lo cual ambos se beneficiaron. Esto le valió un bofetón de Toscanini, pero le valió también gozar de la máxima seguridad durante la guerra: cerca de él, coches patrulla de las SS montaban guardia permanente para alejarle con toda rapidez de las ciudades amenazadas por un bombardeo.

La aceptación por parte de Richard Strauss del puesto de presidente de la Cámara Nacional de Música fue una importante victoria de prestigio para el nuevo gobierno. Posteriormente (en agosto de 1935), el gran compositor re-

nunció al cargo "en razón de su avanzada edad", y ello se atribuyó al descontento de las autoridades por su colaboración con el libretista judío Stefan Zweig,* pero en aquellos momentos el régimen estaba ya sólidamente establecido y el gesto de Strauss tuvo poca resonancia.

El gran intérprete (y a veces libretista) de Strauss, Clemens Krauss, mencionó la permanencia del maestro en Alemania como razón para su propia residencia en el país; después de la guerra declaró que, de haber sido necesario, habría ido a la Rusia de Stalin para dirigir el estreno de *Arabella.*

En el otro extremo de las actitudes, Karl Amadeus Hartmann prohibió la interpretación en Alemania de todas sus obras, a excepción de su cuarteto de cuerda basado en temas judíos.

Como es de suponer, los temas judíos fueron totalmente eliminados de los repertorios musicales del país, y algunos prestigiosos compositores alemanes llegaron a colaborar con el régimen en este "proceso de limpieza": Carl Orff y Wagner-Regeny aceptaron componer partituras para sustituir la música incidental de Mendelssohn para *El sueño de una noche de verano.*

La cuestión judía afectó también la vida privada de numerosas figuras de la música: una nuera de Richard Strauss era judía, y vivía bajo su protección; la famosa soprano wagneriana Frieda Leider seguía casada con un judío que se había visto obligado a emigrar; y el compositor de opereta admirado por Hitler, Franz Lehar, estaba casado con una mujer judía, situación de la que solía valerse para racionalizar su negativa a salvar de la cámara de gas a su libretista Beda Löhner.

Un compositor no mancillado por simpatía alguna hacia los judíos ni por relación niguna con ellos era Hans Pfitzner. Aunque aquel irascible octogenario estaba identificado en lo esencial con la doctrina nazi —una de sus composiciones se titulaba *Von Deutscher Seele* (*Del alma alemana*)—, se atrevió a dirigirse a los nuevos gobernantes en términos de excepcional franqueza. Cuando Goering rechazó enérgicamente su solicitud de una pensión del estado calificándola de *Schnorrerei* (gorronería), Pfitzner le replicó: "Conservaré su carta como 'documento cultural' de inestimable valor y como gesto semejante al puntapié que administró impunemente a Mozart el obispo de Salzburg. *Heil Hitler!*".[1]

No es que Mozart se viera libre tampoco, después de muerto, de los ataques de los teólogos. Los fanáticos nazis estigmatizaron *Las bodas de Fígaro, Don Juan* y *Cosi fan tutti* porque los libretos eran obra de Lorenzo da Ponte, un judío bautizado. *La flauta mágica,* aunque inocua en lo referente a la cuestión racial, no escapó tampoco a las censuras: fue calificada de vehículo

* Trabajaron conjuntamente en la ópera *Die schweigsame Frau* (*La mujer silenciosa*), basada en la obra de Ben Jonson.

de ideas masónicas. Esta acusación movió a Hitler a adoptar una excepcionalísima actitud moderadora en la Reunión del Partido de 1938: "Sólo un hombre carente de respeto por la nación condenaría *La flauta mágica* de Mozart porque en algunos momentos la obra entrase en conflicto con sus ideas".[2]

Cuando quiera que el régimen lo juzgaba conveniente, las piezas musicales eran modificadas. Así, en *Fidelio*, se hacía resaltar la fidelidad conyugal de Leonora a Florestan, y se desvirtuaban las escenas de prisión, tan importantes en la definición del contexto de la acción. Hermann Burte, teutomaníaco notorio, recibió el encargo de escribir un nuevo texto, de ambiente nórdico, para el *Judas Maccabeus* de Handel. En su forma arianizada, el oratorio recibió el nombre de *Wilhelm von Nassau*, e *Israel en Egipto* fue transformado en *Furia mogol*. Esta manipulación de los clásicos musicales no se limitaba sólo a los textos: en un concierto de Schumann, patrocinado por la Comunidad Cultural Nazi, el *Völkischer Beobachter* aseguró haber descubierto una nueva forma de interpretación merced a la versión que dio Wilhelm Backhaus del concierto para piano: "Schumann se ha convertido en heroico. Aunque este maestro es interpretado a menudo de una manera suave y afeminada, de esta versión de Backhaus surge una nueva imagen de Schumann: la imagen de un Schumann alemán".[3]

Relacionada con esta nueva imagen estaba la cuestión de los valores respectivos de las claves mayor y menor, que inquietaba a algunos musicólogos nazis. Uno de ellos creía que "para ser capaz de crear algo consistente en clave mayor, es necesario estar poseído de mayores dotes y de mayor fuerza interior de los que parecen necesarios para una composición en clave menor. El que crea una obra en clave mayor ha llegado a comprender y a asumir la contradicción y la paradoja de la vida".[4] Otro hizo el alarmante descubrimiento de que un gran número de las canciones del movimiento no estaban compuestas en clave mayor, y consideró lamentable que "precisamente en estos días de nuestro despertar racial, parte de las nuevas canciones presentan una clara afinidad con un sistema de sonidos foráneo".[5]

Otro problema que preocupaba a los estetas nazis era la naturaleza de la inspiración artística. En este punto, las opiniones variaban enormemente. Iban desde el elitismo de Hitler hasta el igualitarismo estético de Hadamovsky, director de la radio nazi.* Hitler hablaba de los artistas como seres misteriosamente dotados de talento sobrehumano, mientras que el director de la red de emisoras nazis sostenía que "el último aprendiz que silba una cancioncilla mientras trabaja en su torno, hace, en esencial, lo mismo que el artista. Las más grandes dotes del hombre se expresan de la misma manera en la obra

* Hadamovsky había tenido actividades revolucionarias en 1918-1919.

de un compositor que en un jardín bien cuidado o en una viga de madera recién pintada".[6]

Se teorizaba incansablemente sobre lo que expresaban las varias formas de arte y por qué. Y estas teorías eran escuchadas y discutidas con la mayor seriedad:

"En la danza revivimos las grandes leyes primarias de la naturaleza. En la danza del varón, el movimiento básico, semejante al ataque y al golpe, se aproxima, inevitablemente, a la actitud del soldado. En el caso de la mujer, la vibración instintiva es de carácter circular, y por ello se relaciona con la esvástica, con el misterio de la vida y su movimiento eternamente circular."

Así escribía un discípulo de Rudolf Bode, el principal mistagogo nazi de la danza.[7]

Los teóricos nazis veían en la danza una actividad altamente problemática, desde el punto de vista musical y desde el social. Musicalmente, era un conglomerado de influencias foráneas: a las composiciones judías, de ritmo vulgar, se añadía el jazz, música de negros, emanación de la jungla. Socialmente, los entonces muy concurridos tés danzantes representaban el exclusivismo burgués, enemigo del espíritu de comunidad del pueblo, y el baile de salón una forma de egoísmo contrario al espíritu popular de la danza comunitaria. Un peligro social adicional que comportaban todas las formas corrientes de danza era el de la depravación sexual. El *Schwarzes Korps* condenó "ese tipo de música que sólo se puede bailar con la parte superior del cuerpo echada hacia atrás y el abdomen apretado contra el de la pareja, al tiempo que se agitan las caderas a la manera de un homosexual rijoso".[8]

La misma reprobación moral estaba latente en la réplica de Goebbels a una petición de Furtwängler: "Dada la escasez, a escala mundial, de músicos verdaderamente productivos, no podemos prescindir de un hombre como Hindemith". Refiriéndose expresamente al último *Neues vom Tage,* Goebbels ironizó: "La ocasión no hace solamente al ladrón sino también al músico atonal que, por puro sensacionalismo, crea escenas en las que aparecen mujeres desnudas en la bañera en las situaciones más repugnantes y obscenas, y después aliña tales escenas con las más atroces disonancias de impotencia musical".[9] La disonancia era, por supuesto, la característica de la música moderna que despertaba las más violentas iras del nazismo. Severus Ziegler, director del teatro de Weimar, deseoso de jugar un papel en la música análogo al de su hermano en el arte, organizó una exposición de "música degenerada", en la que eran expuestos a pública deshonra compositores como Mahler, Schoenberg, Kestenberg, Stravinsky, Milhaud, Hindemith y Weill. Ziegler hizo la siguiente declaración: "No rechazamos la disonancia *per se,* ni tampoco el enriquecimiento del ritmo, sino la disonancia como principio y la irrupción de ritmos foráneos".[10] Esta inconcreta definición de la línea

divisoria entre las innovaciones musicales proscritas y las permitidas era reflejo de una situación en que nadie sabía exactamente cuál era la actitud oficial del partido. Algunas obras eran fáciles de criticar negativamente. La *Geigenmusik* de Boris Blacher podía ser impunemente desdeñada como "maullido de gatos", y el casi bitonal *Wirtin von Pinsk*, de Richard Mohaupt, fue retirado después de ser interpretado una sola vez en el teatro de la Ópera de Dresden. Pero en el caso de *Carmina Burana*, (primera parte de una trilogía de cantatas paganas), de Carl Orff, los comentarios habían de ser prudentes:

"Es esta una significativa expresión de nuestros tiempos, aun cuando uno se sentiría tentado a adoptar una actitud negativa. Representa una nueva forma de teatro... Orff puede ser acusado de tendencias brechtianas y stravinskianas... En la base misma de *Carmina Burana* está el simbolismo medieval de la rueda de la fortuna. Este fatalismo no corresponde a la imagen que tiene el mundo de la Alemania de hoy." [11]

Sin embargo —merced en parte a *Carmina Burana*— Orff había de convertirse en uno de los dos jóvenes compositores más famosos del Tercer Reich. El otro, Werner Egk, también bávaro, se benefició de un sorprendente giro de la rueda de la fortuna cuando su *Peer Gynt*, una ópera modernista de variados ritmos y atrevidos efectos armónicos, fue representada en Berlín, en noviembre de 1938. Al bajar el telón, el público no supo si aplaudir o protestar, y los críticos hablaron vagamente de "plagio de *La ópera de tres reales*". Pero Hitler, que asistió a una representación posterior, mostró su aprobación invitando al compositor a su palco. Egk recibió un encargo por valor de 10.000 marcos y *Peer Gynt* fue incluida en el programa de todos los teatros de ópera del Reich.

Aunque el carácter pseudoigualatorio del nazismo se extendió también a las artes cuando la organización A la Fuerza por la Alegría movilizó a un público masivo, totalmente virgen, en otros aspectos el Tercer Reich quiso reproducir el tipo de mecenazgo de los Electores, merced al cual se habían desarrollado las instituciones culturales de Alemania. Los hombres fuertes del nazismo satisficieron su vanidad y compensaron sus pasadas frustraciones artísticas actuando como modernos Electores, dispensando principesca protección a las artes. Como ocurría con todas las instituciones nazis, se daban en esta actividad gran número de rivalidades e interferencias, pero, básicamente, el feudo cultural de Goebbels comprendía las emisoras de radio y estudios de cine, los de Goering y Schirach, respectivamente, los teatros de ópera y teatros importantes de Berlín y Viena, mientras que Hitler era mecenas de Munich, Weimar, Bayreuth y Linz. Escogió la ciudad de Linz —que habría de albergar la mayor colección de arte del mundo— como su última morada, y la dotó de una gran orquesta (Bruckner), dirigida por

el joven Jochum. En Munich, fueron las artes plásticas las que más atrajeron el interés de Hitler, mientras que su solicitud por Weimar se expresaba en una subvención anual de 60.000 marcos (de su Fondo de Donaciones personal), en consejos personales sobre problemas escénicos y de repertorio y en el amigable trato que concedía a los artistas.

Pero Bayreuth fue el objeto de su máxima predilección. El que había sido ya huésped de honor de *Haus Wahnfried* en los años veinte volvía a ella año tras año y permanecía allí durante la época de los festivales. Hitler, primer jefe de estado alemán, desde Luis de Baviera, que sintió un interés personal por el festival de Bayreuth, dotó a la ciudad de una subvención anual similar a la de Weimar, además de concederle la exención absoluta de impuestos. Heinz Tietjen, el director del festival, quien, según Friedelind Wagner, no era feliz si no tenía a ochocientas personas y a una docena de caballos evolucionando por el escenario, encontró en Hitler a un protector tan generoso que gracias a él pudo —entre otras cosas— ampliar el coro, compuesto de sesenta y cuatro miembros, hasta un número superior a cien. El festival se convirtió en una fiesta señalada del calendario del Tercer Reich y en un útil accesorio de la máquina propagandística del partido. En un artículo titulado "Richard Wagner y el director alemán, hoy", en el programa del festival de 1938, se afirmaba:

"La obra de Wagner nos enseña la dureza en las figuras de Lohengrin... Con Hans Sachs nos enseña... a honrar todo lo alemán... En *El anillo de los Nibelungos* trae a nuestra conciencia, con insólita claridad, la terrible seriedad del problema racial... En *Parsifal* nos muestra que la única religión que los alemanes desean es la de una lucha por una vida divinizada." [12]

Es cierto, desde luego, que estas interpretaciones no violentaban mucho el espíritu de la obra de Wagner. El Tercer Reich dio lugar a una mayor aproximación al concepto original de Bayreuth que tenía Wagner. Con la gradual reducción de visitantes extranjeros, el festival se fue convirtiendo en un acontecimiento musical predominantemente alemán. Este cambio no se produjo sólo en lo referente al público. En 1933, dejaron de actuar en él los cantantes judíos List y Kipnis, y también Toscanini se negó a participar, a pesar de haber recibido una carta de Hitler invitándole a dirigir. Kirsten Flagstad, preocupada por su prestigio en América, dejó de aparecer en Bayreuth poco tiempo después, y lo mismo hicieron más adelante Herbert Janssen y Frieda Leider, ambos casados con personas de raza judía. Aunque la ausencia de todas estas figuras se hizo sentir, fue contrarrestada hasta cierto punto por Tietjen, antiguo director de los teatros estatales de Prusia, que consiguió atraer a los mejores talentos de la capital. Y no hay que olvidar que el mecenazgo del "Todopoderoso" daba a Bayreuth un clima mágico en el que toda crítica quedaba en suspenso.

Durante la guerra, contrariamente a lo que había sucedido en 1914-18, el festival continuó celebrándose, aunque sobre una base diferente, pseudosocialista: se convirtió en el regalo del Führer a un auditorio compuesto por soldados convalecientes, obreros destacados de la industria del armamento, enfermeras, etcétera. Otra variación introducida durante la guerra fue la exclusión del programa de *Parsifal*, seguramente porque el espíritu cristiano de la obra ofendía a los neopaganos de Rosenberg. Ello no impidió que un film realizado durante la guerra presentara a Bayreuth como una especie de Lourdes musical donde un oficial víctima de shock recuperaba la salud mental durante una interpretación de *Sigfrido.**

Un informe del SD confirmaba algunas de las premisas básicas del film. Después de mencionar el resentimiento de la población local ante el lujo en que se desarrollaba el festival (los artistas estaban mucho mejor alimentados y alojados que los soldados ante los cuales actuaban), explicaba cómo, en una ocasión, el público que presenciaba una interpretación de *Los maestros cantores* estaba tan abrumado por la gratitud hacia el Führer y por la apreciación de los sentimientos patrióticos de Wagner que se le saltaban las lágrimas durante el aria de Hans Sachs: "Nadie sabía lo que era Alemania si no vivía en el honor de los maestros alemanes".

La influencia de Wagner era general. Aparece, por ejemplo, en la música de Paul von Klenau. Después de combinar la escala dodecafónica y la canción popular en *Michael Kohlhaas* (1933), empleó un lenguaje casi wagneriano en *Rembrandt van Rijn* (1936), su obra más conocida. La huella de Wagner está presente también en *Liebe der Danae* (1940), de Richard Strauss, en la que aparecía un Júpiter que habría encajado mejor en el Valhalla que en el Olimpo.

A su vez Strauss continuó inspirando, entre sus jóvenes colegas de menor talento, la más elevada forma de alabanza: la imitación. Kurt von Wolfurt creó *Dame Kobold* (1940) a imitación de *El caballero de la rosa*, y no falta quien encuentre ecos de Strauss en el ecléctico lenguaje de Werner Egk. Sea como sea, su obra *El violín mágico,* con sus hermosas melodías populares, su robusto humor, sus toques de ópera bufa y sus ritmos de vals lento y de polca, constituye un valioso intento de creación de un nuevo tipo de ópera popular alemana. Además, Egk mantuvo su posición destacada en la escena musical contemporánea con un gran número de composiciones, entre las que se contaban óperas, piezas para orquesta, pantomimas para ballet y cantatas para la radio. Carl Orff compuso otra ópera, de la altura de *Carmina Burana,* basada en un texto trovadoresco medieval, *Carmina Catulli* (1943), en la que los bailarines miman la acción mientras el coro canta el amor no

* Ver el capítulo sobre el cine, p. 408.

correspondido del poeta romano Catulo por Lesbia. Con *Die Kluge* (*La mujer lista*), del mismo año, se consideró que Orff había alcanzado su máxima inspiración. Los oyentes atentos no dejaban de percibir versos como: "Quien tiene el poder tiene también el derecho (*Recht*, que en alemán significa también "ley"), y quien tiene la ley quebranta la ley", y también: "Cuando nació la lealtad, se metió en el cuerno de un cazador; el cazador sopló en el cuerno y la hizo volar por los aires: por esto, ahora no se la encuentra".* Otras obras de Orff que obtuvieron gran éxito fueron *Antígona* y *La luna* (1939), ópera mitad farsa mitad cuento de hadas, basada en Grimm.

Una ópera con elementos religiosos y fantásticos que alcanzó considerable éxito fue *Tobias Wunderlich*, de Josef Haas, compositor litúrgico discípulo de Max Reger. La obra presenta una anécdota de tipo Pigmalión entre un tallista y la imagen de una santa, y tiene su momento culminante en una escena de peregrinación inspirada por Bruckner, todo lo cual desagradó a la camarilla pagana del partido.

También Boris Blacher era persona no grata al régimen: se consideraba que su música no era lo suficientemente alemana. La variada inspiración de Blacher era sensible a las influencias orientales. Compositor de óperas, ballets y oratorios dramáticos, fue también un destacado profesor, que contó entre sus alumnos a von Einem.

El prolífico Paul Graener, romántico tardío, siguió, durante la era nazi, por caminos convencionales, y llegó a su opus cien con *El príncipe de Homburg* (1935). El mismo año, el neoclásico Wagner-Regeny obtuvo un éxito considerable con *La favorita* (basada en *María Tudor*, de Víctor Hugo). Menor fue el éxito de *Los burgueses de Calais* (1939).**

Pasemos ahora de los nombres menos famosos al más ilustre. Richard Strauss siguió componiendo durante el Tercer Reich. Su *Arabella* fue estrenada en Dresden, poco después de la instauración del régimen. *La mujer silenciosa*, estrenada en la misma ciudad dos años más tarde, fue pronto retirada de los escenarios porque su libreto era obra del "judío puro" Stefan Zweig. (Hoffmansthal, el libretista de las obras de Strauss *Arabella, El caballero de la rosa* y *Electra*, era sólo "cuarterón".)

En 1938, compuso dos óperas de un acto, que se interpretaban a menudo juntas, la mitológica *Daphne* y *Friedenstag* (*El día de la paz*), que se desarrolla al final de la guerra de los Treinta Años y concluye con un canto a la paz. Esto explica, quizá, la ausencia de Hitler del estreno en Munich.

* Estos burlones versos sobre la lealtad tenían especial sentido por la frecuentísima utilización que hacían los nazis del concepto de lealtad, como en el lema de las SS: "Nuestro honor es la lealtad".

** Otras óperas dignas de mención son *Enoch Arden* (1936), de Ottmar Gerster, *El hijo pródigo* (1936), de Robert Heger, y la tragicómica *Schneider Wibbel*, de Mark Lothar.

Presentada en Munich en 1942, *Capriccio,* una disquisición de exagerada duración sobre la naturaleza de la ópera (con libreto de Clemens Kraus), se interpretó ante un público reducido, debido a los trastornos de la guerra. *El amor de Danae,* ópera en tres actos de resonancia wagneriana, fue terminada en 1940 y se proyectó estrenarla en Salzburgo en 1944, pero sólo llegó a realizarse un ensayo general antes de que entrara en vigor el edicto totalitario que había sido promulgado por Goebbels. Strauss, que diez años atrás había agradecido a Goebbels el haber librado a Alemania de hombres como como Hindemith y Kleiber, criticó duramente al régimen, que le privaba de ganar una fortuna con la prohibición de conciertos y representaciones de óperas.

También Hans Pfitzner siguió trabajando durante el Reich. En 1934 estrenó un concierto para violoncelo, y, en 1939, Furtwängler dirigió la primera interpretación de su *Kleine Symphonie.* El resentimiento personal de Pfitzner contra Goering y otros dirigentes nazis no le privó de participar en los planes nazis para llevar el arte al pueblo. En 1937, dirigió un concierto de sinfonías suyas en el nada convencional escenario de un taller de reparación de ferrocarril, de pie sobre un carrete de cable, mientras que los miembros de la orquesta se colocaron sobre una placa giratoria.[13] Este concierto fue sólo uno de los doscientos actos culturales de este tipo que tuvieron lugar durante aquel año, y aunque la popularización del arte no era, ni mucho menos, idea original de los nazis —mucho antes de 1933, habían realizado en este terreno un primer trabajo de incalculable valor las *Volkshochschulen* (Universidades Populares), los sindicatos y la *Volksbühne* (Teatro popular)—, la movilización de masas conseguida durante el Tercer Reich superó en amplitud a todas las anteriores. No es de extrañar, pues, que la revolución cultural nazi diese lugar a situaciones nuevas:

"La pasada Pascua, merced a la labor de la organización A la Fuerza por la Alegría, un gran número de obreros fueron llevados a una representación de *La Pasión según san Mateo,* de Bach... Durante la segunda parte, desenvolvieron sus bocadillos, abrieron las fiambreras y se dispusieron a gozar de la última parte de la Pasión como acompañamiento musical para la cena." [14]

La asistencia a los conciertos y representaciones de ópera aumentó de manera impresionante durante el Tercer Reich. Explican este aumento una serie de factores que van más allá de los meramente técnicos de movilización de público: el resurgimiento económico, la creciente diferencia entre el poder adquisitivo y la cantidad disponible de bienes de consumo y el conservadurismo de la política musical nazi (como es lógico, la música convencional tenía más éxito de masas que las innovaciones). La desaprobación oficial de las nuevas experiencias acabó por crear una situación de pobreza.

La Deutsche Oper de Berlín, por ejemplo, habiendo agotado su repertorio, se vio obligada a sacar de un merecido anonimato piezas decimonónicas de segunda fila, tales como *Der Postillon von Lonjimeau*, la *Euryanthe* de Weber, *Mignon*, de Thomas, *Königskinder*, de Humperdinck y *Evangelimann*, de Kienzl. La guerra creó nuevos problemas de programación cuando hubieron de ser purgados compositores enemigos como Ravel, Debussy, Chopin, Bizet y Tchaikovsky. (Sin embargo, la prohibición no fue total; *El príncipe Igor*, por ejemplo, se representó en Hamburgo durante la campaña de Rusia.)

La actitud del régimen ante la música moderna fue incoherente. Aunque estaban autorizadas las interpretaciones de Honegger, no lo estaba la mayor parte de las obras de Bartok; *El pájaro de fuego*, de Stravinsky, gozaba de la aprobación oficial, mientras que su *Consagración de la Primavera* fue incluida en el Índice nazi. En 1937, Stravinsky fue, al mismo tiempo, incluido en la Exposición de Música Degenerada de Ziegler e interpretado en Brunswick (*Persephone*). Mientras insertaban el escalpelo oficial en el cuerpo de la música moderna, los delegados de sanidad musical del régimen pretendían diferenciar entre los "tumores malignos de orgiástica disonancia" (sic) y las composiciones menos nocivas. Pero los tabúes impuestos a los músicos alemanes tuvieron consecuencias demasiado evidentes para ser ignoradas. El *Völkischer Beobachter* se quejaba: "No es fácil encontrar el camino de retorno a la buena música alemana",[15] y el consejero Severus Ziegler negaba que existiera propósito alguno de "crear dificultades a los músicos para ganarse el pan de cada día".[16] *

Un grupo de músicos que halló pocas dificultades en este aspecto lo formaban quienes trabajan en encargos oficiales. Para las Olimpiadas de 1936, por ejemplo, el régimen utilizó todas las posibilidades creativas de los músicos dóciles, y encargó a Richard Strauss, Carl Orff y Werner Egk —es decir, *el* maestro alemán y sus más prometedores discípulos— que compusieran el *chiaroscuro* sonoro para el gigantesco festival atlético con el que deslumbró de manera tan efectiva a la opinión internacional.

Por lo menos, estos tres compositores fueron elegidos en razón de su mérito. A niveles de calidad más bajos, los músicos solían conseguir los encargos a través de influencias en la Cámara Nacional de Música o en alguna otra institución del partido. Después de incluir en el Índice la *Gebrauchsmusik* (música de consumo) de finales de los años veinte, los nazis encarga-

* Al mismo tiempo, el primer censor nacional de la música arrancaba toda ilusión a los críticos, a quienes ya Goebbels había reducido, en 1936, a "considerar" las obras de arte: "Si los críticos alemanes de hoy se encuentran en una posición difícil, la culpa es de aquellos decadentes plumíferos que adoptaron el papel de satélites de los músicos degenerados".

ron un gran número de composiciones, pues su calendario de actos públicos estaba repleto de aniversarios y celebraciones rituales que requerían acompañamiento musical especial. Un ejemplo típico del trabajo al que se dedicaban compositores protegidos como Cesar Bresgen y Heinrich Spitha es la cantata en memoria de Horst Wessel, para la conmemoración de 1938. Titulada *La SA vivirá eternamente,* constaba de tres movimientos: "Su canción tenía el ritmo de nuestra marcha", "El mundo pertenece a los líderes" y "Los soldados son siempre soldados". *La Oración Alemana,* estrenada en el paraninfo de la universidad de Munich, desarrollaba estos tres motivos: "Revelación a partir de la experiencia de la guerra", "Consecución de la gracia por medio de la batalla" y "El triunfo de la obediencia".[17]

Independientemente de su calidad, estas obras formaban, sin duda, un considerable volumen de actividad musical. Además, las organizaciones del partido, con sus bandas de instrumentos de viento o de flautas y tambores y el incesante canto de marchas, generaban una cantidad de música que —por lo menos en términos de decibelios— eclipsaba cualquier momento histórico anterior.

Pero, al mismo tiempo, el Dr. Rave, antiguo presidente de la Cámara Nacional de Música, señalaba:

"En contra de su voluntad, los adultos abandonan toda actividad musical, obligados por los deberes que les imponen las organizaciones a las que pertenecen... La enseñanza musical de carácter privado ha disminuido de manera alarmante... Los niños están tan ocupados por las actividades de sus organizaciones que no tienen tiempo para practicar... En el ámbito de la música alemana se está produciendo una paralización general." [18]

En 1934, estas críticas fueron escuchadas, y las instituciones responsables tomaron algunas medidas para remediar la situación. Las Juventudes Hitlerianas, por ejemplo, que habían estado estropeando las voces de los niños al exhortarles a gritar más que cantar marchas y slogans, mostraron la suficiente preocupación por las cuerdas vocales de sus miembros como para organizar coros y orquestas propios, dirigidos por profesionales. Pero resultó entonces que el número de estos profesionales de la música no era suficiente para atender a las necesidades de los miles de afiliados, y, en 1939, la organización consideró la falta de jóvenes profesores de música "el más acuciante de nuestros problemas".[19]

Un año antes —según Goebbels—, el Reich había promovido la creación de 25.000 coros masculinos, de un número de coros mixtos que alcanzaban la cifra total de 125.000 cantores, y de 8.000 bandas de aficionados (que comprendían a 120.000 músicos). Asimismo, pretendía el ministro que la venta de pianos se habría triplicado con respecto a 1933.[20] Lo que ocurrió en realidad fue que la Depresión había hecho descender la producción anual alema-

na de estos instrumentos de los 40.500 a los 6.000, de modo que la cifra correspondiente a 1933 era aún menor de la mitad de la de 1930, año en que el índice general de producción fue comparable al de 1938. También disminuyó la demanda de los demás instrumentos de cuerda, a diferencia de los de viento, cuya venta se vio incrementada por la proliferación de bandas de música vinculadas a organizaciones militares y del partido.

Otras estadísticas que Goebbels, prudentemente, se abstenía de citar, mostraban la reducida circulación de las publicaciones musicales (50.000 en todo el Reich) y el porcentaje, rídiculamente pequeño, de niños que recibían lecciones de música en la escuela. Por ejemplo, en Wuppertal, en 1936-37, sólo 790 de 37.246 alumnos (el 2 por ciento) estudiaban música.[21]

Por otra parte, el mismo sistema de coordinación que permitía a Goebbels satisfacer su megalomanía estadística provocaba la decadencia artística, pues convertía a cada grupo de aficionados en un feudo cuyo control se disputaban entre sí los funcionarios del partido y los de otras organizaciones estatales. Todo el ámbito de la música amateur fue convertido en un caos, al ser disueltos coros y conjuntos de larga tradición para ser reorganizados de acuerdo con la declaración del dirigente cultural de Mannheim: "Hoy en día, el problema no es si cantamos con una voz o con muchas, sino si lo hacemos, de forma irreprochable desde los puntos de vista artístico e ideológico. Acabemos con la *Vereinsmeierei*; * los pequeños clubs deben fusionarse".[22]

La coordinación progresó implacablemente, a pesar de las numerosas advertencias del Dr. Rave acerca de las pérdidas artísticas inherentes a la uniformización organizativa.[23] **

También los aspectos económicos de la música amateur cayeron bajo el minucioso control oficial. Para eliminar el peligro del dilettantismo, la Cámara Nacional de Música instituyó severos exámenes para las orquestas de empresa; si no eran aprobadas, quedaban descalificadas para competir con las orquestas profesionales a la hora de ser contratadas para tocar en bailes y reuniones.[24]

La solicitud de las autoridades por los intereses de los músicos profesionales tuvo extraños resultados. Un informe del SD elaborado durante la guerra, en el que se advertía contra la asfixia de la cultura en los pueblos, señalaba que la "Sociedad para la Utilización del Derecho de Propiedad Musical", autorizada por el gobierno, imponía contratos a todos los locales de esparcimiento y exigía el pago de derechos a los dueños de los cafés donde se tocaba música, con el resultado de que los propietarios que no los pagaban llegaron a prohibir a sus clientes el uso del piano del local.[25]

* Sectaria y exclusiva absorción en la actividad del propio club.

** Además, la Gestapo disolvió algunos conocidos coros porque sospechaba que eran utilizados para camuflar grupos de resistencia.

Por otra parte, el régimen consiguió mantener una impresionante apariencia de actividad musical en los principales centros de población. Así, durante la temporada 1941-42, que coincidió con duras luchas en el frente del este, fueron presentadas en la capital no menos de ochenta óperas, operetas y ballets diferentes. Estas manifestaciones superficiales encaminadas a ocultar la pobreza cultural fueron mantenidas hasta el último año de la guerra, cuando las medidas totalizadoras dieron lugar a la clausura de todos los lugares de esparcimiento.

De agosto de 1944 en adelante, la radio del Reich fue la única entidad proveedora de música, función de pesada responsabilidad. Así, seis meses más tarde, cuando las tropas aliadas ocupaban ya buena parte del Reich, el comité de programación musical tenía que atender quejas por la cantidad de música de baile no alemana que se radiaba.[26] Protestas de este tipo se habían producido con incansable regularidad a partir de 1933, en que pasaron a la acción los amantes de la limpieza. A propósito de esto, hay que recordar que fue absolutamente prohibida la actuación de bailarines varones en los locales nocturnos[27] y la conducta de las camareras fue minuciosamente regulada.[28] *

La "perversa música de jazz", teóricamente eliminada en 1933, mostró una sorprendente capacidad de resistencia: en 1937, el periódico oficial de las SA señaló la existencia de "impúdicas flores de la jungla, de pandemonium negroide, lamentablemente introducidas en las salas de baile alemanas por orquestas de baile supuestamente alemanas".[29]

Para hacer frente a este peligro, los compositores Peter Kreuder, Theo Mackeben y Barnabas von Geczay engendraron una aséptica forma de música sincopada a la que se denominó "jazz alemán". Otras innovaciones fueron los programas compuestos por temas bailables puramente alemanes.[30]

Las Juventudes Hitlerianas aspiraban a que el baile de salón fuese gradualmente sustituido por la danza folklórica, y proclamaban enfáticamente que "las parejas deberían salir de su aislamiento e integrarse en el gran círculo de todos los que bailan, que representa la comunidad. Esto no ocurría en las danzas de figuras, en las que los bailarines se colocaban en posiciones simétricas pero no tenía lugar el cambio de parejas".[31] Las nuevas formas de baile requerían nuevos estilos de interpretación, y éstos a su vez exigían reorganizaciones instrumentales. El saxofón fue purgado por su calidad de símbolo de la lascivia negroide, y los instrumentos de percusión

* Pero, en la capital por lo menos, la campaña de limpieza no produjo un cambio total de atmósfera, sin duda por razones relacionadas con el turismo. El club nocturno Femina, por ejemplo, continuó poseyendo teléfonos de sobremesa mediante los cuales los clientes podían ponerse en comunicación con las jóvenes de su agrado, así como tubos neumáticos para transmitir cigarrillos o bombones en señal de solicitud del próximo baile.

llevaron una vida muy precaria. La clara divergencia entre el dogma nazi y el gusto del público se puso de manifiesto durante la fase final del concurso "La orquesta de baile desconocida", celebrado en Berlín en 1936. Aunque la interpretación de *Estoy en el cielo* por una orquesta de Hamburgo, con una buena cantidad de percusión, fue muy aplaudida, los premios primero y segundo fueron concedidos a orquestas que usaban la percusión de forma mucho más prudente. La crónica del acto en la prensa llevaba el siguiente titular: EN UNA NOCHE DE VERDADERA COMUNIDAD DEL PUEBLO, ES ENTERRADO EL JAZZ NEGRO EN MEDIO DE LA HILARIDAD GENERAL.[32] La publicidad de este tipo era reforzada por una muralla de admoniciones y prohibiciones, y los funcionarios locales del partido se adelantaban muy a menudo a las órdenes oficiales para prohibir la "excrecencia negroide" de formas de baile decadentes como el swing, el paso Lambet y el "Hot Dance".

Las raras visitas de orquestas extranjeras ponían de relieve la miseria del panorama musical. En 1935, Jack Hylton fue aclamado en la Sala Filarmónica de Berlín, lo cual provocó el siguiente comentario de un periódico nazi: "Todo alemán dotado de una cierta sensibilidad debe de haber abandonado la sala, indignado y entristecido al ver que el público mostraba tal falta de juicio".[33] Sin embargo, dos años después, cuando la orquesta de Hylton volvió a actuar en Alemania con ocasión del baile de la Prensa de Berlín —e interpretó, entre otras cosas *"The Organgrinder's Song"* y *"Dinah"*— Goering y Goebbels bailaron a sus sones.[34]

La guerra rompió los últimos y débiles lazos que unían a Alemania con la música de baile occidental, aunque sobrevivieron algunos oasis aislados (como el café berlinés *Holländisches Eck*, que presentaba a orquestas de los Países Bajos). Fue el entusiasmo de los adolescentes por el baile, que no pudieron reprimir los severos estetas nazis, el que dio lugar a la formación de grupos de juventud cuya irregular conducta durante la guerra fue considerada como una expresión de oposición al régimen o como una forma de delincuencia.*

* Ver el capítulo sobre la juventud, p. 300.

# 28

# EL ARTE

Algunas de las más vigorosas señales de inquietud que turbaron la mortecina tranquilidad de la vida bajo el Kaiser procedieron del campo de las artes plásticas. Los más notables sucesores de los pintores de fin de siglo fueron iconoclastas e innovadores cuyas incursiones en la modernidad despertaron gron hostilidad, tanto por parte del público como del *establishment*. *Meschuggismus* —"fomentar el culto a la locura"— fue la acusación lanzada al grupo *Die Brücke,* de Dresden, formado por Schmidt-Rottluff, Kirchner, Pechstein, Haeckel y Müller, y un periódico de Munich exigió seriamente la detención de los pintores del grupo *Blaue Reiter*: Kandinsky, Klee, Marc y Macke.[1]

El Kaiser Guillermo había destituido al Dr. Tschudi de su cargo de dirección de la *Nationalgalerie* de Berlín por un delito de lesa majestad estética: la adquisición de obras de pintores impresionistas. El heredero de la corona austríaca, Franz Ferdinand, deseaba que sus esbirros propinasen una soberana paliza a Kokoschka.

Pero nada pudo frenar aquella corriente. En 1910 y 1911, Kandinsky realizó, en Munich, las primeras pinturas abstractas, mientras Gropius proyectaba la factoría Fagus, obra casi tan trascendental para la arquitectura como aquéllas para la plástica. La guerra y sus consecuencias enriquecieron el arte expresionista de Nolde y de Barlach con nuevos impulsos religiosos y humanitarios, y Hans Arp y Max Ernst reaccionaron, con el dadá y el surrealismo, contra un mundo absurdamente transformado. En los años veinte, se reunió bajo el techo plano de la Bauhaus un singular grupo de artistas-profesores: Klee, Gropius, Kandinsky, Feininger, Schlemmer, Moholy-Nagy, Marcel Breuer...

Esta riqueza artística de la posguerra hizo que Fernand Léger llegara

a envidiar a Alemania su derrota en la contienda. La idea del pintor francés implicaba una relación de causalidad entre la receptividad de un país ante los impulsos vanguardistas y el eclipse de su poder político, opinión que compartían —por razones diametralmente opuestas— los conservadores alemanes en política y en arte.

Las "Ligas de Combate de la Cultura Alemana" afirmaban que el arte moderno era estéticamente repelente y políticamente subversivo, y descargaban su furor equitativamente sobre los expresionistas pacifistas como Ernst Barlach, Otto Dix y Georg Grosz, contra los representantes de la *Neue Sachlichkeit* y contra los arquitectos Gropius, Mies van der Rohe y Mendelsohn. Estigmatizaron un edificio proyectado por Gropius como "fortaleza enemiga dentro de la Patria" y tacharon a Le Corbusier como "el Lenin de la arquitectura, portador de la ardiente antorcha de Moscú a una Europa tranquila y confiada".[2]

La exposición de Dresden sobre pintura alemana moderna, celebrada en 1926, muestra del avance que realizó Alemania en la posguerra hasta colocarse en primera fila del arte internacional, dio lugar a que media docena de asociaciones patrióticas protestasen ante el presidente Hindenburg por lo que consideraban "un bofetón en la cara de Alemania, de su heroico ejército y de Su Excelencia, el jefe del ejército".[3]

Un año antes, la Bauhaus se había visto obligada a trasladarse de Weimar a Dessau, en parte porque los cambios que había introducido en el diseño de viviendas, muebles y utensilios domésticos contrariaban a la Asociación de Artesanos de Turingia. La oposición al arte moderno era una causa común de muchos sectores de la población: los tradicionalistas, asustados por el abismo que separaba la vanguardia del gusto del público; los artesanos, aferrados a viejas técnicas; los arquitectos, hostiles al vidrio y al cemento; los chauvinistas, escandalizados ante los monumentos pacifistas conmemorativos de la guerra, y los habitantes de muelles salones, que veían en el arte un sustitutivo de la realidad. La fuerza de estos rabiosos antimodernistas reflejó claramente los avances políticos de la extrema derecha. En 1930, año del gran progreso electoral del nazismo, se produjo la destitución del doctor Gurlitt, director del Museo de Dresden, por "seguir una política artística contraria al sano sentimiento popular de los alemanes".[4] La Liga de Combate Nacionalsocialista profetizó una inminente "explosión en la pintura"[5] y amenazó con "convertir Munich en el centro cultural no sólo de Alemania sino del mundo entero".[6]

La pretendida futura metrópoli del arte era ya "capital del Movimiento" y cuartel general de la Liga de Combate Nazi. Alfred Rosenberg, jefe de la Liga e ideólogo del partido, sentó las bases de la estética oficial del Tercer Reich, con la ayuda del antropólogo Günther y del arquitecto Schulze-Naum-

burg. Esta estética se basaba en los *Auslesevorbilder* (modelos escogidos) seleccionados por Günther y Schulze-Naumburg del clasicismo griego y de obras del románico alemán tales como la catedral de Bamberg y la de Naumburg. La contribución específica de Rosenberg, ex estudiante de arquitectura que realizaba insípidos dibujos, consistía en la valoración de las tendencias artísticas:

"El siglo XIX no poseía una imagen de la belleza de validez general y desembocó en una situación de impotencia impresionista y expresionista. El arte alemán de la posguerra es el de unos mestizos que reclaman la licencia de pintar bastardas excrecencias, producto de mentes sifilíticas y de infantilismo pictórico, presentándolas como expresiones del alma." [7]

Típico de la estética nazi es el comentario de Goering al cuadro de Leistikow. "Lago de Grunewald" (ya el Kaiser Guillermo II se había opuesto a que fuese adquirido por la Galería Nacional): "Yo, como cazador, puedo asegurar que el Grunewald no es así".[8] El autonombrado *Praeceptor Germaniae* en materia de arte, Adolf Hitler, en su discurso inaugural de la Casa del Arte Alemán, en Munich, en 1937, prohibió expresamente a los pintores el uso de colores diferentes de los que percibía en la naturaleza el ojo "normal". (Casualmente, Max Beckmann abandonó Alemania a la mañana siguiente de este discurso.)

El nuevo canon artístico se proponía eliminar de la conciencia del público toda evocación de la angustia del hombre, de la desgracia y el dolor, es decir, de todo lo feo. (En el subconsciente nazi, la derrota estética de la fealdad en favor de la belleza guardaba relación con el exterminio de los judíos —la fealdad personificada— por los nórdicos.)

Cosa curiosa, la coordinación avanzó menos rápidamente en el campo de las artes plásticas que en otros terrenos. Básicamente, fueron sólo la exposición de arte patrocinado por el gobierno, en Munich, y la de "Arte Degenerado" de verano de 1937 las que significaron la culminación del proceso de purga y reconstrucción. El retraso se debió en parte a la coincidencia de las actividades de la Liga de Combate de Rosenberg y de la Cámara Nacional de Arte de Goebbels (que había introducido a los 42.000 pintores, escultores, arquitectos, grafistas y editores de arte gratos al nazismo en una única camisa de fuerza organizativa). Por otra parte, algunos jefes de negociado y directores de galerías atenuaron la violencia de las purgas con medidas fabianas. Eran apoyados en esta actividad por un grupo nazi moderado del que formaban parte funcionarios del partido como Otto Andreas Schreiber y redactores de las revistas de arte *Kunst der Nation* y *Kunstkammer*. Aunque, en realidad, el calificativo de "moderados" es erróneo. Objetivamente, constituían un grupo radical dentro del partido y aspiraban a fundir el expresionismo alemán con el nacionalsocialismo de la misma manera en que el futuris-

mo se había vinculado con el fascismo italiano. Su padre espiritual era el escritor Gottfried Benn, cuya colección de ensayos *Arte y poder*, publicada en 1934, incluía una reivindicación del expresionismo y un homenaje a Marinetti, principal exponente del futurismo. Destacando los elementos alemanes de la obra de Barlach y Nolde, el grupo de Schreiber intentó que fuesen admitidos en el panteón nazi. En 1934, *Kunst der Nation* publicó la fotografía de una escultura de Barlach en la cubierta del número dedicado a la Ayuda Invernal y publicó artículos sobre Beckmann, Rohlfs y Nolde. Emil Nolde, que vivía recluido en una casita de pescadores en Schleswig-Holstein, y era, por cierto, miembro del partido, fue incluso apoyado por el periódico nazi de Berlín *Der Angriff*, fundado por Goebbels, y se supo que Nolde y Barlach llegaron a honrar con su presencia la propia casa de Goebbels. Las esperanzas del grupo de Schreiber se centraban, lógicamente, en Goebbels, quien, en un principio, enmascaró la purga artística tras una fachada de relativa moderación, pues temía que una "coordinación" artística total desacreditase a Alemania a los ojos del mundo. Esta situación ambigua duró poco; asumiendo el papel de árbitro en la lucha por las zonas de demarcación estéticas entre Rosenberg y Goebbels, Hitler promulgó su irrevocable y rígido canon artístico. Como consecuencia directa de éste, Barlach y Nolde desaparecieron de la mansión de Goebbels, Schreiber fue relegado al departamento de exposiciones ambulantes de A la Fuerza por la Alegría, y, en 1936, las revistas de arte moderadas fueron sustituidas por la ultra-ortodoxa publicación de Rosenberg, *Die Kunst im Dritten Reich.* Durante algún tiempo fue aún posible organizar, en Berlín, exposiciones de los artistas condenados: Schlemmer en enero de 1937 y Nolde en abril del mismo año. En junio, una exposición de Barlach y Marcks fue clausurada por la perentoria orden de Schweizer-Mjölnir, "plenipotenciario del Reich para la formulación artística", y todas las obras expuestas fueron confiscadas.[9]

La señal de partida para lo que habría de convertirse en una campaña general de confiscación había sido la clausura, en octubre de 1936, de la sección de arte moderno de la *Nationalgalerie* de Berlín, instalada en el antiguo Palacio Kronprinzen. Esta galería era el último santuario oficial del verdadero arte que quedaba en el país. Los cuatro miembros del tribunal encargado de la purga (el profesor Ziegler, Schweitzer-Mjölnir, el conde Baudissin y Wolf Willrich) recorrieron galerías y museos de todo el Reich y ordenaron la retirada de pinturas, dibujos y esculturas que consideraban "degenerados". Ziegler era el Torquemada estético del Tercer Reich. Corrió el rumor de que un viejo y excéntrico pintor de Schwabing * había simpatizado tanto con el joven y meticuloso copista de las flores de la escuela holandesa que le

* El barrio bohemio de Munich.

había revelado el secreto de la preparación de los colores, y de que esta historia había impresionado tanto a Hitler que había elevado a Ziegler a la presidencia de la Cámara Nacional de Arte. Bajo su seudónimo de Mjölnir (antiguo nombre germánico del martillo de Thor), Schweitzer publicaba en *Der Angriff* dibujos poblados de militantes de las SA de férrea mandíbula y de judíos de nariz ganchuda. El conde Baudissin había iniciado la "explosión en la pintura" en el famoso Museo Volkswang de Essen, del que los nazis le habían nombrado director. Su contribución a la nueva estética fue la siguiente: "La forma más perfecta, la imagen más sublime que ha sido creada recientemente en Alemania no ha salido del estudio de ningún artista: es el casco de acero".[10] (La petición de Baudissin, en 1938, de que todas las obras degeneradas fuesen retiradas de las colecciones, ya fuesen éstas públicas o particulares, fue causa del suicidio de Rudolf Kirchner en Suiza.) Wolf Willrich, un fanático, aficionado a denunciar a la Gestapo a camaradas del partido que consideraban que Barlach o Nolde podían ser expuestos públicamente, concibió su contribución a la estética nazi en forma de libro: su *Limpieza del Templo del Arte* llevaba en la portada su propia pintura "Guardián de la raza". (A partir de 1939, las postales con reproducciones en color de sus retratos de héroes de la guerra se vendieron en cantidades extraordinarias, hasta el punto de que amasó una fortuna personal.)

Los destrozos causados por estos cuatro jinetes del Apocalipsis en los tesoros artísticos de Alemania han sido estimados en más de 16.000 pinturas, dibujos, aguafuertes y esculturas: 1.000 obras de Nolde, 700 de Haeckel, 600 de Schmidt-Rottluff y otras tantas de Kirchner, 500 de Beckmann, 400 de Kokoschka, de 300 a 400 de Hofer, Pechstein, Barlach, Feininger y Otto Müller, respectivamente, de 200 a 300 de Dix, Grosz y Corinth, respectivamente, y 100 de Lehmbrück, así como cantidades mucho menores de obras de Cézanne, Picasso, Matisse, Gauguin, Van Gogh, Braque, Pissarro, Dufy, Chirico y Ernst.[11] De este total, 4.000 piezas fueron quemadas en el patio del cuartel de bomberos de Berlín en 1939. Además de quemar las telas, el régimen las utilizó para avivar el fuego del filisteísmo. La primera exposición de arte degenerado, titulada "Arte gubernamental 1918-1933", se organizó en Karlsruhe a los pocos meses de la toma del poder. Los organizadores apelaron hábilmente a dos preocupaciones de la psique humana, el dinero y el sexo, haciendo constar junto a cada pieza su precio de la época de la inflación —naturalmente, sin especificar la equivalencia en moneda estabilizada— y separando una sección especial "sólo para adultos" dedicada a la exhibición de los desnudos.

Los organizadores de la vasta Exposición de Arte Degenerado de Munich, celebrada en 1937, se guiaron por consideraciones similares, y no cabe duda de que esta monumental manifestación de ignorancia compensó los esfuer-

zos invertidos en su preparación. Basta considerar la reacción espontánea de un visitante: "Los artistas deberían haber sido atados al lado de sus cuadros, para que todos los alemanes pudieran escupirles a la cara; y no sólo los artistas, sino los directores de museos que, en una época de desempleo masivo, echaban enormes sumas en las fauces siempre abiertas de los perpetradores de tales atrocidades".[12] La exposición de los "Degenerados" constituyó el acto más popular de cuantos organizó el Tercer Reich. Asistieron a ella dos millones de visitantes, cinco veces más de los que visitaron la primera exposición de arte alemán, de signo contrario. Las pinturas estaban dispuestas en absoluto desorden, sin marcos, como si hubieran sido colocadas por locos o por niños, de pie o tumbadas, tal como venían, y acompañadas de títulos incitantes, explicaciones o chistes vulgares. En secciones que llevaban títulos del tipo "Así halla expresión la nostalgia judía del desierto", "Así veían la Naturaleza unas mentes enfermas" o "Campesinos alemanes vistos a la manera yiddisch", ciento doce eminentes artistas eran públicamente ridiculizados.* Una cuestión que escapa al análisis estadístico es la de cuántos de los espectadores que se amontonaban para entrar en las salas (los domingos, el número de visitantes alcanzaba proporciones extraordinarias) lo hicieron llevados de una morbosa curiosidad y cuántos acudieron a echar una última mirada a unas obras de arte sentenciadas al olvido.

Mientras el régimen celebraba las exequias de la degeneración en las salas de un edificio, una construcción cercana, recientemente levantada, servía de cuna al resucitado Fénix del arte alemán. Proyectada por el arquitecto favorito de Hitler, Troost, la Casa del Arte Alemán era un monótono y desmesurado pastiche de estilo clásico, de monótona fachada con columnata, que no tardó en inspirar epítetos populares tales como "la Terminal de arte de Munich" y "Palazzo Kitschi". Aquel nido de piedra era representativo de las aves que anidaron bajo su techo. Poco antes de la ceremonia inaugural, Hitler descubrió, indignado, que el jurado, nombrado a dedo y del que formaba parte la viuda del arquitecto Troost, había rechazado algunas indefendibles piezas *Kitsch*, y ordenó a su *fotógrafo* Hoffman que revocara dicha decisión.

El día de la inauguración de la Primera Exposición de Arte Alemán, Munich lució sus mejores galas. En sus calles, sudorosos teutones llevaban sobre sus hombros un gigantesco sol y llevaban, en solemne procesión, el fresno cósmico Iggdrasil (perteneciente a la mitología germánica), cubierto de papel de estaño. Las *Nornen*, Parcas de la mitología escandinava, desfilaban sujetas a los cables delanteros de los tranvías, y las damas de la nobleza y de la burguesía medieval evocaban la época de Albrecht Dürer y Lucas Cranach.

* Se contaban entre ellos Nolde, Schmidt-Rottluff, Kirchner, Otto Müller, Rohlfs, Beckmann, Kokoschka, Corinth, Dix, Franz Marc (representado por su famoso "Torre de caballos azules") y los extranjeros Chagall, Feininger, Kandinsky y Mondrian.

Después de deleitarse con estas evocaciones del pasado, el numeroso público penetró en las salas de exposición, donde se encontró otra vez en el pasado. En palabras del semioficial *Berliner Illustrierte Zeitung*:

El "Grupo de campesinos" de Adolf Wissel nos hablaba íntimamente de los secretos de la expresión alemana; el "Marinero" de Karl Leipold presentaba el mar como fluido creador; la "Terpsícore" de Adolf Ziegler unía una intuición de pintura moderna con la pureza de la antigüedad clásica en su concepción del cuerpo humano; "La última granada de mano", de Elk-Eber, mostraba de forma conmovedora cómo el artista había sentido la Gran Guerra y cómo daba sublime expresión a su visión.[13]

Cada una de las obras expuestas reflejaba elevación anímica o bien audaz heroísmo. La férrea dignidad alternaba con el idílico bucolismo. Las numerosas escenas familiares rurales mostraban invariablemente nutridos grupos patriarcales, duros, robustos, espartanos, descalzos y prolíficos. Todas las pinturas transmitían la impresión de una vida intacta de la que estaban totalmente ausentes las tensiones y los problemas del mundo moderno. Y se observaba una evidentísima omisión: ni una sola tela reproducía una escena de la vida urbana e industrial. La exposición de 1938 incluía dos escenas industriales: un puente sobre una autopista, con un monumental andamiaje de madera, y una igualmente monumental planta destiladora de alquitrán. Las piezas más representativas similares a estas dos eran "Despejen las calles" (hombres de las SA de rostro severo y músculos en tensión desplegando banderas con la esvástica), una idílica escena de recolección de fruta, una gigantesca amazona de pecho desnudo y una familia campesina con niños en la cuna, en brazos de su madre y en el regazo de ésta. Una pieza muy sugestiva era "La revista de arte", de Udo Wendel, en la que aparecía un grupo familiar incompleto: el padre jubilado, la madre y el hijo soltero, pintor. Los padres están mirando dos ejemplares diferentes de *Kunst im Dritten Reich*. El ejemplar de la madre está abierto por la página que lleva una reproducción de la escultura *Die Schauende* ("La mujer que mira"), de Fritz Klimsch. El efecto de la pintura se producía a dos niveles. Superficialmente mirada, se trataba de una familia alemana —respirando probidad por todos los poros— que hacía un poco de cultura el domingo por la tarde, de acuerdo con las orientaciones del Führer; a nivel menos consciente, podía ser tomada por la representación de una madre que escogía una prometida para su hijo en un catálogo estético recibido por correo.[14]

En un terreno más fácil, el del *Fleischbeschau* (estudio de la carne femenina), la "Amazona después de la batalla", de Rothang, fue eclipsada por "La diosa del arte", de Adolf Ziegler, cuyas minuciosas representaciones de la desnudez le valieron el apodo de "Maestro Nacional del Vello Pubiano". Además de Ziegler, la estrella de la exposición de 1938 fue el escultor pro-

fesor Thorak, popularmente apodado "profesor Tórax" a causa de su obsesión por las figuras masculinas hercúleas. Esta inclinación de Thorak halló su expresión más clara en el proyecto de un gigantesco grupo escultórico que había de ser colocado junto a una autopista, y que consistía en tres figuras masculinas, desnudas, musculosas y contorsionadas, que empujaban unos bloques de piedra por una pendiente, en un paroxismo de esfuerzo. La gigantomanía de este escultor inspiró el chiste del visitante que va a su estudio y pregunta por él, a lo cual el ayudante le responde: "El profesor está arriba, en la oreja izquierda del caballo".

Las esculturas colocadas al aire libre, como "La mujer que mira", eran vistas por decenas de miles de personas al año. El número de visitantes de las exposiciones de Munich ascendió de año en año, de 480.000 en 1937 a 720.000 en 1943,[15] pero el medio principal de informar a millones de personas de cuanto sucedía en el campo del arte nazi siguió siendo la prensa. En noviembre de 1936, Goebbels, como hemos visto, prohibió la crítica tal como hasta entonces se había venido ejerciendo, y limitó la función del crítico a hacer el inventario de las exposiciones.* Pero incluso este "catalogar" podía convertirse en un acto de oposición en manos de un periodista hábil. Gert Teunissen, del *Kölnische Zeitung*, por ejemplo, encontró la manera de empañar el brillo de las dos estrellas de la exposición de 1938:

"En esta ocasión, no es Terpsícore sino una diosa del Arte de tamaño natural la que expresa la admiración de Ziegler por la hermosa desnudez. Una vez más la realidad ha sido reproducida con tanta minuciosidad que se diría que esta acicalada mujer de rosadas mejillas se ha desprendido hace sólo un instante del ligero peso de sus ropas. Su desnudez, cuya cuidadosa ejecución artística respira el cálido aliento de la vida, oculta múltiples encantos en sus opalescentes colores de carne.

"La gigantesca figura de bronce de Thorak, que representa a un hombre musculoso que sostiene un racimo de uvas en la mano izquierda, tiene ahora como contrapartida una tensa figura de mujer, igualmente musculosa y de robustas caderas, figura que el artista ha bautizado con el nombre de 'Hospitalidad'. Otra figura —'Entronización'— es la de una maciza mujer desnuda que sostiene en alto una guirnalda y oprime los pies hacia atrás contra un

* Los críticos que rebasaban estos límites —y requería considerable agudeza adivinar exactamente dónde estaba la frontera— se exponían al despido. Karl Korn, por ejemplo, perdió, durante la guerra, su puesto en *Das Reich* por haber comentado adversamente la pintura de Truppe "Ser y morir", que había regalado Hitler al Gauleiter de Baviera, Wagner, con ocasión de la boda de éste. Yuxtaponiendo una joven desnuda a un viejo apergaminado completamente vestido, Truppe daba una variación más del tema de la fugacidad de la carne, combinando provechosamente erotismo y falsa profundidad. Por cierto que Hitler y el Gauleiter Wagner no tenían los mismos gustos en materia de arte erótico. Wagner se escandalizó ante la predilección de su Führer por la casi pornográfica obra de Padua "Leda y el cisne".

pedestal. Con ello, el escultor se ha propuesto dar la impresión de que la maciza figura está suspendida en el aire." [16]

El *Deutsche Allgemeine Zeitung*, otro periódico burgués que iba sobreviviendo, vendió hasta el último ejemplar de una edición especial sobre la exposición de Munich de 1937. El equipo editorial atribuyó este éxito al suplemento en color en que se reproducían las más flagrantes muestras de degeneración artística expuestas en Munich.[17]

En un reportaje titulado "La rutina diaria en la Casa del Arte Alemán", encaminado a mostrar cómo el nacionalsocialismo había limpiado de pedantería el mundo del arte y había llevado la cultura a la gente corriente, el *Frankfurter Zeitung* escribió:

"Un ciudadano de Viena contempla el cuadro de un famoso artista vienés. Unos berlineses comentan la obra de un pintor de su ciudad. Dos miembros de la Unión de Jóvenes Alemanas observan una pintura, y una de ellas informa a la otra que el pintor es de Danzig. Un habitante de Munich explica a un visitante forastero: 'Yo conozco al autor de este cuadro. Vive en nuestra calle. Es un hombre muy simpático'." [18]

Aún más equívoca era la opinión expresada en la que había sido famosa revista satírica *Simplicissimus*: "Había ocasiones en que uno iba a exposiciones y comentaba si las pinturas valían la pena, si el pintor conocía su oficio, etc. Ahora se han acabado las discusiones: todo lo que hay colgado de la pared es arte, y no hay más que hablar".[19]

Pero, en la opinión popular, el régimen no era considerado enemigo de la cultura. Por el contrario, los años de paz y los primeros de la guerra estuvieron envueltos en un halo de renacimiento greco-germánico. Esto se debió en parte al simple aspecto cuantitativo de las actividades artísticas patrocinadas por el gobierno: 170 concursos de pintura, grafismo, escultura y arquitectura, cuyos premios sumaron, en 1938, un millón y medio de marcos, y más de mil exposiciones de arte en todo el Reich en 1941.[20] Hay que tener en cuenta también el frenesí arquitectónico del nazismo. No se trataba sólo de una cuestión de programas de construcción estatales y municipales, sino que la reactivación económica general había dado lugar a una actividad masiva de construcción por parte de las empresas industriales, inversores, campesinos acomodados, etc. En lo referente al mérito artístico de estas nuevas construcciones, se ha señalado que la influencia corruptora de la ideología nazi fue inversamente proporcional al grado en que los edificios tenían un objetivo práctico.[21] Las construcciones realizadas por necesidades de la industria fueron las mejores de todo el Tercer Reich. Permanecieron al margen de las influencias nazis y continuaron una tradición de diseño industrial que había comenzado poco después del siglo y había alcanzado su apogeo durante la República de Weimar. Muy pocos de los puentes tendidos sobre las autopis-

tas pretendían ser impresionantes, ni estética ni técnicamente. Lo mismo puede decirse de las construcciones sociales para los trabajadores (aunque algunas de ellas fueron construidas por organismos gubernamentales como el Servicio Nacional de Correos y los ferrocarriles) y de los organismos administrativos, albergues, hospitales e iglesias construidas durante los años de paz.

El Estadio Olímpico de Berlín, de Werner March, constituye un ejemplo único de arquitectura oficial estéticamente irreprochable. No puede decirse lo mismo de las viviendas populares, a cuya construcción se aplicaba un criterio excesivamente folklórico, especialmente en las zonas suburbiales y rurales. En éstas, el nostálgico sentimentalismo inherente a la estética nazi se manifestaba en una profusión de tejados de paja, balcones de madera, arcos de roble tallados a mano y paneles de madera, lo cual llevó a Baldur von Schirach, el autonombrado árbitro del gusto nazi, a comentar: "En un pueblo campesino, la villa al estilo de los suburbios de Berlín no tiene sentido alguno. Como tampoco tiene sentido la casa de campo tirolesa, de muros enjalbegados, trasplantada a un suburbio de Berlín".[22]

Por todo el país, la construcción de innumerables casitas apiñadas, de altos aguilones, cada una con su jardín propio, invirtió completamente las progresivas tendencias urbanísticas nacidas bajo Weimar.

Una idea urbanística producida por la República de Weimar que los nazis corrompieron para sus propios fines es la de la "ciudad-corona" (*Stadtkrone*), el centro urbano que, según la visión de Bruno Haupt, debía constituir el foco de la vida de una comunidad urbana en la manera en que lo habían sido las catedrales durante la Edad Media. Estas construcciones basadas en los planos arquitectónicos nazis, estaban dispuestas alrededor de una plaza representativa alineada (según un eje central dominante) con una enorme avenida y decorada con esculturas y plantas ornamentales.[23]

Aunque la guerra y la derrota impidieron que estos proyectos llegaran a realizarse sistemáticamente, unos pocos de ellos fueron realizados en parte, como el de los ejes Norte-Sur y Este-Oeste de Berlín, que formaba parte del plan de Speer para la reconstrucción de la capital en una forma adecuada a su condición de metrópoli del imperio nazi. Las principales contribuciones arquitectónicas de Speer al aspecto visual del Tercer Reich fueron los edificios del partido en Nuremberg y la Cancillería; ésta, mezcla de clasicismo griego y de severo clasicismo prusiano, estaba adornada con llamativas y abundantes representaciones de símbolos nazis. El efecto era monótono, opresivo y siniestro: Los planos de Speer y las esculturas de Breker evocaban la sofocante impronta del Minotauro, que nutría toda la arquitectura nazi.[24]

De estilo clásico era el conjunto de edificios que formaban el de la sede central del partido, en torno a la Königsplatz de Munich, cuyos macizos bloques de oficinas tenían pórticos abiertos sostenidos por pilares que alberga-

ban los sarcófagos de piedra de los mártires de la SA. El recuerdo del romanticismo se manifestó en los *Ordensburgen*, edificios medievales que daban una hosca impresión de ascetismo y alejamiento en el espacio y en el tiempo.

Estaban, además, los *Totenburgen* (castillos de los caídos), enormes monumentos a los soldados muertos, concebidos para cumplir la función de osarios paganos y de símbolos de conquista:

"En la abrupta costa atlántica se levantarán grandiosas estructuras orientadas al oeste, monumentos eternos a la liberación del continente de la dependencia británica... Altas y macizas torres erigidas en las llanuras del este simbolizarán la sumisión de las fuerzas caóticas de las estepas orientales al disciplinado poder de las fuerzas alemanas del orden." [25]

El arquitecto que había de levantar esta red de sepulcros por todo un continente era Wilhelm Kreis, cuya visión estética, excepcionalmente, rechazaba el monumentalismo: "Un edificio puede tener un aspecto monumental sin ser de dimensiones exageradas". No es que se pueda tampoco considerar a Kreis enemigo de Hubris, ya que declaraba que el Museo de Prehistoria de Halle, obra suya, le hacía pensar "en una fuga de Bach".[56]

Los monumentos de Kreis constituían las fronteras del plan estético de Hitler para la Europa de posguerra. El centro era el Proyecto de Linz, encaminado a convertir la oscura y provinciana ciudad natal de Hitler en el mayor museo de arte del mundo (a partir de piezas robadas a los países del continente). Aunque el proyecto no pasó del papel, la actividad coleccionista de Hitler avanzó lo suficiente como para que el valor de su colección alcanzara la cifra aproximada de 100 millones de libras esterlinas. En un continente asolado por la guerra, el Führer y su supuesto heredero, Goering (el valor de cuya colección se estimaba en unos 60 millones de libras esterlinas), se enfrentaron en una guerra de coleccionistas en la que cada uno trataba de superar al otro en la magnitud de sus saqueos.

El gusto de Hitler reflejaba sus orígenes provincianos y pequeñoburgueses. En *Mein Kampf*, alabó a los fáciles románticos Moritz von Schwind y Arnold Boecklin. Convencido de que el valor del género austro-bávaro aumentaría en el futuro, otorgó lugar de honor en su museo de Linz a Defregger, Waldmüller y Grutzner, cuyas pinturas de monjes borrachines y campesinos eran almibaradas fantasías de un mundo sereno e intacto.

El gusto estético de Goering era algo más selecto. Alabó públicamente al frívolo victoriano Makar * y confiscó clandestinamente catorce obras maestras del "arte degenerado" (de Van Gogh, Gauguin, Munch, Marc y otros),

* En el centenario del nacimiento de Makart, Goering declaró en Salzburgo: "Makart ocupará siempre un lugar de honor en el arte alemán" (cf. Hermann Glaser, *Spiesser-Ideologie*, Rohmbach, Freiburg, 1964, p. 212).

que fueron subastadas en Lucerna en junio de 1939 con el fin de obtener divisas para el Reich.

En caso de que alcanzasen el necesario grado de competencia, los artistas complacientes podían alcanzar gran prosperidad bajo la protección nazi. Se produjo una incesante corriente de títulos, premios, encargos y accesos a la admiración del público. El escultor Arno Breker, cuyos relieves representaban paroxismos de ira y agresividad (como su conocido grupo "Camaradería"), coincidiendo así con un rasgo fundamental de la mentalidad nazi, llegó a ganar casi 100.000 marcos en 1938.[27]

Su colega Georg Kolbe fue el único artista alemán destacado que se adaptó a los deseos del régimen; compárese la introvertida timidez de su "*Der Einsame* ("El solitario", 1927) con la extraversión de *Der Junge Streiter* ("El joven guerrero", 1934). Su estudio se convirtió en un mundo de cita obligado de las excursiones programadas de A la Fuerza por la Alegría. "La mujer que mira", de Fritz Klimsch, fue colocada en un punto visible en la falda de los Alpes bávaros.

No debe creerse que tales privilegios eran fáciles de obtener. El meticuloso esfuerzo invertido en muestras de arte oficialmente aprobado en el Tercer Reich era a menudo prodigioso. Era precisamente la minuciosa atención a los detalles técnicos evidente en los paisajes a imitación de Breughel de Werner Peiner, en las flores holandesas de Adolf Ziegler y en las casi obscenas Venus de Sepp Hilz, lo que parecía dar a estas pinturas un halo de autenticidad. Los dos requisitos previos para el éxito artístico durante el Tercer Reich eran la meticulosidad y la receptividad a las orientaciones oficiales.

La manera en que eran transmitidas estas directivas era a veces asombrosamente simple: mientras preparaban sus obras para la exposición anual de Munich, los artistas recibían visitas relámpago * de las "autoridades estéticas", que se mostraban pródigas en útiles consejos: "Esto es demasiado triste; ponga un poco más de alegría. En Alemania, la gente ya no tiene esta expresión preocupada", o bien: "¿Por qué no se distinguen bien las caras de los personajes del fondo? El Führer insiste en que todas las cosas deben ser representadas de forma clara y reconocible".[28] Ocurría, sin embargo, que las normas que recibían de las alturas los pintores no coincidían siempre entre sí. Por ejemplo, Baldur von Schirach declaraba: "Las pinturas que pueden confundirse con fotografías en color pueden ser, todo lo más, milagros de la técnica, pero no son milagros artísticos, ya que la verdad del arte es distinta de la de la realidad".[29] Pero las periódicas manifestaciones de las liberales opiniones de Schirach no influyeron para nada en la situación de las artes

* En Düsseldorf, uno de estos funcionarios, que personalmente era pintor de animales, "atendió" a no menos de cuarenta pintores y escultores en tres días.

durante el Tercer Reich. Muy significativa fue la declaración de la primera autoridad cultural nazi de Westfalia, quien, de manera inconsciente, hizo el comentario más certero a la política artística del Tercer Reich: "Es muy posible que, después de la inauguración de la Casa del Arte Alemán, de Munich, a no pocos artistas les falte el valor de crear algo nuevo".[30]

Veamos, finalmente, la suerte que les cupo a aquellos artistas que tuvieron el valor de crear algo nuevo, ya fuese después o antes de la apertura del emporio artístico de Hitler. El número de estos artistas se ha calculado en unos 15.000. Entre los pintores, especialmente, parece que se dio una negativa casi general a capitular ante el régimen, a pesar de los duros castigos que éste esgrimía. Estas sanciones iban desde el *Lehrverbot* (privación del derecho de enseñar) al más mutilador de todos, el *Malverbot* (privación del derecho de pintar), pasando por el *Austellungsverbot* (prohibición de exponer). Para evitar que el *Malverbot* fuese infringido en la intimidad de la casa del artista, la Gestapo realizaba registros por sorpresa, y comprobaba —como en el caso de Carl Hofer— si los pinceles estaban húmedos. También entregaban listas de los pintores sancionados a las tiendas de material de pintura y prohibían a éstas que les vendiesen artículo alguno. Más efectiva aún para hacer respetar el *Malverbot* fue la penuria que sufrieron los artistas, quienes, despedidos de sus cargos y privados del derecho a vender sus obras, carecían incluso del dinero necesario para adquirir material.

Dadas las circunstancias, es sorprendente el escaso número de artistas sancionados que optaron por el exilio. Aparte de los no alemanes que regresaron a sus países de origen (Klee a Suiza, Feininger a Estados Unidos),* Kokoschka se trasladó a Inglaterra, Beckmann a Holanda, Kirchner a Suiza y Grosz a Estados Unidos, al igual que destacadas personalidades de la Bauhaus, como Moholy-Nagy y los arquitectos Gropius, Mies van der Rohe y Mendelsohn. De los artistas malditos, dos muy destacados murieron relativamente pronto: Max Liebermann, decano de los impresionistas, y el expresionista Ernst Barlach, pintor, escultor y dramaturgo. Liebermann, de raza judía, famoso por su salón de Berlín y su agudo ingenio ("Señora, este retrato se le parece a usted más que usted misma"), dijo poco antes de morir: "No puedo comer tanto como desearía vomitar". Barlach, que había sido ya violentamente atacado en tiempos de Weimar por sus monumentos pacifistas en recuerdo de la guerra, fue víctima del vandalismo de las SA en 1933, y pasó los últimos años de su vida en tímida reclusión. La indomable Käthe Kollwitz —una de las pocas personas que tuvieron el valor de asistir al entierro de Liebermann y al de Barlach— dijo, refiriéndose a la muerte de este último: "Volvió la cabeza a un lado, como si quisiera esconderse".

* Kandinsky marchó a Francia.

Un año después de la muerte de Barlach, Kirchner se suicidó en su exilio de Suiza. Oscar Schlemmer murió en 1943, debido, sobre todo, al dolor que le produjo la prohibición de pintar. Se había visto obligado a ganarse pobremente la vida pintando el camuflaje del gasómetro municipal de Stuttgart, antes de encontrar trabajo junto al pintor abstracto Baumeister en la fábrica de pinturas y barnices del doctor Herbert, en Wuppertal. Otros industriales que protegieron a los artistas sancionados fueron el fabricante de cigarros Reemstma, de Hamburgo, que ayudó a Barlach, y Paul Beck, de Stuttgart, protector de Käthe Kollwitz. Hubo también algunos marchantes, como Günther Francke y Ferdinan Moller, que hicieron cuanto estuvo en su mano para ayudar a los artistas en desgracia, en algunas ocasiones organizando exposiciones clandestinas de sus obras. A veces, un pintor compraba una obra de otro, con el fin de ayudarle a mantener la moral, como hizo Schmidt-Rottluff con E. W. Nay, y lo mismo hacían algunos valerosos ciudadanos.

Frente a esta situación, los artistas reaccionaron de maneras diferentes. Otto Pankok, Hans Grundig y Otto Dix pintaron en secreto obras antinazis. Emil Nolde, anciano, malhumorado, excéntrico, que no comprendía cómo él, un miembro del partido, había podido ser sancionado, temía ser descubierto, pero pintó nerviosamente una serie de acuarelas en su casa junto al mar del Norte, con la esperanza de desarrollarlas en pinturas después de la guerra. Una circunstancia que mitigó en alguna medida el penoso exilio de Beckmann en Holanda, durante la guerra, fue el ingenio de su hijo, oficial del cuerpo médico, que pasó clandestinamente las pinturas de su padre a través de la frontera en camiones del ejército.

Para el escultor abstracto Hartung, la vida bajo el nazismo era una existencia de catacumba aliviada por muy escasas visitas. Merced a la ayuda de su adinerada madre política, Baumeister pudo seguir pintando clandestinamente durante todo el período. Indiferente a la condena oficial, sufrió muy vivamente el ostracismo social, y quedó abrumado tras la muerte de Schlemmer. Pero nunca perdió la esperanza de que los tiempos cambiarían. Le correspondió albergar en su piso a unos miembros de las SS, y evitó ser descubierto por ellos haciendo pasar sus pinturas abstractas por experimentos de camuflaje. Cuando Stuttgart fue bombardeada, él y su familia fueron evacuados. Pasaron a alojarse en una habitción de una casa de campo, donde, en 1934, comenzó a escribir *Das Unbekannte in der Kunst* (*Lo desconocido en el arte*).[31] Terminada la guerra, volvió a su casa de Stuttgart, que había sido saqueada. Los únicos objetos que no habían interesado a los saqueadores eran sus pinturas abstractas, que estaban amontonadas en el desván. Buena prueba ésta de que las concepciones artísticas del régimen se ganaron la adhesión de la inmensa mayoría del público.[32]

# 29

# LA RELIGIÓN

Alemania es, al mismo tiempo, la cuna de la Reforma y el único gran país europeo que ha quedado irreparablemente dividido por ella. Al no conseguir la adhesión de Renania, Baviera y, sobre todo, Austria, la reforma de Lutero contribuyó de hecho a la división de Alemania. Pero, simultáneamente, dicha reforma suscitó ideas de identidad alemana que habían de permanecer en la conciencia nacional hasta que, más de tres siglos después, Bismarck convirtiera Prusia en un imperio del que quedó excluida la católica Austria. Basado en la alianza entre el trono de los Hohenzollern y el altar de Lutero, este imperio era esencialmente protestante, aun cuando los católicos constituían, aproximadamente, un tercio de la población. La confrontación entre esta importante minoría y el estado no pluralista dio lugar a la aparición del *Zentrum Partei*, partido cuyo único objetivo era el de defender los intereses católicos.

Mientras el Partido del Centro degradaba el catolicismo —según rezaban las acusaciones— por el hecho de politizarlo, el cristianismo en su conjunto fue objeto de ataques de diverso orden. La intelectualidad alemana de fines de siglo era adversa, por muchas razones, al cristianismo institucional: el materialismo y el racionalismo, a la izquierda, y el racismo pseudocientífico a la derecha, cedían a la atávica inclinación por el concepto de Alemania. Richard Wagner, el novelista Felix Dahn * y los filósofos *völkische*, como Langbehn, Lagarde y Frenssen, se esforzaban por encaminar nuevamente las energías psíquicas de un pueblo desorientado por el ascenso de la industria y de

* Autor del que fue *best-seller* durante años *La lucha por Roma,* canto a los heroicos godos en combate contra la decadente Roma.

la sociedad de masas hacia el pasado racial, la moral tribal y las tradiciones primitivas.

En el terreno puramente religioso, la ideología "étnica" se dividió en dos tendencias divergentes. Una de ellas aspiraba a una forma de cristianismo puramente alemana, es decir, desromanizada y desjudeizada; la otra, a un neopaganismo (*Neuheidentum*). El cristianismo alemán se centraba en el salvador Jesús, de raza aria, transfigurado físicamente en un nórdico y psicológicamente en el portador de una espada más que de una corona de espinas. El nuevo paganismo rechazaba totalmente la figura de Cristo y la sustituía bien por la adoración de Wotan, bien por un culto a la naturaleza centrado en el sol. El culto solar neopagano coincidía a veces con la afición al nudismo, al excursionismo y a los baños, que se generalizó entre los jóvenes en el período de entreguerras.

El fin de la Primera Guerra Mundial dio lugar a importantes cambios en las dos grandes instituciones religiosas. En la medida en que el protestantismo había sido la religión de estado del *Kaiserreich*, se vio inevitablemente dañado en su prestigio por la derrota y el hundimiento del Imperio. Pero, *triumphans* o no, la Iglesia siguió aferrada a la visión de sí misma como *ecclesia militans*. En 1913, el periódico *Protestantenblatt* había declarado inequívocamente: "El pacifismo es una blasfemia contra Dios".[1] En 1917, cuando cinco pastores de Berlín hicieron un llamamiento en pro de una paz negociada, ciento sesenta sacerdotes firmaron un manifiesto en el que se pronunciaban por la victoria total o por la destrucción total.[2] Aún en 1928, un sacerdote protestante suscitó una inacabable controversia por haber puesto en tela de juicio la equivalencia de la muerte de un soldado por su país y el martirio por la fe cristiana.

En las universidades, eran a menudo los teólogos (como Seeberg, rector de la de Berlín, y Procksch, rector de Greifenwald) quienes más enérgicamente clamaban por el rechazo del Tratado de Versalles y — *mutatis mutandis*— de la República de Weimar.

Este desarrollo del revanchismo se vio acompañado por un resurgimiento del cristianismo alemán y del neopaganismo en los márgenes de la Iglesia protestante. Se publicaban estudios "teológicos" con títulos como "Wotan y Jesús", "Baldur y la Biblia" y "El Salvador alemán". Ese último, por cierto, explicaba la supuesta contradicción del origen israelita del Salvador con la sencilla pregunta: "¿No puede nacer una hermosa flor en un montón de estiércol?".[3]

La actitud oficial de la Iglesia protestante respecto al "problema judío" —actitud decisiva para el destino de la democracia de Weimar— fue bien resumida por un profesor de teología de Erlangen en el Congreso de la Iglesia Evangélica de 1927. Al tiempo que rechazaba el antisemitismo furibundo

afirmaba: "La Iglesia debe mantener los ojos abiertos ante la amenaza que plantea el sionismo al pueblo alemán, y debe expresar sus puntos de vista sobre tal amenaza. El servicio a la Patria es servicio a Dios".[4] Para la Iglesia protestante, la Gran Guerra había significado una cruzada del *Kaiserreich* "por la gracia de Dios" contra la blasfema Francia republicana. Cuando se instauró en Alemania una república, ésta fue considerada al mismo tiempo antialemana y antirreligiosa, acusación esta última que quedó irremediablemente consolidada por la separación de Iglesia y Estado realizada por Weimar.

Los católicos, por su parte, desaprobaban la política religiosa de Weimar porque consideraban que se concedían los mismos derechos a la verdad y al error. El cardenal Fauhaber impugnó la misma legalidad de la República definiendo su origen, el levantamiento de noviembre de 1918, como manchado por el perjurio y la alta traición.[5] (Esta fue la República que dio a los católicos una libertad de acción sin precedentes y que hizo posible la creación de nuevos obispados, abadías, y más de mil nuevos establecimientos religiosos.)[6]

Aunque otros miembros de la jerarquía estaban totalmente de acuerdo con Faulhaber, en general, las relaciones de los católicos con el nuevo estado eran bastante más complejas. En su calidad de grupo sociopolítico que (al igual que los obreros socialdemócratas y los liberales de la clase media) no había dispuesto de una parte proporcionada de poder político durante el *Kaiserreich*, los católicos apoyaron las vacilantes coaliciones que aseguraron una cierta continuidad gubernamental durante la mayor parte de la era de Weimar. El más destacado político centrista, Erzberger, que había firmado el Tratado de Versalles en nombre de Alemania, fue una de las primeras víctimas de los asesinos de la *Fehme*; los ataques *völkische* a la bandera de la República (roja, amarilla y negra) se basaban, entre otras cosas, en la asociación de los tres colores con otras tantas internacionales supuestamente encaminadas a arruinar a Alemania: la internacional roja del marxismo, la amarilla del mammon judío y la negra del catolicismo.

Fue en parte a causa de su vulnerabilidad a los ataques chauvinistas que la Iglesia se esforzó por mostrar su patriotismo. Por su parte, los *völkische* no se atrevieron a condenar el catolicismo *per se*. Hitler era muy consciente del amor que sentían por la Iglesia millones de alemanes, en Baviera y en otras regiones. En Baviera, concretamente, coincidían los prejuicios católicos con el odio de los nazis por la izquierda, la democracia de Weimar y los judíos, como se demostró en el brusco giro a la derecha producido en la región después del colapso del efímero Soviet de Munich de 1919. El antisemitismo religioso era una tradición viva en Baviera, como mostraban hechos tales como la Pasión de Oberammergau, con su insistencia en el deicidio de los judíos, las peregrinaciones a Deggendorf, conmemorativas de un asesinato

rural medieval, y el *Miesbacher Anzeiger*, un periódico local antisemita publicado por un sacerdote.

Pero el antisemitismo católico no fue sólo una aberración esporádica. En 1930, el vicario general de Mainz declaró que, si bien el odio racial no era cristiano, él estaba de acuerdo con la valoración hecha por Hitler de la influencia judía en la prensa, el teatro y la literatura,[7] y exponía a este respecto una opinión similar a la del obispo luterano de Kurmark, Dibelius, que había escrito: "No es posible dejar de advertir que el sionismo tiene un papel determinante en todos los procesos de disgregación de la civilización moderna".[8]

Pero, a pesar de la coincidencia en algunos puntos, no se puede hablar de un consenso político entre las dos iglesias. Los protestantes, que se agrupaban principalmente en el DNVP (Partido Nacional del Pueblo) y en el DVP (Partido del Pueblo Alemán), atacaban al Partido del Centro por su tendencia a formar coalición con los marxistas, es decir, con los socialdemócratas. Antes de las elecciones presidenciales de 1932, Dibelius explicó un delicado punto de la teología política protestante:

"Hace siete años, manifestamos abiertamente nuestra incomprensión de la tendencia de algunos protestantes a votar por el candidato del Partido del Centro, un católico. En esta ocasión, no hemos hecho nada de esto, aunque entre los candidatos figura nuevamente un católico, Hitler. Pero este hombre no es un candidato de la Iglesia católica, sino el dirigente de un gran movimiento nacional, al que pertenecen millones de protestantes." [9]

La toma del poder por parte de este "gran movimiento nacional" colocó a ambas iglesias cristianas en una situación excepcionalmente compleja. Aunque algunos aspectos básicos del Tercer Reich, tales como la naturaleza cuasi mesiánica del Movimiento nacional y la injustificada reclamación por parte del estado de un poder político ilimitado, afectaban por igual a las dos iglesias, cada una de ellas se encontró en una situación diferente. Los protestantes, con su organización sinodal y su división en iglesias regionales (*Landeskirchen*) de orientaciones diversas (en Turingia y Schleswig-Holstein, por ejemplo, predominaban los cristianos alemanes), estaban más expuestos a la penetración nazi que los católicos, más autónomos y de organización más compacta, y que formaban parte, además, de una iglesia universal con una cabeza supranacional. En el Tercer Reich, el universalismo de los católicos pudo haber sido considerado como una característica especialmente odiosa, aunque los hechos mostraron que los católicos alemanes, tanto los sacerdotes como los laicos, no eran un ápice menos patriotas que los seguidores de Lutero y Calvino. Se consideraba también que se podía llegar a algún tipo de compromiso entre el nazismo y un sector del protestantismo para el establecimiento de una Iglesia Estatal Cristiana de Alemania, mientras que el cato-

licismo quedaba, por definición, totalmente al margen de esta posibilidad. Por todo ello, los dirigentes católicos, tanto clericales como laicos,[10] * decidieron, durante las primeras etapas de consolidación del poder nazi, establecer un *modus vivendi* con Berlín mediante el Concordato de junio de 1933, en virtud del cual conservaban un restringido control sobre la educación y las instituciones municipales a cambio del reconocimiento del régimen por parte del Vaticano y de la sumisión política de la jerarquía católica alemana. Para tranquilizar a los aprensivos conservadores de los dos campos religiosos, los nazis recurrieron a una serie de golpes de efecto durante sus primeros meses de gobierno. Por ejemplo, reconocieron como legales siete fiestas católicas. El gobierno prusiano abolió gradualmente las escuelas interconfesionales, declaró obligatoria la instrucción religiosa e impuso ésta en escuelas de formación profesional en las que antes no se impartía. La insólita y masiva asistencia de miembros de las SA a los servicios dominicales convirtió a éstos en verdaderos desfiles de aquella organización, y los matrimonios religiosos colectivos se convirtieron en moda entre los oficiales de la misma. Los miembros del partido que habían abandonado las prácticas religiosas volvieron a ellas por orden de sus superiores, y, en 1933, en Berlín, el número de bautizos llegó a superar al de nacimientos.[11] Estas cortinas de humo provocaron una rápida y favorable reacción de los círculos eclesiásticos. Los portavoces de éstos rivalizaron con los dirigentes de los partidos políticos no marxistas, de algunos sindicatos, de la industria, de los cuerpos profesionales y de las universidades en sus expresiones de alabanza a aquel régimen de resurgimiento nacional. "Los objetivos del gobierno del Reich son los mismos que se propone, desde hace largo tiempo, la Iglesia católica", afirmó el obispo católico Bürger, y se hizo buen uso de la coincidencia con el nazismo en el anatema del comunismo, el liberalismo, el ateísmo, el relativismo y la tolerancia. El hermano en Cristo de Bürger, el obispo Gröber, de Freiburg,[12] invocó las venerables tradiciones católicas en apoyo del racismo nazi y recordó la estricta exclusión de la Compañía de Jesús de los aspirantes de sangre judía. Otros teólogos llegaron al lirismo en sus apoteosis de Hitler:

"Aquí está ahora ante nosotros —escribió el profesor Adam, de Tübingen— aquel a quien las voces de nuestros poetas y sabios han llamado el liberador del genio alemán. Él ha arrancado la venda de nuestros ojos y, por debajo de las envolturas política, económica, social y religiosa, nos ha devuelto la facul-

* Monseñor Kaas, que jugó un importante papel en las negociaciones para el Concordato, combinaba con éxito ambas funciones. Como último representante del Partido del Centro en el Reichstag, ayudó a conseguir la necesaria mayoría de dos tercios para que los nazis pudiesen, "constitucionalmente", abrogar la constitución. Más adelante, llegó a ser alto funcionario del Vaticano, con especial intervención en los asuntos relacionados con Alemania.

tad de ver y amar la única cosa esencial: nuestra unidad de sangre, nuestro ser alemán, el *homo germanus.*" [13]

Cuando la Alemania nazi sorprendió al mundo con el boicot nacional a las tiendas judías, en abril de 1933, el *Generalsuperintendent* Dibelius prestó a aquella acción su apoyo moral, declarando que el boicot serviría para reducir "la excesiva participación judía en la economía, la medicina, las leyes y la cultura".[14] También los protestantes alemanes redujeron la excesiva representación judía en las Sagradas Escrituras y la liturgia: en Schleswig-Holstein, el sacrificio de Isaac por Abraham fue suprimido del sílabo, y la Iglesia evangélica de Sajonia sustituyó los términos hebreos "amén" y "aleluya" por las expresiones "así lo quiera Dios" y "alabado sea el Señor".[15]

Pero los cristianos alemanes no se proponían sólo realizar modificaciones parciales en la enseñanza y la liturgia, sino que aspiraban a reestructurar todo el protestantismo alemán, tanto en el aspecto teológico como en el organizativo. Durante las elecciones eclesiásticas de 1933, los cristianos alemanes, con el apoyo declarado de organismos tan extraños a ellos como las SA, consiguieron las tres cuartas partes de los votos y alcanzaron la influencia predominante en la mayoría de las provincias, con lo cual pudieron emprender la tarea de reformar la Iglesia a imagen y semejanza del estado nazi, es decir, someterla al principio de autoridad.

Esta empresa fue encabezada por el pastor Hössenfelder, el doctor Krause y el capellán Müller (confidente del general von Reichenau). Como correspondía, Müller fue nombrado obispo nacional, cargo que no habría de ostentar durante mucho tiempo. Los éxitos de los otros dos reformadores fueron aún más breves; su carrera llegó a la vez a su cumbre y a su fin en un mitin masivo celebrado en el Palacio de los Deportes de Berlín, en noviembre de 1933, donde los 20.000 asistentes aprobaron la introducción del "párrafo ario" a la legislación de la Iglesia, para ser aplicado tanto a laicos como a sacerdotes. Pero el toque de clarín del doctor Krause para la limpieza de los Evangelios de todo lo que no fuera alemán, como por ejemplo "la teología de la inferioridad del rabino Pablo", fue tan desaforado que dio lugar a una fuerte reacción contraria, a causa de la cual él y Hössenfelder hubieron de desaparecer de la escena religiosa.[16] Hitler fue lo bastante hábil como para no permitir que la reacción ante el "escándalo del Palacio de los Deportes" tuviese demasiadas consecuencias. Se entrevistó con los principales dignatarios protestantes y les persuadió de que colaborasen con el obispo nacional Müller, encargado oficial de mantener la disciplina eclesiástica. Pero este acuerdo no influyó a la totalidad de la Iglesia. La oposición a la colaboración cristalizó en torno a un grupo disidente que recibió el nombre de *Bekenntniskirche* (Iglesia confesional). Pero la *Bekenntniskirche* no tenía su razón de ser en la oposición al nacionalsocialismo como tal, sino en la defensa de la integri-

dad de la Iglesia ante la ingerencia estatal.[17] En su Sínodo de 1934, declaró ser la única Iglesia legítima, desafiando con ello abiertamente la autoridad de los dirigentes de la Iglesia alemana y del obispo nacional Müller. Aunque llegó a obtener la adhesión de más de 5.000 miembros del clero protestante, la Iglesia confesional se escindió en un grupo moderado, del que formaban parte los obispos provinciales de Baviera (Meiser), Hannover (Mahrarens) y Württemberg (Wurm), y un grupo menos conciliador en torno a Niemöller. Pero ni siquiera éste mostró el profundo antagonismo hacia el régimen que mantuvo el eminente teólogo suizo Karl Barth, que fue privado de su cátedra y expulsado de Alemania en 1935. El grado de división que padecieron los alemanes no colaboracionistas puede deducirse de la definición que dio de Karl Barth el obispo Mahrarens: "La mayor desgracia de Alemania".[18]

Pero, a pesar de la discordia, el hecho mismo de la existencia de la Iglesia confesional minaba la influencia del obispo Müller, y en 1935 el régimen creó el Departamento de Estado para Asuntos Eclesiásticos, bajo el mando del *Reichsminister* Kerr. Kerr asumió muchas de las funciones originalmente encomendadas al obispo nacional, y Müller, que se negó a dimitir, cayó en el olvido.[19]

La sustitución de Müller por Kerr señaló un nuevo comienzo. Aunque descontentos por su fracaso en la "coordinación" eclesiástica, los nazis supieron pasar hábilmente de una política de intervención a una táctica de explotación desde el exterior de las divergencias en el campo protestante. Los cristianos alemanes controlaban las regiones de Turingia, Sajonia, Mecklenburgh, Hesse-Nassau y Schleswig-Holstein; la Iglesia confesional controlaba Hannover, Baviera, Württemberg y Hamburg. En la zona clave de Prusia, el doctor Werner fue nombrado jefe de la Iglesia provincial, cargo que ocupó junto con el de presidente de la Iglesia nacional. Era asistido en sus funciones por un "Consejo de Asesores Espirituales" del que formaban parte el obispo Schulz (de los cristianos alemanes) y el obispo Mahrarens, de Hannover, quien, a pesar de su compromiso confesional, evitó cuidadosamente el enfrentamiento con el régimen nazi. El principal portavoz de los intereses de la Iglesia frente a las autoridades fue el colega de Mahrarens en Württemberg, Wurm. A diferencia de los miembros de la Iglesia confesional, que se distinguían por su franqueza, Wurm no era dado a la protesta pública: la mayor parte de sus discusiones con las autoridades tuvieron lugar sobre el papel y en privado.

Mientras Hitler consideraba a los cristianos alemanes como la secta más adaptable a sus propósitos, la actitud básica del partido ante la religión venía configurada por la total oposición de Rosenberg al cristianismo en cualquiera de sus formas. Su obra pseudofilosófica *El mito del siglo veinte* calumniaba con tal acritud al cristianismo y a las iglesias que el obispo católico de Müns-

ter, Galen, publicó, en 1934, una minuciosa refutación, titulada *Estudios sobre el mito del siglo veinte*. La refutación de Galen se publicó en forma de panfleto y de suplemento a la gaceta diocesana de Colonia y Münster, y llegó así a cientos de miles de lectores católicos. Durante el mismo año, la circulación del semanario diocesano del Lago de Aachen aumentó de los 38.000 ejemplares a los 90.000. Este aumento resultó, hasta cierto punto, de la existencia de los lectores "marxistas", cuya prensa había sido totalmente eliminada y que se pasaban a las publicaciones católicas antes que verse obligados a leer las nazis.[20] Este tipo de oposición, significativa desde el punto de vista político pero esencialmente débil (Hitler había asegurado al obispo Berning de Osnabrück que el *Mito* de Rosenberg era una simple publicación privada),[21] se daba en un terreno de semilegalidad. Así, la pastoral conjunta de la Conferencia de Obispos Católicos de Fulda, que declaraba: "La religión no puede basarse en la sangre, la raza u otros dogmas de creación humana, sino sólo en la revelación divina", fue ampliamente difundida, a pesar de haber prohibido la Gestapo su publicación,[22] y una pastoral que impugnaba el neopaganismo fue leída, con permiso de las autoridades, desde los púlpitos.[23]

El drama *Wittukind*, de Edmund Kiss, que, para disguto del público católico, atacaba a Carlomagno y, por extensión, al cristianismo en sí, provocó la siguiente declaración del periódico católico *Kirchenblatt*: "Sin consideración por la verdad histórica de la fe cristiana de millones de compatriotas alemanes, esta obra ataca a la Iglesia de la forma más brutal y repugnante".[24] Desde luego, esta queja del *Kirchenblatt* no modificó en nada la difusión de *Wittukind*, que forma parte de la sistemática campaña contra el catolicismo político. En la reunión del partido de Nuremberg, en 1934, los coros de las Juventudes Hitlerianas recitaron:

"Ningún malvado sacerdote nos impedirá sentir que somos hijos de Hitler. No seguimos a Cristo, sino a Horst Wessel. Basta de incienso y de agua bendita. Por nosotros, la Iglesia puede irse a paseo. La esvástica trae la salvación a la tierra. Yo quiero seguirla paso a paso. ¡Baldur von Schirach, llévame contigo!" [25]

Y una de las canciones preferidas de las SA tenía este estribillo: "Camaradas de las SA, colgad a los judíos y fusilad a los curas".

En Baviera, los nazis iniciaron una acción contra la separación religiosa en la escuela, y consiguieron, en el espacio de unos pocos cursos, obligar a la mayoría de los padres a trasladar a sus hijos a escuelas interconfesionales. La encíclica papal *Mit brennender Sorge* (1937) —cuyo borrador había redactado en parte el cardenal Faulhaber— lamentaba: "El ingreso de los niños católicos en estas escuelas ha tenido lugar en circunstancias de evidente coacción, es resultado de la violencia y está desprovisto de toda legalidad".[26] Aunque estas palabras se oyeron en todos los púlpitos, la

Iglesia se vio incapaz de evitar la pérdida de influencia entre la juventud. En 1936 se declaró obligatoria la pertenencia a las Juventudes de todos los chicos y chicas de diez a dieciocho años, y el episcopado hubo de limitarse a advertir a los padres católicos que procurasen no confiar a sus hijos a dirigentes de las Juventudes activamente hostiles a la Iglesia.[27] Además, en 1936 y 1937, se sometió a un sector clave del catolicismo institucional —los monasterios y conventos— a una prolongada campaña oficial de difamación. Cientos de monjes y religiosas fueron llevados ante los tribunales * bajo acusaciones que iban desde transacciones monetarias ilegales a perversiones sexuales. (Así, los monjes cuyo trabajo de enfermeros incluía el sostener el pene de los pacientes escleróticos mientras éstos orinaban fueron acusados de homosexualidad.)[28] ** Goebbels, a quien, precisamente, sus padres destinaban al sacerdocio, obligó a todos los periódicos del país a publicar íntegramente las crónicas de estos juicios redactadas por la agencia de noticias del gobierno, convirtiendo así los diarios en ediciones especiales pornográficas.[29] "Dos mundos se disputan nuestras almas", declaraba, en medio del escándalo, el Dr. Ley, el autonombrado paladín del concepto dionisíaco de la vida. "La negación de la vida ha llevado a estos hombres a las órdenes monásticas. Nuestra afirmación de la vida nos lleva a las filas de nuestra sonriente juventud."[30]

Los juicios por delitos monetarios y por inmoralidad no consiguieron los efectos deseados. El presidente del distrito de la Alta Baviera informó: "Los sacerdotes gozan aún del mayor respeto, especialmente en las zonas rurales".[31] Pero el episcopado experimentaba serios temores ante el impacto del nacionalsocialismo en la mente y el corazón de los laicos. En el tenso verano de 1935, el obispo Buchberger, de Regensburg, advirtió al cardenal Bertram que, en caso de una ruptura entre Iglesia y Estado, "la fidelidad de muchos católicos hacia su Iglesia podría fallar".[32]

La relación oficial de la Iglesia católica con el régimen estaba determinada sobre todo por este temor. La actitud de cada uno de los obispos era, hasta cierto punto, diferente. El obispo Preysig, de Berlín, era decididamente antinazi, mientras que Berning, de Osnabrück, reclamaba obediencia y lealtad al estado en sus visitas a los campos de concentración de su diócesis.[33] El obispo Gröber, de Freiburg, publicó un *Manual de cuestiones religiosas contemporáneas,* para orientación de los laicos, que contenía definiciones que sólo se distinguían del correspondiente capítulo de

* En Koblenz fueron objeto de un juicio masivo 267 miembros de la orden franciscana (de un número total de quinientos en todo el país), acusados de delitos contra los jóvenes que tenían a su ciudado, muchos de los cuales eran retrasados mentales.

** Esto no significa que no hubiera absolutamente nada de cierto en las acusaciones oficiales (recuérdese las visitas de los delegados de Thomas Cromwell a los monasterios antes de ser disueltos éstos por Enrique VIII).

*Mein Kampf* por una mayor elegancia del estilo. Por ejemplo, el bolchevismo era definido como "despotismo de estado, que se da en Asia, al servicio de un grupo de terroristas dirigidos por judíos".[34]

El antisemitismo constituía un tentador punto de coincidencia del dogma nazi con una arraigada animosidad de los católicos. En sus sermones de Adviento de 1933, el cardenal Faulhaber expresó su incredulidad ante el hecho de que el Antiguo Testamento, con sus "condenas de la apropiación de la tierra por los usureros y de la opresión del campesino por las deudas", fuese un "producto del espíritu de Isarel",[35] y el periódico católico *Klerusblatt* justificó, en 1936, las leyes de Nuremberg, calificándolas de "indispensable salvaguardia de la integridad cualitativa del pueblo alemán".[36]

(Sin embargo, existían excepciones, como el cura rural de Westfalia que preguntó retóricamente a sus feligreses: "¿Por qué alguna gente adora a la Madre de Dios?", y respondía: "Quizá porque ella no es de origen ario".)

El patriotismo constituía otra zona de concordancia entre la Iglesia y el Estado. Cuando las unidades de la Wehrmacht volvieron a entrar en la desmilitarizada Renania, en 1936, fueron recibidas en los puentes del Rhin por sacerdotes católicos que les bendecían agitando incensarios. El obispo Galen dio las gracias al Führer por todo cuanto había hecho por el honor del pueblo alemán y rogó a Dios Todopoderoso que bendijese sus futuras empresas. También el obispo Gröber manifestó su entusiasmo, pero se declaró incapaz de votar "Sí" en el plebiscito acerca de la remilitarización de Renania, por estar aquél relacionado con una elección de diputados del Reichstag, muchos de los cuales —miembros del Movimiento Alemán de la Fe *(Deutsche Glaubensbewegung)*— eran enemigos jurados de la Iglesia.

El Movimiento de la Fe, cuyos miembros eran llamados simplemente "creyentes" *(Gottgläubige)*, constituían la Iglesia neopagana del Tercer Reich, si bien el término "Iglesia" es excesivamente concreto para este improvisado anexo espiritual del nazismo. Siendo como era un cuerpo bastante amorfo, se define mejor por sus artículos de fe de carácter negativo, el principal de los cuales era la hostilidad hacia el cristianismo y hacia las iglesias establecidas. Con el propósito de utilizar las "conversiones" al neopaganismo para complementar sus propias y más generales medidas antieclesiásticas (como eran la asfixia de las organizaciones juveniles y la reducción de la enseñanza religiosa en las escuelas), el partido impulsó una campaña encaminada a persuadir a los feligreses a abandonar individualmente la Iglesia. La "Campaña de Separación de la Iglesia" fue especialmente efectiva entre las profesiones que dependían directamente del estado: funcionarios, empleados municipales, maestros, funcionarios del partido. En 1939, el Anuario Estadístico del Reich daba la cifra de 3.481.000 *Gottgläubige*, o sea el 5 por ciento de la población.[37]

Las actividades "positivas" del Movimiento de la Fe —que, en una memorable frase, definió el cristianismo como "el Versalles religioso de Alemania"—[38] se centraban principalmente en la descristianización de los rituales en torno al nacimiento, el matrimonio y la muerte, y en la reconversión de la Navidad en un festival pagano del solsticio. Dado que las prácticas del Movimiento de la Fe no fueron codificadas durante el Tercer Reich, no se desarrolló una versión definitiva de sus rituales, y sus reformas no superaron el estadio de la experimentación. La siguiente descripción de una ceremonia matrimonial en Tübingen, en la cual el profesor Hauer, dirigente del Movimiento, actuó como *Weihwart* (ministro), debe ser tomada como una ilustración, no necesariamente representativa, de las ceremonias neopaganas.

"Las nupcias se celebraban al aire libre, bajo un tilo.

"La ceremonia había comenzado con la llegada de los novios.

"Se interpretaron canciones de Mozart y se recitaron poemas de Hebbel y Hölderlin. El sermón del *Weihwart* giró en torno a pasajes de los Eddas (la antigua saga islandesa) y concluyó con una cita de Zaratustra: 'Llamo matrimonio a la voluntad de dos seres de formar un ser más grande que los dos que lo componen'. Después del intercambio de anillos por parte de los contrayentes, el *Weihwart* pronunció la bendición: 'Que la Madre Tierra, que nos lleva a todos con amor, y el Padre Cielo, que nos bendice con su luz y su aire, y todas las fuerzas benefactoras del aire, gobiernen sobre vosotros hasta que esté cumplido vuestro destino'. La ceremonia concluyó con la interpretación de la 'Cantata Nupcial', de Johann Sebastian Bach, por un cuarteto de cuerda y soprano." [39]

Un tipo diferente de ceremonia nupcial era practicado por los miembros de las SS, quienes, por orden rotunda del mistagogo Himmler, profesaban el neopaganismo en su forma más pura. En la versión de las SS, el papel del *Weihwart* era mínimo —Himmler no tenía intención de crear una secta sacerdotal definida—, y las ceremonias familiares eran dirigidas por los jefes del clan. Los matrimonios tenían lugar en salas de paredes cubiertas con paneles de roble, con una decoración consistente en runas de la vida inscritas en piedra, girasoles (símbolo de la rueda solar) y ramas de pino. La pareja estaba de pie ante una columna truncada que sostenía un cuenco en el que ardía una llama perenne, que simbolizaba el fuego del hogar. Los contrayentes intercambiaban los anillos, así como el pan y la sal, símbolos, respectivamente, de la fecundidad de la tierra y de la pureza. Finalmente, el marido entregaba a la esposa su puñal, como signo de su *Wehrhaftigkeit* (capacidad de llevar armas), y recibía, para sustituirlo, otro puñal de manos de su superior jerárquico.[40]

En los "bautizos", la runa de la vida constituía el principal motivo

decorativo. El niño era llevado por su padre a la sala de la ceremonia sobre un escudo teutónico, envuelto en una manta de lana no blanqueada en la que había bordadas hojas de roble, runas y esvásticas. El nombre del niño y la fecha del nacimiento eran inscritos en la primera página de su "libro de la vida". Los dos progenitores colocaban las manos sobre su hijo y pronunciaban su nombre.[41]

Las celebraciones de la Navidad que practicaban los aristocráticos miembros del círculo de relaciones de Himmler tenían lugar el veintiuno en lugar del veinticinco de diciembre, en sus hogares decorados al estilo rústico bávaro, al que se añadían fórmulas rúnicas talladas en madera. Un regalo que estuvo de moda ofrecer a las esposas de los altos oficiales de las SS era la reproducción de una fíbula germánica hallada en unas recientes excavaciones.

En 1938 fueron prohibidos en las escuelas el canto de villancicos y las representaciones dramáticas navideñas, y la misma palabra "Navidad" fue oficialmente abolida durante la guerra, para ser sustituida por *Julfest*. La manipulación semántica fue un rasgo esencial de la descristianización. De acuerdo con la tradición teutómana, los nombres de los meses, derivados del latín, fueron sustituidos por los arcaicos alemanes: marzo, por ejemplo, se convirtió en *Lenzing* (*Lenz* = primavera). Una típica participación de matrimonio neopagana publicada en un periódico local rezaba así: "En la creencia en la Revelación Divina hecha a nuestra nación a través de Adolf Hitler, Werner Liefet y Selma Liefet, nacida Kunzer, han sellado su unión para toda la vida hoy, 9 de *Nebelung* * de 1935".[42] Aun cuando se conservaron los nombres de las fiestas, el significado de éstas fue modificado. A partir del *Busstag* (día de penitencia) de 1937, las denominadas fiestas eclesiásticas serias dejaron de ser "protegidas por el gobierno", lo cual significaba que en aquellos días los teatros y los cines podían presentar cualquier programa y que podía interpretarse música de baile en público. Ya hemos mencionado la transformación del Día de los Caídos en el día de la Restauración de la Soberanía Militar, es decir, el cambio de una jornada de tristeza por una de optimista autoafirmación. Este hecho constituye un ejemplo de cómo el mismo concepto de la muerte fue objeto de una profunda alteración. En una vida de lucha incesante, la muerte de un individuo, a quien la cadena de las generaciones unía indisolublemente con sus antepasados y sus descendientes, era un acontecimiento insignificante. La lucha se consideraba una constante, y su misma permanencia una garantía de resurrección.

* *Nobelung*, derivado de *Nebel*, niebla, era noviembre recuérdese el *Brumario* del calendario francés de la Revolución).

El hecho de la continuidad de la raza quitaba a la muerte su carácter final y despojaba al individuo su importancia metafísica. Las esquelas mortuorias de los militares se iniciaban a menudo con la frase estereotipada: "Con orgulloso dolor", correspondiente al "Con orgullosa alegría" frecuente en las participaciones de nacimientos. Formulaciones como: "En la más gloriosa era de Alemania, le ha nacido un hermano a nuestra Torsten. Con orgullosa alegría, Martín y Helge Ritter", aparecida en el *Dresdner Anzeiger* el 8 de noviembre de 1942, eran típicas. Durante algún tiempo, ganó terreno la costumbre de acompañar las participaciones de nacimiento con el símbolo rúnico de la vida, y las esquelas mortuorias con la runa de la muerte, pero, para desengaño de las autoridades, las runas no llegaron a sustituir a sus correspondencias cristianas (la estrella y la cruz) en la conciencia pública.

El desplazamiento de la cruz fue intentado también por otros medios. En 1937, una orden regional de retirada de los crucifijos de las aulas suscitó tal indignación en la región de Oldenburg que hubo de ser revocada. Pero, durante la guerra, se produjo una gradual eliminación de este importante signo cristiano de muchos hospitales y escuelas.[43] En 1937, el periódico *Siegrune*, del Movimiento de la Fe, publicó lo siguiente sobre Jesucristo:

"Jesús fue un cobarde patán judío que corrió ciertas aventuras durante sus años de juventud. Hizo que sus discípulos abandonasen su sangre y su tierra y, en las bodas de Canaán, increpó groseramente a su propia madre. En sus últimos momentos, insultó de forma escandalosa la majestad de la muerte."[44]

A pesar de estas extraordinarias afirmaciones, la figura de Jesús no resultó ser de fácil clasificación. Por ejemplo, la visión que de él tenía *Der Stürmer* difería grandemente de la de su competidor neopagano: en el evangelio, según Julius Streicher, la crucifixión figuraba como el ejemplo principal de asesinato ritual judío.

En 1935 dejó de ser obligatorio el rezo de oraciones en las escuelas. En marzo del mismo año, la Gestapo detuvo a 700 pastores protestantes de toda Prusia por haber condenado el neopaganismo desde el púlpito.[45] * Algún tiempo después, las autoridades privaron del derecho de enseñar religión en las escuelas a un número similar de sacerdotes de Württemberg, por haber desobedecido el edicto de las autoridades del *Land* contra "la violación de los instintos morales de la raza alemana" con referencias a Abraham, José y David en el curso de sus clases.[46]

La enseñanza religiosa en las escuelas corría a cargo de sacerdotes o de

* Si un sacerdote era condenado a una pena de prisión superior a un año, perdía automáticamente el derecho a gozar de un beneficio.

profesores laicos, todos los cuales debían contar con la licencia de las autoridades educativas. El régimen utilizó las posibilidades de chantaje que ofrecía la concesión de las licencias para evitar que los sacerdotes desaconsejasen a las familias la participación de sus hijos en el año de servicio laboral en el campo organizado por las Juventudes, en el cual —al igual que ocurría en el Servicio Nacional del Trabajo— los jóvenes estaban inmersos en un ambiente totalmente irreligioso. Algunos profesores de religión recién nombrados por las autoridades eran activistas del Movimiento Alemán de la Fe, e inculcaban el neopaganismo a sus discípulos. Además, la Asociación de Maestros Nazis exhortó a sus miembros a que dejasen de tomar lecciones de teoría religiosa, a fin de que la materia dejase de existir por falta de personal docente. En los cuadernos de notas de las escuelas, donde la religión había ocupado un puesto primordial, no solamente fue relegada al último lugar sino que recibió el nuevo nombre de "instrucción confesional". Posteriormente, desapareció del todo de los cuadernos de notas, y las calificaciones de "instrucción confesional" fueron anotadas aparte. El número de clases de religión fue reducido a uno por semana. Las escuelas de comercio suprimieron totalmente de sus programas la enseñanza religiosa, y en todas las escuelas se ordenó a los directores que modificasen los horarios de tal forma que la clase de religión ocupase la primera o bien la última hora de la jornada, lo que constituía una clara invitación a faltar a ella. Por otra parte, las solicitudes personales de exención de enseñanza religiosa formuladas por los alumnos de las escuelas superiores pasaron a tener validez legal. Entre los doce y los catorce años, el alumno decidía junto con sus padres si presentaba o no esta solicitud.[47] A partir de 1941, fue totalmente suprimida la enseñanza religiosa para los estudiantes mayores de catorce años. Cuando las Iglesias organizaron clases voluntarias de religión, las autoridades prohibieron participar en ellas a los profesores empleados por el estado. El plan de evacuación de escuelas de áreas bombardeadas facilitó al régimen una excelente oportunidad para trasladar a los escolares a un ambiente totalmente descristianizado. En las escuelas evacuadas, la instrucción religiosa fue sustituida por lecciones de *Weltanschauung*, y, debido a la ausencia de clases preparatorias de la confirmación, los jefes de las Juventudes Hitlerianas consiguieron popularizar la Ceremonia de Consagración de la Juventud Nacional (*Reichsjugendweihe*), de signo claramente pagano. Aun así, las victorias en la lucha por atraer a la juventud no fueron todas al mismo bando. Por ejemplo, una pastoral del cardenal Galen en la que éste señalaba que los niños de los campos de evacuación no recibían atención religiosa alguna, pudo aún, en el tercer invierno de la guerra, influir notablemente en los padres en el sentido de que se negasen a permitir que sus hijos fuesen evacuados.[49]

Por razones que ya hemos mencionado (y a pesar del hecho de que una nueva manifestación del protestantismo —la Iglesia confesional— había nacido del enfrentamiento Iglesia-Estado), el Moloch nazi tuvo su mayor problema de asimilación en el compacto y muy organizado cuerpo * del catolicismo alemán. Las fechas de desaparición de las organizaciones juveniles confesionales son elocuentes: mientras las protestantes fueron prohibidas en los primeros tiempos del Reich, la Asociación de Jóvenes Católicos no fue definitivamente disuelta hasta 1939, después de una campaña de progresiva eliminación.[50]

Pero, durante las primeras etapas de la guerra, en unos momentos en que las Juventudes Hitlerianas estaban un tanto desorganizadas debido a la movilización de muchos de sus jefes, numerosos sacerdotes consiguieron, a título individual, reorganizar los grupos de juventud de las parroquias. En abril de 1940, el SD observaba que, en muchas zonas católicas, la celebración de la Pascua de Pentecostés desplazaba totalmente las ceremonias de juramento de las Juventudes.[51] También la organización protestante *Jugendwerk* consiguió mantener la fidelidad de algunos jóvenes a la Iglesia; en Baviera, por ejemplo, 13.000 muchachas y 5.000 muchachos formaban parte de círculos de juventud o asistían a clases parroquiales durante el segundo año de la guerra.[52] Pero el gradual descenso de la edad de movilización, que llegó a ser de dieciséis años e incluso menos, era un hecho que iba en contra del éxito del apostolado entre la juventud.

La política de los católicos con respecto al régimen combinaba la indiferencia en asuntos secundarios con una tenaz defensa de lo esencial. Al tiempo que se oponía a las medidas de esterilización, la Iglesia estaba de acuerdo con algunos aspectos de la política eugenésica nazi, como la promoción de la fecundidad y de la vida familiar. La intervención alemana en la guerra civil española, del lado de Franco, obtuvo la plena aprobación de la Iglesia, aunque, al mismo tiempo (recordemos que 1936 y 1937 fueron los años de los espectaculares juicios anticatólicos), los obispos trazaban sutiles paralelismos entre la política antirreligiosa del régimen y el anticlericalismo de la República española. El episcopado consideró las crisis de Austria y de los Sudetes de 1938, que llevaron a Europa al borde del conflicto armado general, como importantes acontecimientos de afirmación patriótica. El hecho de que 10 millones de austríacos y de alemanes de los Sudetes "volvieran" al Reich, incrementando la proporción de católicos en la población total hasta el 43 por ciento, hizo exclamar gozosamente al cardenal Bertram: "Ahora somos verdaderamente una Iglesia del pueblo".[53]

* Mientras un pastor protestante se ocupaba, como promedio, de 2.500 fieles, la cifra media para un sacerdote católico era de 1.000 (Günter Lewy, *The Catholic Church in Nazi Germany*, Nueva York, 1964, p. 4).

En septiembre de 1939, cuando Hitler decidió invadir el país más católico de Europa y se dividió el territorio de éste con la atea Rusia, la Iglesia exhortó a los soldados a estar dispuestos a sacrificar sus vidas por el Führer.[54] Dos meses después, el cardenal Faulhaber, que se había negado a enviar una representación eclesiástica al entierro del primer ministro socialista Eisner, que había muerto asesinado, celebró la "milagrosa" salvación de Hitler de un atentado contra su vida con un solemne Tedéum en Munich.[55] Los sacerdotes católicos rehusaban su apoyo a los miembros de su iglesia que se negaban a empuñar las armas por motivos de conciencia. Por no haber cumplido su supuesto deber de cristiano al negarse a prestar el juramento militar de fidelidad a Adolf Hitler, el capellán católico de una prisión negó la comunión a Franz Rheinisch, al igual que hizo el obispo de Linz con Franz Jagerstätter cuando éste le pidió orientación en su agonía espiritual.[56]

El ataque a la Unión Soviética, en 1941, obtuvo la aprobación general del clero. El arzobispo Jäger condenó a los rusos por su hostilidad contra Dios y su odio a Cristo, y les calificó de "pueblo que ha degenerado casi hasta el nivel animal". Esta conclusión, teológicamente razonada, no se diferenciaba de los dogmas racistas nazis sobre la "subhumanidad eslava". (A los ojos del arzobispo, los aliados occidentales no eran mucho mejores, pues encarnaban los despreciables principios del liberalismo y el individualismo.)[57]

Pero, al mismo tiempo, la Iglesia temía —no sin razón— las tendencias paganizantes del régimen, sobre las que la guerra actuaba como catalizador. La campaña de Rusia repetía las paradojas de la intervención en la guerra española: en la Rusia ocupada, los nazis abrían de nuevo al culto las catedrales cerradas, mientras en Baviera retiraban los crucifijos de las escuelas y hospitales. A pesar de las declaraciones clericales en el sentido de que "las publicaciones diocesanas seguirán aportando su contribución al final victorioso de la histórica lucha mundial", en 1941 casi toda la prensa católica había sido silenciada; la escasez de papel proporcionó a Goebbels un excelente pretexto para esta actuación.[58]

Igualmente, la escasez de metal fue excusa para ordenar la fundición de las campanas de las iglesias. (Llevadas de su solicitud por los fatigados obreros de las industrias de guerra, las autoridades habían prohibido ya el redoble de campanas los domingos por la mañana cuando se había producido un bombardeo durante la noche anterior.)[59] *

* El tañido de campanas había acompañado siempre los acontecimientos oficiales del nazismo, como las Reuniones de Nuremberg, el Día del Arte Alemán, en Munich, los plebiscitos y los festivales del solsticio (no obstante su ligero sabor pagano). Las primeras victorias de la guerra dieron lugar a verdaderas orgías de campanas al vuelo. Cuando cayó Francia, doblaron durante una semana.

La muestra más clara de los planes del régimen en materia de religión era el moribundo estado de la Iglesia en el Warthegau (la región fronteriza de la antigua Polonia, recientemente germanizada), donde fue separada de las instituciones religiosas del Reich y mantenida sólo por las contribuciones de los feligreses. (Así como el programa de genocidio establecía que ciertas zonas fuesen "limpiadas de judíos" antes que otras, se determinó que el Warthegau fuese la primera región "libre de Iglesias" del Reich.) Otro medio de ataque al cristianismo fue la denigración del espíritu religioso por su oposición al espíritu militar. En el caso de los católicos, esta acusación se unía a vagas imputaciones de internacionalismo. El hecho casual de que Mölders y Galland, los más notorios ases del aire de la Segunda Guerra, fuesen católicos dio a la Iglesia oportunidad de rebatir esas acusaciones. Mölders, que fue muerto en acción, había escrito cartas en las que hablaba con orgullo de los soldados católicos que eran aceptados como alemanes hechos y derechos a causa de su valor. Estas cartas, que el régimen calificó de falsas porque el héroe de la Luftwaffe había expresado también en ellas su horror por las prácticas eutanásicas, tuvieron una resonancia tan grande que Bormann ofreció una recompensa de 100.000 marcos a quien descubriese a sus "autores" y distribuidores.[60]

Fue el exterminio de los enfermos incurables y de los alienados mentales lo que provocó la más enérgica protesta contra la actuación del nazismo por parte del episcopado. En un sermón en la iglesia de san Lamberti, de Münster, el cardenal Galen descubrió públicamente los detalles del programa de eutanasia, mantenido hasta entonces en riguroso secreto, y exclamó: "¡Caiga la maldición sobre el pueblo alemán si los inocentes son asesinados y los asesinos quedan sin castigo!".[61] A partir de este momento, los detalles de la proyectada muerte de unos 70.000 enfermos fueron difundidos, de viva voz o en publicaciones clandestinas. El efecto de esta revelación fue tal que, al cabo de unas pocas semanas del sermón de Galen, una orden del Führer hizo que se detuviera la aplicación del programa de eutanasia, temporalmente por lo menos.

De hecho, sin embargo, se siguieron produciendo homicidios de manera esporádica, pero las autoridades de la Iglesia frenaron el intento de proseguir la realización del programa negándose a llenar los cuestionarios del Ministerio del Interior acerca del estado de salud de los internados en los asilos.[62] Deseoso de no convertir en mártir a un conocido dirigente de la Iglesia, el régimen no tomó represalia alguna contra Galen, pero hizo ejecutar a tres sacerdotes católicos de Lübeck que habían distribuido entre los soldados el texto del sermón del cardenal.

En sendas pastorales, Galen y el obispo Frings, de Colonia, condenaron algunas típicas expresiones del espíritu militar nazi, como el asesinato de

rehenes y de prisioneros de guerra, y exhortaron a sus fieles a no abrigar sentimientos de venganza contra el enemigo.[63]

El catolicismo alemán consiguió mantener su cohesión y conservar la fidelidad de un buen número de creyentes mediante una política de resistencia que alternaba con actitudes de considerable aquiescencia: las personas que tomaban parte en duelos o en ceremonias de incineración funeraria eran amenazadas con la exclusión de los sacramentos, pero no se aplicaron sanciones espirituales a los católicos que constituían una quinta parte de las fuerzas de las SS. El críptico consejo que dio en una ocasión el obispo Berning a un guardia de Auschwitz fue: "No se deben obedecer las órdenes inmorales, pero no se debe tampoco arriesgar la propia vida".[64] El hecho de que la Iglesia conservaba la firme adhesión de sus miembros lo demuestra el ostracismo en que caían a menudo los que la abandonaban. La disposición oficial según la cual sólo debía ser mencionado desde el púlpito el número de tránsfugas, pero no sus nombres, resultó totalmente inútil, dada la fuerte presión social que representaban los rumores e insinuaciones. Durante la guerra, se detuvo la tendencia a la separación de las Iglesias, y éstas dieron facilidades a quienes querían retornar a su seno. Bastaba con que presentaran una solicitud a su parroquia, procedimiento que no implicaba publicidad alguna. Así fueron readmitidos en la Iglesia un buen número de miembros del partido, mientras sus superiores nazis seguían considerándoles sólo "creyentes".[65] Para hacer frente a tales tendencias "regresivas", el régimen adoptó una interminable serie de medidas contra la Iglesia, de pequeño alcance todas ellas, pero efectivas por su número.

Todas las actividades religiosas no estrictamente realizadas dentro de las iglesias pasaron a depender de un permiso oficial. La Gestapo confiscó listas de fieles que asistían regularmente a la iglesia y estaban en servicio activo, bajo el pretexto de que ponían en peligro la seguridad militar. En los hospitales militares, los soldados heridos sólo podían ser visitados por sacerdotes si lo solicitaban específicamente. Las autoridades se incautaron de conventos católicos de Renania y de seminarios protestantes de Württemberg, y en 1943 clausuraron las editoriales de teología como medida económica de guerra.[66]

Al comparar las reacciones del protestantismo y del catolicismo ante el régimen nazi, llama la atención la variedad de las respuestas del primero, debido a su fragmentación. En el momento álgido de la crisis de los Sudetes, la Iglesia confesional de la antigua Unión Prusiana elaboró un acto de contrición que debía ser leído en los púlpitos. Esta declaración, que contenía la significativa frase: "Confesamos los pecados de nuestra nación", habría contrastado fuertemente con el estado de ánimo general del país, de exacerbado chauvinismo, pero, después que sus autores realizaran consultas

con los obispos confesionales de Württemberg y Baviera, fue revocada. De cualquier modo, después de Munich, donde el Occidente había reconocido la justicia de las peticiones de Hitler por el hecho de aceptarlas, el acto de contrición no hubiese tenido mucha resonancia.[67] Una señal de la división dentro de la Iglesia protestante, más clara aún que la cauta *Realpolitik* de Wurm y Meyser, fue la afirmación del colega de éstos, el obispo cristiano alemán Sasse, de Turingia: "El permanente sentido de pecado del cristianismo es un subproducto de la bastardía física".[68]

La división era igualmente evidente en lo que hacía referencia a la cuestión judía, el principal problema moral que planteó el régimen a las Iglesias. Los cristianos alemanes se desentendieron totalmente tanto de los judíos practicantes como de los convertidos al cristianismo. Los católicos y la Iglesia confesional manifestaron su preocupación por la suerte de sus fieles no arios (preocupación que tomó forma concreta en el *Rafaelsverein* católico y en el *Bureau Gruber* protestante, que ayudaron a la emigración de los judíos cristianos), pero la Iglesia confesional de Prusia fue la única organización cristiana que, en el año doce del Tercer Reich, protestó públicamente por los indecibles sufrimientos infligidos a los judíos.[69]

Esta protesta, una declaración del Consistoria de la Iglesia confesional *(Bruderrat)* de la antigua Unión Prusiana, fue leída en los púlpitos en 1943, en un momento en que, como reacción ante los hechos, era ya más adecuada la lamentación que la protesta. Ocho años atrás, en el sínodo de la Iglesia confesional de Berlín-Steglitz, Dieter Bonhoeffer fracasó en su intento de conseguir el acuerdo de la mayoría para emitir una resolución de protesta contra las leyes de Nuremberg, recientemente promulgadas.[70]

El abrumador silencio de las Iglesias ante la tragedia judía tuvo muchas causas, algunas de las cuales han sido expuestas en la primera parte de este capítulo. Fueron, en parte, de carácter táctico —temor a provocar las represalias del gobierno o de alienarse la opinión pública—, y en parte de orden doctrinal. Incluso un cristiano de la talla del pastor Niemöller era, según sus propias palabras, "cualquier cosa menos un filosemita",[71] y, según Dieter Bonhoeffer, muchos cristianos (entre los que un día se contó el propio pensador protestante y víctima del nazismo) veían en las atrocidades nazis, como el pogrom de la Noche de Cristal, la prueba de la maldición de Dios que pesaba sobre los judíos.

30

# LOS JUDÍOS

En Alemania se había producido una constante inmigración judía durante mucho más tiempo que en Francia o en Inglaterra, donde transcurrieron varios siglos entre la expulsión de los judíos en la Edad Media y su readmisión en épocas más modernas. Como resultado de la fragmentación del Sacro Imperio Romano-Germánico, había habido siempre algún territorio alemán en que se permitía residir a los judíos. Pero esta continuidad de residencia no significaba una mayor tolerancia hacia ellos. Al contrario, los pogroms más crueles de la Europa premoderna —aparte de los que tuvieron lugar en Ucrania en el siglo XVII— se produjeron en Renania en la época de las Cruzadas. La Reforma alemana y las Guerras Campesinas fueron también acompañadas por violencias contra los judíos. Exceptuando las actividades individuales de algunos de ellos, como Jud Süss Oppenheimer de Württemberg, los judíos no constituyeron un factor de la política alemana hasta la participación de Prusia en la partición de Polonia durante los últimos años del siglo XVIII.

En 1812, la influencia de un esclarecido *Zeitgeist* y las consecuencias de las guerras napoleónicas llevaron al gobierno prusiano a conceder a los judíos unos limitados derechos civiles. Este hecho inició un proceso de emancipación que, aunque fragmentaria y oscilante, avanzó con aparente inevitabilidad hasta que, en vísperas de la Gran Guerra, los judíos eran ciudadanos con plenitud de derechos, con excepción del acceso al cuerpo de oficiales, a los niveles altos del cuerpo de funcionarios y al cuerpo judicial.

Con el colapso de la expansión económica que siguió a la guerra franco-prusiana, este gradual proceso ascendente se vio temporalmente amenazado por un movimiento de sentido contrario, encaminado a eliminar del país

toda influencia judía. Esta oleada de antisemitismo se alimentaba de dos tendencias, una económica y otra intelectual. En su aspecto económico, el antisemitismo alemán de fines del siglo XIX era una reacción defensiva de la baja clase media —artesanos, tenderos y pequeños propietarios rurales— ante el desarrollo del capitalismo. Los judíos eran agentes de cambio: al promover el libre comercio, la publicidad comercial, el pago a plazos y la venta de productos acabados, se colocaban entre el productor y el consumidor y rompían el monopolio de los talleres especializados a niveles que iban desde los puestos callejeros de objetos de segunda mano a los grandes almacenes. Prefiguraban la tendencia del siglo XX a la urbanización, la comercialización y la especialización burocrática, tendencia que toda Alemania siguió algunas décadas más tarde.

En el terreno intelectual, el antisemitismo de la época era una reacción contra cosas modernas tales como el parlamentarismo, el racionalismo y el egoísmo ilustrado, "invenciones foráneas" a cuya corruptora influencia los escritores racistas y los académicos como Lagarde y Langbehn oponían su primitiva, aunque sofisticada, ideología *völkische.*

El interés general de la clase media en las campañas antijudías se debilitó durante el último decenio del sigo XIX, cuando la economía, que había permanecido estancada desde el crack de 1873, pasó de nuevo a una etapa de expansión. Pero el antisemitismo siguió ocupando un lugar destacado en el pensamiento de grupos socialmente conservadores como la Unión de Campesinos *(Bund der Landwirte)* o la Asociación Nacional Alemana de Dependientes *(Deutsch-nationale Handlungsgehilfenverband)* y de muchos grupos universitarios.

El estallido de la guerra desplazó completamente la tendencia antisemita, al tiempo que parecía rematar el edificio de la emancipación: los judíos adquirieron el derecho a ser oficiales del ejército prusiano. Pero, en 1916 —precisamente el año en que se perdió la última oportunidad de una victoria decisiva—, las protestas por la supuesta evasión de los judíos del servicio militar se hicieron tan frecuentes que el Ministerio de Guerra hubo de emprender una investigación oficial. La paralización económica que siguió a la derrota alemana afectó de dos maneras la situación de los judíos. Mientras la desmoralización general provocaba un extendido antisemitismo, se producía un traspaso de poder político a unos nuevos dirigentes que favorecieron la total emancipación de los judíos e incluyeron a algunos de ellos en el gobierno. De la tensión entre estos dos hechos se fabricó un "problema judío", pesadilla de la República de Weimar desde su mismo principio. Según sus inventores, la solución del "problema judío" consistía en el derrocamiento de la República. Ésta fue tachada de judía, y el acceso de unos pocos judíos a cargos en el gobierno y en los altos niveles de la adminis-

tración prestó verosimilitud al calificativo, pues la innovación constituía una ruptura sin precedentes con la tradición alemana.

El cambio introducido por la República en la política ministerial refleja en parte la tradicional dependencia del movimiento obrero alemán del único sector de la burguesía educada que simpatizaba con sus objetivos: los intelectuales judíos de la clase media. Los productos "normales" de las universidades alemanas —en especial los abogados, entre los cuales se reclutaban los cuadros de la administración— se habían inclinado siempre a la derecha. Los nuevos ministros quisieron corregir esta tendencia del aparato burocrático colocando en puestos clave a hombres de su confianza. Además, la disponibilidad de abogados judíos para puestos administrativos proporcionaba a los socialdemócratas una cierta justificación. Frente al escepticismo de la clase media, les ayudó a apoyar su afirmación de que poseían la capacidad necesaria para gobernar.[1]

En cuanto a otros aspectos de la "República judía", la stiuación era la siguiente. Mientras los judíos constituían poco menos del 1 por ciento de la población total de Alemania, en algunas profesiones y ocupaciones representaban un porcentaje mucho más elevado. Así, el 16 por ciento de los abogados en ejercicio del país eran judíos, al igual que el 10 por ciento, aproximadamente, de los médicos y dentistas. Entre los profesores universitarios, escritores, periodistas y directores teatrales, la proporción de judíos era, aproximadamente, del 5 por ciento. Era muy elevada entre los banqueros (el 17 por ciento), aunque si se compara esta cifra (de 1925) con las de 1895 se observa un fuerte descenso. (En 1895, el 37 por ciento de los banqueros alemanes eran judíos.) También muestran un descenso las cifras de estudiantes en las universidades prusianas, donde la proporción de judíos había descendido de casi un 30 por ciento en 1886 a menos del 6 por ciento en 1930.

Este descenso se había producido a pesar del hecho de que, como resultado de los desplazamientos de población debidos a la guerra, más de 100.000 judíos polacos se habían trasladado al Reich, aumentando así la población total judía de Alemania en una quinta parte, aproximadamente. Pero ni siquiera esta influencia oriental pudo contrarrestar una característica típica de la demografía judía: el bajo índice de natalidad.

Los treinta y tres nacimientos de niños vivos por mil habitantes, en 1910, índice general de natalidad de Alemania, eran exactamente el doble de los registrados entre los judíos. Entre 1911 y 1925, el exceso de muertes sobre los nacimientos entre los judíos de Prusia fue de 37.000. A estas estadísticas negativas hay que añadir el aumento del número de matrimonios mixtos y de conversiones al cristianismo.

Tampoco eran todos los judíos tan ricos como se creía. Frente a su amplia presencia en algunas zonas de lucrativa actividad comercial —11 por

ciento entre los agentes de la propiedad inmobiliaria, 25 por ciento en el comercio al por menor, 30 por ciento en la sastrería y 79 por ciento en los grandes almacenes—, es de señalar el hecho de que, en 1933, uno de cada tres contribuyentes judíos tenía unos ingresos anuales de menos de 2.400 marcos, y uno de cada cuatro judíos de Berlín (31.000 sobre 170.000) vivían de la caridad.

Tal era la situación social, económica y demográfica de los judíos alemanes antes de la catástrofe. Aunque los nazis tomaron drásticas medidas antisemitas tan pronto como llegaron al poder, muchos judíos alemanes tardaron en darse cuenta de la radical alteración producida y no fueron conscientes desde el primer momento de la necesidad de huir. Dos factores principales determinaron esta actitud: la resistencia de los países extranjeros a aceptar inmigrantes, y el patético sentimiento de patriotismo al que eran extraordinariamente dados los judíos nacidos en Alemania. Se engañaron a sí mismos hasta el punto de no creer lo que veían, y esperaron confiadamente que el innato amor de los alemanes por el orden y el decoro volvería a prevalecer una vez la inquietud juvenil de la revolución nacionalista se hubiese disipado en boicots, inflamadas declaraciones y ataques individuales a personalidades judías de izquierda.

A pesar de su opción final por la irracionalidad del genocidio, los gobernantes nazis fueron lo suficientemente racionales durante los años de paz como para atemperar los rigores ideológicos con el cálculo económico. Por ello, la exclusión de los judíos de varios sectores de la economía se realizó a un ritmo muy lento. Los judíos que ocupaban puestos en la universidad y en la administración, así como los abogados y los intelectuales, fueron expulsados de sus cargos al cabo de pocas semanas de la toma del poder, mientras que los médicos, los periodistas que se ocupaban de temas económicos y los técnicos gozaron de un período de tregua. En cambio, en algunos casos se prohibió a los empresarios judíos que liquidasen sus negocios, pues tal cosa habría sido contraria al esfuerzo del gobierno por alcanzar el pleno empleo, mientras que los empleados y oficinistas sufrían vejaciones y eran inmediatamente despedidos.[3] Paradójicamente, existía incluso un sector no despreciable de la población judía —relacionado sobre todo con la sastrería y la venta al por menor— que se beneficiaba del resurgimiento de la economía propiciado por los nazis y de la recuperación del poder adquisitivo. A pesar de los boicots, muchos tenderos judíos se mantuvieron en el negocio hasta 1938, año en que algunos de ellos realizaban incluso buenas ganancias. Si, a pesar de la desaprobación del partido, muchas personas seguían siendo fieles clientes de los judíos, ello era motivado menos por un deseo de mostrar oposición al régimen (aunque tal deseo se daba también) que por la seguridad de que los judíos vendían buena mercancía y estaban más dispuestos a conceder

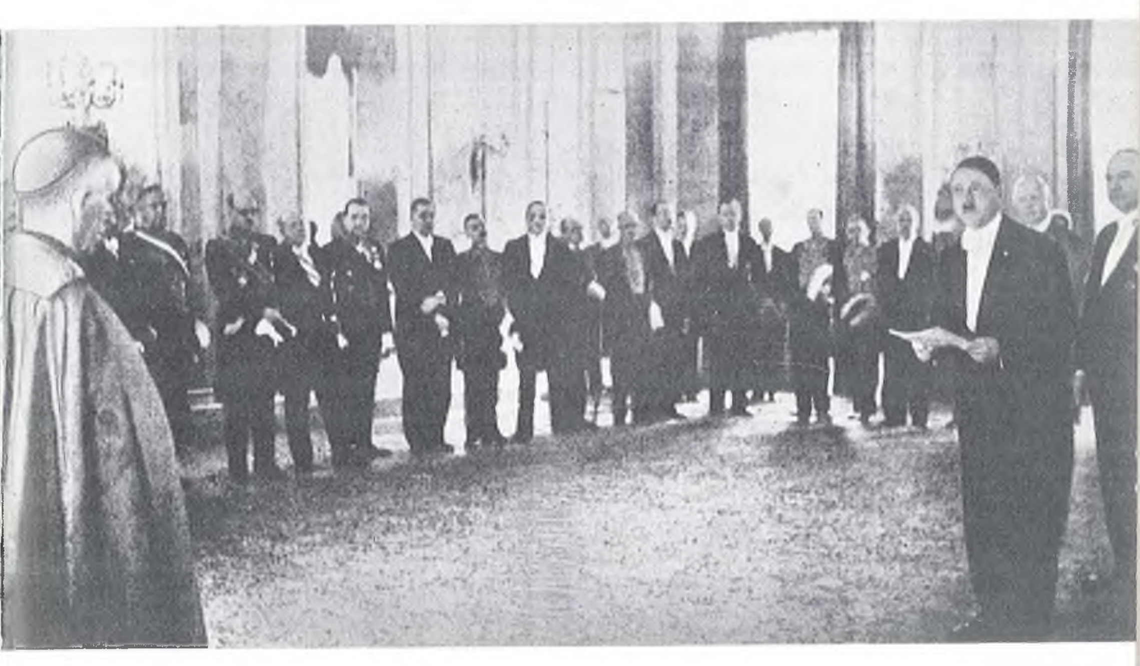
créditos que sus competidores arios. Pero estos factores contrarios no fueron sino un contrapunto a la inexorable disminución de los derechos civiles (ver cronología en la p. 490) y a otras medidas de orden más superficial pero igualmente insidiosas.

Los niños judíos fueron excluidos de las escuelas estatales, y se prohibió la entrada de judíos en las piscinas públicas, terrenos deportivos y parques. Los judíos que vivían en pueblos o ciudades pequeñas estaban expuestos a las pedradas contra los cristales y a los ataques físicos, que llegaban a veces al asesinato. Ello les movió a buscar el anonimato de las ciudades grandes, como Frankfurt y Berlín. Aparte de los rasgos generales de la persecución oficial, el antisemitismo era más intenso en algunas regiones que en otras, y se daba con la mayor virulencia en Hesse, Franconia, Pomerania, Turingia y Silesia. Cuatro de estas cinco regiones estaban al este del Reich; esto pone en relación el antisemitismo con el nacionalismo, especialmente inflamado, que preponderaba en las zonas adyacentes a Polonia, y con la distancia que separaba estas zonas de las grandes concentraciones urbanas. En general, en las áreas rurales se daba más antisemitismo que en las urbanas. En las ciudades, la aversión a los judíos era, *grosso modo,* inversamente proporcional a su población. Berlín y Hamburgo,* las únicas ciudades del país que sobrepasaban el millón de habitantes, eran también las que presentaban un grado menor de antisemitismo. Por su condición de capital y de primer puerto, respectivamente, estaban menos replegadas en sí mismas que las ciudades pequeñas, en las que no había grupos importantes de burguesía de mentalidad occidentay ni de obreros influidos por el marxismo.

No obstante, el caso de Nuremberg (población en 1939: 423.000) demuestra que el tamaño no era el único factor determinante. Esta ciudad, capital de Franconia, constituía, junto con el resto de la región, el feudo personal del Gauleiter Julius Streicher. En Nuremberg, la tradición antisemita era en parte resultado secundario de la existencia de una zona protestante en la católica Baviera. A pesar de la reputación de Baviera como cuna del movimiento nazi, las zonas católicas eran menos propensas que las protestantes al antisemitismo como tal. Pero también aquí las excepciones son casi tan importantes como la regla: en la católica Austria y en los Sudetes, es decir, en el corazón del imperio de los Augsburgo, zona de lengua alemana, el antisemitismo había proporcionado ya una razón de ser a dos de los tres principales partidos políticos,** medio siglo antes de la incorporación a la Gran Ale-

* En 1939, Berlín tenía una población de 4.339.000 habitantes, y Hamburgo 1.712.000 (cf. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* Franz Ehrenwirth, Munich, 1949, p. 19).

** Los socialcristianos del doctor Lueger y los pangermanistas de Georg von Schönerer. Los socialdemócratas, en cambio, tenían a varios judíos entre sus dirigentes.



Hitler se dirige, en 1934, al Nuncio de Su Santidad en una recepción ofrecida a éste, en Berlín.



Firma del Concordato entre la Santa Sede y el Tercer Reich, suscrito por el cardenal Pacelli y Von Papen, el 25 de julio de 1933.



Abril de 1933. La policía interroga a un anciano judío en una calle de Berlín. Ya comenzaba el furor antisemita...

Einstein, que emigró de Alemania en 1933, charla aquí con el hijo de su amigo Ehrenfest.

Himmler pasando revista.

La llamada Puerta de la Muerte, en Auschwitz (Polonia), por donde entraban los trenes de transporte de los judíos que habían de morir en las cámaras de gas.



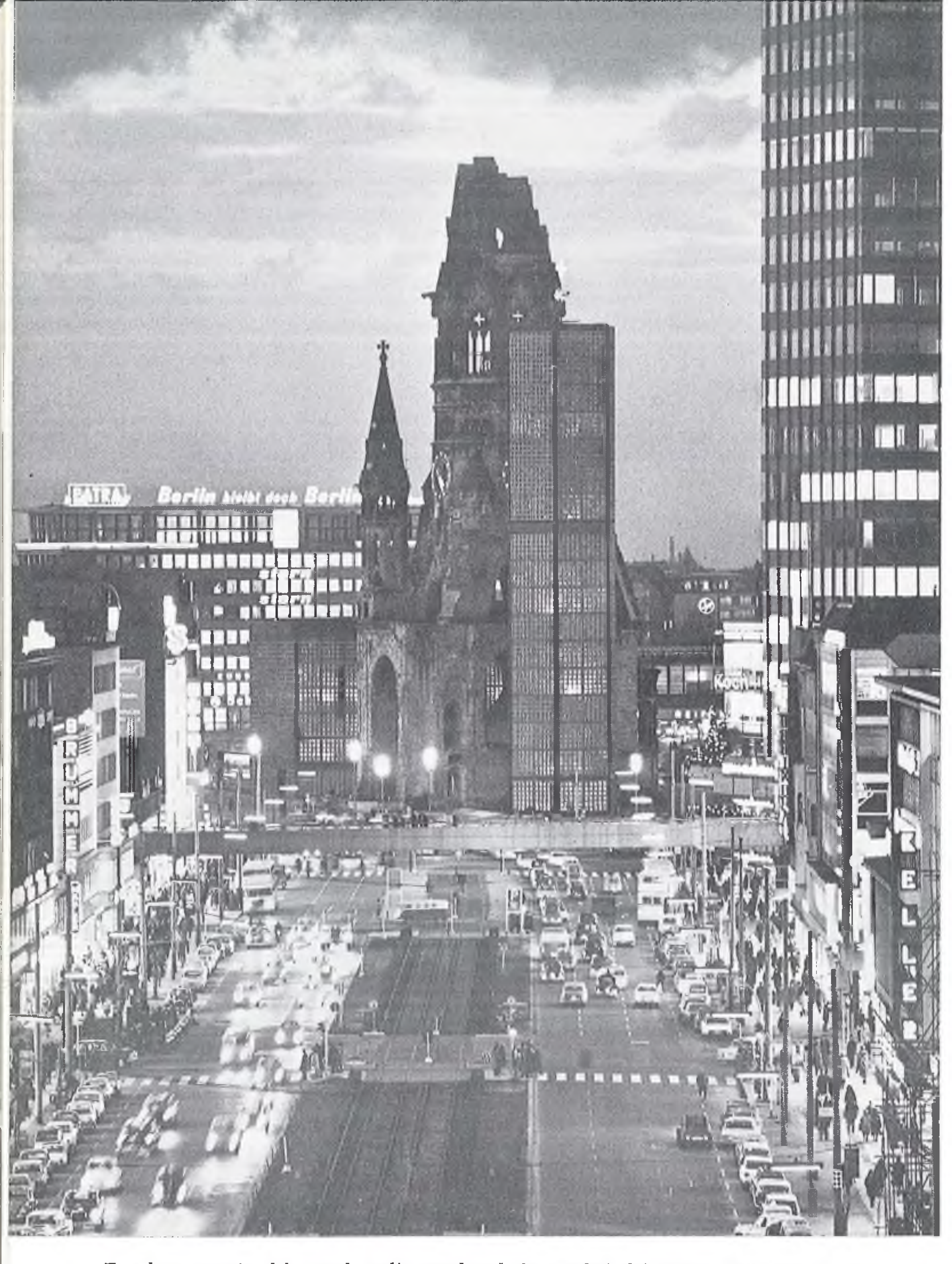
Millones de judíos fueron exterminados en hornos crematorios como éste, que se halla en Belsen.

Hitler con sus generales, ya al término de la guerra.

Prisioneros alemanes desfilando en julio de 1944 por una calle de Moscú.




Monumento erigido en Belsen a la memoria de los 30.000 judíos exterminados por los nazis en esta urbe.




En pleno corazón del actual Berlín occidental, la catedral del Kaiser Guillermo II, destruida por los bombardeos, se alza como un aviso de lo que fue la II Guerra Mundial.

mania. En la época del *Anschluss*, los austríacos descollaron tanto en la persecución que merecieron las felicitaciones del *Schwarzes Korps*: "Los vieneses han conseguido hacer en una noche lo que nosotros no hemos podido conseguir hasta la fecha en nuestro lento y ponderado Norte. En Austria, el boicot a los judíos no necesita ser organizado; el pueblo mismo lo ha decidido con honesta alegría".[4] El semanario de Himmler añadía una macabra broma: "Algunos judíos austríacos no pueden soportar la idea de alejarse de su patria, por cuya razón se permiten hacer uso de unos pocos metros cúbicos de gas sin pagarlo por adelantado".

La epidemia de suicidios entre los judíos vieneses fue causada por las acciones de los nazis autríacos locales, pero esta exacerbación del antisemitismo se extendió rápidamente por todo el Reich hasta culminar en un suceso de trascendencia universal: el pogrom del 9 y 10 de noviembre de 1938, conocido por el nombre de Noche de Cristal, que colocó a Alemania, irrevocablemente, en el camino de retorno a la barbarie. La misma expresión "Noche de Cristal", referente a las ventanas rotas en el curso de los ataques, es en cierta manera simbólica, pues indica un daño material sin aludir a las violencias físicas y morales.* La expresión puede ser definida casi como un eufemismo aunque no corresponde a la categoría de eufemismos brutalmente humorísticos, como *Konzertlager* ("campo de concierto") por *KZ-Lager*, abreviatura de *Konzentrationslager*, ("campo de concentración"), o *Pour le Sémite* (juego de palabras sobre *Pour le Mérite*, alta condecoración alemana al mérito militar durante la primera guerra) para la estrella amarilla que todos los judíos habían de llevar antes de ser deportados.

El pogrom dividió al público alemán en tres grupos: los disconformes pero silenciosos ** a un extremo, los saqueadores *** y sádicos satisfechos al otro, y un amplio grupo intermedio de espectadores indiferentes dados a comentarios del tipo de: "El piano no tiene culpa de nada" ante la visión de unos hombres de las SA arrojando un Bechstein por el balcón de un segundo piso.[5]

Desde principios de la década de los treinta, la opinión pública nacional era favorable a la eliminación de la influencia judía de la vida alemana, lo cual significa que —independientemente de cómo se juzgasen los métodos concretos aplicados— los objetivos generales de la política nazi eran básica-

* Veintiséis judíos varones fueron llevados a campos de concentración, y cientos de ellos fueron heridos o asesinados. Se destruyeron 7.500 tiendas y se incendiaron 400 sinagogas (cf. H. G. Adler, "Pogrome und Konzentrationslager", en Karl Heinz Deschner, *Das Jahrhundert der Barbarei*, Kurt Desch, Munich, 1966, p. 284).

** Dan fe de esto los despachos de los cónsules británicos en Colonia y otras ciudades al Foreign Office.

*** "Por fin, el berlinés tuvo ocasión de aprovisionarse nuevamente. Abrigos de piel, alfombras, tejidos de valor llegaban a sus manos sin pagar un céntimo. La gente estaba entusiasmada", escribió el doctor Goebbels en su diario (cf. H. G. Adler, loc. cit.).

mente aprobados.* A esta confusión entre fines y medios se añadía una cierta divergencia entre el antisemitismo abstracto y el concreto. El antisemitismo tradicional, es decir, el anterior al nazismo, que formaba parte de una tradición cultural muy dada a la abstracción, reclamaba la eliminación del sionismo (de la "esencia judía") más que el exterminio de los judíos como individuos. Esta ambigüedad contribuye a explicar cómo un gobierno furiosamente antisemita pudo contar con el creciente apoyo de la opinión pública sin que ello diese lugar a un clima de pogrom propiamente dicho.

El hecho de que, hasta 1938, los judíos que habitaban en las grandes ciudades estuviesen prácticamente a salvo del ataque físico se debe también a la reticencia del régimen ante la idea de ofender la sensibilidad de los países extranjeros o de contrariar la inclinación al orden de los propios alemanes. Pero la relativa ausencia de violencia contra los judíos antes del pogrom de noviembre no puede tomarse como prueba de ninguna inmunidad general al antisemitismo. De la misma manera que el concepto de Dios que tenía el hombre primitivo presuponía la existencia del Demonio, la progresiva autodeificación de los alemanes durante el Tercer Reich se apoyaba en la demonización de los judíos. La blanca imagen que se hicieron de sí mismos —blanca en términos de carácter no menos que de color— debía su nitidez a la negrura moral y física de su contratipo judío. Tanto desde el punto de vista metafísico como desde el material, las raíces del cielo alemán estaban profundamente hundidas en el infierno judío.

Aun así, es dudoso que la mayoría de los alemanes compartiesen el obsesivo antisemitismo de sus dirigentes. En cambio, pocas dudas pueden quedar de que aceptaron la persecución de los judíos sin gran preocupación, tomándola como parte integrante de un sistema que les beneficiaba. Esta aceptación no se limitaba sólo a los beneficiarios más evidentes, como los "arianizadores" grandes y pequeños, los deudores, explotadores del trabajo en régimen de esclavitud y usuarios de los zapatos de los muertos. El antisemitismo era tan esencial para el programa nazi que todo alemán que identificaba al régimen con el interés nacional aprobaba también la política antijudía.

Entre 1933 y el estallido de la guerra, emigró aproximadamente la mitad de la población judía de Alemania, unas 250.000 personas. Se dirigieron en su mayoría a los Estados Unidos, el Reino Unido y Palestina. De los restantes, sobrevivieron unos pocos miles. Recordando aquellos años de pesadilla,

* Un catedrático de una universidad del Norte escribió en su diario pocos meses después de la toma del poder: "El antisemitismo está tan extendido que es difícil creer que pueda producirse ya un cambio de actitud. Incluso las personas que condenan la forma en que esta cuestión ha comenzado a resolverse se manifiestan, en el aspecto emocional, profundamente antisemitas". (Cf. "Soziologie der Nationalsozialistischen Revolution", en *Viertel jahresshefte für Zeitgeschichte,* cuarta serie, 1965, p. 439.)

los supervivientes definieron la actitud general de los alemanes hacia ellos como exenta de excesiva hostilidad o de simpatía manifiesta; era, simplemente, una actitud de indiferencia.

Esta indiferencia general fue un hilo más en el dogal que se estrechaba implacablemente en torno a cientos de miles de cuellos. Casi poéticamente sintomática de la situación extrema de los judíos es la costumbre de las maestras de los jardines de infancia de Berlín, durante los primeros tiempos de la guerra, de llevar a sus alumnos a pasar sus horas de recreo entre las tumbas: el cementerio municipal era la única zona verde que no estaba prohibida a los portadores de la Estrella Amarilla.

Una anécdota característica tuvo lugar en una frutería de Berlín. Una niña judía de cuatro años rogaba a su madre que le comprase cerezas. Cuando la madre le dijo que el racionamiento de los judíos no incluía la fruta, salió de la tienda llorando. Dado que no había nadie más en el establecimiento, al tendero le habría sido fácil satisfacer el deseo de la niña, en lugar de lo cual * se limitó a observar el incidente con imperturbable indiferencia.[6]

La anciana y enferma Frau Bendix, de Berlín-Moabit, se vio rodeada por la más absoluta indiferencia de los vecinos cuando, en pleno verano de 1941, se ahogaba de calor en la habitación única de planta baja donde vivía, pues había de tener los postigos cerrados por temor a que los niños que jugaban en el patio rompiesen deliberadamente los cristales. Cuando algún raro visitante le regalaba café (otro artículo excluido del racionamiento de los judíos), se veía obligada a rehusarlo, pues temía que el aroma se filtrase fuera de la habitación y que algún vecino la denunciase a la policía.[7] Visitaba a Frau Bendix una mujer cuyo esposo, judío, fue arrestado por la Gestapo. Cuando intentó, sin éxito, visitarle en la prisión, el funcionario que la atendía consideró que no podía dejarla marchar sin expresarle su sentimiento personal por el hecho de que ella, una mujer alemana, se hubiese acostado con un judío. Su esposo fue enviado a Auschwitz, donde fue asesinado. Cuando ella informó del hecho a la delegación de Abastos en el momento de renovar su cartilla de racinamiento, el empleado la informó de que tenía derecho nuevamente a una ración íntegra, y la felicitó —con toda ingenuidad— por su re-arianización.[8]

Esta absoluta falta de simpatía ** adquiría aspectos macabros cuando in-

* En ocasiones, los tenderos no entregaban siquiera a los judíos las escasas cantidades de artículos que fijaban sus cartillas de racionamiento, identificando este acto con un gesto de patriotismo. Las tenderas solían mostrarse en este sentido más severas que sus colegas masculinos.

** Las medidas antijudías del régimen dieron lugar a reacciones curiosas. Había funcionarios que deseaban que todos los judíos abandonasen Alemania en el plazo más breve posible, porque su presencia daba al partido un pretexto para ingerirse en los asuntos

tervenía el egoísmo. Inmediatamente después de que la madre de una enfermera del hospital judío de Berlín hubiera emprendido su último viaje, con el escaso equipaje que se permitía a los deportados, la esposa del conserje se dirigió a la apesadumbrada enfermera y le preguntó con toda naturalidad: "Ahora que su madre ya no los necesitará, ¿por qué no me da sus dos abrigos de pieles?".[9]

Pero llegó el momento en que la simpatía no servía ya de nada. Una "trabajadora-esclava judía privilegiada", es decir, eximida de la deportación en virtud de su matrimonio con un hombre ario, no pasaba un día sin oír a quien la llamaba cerda judía o a alguien que le expresaba su compasión. La mujer temía tanto la compasión como el odio, pues su única y remota esperanza de sobrevivir estaba en mantener un riguroso anonimato. Esta gran necesidad de evitar todo contacto humano por temor a llamar la atención fue una de las razones —aunque en absoluto la más importante— de la ignorancia de la suerte de los judíos por parte de muchas personas.

Un número creciente de alemanes que habían mantenido relación social con los judíos antes de 1933 les fueron relegando al ostracismo, aunque, durante algún tiempo, algunos buscaron deliberadamente su compañía. Los judíos eran las únicas personas en quien los descontentos podían confiar, pues incluso sus amigos íntimos podían denunciarles, mientras que los judíos eran oídos que escuchaban desde el vacío de su aislamiento. Pero incluso los filosemitas acabaron obedeciendo al reflejo nacional de prudente apartamiento, de modo que, al despedirse para siempre de sus amigos judíos, omitían a veces preguntarles a dónde iban.

En proporción a esto, el sector mayoritario de la población que nunca se había relacionado con judíos evitó el contacto de forma mucho más drástica. Rehuían no ya el contacto, sino el simple conocimiento de cualquier cosa relacionada con ellos, pues el saber algo de los judíos implicaba alguna relación con aquellos apestados. Algunos utilizaban los datos que conocían del genocidio como motivo de cómodo estremecimiento y abstracto horror, como si se tratase de un cuento de Edgar Allan Poe, y otros rechazaban estas informaciones como rumores infundados y se obligaban a sí mismos a no creerlas. En este empeño venía en su ayuda el régimen, que envolvió el genocidio en un velo de alto secreto (*Geheime Reichssache*) y lo camufló meticulosamente. Pero, fuese cual fuese el camuflaje del desarrollo concreto del plan (y la escala de las operaciones no permitía el secreto absoluto), la letra del mismo era del dominio público desde hacía más de diez años. Hitler había expuesto sus últimos objetivos en *Mein Kampf*, la obra más difundida en Alemania

---

administrativos. Había también un cierto número de cristianos que veían la desgracia de los judíos como un signo palpable de la maldición divina.

después de la Biblia. Aun cuando el inevitable libro era, en la mayoría de los casos, un objeto ritual más que un objeto de lectura, su contenido era lo bastante conocido como para que nadie ignorase las decididas intenciones de su autor. En octubre de 1935, el periódico berlinés *Der Judenkenner* declaró que cualquier ejército extranjero que penetrase en Alemania habría de pasar por encima de los cadáveres de los judíos. El 30 de enero de 1939, Hitler anunció al Reichstag y al mundo: "Una guerra instigada por el sionismo internacional llevaría a la destrucción de la raza judía en Europa".[10] Desde la canción de las SS, "Cuando vierta el cuchillo la sangre judía, las cosas irán mucho mejor", hasta el slogan oficial del partido, "¡Despierta, Alemania! ¡Muera Judá!", la idea de que los judíos merecían el mismo trato que las sabandijas no dejó de aparecer en discursos, artículos periodísticos, carteles, conferencias, documentales e incluso canciones infantiles.

¿Podía dudarse de que un régimen lleno de aquella brutal decisión y que mostraba fidelidad literal a su doctrina vacilaría a la hora de llevar ésta a la práctica? Durante el período de "pogrom frío", hasta 1938, los temores más graves fueron aún adormecidos, pero la Noche de Cristal y la amenaza de Hitler de 1939 eran inequívocas. La última débil racionalización, según la cual estos hechos eran tácticas para atemorizar a los judíos y obligarles a acelerar su éxodo, cayó por su base cuando la guerra y las disposiciones oficiales cortaron de raíz la emigración. La esporádica pero progresiva persecución de los judíos era un rasgo consustancial al Tercer Reich desde su misma instauración. Un berlinés que no conociese la existencia del campo de concentración de Oranienburg (o un bávaro o turingio que no supiese de Dachau o de Buchenwald) al cabo de un año de régimen nazi había de ser o bien un anacoreta o bien estúpido hasta el cretinismo.

En cambio, la existencia durante la guerra de campos de exterminio, fue un secreto bien guardado, y la gran mayoría de la población no sabía con exactitud lo que ocurría en ellos. Sólo a finales de la guerra, Auschwitz y Belsen pasaron a ser temas de dominio público. Aun así, el hecho de que, con la guerra, la persecución de los judíos se había convertido en total no escapó a la observación general. Tres cuartas partes de los alemanes preguntados acerca de esto después de 1945 recordaron que los judíos llevaban la Estrella Amarilla. Los trabajos forzados que realizaban y la posterior deportación de cientos de miles de ellos no podían tampoco pasar desapercibidos. En el curso de la Segunda Guerra, unos 10 millones de alemanes cumplieron el servicio militar, la mayoría de ellos en el este, donde, a partir de la campaña de Polonia, las brutalidades contra los judíos, entre otras, eran literalmente cosa de todos los días. Pocos de aquellos hombres (a cuyo número hay que añadir el de los funcionarios, supervisores y colonos) debieron de ignorar las pruebas —directas o indirectas— de las matanzas. Además de todo esto, un

numeroso grupo de personas residentes en Alemania —funcionarios, autoridades de la Gestapo, cuadros del partido y empleados de los ferrocarriles— participaban directamente en la aplicación de la Solución Final. Prueba de que el silencio al que estaban teóricamente obligados era roto con frecuencia lo constituye una carta, fechada el 23 de noviembre de 1942, de un funcionario del partido de Westfalia a un jefe local de la Gestapo, que contenía, entre otras cosas, la siguiente observación: "Usted está permanentemente ocupado en el exterminio de los judíos".[11]

El hecho de que, en 1943, la expresión "irse por la chimenea" se usara cada vez más, indicaba un cierto grado de conciencia por parte del público de la existencia de las cámaras de gas. No cabe duda de que una parte de la vergonzosa verdad circulaba en el mercado negro de rumores en el que se abastecía la población para completar la escasa información que daban los medios oficiales. El servicio para Alemania de la BBC, muy escuchado, daba detalles, fragmentarios pero abundantes, del holocausto. Pero esta información era a menudo rechazada por ser considerada una repetición fantástica de las historias de atrocidades cometidas por los alemanes en la ocupada Bélgica durante la Gran Guerra. También existía la tendencia a rechazar las narraciones de los soldados y de otras personas que regresaban del frente con el comentario: "Bebíais mucho por allá". Las personas contrarias al régimen que citaban rumores de atrocidades para acompañar sus argumentaciones políticas se encontraban a menudo con una obtusa incomprensión, expresada en la pregunta: "¿Puede probar eso que dice?".[12]

Por supuesto, en aquellos momentos era imposible conocer toda la verdad sobre el horror de los campos de la muerte. Incluso los judíos destinados a perecer en ellos tenía sólo una vaga idea de lo que eran. En comparación con el alemán medio, ellos estaban en una situación de gran desventaja en cuanto a obtener información. No se les permitía poseer aparatos de radio, y no tenían parientes en la Wehrmacht ni conocidos relacionados con las autoridades.

Al parecer, Goerdeler, el que había de ser Canciller de haber tenido éxito el Complot de los Oficiales, creía que, después del golpe de estado, le bastaría al nuevo gobierno descubrir al pueblo alemán los crímenes del régimen nazi para ganarse instantáneamente su adhesión. Esta optimista esperanza, aunque no llegó a pasar la prueba de la realidad, despierta serias dudas, por basarse en la suposición de que los alemanes habrían quedado tan impresionados por los sufrimientos de los judíos como si los hubieran padecido ellos mismos. Los hechos conocidos tienden a desmentir esto. Las únicas demostraciones públicas de simpatía hacia los judíos que tuvieron lugar en todos los años del Tercer Reich fueron las de las mujeres arias casadas con judíos que fueron deportados de Berlín en marzo de 1943.[13] En toda la historia del Ter-

cer Reich, ninguna asociación —cívica, universitaria o religiosa— hizo nunca uso de su derecho de expresión para protestar públicamente contra la inhumanidad del régimen. La posibilidad de formular protestas de este tipo queda demostrada (como hemos visto) por la denuncia de la eutanasia que hizo el cardenal Galen, que fue leída desde los púlpitos, y que tuvo una resonancia lo suficientemente amplia como para detener la aplicación de aquel programa. Pero las víctimas de la eutanasia eran carne de la carne alemana, y las personas afectadas por su muerte pertenecían a todas las clases de la sociedad. No hay que olvidar, desde luego, que algunos judíos fueron ayudados por amigos, que se expusieron con ello a un gran peligro —de lo contrario no hubieran sobrevivido cinco mil de ellos, ocultos en Berlín—, pero estos "justos" eran individuos, se representaban sólo a sí mismos. Para la sensibilidad de la gran mayoría, los sufrimientos de los judíos afectaban a seres de otra galaxia y no a habitantes del mismo planeta que ellos.

Los judíos eran "los otros". Este hecho era al mismo tiempo condición previa y resultado de la idea de la superioridad alemana. Prueba de su condición de "otros" la constituyen los clichés que circulaban acerca de ellos mucho antes de la aparición del nazismo. Cada nivel cultural tenía los suyos: en la opinión popular, los judíos eran físicamente repelentes, olían mal y tenían la nariz ganchuda; para los científicos, eran sacos de tendencias no alemanas, como por ejemplo su oposición a la guerra.* Partiendo de esta base ya existente, el régimen nazi aplicó sus grandes recursos a imponer la idea de que los judíos carecían de atributos humanos. Muchos alemanes, y no sólo los más jóvenes e ingenuos, se dejaron convencer. La constante demonización oficial de los judíos fue modificando la conciencia del público, incluso en el caso de personas de carácter bondadoso. En la fábrica donde trabajaba, en situación de esclavitud, el profesor Klemperer, su depauperado aspecto despertaba alguna compasión. Una mañana, la mujer que trabajaba a su lado, sabiendo que las raciones de los judíos excluían todo tipo de fruta, le regaló una hermosa manzana. Mientras le miraba comer, le preguntó incrédulamente: "Dígame, ¿es verdad que su mujer es alemana?".[14] Sumergida en el clima del Tercer Reich, ya no podía creer que aquel paria que estaba ante ella, aun con todas las características de una persona normal y hablando alemán como ella, tuviera alguna relación con una mujer alemana.

Para producir este tipo de resultado en las gentes con alguna cultura, la propaganda nazi escudriñó cuidadosamente entre los tesoros almacenados en

* En 1932, el escritor *völkische* Dr. Wilhelm Stapel, que no era un nazi en el sentido estricto de la palabra, acusó a los judíos, en una emisión de radio, de socavar la comunidad del pueblo al propugnar la abolición de la guerra, mientras que los alemanes patriotas habían visto siempre en la guerra el origen de todas las cosas (cf. Werner Mosse, *Entscheidungsjahr 1932*, Mohr, Tübingen, 1965, p. 519).

el Panteón nacional. Las ideas de figuras culturales como Lutero y Wagner constituyeron un excelente auxiliar de la ideología oficial antisemita. Se daba, además, la peculiar circunstancia de que pocas figuras del pensamiento alemán —ni siquiera Kant y Goethe— habían estado totalmente libres de antisemitismo. Esta coincidencia entre los ilustres difuntos —que arroja menos luz sobre el carácter judío que sobre el carácter de la cultura alemana —contribuyó también a la atrofia de la capacidad de simpatía.

Sin el antisemitismo, el nazismo habría sido inconcebible, tanto en su aspecto de ideología como de catalizador emocional. En cuanto a la sociedad alemana, sólo dos de sus numerosos subgrupos, la minoría burguesa liberal y culta y el sector políticamente educado de la clase obrera, fueron relativamente inmunes de antisemitismo. En el extremo opuesto se encontraba la élite militar y terrateniente, parcialmente desposeída, la alta burguesía educada, desorientada por la derrota y los cambios sociales, y la numerosa y vulnerable pequeña burguesía compuesta por tenderos, artesanos, agricultores y empleados, cuya retrógrada aversión al capitalismo les predisponía a profesar el "socialismo de los tontos", como definió August Bebel el antisemitismo.

Aunque la interacción del miedo social y la frustración nacional convirtió a muchos alemanes en enemigos de los judíos, su antisemitismo no les llevaba al extremo de compartir la visión nazi de un universo limpio de todo vestigio de existencia judía. Pero el sentimiento popular fue lo bastante intenso como para coincidir con el espíritu nazi en la preocupación por el interés nacional, es decir, por un interés personal ampliado; esto fue tan total que su imaginación y su conciencia quedaron anestesiadas.

Si la indiferencia de los alemanes hacia el infortunio de los judíos se hubiese debido sólo a la ignorancia, las revelaciones hechas después de la guerra habrían levantado olas de asombro mucho mayores. Como hemos visto, durante la guerra, la mayoría de los alemanes aceptó el trato que daban los nazis a los trabajadores-esclavos rusos porque se les había persuadido fácilmente de que en su país vivían en condiciones parecidas. De manera similar, la eliminación física de los judíos pasó en buena parte desapercibida, porque los alemanes los habían eliminado ya de su corazón y de su mente.

No cabe duda de que, en 1941 y 1942,* la tensión de la guerra explicó en parte la indiferencia general a los sufrimientos de los judíos. Pero, básicamente, para la mayoría de los alemanes, el holocausto no constituyó un suceso real, no porque tuviese lugar durante la guerra y en secreto, sino porque los judíos estaban a una distancia astronómica de ellos y no eran personas reales.

* Algún tiempo después, cuando la mayoría de los judíos europeos habían sido ya exterminados, la propaganda nazi tuvo poca dificultad para seguir inflamando el antisemitismo de los alemanes presentando a Ilya Ehrenburg y Henry Morgenthau como las encarnaciones rusa y americana del espíritu de Sión, ansioso de aplastar a Alemania.

# CRONOLOGÍA

| | |
|---|---|
| 1933 | |
| 1 de abril | Primer boicot oficial a las tiendas judías y a los abogados y médicos de este origen. Peticiones de expulsión de los alumnos judíos de las escuelas y universidades. |
| 1934 | El origen ario se va convirtiendo en condición indispensable para el ejercicio de las profesiones. Aumenta la propaganda antijudía. |
| 1935 | |
| 15 de septiembre | Promulgación de las leyes de Nuremberg para la protección de la sangre y el honor alemanes. |
| 14 de noviembre | Ley Nacional de Ciudadanía. Primer decreto de la Ley Nacional de Ciudadanía: definición del término "judío" y de la condición de *Mischling* (sangre impura). El origen ario se convierte en condición indispensable de todo nombramiento oficial. Primer decreto de ley para la protección de la sangre y el honor alemanes. Se prohíben los matrimonios entre judíos y los *Mischling* de la segunda generación. |
| 1936 | |
| verano | Pierde intensidad la campaña antisemita a causa de la celebración, en Berlín, de los Juegos Olímpicos. |
| 1937 | |
| primavera | Intensificación del proceso de arianización, por el que los empresarios judíos pierden sus empresas sin ninguna justificación legal. |
| 12 de junio | Orden secreta de Heydrich referente a la custodia protectiva de los "profanadores de la raza" (*Ras-* |

| | |
|---|---|
| | *senschänder*) una vez hubieran cumplido su sentencia de prisión. |
| 1938 | |
| 13 de marzo | *Anschluss* de Austria, donde entra en vigor inmediatamente toda la legislación antijudía del Reich. |
| 26 de abril | Decreto referente a la declaración obligatoria de todos los bienes judíos de valor superior a los 5.000 marcos. |
| 9 de junio | Destrucción de la sinagoga de Munich. |
| 14 de junio | Tercer decreto de la Ley de Ciudadanía del Reich: inscripción en un registro de todas las empresas que quedan en propiedad de judíos. |
| 10 de agosto | Destrucción de la sinagoga de Nuremberg. |
| 17 de agosto | Segundo decreto de la Ley de cambio de nombres de pila y apellidos: introducción de los prefijos obligatorios Sarah e Israel, que entrará en vigor el 1 de enero de 1939. |
| 5 de octubre | Los pasaportes de los judíos son válidos únicamente si están sellados con la letra roja "J" . |
| 28 de octubre | Expulsión de 17.000 judíos de origen polaco domiciliados en Alemania. |
| 7 de noviembre | Asesinato de von Rath, canciller de la embajada en París, por Herschel Grünspan. |
| 9 y 10 de noviembre | Tiene lugar en toda Alemania el pogrom de la Noche de Cristal. Destrucción de sinagogas, tiendas y pisos. Son encarcelados más de 20.000 judíos. |
| 12 de noviembre | Decretos referentes a la eliminación de los judíos alemanes de la vida económica. Los judíos deberán pagar una multa colectiva de 125.000 millones de marcos, además de reparar todas las destrucciones causadas por los nazis en el curso del pogrom. |
| 15 de noviembre | Expulsión de las escuelas de todos los niños judíos. |
| 3 de diciembre | Orden de arianización obligatoria de todas las empresas y tiendas judías. |
| | Confiscación de todos los bienes propiedad de judíos. |
| 1939 | |
| 30 de abril | Ley sobre los arrendamientos de los judíos. Preparación legal para la concentración de las familias judías en "casas judías". |

| | |
|---|---|
| 1 de septiembre | Se prohíbe a los judíos permanecer en las calles después de las 8 de la tarde en invierno y de las 9 de la noche en verano. |
| 23 de septiembre | Confiscación de todos los aparatos de radio de los judíos. |
| 1940 | |
| 12 y 13 de febrero | Primeras deportaciones de judíos residentes en Alemania, principalmente de la provincia de Pomerania. |
| 22 de octubre | Deportación de judíos de Baden, el Saar y Alsacia-Lorena. |
| 1941 | |
| 7 de marzo | Incorporación de judíos alemanes a trabajos forzados. |
| 31 de julio | Goering encarga a Heydrich la evacuación de todos los judíos europeos a los territorios ocupados por Alemania. |
| 1 de septiembre | Orden por la que los judíos están obligados a llevar la estrella amarilla a partir del 19 de septiembre. Nuevas limitaciones a su libertad de movimientos. |
| 17 y 18 de septiembre | Comienzo de la deportación general de los judíos alemanes. |
| 1942 | |
| 20 de enero | Conferencia de Wannsee, para tratar de la "solución final" de la cuestión judía. |
| 24 de abril | Prohibición a los judíos de usar los transportes públicos. |
| junio | Comienzo del exterminio masivo, en Auschwitz, por medio de gases. |
| 18 de septiembre | Drástica reducción de las raciones de comida a los judíos del Reich. |
| 30 de septiembre | Hitler declara públicamente que la Segunda Guerra Mundial tendrá como resultado la aniquilación de los judíos europeos. |
| 1943 | |
| 27 de febrero | Comienzo de la deportación de judíos empleados en las fábricas de armamento de Berlín. |
| 1944 | Comienzo de las marchas de la muerte, por las que las SS obligan a retroceder hacia el interior del Reich a los prisioneros de los campos de concen- |

| | |
|---|---|
| | tración, a los que se aproxima el Ejército Rojo en su avance hacia el interior de Alemania. |
| finales de octubre | Últimos gaseos en Auschwitz. |
| 27 de noviembre | Voladura de los crematorios de Auschwitz. |
| 1945 | |
| 26 de enero | Liberación de Auschwitz por las tropas soviéticas. |
| 15 de abril | Liberación de Bergen-Belsen por las tropas británicas. |

Desde 1945, el tiempo ha ido realizando su labor de curación entre las víctimas de la guerra. Incluso la Unión Soviética, que perdió unos veinte millones de vidas a manos de los nazis, tiene hoy una población mayor que antes de la guerra. Pero los judíos europeos constituyen una excepción.

Los judíos del mundo nunca volverán a ser dieciocho millones. Nunca más se levantarán sinagogas en la antigua patria judía entre el Báltico y el Mar Negro, en el suelo fertilizado con cenizas. Éste será el permanente monumento a Hitler, quien, probablemente, no habría deseado otro. La historia recordará que, así como el odio a los judíos fue el núcleo de la teoría nazi, su exterminio fue la culminación de su praxis.

# GLOSARIO

| | |
|---|---|
| *Abitur* | Examen de ingreso a la universidad. |
| *Anschluss* | Incorporación de Austria al Reich en 1938. |
| *Blubo (Blut und Boden)* | Sangre y Tierra. |
| *Bund Deutscher Mädchen (MDM)* | Unión de Jóvenes Alemanas. |
| *Deutsche Arbeitsfront (DAF)* | Frente Alemán del Trabajo |
| *Erbhofbauer* | Propietario de un trozo de tierra de transmisión hereditaria. |
| *Gauleiter* | Dirigente máximo del partido a nivel regional. |
| *Gleichschaltung* | Coordinación con el régimen nazi. |
| *Gymnasium* | Centro de enseñanza media |
| *Hitlerjugend (HJ)* | Juventudes Hitlerianas. |
| *Jungvolk* | Sección de las Juventudes Hitlerianas, de los diez a los catorce años. |
| *Konzentrationslager (KL)* | Campo de concentración. |
| *Kraft durch Freude* | A la Fuerza por la Alegría |
| *Kreisleiter* | Dirigente máximo del partido a nivel de distrito. |
| *Landflucht* | Huida del campo. |
| *Mittelstand* | Clase media. |
| *Napola* | Escuela de formación de futuros dirigentes del partido. |
| Noche de Cristal | Pogrom a escala nacional del 9 y 10 de noviembre de 1938. |
| *NS Frauenschaft* | Unión Nacionalsocialista de Mujeres, organización auxiliar del partido nazi. |
| *NS Lehrerbund (NSLB)* | Unión Nacionalsocialista de Maestros. |

| | |
|---|---|
| *NS Volkswohltfaht (NSV)* | Organización nacionalsocialista para el Bienestar del Pueblo. |
| *Oberpräsident* | Gobernador civil. |
| *Ordensburg* | Escuela de perfeccionamiento para futuros dirigentes del partido. |
| *Ortsgruppenleiter* | Jefe de sector local del partido. |
| *Ostarbeiter* | Trabajador-esclavo de las regiones orientales. |
| *Ostmark* | Austria. |
| *Reichsberufswettkampf* | Competición Nacional de Destreza en el Oficio. |
| *Reichsnährstand* | Corporación Nacional de Productores de Alimentos. |
| *Reichswehr* | Ejército alemán (este nombre dejó de usarse en 1935). |
| *SA* | Sección de Asalto. |
| *Schwarzes Korps* | Publicación semanal de las SS. |
| *SD* | Servicio de seguridad de las SS. |
| *SS Verfügungstruppe* | SS militarizadas. |
| Solución Final (de la cuestión judía) | Exterminio de los judíos. |
| *Stürmer* | Semanario antisemita (dirigido por Julius Streicher). |
| *Vergeltungswaffen* | Armas V (o armas de venganza), como la V 2 |
| *Völkisch* | Literalmente, étnico; usado para calificar la ideología racista y autoritaria. |
| *Völkischer Beobachter* | Diario oficial del partido nazi. |
| *Wehrmacht* | Ejército alemán. |
| *Westwall* | Fortificación a lo largo de la frontera francesa (línea Sigfrido). |

# BIBLIOGRAFÍA

Allen, William Sheridan, *The Nazi Seizure of Power*, Londres y Chicago, 1965.
Brady, Robert A., *Spirit and Structure of German Fascism*, Londres y Nueva York, 1937.
Bruck, W. F., *Social and Economic History of Germany 1888-1938*, Londres y Nueva York, 1938.
Deuel, Wallace R., *People under Hitler*, Londres y Nueva York, 1942.
Fest, Joachim, *The Face of the Third Reich*, Londres y Nueva York, 1969.
Guillebaud, C. W., *Social Policy of Nazi Germany*, Londres y Nueva York, 1941.
Haffner, Sebastian, *Germany: Jekyll and Hyde*, Londres y Nueva York, 1940.
Hale, Oron J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, 1964.
International Council for Philosophy and Humanistic Studies, *The Third Reich*, Londres y Nueva York, 1955.
Kohn, Hans, *The Mind of Germany*, Nueva York, 1960, y Londres, 1961.
Lehmann-Haupt, Hellmut, *Art under a Dictatorship*, Londres y Nueva York, 1954.
Lewy, Günter, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Londres y Nueva York, 1964.
Mayer, Milton, *They Thought They were Free*, Londres y Chicago, 1955.
Milward, Alan S., *The Germany Economy at War*, Londres y Nueva York, 1965.
Neumann, Franz, *Behemoth*, Londres y Nueva York, 1942. (Hay traducción castellana, con el mismo título, en Fondo de Cultura Económica, México, 1943.)
Schoenbaum, David, *Hitler's Social Revolution*, Nueva York, 1966, y Londres, 1967.
Schweitzer, Arthur, *Big Business in the Third Reich*, Londres e Indiana, 1964.
Seydewitz, Max, *Civil Life in Wartime Germany*, Nueva York, 1945.
Shirer, William L., *Berlin Diary*, Londres y Nueva York, 1941.
Vermeil, Edmond, *The German Scene*, Londres, 1956. (Publicado bajo el título *Germany on the Twentieth Cenutry*, Nueva York, 1956.)
Wunderlich, Frieda, *Farm Labour in Germany 1810-1945*, Londres y Princeton, 1961.

# NOTAS

## 1. Weimar

1. Ferdinan Friedensburg. *Die Weimarer Republik,* Hannover/Frankfurt, 1957, p. 211.
2. *Ibid.*
3. Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism,* Nueva York, 1937, p. 13.
4. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 211.
5. Edmond Vermeil, *The German Scene,* Londres, 1956, pp. 82-84.
6. Louis R. Franck, "Economic and Social Diagnosis of National Socialism", en la antología *The Third Reich,* Londres, 1955, p. 540.
7. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 243.
8. *Ibid.*
9. Fritz Krone, *Die Soziologie der Angestellten,* Colonia/Berlín, 1962, p. 196.
10. J. Nothens, "Sozialer Auf-und Abstieg im Deutschen Volk", *Kölner Vierteljahresheft für Soziologie,* vol. 9, pp. 70-73.
11. Theodor Geiger, *Die Soziale Schichtung des Deutschen Volkes,* Stuttgart, 1932, pp. 74, 75.
12. Heinrich Uhlig, *Die Warenhäuser im Dritten Reich,* Colonia/Upladen, 1956, p. 25.
13. Theodor Geiger, op. cit., p. 73.
14. C. W. Guillebaud, *Social Policy of Nazi Germany,* Londres, 1941, p. 9.
15. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 22.
16. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich,* Londres, 1964, p. 89.
17. P. B. Wiener, "Die Parteien der Mitte", en la antología *Entscheidungsjahr 1932,* dirigida por Werner A. Mosse, Tubinga, 1965, p. 320.
18. Seymour Martin Lipset, *Political Man,* Londres, 1960, p. 148.
19. Theodor Geiger, op. cit., p. 72.
20. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 218.
21. W. F. Brook, *The Social and Economic History of Germany from 1888 to 1938,* Londres, 1938, p. 259.
22. Axel Eggebrecht, *Volk ans Gewehr,* Stuttgart, 1959, p. 190.
23. Franz Neumann, *Behemoth,* Nueva York, 1942, p. 392.
24. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 218.
25. *Ibid.*
26. *Ibid.,* p. 215.
27. Louis R. Franck, op. cit., p. 550.
28. *Ibid.,* p. 551.
29. C. W. Guillebaud, op. cit., p. 10.
30. Ezra Ben-Natan, "Demographische und wirtschaftliche Struktur", en la antología *Entscheidungsjahr 1932,* ya citada, p. 124.

31. C. W. Guillebaud, op. cit., p. 14.
32. Friedrich Hussong, *Kurfürstendamm,* Berlín, 1933, p. 100.
33. Herman Hass, *Sitte und Kultur in Nachkriegsdeutschland,* Hamburgo, 1932, p. 165.
34. Hans Kohn, *The Mind of Germany,* Londres, 1969, p. 309.
35. Andreas Flittner, *Deutsches Geistesleben und Nationalsozialismus,* Tubinga, 1965, p. 33.
36. Helmut Kuhn, *Die Deutsche Universität im Dritten Reich,* Munich, 1966, p. 32.
37. Andreas Flittner, op. cit., p. 45.
38. Helmut Kuhn, op. cit., p. 30.
39. Werner A. Mosse, op. cit., p. 130.
40. Antología *The Third Reich,* ya citada, p. 588.
41. Arthur Schweitzer, op. cit., pp. 114, 156.
42. Werner A. Mosse, op. cit., p. 165.
43. Hermann Hass, op. cit., p. 32.
44. *Ibid.,* p. 132.
45. Friedrich Hussong, op. cit., p. 50.
46. Werner A. Mosse, op. cit., p. 50.
47. William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power,* 1965, p. 79.
48. Werner A. Mosse, op. cit., p. 48.
49. Ferdinand Friedensburg, op. cit., p. 154.
50. Thilo Vogelsang, "Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr", en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Munich, segundo año, 1954, p. 417.
51. Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche,* Munich, 1963, p. 415.
52. Seymour Martin Lipset, op. cit., p. 141.
53. Franz Neumann, op. cit., p. 23.
54. Seymour Martin Lipset, op. cit., p. 145.

2. El Tercer Reich

1. *Statisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* Franz Ehrenwirth, Munich, 1949, p. 484.
2. Hans Kohn, *The Mind of Germany,* Macmillan, Londres, 1961, p. 264.
3. Rolf Michaelis, "Das wandelbare politische Gesicht eines Dichters", *Der Tagesspiegel,* 15 noviembre 1962.
4. "The Word World of Nazi Germany", *The Times Literary Supplement,* 30 septiembre 1965 (reseña del libro de Cornelia Berning, *Vom Abstammungsnachweis zum Zuchtwart,* Walter de Gruyter, Berlín, 1965).
5. Tami Oelfken, *Das Logbuch,* Berlín, 1955, p. 35.
6. Georg K. Glaser, *Geheimnis und Gewalt,* Stuttgart, 1953, p. 511.
7. Erich Ebermayer, *Denn Heute gehört uns Deutschland,* Viena, 1959, p. 264.
8. Ferenc Kermendy, "Warum ich Deutschland nicht verlasse", *Die Welt,* 10 enero 1962.
9. Horts Krüger, *Das Zerbrochene Haus,* Rütten und Loening, Munich, 1966, p. 51.
10. *Ibid.,* p. 45.
11. Katherine Thomas, *Women in Nazi Germany,* Gollancz, Londres, 1943, p. 33.
12. Charlotte Beradt, *Das Dritte Reich des Traums,* Nymphenburger, Munich, 1966, pp. 49-52.
13. Informes del SD.
14. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* ya citada, p. 53.
15. Paul Klüke, "Hitler und das Volkswagenprojekt", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* 1960, p. 365.
16. *Statistisches Handbuch für Deutschland,* ya citada, p. 484.
17. Martin Gumpert, *Heil Hunger,* Alliance Book Corporation. Longmans, Nueva York, 1940, p. 37.
18. *Statistisches Handbuch für Deutschland,* ya citada, pp. 58-61.

19. *Ibid.*, p. 663.
20. Sebastian Haffner, *Germany: Jekyll and Hyde,* Secker and Warburg, Londres, 1940, p. 114.
21. Hermann Bähr, dir., *Kriegsbriefe gefallener Studenten,* Rainer Wunderlich, Hermann Leins, Tubinga y Stuttgart, 1952, pp. 241, 156.
22. Louis Hagen, *Follow My Leader,* Allen Wingate, Londres, 1951, p. 351.
23. Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich,* Luchterhand, Neuwied/Berlín, 1965, informe del SD n.° 83, 29 abril 1940.
24. Helmut Krausnick y Hildegard von Kotze, *Es spricht der Führer,* Gütersloh, 1966, p. 317.
25. Informes del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/186, informe del 15 julio 1943.
26. *Ibid.*, fichero R 58, fragmento correspondiente al 5 septiembre 1940.
27. William Shirer, *Berlin Diary,* Hamish Hamilton, Londres, 1940, p. 389, fragmento correspondiente al 5 septiembre 1940.
28. Gustav Brecht, *Erinnerungen,* edición privada, 1964, p. 70.
29. Heinz Boberach, op. cit., fragmento correspondiente al 18 noviembre 1943.
30. Informes del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero 58/186, fragmento correspondiente al 15 julio 1943.
31. *Arbeiterzeitung,* Schaffhausen, 31 diciembre 1943.
32. Hans-Georg von Studnitz, *Als Berlin brannte,* Kohlhammer, Stuttgart, 1963, p. 80.
33. *Münchner Neueste Nachrichten,* 24 julio 1943.
34. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* Viking Press, Nueva York, 1945, p. 187.
35. H. G. Adler, "The Failure of German War Industry", Boletín de la Biblioteca Wiener, vol. IX, septiembre/diciembre 1955, p. 40.
36. Sarah Mabel Collins, *The Alien Years,* Hodder and Stoughton, Londres, 1949, pp. 90-91.
37. *Westdeutscher Beobachter,* 4 septiembre 1943.
38. Louis P. Lochner, *Die Goebbels Tagebücher 1942-1943,* Atlantis, Zurich, 1948, p. 157, fragmento correspondiente al 11 abril 1942.
39. Entrevista con la Sra. Rosa Chlupaty en Viena, abril 1965.
40. Heins Boberach, op. cit., informe del SD n.° 304, 30 julio 1942.
41. Viktor Klemperer, *Lingua Tertii Imperii,* Berlín, 1949, p. 105.
42. *Ibid.*, p. 296.
43. "Stimmungsbericht des Regierungs-Präsidenten von Regensburg", *Archiv des Instituts für Zeitgeschichte,* Munich, fichero MA 300, documento fotográfico 2955/3098.
44. H. Trevor Roper, *The Last Days of Hitler,* Londres, 1950, pp. 90-91.
45. Arthur Geoffrey Dickens, *Lübeck Diary,* Gollancz, Londres, 1947, p. 58.
46. Viktor Klemperer, op. cit., p. 270.
47. Richard Brett Smith, *Berlín 1945 — The Grey City,* Macmillan, Londres, 1966, p. 31.
48. Josef Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich,* Siegbert Mohn, Gütersloh, 1964, p. 353.
49. Entrevista con la Sra. Carola Stern en Colonia, abril 1966.
50. Richard Brett Smith, op. cit., p. 31.
51. Wolf Mittendorff, *Soziologie des Verbrechens,* Düsseldorf, 1959, p. 242.
52. William E. Daugherty y Morris Janowitz, *A Psychological Warfare Casebook,* Baltimore, 1958, p. 747.
53. Entrevista con el Sr. Ziock, Bonn, mayo 1966.
54. Erich Kuby, *Die Russen in Berlin, 1945,* Schersverlag, Munich, 1965, p. 118.
55. *Bericht des Statistischen Bundesamts,* 4 abril 1962.
56. Theo Findahl, *Letzter Akt Berlin 1939-1945,* Hammerich und Lesser, Hamburgo, 1946, p. 194, fragmento correspondiente al 11 mayo 1945.
57. Erich Kuby, op. cit., p. 179.

3. La comunidad del pueblo

1. Horst Krüger, *Das zerbrochene Haus*, Rütten und Loening, Munich, 1966, p. 43.
2. *Völkischer Beobachter*, 2 octubre 1935.
3. *Schwarzes Korps*, 17 noviembre 1938.
4. Walter Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich*, Hansische Gilden, Hamburgo, 1948, p. 141.
5. *Frankfurter Zeitung*, 12 febrero 1939.
6. *Schwarzes Korps*, 12 diciembre 1935.
7. *Deutsche medizinische Wochenschrift*, 22 noviembre 1933.
8. *Berliner Illustrierte Zeitung*, 9 enero 1936.
9. Entrevista con el profesor Zorn, Bonn, mayo 1966.
10. Eugen Kogon, *Der SS-Staat*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1959, p. 284.
11. *Süddeutsche Zeitung*, 17 marzo 1964.
12. *Völkischer Beobachter*, 21 noviembre 1936.
13. *Ibid.*, 1 septiembre 1935.
14. Informe sobre la ejecución de Anita von Berg y Renate von Nazmer en *Neues Tagebuch*, 23 febrero 1935, p. 171.
15. *Illustrierter Beobachter*, Berlín, 30 enero 1934.
16. *Sonntag Morgen, Auslandsblatt der Kölnischen Zeitung*, 8 octubre 1935 .
17. *Frankfurter Zeitung*, 20 enero 1937.
18. Max Damarus, *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1938*, Wurzburgo, 1962, p. 793.
19. *Völkischer Beobachter*, 3 y 9 enero 1939.
20. Entrevista con el conde Schwerin von Krosigk, Essen, mayo 1966.
21. *Die Zone*, París, 1934.
22. Friedrich Christian, Prinz zu Schaumburg-Lippe, *Dr. Goebbels*, Limes, Wiesbaden, 1964. p. 79.
23. *Ibid.*, p. 108.
24. Archivo federal de Koblenz, fichero R II/39a.
25. *Ibid.*
26. *Frankfurter Zeitung*, 11 junio 1939.
27. *Der Spiegel*, 23 enero 1967, p. 62.
28. Entrevista con Terence Mason, St Anthony's College, Oxford, enero 1967.
29. *Was wir jeden Tag erleben*, folleto sobre la Orquesta Sinfónica Nacionalsocialista Imperial, Munich, 1937, p. 21.
30. *Berliner Illustrierte Zeitung*, 13 mayo 1934.
31. Karl Demeter, *Das deutsche Offizierskorps in Gesellschaft und Staat 1650-1945*, Frankfurt, 1964, p. 227.
32. *Völkischer Beobachter*, 12 febrero 1935.
33. Hermann Stresau, *Von Jahr zu Jahr*, Berlín, 1948, p. 80.
34. Gerhard Ritter, *Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1945, p. 62.
35. *Schwarzes Korps*, 10 julio 1935.
36. Hermann Stresau, op. cit., p. 363, fragmento del diario correspondiente al 10 junio 1944.
37. Ernst Niekisch, *Das Reich der niederen Dämone*, Hamburgo, 1953, p. 138.
38. *Schwarzes Korps*, 10 julio 1935.
39. *Ibid.*
40. Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich*, Neuwied/Berlín, 1965, p. 17.
41. Elizabeth Hoemberg, *Thy People, My People*, Londres, 1950, p. 114.
42. Sarah Mabel Collins, *The Alien Years*, ya citada, p. 43.
43. Wilhelm Prüller, *Diary of a German Soldier*, Londres, 1963, p. 43.

4. El partido

1. Franz Neumann, *Behemoth*, Oxford University Press, Nueva York, 1942, p. 379.
2. *Schwarzes Korps*, 15 mayo 1935.
3. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 236.
4. *Ibid.*, p. 221.
5. *Schwarzes Korps*, 12 septiembre 1935.
6. *Ibid.*, 14 noviembre 1935.
7. David Schoenbaum, op. cit., p. 236.
8. *Ibid.*, p. 225.
9. *Frankfurter Zeitung*, 8 mayo 1938.
10. Entrevista con el Sr. Thiele, Munich, abril 1967.
11. Daniel Lerner, Ithiel de Sola Pool y George K. Schüeller, "The Nazi Zlite", en *World Revolutionary Élites*, Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, Mass., 1965, p. 313.
12. *Ibid.*, p. 197.
13. *Ibid.*, p. 294.
14. David Schoenbaum, op. cit., p. 72.
15. Franz Neumann, op. cit., pp. 378-9.
16. Dr. Neusüss-Hunkel, *Die SS*, Norddeutsche, Hannover/Frankfurt, 1956, p. 16.
17. Wolfgang Zapf, *Wandlungen der deutsche Élite*, Piper, Munich, 1965, p. 181.
18. Bella Fromm, *Blood and Banquets*, Harper and Bros., Nueva York, 1942, p. 86.
19. Entrevista con el conde Schwerin von Krosigk, Essen-Werden, abril 1966.
20. Entrevista con el Sr. Bausch, Berlín, abril 1967.
21. Entrevista con la condesa de Schulenburg, Munich, mayo 1966.
22. Carta del conde Schulenburg a su mujer, octubre 1940.
23. Friedrich Christian, Prinz zu Schaumburg-Lippe, *Dr. Goebbels*, Limes, Wiesbaden, 1964, p. 236.
24. Entrevista con el conde Schwerin von Krosigk, loc. cit.
25. Achim Besgen, *Der Stille Befehl*, Nymphenburger, Munich, 1960, p. 183.
26. Erich Ebermayer y Hans Roos, *Gefährtin des Teufels*, Hoffmann y Co., Hamburgo, p. 211.
27. *Ibid.*, p. 208.
28. *Ibid.*, p. 206.
29. Entrevista con el príncipe de Wittgenstein, Munich, abril 1967.
30. Bella Fromm, op. cit., p. 243.
31. Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Hodder and Stoughton, Londres, 1941, p. 213.
32. Bella Fromm, op. cit., p. 222.
33. Entrevista con la Srta. Erna Hanfstengl, Munich, abril 1967.
34. Louis P. Lochner, *Die Goebbels Tagebücher 1942-1943*, Atlantis, Zurich, 1948, p. 260.
35. Berndhard Vollmer, *Volksopposition im Polizeistat*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1957, p. 189.
36. *Frankfurter Zeitung*, 6 marzo 1939.
37. Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches*, Piper, Munich, 1963, p. 404.
38. Hermann Glaser, *Spiesser-Ideologie*, Rombart, Friburgo, 1964, p. 86.
39. Achim Besgen, op. cit., p. 183.
40. Entrevista con el Sr. Schleif, Berlín, abril 1967.
41. Entrevista con la Sra. Woodger, Hemel Hempstad, febrero 1967.
42. Entrevista con el Sr. Thiele, loc. cit.
43. David Schoenbaum, op. cit., p. 236.
44. *Frankfurter Zeitung*, 18 septiembre 1937.
45. *Ibid.*, 16 noviembre 1937.
46. *Ibid.*, 6 enero 1938.

47. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, Archivo MA 292, documento fotográfico 8100.
48. *Schwarzes Korps,* 3 febrero 1938.
49. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* Viking Press, Nueva York, 1945, p. 145.
50. *Die Köperkultur in Deutschland 1917-1945,* Sportverlag, Berlín, 1964, p. 200.
51. Henrietta von Schirach, *The Price of Glory,* Muller, Londres, 1960, p. 163.
52. Hans Severus Ziegler, *Adolf Hitler aus dem Erleben dargestellt,* W. Schütz, Gottinga, 1964, p. 173.
53. *Ibid.,* p. 122.
54. Kurt Riess, *Gustav Gründgens,* Hoffmann y Co., Hamburgo, 1965, p. 144
55. Entrevista con el Sr. Schleif, loc. cit.
56. *Essener Volkszeitung,* 28 junio 1934.
57. Allen S. Milward, *The German Economy at War,* The Athlone Press, Londres, 1965, p. 154.

5. El ritual y la adoración del Führer

1. *Frankfurter Zeitung,* 19 febrero 1937.
2. Karl Heinz Schmeer, *Die Regie des offentlichen Lebens im Dritten Reich,* Pohl & Co., Munich, 1965, p. 85.
3. *Ibid.,* p. 72.
4. *Ibid.,* p. 95.
5. *Ibid.,* p. 97.
6. Hans Gert Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung,* Norddeutscher Verlag-Anstalt, Hamburgo, 1958, p. 135.
7. Karl Heinz Schmeer, op. cit., p. 92.
8. Hans Jochen Gamm, *Der braune Kult,* Rütten und Loening, Hamburgo, p. 141.
9. William L. Shirer, *Berlin Diary,* Londres, 1941, p. 22. Fragmento del diario correspondiente al 2 septiembre 1934.
10. Informe de Bielefeld en el *Völkischer Beobachter,* 1 febrero 1935.
11. Karl Heinz Schmeer, op. cit., p. 23.
12. Hans Jochen Gamm, op. cit., p. 73.
13. William L. Shirer, op. cit., p. 20. Fragmento del diario correspondiente al 27 febrero 1932.
14. Karl Heinz Schmeer, op. cit., p. 20.
15. *Frankfurter Zeitung,* 1 diciembre 1934.
16. *Ibid.,* 10 septiembre 1937.
17. *Ibid.,* 7 junio 1937.
18. Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich,* Luchterhand, Neuwied, 1965. Despacho n.º 39 para el 12 enero 1940.
19. Informes no publicados del Servicio de Inteligencia de la SD, Archivo Federal de Koblenz. Fichero R 58/147, n.º 44 (24 enero 1940).
20. *Frankfurter Zeitung,* 19 diciembre 1934.
21. *Ibid.,* 16 julio 1937.
22. *Ibid.,* 25 diciembre 1938.
23. Walther Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich,* Hansische Gilden, Hamburgo, 1948, p. 74.
24. *Frankfurter Zeitung,* 11 enero 1937.
25. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 4 diciembre 1938.
26. *Schwarzes Korps,* 9 diciembre 1937.
27. *Frankfurter Zeitung,* 24 noviembre 1934.
28. *Starkenburger Provinzialzeitung,* citado en el *Frankfurter Zeitung,* 1 diciembre 1934.
29. *Frankfurter Zeitung,* 21 diciembre 1934.
30. *Ibid.,* 21 noviembre 1934.

31. *Ibid.*
32. *Schwarzes Korps*, 15 julio 1937.
33. *Neue Weltbühne*, 30 abril 1936.
34. Madeleine Kent, *I Married a German*, Londres, 1938, p. 173
35. Christopher Sidgwick, *German Journey*, Londres, 1936, p. 96.
36. *Neue Weltbühne*, 30 septiembre 1935.
37. *Schwarzes Korps*, 17 julio 1935.
38. Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland*, Viena, 1959, p. 196.
39. E. Höflich, *Wie benehm ich mich, Stollfuss*, Bonn, citado en el *Schwarzes Korps*, 5 septiembre 1935.
40. *Frankfurter Zeitung*, 9 agosto 1936.
41. *Völkischer Beobachter*, 15 diciembre 1933.
42. *Der Spiegel*, 20 junio 1966.
43. Hermann Stresau, *Von Jahr zu Jahr*, Minerva, Berlín, 1948, p. 156.
44. John Heygate, *These Germans*, Hutchinson, Londres, 1940, p. 179.
45. Biblioteca Wiener, relatos de testigos presenciales, Sección PA, fichero de Elisabeth Freund.
46. Olga Tschechowa, *Ich verschweige nichts*, Simmer und Herzog, Berchtesgaden, 1952, p. 135.
47. Tami Oelfken, *Das Logbuch*, Editora de la Nación, 1955, p. 37.
48. Madeleine Kent, op. cit., p. 216.
49. *Schwarzes Korps*, 31 julio 1935.
50. *Westdeutscher Beobachter*, 26 marzo 1936.
51. Josef Wulf, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich*, Mohn, Gütersloh, 1963, p. 352.
52. Dietrich Bronder, *Bevor Hitler kam*, Piper, Hannover, 1964, p. 188.
53. Dr. Arthur Dix, "Politik als Staatslehve, Staatskunst und Staatswille", en *Zeitschrift für Politik*, Berlín, 1934, volumen 24, p. 539.
54. *Reden und Aufsätze enlässlich der Tagung der Gau— und Kreisschlungsleiter der NSDAP*, Munich, 1938, p. 21.
55. Hans Jochen Gamm, op. cit., p. 160.
56. Walter Hagemann, op. cit., p. 131.
57. Wilhelm Prüller, *The Diary of a German Soldier*, Faber, Londres, 1963, p. 110.
58. Entrevista con la Sra. Heinemann de Munich, mayo 1966.
59. Entrevista con el general von Blumentritt, Munich, mayo 1966.
60. H. Trevor Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1950, p. 90 de la tercera edición.

6. La corrupción

1. Entrevista con Albert Speer, *Der Spiegel*, 7 noviembre 1966.
2. Willi Frischauer, *Hermann Goering*, Londres, p. 232.
3. Gerhard F. Krämer, *The Influence of National Socialism on the Courts of Justice and the Police in the Third Reich*, Weindenfeld and Nicolson, Londres, 1955, p. 630.
4. Willi Frischauer, op. cit., p. 28.
5. Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Hodder and Stoughton, Londres, 1941, p. 200.
6. Robert M. Kempnerr, *SS im Kreuzverhör*, Rütten und Loening, Hamburgo, 1964, p. 209.
7. Entrevista con el Sr. Nebelung de Ludwigshafen, abril 1967.
8. *Trial of Major War Criminals*, Nuremberg, volumen XXVIII, 1759, p. 251.
9. Fritz Thyssen, op. cit., p. 199.
10. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 55/24, informe del 1 abril 1934.
11. *Neuer Vorwärts*, 20 marzo 1938.
12. *Neue Weltbühne*, 18 noviembre 1937.

13. *Ibid.*
14. Entrevista con el Sr. Nebelung de Ludwigshafen, abril 1967.
15. Rudolf Diehl, *Luzifer ante Portas,* Interverlag, Zurich, 1948, p. 95.
16. Gerald Reitlinger, *SS. Alibi of a Nation,* Heinemann, Londres, 1957, p. 113.
17. Documento PS 1757, IMT, *Trial of Major War Criminals,* Nuremberg, volumen XXVIII, p. 154.
18. *Ibid.,* pp. 150, 148.
19. *Ibid.,* p. 150.
20. *Ibid.,* p. 151.
21. *Ibid.,* p. 129.
22. *Ibid.,* p. 141.
23. Archivo Federal de Koblenz, fichero NG 670, 20 diciembre 1935 a 10 febrero 1936. Dr. Birkhahn, *Niederschlagungsanträge in Unterschlagungsstrafsache Wilhelm Reper.*
24. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 261, documento fotográfico 9493. *Stellvertretender General Wehrkreiskommando 20 Danzig,* 26 enero 1940.
25. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 319, documento fotográfico 4826-4910.
26. *Neues Tagebuch,* 15 enero 1938.
27. Louis Hagen, *Follow My Leader,* Allan Wingate, Londres, 1951, p. 125.
28. Jack Schiefer, *Tagebuch eines Wehrunwürdigen,* Grenzlandverlag, Aachen, 1947, p. 257.
29. *Kölnische Zeitung,* 29 diciembre 1939.
30. *New York Herald Tribune,* 16 febrero 1942.
31. *News Chronicle,* 7 octubre 1944.
32. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/151, informe SD, correspondiente al 13 diciembre 1943.
33. *Ibid.,* fichero R 41/268, *Akten über Stimmungsberitche ausländischer Arbeiter im Reich,* volumen VIII, cuaderno 2, 1943, folio I-275.
34. *Die Zeitung,* 17 noviembre 1944.
35. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* Viking Press, Nueva York, 1945, p. 48.
36. Biblioteca Wiener, archivo p IIIa, n.° 502.
37. *Ibid.,* archivo P IIIf, n.° 6.
38. Eugen Kogon, *Der SS Staat,* Europäische Verlagsanstalf, Frankfurt, 1959, p. 235.
39. Bella Fromm, *Blood and Banquets,* Harper, Nueva York, 1942, p. 274.
40. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 41/155, 7 enero 1939.
41. Documento PS 1208 IMT, volumen XXVII, p. 69.
42. *Völkischer Beobachter,* edición vienesa, 4 marzo 1939.
43. *Frankfurter Zeitung,* 4 julio 1938.
44. Biblioteca Wiener, archivo P IIIf, n.° 535.
45. *Ibid.,* archivo P IIIe, n.° 1186.
46. Henriette von Schirach, *The Price of Glory,* Muller, Londres, 1960, p. 186.
47. Gerald Reitlinger, op. cit., p. 173.
48. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *The Incomparable Crime,* Heinemann, 1967, p. 84.
49. Eugen Kogon, *Der SS Staat,* Berman & Fischer, Estocolmo, 1947, p. 315.
50. *Ibid.,* p. 302.
51. *Ibid.,* p. 317.
52. *Ibid.,* p. 302.
53. *Ibid.,* p. 307.
54. Entrevista con el conde Schwerin von Krosigk, Essen-Verden, abril 1966.
55. *News Chronicle,* 7 octubre 1944.
56. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 341, documento fotográfico 7418-7432.
57. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 430/1. Informe sobre la moral

pública (*Stimmungsberich*) elaborado por el presidente del Tribunal de Apelación de Bamber para el ministro Thierack.

7. La denuncia

1. Dr. Stolzenberg, en *Deutsche Justiz, cf. Frankfurter Zeitung,* 21 junio 1938.
2. Declaración fechada el 18 abril 1934, cf. *Kölnische Zeitung,* 24 julio 1934.
3. *Kölnische Zeitung,* 24 julio 1934.
4. *Der deutsche Verwaltungsbeamte,* 17 octubre 1937.
5. *Schuhhändler Zeitung,* 17 noviembre 1938.
6. *Frankfurter Zeitung,* 26 octubre 1934.
7. *Ibid.,* 15 julio 1938.
8. *Ibid.,* 15 mayo 1938.
9. *Neues Tagebuch,* 15 noviembre 1933.
10. *Frankfurter Zeitung,* 14 julio 1937.
11. *Ibid.,* 16 marzo 1937.
12. *Ibid.,* 18 agosto 1937.
13. *Hakenkreuzbanner,* Mannheim, 25 noviembre 1934.
14. *Frankfurter Zeitung,* 9 septiembre 1935.
15. *Ibid.,* 27 noviembre 1934.
16. *Ibid.,* 16 marzo 1937.
17. Entrevista con el Sr. Nebelung de Ludwigshafen, abril 1967.
18. Bernhard Vollmer, *Volkopposition im Polizeistaat,* Stuttgart, 1957, p. 41.
19. *Frankfurter Zeitung,* 23 mayo 1937.
20. Bernhard Vollmer, op. cit., p. 320.
21. Joseph Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich,* Gütersloh, 1964, pp. 295-7.
22. *Ibid.,* p. 95.
23. *Berliner Tageblatt,* 14 junio 1936.
24. Joseph Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich,* Gütersloh, 1964, p. 289.
25. *Hamburger Fremdenblattt,* 5 febrero 1942.
26. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 22/4002 (cartas de jueces, p. 201).
27. *Hakenkreuzbanner,* Mannheim, 4 diciembre 1937.
28. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 22/4002 (cartas de jueces, p. 201).
29. *Ibid.,* p. 199.
30. Biblioteca Wiener; relatos de testigos presenciales supervivientes, archivo P III d/192.
31. *Ibid.,* archivo P III f/1149.
32. *Neues Tagebuch,* 12 octubre 1935, p. 966 (decisión del juzgado municipal de Lörrach).
33. *Ibid.* (decisión del juzgado muncipal de Gera).
34. *Neues Tagebuch,* 25 abril 1936, p. 407.
35. *Neue Volkszeitung,* 31 mayo 1941.
36. Bella Fromm, *Blood and Banquets,* Nueva York, 1942, p. 208.
37. Biblioteca Wiener; relatos de testigos presenciales supervivientes, archivo P III a/54.
38. *Guardian,* 4 julio 1967 (revisión del juicio del antiguo juez del Pueblo, Hans Joachim Rehse).
39. Entrevista con Helene von Sachno, Munich, septiembre 1965.
40. Elizabeth Hoemberg, *Thy people, My people,* Dent, Londres, 1950, p. 50.
41. Louis Hagen, *Follow my Leader,* Allen Wingate, Londres, 1951, p. 311.
42. *Zwölf-Uhr-Blatt,* Berlín, 26 agosto 1944.
43. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945,* Biederstein, Munich, 1962, p. 163.
44. Archivo del *Institut für Zeitgeschichte,* Munich. *Stimmungsberichte des Regie*

*rungspräsidenten von Rogensburg,* archivo MA 300, documento fotográfico 2955/ 3098. Informe del 10 marzo 1943.
45. *Bodensee Rundschau,* Constanza, 23 noviembre 1943.
46. Edición vienesa del *Völkischer Beobachter,* 9 marzo 1945.
47. Tami Oelfken, *Das Logbuch,* Editora de la Nación, Berlín, 1955, pp. 302-3.

## 8. La Justicia

1. Rolf Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland,* Piper, Munich, 1965, p. 275.
2. Axel Eggebrecht, *Volk ans Gewehr,* Stuttgart, 1959, p. 199.
3. Rolf Dahrendorf, op. cit., p. 260.
4. *Der Spiegel,* 17 abril 1967.
5. Gerhard F. Kramer, *The Influence of National Socialism on the Courts of Justice and the Police in the Third Reich,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1955, p. 618.
6. Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland,* Paul Zsolnay, Viena, 1959, p. 75.
7. Ilse Staff, *Justiz im Dritten Reich,* Fischer, 1964, pp. 148 a 152.
8. Franz Neumann, *Behemoth,* Oxford University Press, Nueva York, 1942, p. 454.
9. *Neues Tagebuch,* 19 enero 1935.
10. Otto Kirchheimer, *Criminal Law in National Socialist Germany,* Estudios de Filosofía y Ciencias Sociales, Nueva York, n.° 3, vol. VIII, julio 1940, p. 447.
11. *Nürnberger Akten,* n.° 1565, del 20 mayo 1947.
12. Gerhard F. Kramer, op. cit., p. 630.
13. Franz Neumann, op. cit., p. 456.
14. Werne Johe, *Die Gleichgeschaltete Justiz,* Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1967, p. 140.
15. Martin Broszat, "Zur Perversion der Strafjustiz im Driten Reich", *Vierteljahres-hefte für Zeitgeschichte,* 1958, cuaderno 4, p. 422.
16. *Deutsche Justiz,* 1939, pp. 58, 59, 175-8.
17. *Schwarzes Korps,* 16 diciembre 1937.
18. *Ibid.,* 13 abril 1938.
19. *Ibid.,* 5 marzo 1942.
20. Werner Johe, op. cit., p. 39.
21. *Juristische Wochenschrift,* Leipzig, 3 noviembre 1934.
22. *Völkischer Beobachter,* 27 enero 1934.
23. *Neue Weltbühne,* 27 junio 1935.
24. *Frankfurter Zeitung,* 22 dicimebre 1934.
25. Wallace R. Deuel, *People Under Hitler,* ya citada, p. 148.
26. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945,* Biederstein, Munich, 1962, p. 76.
27. *Statisches Handbuch für Deutschland, 1928-1944,* p. 633.
28. *Frankfurter Zeitung,* 21 junio 1938.
29. *Statistisches Handbuch,* loc. cit.
30. Wolfgang Harthauser, *Die Verfolgung der Homosexuellen im Dritten Reich,* Emisora "Berlín Libre", 1 diciembre 1966, p. 15.
31. *Ibid.*
32. *Reichsgesetz über Massnahmen der Staatsnotwehr,* 3 julio 1934, *Reichsgesetzblatt,* 1934, vol. 1, p. 529.
33. Profesor Dahm, *Verbrechen und Tatbestand,* Berlín, 1936, p. 46.
34. *Frankfurter Zeitung,* 29 junio 1938.
35. Franz Neumann, op. cit., p. 457.
36. *Hamburger Fremdenblatt,* 6 junio 1943.

37. *Frankfurter Zeitung,* 5 diciembre 1937.
38. Andreas Frittner, *Deutsches Geistesleben und Nationalsozialismus,* Rainer Wunderlich, Tubinga, 1965, p. 166.
39. *Frankfurter Zeitung,* 11 febrero 1937.
40. *Ibid.,* 29 mayo 1937.
41. Ilse Staff, op. cit., p. 207.
42. Poliakov y Wulf, *Das Dritte Reich und seine Diener,* Berlín, 1956, p. 255.
43. Martin Broszat, op. cit., pp. 394-8.
44. *Ibid.,* p. 394.
45. Ilse Staff, op. cit., p. 115.
46. *Ibid.,* p. 117.
47. *Guardian,* 4 julio 1967.
48. *The Times,* 24 abril 1945.
49. Ursula von Kardorf, op. cit., p. 76.
50. William L. Shirer, *Berlin Diary,* Hamish Hamilton, 1941, p. 199.
51. *Sondergericht Rohstock Akten,* 3 LSK 135/42.
52. *Völkischer Beobachter,* 31 agosto 1944.
53. Archivo Federal de Koblenz, *Dr. Thieracks Richterbriefe,* fichero R 22/4002, n.° 6, p. 49.
54. *Ibid.,* fichero R 22/4003. *Informationsdienst des Reichsministers der Justiz, Beitrag 55,* p. 86.
55. *Ibid., Beitrag 37,* p. 60.
56. *Der Spiegel,* 6 marzo 1967, p. 53.
57. Werner Johe, op. cit., p. 192.
58. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/149, n.° 69, 27 marzo 1940.
59. Isle Staff, op. cit., p. 105.
60. Martin Broszat, op. cit., p. 432.
61. Werner Johe, op. cit., p. 183.
62. *Ibid.,* p. 187.
63. *Ibid.*
64. *Die Nürnberger Akten des Ministerialrates Werner von Haacke,* NG - 949, 18 diciembre 1947.

9. Los funcionarios

1. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 43 H/450a.
2. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967.
3. Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich,* Luchterhand, 1965, p. 158.
4. *Neues Tagebuch,* 30 septiembre 1934.
5. *Deutsche Mitteilungen,* n.° 48, 2 junio 1938, referente a un memorándum del ministro del Interior, II SB 6160/6193, Berlín, 14 diciembre 1937.
6. *Frankfurter Zeitung,* 14 abril 1937.
7. *Ibid.,* 2 septiembre 1937.
8. *Deutsche Mitteilungen,* loc. cit.
9. *Frankfurter Zeitung,* 1 marzo 1936.
10. *Ibid.,* 10 marzo 1937.
11. *Ibid.,* 9 septiembre 1935.
12. *Ibid.,* 7 julio 1937.
13. Archivo Federal de Koblenz, fichero r 43 II/432b.
14. *Schwarzes Korps,* 11 marzo 1937.
15. David Schoenbaum, op. cit., p. 211.
16. Franz Neumann, *Behemoth,* Nueva York, 1944, p. 377.
17. Ulrich von Hassell, *Vom andern Deutschland,* Frankfurt, 1946, p. 36.
18. Hans Georg von Studnitz, *Als Berlin brannte,* Stuttgart, 1963, p. 167.

19. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 55/29, vol. 1.
20. David Schoenbaum, op. cit., p. 221.
21. Entrevista con Tim Mason, Londres, enero 1967.
22. David Schoenbaum, op. cit., p. 237.
23. *Ibid.*, p. 232.
24. *Ibid.*, p. 230.
25. *Ibid.*, p. 221.
26. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, fichero MA 430/I. Informe de von Bamberg, presidente del Tribunal de Apelación, al ministro de Justicia Thierack, 27 noviembre 1943.
27. David Schoenbaum, op. cit., p. 205.

10. El ejército

1. Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches,* Piper, Munich, 1963, p. 329.
2. Elias Canetti, *Crowds and Power,* Gollancz, 1962, p. 181.
3. Wolfgang Drews, *Die klirrend Kette,* Klepper, Baden-Baden, 1947, p. 24.
4. Entrevista con el general Schimpf, Düsseldorf, abril 1966.
5. Bernard Vollmer, *Volksopposition im Polizeistaat, Verlangstalt,* Stuttgart, 1957, p. 196.
6. *Ibid.*, p. 241.
7. *Ibid.*, p. 285.
8. Daniel Lerner y otros, "The Nazi Élite", en *World Revolutionary Élites,* Massachusett, Institute of Technology, Cambridge, Mass., 1965, p. 272.
9. Decretos del 3 julio 1934 y 10 septiembre 1935. Cf. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 217.
10. Gert von Klaas, *Krupps — the Story an Industrial Empire,* Sidgwick and Jackson, Londres, 1954, p. 383.
11. G. Stolper, K. Hauser y K. Borchardt, *Die deutsche Wirtschaft seit 1870,* J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1966, p. 194.
12. Entrevista con el general Blumentritt, Munich, mayo 1966.
13. David Schoenbaum, op. cit., p. 254.
14. Karl Demeter, *Das deutsche Offizierkorps in Gesellschaft vom Staat 1650-1945,* Bernard und Graefe, Frankfurt del Maine, 1964, p. 55.
15. *Ibid.*
16. David Schoenbaum, op. cit., pp. 259-61.
17. Entrevista con Ewald von Kleist, Munich, abril 1967.
18. Karl Demeter, op. cit., pp. 259-61.
19. Entrevista con el Sr. Löhrich, Colonia, abril 1966.
20. Entrevista con el general Blumentritt, loc. cit.
21. *Hamburger Fremdenblatt,* 24 julio 1944.
22. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/428.
23. *Ibid.*, fichero R 22/4003, *Informantionsdienst des Reichsministers des Justiz,* página 39.
24. John Laffin, *Jackboot,* Cassel, Londres, 1965, p. 218.
25. Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War against Hitler,* Hodder and Stoughton, Londres, 1966, p. 164.
26. Diarios de Ulrich von Hassel, Nueva York, 1947, p. 31.
27. Louis P. Lochner, *Die Goebbels Tagebücher 1942-1943,* Atlantis, Zurich, 1948, p. 408.
28. Entrevista con Ewald von Kleist, loc. cit.
29. David Schoenbaum, op. cit., p. 218.
30. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 26I, carta de Baldur von Schirach al coronel von Stockhausen, jefe del regimiento de infantería Grossdeutschland, fechada el 14 septiembre 1940.

31. *Die Zeit,* 6 mayo 1966, p. 50.
32. Ilse Staff, *Justiz im Dritten Reich,* Fischer, Frankfurt, 1964, p. 244.
33. *Der Angriff,* 24 julio 1944.
34. Erich Ebermayer y Hans Roos, *Gefährtin des Teufels,* Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1952, p. 325.
35. Entrevista con el Sr. Jean Schlösser, Colonia, abril 1966.
36. Olga Tschechowa, *Ich vershweige nichts,* Zimmer und Herzog, Berchtesgaden, 1952, p. 278.
37. *Ibid.*, p. 280.
38. *Ibid.*, p. 201.
39. Entrevista con la Sra. Stuck-Resniczek, Munich, mayo 1966.
40. Hermann Rauschnigg, *Die Revolution des Nihilismus,* Europa, Zurich, 1964, p. 152.
41. Archivo Federal de Koblenz, *Volksgerichtshofakten,* fichero 3L293/44 a 4J/332/44.
42. Entrevista con el Sr. Michels, Düsseldorf, abril 1966.
43. Wolf Mittendorf, *Soziologie des Verbrechens,* Diederichs, Düsseldorf, 1959, página 242.
44. Entrevista con el príncipe Wittgenstein, Munich, abril 1967.
45. Entrevista con el Sr. Werner Koch, Düsseldorf, abril 1966.
46. Klaus Granzow, *Tagebuch eines Hitlerjungen 1943-1945,* Bremen, 1965, p. 82.
47. Alfred Cobban, *A History of Modern France,* vol. III, Jonathan Cape, Londres, 1965, p. 179.
48. Entrevista con el Sr. Söber, Berlín, abril 1967.
49. Entrevista con el Sr. Jean Schlösser, Colonia, mayo 1966.
50. Louis P. Lochner, op. cit., p. 308.
51. Saul K. Padover, *Psychologist in Germany,* Phoenix House, Londres, 1946, p. 137.
52. Ernst Niekisch, *Das Reich der niedern Dämone,* Rowohlt, Hamburgo, 1953, p. 304.
53. Entrevista con el Sr. Lindlar, Düsseldorf, abril 1966.
54. Entrevista con Terence Prittie, Londres, marzo 1964.
55. Ilse Staff, op. cit., p. 252.
56. Joachim Fest, op. cit., p. 332.
57. *Der Spiegel,* 2 octubre 1967, p. 37.
58. Karl Demeter, op. cit., p. 206.
59. *Ibid.*
60. *Der Spiegel,* 13 julio 1967.
61. Gustav Brecht, *Erinnerungen,* edición privada, 1964, p. 72.
62. *Die Zeit,* 6 mayo 1966, p. 50.

### 11. El campo

1. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* Franz Ehrenwirth, Munich, 1949, p. 31.
2. Frieda Wunderlich, *Farm Labour in Germany, 1810-1945,* Princeton University Press, 1961, p. 41.
3. *Kölnische Zeitung,* 11 abril 1944.
4. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 184.
5. Hans von der Decken, "Mechanisierung in der Landwirtschaft", *Vierteljahrsheft zur Konjunkturforschung,* número de invierno, 1938-39, p. 355.
6. *Neues Tagebuch,* 22 mayo 1937, p. 529.
7. *Berliner Illustrierte Zeitung,* 27 mayo 1934.
8. *Ibid.*
9. Max Rumpf y Hans Behringer, *Buerndorf am Grossstadtrand,* Stuttgart/Berlín, 1940, p. 390.

10. Harlod Müunzinger, "Die Arbeitsbelastung der Bauernfamilie — Ein Beitrag zur Landfluchtfrage in Württemberg", en *Raumforschung und Raumordnung,* 1940, n.° 10, p. 390.
11. Hans Müller, *Deutsches Bauerntum zwischen Gestern und Morgen,* Witzburgo, 1940, p. 28.
12. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 192.
13. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich,* Eyre and Spottiswoode, Londres, 1964, p. 167.
14. Franz Neumann, *Behemoth,* Oxford University Press, Nueva York, 1942, p. 394.
15. Wolfgang Schumann, "Der faschistische Reichsnährstand", *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* Berlín Este, mayo 1962, p. 1046.
16. *Schwarzes Korps,* 23 febrero 1939.
17. *Ibid.,* 19 diciembre 1935.
18. *New York Times,* 14 marzo 1937.
19. Entrevista con la Sra. von Kiekebusche, Munich, 1967.
20. Entrevista con el conde Schwerin von Krosigk, Essen-Werden, mayo 1966.
21. Entrevista con la Srta. von Miquel, Colonia, mayo 1966.
22. Franz Neumann, op. cit., p. 394.
23. Hilde Oppenheimer-Blum, *The Standard of Living of German Labor under Nazi Rule,* New School for Social Research, Nueva York, 1943, p. 19.
24. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 216.
25. *Frankfurter Zeitung,* 17 noviembre 1934.
26. *Schwarzes Korps,* 5 marzo 1936.
27. Archivo Federal de Koblenz, archivo R 43 II/528, *Treuhänderbericht,* febrero 1937.
28. *Der Deutsche Volkswirt,* 10 marzo 1939.
29. Entrevista con Terence Mason, St. Anthony's College, Oxford, enero 1967.
30. Walter Goerlitz, *Die Junker,* Starke, Limburgo, 1964, p. 391.
31. *Frankfurter Zeitung,* 24 abril 1937.
32. Elizabeth Steiner, *Agrarwirtschaft und Agrarpolitik,* tesis doctoral, Munich, 1939, p. 27.
33. Hans Müller, op. cit., p. 12.
34. *Kölnische Zeitung,* 11 abril 1944.
35. Universidad de Gotinga, Instituto de Dirección Agrícola y Asuntos Laborales.
36. Hauptarvich Berlín-Dahlem, RMI, fichero 320, n.° 582, p. 59.
37. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/149, n.° 70.
38. *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 300, documento fotográfico 3437-3489 *(Nachgeborene Kinder auf Erbhöfen).*
39. Gustav Stolper, K. Hauser y K. Borchardt, *Die Wirtschaft seit 1870,* J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1966, p. 162.
40. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 193.
41. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution,* Weindenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 171.
42. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 193.
43. Wilhelm Rapke, *Internat onal Economic Desintegration,* Londres, 1942, p. 147.
44. Hans Müller, op. cit., p. 28.
45. Karl Hopp, *Erbhofrecht in Zahlen, Deutsche Justiz,* 1936, p. 1566.
46. *Berliner Börsenzeitung,* 25 octubre 1941.
47. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* Viking Press, Nueva York, 1945, p. 226.
48. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 29 abril 1944.
49. Frieda Wunderlich, op. cit., p. 194.
50. *Institut für Zeitgeschichte,* archivo MA 300, documento fotográfico 2955-3098, *Stimmungsbericht* de la *Regierungspräsident* de Regenbburg, 11 noviembre 1943.
51. *Ibid.,* archivo MA 300, fotocopia 2955/3098.

52. *Ibid.* Informe sobre moral pública del presidente del Consejo Local de Regensburg, 11 noviembre 1943.

12. La economía

1. Franz Neumann, *Ökonomie und Politik im 20. Jahrhundert*, p. 11.
2. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1937, p. 136.
3. *Ibid.*, p. 146.
4. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1967, p. 136.
5. Arthur Schweitzer, "The Nazification of the Lower Middle Classes and Peasantry in the Third Reich", en *The Third Reich*, Widenfeld & Nicolson, Londres, 1955, p. 580.
6. Will am Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, 1965, p. 262.
7. *Neue Weltbühne*, 6 agosto 1936.
8. *Frankfurter Zeitung*, 3 noviembre 1936.
9. David Schoenbaum, op. cit., p. 139.
10. Franz Neumann, *Behemoth*, Nueva York, 1942, p. 265.
11. Bernhard Vollmer, *Volksopposition im Polizeistaat*, Stuttgart, 1957, p. 164.
12. *Fachzeitung der Schuhmachermeist*, 18 mayo 1934.
13. *Der Deutsche Volkswirt*, 17 mayo 1935.
14. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/428.
15. *Frankfurter Zeitung*, 10 octubre 1937.
16. *Ibid.*, 16 junio 1939.
17. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/421.
18. *Berliner Illustrierte Zeitung*, 27 junio 1935.
19. *Kartell Rundschau*, diciembre 1936, p. 829.
20. *Schwarzes Korps*, 6 octubre 1938.
21. *Deutsche Volkswirtschaft*, fascículo del 2 agosto 1939.
22. *Frankfurter Zeitung*, 24 mayo 1939.
23. Kurt Pritzkoleit, *Berlin*, Karl-Rauch, Düsseldorf, 1962, p. 37.
24. Garland, Kirchheimer y Neumann, *The Fate of Small Business in Nazi Germany*, Comité de Impresión del Senado, n.° 14, Washington, 1943, p. 140.
25. Heinrich Uhlig, *Die Warenhäuser im Dritten Reich*, Colonia-Opladen, 1956, p. 159.
26. *Ibid.*, p. 167.
27. *Ibid.*, p. 177.
28. *Fränkische Tageszeitung*, 22 noviembre 1934.
29. Helmut Genschel, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich*, Gottinga, 1966, p. 211.
30. Werner Mosse, *Entscheidungsjahr 1932*, Tubinga, 1965, p. 134.
31. *Der Hoheitsträger*, julio 1939, p. 15.
32. *Frankfurter Zeitung*, 8 mayo 1935.
33. Helmut Genschel, op. cit., p. 211.
34. Werner Sorgel, *Metallindustrie und Nationalsozialismus*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, p. 30.
35. Louis P. Lochner, *Tycoons and Tyrant*, Chicago, 1954, p. 213.
36. *Ibid.*, p. 175.
37. Klaus Drobisch, "Der Freundeskreis Himmler", *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, Berlín Este, segunda edición, 1960, p. 304.
38. Arthur Schweitzer, "Organisierter Kapitalismus, und Parteidiktatur", *Schmöllers Jahrbuch*, 1959, p. 46.
39. Franz Neumann, *Behemoth*, Nueva York, 1942, p. 265.
40. *Neue Weltbühne*, 3 agosto 1939.

41. Arthur Schweitzer, op. cit., p. 260.
42. Franz Neumann, op. cit., p. 392.
43. Tribunal Militar Internacional, 2PA, ADJ-L, vol. II, parte I, pp. 69, 70.
44. *Akten des I. G. Prozesses*, vol. 37/38, p. 8.
45. David Schoenbaum, op. cit., p. 135.
46. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/453.
47. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/453.
48. Günter Reimann, *The Vampire Economy*, Nueva Yrok, 1939, p. 126.
49. W. F. Brook, *Social and Economic History of Germany from 1888-1938*, Oxford University Press, 1938, p. 226.
50. *Frankfurter Zeitung*, 24 octubre 1937.
51. David Schoenbaum, op. cit., p. 151.
52. *Ibid.*, p. 156.
53. Basil Davidson, *Germany What Now?*, Londres, 1949, p. 125.
54. Gerd von Klaus, *Krupps, the Story of an Industrial Empire*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1954, p. 415.
55. Peter Batty, *The House of Krupp*, Secker and Warburg, Londres, 1966, p. 178.
56. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 7X/421.
57. Ursula von Kardorf, op. cit., p. 30.
58. *Hamburger Fremdenblatt*, 5 junio 1943.
59. Fabian von Schlabrendorff, *The Secret War Against Hitler*, Hodder and Stoughton, Londres, 1966, p. 144.
60. Louis P. Lochuer, *Tycoons and Tyrant*, Chicago, 1954, p. 242.
61. *Ibid.*, p. 246.
62. Jack Schiefer, *Tagebuch eines Wehr unwürdigen*, Aquisgrán, 1947, p. 187.
63. Archivo Federal de Koblenz, fichero R II/1243; Informe de la Cámara de Industria y Comercio Económico del Reich, 12 diciembre 1941.
64. Alan Winward, "Fritz Todt als Minister für Bewaffnung und Munition", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1966, p. 55.
65. *Frankfurter Zeitung*, 13 febrero 1942.
66. *Der Spiegel*, n.° 40, 1966.
67. Jack Schiefer, op. cit., p. 97.
68. Norbert Mühlen, op. cit., p. 177.
69. Louis P. Lochner, op. cit., p. 254.

### 13. Los obreros

1. Hilde Oppenheimer-Blum, *The Standard of Living of German Labour under Nazi Rule*, New School for Social Research, Nueva York, 1943, p. 15.
2. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Londres, 1967, p. 97.
3. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 16.
4. *Ibid.*, p. 24.
5. David Schoenbaum, op. cit., p. 98.
6. *Der Deutsche Volkswirt*, 22 julio 1938.
7. *Frankfurter Zeitung*, 22 julio 1938.
8. Tim Mason, "Labour in the Third Reich", *Past and Present*, Londres, abril 1966, p. 133.
9. *Neue Weltbühne*, 15 abril 1939.
10. Jürgen Kuczynski, *Die Geschichte der Lage der Arbeiter in Deutschland von 1789 bis in die Gegenwart*, vol. II, tomo I, Berlín, 1953, p. 390.
11. C. W. Guillebaud, *The Economic Recovery of Germany*, Londres, 1939, p. 111.
12. Entrevista con Tim Mason, enero 1967.
13. Emil Lederer, *Who Pays for German Re-armament?*, Social Research, Nueva York, febrero 1938.

14. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 41/67. RAM. *Treuhänder der Arbeit* (IIIB 14222/39), 26 julio 1939.
15. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich,* Londres, 1964, p. 314.
16. *Textilzeitung,* 4 enero 1939.
17. C. W. Guillebaud, *Social Policy of Nazi Germany,* Cambridge University Press, Londres, 1949, p. 73.
18. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 29.
19. *Völkischer Beobachter,* 15 septiembre 1944.
20. Jürgen Kuczynski, op. cit., p. 123.
21. *Statistik des Deutschen Reiches,* vol. VII, p. 529.
22. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 30.
23. W. Müller, *Das Soziale Leben im Neuen Deutschland,* Berlín, 1938, pp. 125, 126.
24. *Hamburger Fremdenblatt,* 30 diciembre 1941.
25. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 15.
26. *Parteistatistik,* 1935, vol. I, p. 53.
27. *Schwarzes Korps,* 22 abril 1937.
28. *Neue Weltbülhne,* 11 julio 1935.
29. David Schoenbaum, op. cit., p. 108.
30. Entrevista con el Sr. Lindlar, Düsseldorf, abril 1966.
31. En *Der Betriebsingenieur als Menschenführer,* Berlín, 1927. Cf. Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism,* Nueva York, 1937, p. 167.
32. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Nueva York, 1942, p. 319.
33. David Schoenbaum, op. cit., p. 111.
34. Entrevista con el Sr. Pampuch de Munich, septiembre 1965.
35. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 65.
36. *Hakenkreuzbanner,* Mannheim, 27 noviembre 1937.
37. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 165.
38. David Schoenbaum, op. cit., p. 109.
39. Hans Gerd Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkshaftsbewegung,* Norddeutsche Verlagsanstalt, Gödel-Hannover, 1958, p. 151.
40. Archivo del *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, fichero MA 292, documento fotográfico 8693-8719.
41. *Neue Weltbühne,* 15 abril 1937.
42. Alan S. Milward, *The Germany Economy at War,* Londres, 1965, p. 41.
43. *Der Angriff,* 20 febrero 1942.
44. Alan S. Milward, op. cit., p. 41.
45. Archivo Federal de Koblenz, fichero 58 126/22, 8 junio 1944.
46. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 15 diciembre 1943.
47. Stolper, Hauser y Borchardt, *Deutsche Wirtschaft seit 1870,* Tubinga, 1966, p. 194.
48. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/178, 29 diciembre 1942.

## 14. El consumo

1. Heinrich Uhlig, *Die Warenhäuser im 3. Reich,* Colonia, 1956, p. 218.
2. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich,* Londres, 1964, p. 317.
3. *Frankfurter Zeitung,* 3 enero 1937.
4. Sociedad de Naciones, *World Economic Survey, 1939-1941,* Ginebra, 1941, p. 70.
5. *Landwirtschaftliche Statistik, 1939-1940,* Varwaltungsamt des Reichsbauernführers, p. 167.
6. *Neues Tagebuch,* 5 marzo 1938, p. 222.
7. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1942, p. 314.
8. Hilde Oppenheimer-Blum, *The Standard of Living of German Labour under Nazi Rule,* New School of Social Research, Nueva York, 1943, p. 52.

9. *Statistisches Handbuch für Deutschland, 1928-1944,* p. 501.
10. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 314.
11. *Landwirtschaftliche Statistik,* p. 67.
12. Sociedad de Naciones, *World Economic Survey, 1939-1941,* Ginebra, p. 62.
13. Jürgen Kuczinsky, *Die Geschichte der Arbeiter i nDeutschland, 1933-1946,* Berlín Este, 1947, p. 103.
14. *Statistisches Handbuch für Deutschland, 1928-1944,* p. 501.
15. *Frankfurter Zeitung,* 21 enero 1937.
16. *Landwirtschaftliche Statistik,* p. 167.
17. Jürgen Kuczinsky, op. cit., p. 100.
18. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 314.
19. *Landwirtschaftliche Statistik,* p. 167, y *Statistisches Handbuch, 1928-1944,* p. 501.
20. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 54.
21. *Schwarzes Korps,* 6 julio 1939.
22. Theodor Bühler, *Deutsche Sozialwirtschaft,* Kohlhammerverlag, Stuttgart, 1943, p. 47.
23. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 314.
24. Jürgen Kuczinsky, op. cit., p. 100.
25. Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* Nueva York, 1945, p. 223.
26. *Völkischer Beobachter,* 11 marzo 1939.
27. Biblioteca Wiener, relatos de testigos presenciales, archivo P, IIIa, 526.
28. Hans Georg von Studnitz, *Als Berlin brannte,* Stuttgart, 1963, p. 253.
29. *Landwirtschaftliche Statistik,* p. 167, y *Statistisches Handbuch, 1928-1944,* página 501.
30. *Strassburger Neueste Nachrichten,* 28 septiembre 1941.
31. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/192 20 enero 1944.
32. *Frankfurter Zeitung,* 16 febrero 1938.
33. *Der Angriff,* Berlín, 6 octubre 1937.
34. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 150.
35. *Schwarzes Korps,* 22 septiembre 1938.
36. *Frankfurter Zeitung,* 16 mayo 1937.
37. C. W. Guillebaud, *Germany's Economic Recovery,* p. 178.
38. *Wirtschaft und Statistik,* 1944, n.° 7, p. 111.
39. *Neues Tagebuch,* 1 abril 1938.
40. Sarah Mabel Collins, *The Alien Years,* Londres, 1949, p. 19.
41. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 150.
42. *Frankfurter Zeitung,* 1 enero 1938.
43. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 43 II/558 — "Arbeitswissenschaftliches Institut der DAF, Beiträge zur Statistik der Lebenshaltung des deutschen Arbeiter".
44. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 314.
45. Sociedad de Naciones, *World Economic Survey, 1939-1941,* Ginebra, 1941, página 67.
46. Elizabeth Hoemberg, *Thy People, My People,* Londres, 1950, p. 20.
47. Max Seydewitz, op. cit., p. 117.
48. Jürgen Kuczinsky, op. cit., p. 250.
49. Biblioteca Wiener, relato de un testigo presencial, archivo P IIIa 526.
50. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 56.
51. Max Seydewitz, op. cit., p. 187.
52. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 56.
53. Biblioteca Wiener, relato de un testigo presencial, archivo P IIIa 615.
54. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58, n.° 77, 15 abril 1940.
55. *Frankfurter Zeitung,* 26 febrero 1938.
56. *Bilanz des Zweiten Weltkrieges,* Gerhard Stallin, Oldenburg, 1958, p. 337.
57. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/192, 20 enero 1944.
58. *Ibid.,* fichero R 58/172, n.° 284.

59. Hans Georg von Studnitz, op. cit., p. 253.
60. *Ibid.*
61. Sociedad de Naciones, *Statistical Year Book, 1938-1939,* Ginebra, 1939, p. 197.
62. *Sonderbeilage zum Wochenbericht des Institutes für Konjunkturforschung,* n.° 19, 13 mayo 1936.
63. *Ibid.*
64. Theodor Bühler, op. cit., p. 135.
65. David Schoenbaum, op. cit., p. 153.
66. *Frankfurter Zeitung,* 7 diciembre 1937.
67. *Wochenbericht des Institutes für Konjunkturforschung,* 2 marzo 1938.
68. *Frankfurter Zeitung,* 28 junio 1939.
69. Theodor Bühler, op. cit., p. 138.
70. *Ibid.*
71. Hilde Oppenheimer-Blum, op. cit., p. 49.
72. Theodor Bühler, op. cit., p. 144.
73. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 43/II-558.
74. Jürgen Kuczinsky, op. cit., p. 211.
75. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/184, 23 mayo 1940.
76. Max Seydewitz, op. cit., p. 120.
77. *Ibid.*, p. 308.
78. Hemut Lehmann-Haupt, *Art under Dictatorship,* Oxford University Press, Londres, 1954, p. 119.

15. La sanidad

1. Ministerio de Asuntos Exteriores y Ministerio de Economía de Guerra, *The Nazi System of Medicine and Public Health Organization,* Londres, 1944, p. 255 hasta el final del capítulo X.
2. *Ibid.*, p. 256.
3. *Klinische Wochenschrift,* 7 agosto 1943.
4. *Deutsches Ärzteblatt,* 24 octubre 1936.
5. *Ibid.*
6. Capítulo X, p. 249.
7. *Frankfurter Zeitung,* 18 marzo 1937.
8. Capítulo X, p. 246.
9. *Schwarzes Korps,* 27 julio 1939.
10. Capítulo X, p. 246.
11. *Der Öffenliche Gesundheitsdienst,* vol. IV, n.° 15, 1938, p. 435.
12. *Frankfurter Zeitung,* 16 julio 1939.
13. *Hamburger Fremdenblatt,* 24 julio 1944.
14. *Frankfurter Zeitung,* 30 julio 1938.
15. *Ibid.*, 24 julio 1937.
16. *Ibid.*, 6 mayo 1939.
17. *Ibid.*, 5 julio 1938.
18. *Ibid.*, 27 mayo 1937.
19. Erich Kuby, *Das ist des Deutschen Vaterland,* Stuttgart, 1957, p. 457.
20. *Bericht über das Bayrische Gesundheitswesen, 1939,* Munich, 1941, páginas 55 y 86.
21. *Statistisches Handbuch für Deuptschland, 1928-1944,* p. 61.
22. *Ibid.*
23. *Das Bayrische Gesundheitswesen,* pp. 21 y 51.
24. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Nueva York, 1942, p. 220.
25. *Neue Weltbühne,* 30 abril 1936.
26. Capítulo X, p. 244.
27. *Klinische Wochenschrift,* Berlín, 24 octubre 1942.

28. *Chemnitzer Neue Nachrichten,* 25 noviembre 1941.
29. Theodor Bühler, *Deutsche Sozialwirtschaft,* Kohlhammer, Stuttgart, 1943, p. 47.
30. *Frankfurter Zeitung,* 1 febrero 1938.
31. Capítulo X, p. 233.
32. *Neues Tagebuch,* 4 julio 1936.
33. *The Listener,* 10 noviembre 1937.
34. *Ärzteblatt Berlin,* 12 febrero 1938.
35. Wallace R. Deuel, op. cit., p. 21.
36. *Völkischer Beobachter,* 2 febrero 1935.
37. *Statistisches Handbuch für Deutschland, 1928-1944,* p. 609.
38. *Amtliche Nachrichten für die Reichsversicherung,* 1937, suplemento 12.
39. *Statistisches Handbuch,* p. 474.
40. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 41/282.
41. *Kölner Verwaltungsberichte.*
42. *Öffentlicher Gesundheitsdienst,* vol. 4, parte 15, 1938, p. 472.
43. *Bericht über das Bayrische Gesundheitswesen,* Munich, 1941, p. 18.
44. Dr Conti, *Der Stand der Volksgesundheit,* 1943, p. 4, "Aus den Handakten des Ministerialrates Dr Fabian".
45. Dr Conti, op. cit., p. 4.
46. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 22/4003.
47. *Ibid.*
48. Dr Conti, op. cit., p. 20.
49. Dr W. Klein, *Der Amtsarzt,* Jena, 1943, p. 13.
50. *Schwarzes Korps,* 30 marzo 1944.
51. *Frankfurter Zeitung,* 28 abril 1937.
52. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/158, 25 marzo 1941.
53. *Ibid.*
54. *Schwarzes Korps,* 9 enero 1941.
55. Dr Conti, op. cit., p. 19.
56. *Arbeiterzeitung,* Schaffhausen, 18 noviembre 1944.
57. *Stuttgarter N.S. Kurier,* 28 octubre 1941.
58. *Das Reich,* 13 septiembre 1942.
59. *Institut für Zeitgeschichte,* archivo MA 300, documento fotográfico 2944 a 3098.
60. Dr Conti, op. cit., p. 14.
61. Archivo Federal de Koblenz, R 58/146, 13 diciembre 1939.
62. *Manchester Guardian,* 19 mayo 1945.
63. Eugen Kogon, *Der SS Staat,* Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1959, p. 399.

## 16. La familia

1. "Hossbach Memorandum", en *Documents on German Foreign Policy 1918-45,* serie D, vol. I: *From Ne urath to Ribbentrop,* Washington, 1949, pp. 29-39.
2. Dr W. Klein, *Der Amtsarzt,* Gustav Fischer, Jena, 1943, p. 16.
3. *Gesetz zur Förderung der Eheschliessungen,* 5 julio 1933 (nueva edición el 21 febrero 1935).
4. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Harcourt Brace, Nueva York, 1942, pp. 242-246.
5. Madeleine Kent, *I Married a German,* Allen and Unwin, Londres, 1938, p. 323.
6. "Satzungen des Ehrenkreuzes der deutschen Mutter", 16 diciembre 1938, publicado en el *Reichgesetzblatt* del 24 diciembre 1938.
7. *Dokumente der deutschen Politik,* volumen VI, 1, p. 71, citado en Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches,* Piper, Munich, 1963, p. 364.
8. *Völkischer Beobachter,* 24 diciembre 1938.
9. *Schwarzes Korps,* 15 abril 1937.
10. *Ibid.,* 4 mayo 1939.

11. *Informationsdienst des Reichsminister der Justiz*, Berlín, junio 1944, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 22/4003, p. 12.
12. *Münchner Neueste Nachrichten*, 25 julio 1940.
13. *Ibid.*, 14 junio 1935.
14. *Hamburger Fremdenblatt*, 5 diciembre 1935.
15. *Schwarzes Korps*, 10 julio 1935.
16. *Ibid.*, 3 octubre 1935.
17. Dr Folbert, *Klinische Wochenschrift*, 1938, p. 1.446.
18. *Frankfurter Zeitung*, 19 mayo 1937, cita de un informe de Sajonia.
19. *Gesetz für Verhinderung des erbkranken Nachwuchses* del 14 julio 1933, citado en Franz Neumann, *Behemoth*, Oxford University Press, Nueva York, 1942, p. 111.
20. *Frankfurter Zeitung*, 30 enero 1937.
21. *Ibid.*, 13 noviembre 1938.
22. Dr W. Klein, *Der Amtsarzt*, Jena, 1943, pp. 14-21.
23. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944*, Munich, 1949, p. 634.
24. *Ibid.*, p. 62.
25. W. C. Guillebaud, *The Social Policy of Nazi Germany*, Londres, 1941, p. 100.
26. Hans Stahlinger, "Germany's Population Miracle", en *Social Research*, Nueva York, mayo 1938.
27. Peter Heinz Seraphim, *Deutsche Wirtschafts— und Sozialgeschichte*, Theodor Gabler, 1962, p. 238.
28. Ilse Staff, *Justiz im Dritten Reich*, Fischer, Frankfurt, 1964, p. 183.
29. *Frankfurter Zeitung*, 16 marzo 1937.
30. *Schwarzes Korps*, 4 noviembre 1943.
31. Ilse Staff, op. cit., p. 85.
32. *Schwarzes Korps*, 15 diciembre 1938.
33. *Erlass des Reichsministeriums des Innern* del 27 diciembre 1938, "Unterbringung von Kindern aus politisch unzuverlässigen Familien", *Frankfurter Zeitung*, 5 enero 1939.
34. Decisión del Tribunal de Torgau, citado por Ilse Staff, op. cit., p. 188.
35. *Times Educational Supplement* del 26 abril 1941, citando un juicio de un tribunal de Wilster, Schleswig-Holstein, en enero 1940.
36. Decisión del *Oberlandesgericht*, Munich, 3 diciembre 1937. Ver el *Frankfurter Zeitung* del 2 marzo 1938.
37. *Deutsches Ärzteblatt*, 12 diciembre 1936.
38. *Umdruck FAM 397/21*. Cf. *Neues Tagebuch*, 16 octubre 1937.
39. *Frankfurter Zeitung*, 7 julio y 10 septiembre 1937.
40. *Schwarzes Korps*, 6 enero 1938.
41. *Juristische Wochenschrift*, 1937, p. 3057.
42. *Neue Volkszeitung*, Nueva York, 6 septiembre 1941.
43. *Frankfurter Zeitung*, 14 diciembre 1938.
44. *Ibid.*, 26 marzo 1939.
45. *Neue Volkszeitung*, Nueva York, 6 septiembre 1941.
46. Felix Kersten, *Totenkopf und Treue*, Hamburgo, 1952, p. 229.
47. Judy Barden, "Freundin und Candy", en la antología de Arthur Settle *Das ist Germany*, Wolfgang Metzner, Frankfurt, p. 149.
48. Felix Kersten, op. cit., p. 230.
49. Louis Hagen, *Follow My Leader*, Allen Wingate, Londres, 1951, p. 265.
50. Entrevista con la Srta. Erna Hanfstängel en Munich, abril 1967.
51. *Völkischer Beobachter*, 24 noviembre 1934.
52. *Neues Volk*, número 5, mayo 1940.
53. *Himmler-Erlass* del 28 octubre 1939, citado en Hans Jochen Gamm, *Der Braune Kult*, Rütten und Loening, Hamburgo, p. 145.
54. *Institut für Zeitgeschichte*, Munich, archivo MA 293/0546.
55. Felix Kersten, op. cit., p. 226.
56. *Rote Erde*, Dortmund, 23 marzo 1940.

57. *Schlesiger Tageszeitung,* 7 abril 1940.
58. *Münchner Neueste Nachrichten,* 12 septiembre 1941.
59. *Schwarzes Korps,* 9 septiembre 1943.
60. El presidente del Tribunal Supremo de Berlín al ministro de Justicia. Despacho del 3 julio 1944. Archivos del *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 430/1.
61. *Ibid.,* despacho del 1 abril 1944.
62. Consejero ministerial Helmut Stellricht, *Neue Erziehung,* Wilhelm Limpert, Berlín, 1942, pp. 125-27.
63. Amos Elon, *Journey through a Haunted Land,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1967, p. 201.
64. *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus,* dirigida por el Dr. H. A. Jakobsen y el Dr. W. Jochmann, *Neue Gesellschaft,* Bielefeld, 1960, y Felix Kersten, op. cit., pp. 226-31.

## 17. La mujer

1. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944,* Munich, 1949, p. 31.
2. Fried Wunderlich, en *The American Scholar,* Camden, N. J., vol. 7, n.° I, invierno 1938.
3. Herman Glaser, *Spiesser-Ideologie,* Rombach, Friburgo, 1954, p. 171.
4. *Frankfurter Zeitung,* 4 febrero 1938.
5. Henry M. Pachter, "National Socialist and Fascist Propaganda for the Conquest of Power", en la antología *The Third Reich,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1955, p. 720.
6. Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reichs,* Piper, 1963, p. 356.
7. *Adolf Hitler Zweites Buch,* Stuttgart, 1961, pp. 198-200.
8. Herman Glaser, op. cit., p. 184.
9. Joseph Goebbels, *Michael: Ein Deutsches Schicksal in Tagebuchblättern,* Franz Eher, Munich, 1934, p. 41.
10. Clifford Kirkpatrick, *Nazi Germany, its Women and Family Life,* Indianápolis y Nueva York, p. 117.
11. Joseph Goebbels, "Das Frauentum", en *Signale der Neuen Zeit,* Berlín, 1934, p. 118.
12. Werner Klose, *Generation in Gleichschritt,* Stalling, Oldenburg, 1964, p. 177.
13. Kurt Rosten, *Das ABC des Nationalsozialismus,* 5.ª ed., Berlín, 1933, p. 198.
14. Gerhard Bry, *Wages in Germany,* Princeton, 1960, p. 246.
15. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution,* Londres, 1967, p. 197.
16. *Westdeutscher Beobachter,* 21 junio 1938.
17. G. W. Guillebaud, *Social Policy of Nazi Germany,* Cambridge University Press, 1941, p. 57.
18. David Schoenbaum, op. cit., p. 195.
19. *Frankurter Zeitung,* 20 abril 1937.
20. *Berliner Tageblatt,* 3 junio 1938.
21. *Schwarzes Korps,* 11 mayo 1939.
22. Informe del SD del 26 mayo 1941, en Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich,* Luchterhand, Neuwied, 1965, p. 189.
23. *Reichsgesetzblatt,* I, p. 67.
24. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 31 mayo 1943, citado en Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany,* The Viking Press, Nueva York, 1945, p. 244.
25. Informe del SD del 4 febrero 1943, citado por Heinz Boberaeh, op. cit., p. 356.
26. Sarah Mabel Collins, *The Alien Years,* Hodder and Stoughton, Londres, 1949, p. 141.
27. Informe del SD del 7 marzo 1944, *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, archivo MA 442/2, 1848-1503.

28. Max Seydewitz, op. cit., p. 246.
29. *Der Vier-Jahres-Plan Nr 3,* 5 febrero 1940.
30. *Der Angriff,* 1 abril 1942.
31. *Ibid.,* 7 febrero 1940.
32. *Kölnische Zeitung,* 14 julio 1942.
33. *Münchner Zeitung,* 17 enero 1941, y *Bodensee Rundschau,* 19 noviembre 1941.
34. Ruth Kohle-Irrgang, *Die Sendung der Frau in der Deutschen Geschichte,* Leipzig, 1940, p. 235.
35. *1937 Reichsparteitagbericht,* Munich, 1938, p. 235.
36. *Stuttgarter NS.-Courier,* 1 octubre 1941.
37. Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism,* Viking Press, Nueva York, 1937, p. 218.
38. David Schoenbaum, op. cit., p. 191.
39. *Deutsche Frauen an Adolf Hitler,* Leipzig, 1934, 3.ª edic., p. 28.
40. *Ibid.,* p. 57.
41. *Ibid.,* p. 40. Las autoras de los fragmentos citados eran Irmgard Reichenau, Jella Erdmann y Leonora Kühn.
42. Alice Rilke, en "Arbeitseinsatz der Frauen", en *Frau am Werk,* número de enero 1938.
43. August Reber-Gruber, *Weibliche Erziehung im Nationalsozialistischen Lehrerbund,* Leipzig/Berlín, 1934, pp. 1-6.
44. David Schoenbaum, op. cit., p. 191.
45. *Danziger Vorposten,* 3 septiembre 1938.
46. *Frankfurter Zeitung,* 16 abril 1936.
47. Clifford Kirkpatrick, op. cit., p. 249, y *Frankfurter Zeitung,* 4 febrero 1938.
48. *Frankfurter Zeitung,* 27 julio 1937.
49. *Ibid.,* 16 julio 1936.
50. *Morning Post,* 24 febrero 1937.
51. *Frankfurter Zeitung,* 3 julio 1935.
52. Hermann Glaser, op. cit., p. 171.
53. *Bucharester Tagblatt,* 5 septiembre 1941.
54. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 26 septiembre 1943.
55. Archivo Federal de Koblenz, R 43 II/443, 14 julio 1939.
56. M. T. Ferting, *Die Frau in unserer Zeit,* Themis, Darmstadt, 1952, p. 53.
57. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Harcourt Brace, Nueva York, 1942, p. 161.
58. Entrevista con el Sr. Friedrich Luft, Berlín, abril 1967.
59. Clifford Kirkpatrick, op. cit., p. 105.
60. *Frankfurter Zeitung,* 11 agosto 1943.
61. Joachim Fest, op. cit., p. 365.
62. H. Bretzlaw, *Arbeitsmaiden am Werk,* Leipzig, 1940, p. 73.
63. Wilfred von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende,* Buenos Aires, 1949, p. 40.
64. *Sprachregelung* del 7 octubre 1940, n.º 138, firmado por el Dr. Kausch.
65. *Stuttgarter NS-Courier,* 1 octubre 1941.
66. *Ibid.,* 11 agosto 1941.
67. *Hamburger Fremdenblatt,* 1 diciembre 1941.
68. *Bodense Rundschau,* 19 noviembre 1941.
69. G. Wenzmer, "¿Debería permitirse fumar a las mujeres?", *Hamburger Fremdenblatt,* 22 marzo 1944.
70. Louis P. Lochner, *Die Goebbels Tagebücher 1942-1943,* fragmento correspondiente al 10 mayo 1943, Atlantis, Zurich, 1948, p. 335.
71. *Ibid.,* fragmento correspondiente al 13 marzo 1943, p. 270.
72. *Strasburger Neueste Nachrichten,* 31 marzo 1941.
73. Robert Birley, *Spectator,* 10 octubre 1969.
74. Herman Rauschnigg, *Gespräche,* Nueva York, 1940, p. 240.

18. La juventud

1. *Statistisches Handbuch für Deutschland 1928-1944*, Munich, 1949, p. 843.
2. C. W. Guillebaud, *Social Policy of Nazi Germany*, Cambridge University Press, 1941, p. 76.
3. *Ibid.*
4. A. Bremhorst y W. Bachman, *Ordnung des Berufseinsatzes*, Berlín/Leipzig, 1937, p. 13.
5. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Londres, 1967, p. 100.
6. *Hamburger Fremdenblatt*, 26 febrero 1945.
7. David Schoenbaum, op. cit., p. 100.
8. W. C. Guillebaud, *The Economic Recovery of Germany*, Londres, 1939, p. 109.
9. Werner Klose, *Generation im Gleichschritt*, Stalling, Oldenburg, 1964, p. 100.
10. Arthur Axmann, *Der Reichsberufswettkampf*, Berlín, 1938, p. 313.
11. Entrevista con el Sr. Lindlar en Düsseldorf, mayo 1966.
12. *Frankfurter Zeitung*, 14 junio 1939.
13. *Ibid.*, 3 abril 1938.
14. Archivo Federal de Koblenz, R II/234 B.
15. *Frankfurter Zeitung*, 11 noviembre 1937, cita de *Das Junge Deutschland*, del Dr. Rechenbach.
16. *Statistisches Handbuch für Deutschland, 1938.*
17. Dr. Ewald Hebeltreit, del departamento de Sanidad del partido nazi, en *Deutsches Ärzteblatt*, enero 1937, citado en *Frankfurter Zeitung*, 23 enero 1937.
18. *Bericht über das Bayerische Gesundheitswesen 1939*, vol. 58, Munich, 1941, p. 18.
19. *Neue Volkszeitung*, Nueva York, 31 mayo 1941.
20. *Frankfurter Zeitung*, 5 julio 1938, citando al Dr. Toppich: *Münchner medizinische Wochenschrift.*
21. A. Blenke, *Münchner medizinische Wochenschrift*, 2 abril 1937.
22. *Frankfurter Zeitung*, 27 mayo 1937.
23. *Ibid.*, 6 noviembre 1937.
24. *Neue Volkszeitung*, Nueva York, 31 mayo 1941.
25. Jack Schiefer, *Tagebuch eines Wehrunwürdigen*, Grenzland, Aquisgrán, 1947, p. 285.
26. Amos Elon, *Journey Through a Haunted Land*, Nueva York, 1967, p. 201.
27. *Informationsdienst des Reichministers des Justiz*, Berlín, junio 1944, p. 88. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 22/4003.
28. *Ibid.*
29. *Daily Telegraph*, 1 junio 1936.
30. *Frankfurter Zeitung*, 17 agosto 1939.
31. *Völkischer Beobachter*, 21 marzo 1940.
32. *Kriminalität und Gefährdung der Jugend*, Jugendführung des Dritten Reiches, Berlín, *Lagesbericht bis zum 1. Januar 1940*, p. 204.
33. Klaus Granzow, *Tagebuch eines Hitlerjungen 1943-1945*, Karl Schoenemann, Bremen, p. 46.
34. *Kriminalität und Gefährdung der Jugend*, p. 183.
35. *Ibid.*
36. Walter Friedlander y Earl Dewey Myers, *Child Walfare in Germany before and after Nazism*, University of Chicago Press, 1940, p. 13.
37. *Ibid.*, p. 130.
38. *Ibid.*, p. 132.
39. *Ibid.*, p. 96.
40. *Schwarzes Korps*, 13 mayo 1937.
41. Arno Klönne, *Die HJ Generation, Politische Studien*, número 116, Isar, Munich, febrero 1959, p. 215.
42. *Frankfurter Zeitung*, 28 marzo 1937.

43. Werner Klose, op. cit., p. 75.
44. *The Times,* 4 mayo 1934.
45. Louis Hagen, *Follow My Leader,* Allen Wingate, Londres, 1951, p. 78.
46. Arno Klönne, *Die Hitler Jugend,* Hanover/Frankfurt, 1956, p. 42.
47. Werner Klose, op. cit., p. 132.
48. Wolfgang Drews, *Die Klirrende Kette,* Keppler, Baden-Baden, 1947, p. 125.
49. Werner Klose, op. cit., p. 92.
50. *Ibid.,* p. 93.
51. *Ibid.,* p. 94.
52. *Ibid.,* p. 217.
53. Hans Jochen Gamm, *Führung und Verführung,* List, Munich, 1964, p. 339.
54. Werner Klose, op. cit., p. 179.
55. *Ibid.,* p. 61.
56. Bernhard Vollmer, *Volksopposition in Polizeistaat,* Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1957, p. 133.
57. *Berliner Illustrierte Zeitung,* 16 mayo 1935.
58. Hans von Wyl, *Ein Schweizer erlebt Deutschland,* Europa, Zurich, p. 255.
59. *Frankfurter Zeitung,* 2 febrero 1938.
60. *Statistisches Jahrbuch für Deutschland 1928-1945,* ya citado.
61. *Die Deutsche Kämpferin,* octubre 1938.
62. *Kriminalität und Gefährdung der Jugend,* ya citado, p. 163.
63. *Völkischer Beobachter,* 10 febrero 1935.
64. *Neues Tagebuch,* 4 septiembre 1937.
65. *Frankfurter Zeitung,* 13 diciembre 1938.
66. *Der Bund, Berna,* 22 abril 1940.
67. Thilo Scheller, "Wehrerziehung im Spiel", en la antología *Erziehung zur Wehrwillen,* Rat, Stuttgart, 1937, p. 321.
68. *Ibid.*
69. Karl Haushofer en *Erziehung zum Wehrwillen,* p. 31, y Harry Griersdorf, *Der Kampf als Lebensgesetz, Reichsschulungsthema 1942-1943,* Ether, Munich, p. 7.
70. Artículo sobre el campamento de las Juventudes Hitlerianas en Murnau, *Völkischer Beobachter,* 2 agosto 1934.
71. Werner Klose, op. cit., p. 152.
72. *Ibid.,* p. 222.
73. *Reichsgesetzblatt I, 1939,* p. 2000.

## 19. La educación

1. Rolf Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik,* Westdeutscher, Colonia/Opladen, 1963, p. 19.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.,* p. 20.
4. *Frankfurter Zeitung,* 14 septiembre 1939.
5. Rolf Eilers, op. cit., p. 73.
6. Entrevista con el profesor Zorn en la Universidad de Bonn, mayo 1966.
7. *Frankfurter Zeitung,* 15 diciembre 1937.
8. W. Friendlander y Earl Dewey Myers, *Child Welfare in Germany before and after Nazism,* University of Chicago Press, 1940, p. 227.
9. Rolf Eilers, op. cit., p. 21.
10. Werner Klose, *Generation im Gleischschritt,* Stalling, Oldenburg, 1964, p. 113.
11. Ministro de Educación, Ciencia e Instrucción Popular, *Erlass über Schülerauslese an den höheren Schulen,* 27 marzo 1935.
12. R. Benze, *Rasse und Schule,* Braunschweig, 1934, p. 17.
13. Louis Hagen, *Follow my Leader,* Allen Wingate, Londres, 1951, p. 261.

14. Dietrich Strothmann, *Nationalsozialistische Leraturpolitik,* H. Bouvier, Bonn, 1960, p. 153, y *Neue Weltbühne,* 14 diciembre 1933, p. 1.571.
15. *Neue Weltbühne,* 14 diciembre 1933, p. 1.571.
16. M. Staemler, *You and Your Life,* citado por Werner Klose, op. cit., p. 178.
17. Rolf Eilers, op. cit., p. 23.
18. *Ibid.,* p. 25.
19. *Ibid.,* p. 86.
20. Milton Mayer, *They Thought They were Free,* Chicago University Press, 1955, p. 110.
21. Rolf Eilers, op. cit., p. 122.
22. *Informe sobre la moral pública,* por el gobernador civil de Regensburg, 11 noviembre 1943. Archivos del *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, fichero MA 300.
23. *Frankfurter Zeitung,* 28 febrero 1941.
24. *Ibid.,* 27 octubre 1937.
25. *Ibid.,* 23 marzo 1938.
26. Werner Klose, op. cit., p. 194.
27. W. W. Schutz, *The German Home Front,* Gollancz, Londres, 1943, p. 186.
28. *Frankfurter Zeitung,* 26 septiembre 1937.
29. *Reichgesetzblatt I, 1939,* p. 710. Cf. Rolf Eilers, op. cit., p. 123.
30. *Deutsche Volksschule,* publicación de la NSLB, citado en *Frankfurter Zeitung,* 25 julio 1939.
31. Coronel Hilpert, *Frankfurter Zeitung,* 16 enero 1937.
32. *Meldungen aus dem Reich,* Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58, n.° 73, 5 abril 1940.
33. *Hamburger Fremdenblatt,* 11 febrero 1941.
34. *Meldungen aus dem Reich,* Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58, n.° 178, 29 diciembre 1942.
35. *Schwarzes Korps,* 1 abril 1937.
36. *Frankfurter Zeitung,* 20 junio 1937.
37. *Meldungen aus dem Reich,* Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/148, n.° 55.
38. *Frankfurter Zeitung,* 10 mayo 1938.
39. *Ibid.,* 28 julio 1938.
40. *Schwarzes Korps,* 2 febrero 1939.
41. Dr. Meinshausen, inspector municipal de primera enseñanza, *Der NS Erzieher* (cf. *Frankfurter Zeitung,* 28 octubre 1937).
42. *Frankfurter Zeitung,* 10 mayo 1938.
43. Hans Jochen Gamm, *Führung und Verführung,* 1964, p. 204.
44. Rolf Eilers, op. cit., p. 9.
45. *Meldungen aus dem Reich,* Archivo Federal de Koblenz, R 58/I, 84, 3 mayo 1940.
46. *Ibid.,* R 58/157, n.° 161, 10 febrero 1941.
47. Rolf Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland,* Piper, Munich, 1965, p. 20.
48. Rolf Eilers, op. cit., pp. 43-46.
49. Hans Jochen Gamm, op. cit., p. 405.
50. Werner Klose, op. cit., p. 204.
51. Heissmeyer a Himmler, 6 julio 1942. Centro documental de Berlín, Escuelas Adolf Hitler, 270, II.
52. Rolf Eilers, op. cit., p. 32.
53. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 278.
54. *Schwarzes Korps,* 3 agosto 1939.
55. Karl Neumann, *Other Men's Graves,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1958, p. 48.
56. Hans Jochen Gamm, op. cit., p. 380.
57. Dr. Neusüss-Hunkel, *Die SS,* Norddeutsche Verlagsanstalt, Hannover y Frankfurt, 1956, p. 39.

58. Dietrich Orlor, "Die Adolf Hitler Schulen", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* 3.ª ed., 1965, p. 272.
59. *Völkischer Beobachter,* 5 noviembre 1939.
60. R. Benze, "Deutsche Schulerziehung", *Jahrbuch des deutschen Zentralen Instituts für Erziehung und Untericht,* Berlín, 1943, p. 131.
61. *Völkischer Beobachter,* 25 abril 1936.
62. Ernest Hearst, "Finishing Schools for Nazi Leaders", Boletín de la Biblioteca Wiener, julio 1965.
63. Karl Neumann, op. cit., p. 64.
64. David Schoenbaum, op. cit., p. 283.
65. *Ibid.,* p. 283.
66. Entrevista con el Sr. Mohl en Colonia, junio 1966.
67. *Wiener Beobachter,* abril 1942.
68. Rolf Eilers, op. cit., p. 38, y Walter Friendlander y Earl Dewey Myers, op. cit., p. 212.
69. *Statistische Monatshefte* de las SS *Erfassungsamt* de noviembre, Archivos Nacionales, microcopia T 24, documento 15, forma 3866/28.
70. *Schwarzes Korps,* 18 mayo 1939, en el décimo aniversario de la fundación de la NSLB.
71. *Westdeutscher Beobachter,* 28 enero 1938.
72. *Münchner Neueste Nachrichten,* 15 agosto 1938.
73. David Schoenbaum, op. cit., p. 276.
74. *Meldungen aus dem Reich,* Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/184, 23 mayo 1940.
75. *Frankfurter Zeitung,* 25 agosto 1938.
76. Entrevista con el profesor Zorn, Universidad de Bonn, mayo 1966.
77. *Frankfurter Zeitung,* 5 marzo 1935.
78. *Ibid.,* 23 junio 1938.
79. *Hamburger Fremdenblatt,* 26 junio 1941.

## 20. Las universidades

1. Helmut Kuhn y otros, *Die deutsche Universität im Dritten Reich,* Piper, Munich, 1966, p. 26.
2. *Ibid.,* p. 29.
3. Amos Elon, *Journey Through a Hautend Land,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1967, p. 217.
4. Ferdinand Friedensburg, *Die Weimarer Republik,* Norddeutsche Verlagsanstalt, Hannover, 1957, p. 246.
5. Helmut Kuhn, op. cit., p. 41.
6. George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966, p. 271.
7. Helmut Kuhn, op. cit., p. 77.
8. *Ibid.,* p. 83.
9. *Ibid.,* p. 30.
10. Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches,* Piper, Munich, 1963, p. 343.
11. Walter Frank, *Kampf um die Wissenschaft,* Hamburgo, s. f., p. 31.
12. Amos Elon, op. cit., p. 214.
13. Franz Schoenberner, *The Inside Story of an Outsider,* Macmillan, Londres, 1949, p. 18.
14. Herman Glaser, *Spiesser-Ideologie,* Rohmbach, Friburgo, 1964, p. 96.
15. Profesor Reinhard Hoehn, en "Die Volksgemeinschaft als politisches Grundprinzip", *Süddeutsche Monatshefte,* 1934-1935, p. 5.
16. Entrevista con el Sr. Ockhart, Bonn, mayo 1966.
17. Entrevista con Margaret Boveri, Berlín, abril 1967.

18. *Frankfurter Zeitung,* 28 abril 1933.
19. Amos Elon, op. cit., p. 214.
20. Franz Schoenberner, op. cit., p. 17.
21. Véase el discurso de Sauerbruch al Noventa y Cuatro Congreso Anual de la Asociación de Científicos y Médicos Alemanes, celebrado en Dresde, 21 septiembre 1936, publicado en el *Neues Tagebuch,* 3 octubre 1936.
22. Entrevista con Klara Stumpf, Stuttgart-Degeloch, septiembre 1965.
23. *Westdeutscher Beobachter,* 19 enero 1934.
24. *Bilanz des Zweiten Weltkriegs,* ya citada, p. 253.
25. Entrevista con el Sr. Ockhart, Bonn, mayo 1966.
26. Discurso en la ceremonia de clausura de la Primera Semana de la Enseñanza, organizada por la Academia Alemana de Educación, publicado en el *Morning Post,* 30 julio 1935.
27. *Schwarzes Korps,* 15 julio 1937.
28. Informe de SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/177, n.° 337 (23 noviembre 1942).
29. Hans Rothfels, "Geschichtswissenschaft in den dreissiger Jahren", en *Deutsches Geistesleben und Nationalsozialismus,* Tubinga, 1965, p. 100.
30. *Ibid.*
31. *Die Zeit,* 4 diciembre 1964.
32. *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* número 2, 1967, p. 143.
33. Helmut Heiber, *Walter Frank,* Stuttgart, 1966, p. 1, 157.
34. "Universität im Dritten Reich", en *Politikon, Göttinger Studentenzeitung,* enero 1965, p. 24.
35. *Neues Tagebuch,* 24 julio 1937, p. 710, citando a E. Y. Hartshorne, *The German University and National Socialism,* Allen and Unwin, Londres, 1937.
36. *Berliner Tageblatt,* 26 febrero 1937, citando un artículo del *Der junge Rechtswahrer.*
37. *Ibid.,* 3 octubre 1936.
38. *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* abril 1966, p. 199.
39. Informe del SD sobre las reacciones ante el discurso de Goebbels en la *Weimarer Dichtertreffung* de 1942, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/327 (19 octubre 1942).
40. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/177/337 (23 noviembre 1942).
41. *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* abril 1966, p. 199.
42. *Völkischer Beobachter,* 3 julio 1934.
43. Helmut Kuhn, op. cit., p. 163.
44. David Schoenbaum, op. cit., p. 263.
45. Helmut Kuhn, op. cit., p. 90.
46. Entrevista con el profesor Raul, Munich, mayo 1966.
47. Informe del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/173/300 (16 julio 1942).
48. *Ibid.,* fichero R 58/323 (5 octubre 1942).
49. *Ibid.*
50. *Frankfurter Zeitung,* 25 marzo 1939.
51. Informe del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/186 (1 julio 1943).
52. *The Scotsman,* 13 octubre 1937.
53. *Sunday Times,* 27 marzo 1938.
54. Entrevista con el profesor Raul, Munich, mayo 1966.
55. *Nationalzeitung,* Basilea, 10 noviembre 1937.
56. *Meldungen aus dem Reich,* archivo del *Institut für Zeitgeschichte,* Munich, MA 261, microfilm 9522.
57. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin,* Rheinsberg, 1962, p. 68
58. Erich Ebermayer, *Denn Heute gehört uns Deutschland,* Paul Zsolnay, Viena, 1959, p. 555.
59. El juez Buch, en el *Westdeutscher Beobachter,* 14 septiembre 1938.

60. *Frankfurter Zeitung,* 20 junio 1939.
61. *Politikon,* ya citado, p. 15.
62. Horst Bernhardi, *Die Göttinger Burschenschaft 1933 bis 1945, Sonderdruck aus Derstellungen und Quellen zur Geschichte der deutschen Einheitsbewegung, in 19. und 20. Jahrhundert,* vol. I, p. 233.
63. *Grundsätze der Gemeinschaft Friesland,* citado por Horst Bernhardi, op. cit., p. 238.
64. Informe del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/188 (20 septiembre 1943).
65. David Schoenbaum, op. cit., p. 275.
66. *Frankfurter Zeitung,* 1 enero 1937.
67. *Ibid.*
68. *The Scotsman,* 13 octubre 1937.
69. David Schoenbaum, op. cit., p. 274.
70. Informe del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/158, n.º 169 (10 marzo 1941).

21. El habla nazi

1. Victor Klemperer, *Lingua Tertii Imperii,* Aufbau, Berlín, 1949, p. 216.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.,* p. 21.
4. *Das Reich,* 13 noviembre 1944.
5. Victor Klemperer, op. cit., p. 242.
6. *Ibid.,* p. 223.
7. *Frankfurter Zeitung,* 8 noviembre 1937.
8. Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick, *Es spricht der Führer,* Siegbert Mohn, Gütersloh, 1966, p. 43.
9. *Völkischer Beobachter,* 31 enero 1935.
10. Herman Glaser, *Spiesser-Ideologie,* Rombach, Friburgo, 1964, p. 86.
11. *Saar Volksstimme,* 10 octubre 1934.
12. *Neue Linie,* marzo 1934.
13. Victor Klemperer, op. cit., p. 165.
14. *Ibid.,* p. 45.
15. *Neues Tagebuch,* 13 enero 1934.
16. Victor Klemperer, op. cit., p. 97.
17. Bernhard Volmer, *Volksopposition im Polizeistaat,* Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1957, p. 188.
18. Victor Klemperer, op. cit., p. 230.
19. *Ibid.,* p. 85.
20. *Die Deutsche Presse,* n.º 21, 1940, citado por Josef Wulf en *Literatur und Dichtung im Dritten Reich,* Siegbert Mohn, Gütersloh, 1963.
21. *Deutsche Freiheit,* 19 septiembre 1934.
22. Walther Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich,* Hansische Gilden, Hamburgo, 1948, p. 78.
23. Victor Klemperer, op. cit., p. 83.
24. Wallace R. Deuel, *People under Hitler,* Harcourt, Brace, Nueva York, 1942, p. 14.
25. *Illustrierte Beobachter,* 5 febrero 1945.
26. Victor Klemperer, op. cit., p. 37.
27. Bruno Bettelheim, *The Informed Heart,* Londres, 1961, p. 248.
28. Herman Langbein, *Wir haben es getan,* Europa, Viena, 1964, p. 92.

22. El humor

1. Jean François Steiner, *Treblinka*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, pp. 204 y 304.

23. La literatura

1. Página 1.110 de la edición completa de Munich, 341 a 365 millares.
2. *Ibid.*, p. 1.073.
3. Francis L. Carson, "A Note on Hans Grimm", en *Journal of Contemporary History*, Londres, 1967, p. 2, n.° 2, p. 21.
4. Dietrich Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik*, Bonn, 1960, p. 377.
5. Borries von Münchhausen, en *Die Neue Literatur*, 9 septiembre 1934, p. 599.
6. Ernst Loewy, *Literature unterm Hakenkreuz*, Frankfurt, 1966, p. 335.
7. *Kunst und Macht*, Deutsche Verlagsanstalt, 1934, p. 111.
8. Publicado por Paul Neff, 1934.
9. *Schwarzes Korps*, 26 septiembre 1935.
10. Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, Berlín, 1928, p. 53.
11. *Ibid.*, p. 8.
12. Rudolf G. Binding, *Aufbruch*, en *Stolz und Trauer*, Rütten und Loening, 1937, p. 12.
13. En Th. Echtermeyer, *Auswahl deutscher Gedichte*, Weidmann, 1943, p. 576. p. 576.
14. Hans Carossa, *Der Himmel dröhnt von Tod*, en Will Vesper, *Die Ernte der Gegenwart*, Ebenhausen bei München, 1943, p. 314.
15. Dietrich Strothmann, op. cit., p. 148.
16. Ernst Loewy, op. cit., p. 335.
17. Heinz Steguweit, *Petermann schliesst Frieden, oder das Gleichnis vom deutschen Opfer*, Hamburgo, 1933, p. 15.
18. Heinrich Zillich, "Den Deutschen von Gott gesandt", en A. F. Velmede, *Dem Führer*, p. 24. (*Tornisterschrift des O. K. W. 1941*, número 37.)
19. Herbert Böhme, "Die Ellwangerin", en *Der Kirchgang des Grosswendbauern*, Eher Verlag, 1936, p. 83.
20. *Die Neue Literatur*, año 39, 1938, p. 379.
21. Cf. Wilhelm Westecker, en *Volksschicksal bestimmt den Wandel der Dichtung*, Berlín, 1941, p. 55.
22. Dietrich Strothmann, op. cit., p. 348.
23. *Ibid.*, p. 343.
24. J. Prestel, *Volkhafte Dichtung*, Leipzig, 1935, p. 10.
25. Bruno Brehm, *Im Grossdeutschen Reich*, Leipzig, 1940, p. 56.
26. Ludwig Friedrich Barthel, citado por Ernst Loewy, op. cit., p. 134.
27. Gottfried Benn, citado por Ernst Loewy, op. cit., p. 143.
28. Edwin Erich Dwinger, *Dichter und Krieger*, Hamburgo, 1043, p. 13.
29. De la obra de Felix Dahn, *Kampf um Rom*, publicada en el siglo xix, se habían vendido 615.000 ejemplares en 1938 (Dietrich Strothmann, op. cit., p. 398).
30. Josef Magnus Wehner, "Vermächtnis von Langemarck", en Kurt Ziesel, *Krieg und Dichtung*, Leipzig, 1940, p. 339.
31. Wilhelm Schäfer, *Deutsche Reden*, Munich, 1933, p. 258
32. Gerhard Schumann, *Ins Ungeheure steigt die Kathedrale*, citado por Ernst Loewy, op. cit., p. 239.
33. Lydia Ganzer-Gottschwewsky, "Ernst Wiechert und das Mutterrecht", en *Deutsches Volkstum*, primer semestre, Hamburgo, 1936, p. 205.
34. Friedrich Georg Jünger, *Gedichte*, Berlín, 1934, pp. 60-63.
35. Friedrich Percival von Reck-Malleczewen, *Tagebuch eines Verzweifelten, Zeugnis einer inneren Emigration*, Stuttgart, 1966.

36. *Völkischer Beobachter,* n.° 123, 3 abril 1937.
37. Helmut Giese, *Das deutsche Wort,* enero 1937.
38. Joseph Goebbels, "Rede zum Weimarer Dichtertreffen 1942", *Völkischer Beobachter,* n.° 285, 12 octubre 1942.
39. *Berliner Börsenblatt,* n.° 242, octubre 1938.
40. E. Neugebauer, "Schülerbücherei und Jugendschriftum im Dients der Wehrerziehung", en *Jugendschriftwarte,* núm. 5/6, 1940, p. 45.
41. Hans Magnus Wehner, citado por Dietrich Strothmann, op. cit., p. 6.
42. Alfred Rosenberg, *Mythos des 20. Jahrhunderts,* Munich, 1938, p. 515.
43. Memorándum de la Cancillería del Reich al Ministerio de Educación, 12 diciembre 1941. Cf. Joseph Wulf, *Theater und Film im Dritten Reich,* Gütersloh, 1964, p. 188.
44. Dietrich Strothmann, op. cit., p. 407.
45. *Ibid.*
46. *Ibid.*
47. *Ibid.*
48. *Ibid.*, p. 410.
49. *Berliner Illustrierte Nachtausgabe,* 26 junio 1944.
50. *Neuer Tag,* 20 agosto 1944.
51. *Hamburger Fremdenblatt,* 14 junio 1941.
52. *Bücher Korrespondent,* n.° 3, serie X, 1943.
53. *Weltliteratur,* n.° I, 1941, p. 25.
54. Dietrich Strothmann, op. cit., p. 140.
55. *Der Angriff,* 1 noviembre 1938.
56. Dietrich Strothmann, op. cit., p. 26.
57. *Ibid.*, p. 383.

## 24. El teatro

1. David Thompson, "Culture Under the National Socialists", en *Foreign Affairs,* vol. XIV, n.° 3, abril 1936.
2. *Krakauer Zeitung,* 20 noviembre 1942.
3. *Völkischer Beobachter,* 20 junio 1934.
4. Wolf Braumüller, en *Deutsche Bühnenkorrespondenz,* 20 julio 1935, citado en Josef Wulf, *Theater und Film im Dritten Reich,* p. 170.
5. *Frankfurter Zeitung,* 22 febrero 1937.
6. *Morning Post,* 30 enero 1935.
7. *Frankfurter Zeitung,* 9 marzo 1935.
8. Mary Seton, en *Drama,* primera edición, 1937.
9. *Danziger Vorposten,* 6 mayo 1936.
10. *Hakenkreuzbanner,* 27 mayo 1937.
11. Friedrich Griese, *Mnesch aus Erde gemacht,* Theater-Verlag, Langen/Müller, 1933, p. 35.
12. *Der Angriff,* Berlín, 19 diciembre 1931.
13. *Hakenkreuzbanner,* Mannheim, 9 octubre 1937.
14. *Deutsche Theaterzeitung,* 21 enero 1941.
15. Kurt Längenbeck, en *Völkischer Beobachter,* 31 diciembre 1935.
16. *Wille und Macht,* citado en el *Frankfurter Zeitung,* 2 abril 1937.
17. Entrevista con Friedrich Luft, Berlín, abril 1967.
18. *Prager Presse,* 11 abril 1937.
19. *Schwarzes Korps,* 15 marzo 1935.
20. *Morning Post,* comentario de la revista *Freut Euch des Lebens* en el Teatro del Pueblo, 4 mayo 1936.
21. *Frankfurter Zeitung,* comentario sobre *Die Streusandbüchse,* 19 enero 1939.
22. Entrevista con Kurt Riess en *Sie und Er,* 19 abril 1946.

23. Josef Wulf, op. cit., p. 26.
24. Kurt Riess, *Gustav Gründgens*, Hoffmann, Hamburgo, 1965, p. 138.
25. Memorándum del Dr. Stuckart fechado el 12 enero 1934, en Josef Wulf, op. cit., p. 60.
26. *Der Märkische Adler*, 23 noviembre 1934.
27. *Frankfurter Zeitung*, 21 febrero 1937.
28. *St Galler Tagblatt*, 24 marzo 1945.
29. Lilian T. Maurer, "The Totalitarian Theatre", en *Drama*, enero 1936.
30. *Hamburger Fremdenblatt*, 6 agosto 1942.
31. Josef Wulf, op. cit., p. 192.

### 25. El cine

1. Erich Wollenberg, *Fifty Years of German Film*, Londres, 1942, p. 38.
2. *Neue Weltbühne*, 18 mayo 1939.
3. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58, n.° 79, 19 abril 1940.
4. *Daily Telegraph*, 25 junio 1934.
5. *Völkischer Beobachter*, 16 marzo 1934.
6. *Frankfurter Zeitung*, 22 julio 1934.
7. Louis P. Lochner, *Goebbels Tagebücher 1942-1943*, Zurich, 1948, p. 213.
8. *Film Kurier*, 2.ª edición, 1965, p. 647.
9. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/69, 15 enero 1942.
10. *Ibid.*, fichero R 58/79, 19 abril 1940.
11. *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 5 agosto 1937.
12. *Neues Tagebuch*, 23 junio 1934, p. 598.
13. *Schwarzes Korps*, 22 diciembre 1938.
14. Reichsfildramaturg Demandovsky, en *Völkischer Beobachter*, citado en *Frankfurter Zeitung*, 4 febrero 1939.
15. Hermann Stresau, *Von Jahr zu Jahr*, Minerva, Berlín, 1948, p. 278.

### 26. La prensa y la radio

1. *1932 Handbuch der deutschen Tagespresse.*
2. Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton University Press, 1964, p. 144.
3. *Deutsche Presse*, 17 febrero 1934, p. 74.
4. Oron J. Hale, op. cit. p. 31.
5. Joseph Goebbels, *Kampf um Berlin*, Berlín, 1934, p. 18.
6. *Völkischer Beobachter*, 4 junio 1926.
7. *Der Spiegel*, 3 abril 1967, p. 54.
8. *Ibid.*, p. 52.
9. Oron J. Hale, op. cit., p. 31.
10. *Der Spiegel*, 3 abril 1967, p. 58.
11. Información sobre el suicidio del parlamentario Ludwig Marrun, en el *Neues Tagebuch*, 6 abril 1934.
12. Margaret Boveri, *Wir Lügen Alle*, Walther, Olten, 1965, p. 265.
13. *Berliner Tageblatt*, 28 agosto 1937.
14. Fragmento del diario de Goebbels, 14 abril 1943, citado en *Der Spiegel*, 3 abril 1967, p. 52.
15. Josef Wulf, *Presse und Film im Dritten Reich*, Siegbert Mohn, 1964, pp. 94-99.
16. Entrevista con el Sr. Wilhelm Lange, Bad Godesberg, mayo 1966.
17. Margaret Boveri, op. cit., p. 558.
18. *Frankfurter Zeitung*, 13 octubre 1934.
19. Herman Glaser, *Spiesser-Ideologie*, Rombach, Friburgo, 1964, p. 31.

20. *Die Zeitungssprache,* discurso inaugural, Franz Kiener, Facultad de Filosofía, Munich, 1937, p. 119.
21. *Sprachregelung,* 9 enero 1940.
22. Entrevista con Margaret Boveri, Berlín, abril 1967.
23. *Neues Tagebuch,* 31 marzo 1934, p. 297.
24. Josef Wulf, op. cit., p. 252.
25. *Der Stürmer,* n.° 41, 1933.
26. Oron J. Hale, op. cit., p. 146.
27. *Ibid.,* p. 276.
28. *Ibid.,* p. 278.
29. *Völkischer Beobachter,* 12 diciembre 1935.
30. Margaret Boveri, op. cit., p. 558.
31. *Der Spiegel,* 3 abril 1967, p. 58.
32. *Hamburger Fremdenblatt,* 6 agosto 1942.
33. Ernest K. Bramstead, *Goebbels and National Socialist Propaganda 1925-1945,* Cresset Press, Londres, 1965, p. 74.
34. Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda,* Oxford University Press, 1964, p. 86.
35. Ernest K. Bramstead, op. cit., p. 75.
36. Ernst Kris y Hans Speier, *German Radio Propaganda,* Oxford University Press, 1944, p. 58.
37. Hans Joachim Weinbrenner, *Handbuch des Deutschen Rundfunks,* Kurt Vowinckel, Neckargemünd, 1938, p. 292.
38. *Ibid.*
39. Ernst Kris y Hans Speier, op. cit., p. 52.
40. Hans Otto Fincke, intendente en Frankfurt, citado en Hans Joachim Weinbrenner, op. cit., p. 49.
41. Josef Wulf, op. cit., p. 346.
42. *Ibid.,* p. 338.
43. *Ibid.*
44. BBC, *Nazi Wireless at War; I: The German Home Service,* Servicio monitor, julio 1941, p. 35.
45. *Ibid.,* p. 39.

## 27. La música

1. Erwin Kroll, "Verbotene Musik", *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* núm. III, julio 1959, p. 312.
2. *Frankische Tageszeitung,* 20 agosto 1938.
3. *Völkischer Beobachter,* 3 febrero 1935.
4. R. Zimmermann, "Dur oder Moll", en *Die Sonne,* n.° 10, 1937.
5. E. Josefsky, "Musik", en *Rassenpolitische Unterrichtspraxis,* dir. Dobers Higelke, Julius Klinkhart, Leipzig, 1938, p. 308.
6. *Frankfurter Zeitung,* 17 julio 1936.
7. *Die schöne Frau,* Bielefeld, citado en *Neues Tagebuch,* 1934.
8. *Schwarzes Korps,* 25 noviembre 1937.
9. Erwin Kroll, op. cit., p. 311.
10. *Ibid.*
11. *National Zeitung,* Essen, 15 junio 1937.
12. Geoffrey Skelton, *Wagner at Bayreuth,* Barrie and Rockcliff, Londres, 1965, p. 144.
13. *Morning Post,* 22 marzo 1937.
14. Peter Raabe, *Die Musik im Dritten Reich,* Gustav Bosse, Regensburg, 1934, p. 12.
15. *Völkischer Beobachter,* 1 julio 1937.
16. *Frankfurter Zeitung,* 25 mayo 1938.
17. *Ibid.,* 25 febrero 1938.

18. Peter Raabe, op. cit., pp. 43, 45.
19. *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 15 febrero 1939, con información del Cuatro Encuentro Musical Nacional de las Juventudes Hitlerianas en Leipzig.
20. Discurso de Goebbels en el Festival Nacional de Música en Düsseldorf, aparecido en el *Frankfurter Zeitung,* 30 mayo 1938.
21. *Ibid.*
22. *Hakenkreuz Banner,* 6 julio 1938.
23. *Frankfurter Zeitung,* 20 diciembre 1938.
24. "Reichsmusikkammerrichtlinien für Werk— und Werkscharkapeller", *Frankfurter Zeitung,* 26 mayo 1935.
25. Informe del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/187 (19 agosto 1943).
26. Josef Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich,* Siegbert Mohn, Gütersloh, 1964, p. 379.
27. *Manchester Guardian,* 14 enero 1935.
28. *Ibid.,* 9 marzo 1935.
29. *Der SA-Mann,* 18 septiembre 1937.
30. *Frankfurter Zeitung,* 26 octubre 1934, "Richtlinien für den deutschen Gesellschaftsanz", del "Reichsfachschaftstanzlehrer der NSDAP, Leipzig".
31. *Frankfurter Zeitung,* 22 octubre 1937, citando a Karl Heiding, de la Jefatura de la Oficina Cultural de las Juventudes Hitlerianas.
32. *Neue Weltbühne,* 23 abril 1936.
33. *Börsenzeitung,* 2 febrero 1935.
34. *Daily Mirror,* 13 marzo 1937.

### 28. El arte

1. Franz Roh, *Entartete Kunst,* Fackelträger, Hannover, 1962, p. 5.
2. Hildegard Brenner, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus,* Rowohlt, Hamburgo, 1963, p. 12.
3. Paul Ortwin Rave, *Kunstdiktatur im Dritten Reich,* Gebrüder Mann, Hamburgo, 1947, p. 14.
4. Hildegard Brenner, op. cit., p. 17.
5. Rudolf Schroeder, *Modern Art in the Third Reich,* documentos, Offenburg, 1952, p. 40.
6. *Ibid.*
7. Paul Ortwin Rave, op. cit., p. 13.
8. *Ibid.,* p. 23.
9. Hermann Glaser, *Spiesser-Ideologie,* Rombach, Friburgo, 1964, p. 38.
10. Paul Ortwin Rave, op. cit., p. 50.
11. Helmut Lehmann Haupt, *Art under a Dictatorship,* Oxford University Press, 1954, p. 81.
12. Karl Heinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich,* Paul, Munich, 1956, p. 109.
13. *Berliner Illustrierte Zeitung,* 27 febrero 1937.
14. Helmut Lehmann Haupt, op. cit., p. 104.
15. Georg Hellach, "Architektur und bildende Kunst als Mittel der NS-Propaganda", en *Publizistik,* quinta serie, 1960, p. 81.
16. *Kölnische Zeitung,* 17 julio 1938.
17. *Die Welt,* 3 noviembre 1962.
18. *Frankfurter Zeitung,* 23 julio 1939.
19. *Simplicissimus,* 25 febrero 1940.
20. Informes del SD, Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/153, n.° 116 (19 agosto 1940).
21. Georg Hellach, op. cit., p. 79.
22. Helmut Lehmann Haupt, op. cit., p. 125.

23. *Ibid.*, p. 122.
24. *Ibid.*, p. 117.
25. *Das Bauen im neuen Reich*, vol. II, p. 7, citado por Helmut Lehmann Haupt, op. cit., p. 112.
26. *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 14 marzo 1943.
27. Helmut Lehmann Haupt, op. cit., p. 100.
28. Wolfgang Drews, *Die klirrende Kette*, Keppler, Baden-Baden, 1947, p. 68.
29. Alocución del 6 octubre 1941, citado por Hermann Stresau, *Von Jahr zu Jahr*, Minerva, Berlín, 1948, p. 268.
30. Consejero cultural comarcal Brouwers, citado en el *Frankfurter Zeitung*, 8 octubre 1937.
31. Entrevista con la Sra. Gutbrot-Baumeister, Colonia, abril 1967.
32. *Ibid.*

29. La religión

1. Max Geiger, *Der Deutsche Kirchenkampf, 1933-1945*, Zürich, 1965, p. 15.
2. Klaus Scholder, "Die evangelische Kirche und das Jahr 1933", en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, noviembre 1965.
3. Werner Mosse, *Entscheidungsjahr 1932*, Tubinga, 1965, p. 255
4. Klaus Scholder, op. cit., p. 700.
5. Günter Lewy, *The Catholic Church in Nazi Germany*, Nueva York, 1964, p. 5.
6. Kurt F. Reinhardt, *Germany, 2000 Years*, Nueva York, 1961, p. 706.
7. Günter Lewy, op. cit., p. 271.
8. Dietrich Bronder, *Bevor Hitler kam*, Hannover, 1964, p. 277.
9. *Ibid.*, p. 276.
10. Günter Lewy, op. cit., p. 43.
11. *Ibid.*, p. 43.
12. *Ibid.*, p. 45.
13. Karl Adam de Tubinga, en "Deutsches Volkstum und Katholisches Christentum", *Theologische Quartalschrift 1933*, p. 59, citado por Günter Lewy, op. cit., p. 108.
14. *Jewish Chronicle*, 3 febrero 1967.
15. Ernst Niekisch, *Das Reich der niedern Dämone*, Hamburgo, 1953, p. 229.
16. Max Geiger, op. cit., p. 23.
17. *Ibid.*, p. 35.
18. *Ibid.*, p. 38.
19. *Ibid.*, p. 35.
20. Bernhard Vollmer, *Volksopposition im Polizeistaat*, Stuttgart, 1957, p. 144.
21. Günter Lewy, op. cit., p. 151.
22. *Ibid.*, p. 153.
23. Bernhard Vollmer, op. cit., p. 205.
24. Joseph Wolf, *Theater und Film im Dritten Reich*, Gütersloh, 1964, p. 176.
25. *Ibid.*, documento PS 3751.
26. Günter Lewy, op. cit., p. 157.
27. *Ibid.*, p. 131.
28. Entrevista con el Dr. Maurer, del ministerio bávaro de Bienestar Social de Munich, mayo 1967.
29. Walter Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich*, Hamburgo, 1948, p. 344.
30. *Ibid.*
31. Johann Neuhäusler, *Kreuz und Hakenkreuz*, Munich, 1946, vol. II, pp. 104-109.
32. Günter Lewy, op. cit., p. 174.
33. *Ibid.*, p. 172.
34. *Ibid.*, p. 227.
35. *Ibid.*, p. 276.
36. *Ibid.*, p. 281.

37. *Statistisches Jahrbuch für Deutschland, 1939*, p. 29.
38. Kurt F. Reinhardt, op. cit., p. 702.
39. *Kölnische Zeitung*, 24 julio 1934.
40. *Berliner Tageblatt*, 2 octubre 1935.
41. Louis Hagen, *Follow My Leader*, Londres, 1951, p. 272.
42. *Gothaer Beobachter*, 9 noviembre 1935.
43. Günter Lewy, op. cit., p. 313.
44. *Salzburger Chronik*, 30 abril 1937.
45. Heinrich Hermelink, *Kirch im Kampf*, Rainer Wunderlich, Tubinga, 1950, página 348.
46. *Ibid.*, p. 449.
47. *Ibid.*, pp. 468-469.
48. *Ibid.*, p. 628.
49. Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich*, Luchterhand, Neuwied-Berlín, 1965, n.° 267, fechado el 12 marzo 1942.
50. Günter Lewy, op. cit., p. 131.
51. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/78, 17 abril 1940.
52. Heinrich Hermelink, op. cit., p. 688.
53. Günter Lewy, op. cit., p. 292.
54. *Martinus Blatt*, n.° 38, 17 septiembre 1939.
55. *Ibid.*, p. 311.
56. *Ibid.*, p. 234.
57. *Ibid.*, p. 231.
58. *Ibid.*, p. 146.
59. Heinrich Hermelink, op. cit., p. 506.
60. *Ibid.*, p. 225.
61. *Ibid.*, p. 264.
62. *Ibid.*, p. 266.
63. *Ibid.*, p. 234.
64. Amos Elon, *Journey Through a Haunted Land*, Nueva York, 1967, p. 11.
65. Archivo Federal de Koblenz, fichero R 58/182, 22 abril 1943.
66. Heinrich Hermelink, op. cit., p. 575.
67. *Ibid.*, p. 59.
68. *Ibid.*, p. 678.
69. *Ibid.*, p. 649.
70. H. D. Leuner, *When Compassion was a Crime*, Oswald Wolf, Londres, 1966, p. 134.
71. Dietrich Bronder, op. cit., p. 34.

### 30. Los judíos

1. Walter Gross, "Das politische Schicksal der deutschen Juden in der Weimarer Republik", en *Zwei Welten*, Bitaon, Tel Aviv, 1962, pp. 545-547.
2. Wallace R. Deuel, *People Under Hitler*, Harcourt Brace, Nueva York, 1942, p. 189, y el capítulo "Die demographische und wirtschaftliche Struktur der Juden" de Ezra Ben Natan, en *Entscheidungsjahr 1932*, dir. Werner E. Mosse, Mohr, Tubinga, 1965, pp. 87-131.
3. Konrad Heiden, *Der Führer*, H. Pordes, Londres, 1967, p. 512.
4. *Schwarzes Korps*, 28 abril 1938.
5. Entrevista con el Dr. Voss, Colonia, abril 1967.
6. Biblioteca Wiener, Londres, relatos de testigos presenciales supervivientes, archivo P III a 4.
7. *Ibid.*, archivo P III a 54.
8. *Ibid.*
9. *Ibid.*

10. Victor Klemperer, *Lingua Tertii Imperii,* Aufbau, Berlín, 1949, pp. 94 y 183.
11. Biblioteca Wiener, archivo 9 III a.
12. Entrevista con el Sr. Lindlar en Düsseldorf, mayo 1966.
13. Ruth Andreas Friedrich, *Schauplatz Berlin,* Rheinsberg, Munich, 1962, p. 67. Fragmento del diario correspondiente al 7 marzo 1943.
14. Victor Klemperer, op. cit., p. 103.

# ÍNDICE ALFABÉTICO


A la Fuerza por la Alegría, organización, 111, 213, 214, 215, 218, 239, 345, 386, 393, 395, 433, 437, 446, 454.
fondos de la, 111.
movilización masiva de público, 213, 433.
exposiciones móviles de arte, 213, 446, 454.
certificado deportivo de la, 239.
promoción de la asistencia al teatro, 213, 218, 395.
*abitur* (bachillerato), 61, 285, 304, 311, 313, 318, 337.
maestros y, 311, 313.
mujeres y, 277, 304.
oficiales del ejército y, 61, 153, 154, 337.
Abogados, Asociación de, Nazi, 132.
periódico de, 333.
abogados:
en la administración, 131, 142, 478.
judíos, 478, 479.
aborto, 24, 136, 248, 250, 255.
aborto:
entre las mujeres campesinas, 176, 273.
durante la guerra, 248.
abreviaturas nazis, 346, 347.
aburguesamiento de los obreros industriales, 218, 395.
accionistas, "muerte por hambre", 193.
acero, industria del, 15, 193, 194.
acero, trust del, 193.
Aceros Reunidos *(Vereinigte Stahlwerke)*, 194, 198.
Acta de Ayuda al Este (1931), 18.
bajo el nazismo, 167, 169.
agricultura, 16, 17, 166, 168, 169, 176, 177, 178.
mujeres en la, 176, 205, 271, 272.
porcentaje de población en la, 166, 169.
Agricultura, Ministerio de, 147.
Agricultores, Asociación Nazi de, 170, 181, 182, 477.
y exención del servicio militar, 114, 170, 181, 182, 477.
agricultores: privados del derecho a la posesión de tierras por sentencias de prisión superiores a un año, 179.
hereditarios ("*Bauern*"), 172, 179.
"autoabastecedores", excluidos del plan de racionamiento, 45, 128.
baja representación en el partido Nazi, 71.
bajo la República de Weimar, 16, 17.
ver también agricultura.
Ahorro, Plan de, "de Hierro", 46, 229.
Aire, ministro del, 146.
alarma antiaérea, sirenas de, 358.
Albers, Hans, actor, 405.
alcaldes, funcionarios nazis y jefes de distrito en el cargo de, 68, 69.
alcohol, consumo de, 39, 224, 225.
alcoholismo, 77, 240, 244.
alimentos:
contenido calórico de, 220, 222, 223, 230.
precio de, bajo la República de Weimar, 13.
porcentaje de ingresos invertido en, 220, 229.
mercado negro de, ver mercado negro.
racionamiento de, ver raciones, 44.

Alimentos, Corporación de Productores de, 38, 79, 87, 106, 110, 170, 171, 172, 178, 179, 187, 188, 226, 355, 395, 406.
finanzas de, 178.
periódico publicado por, 226, 406.
normas establecidas por, 178.
almacenes, grandes, 183, 184, 189, 190, 227, 477, 479.
boicot a, 56, 145, 189, 462, 479.
los judíos y, 189, 477, 479.
Alsacia, nazis en, 111.
Amman, Max, propietario del *Völkische Beobachter*, 113, 413, 414, 417, 423.
amputaciones, preferencia por, 248.
antiaérea, defensa, 319, 357.
chistes sobre, 357.
escolares en la, 319.
anticonceptivos, 249, 250.
antimonarquismo nazi, 72, 157.
antisemitismo, 24, 303, 325, 326, 327, 391, 399, 458, 459, 466, 477, 479, 480, 481, 482, 483, 487, 488.
en las escuelas, 303, 480.
de las iglesias, 459, 460, 466.
en el teatro, 391.
en las universidades, 325, 326, 327, 477.
aprendizaje:
de oficios, 177, 185, 286, 287.
para obreros agrícolas, 175.
*Arbeitertum*, publicación del Frente del Trabajo, 213 n.
Arent, Berno von, 76.
"arianización", 110.
en la economía, 190.
corrupción en, 112, 113, 116.
aristocracia, 197.
en el ejército, 153, 154, 159, 163.
en el partido Nazi, 72, 73.
en las SS, 72.
en la Unión de Campesinos Nazis, 170.
armamento, producción de, 186, 199, 217, 271.
armas, de las Juventudes de Hitler, 284, 295, 299.
ver también venganza, armas de.
Arnhold, ingeniero, ideólogo de A la Fuerza por la Alegría, 213.
Arp, Hans, pintor, 443.
arquitectura bajo el nazismo, 59, 235, 448, 451, 452, 453.
arte, 382, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 453, 454.
crítica de, 419, 450, 451.
Arte, Cámara Nacional de, 188, 445, 447.
Arte Degenerado, exposiciones de, 445, 447, 448.
Asociación Cultural Nazi, 395.
Asuntos Exteriores, Ministerio de, bajo el nazismo, 146, 148.
atrocidades:
conocimiento general de, 51, 475, 486.
de las unidades de combate de las SS, 117, 160.
August Wilhelm, príncipe de Prusia, en la SA, 60, 72.
Auschwitz, campo de concentración de, 165, 201, 349, 358, 391, 396, 483, 485.
deportaciones masivas a, 391.
I. G. Farben y, 194, 349.
consejo de un obispo a un guardia de, 474.
representación teatral para guardias de, 396.
Austria: anexión de, 40, 65, 85, 223.
antisemitismo en, 325, 480, 481.
Iglesia Católica y, 471.
divorcio en, 261, n.
autarquía, política de, 202, 203, 207, 271, 274, 355.
y agricultura, 355.
y consumo, 221, 226, 241.
chistes sobre, 355.
automóvil, accidentes de, 122, 240.
automóviles, 62, 232.
ver también Volkswagen.
"autoridades estéticas", 454.
autoritarismo:
en la abogacía, 131.
en la familia, 250, 252, 257.
nostalgia de los funcionarios por, 142.
relajación bajo la República de Weimar, 20.
en las universidades, 22, 324.
aviso, plazo del, para los empleados y obreros industriales, 211.
Ayuda Invernal, 36, 63, 76, 91, 92, 110, 111, 123, 124, 172, 206, 293, 347, 446.
contribuciones a, 91, 92.
las denuncias causan exclusión de, 124.
fondos de, 36, 91, 92.
chistes sobre, 355.

placas mensuales, 63, 92.
porcentaje de población beneficiaria de, 206.
azúcar, consumo y racionamiento de, 223.

Backe, Herbert, ministro nazi de Agricultura, 59.
Backhaus, Wilhelm, músico, 431.
Baeumler, Alfred, profesor, nazi, 325, 331.
baile, 300, 432, 441.
bajas:
alemanas, en la Segunda Guerra Mundial, 52.
en el rodaje de films de guerra, 399.
en el entrenamiento en *Ordensburgen,* 318, 319.
en el entrenamiento, en las SS, 240.
Baky, Josef von, director de cine, 411.
banca, 24, 190, 478.
banderas:
de la SA y las SS, saludo público a, 88.
de la República de Weimar, 459.
Barlach, Ernst, dramaturgo y pintor, 382, 443, 444, 446, 447, 455.
Barth, Karl, teólogo, 134, 331, 463.
Barthel, F. L., poeta, 372.
Bartok, Bela, compositor, 438.
Bassermann, Albert, actor, 382, 383, 392.
Baudissin, Klaus, conde, miembro del tribunal de purga artística, 446, 447.
Bauhaus, 20, 443, 444, 455.
Baum, Vicki, novelista, 362.
Baumeister, Willi, pintor, 456.
Bäumer, Gertrud, demócrata, 268.
bautizos, rtiual de las SS para, 467, 468.
Bayreuth, Festival de, 60, 426, 429, 434, 435.
Bebel, August, dirigente socialista, 488.
Beck, general Ludwig, 150, 151.
Becker, Carl Heinrich, ministro de Educación de Prusia, 22.
Beckmann, Max, pintor, 445, 446, 447, 448, 455, 456.
Beethoven, Ludwig van, 20, 35, 42, 424.
Bélgica, 42, 160.
Belsen, campo de concentración de, 52, 349, 485.
Benjamín, Walter, escritor, 376.
Benn, Gottfried, escritor, 124, 160, 364, 365, 366, 446.
sobre arte, 365, 446.
Berg, Alban, compositor, 423, 429.
Bergengruen, Werner, novelista y poeta, 375, 376.
Bergner, Elizabeth, actriz, 382, 383, 399.
Berlín:
accidente en la construcción del metro de, 58.
evacuación de los niños de, 44.
proyector de Speer para, 452.
vivienda, 234.
*Berliner Tageblatt,* 10, 333, 412, 413, 415, 416, 417, 418, 419.
Berning, Wilhelm, obispo católico, 464, 465, 474.
consejo a un guardia de Auschwitz, 474.
Bertram, Adolf, cardenal, 465, 471.
Bertram, Ernst, profesor universitario, poeta, 327, 367.
Best, Werner, nazi, 25.
Beumelburg, Werner, novelista nazi, 360, 363.
bibliotecas:
para las fuerzas armadas, 380.
rurales, 309.
del estado, 380.
Bibliotecas Populares, 309.
Billinger, Richard, dramaturgo, 387, 388, 403.
Binding, Rudolf, escritor, 364, 367, 404.
biología, en las escuelas, insistencia en raza y herencia, 306, 307.
Bismarck, O. von, 10, 14, 16, 95, 96, 157, 457.
Blacher, Boris, compositor, 433, 436.
Blech, Leo, músico, 429.
Blobel, Paul, comandante, 164.
Blomberg, Werner, mariscal barón von, 151, 152, 161.
destituido del cargo de ministro de la Guerra, 30, 74, 152.
Bluck, Hans Friedrich, escritor nazi, 360, 361, 373.
Bode, Rudolf, mistagogo nazi, 432.
Boecklin, Arnold, pintor admirado por Hitler, 453.
Böhme, Herbert, novelista, 371.
bombardeos, 44, 45, 46, 48, 49, 301, 358.
e industria, 44.
bomberos, brigadas de, Juventudes de Hitler auxiliares de, 295.

Bonhoeffer, Dietrich, pastor de la Iglesia Confesional, 475.
Bormann, Martin, 83, 266, 473.
Borsche, Dieter, actor, 396.
Bosch, Carl, profesor universitario, 331.
Bosch, Karl, magnate de la industria, antinazi, 191.
Bovery, Margaret, periodista, 420.
boy scouts, prohibición, 293.
Brabag, Compañía, para extraer petróleo del lignito, 195.
Braun, Lily, socialdemócrata, 267.
Brauschitsch, Walter, mariscal von, 106, 153, 154.
  y el mercado negro, 115.
Brecht, Bertolt, dramaturgo, 21, 362, 369, 382.
Breker, Arno, escultor nazi, 418, 454.
Bresgen, Carl, compositor protegido por el régimen, 439.
Breuer, Marcel, en la Bauhaus, 443.
Bronnen, Arnolt, dramaturgo, 369.
Bruckner, Anton, compositor, 426, 433, 436.
Brückner, Helmuth, Gauleiter de Silesia, 170.
Bruckner, orquesta, 433.
Brüning, Heinrich, doctor, Canciller, 15, 18, 143, 167, 195.
Brunswick, duque de, en el partido Nazi, 72.
Buch, Walter, 109.
Buchberger, Michael, obispo católico de Regensburg, 465.
Buchenwald, campo de concentración de, 32, 35, 72, 118, 119, 199, 248, 485.
Büchner, Georg, dramaturgo, 21.
Bumcke, Erwin, Presidente del Tribunal Supremo de Justicia de Leipzig, 131, 132.
Buna, proyecto de fabricación de caucho sintético, 195.
Bürckel, Josef, Gauleiter de Viena, 69, 70, 116.
  *Gleichshalter* de Renania y gobernador de Noruega, 79.
burdeles:
  para los obreros industriales extranjeros, 199.
  para la Wehrmacht, 156.
Burger, Wilhelm, obispo católico, 461.
burocracia, 62, 148.
  director de la United Steel crítica, 198.
  durante la guerra, 198, 231.
  retrasos en los pagos, 178, 188.
Busch, Ernst, mariscal, 165.
Busch, Adolf y Fritz, músicos, 429.

Caballería, Cruz de, condecoración militar, 46, 156, 160.
café, consumo de, y mercado negro de, 224, 225.
Calavera, Orden de la, 160 n.
campamentos:
  para niños, del Servicio Agrícola, 319, 320.
  para trabajadores extranjeros, 115.
  "educativos" para profesionales, 58, 89, 132.
  para niños evacuados, 319, 320.
  de las Juventudes de Hitler, 294, 299, 316.
  del Servicio de Trabajo, 175.
  de instrucción premilitar, 289, 294.
  para maestros, 305.
  de entrenamiento, para organizaciones del Partido, 89.
cantinas en fábricas, 217, 226, 230, 242.
capital, gran, 188, 192.
  durante la guerra, 192.
carbón, extracción de, 198.
carne, consumo y racionamiento de, 221, 224, 225.
Carossa, Hans, escritor, 363, 367, 373.
carreteras, proyecto de construcción de, mano de obra para el, 175, 235.
cartelización, 17, 186, 188, 193.
  en la pequeña empresa, 186, 188.
casas de camaradería, en las universidades, 338, 340.
caucho, industria del, mujeres en la, 271.
caucho sintético, 195.
Cazadores, Asociación Nazi de, 171.
Centro, Partido del (católico), 457, 460.
cine, 106, 169, 229, 382, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 423.
  equipos móviles en zonas rurales, 169, 410.
  bajo la República de Weimar, 20, 21, 382, 397, 399, 401.
Cine, Cámara Nacional de, competencia por el cargo de presidente, 111.

clase media, 183, 184, 188, 190, 191, 192, 196, 197, 201, 211, 273, 293, 395.
educada, denuncia nazi de la, 57.
pierde sus ahorros debido a la inflación, 19.
baja, antisemitismo de la, 190, 477, 488.
cambia derechos políticos por ventajas económicas, 10.
los empleados aspiran a formar parte de, 14.
Coburg, duque de, en el partido Nazi, 172.
comercio al por menor:
el nazismo y, 184, 186, 189.
durante la guerra, 196, 197.
bajo la República de Weimar, 14.
"Comida de plato único", pro Ayuda Invernal, 36, 91, 226.
Complot de los Oficiales (julio de 1944), 50, 153, 158, 486.
los industriales y el, 197.
comunidad del pueblo, slogan nazi, 28, 53, 56, 57, 58, 60, 66, 137, 201, 202, 214, 293, 294, 310, 317, 320, 321, 341, 394.
en el ejército, 62, 154.
en el cuerpo de funcionarios, 147.
en el campo, 171.
en la derrota, 53.
en la denuncia, 121.
en la educación, 310, 317, 320, 321.
en las Juventudes de Hitler, 293, 294.
en la industria, 211, 212.
justicia y, 138.
en la Competición Profesional Nacional, 286.
en A la Fuerza por la Alegría, 214.
en el teatro, 394.
en las universidades, 57, 341.
Comunistas:
periódicos de, 415, 422.
*Rote Frontkämpferbund* de, 150.
votos a (1928, 1932), 25.
concentración, campos de, 32, 51, 52, 237, 330, 349, 391, 392, 393, 415, 465, 481, 485.
corrupción de autoridades de, 117, 118.
germanización de nombres, 330.
judíos enviados a, 349, 481.
liberación de prisioneros por Hitler. 58,
médicos implicados en experimentos, 237, 248, 332.
médicos, 237.
presidiarios trasladados a, 138.
ver también campos individuales.
Consejos, representativos de los obreros en las fábricas, 210.
consumo, nivel de, 180, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 231, 232, 282.
Conti, doctor Leonardo, presidente de la Asociación de Médicos Nazis, 225, 243, 245, 355.
contratos salariales ratificados por el estado, bajo la República de Weimar, 14.
construcción, industrias de la, beneficios bajo el nazismo, 185.
contabilidad, obligatoria para las pequeñas empresas, 186, 188.
cooperativas, sociedades, nazismo y, 183, 184, 196, 201.
Corinth, Lovis, pintor, 447, 448.
corporal, castigo:
a los aprendices, 287.
en las escuelas, 291, 321, 322.
corrupción:
chistes sobre, 355.
en el ejército, 30, 114, 15, 162.
en los gremios, 187.
Krupp replica a las acusaciones de, 191.
en el partido Nazi, 118.
cosecha, comando para la:
de las fábricas, 175.
de las universidades, 175, 340.
Cosecha, Día de Acción de Gracias por la, 38, 84, 87.
cosecha, festivales de la, en los pueblos, intervención nazi en los, 87, 171.
cosméticos, 229, 279, 280.
Cristianos Alemanes, 458, 460, 462, 463, 475.
y los judíos, 462.
cruceros, organizados por A la Fuerza por la Alegría, 14.
Cruz de Honor de la Madre Alemana, 90, 252.
cuerpo de funcionarios, 61, 67, 68, 69, 71, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 230, 278, 337, 440.
abogados en, 142.
corrupción en, 107, 108, 231.
chistes sobre, 142, 355, 356.
judíos en, 145.

obligación de denunciar actividades subversivas, 143, 144.
y el partido Nazi, 143, 144, 145, 146, 147, 148.
retribución, 143, 145, 147.
representación en el partido Nazi, 142, 143.

Chaplin, Charlie, 417.
Checoslovaquia, anexión de una zona de, 40, 85.
chistes, 49, 142, 160, 257, 350, 351, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 359, 392, 393.
derrotistas, 49, 350.
políticos, 49, 142, 257, 350, 351, 352, 353, 357, 392, 393.

Dachau, campo de concentración de, 32, 93, 107, 109, 116, 349, 358, 416, 485.
visita de unos industriales a (1937), 191.
Dahn, Felix, novelista, 394, 457.
daneses, actitud de Alemania hacia, 42.
Darré, Walter, ministro de Agricultura, presidente de la Corporación de Productos de Alimentos, 106, 115, 170, 288.
chistes sobre, 355.
y la emancipación de la mujer, 269.
y el mercado negro, 115.
darwinismo, en la ideología nazi, 316.
Defensa Pasiva, jóvenes en la, 291.
Defensa Pasiva, responsables de, 36.
delincuencia:
criterios fenomenológico para, 136.
durante la guerra, 137, 138, 139.
juvenil, 137, 258, 289, 290, 292, 298, 301.
bajo el nazismo, 135, 136, 137.
democracia:
judíos asociados con, 24, 477, 478.
en la República de Weimar, 11, 13, 15, 477, 478.
"sinónimo de corrupción" para los nazis, 103.
y la unidad de la nación, 55.
universidades y, 324.
denuncia a las autoridades nazis, 122, 123, 128.
amenazas de, 393.
en el ejército, 161.
en las escuelas, 127, 304.
después de la guerra, 53, 66.
departamento de asuntos exteriores del partido Nazi, 61.
Dependientes, Unión de, masculina, 268, 477.
deporte, preocupación nazi por el, 238, 243. 306, 314.
Hitler y el, 99, 100.
en las Juventudes de Hitler, 295, 300.
en la escuela, 306, 314.
en la universidad, 338.
depreciación de bienes industriales, los nazis y, 195.
depresión comercial de los años 30, 13, 15, 18, 19, 28, 55, 91, 208, 211, 225, 227, 232, 237, 250, 251, 262, 268, 270, 325, 383, 397, 398, 400, 413, 420, 440.
en la agricultura, 18.
el cine en, 397, 398, 400.
despido preferente de varones con respecto a mujeres durante, 250, 268, 270.
el teatro en, 383.
desempleo, 202, 237, 268.
medidas nazis para reducir el, 202.
desnazificación (después de la guerra), de las universidades, 328.
Deutsch, Ernst, actor, 382, 383.
Día de la Conmemoración de los Caídos, 426, 468.
Dibelius, Otto, obispo luterano, 460.
Diehl, Karl Ludwig, actor, 159.
Dietrich, Marlene, actriz, 399, 405.
difamación, procesos por, 48, 135.
difteria, mortalidad por, 244, 245, 288.
Dimitrov, Georgi, absolución de, 134.
Ding-Schuler, doctor, en Buchenwald, 119.
diplomático, servicio, bajo el nazismo, 31, 61, 146.
dirigente, culto alemán al:
en las películas, 401.
en las novelas, 368, 370.
Dirlewanger, Oskar, coronel de las SS, 118.
distrito, jefes de, 68.
de la enseñanza, 305.
dividendos:
limitación de los 28, 56.
accionistas y, 193.
divorcio, 260, 261, 262, 265.
durante la guerra, 48.

entre los dirigentes nazis, 74, 257.
Dix, doctor Arthur, crítico literario, acerca de Hitler, 100.
Dix, Otto, pintor, 444, 447, 448, 456.
Döblin, Alfred, escritor, 360.
Doenitz, Karl, almirante, 405.
Dorsch, Käthe, actriz, 182, 382, 390, 392.
Dovifat, prof. Emil, 327.
Drecsler, rector de la Universidad de Göttingen, 333.
Dresdner Bank, informe sobre los matrimonios y la natalidad entre el personal, 187, 253.
Dwinger, Edwin Erich, escritor nazi, 363.
duelo, 19, 340, 341.

Ebert, Carl, músico, 429.
Ebert, Friedrich, presidente, 10, 11, 96, 150.
Eckart, Dietrich, poeta, 413, 423.
Economía, Ministerio de, y la cartelización, 148.
edelweiss, signo de oposición juvenil, 301.
educación, 303, 306, 307, 311, 313, 314, 320, 321.
Egk, Werner, compositor, 433, 435, 438.
Ehrenburg, Ylya, escritor ruso, 488.
Eicke, Theodor, inspector de las SS de campos de concentración, 118.
Eigruber, August, Gauleiter de Austria, 119.
*Einsatzkommandos* (comandos de asalto), 165.
Einstein, Albert, 20, 429.
Einstein, Alfred, crítico musical, 413.
Eisler, Hans, compositor, 429.
Eisner, Kurt, primer ministro socialista de Baviera, asesinato de, 472.
ejecuciones:
por chistes contra Hitler, 22, 138, 350.
en el ejército, 30, 50, 159, 161.
por delitos de mercado negro, 231.
por delitos relacionados con los bombardeos, 48, 139.
de jóvenes, 137.
por derrotismo, 128.
instrucciones a los periódicos con relación a, 418.
número de, 138.
de enfermos mentales, 41, 137, 473.
de saqueadores, 48.
de sacerdotes por difundir el sermón de un cardenal, 473.
por delitos de "polución racial", 94, 138, 181.
por afirmaciones referentes al origen social de Himmler, 159.
de damas de la nobleza acusadas de espionaje (1935), 58.
bajo la República de Weimar, de asesinos políticos, 131.
ver también solución final, eutanasia.
ejército, calificado de "invicto", 11.
en la Primera Guerra Mundial, 150.
ver también Reichswehr, Wehrmacht.
elecciones, votos al nazismo en las:
(1930), 15, 74.
(1932), 26.
(1933), 29, 413, 414.
eléctrica, industria, mujeres en la, 271.
Elk-Eber, pintor nazi, 449.
emigración:
de científicos, 329, 334.
de escritores, 360, 362, 364, 376.
de judíos, 383, 475, 479, 482.
empresa, pequeña, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 206.
durante la guerra, 196, 197.
obreros en, 206.
"socialismo de los tenderos", 23.
Empresa Modelo, elección de la (por las ventajas sociales concedidas a los obreros), 209, 213.
"enemigos del pueblo" *(Volksschädlinge)*, 48.
oyentes de emisoras enemigas, 48.
saqueadores, 48.
enfermeras, 236, 238, 242.
"hermandad parda" de, 238.
Engel, Erich, productor teatral, 390.
entierros, de tipo standard, en Tübingen, 61.
*Erbhöfe* (propiedades hereditarias), tratamiento jurídico de *(Landerbhofgericht)*, 171, 172.
Erler, Otto, dramaturgo, 394.
Ernst, Max, pintor, 443, 447.
Erzberger, Matthias, dirigente católico, asesinato de, 11, 459.
escarlatina, mortalidad causada por, 245, 288.
Esch, dirigente nazi de Düsseldorf, 112, 113.

"esclavitud del interés", ataques nazis a la, 56.
eslavos:
actitud de los alemanes hacia los, 42, 139.
aumento de población de los, 249.
eslovacos, como trabajadores agrícolas, 180.
escolares, textos, 303, 304, 306, 314, 321.
carestía de los, 321.
escasez de los 304, 314.
bajo la República de Weimar, 303, 314.
escuelas, 303, 304, 310, 311, 312, 313, 314, 466, 469, 470, 480.
cuotas de las, 313, 320.
religión en las, 307, 308, 466, 469, 470.
estatales, judíos excluidos de las, 480.
Escuelas Adolf Hitler, 314, 316, 317, 318, 321.
escuelas secundarias, 293, 303, 310, 311, 312, 313, 314, 320, 321.
gorras distintivas de las, 57, 293, 340.
economía doméstica e idiomas para las alumnas de, 304.
número de alumnos en las, 304, 320.
profesores de, 303, 310, 311, 312, 313.
escuelas superiores, propuestas de gratuidad de las, 304, 312, 313, 314, 470.
española, guerra civil, 471, 472.
Esser, Hermann, ministro de Economía de Baviera, 113.
estado, actitud del alemán hacia el, 32, 33.
Estados Unidos, actitud alemana hacia, 42.
esterilización, 237, 238, 241, 251, 255, 471.
de los niños "biológicamente inferiores", 292.
por enfermedad hereditaria, 134, 237, 241.
término popular para la, 351.
Estiria, evacuación de habitantes de Renania a, 43.
estrella amarilla, para los judíos, 51, 52, 94, 231, 481, 483, 485.
estudiantes, asociaciones de, 57, 268, 325, 338, 339, 340.
Estudiantes, Asociación Nazi de, 325, 336, 338, 340, 341.
esvástica, 34, 213, 311, 432, 464, 468.
eufemismos:
chistes, 481.
en el lenguaje nazi, 481.
Euringer, Richard, autor de *Thingspiele*, 384.
"eutanasia", programa de, 139, 246, 332, 406, 487.
cifras, 246.
Iglesia Católica y, 473.
evacuación de la población, de las zonas bombardeadas, 44, 45, 65, 319, 470.
Ewald, Gottfried, prof., protestas contra la eutanasia, 332.
Ewers, Hans Heinz, biógrafo de Horst Wessel, 369.
Ex Alumnos, Asociaciones de, 340.
existencialismo, 22, 324.
Expansión Económica, Oficina del Reich para la:
altos empleados de la I Farben en, 194.
exportación de artículos acabados, Alemania en primer lugar (1930), 12.
expresionismo, 364, 445.

fábricas:
accidentes en, 240, 243.
trabajo infantil en, 285.
conciertos en, 62, 437.
médicos en, 237.
exámenes para bandas de música, 440.
albergues adheridos a, 288.
bibliotecas en, 380.
educación física en, 239.
ritual en, 90, 91, 213.
mujeres en, 176, 205.
Facultad, Grupos de, en las universidades, 338.
"faisanes dorados" del partido Nazi, 82, 120, 162, 192, 197, 319.
Fallada, Hans, escritor, 363, 364.
falsificación, de documentos de identidad, 231, 290.
Familia, Unión Nacional de la, Alemana, 253.
familia, denuncia de miembros de la, 124, 126, 127, 256.
familiares, subsidios, 238, 251.
Farben, I. G.
en Auschwitz, 193, 194, 195, 204.
mano de obra para, 193, 205.
Faulhaber, Michael von, cardenal, 472.
y las escuelas católicas, 464.
y Hitler, 100, 472.
y los judíos, 466.

y la República de Weimar, 459.
Fe y Belleza (sección de la Unión de Jóvenes Alemanas), 281, 295, 296.
fecundidad, 251, 252.
funcionarios y, 143, 144.
Hitler opina sobre, 260.
medallas a la, 252.
en la novela, 269, 372.
Feder, *Gottfried, ideólogo nazi,* 169, 170.
Fehling, Jürgen, productor teatral, 390, 391.
Feininger, Lyonel, pintor, 443, 447, 455.
ferrocarril:
accidentes de, 240.
medalla deportiva exigida para trabajar en, con contrato definitivo, 239.
festividades del calendario nazi, 34, 295, 438, 439, 468.
Feuchtwanger, Leon, escritor, 360, 362, 381.
Finck, Werner, humorista, 160, 392, 416.
fiscales, aumento de atribuciones de los, 195.
física, bajo el nazismo, 329.
física, educación, obligatoria, 277, 306, 314, 318, 338.
en las empresas, 239.
en las escuelas, 239, 306, 314, 317.
para los profesores, 306.
Flagstad, Kirsten, cantante, 434.
Flick, gran empresa, 190, 193, 194.
Ford, Henry, personificación del "programa industrial" USA, 232.
Forel, Hans Erich, dramaturgo, 258.
formación profesional, durante el tiempo libre en la Wehrmacht, 156.
Francia:
actitud alemana hacia, 41, 42, 139 n., 373, 459.
ocupada, la Wehrmacht en, 162, 163.
Frank, Bruno, dramaturgo, 21, 362, 382.
Frank, doctor, presidente de la asociación de abogados, 144.
Frank, Hans, dirigente nazi, gobernador de Polonia, 74, 120.
Franck, James, premio Nobel de origen judío, 327.
Frank, Leonhard, escritor, 360, 362.
Frank, Walter, *historiador,* 326, 330, 331.
Instituto de, para el Estudio de la Cuestión Judía, 332.
*Frankfurter Zeitung,* periódico, 31, 186, 190, 199, 261, 276, 385, 412, 415, 418, 419, 420, 422, 423, 451.
Frick, Wilhelm, ministro del Interior, 69, 76, 115, 149, 269.
y el mercado negro, 115.
y las mujeres, 269.
Frings, Joseph, obispo católico de Colonia, 473.
Fritsch, Werner, general von, jefe del estado mayor del ejército, destituido, 30.
Fritsche, Hans, comentarista de radio, 424.
fruta:
consumo y racionamiento de, 223, 224, 225.
excluida de las raciones de los judíos, 483.
Funcionarios, Unión de *(Reichsband Deutscher Beamten),* 107, 144, 189, 275, 305.
Funk, Walter, ministro de Economía, 78, 106.
Furich, Josef von, pintor, 421.
Furtwüngler, Wilhelm, músico, 426, 429, 437.

Galen, conde Clemens von, obispo católico de Münster, 464.
cardenal, 44, 470, 473, 487.
denuncia la eutanasia, 473, 487.
Galland, Adolf, aviador católico, 473.
Garbo, Greta, actriz, 417.
gasto público, como porcentaje de la renta nacional, 195.
Gauguin, Paul:
quema de pinturas de, 447.
pinturas de, vendidas para obtener divisas, 454.
Gauleiter, 38, 60, 70, 71, 79, 82, 83, 108.
corrupción entre, 70, 108, 109.
y la justicia, 133.
de zonas Junker, 169.
de la enseñanza, 305.
y el teatro, 394.
Gebühr, Otto, actor, 399.
generales:
beneficiarios del nazismo, 67.
y los planes de población rural, 169.
orígenes sociales de, 72, 152, 153.
genocidio, programa de, ver "solución final", 148, 235, 391, 473.
George, Heinrich, actor, 382, 390, 398, 399.
George, Stefan, poeta, 364.

Gestapo, 25, 50, 72, 73, 124, 126, 127, 138, 141, 192, 205, 333, 376, 418, 420, 440, 447, 455, 464, 469, 474, 483, 486.
detención de sacerdotes, 469.
y los libros, 376.
confesiones obtenidas por, 141.
denuncias a, 124, 125, 129, 304.
y los pintores, 447, 455.
y la pastoral de los obispos, 464.
y la prensa, 418.
y Rommel, 153.
y los indeseables sociales, 138.
y los obreros industriales indisciplinados, 205, 216.
y las universidades, 333.
Giessler, Paul, Gauleiter, en la universalidad de Munich, 339.
Gigli, Benjamino, cantante, 82.
*Gleichschaltung* (coordinación), 132, 326, 333, 345, 346, 393, 420, 445, 446, 449, 463.
en la música, 440.
de la prensa, 420.
en las artes plásticas, 445, 446.
Globocnik, Odilo, Gauleiter de Viena, jefe de las SS y de la policía de Lublin, 109, 117, 122.
Goebbels, doctor Josef, Ministro de Propaganda, 38, 42, 53, 56, 60, 64, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 86, 89, 91, 101, 106, 107, 125, 146, 149, 159, 224, 226, 269, 280, 281, 282, 334, 344, 345, 347, 351, 352, 353, 369, 377, 378, 379, 380, 383, 391, 392, 393, 398, 399, 402, 407, 408, 409, 410, 413, 414, 415, 417, 419, 422, 426, 432, 433, 437, 439, 440, 442, 445, 446, 450, 465, 472, 481.
y el arte, 82, 445, 446, 450.
y la Iglesia Católica, 472.
y el cine, 106, 398, 399, 402, 407, 408, 409, 410.
y Hitler, 100.
chistes sobre, 351, 352, 353, 354.
lenguaje de, 344, 347.
y la literatura, 369, 377, 378, 380.
en actos de masas, 86, 89.
y la música, 432, 437, 439.
y la prensa, 413, 414, 415, 417, 419.
actitud pública hacia, 38, 351.
campaña de cortesía pública lanzada por, 47.
y la radio, 426.
frases de, 224, 269, 344, 345, 347, 379, 392, 402, 413, 414.
fuentes de la riqueza de, 106.
hacer detener a un banquero con fin propagandístico, 64.
y el teatro, 60, 389, 393.
Goebbels, Magda, 60, 73, 75, 92, 280, 283.
Goehr, Alexander, músico, 429.
Goerdeler, doctor Karl, de la oposición conservadora, 63, 330, 331, 486.
en el Complot de los Oficiales, 198, 486.
Goering, Emmy, 75, 283, 353.
Goes, Albrecht, escritor, 422.
Goethe, Johann Wolfgang:
dramas de, 390.
citado, 20, 32, 35, 51, 100, 142, 269, 311, 327, 342, 378, 379, 390, 394, 488.
Gold, Käthe, actriz, 382.
Göttingen, universidad de, dispersión de los físicos de, 328.
Gottschalk, Joachim, actor, 391.
Graener, Paul, compositor, 436.
Graf, Oskar Maria, novelista, 371.
Gran Bretaña, actitud de Alemania hacia, 42.
grasas, consumo y racionamiento de, 222, 225, 226, 228.
raciones económicas de, para consumidores pobres, 228.
gremial, espíritu, supervivencia del, 56, 185, 188.
gremios, 187, 188, 197.
pertenencia obligatoria a, 185.
corrupción en, 187.
reducción de salidas para los, 186.
durante la guerra, 186.
Grengg, Maria, novelista, 372.
Grimm, Hans, autor de *Volk ohne Raum*, 250, 303, 345, 360, 361, 363, 436.
Gröber, Conrad, obispo católico de Freiburg, 461, 465, 466.
Grohe, Joseph, Gauleiter, sobre los intelectuales, 108, 329.
Gröner, Wilhelm, general, ministro de Defensa, 25.
Gropius, Walter, arquitecto, 443, 444, 455.
Grosz, Georg, pintor, 20, 444, 447, 455.
Gründgens, Gustav, actor, 82, 382, 390, 391.

Grundig, Hans, pintor, 456.
guerra:
creadora de la nación alemana, 1, 30, 40.
en los films nazis, 398, 400, 402, 408, 409, 410.
en el teatro, 386, 387.
y la literatura, 361, 362, 363, 366, 367, 368, 380.
Guerra, Ministerio de la, 152, 157, 477.
Guillermo II, Kaiser, 10, 12, 27, 62, 95, 96, 131, 145, 323, 443, 445.
exhortación a sus soldados, 161.
films sobre, 157.
y el arte moderno, 443, 445.
transformación de, de figura semidivina en chivo expiatorio, 37.
Günther, Hans, profesor y esteta nazi, 444, 445.
Gurlitt, doctor Hildebrand, director del Museo de Dresden, 444.
Gürtner, Franz, ministro de Justicia, 141, 261.

Haas, Josef, compositor, 436.
Hadamovsky, Eugen, director de la radio nazi, 431.
Haeckel, pintor, 443, 447.
Handel, G. F., alteración de la obra de, 348, 431.
Haniel, gran empresa, 193.
Hanke, Karl, Gauleiter de Silesia, 73, 74.
Harlan, Veit, productor de cine, 410.
Hartmann, K. A., compositor, 430.
Hartmann, filósofo, políticamente neutral, 331.
Hartung, escultor, 456.
Hasenclever, Walter, dramaturgo, 20, 376, 382.
Haupt, Bruno, centros urbanos planeados por, 452.
Hauptmann, Gerhart, dramaturgo, 32, 33, 82, 382, 383.
Haushofer, Albrecht, poeta, 376.
Hausmann, Manfred, escritor, 363.
Heidegger, Martin, filósofo existencialista, 327. 339.
Heidelberg, incidente de los espárragos de, 57.
Heil Hitler! ("saludo alemán"), 37, 94, 95, 121, 227, 327, 357, 407.
entre los abogados, 132.
entre los funcionarios, 144.
en la Wehrmacht, 158.
Heine, Heinrich, 53, 330.
Heiseler, Bern von, autor de narraciones bélicas, 380.
Heisenberg, Werner, físico, 327, 329, 331.
Heissmeyer, en las escuelas Adolf Hitler, 317.
escuelas Napolas, 315.
Helldorf, Wolf von, conde, jefe de policía de Berlín y los pasaportes de judíos, 72, 115.
Hermann Goering, Industrias Nacionales, 190, 193, 194, 195, 209, 233.
"rehabilitación acelerada" en, 209.
creación de una ciudad junto a, 194, 233.
Hertzog, Rudolf, novelista nazi, 365, 366.
Heppel, doctor, en el escándalo de la Ayuda al Este, 169.
Hess, Rudolf, lugarteniente de Hitler, 100, 122, 125, 264.
Hesse, príncipe de, en el partido Nazi, 72, 77.
Hilbert, David, matemático, 328.
Hildebrandt, Friedrich, Gauleiter de Mecklenburg, 73, 170.
Hilper, Heinz, productor teatral, 390.
Hilz, Sepp, pintor nazi, 454.
Himmler, Heinrich, jefe de las fuerzas de policía y de las SS, 74, 79, 100, 109, 117, 118, 122, 138, 159, 160, 191, 262, 263, 264, 266, 289, 422, 467, 468, 481.
círculo de amistades de...
vinculación entre la industria y el nazismo, 191.
*Lebensborn*, fundador de, 262.
planes para después de la guerra de, 266.
"orden de procreación" de, 51, 264.
propone poligamia selectiva, 266.
esposa de, 74, 77.
Hindemith, Paul, compositor, 125, 429, 432, 437.
Hindenburg, Paul von, mariscal, presidente del Reich, 11, 12, 27, 30, 96, 105, 151, 157, 444.

Hinkel, Hans, ayudante de Goebbels, 125.
historia, bajo el nazismo, 306, 324, 330.
historicismo, 22, 324.
*Historische Zeitschrift,* 330.
Hitler, Adolf, 11, 15, 26, 27, 30, 32, 34, 35, 37, 38, 39, 40, 42, 43, 49, 50, 52, 53, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 67, 68, 69, 72, 73, 74, 75, 76, 79, 81, 82, 83, 84, 87, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 106, 107 109, 120, 124, 132, 133, 140, 141, 144, 148, 149, 151, 152, 153, 157, 158, 167, 183, 184, 193, 195, 198, 200, 210, 215, 218, 235, 249, 252, 260, 263, 266, 268, 269, 270, 280, 281, 283, 295, 298, 325, 326, 327, 329, 346, 350, 351, 352, 355, 356, 357, 358, 366, 370, 379, 381, 386, 391, 398, 399, 401, 413, 414, 416, 417, 418, 419, 421, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 433, 434, 435, 436, 445, 447, 448, 449, 450, 453, 455, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 466, 468, 472, 473, 475, 484, 485.
y la aristocracia, 72, 157.
y el ejército, 151, 157.
y el arte, 445, 447, 449, 453.
prohíbe la mención de *Wilhelm Tell* en los textos escolares, 379, 391.
en el Festival de Bayreuth, 60, 428.
intervención en emisiones de radio, 424, 427.
y la Iglesia Católica, 459.
celebración del cumpleaños de, 51, 84, 85, 426.
y el cine, 399.
muerte de, 427.
denuncia de detractores de, 124, 127, 140.
y el futuro de Berlín, 235.
y la Gestapo, 141.
en Italia, 82.
y los judíos, 485.
chistes sobre, 127, 350, 351, 352, 353, 356, 357, 358.
y la justicia, 132, 140, 141.
*Mein Kampf,* de, 106, 381, 419, 453, 484.
y la música, 428, 430, 431, 433.
y el partido Nazi, 68.
en la Reunión de Nuremberg, 87.
y la prensa, 419.
actitud popular hacia, 35, 37, 38, 50, 51, 52, 157.
lector de *Der Stürner,* 109, 421.
retórico, 414.
se rumorea que posee un gas venenoso para librar a los alemanes de la vergüenza en caso de derrota, 51, 101.
frases de, 270, 355.
asegura la absolución de miembros de la SA (1932), 28.
y los eslavos, 249.
y las universidades, 326.
toma el té con los ganadores de la Competición de la Destreza en el Oficio, 286.
sobre las mujeres, 268, 269, 270, 280, 281.
culto de, 283.
como escritor, 106, 419.
Hitlerianas, Juventudes, 31, 57, 58, 80, 98, 127, 144, 175, 237, 239, 245, 257, 259, 279, 281, 284, 285, 287, 288, 289, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 315, 316, 319, 340, 344, 354, 384, 395, 316, 319, 340, 344, 354, 384, 395, 415, 415, 428, 439, 441, 464, 465, 470, 471.
ingreso obligatorio en las, 292, 294, 465.
y el baile, 297, 300.
denuncias por, 259.
y la educación, 297, 307, 309, 310, 313.
y la familia, 256, 259, 284.
salud de, 245, 288, 289.
en la industria, 287.
chistes sobre, 294, 354, 355.
saqueo de propiedades judías por, 115.
secciones marina y motorizada de, 295.
clase media y, 293.
y la música, 300, 428.
y la religión, 464, 470, 471.
año de trabajo agrícola de, 175, 288.
y la educación sexual, 297, 298, 307.
en el ejército, 155.
y el teatro, 384, 395.
Hitlerianas, Juventudes, Cuerpo de Planeadores, 295.
Hofer, Carl, pintor, 447, 455.
Hoffmann, Heinrich, fotógrafo de Hitler y experto en arte, 77, 448.

Hoffmannsthal, Hugo von, dramaturgo, 382, 436.
hogueras rituales, 58.
de libros prohibidos, 378.
de pinturas, 449.
Holanda:
actitud alemana hacia, 41.
bajo el nazismo, 160.
Holz, vice-Gauleiter, y la propiedad de los judíos, 115.
Hommel, Prof., retratista, 76.
Homolka, Oscar, actor, 399.
homosexualidad, los nazis y la, 406.
acusaciones de, 136, 465.
en el cine, 405, 406.
en la literatura, 368.
Honneger, Arthur, compositor, 438.
horas de trabajo, 176, 208, 209, 216, 217.
de los niños y jóvenes, 285.
de la mujer en la agricultura, 176.
de la mujer en la industria, 208.
Horst Wessel, 295, 299, 369, 386, 401, 402, 428, 439, 464.
cantata, 439.
canción de, 295, 299, 369, 386, 428.
hospitales:
para readaptación de mutilados, 242.
carcelarios, 242.
para enfermedades venéreas y tuberculosis, 242, 246.
Hössenfelder, pastor, impulsor del intento de formar una Iglesia Nazi, 462.
Hoven, doctor, en Buchenwald, 119.
Hubert, Kurt, profesor, de la oposición académica, 331.
huelgas, 215, 216.
huevos, consumo y racionamiento de, 222, 223, 225.
Hugenberg, Alfred, dirigente de la productora cinematográfica UFA y magnate de la prensa, 19, 21, 31, 397, 412, 414.
humor, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 417.
en la radio, 425.
Hungría, trabajadores agrícolas de, 175.
Hylton, Jack, y su orquesta, en Berlín, 442.

Iglesia Católica, 104, 457, 459, 460, 461, 464, 465, 466, 470, 471, 472, 473, 474, 475.
y los judíos, 461, 462, 466, 475.
en pueblos de las montañas, 45, 471.
los nazis y la, 459, 461, 474.
prensa de, 415, 422, 464.
religiosas enfermeras, 238.
escuelas de, 308.
y la República de Weimar, 459.
organizaciones juveniles de la, 293, 471.
concordato, 461.
iglesias:
y el nazismo, 459, 461, 462.
prohibición de la retransmisión radiofónica de servicios religiosos, 427.
privación de papel a las editoriales de las, 380.
Iglesia, campaña de separación de la, 466, 474.
Iglesia Confesional, 462, 463, 470, 471, 474, 475.
y los judíos, 475.
Iglesias Protestantes, 458, 459, 460.
y los judíos, 458, 462, 475.
organizaciones juveniles de, 293, 471.
y el matrimonio, 265.
y la mujer, 268, 277.
el nazismo y, 471, 474.
y la República de Weimar, 277, 458, 459.
imperativo categórico, 344.
impuestos:
sobre la agricultura, 167, 177.
exención de, del Festival de Bayreuth facilitados por la contabilidad obligatoria, 186.
en la industria, 195.
sobre los salarios, 204.
incurables, muerte de, 41, 237, 332, 473.
indultos, para delitos leves, 135, 290.
industria, 186, 191, 192, 193, 195, 199, 200, 202, 216, 217.
beneficiaria del nazismo, 67, 195.
concentración de la propiedad en la, 192.
financia a las fuerzas antimarxistas y posteriormente a las nazis, 16.
bajo la República de Weimar, 13.
ver también capital, fábricas.
industria química, 193, 194, 271.
industriales, obreros, 13, 14, 38, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212,

213, 214, 215, 216, 217, 218, 235, 247. 249, 329.
chistes sobre, 355, 356.
formación profesional, 285, 286.
baja representación en el partido Nazi, 201, 269.
mujeres como, 176, 267, 268, 270, 271, 273.
industrialización, 13, 186.
inflación, después de la primera Guerra Mundial, 12, 16, 167.
intelectuales, 334, 364.
y Hitler, 100.
actitud nazi hacia los, 329, 334, 364.
interés, tasa de, 229.
en las hipotecas, limitada por los nazis, 167, 169, 177.
bajo la República de Weimar, 13, 167.
Interior, Ministerio del, 143, 144, 146, 148, 473.
Italia:
trabajadores agrícolas de, 175.
actitud alemana hacia, 42.

Jannings, Emil, actor, 382, 398, 399.
Janssen, Herbert, cantante, 434.
Jaspers, Karl, profesor, miembro de la oposición académica, 339.
"jazz alemán", 41.
Jessen, Jens Peter, profesor, miembro de la oposición académica, 331.
Jessner, Leopold, productor teatral, 125, 382.
jesuitas, 461.
Jochum, Georg Ludwig, hijo, músico, 434.
Johst, Hans, poeta oficial del nazismo, 258, 345, 360, 379, 382, 389.
Joos, Jakob Christian, profesor, que pasó de la universidad a la industria, 329.
Jordan, Pasqual, físico, 327.
Jordan, Rudolf, Gauleiter de Magdeburg, 120.
Jud Süss (Oppenheimer de Wurttemberg), film sobre, 391, 399, 400, 402, 403, 406, 476.
judicial, poder:
bajo el Kaiser, 131.
bajo el nazismo, 132, 133, 140.
Judíos, 24, 25, 56, 115, 116, 117, 119, 126, 303, 325, 326, 327, 328, 349, 358, 359, 360, 383, 391, 392, 399, 415, 418, 430, 458, 460, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489.
en la medicina, 478, 479.
en el teatro, 383, 391, 392.
en la abogacía, 478, 479.
en la música, 430.
las iglesias y, 458, 459, 460, 475.
y los grandes almacenes, 56, 189, 190, 477, 479.
denuncias de personas relacionadas con los, 124, 125, 126.
descripciones de, como "portadores del terror bolchevique", 164.
y como "encarnación del capitalismo", 56.
divorcio de las esposas arias de los, 261.
extorsión de propiedades de los, 115, 190, 191.
en la clandestinidad, 487.
casas de, 117.
jesuitas y, 461.
chistes acerca de sí mismos, 358, 359.
la prensa y, 415, 418, 423.
castigos por amistad con, 125, 258, 483.
separación del cuerpo de funcionarios y de la actividad económica, 148, 479.
en las universidades, 325, 327, 478, 479.
la Wehrmacht y, 41, 162, 164.
ver también antisemitismo, pogrom de la Noche de Cristal, "Solución Final".
Juegos Olímpicos (Berlín, 1936), 282, 438.
estadio de los, 86, 452.
Jung, C. G., psicólogo, 328, 416.
Jünger, Ernst, escritor, 160, 366, 367, 375.
Jünger, Friedrich Georg, poeta, 88, 375.
*Jungmädel*, sección infantil de la Unión de Unión de Jóvenes Alemanas, 295, 296.
Jungvolk *(Pimpfs)*, sección infantil de las Juventudes de Hitler, 294, 295, 298, 299, 316.
Junkers, 17, 18, 166, 167, 169, 170, 171, 182, 317, 318.
el nazismo y, 317, 318.
apoyo fiscal para las propiedades de los, en la Wehrmacht, 153, 318.
justicia:
en el ejército, 139.

en manos de los antidemócratas bajo la República de Weimar, 11.
del nazismo, 132, 133, 140.
mujeres y, 139.
Justicia, Ministerio de, bajo el nazismo, 132, 133, 138, 139, 146, 148, 265.
"juvenil, arresto", 290.
Juventud, Albergues de, 239, 288, 296, 297.
juventud, bajo el nazismo, 256, 284, 285, 289, 291, 293, 294, 299, 300, 301, 308, 471.
Festival Olímpico de la (1936), 385.
Juventud, Ceremonia de Consagración de la, 470.
Juventud Confederada *(Bündische Jugend)*, 155, 293.
Juventud, Movimiento de la:
anterior a 1914 *(Jugendbewegung)* 19, 293, 348.
anterior a 1933 *(Bündische Jugend)*, 279, 293.

Kaas, Ludwig, Monseñor, dirigente católico, 461.
Kahle, Paul, profesor, orientalista, 332.
Kaiser, Georg, dramaturgo, 360, 362, 382.
Kandinsky, Wassily, pintor, 443, 448.
Kant, Immanuel, 488.
Karpenstein, Wilhelm, Gauleiter de Pomerania, 170.
Kästner, Erich, escritor, 374, 411.
Käutner, Helmut, productor de cine, 411.
Keitel, Wilhelm, mariscal, ministro de la Guerra, 152.
Kellermann, Bernhard, novelista, 360, 401.
Kerr, Alfred, crítico teatral, 413.
Kerrl, Hans, ministro de Asuntos Eclesiásticos, 77, 463.
Kestenberg, Leo, músico, 429, 432.
Killinger, Manfred von, 72.
Kipnis, Alexander, cantante judío, 434.
Kircher, Rudolf, director del *Frankfurter Zeitung*, 420, 447.
Kirchner, E. L., pintor, 443, 447, 448, 455.
Kirdorf, Emil, Geheimrat, magnate pro nazi del carbón, 62, 193.
Kiss, Edmund, dramaturgo, 464.
Klee, Paul, pintor, 443, 455.
Kleiber, Erich, músico, 429, 437.
Kleist, Ewald, mariscal von, 153.
Klemperer, Otto, músico, 429.
Klemperer, Viktor, profesor reclutado para trabajo esclavo, 487.
sobre la deformación nazi del lenguaje, 344.
Klenau, Paul von, compositor, 435.
Klepper, Jochen, escritor, 376.
Klimsch, Fritz, pintor nazi, 449, 454.
Klinge, Max, pintor, 421.
Kloeckner-Humboldt-Deutz, fábrica "autoinspectores" y "autocalculadores", 193, 215.
Kluge, Hans Günther, mariscal von, 106, 157.
Knittel, John, escritor, 76.
Koch, Erich, Gauleiter de la Prusia Oriental, 73, 74, 108, 113, 170.
Koch, Ilse, 118.
Koch, Karl, comandante de Buchenwald, 118, 119, 120.
Kohl, autor de narraciones de guerra, 380.
Kohlrausch, Eduard, profesor de la oposición académica, 331.
Kokoschka, Oskar, pintor, 443, 447, 448, 455.
Kolbe, Georg, pintor, 454.
Kolbenheyer, Guido, escritor nazi, 360, 361, 362, 386.
Kollwith, Käthe, pintora, 455, 456.
*Konfliktslosigkeit*, tendencia alemana a la, 10, 32.
Körner, presidente de la Cámara del Teatro del Reich, 125.
Kortner, Fritz, actor, 382, 383.
Kraus, Karl, autor de una sátira pacifista durante la primera Guerra, 343.
Krauss, Clemens, músico, 426, 430, 437.
Kraus, Werner, actor, 382, 390, 391, 393, 398, 399.
Kreis, Wilhelm, arquitecto nazi, 453.
Krenek, Ernst, compositor, 269, 429.
Krieck, Ernst, profesor, nazi, 325, 331, 336.
Kruger, profesor, nazi, 333.
Krupp, 193, 194, 195, 199.
Krupp von Bohlen, Alfred, 75, 191, 195, 196, 200, 232.
Kube, Wilhelm, Gauleiter de Westmarck, gobernador de la Rusia blanca, 109, 170, 394.
Küchler, Georg, general von, 164.
Kümmich, Max, productor de cine, 405.

Kunecke, Eduard, compositor, 425.
Kunkel, H., novelista, 371.

laborables, delegados (representantes regionales del Ministerio del Trabajo):
comisarios del trabajo, 206, 207, 209 n., 211, 212.
Laborales, Tribunales, 87, 134, 210, 211, 260.
Lagarde, Paul de, filósofo *völkische,* 19, 27, 457, 477.
Lammers, doctor Hans, presidente de la Cancillería del Reich, 106, 122, 278.
Lang, Fritz, director de cine, 399.
Langbehn, Julius, 19, 457, 477.
Lasch, doctor gobernador de Radom, 120.
Lauterbacher, Hartmann, Gauleiter de Hannover, 70.
Le Corbusier, Charles, 444.
Le Fort, Gertrud, escritora, 376.
Leander, Zara, actriz, 399, 403, 405.
*Lebensborn,* institución para madres solteras, 262, 263, 298.
*Lebensraum,* 250.
Leber, Julius, socialdemócrata, en el Complot de los Oficiales, 50.
leche, consumo y racionamiento, 222, 223, 225.
Leeb, Wilhelm, mariscal von, 154.
Léger, Fernand, pintor, 443.
legislación retrospectiva, 136.
Lehar, Franz, compositor, 425, 430.
Lehman, Lotte, cantante, 429.
Lehmbrück, Wilhelm, escultor, 447.
Leider, Frieda, cantante, 434.
Leipold, Karl, pintor nazi, 449.
Lemke, director de un hospital de Estrasburgo, 111, 112.
Lenard, Philipp, profesor, premio Nobel, nazi, 325, 329, 331.
lenguaje, 343, 344, 347, 417.
*Bauern* y *Landwirte,* 172.
*Damen* y *Frauen,* 64, 264, 265.
en la descristianización, 468.
*Du* y *Sie,* 316.
y la familia, 252.
germanización de las palabras extranjeras, 306, 330, 348.
deformación nazi del, 330, 343, 344, 347.
de la liturgia protestante, 462.
estudios universitarios de, 326, 330.
lenguaje, normas de, para los periodistas, 417, 419.
lenguas africanas, moda de las, 43.
Lessing, Theodor, sobre Hindenburg, 12.
Ley, Robert, dirigente del Frente del Trabajo, 36, 38, 60, 62, 70, 74, 78, 79, 91, 100, 106, 107, 159, 210, 212, 213, 216, 235, 316, 317, 329, 351, 353, 379, 465.
define el socialismo, 78.
delegado de la vivienda, 235.
y la industria, 210, 212, 213.
chistes sobre, 353.
actitud pública hacia, 38.
frases de, 216, 317, 329.
segunda esposa de, 74, 77.
fortuna de, 106.
leyes, estudios de, bajo el nazismo, 337.
liberales:
periódicos de los, 413, 415, 423.
purgados de la Administración (1933), 145.
y de las universidades, 328.
libertad:
los nazis admiten la destrucción de (en el sentido occidental), 130.
invocaciones nazis a la, 34, 35.
Liebermann, Max, pintor, 455.
Liga de las Naciones, 32.
Ligas de Combate de la Cultura Alemana, 444, 445.
lignito:
obtención a partir del petróleo, 195.
bajo la República de Weimar, 12, 18 n.
Lincke, Paul, compositor, 425.
Linz, elegida por Hitler para guardar sus restos, 433.
List, cantante judío, 434.
literaria, crítica, 366, 372, 377, 419.
fórmula nazi para la, 377.
literatura, 326, 330, 360, 361, 366, 367, 368, 369, 370, 372, 373, 374, 376, 377, 378, 379, 380, 381.
para lectura en las escuelas, 306.
Loerke, Oskar, poeta, 376, 422.
Löhner, Beda, libretista, 430.
Lorena, mineral de hierro de, 194.
Lorre, Peter, actor, 399.

Lublin, campo de concentración de, 118, 119.
Ludendorff, Erich, general, 152.
Luders, Maria, demócrata, 268.
Ludwig, Emil, escritor, 362.
Lutero, Martín, 457, 460, 488.
Lutze, Viktor, jefe de las SA, 72, 77, 115.
Luxemburg, Rosa, dirigente socialista, 11, 267.

Macke, August, pintor, 443.
Mackensen, August von, mariscal, 77, 105.
Madre, Día de la, 252.
Madre e Hijo, organización, 253, 256, 278.
Magdeburg, ciudad industrial, crecimiento de, 233.
Mahler, Gustav, compositor, 432.
Makart, Hans, pintor admirado por Goering, 453.
Mann, Heinrich, novelista, 360, 362, 364.
Mann, Thomas, escritor, 332, 360, 364, 374, 417, 420.
    el *Dr. Fustus* de, 420.
    destituido de su doctorando honorario de Bonn, 332, 360.
Mannesmann, gran empresa, 112, 190, 193, 194.
mano de obra extranjera:
    en la agricultura, 175, 180, 181, 182.
    en la industria, 182, 197, 198, 199, 205, 216, 235, 237.
Manstein, mariscal von, 153, 163, 164.
mantequilla y margarina, consumo y racionamiento de, 221, 222, 228.
Marahrens, August, obispo de Hannover, 463.
Marc, Franz, pintor, 443, 448, 453.
Marcks, Gerhard, escultor, 416, 446.
Marian, Ferdinand, actor, 114 n.
Massary, Fritzi, actriz, 382, 383.
Maternidad, culto a la, 252, 282.
matrimonio:
    edad del, 256, 259, 278.
    obligatorio para los funcionarios, 143, 144.
    de los profesores de enseñanza secundaria, 311.
    préstamos para, 251, 254, 271.
    exámenes médicos de adecuación para, 238.
    rituales neopaganos del, 467, 468.
    participaciones neopaganas de, 468.
    índice de, 250, 251, 260, 261.
matrimoniales, oficinas, 253.
Mauthausen, campo de concentración de, 358.
May, Karl, autor de epopeyas de pieles rojas, 380.
Mayo, Primero de, 62, 84, 86.
Mecklenburgh, duque de, en el partido Nazi, 72.
medallas, 90.
    a la maternidad, 252.
médicos, 236, 237, 247, 248.
    condenados por aborto, 255.
    experimentos en campos de concentración, 237, 248, 332.
    escasez durante la guerra, 236, 237.
    médicos judíos, 237.
    mujeres médicos, 236, 268, 276.
Médicos, Asociación Nazi de, 225, 355.
*Mein Kampf*, 342, 381, 419, 453, 466, 484.
    estilo literario de, 381.
    entregado a los recién casados a, 106.
    cargo de los ayuntamientos, 106.
Meinecke, Friedrich, historiador, 330.
Meissner, Otto, doctor, 106.
Memel, anexión de, 108.
Mendelsohn, Erich, arquitecto, 444, 455.
mentales, enfermos, muerte de los, 41, 237, 332, 473.
mercado negro, 46, 179, 197, 207, 224, 225, 230, 231, 410.
    de rumores, 486.
metal, industrias del, 193, 271.
Miegel, Agnes, escritora nazi, 99, 360, 361.
Mierendorff, Carlo, socialdemócrata, en el Complot de los Oficiales, 50.
Milhaud, Darius, compositor, 432.
militar, ideal, en Alemania, razones del, 30.
militar, servicio:
    exenciones del, 114.
    descenso en el porcentaje de hombres aptos, 244.
    universal, prohibido por el Tratado de Versalles, 150.
    ver también reclutamiento.
Militar, Soberanía, Día de la Restauración de la, 85, 468.
mineros:
    horario de trabajo de los, 204, 208.

productividad de los, 204, 205.
raciones de los, 205, 220, 221.
Mirabeau, conde de, sobre Prusia, 150.
"mirada alemana", para asegurarse de la ausencia de espías, 121, 357.
Mitheiss, profesor de la oposición académica de Munich, 339.
Moda, Instituto Alemán de la, 280.
Mohaupt, Richard, compositor, 433.
Moholy-Nagy, Laszlo, en la Bauhaus, 443, 455.
Moissi, Alexander, actor, 382, 383.
Mölders, Werner, aviador católico, 473.
Molo, Walter von, escritor, 374.
monasterios, ataques nazis a los, 465.
monumentos a los caídos *(Totenburgen)*, 453.
moralidad en las relaciones internacionales, actitud alemana hacia la, 32, 280.
ver también sexual, moralidad.
Morgen, doctor Konrad, encargado de una investigación de la corrupción en las SS, 118, 119.
Morgenthau, Henry, 488.
mortalidad, índices de, 241, 244, 245, 246.
mortalidad infantil, índice de, 241, 255, 288.
Movimiento Alemán de la Fe (anticristiano), 84, 144, 466, 467, 469, 470.
Mozart, Wolfgang Amadeus, 378, 429, 430, 431.
muchachas, año de trabajo de, 271, 288.
muerte:
esquelas, 468, 469.
en familia, 82, 243.
en los films, 400, 401, 402, 403, 404, 409, 410.
las Jueventudes de Hitler y la, 300.
Mühsam, Erich, escritor, 376.
Muhr, Alfred, crítico teatral, 394.
mujeres, 250, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283.
en la agricultura, 176, 205, 271.
alcoholismo entre, 244.
denuncias por parte de, 126, 127, 128.
en la profesión médica, 236, 276.
y Hitler, 269, 275, 283.
como fuerza laboral, 176, 205, 258, 267, 270, 271, 272, 273, 274.
viudas políticas, 257.
la ley de polución racial y, 94.
exceso de, 267.
en la universidad, 236, 268, 276, 277, 304, 340.
salarios de, 172, 176, 205, 206, 272.
bajo la República de Weimar, 14, 267, 268, 275, 283.
Mujeres, Unión Nazi de, 171, 226, 257, 274, 275, 278, 282, 283.
publicación mensual de, 276, 298.
Müller, Erich "Cañón", diseñador de cañones en la Krupp, 198 n.
Müller, "Obispo Nacional", 462, 463.
Müller, Otto, pintor, 443, 447, 448.
Munch, Evard, pintor noruego, 453.
Münchhausen, Börries, von, poeta, 360, 361, 364, 365.
Munich:
bombardeo de, 65.
cuarteles de NSDAP en, 65.
Hitler, protector de las artes en, 433.
universidad de, temporalmente cerrada en 1930, 23 n.
Munich putch de (1923), 11, 391.
aniversario de, 84, 85, 87.
novela, 391.
música, 428, 429, 430, 431, 432, 437, 438, 439, 440, 441.
en la radio, 424, 425, 426.
en la República de Weimar, 20, 429.
mujeres en, 267.
Música, Cámara Nacional de, 429, 438, 439, 440, 441.
Mussolini, Benito, derrocamiento de, 157.
Müthel, Lothar, productor teatral, 391.
Mutschmann, Martin, Gauleiter, Goeebbels y, 60.
Muralla Occidental, construcción de la (1938), 90, 208, 216.

nacimientos: 248, 250, 251, 253, 255, 261, 262, 478.
ilegítimos, 262, 263, 264, 265, 278.
de judíos, 478.
participaciones de, 469.
natalidad, índice de, 38, 248, 249, 250, 251, 255, 260, 261, 266, 282, 478.
Navidad, sustitución neopagana de, 85, 467, 468.
Nay, Ernst Wilhelm, pintor, 456.
Nazi, Partido, 16, 26, 27, 28, 30, 33, 36, 40,

41, 55, 57, 59, 60, 61, 68, 69, 71, 77, 79, 80, 81, 89, 110, 119, 123, 142, 143, 145, 152, 166, 238, 250, 252, 269, 279, 304, 305, 313, 314, 318, 319, 320, 321, 328, 329, 332, 356, 392, 393, 431, 461.
reunión anual del, ver Nuremberg, Reunión Anual del partido Nazi, 77, 84, 86, 103, 385.
y el mercado negro, 231.
y la corrupción, 103, 119.
departamento de asuntos exteriores del, 61, 146.
días festivos del, 86.
apoyo de la industria al, 16, 113, 192.
ascensos en el, 68.
persecuciones por críticas al, 135.
ritual del, 87, 95.
votos para el, ver elecciones, 68.
exclusión de las mujeres de los puestos directivos del, 68, 72, 74, 77, 269, 275, 279, 282.
neologismos nazis, 295, 346.
Neumann, Theresa, de Konnersreuth, 48.
Neurath, Konstantin von, ministro de Asuntos Exteriores, 76, 107, 146.
Niemöller, Martin, pastor, 475.
Nietsche, Friedrich, sobre las leyes penales, 19, 134.
niños:
separación de, de familias políticamente disidentes, 259.
año de servicio agrícola de, 319, 320.
salud dental de, 239, 246.
imposición de nombres, 468.
al abandonar la escuela, 285.
en el trabajo, 285, 286.
evacuación durante la guerra, 44, 45, 319, 470.
"Noche de Cristal", pogrom de la (1938), 33, 40, 44, 94, 98, 110, 115, 116, 118, 190, 327, 331, 475, 481, 482, 485.
actitud popular ante, 475, 481, 482.
estudiantes en el, 327.
juicios a raíz de, 133.
Nolde, Emil, pintor, 443, 446, 447, 448, 456.
noruegos, actitud alemana hacia los, 42.
novelas, 360, 361, 363, 365, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 378.
Nuremberg:
film rodado en, 82.
Juicios por crímenes de Guerra en, 195.
Nuremberg, Leyes de (sobre los judíos), 466, 475.
Nuremberg, Reunión Anual del Partido en, 77, 84, 86, 103, 385, 428.
documental sobre la, 282, 401.
música en, 428.
jóvenes en, 297.
obras públicas, programa de, bajo el nazismo, 202.

obrera, clase, 201, 202, 203, 204, 207, 208, 209, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 234, 235, 247, 395.
aburguesamiento, 218, 395.
en la universidad, 321, 325, 341.
en el parlamento de Weimar, 201, 325.
ver también obreros industriales, 13, 14, 203.
obreros de cuello blanco, 13, 14, 19, 43, 211, 212, 213, 269.
aumento del número de, 189.
fuerte representación en el partido Nazi bajo la República de Weimar, 13, 14, 211.
ocupados, países, 228.
mercado negro en, 114, 162.
Krupp adquiere propiedades en, 196.
mano de obra de (ver también esclavitud, trabajo en régimen de), 47, 175, 197, 198, 199.
traslado de los funcionarios nazis más corrompidos a los, 118.
saqueo de galerías de arte y museos de, envíos a Alemania de productos de los, 41, 221, 223, 228, 283.
traslado de alemanes a trabajar en los, 43.
Oertzen, escritor, 375.
oficina de colocación, 216.
oficios:
aprendizaje para, 177, 185, 286, 287, 292.
exámenes obligatorios para, 184, 185.
durante la guerra, 196, 197.
subordinación a los intereses de la industria, 185, 286.
Ohlendorf, Otto, jefe del Servicio de Inteligencia de las SS, conferencias a industriales, 191.

Oldenburg-Janoschau, von, eminencia gris de los Junkers, 25 n.
Ondra, Anny, actriz, 76.
Oncken, Hermann, historiador, 330, 375, 423.
opinión pública, favorable al nazismo, 34.
Oranienburg, campo de concentración de, 485.
*Ordensburgen,* centros de formación de la élite nazi, 60, 61, 263, 317, 318, 321, 456.
arquitectura de los, 317, 452.
Orff, Carl, compositor, colaborador del régimen, 430, 433, 435, 436, 438.
Ossietzky, Carl von, premio Nobel de la Paz, 130, 376.
Pabst, G. B., director de cine, 399.
pacifismo, 458, 487 n.
pago del Estado a las empresas con que suscribía contratos, 199.
Pallenberg, Max, actor, 382, 383.
pan, consumo y calidad del, 220, 221, 224, 242.
Pankok, Otto, pintor, 456.
pantalones, mujeres en, 280, 281.
Papen, Franz von, canciller, 25.
parlamento, ver Reichstag, 16.
Partido Democrático, 23, 131, 201.
Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP), 268, 331, 460.
partidos políticos no marxistas y el régimen nazi, 28.
Partido Popular Alemán (DVP), 16, 201, 460.
Partido Social Demócrata, 9.
y los judíos, 478.
declarado ilegal, 34.
miembros del, en el Complot de los Oficiales, 50.
periódicos del, 415.
purga de miembros del, del cuerpo de funcionarios, 145.
y las universidades, 326.
bajo la República de Weimar, 10, 25, 131.
patatas, consumo y racionamiento de, 224.
Pechstein, Max, pintor, 443, 447.
Peiner, Werner, pintor nazi, 454.
peones agrícolas, bajo el nazismo, 172, 173.
periódicos, 412, 413, 415, 416, 417, 418, 422.
extranjeros, acceso a los, 420.
nazis, lectura obligatoria para los funcionarios, 144, 415.
acciones de los dirigentes nazis en, 419.
bajo la República de Weimar, 412.
ver también cada periódico.
pescado, consumo de, 221, 225, 230.
Pfitzner, Hans, compositor, 429, 430, 437.
Piscator, Erwin, director teatral, 20, 21, 382.
Plan Cuatrienal (1936) para la movilización industrial de guerra, 192, 194, 195, 273.
secretaría del, 194, 195, 273.
plebiscitos, 38.
Pleiger, Paul, director de las Industrias Hermann Goering, 194, 200.
población:
estructura de edad de la, 256.
sector agrícola de la, 13, 174, 175.
movimiento de la, del campo a las ciudades, 13, 174, 175.
pogroms, en Renania en tiempos de las Cruzadas, 22, 476.
ver también pogrom de la "Noche de Cristal", 33.
polacos:
como mano de obra industrial y agrícola, 205.
actitud alemana hacia los, 42.
poligamia, propuestas de, 266.
Polonia, partición de, la Iglesia Católica ante la, 473.
Pommer, Erich, director de cine, 399.
Popitz, Johannes, ministro de Finanzas de Prusia y el Complot de los Oficiales, 44, 198, 331.
Porsche, Ferdinand, diseñador de automóviles, 39.
porteros, como responsables de bloque del partido Nazi, 80.
precios:
de productos agrícolas e industriales, 17.
relación entre ("tijera de los precios"), 17.
de los productos de granja, fijados por la Corporación de Productores de Alimentos, 17.
venta al por menor, estrictamente regulada y vigilada por la policía, 227.
Prestel, Josef, escritor nazi, 373.

Preuss, Hugo, arquitecto de la constitución de Weimar, 11.
Preysing, Konrad, conde, obispo católico de Berlín, 465.
Prien, Günther, héroe de la marina, 89.
primogenitura, derecho de, imposición del, por los nazis, 171, 176.
prisioneros de guerra:
en los talleres artesanos, 197.
franceses, 139, 181.
polacos, 139, 181, 182.
rusos, 163, 164.
en régimen de esclavitud, 175.
Procksch, Otto, rector de la universidad de Griefswald, 22, 458.
productividad:
horas de trabajo y, 204, 207.
aumentos de la, premiados con elevaciones salariales, 47.
industrial (1933-1938), 47.
Profesional, Competición Anual de Destreza, 62, 286.
profesionales:
y la SA: 29.
campos de formación, 292.
mujeres, 268, 270, 276, 277, 278.
profesores: 303, 304, 305, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 321, 325, 327, 328, 331, 335, 336, 478.
denuncias contra, 304.
como cuadros de las Juventudes, 308.
y los nazis, 305, 321.
fuerte representación en el partido Nazi, 305.
número de alumnos por, 309, 312, 328.
escasez de y disminución de requisitos para la consecución del título, 304, 312, 313, 314.
Profesores, Asociación nazi de *(NS Dozentenbund)*, 276, 305, 310, 311, 315, 321, 335, 336.
Profesores, Asociación Nazi de, 276, 305, 310, 311, 315, 321, 335, 336.
profesores de enseñanza media en, 311.
y la formación religiosa, 470.
Propaganda, Ministerio de, 146, 380, 403, 409, 417, 420.
propagandistas del partido Nazi, 71.
propiedad, pequeña, 168, 172, 176.
planes para la extensión de la, 169.
prostitutas, 241.
reclutamiento de las, para trabajar en las fábricas, 291.
psicoanálisis, 24, 326, 382, 416.
Pueblo, Bienestar del (NSV), 36, 41, 111, 144, 149, 185, 226, 238, 291.
como servicio sanitario auxiliar, 238.
suscripciones obligatorias para el, 204.
consejos de cocina del, 226.
fondos del, 111.
mujeres en el, 278, 282.
y los jóvenes, 291.
Pueblo, Partido del, representante de los intereses de la industria, 16, 23, 331.
purgas:
en el cuerpo de funcionarios, 143, 479.
en el cuerpo judicial, 132.
entre los altos oficiales de la Wehrmacht, 157.
en la Academia Prusiana de Poesía, 360, 364.
en las universidades, 326, 332, 333.
de obras de arte, 444, 445, 446, 447.

queso:
consumo y racionamiento de, 223, 228.
raciones económicas de, para consumidores pobres, 228.

Racial, Delegación de Política, del partido Nazi, 254.
"racial, polución", 94, 138, 139, 181, 254, 260, 405.
raciones durante la guerra, 41, 44, 221, 222, 223, 28, 229, 230, 231, 252, 355.
de mujeres arias casadas con judíos, 483.
de la población civil, 222, 223, 228, 229, 230, 252.
denuncias referentes a, 128.
de obreros que realizaban trabajos pesados, 205, 220, 221, 230.
de los evacuados, 44.
de la Wehrmacht, 221.
radio, 423, 424, 425, 426, 427.
audición colectiva de actos nazis, 89, 424.
Hitler en la, 424, 427.
oyentes de la, extranjera, 48, 127, 128, 424.

única fuente de música desde agosto de 1944, 441.
comunicados de victoria por la, 428.
aparatos de, 62, 168, 218, 395, 423.
prohibidos a los judíos, 486.
propiedad de, 423.
Receptor Popular, 299, 395, 423.
Radio, emisora nacional de (*Deutschlandsender*), 46, 49, 426, 441.
ver también radio.
radio, responsables de, 424.
Raeder, Erich, almirante, y el mercado negro, 115.
Rathenau, Walter, ministro de Asuntos Exteriores, asesinato de, 11, 349, 369.
Rave, doctor, presidente de la Cámara de música del Reich, 439, 440.
"raza", en las novelas, 366, 373.
Reck-Malleczewen, Friedrich von, escritor, 376.
reclutamiento:
femenino (1943), 253, 272, 273.
industrial, 208, 216.
militar, reintroducción del (1935), 151, 337, 407.
recreativas, actividades, 229.
en el campo, 169, 395.
para los obreros de la Muralla Occidental, 216 n.
para la Wehrmacht, 156, 162, 395.
reformatorios, para jóvenes, 290, 291, 292.
refugios antiaéreos, hábitos en, 52, 53.
regional, espíritu:
en la novela, 370, 371, 372.
resurgimiento del, después de la Primera Guerra Mundial, 66.
rearme, 169.
favorable para la industria pesada, 183.
Plan Cuatrienal, 186.
mano de obra para, 174, 175.
Rehberg, Hans, dramaturgo, 21, 393.
Reichenau, Walter, mariscal von, 153, 164, 462.
*Reichsbanner*, Asociación Socialdemócrata de Excombatientes, 150.
*Reichstag*:
disolución del, por los nazis, bajo el Kaiser, 12.
bajo la República de Weimar, 12, 15, 16, 18, 20, 268.
discurso de Hitler en el, 38, 50, 132, 414.
Reichwein, Adolf, socialdemócrata, en el Complot de los Oficiales, 50.
*Reichswehr* (limitada a 100.00 hombres durante la República), 30, 151, 152, 153, 154, 155.
absorción de la, por el estado nazi, 30.
Negra Secreta bajo la República de Weimar, 150.
origen social de los oficiales de la, 153, 154.
Reinhardt, Max, director teatral, 21, 125, 382.
Reitsch, Hannah, aviadora, 282.
religión:
en el campo, 309.
en la escuela, 307, 308, 314, 464, 465.
religiosas, conventos de, ataque nazis a las, 465.
Remarque, Erich María, escritor, 22, 362.
Remnitz, Herr von, desposeído por Ribbentrop, 107.
rendición de cuentas, Corporación de Productores de Alimentos y frente del Trabajo no obligados a, 106.
Reper, Wilhelm, portador de los regalos de los industriales a Goering, 110.
restaurantes, durante la guerra, 120, 229.
retiro, edad del, en el cuerpo de funcionarios, 147.
Reusch, Josef, vicepresidente de la Unión Exteriores, 61, 92, 146, 351, 417.
revanchismo (después de la primera Guerra Mundial), 42.
Reznicek, Emil, compositor, 425.
Rhoden, escritor, 375.
Ribbentrop, Joachim, ministro de Asuntos Exteriores, 61, 92, 146, 351, 417.
obtiene un castillo, 107.
Riefenstahl, Leni, actriz y directora de cine, 282, 399, 401, 410.
Rinser, Luise, escritora, 422.
Ritter, Gerhard, historiador, 327, 330.
Ritter, Karl, director de cine, 407, 408.
ritual:
en el aprendizaje del trabajo agrícola, 175.
en el Movimiento Alemán de la Fe, 467.
en la industria, 90, 213.

en el partido Nazi, 84, 85.
en los gremios, 188.
Roehm, Ernst, jefe de la SA, asesinato de, 352, 354.
Roehm, purga de (masacre de los dirigentes de la SA que intentaron hacerse con el control del ejército), 37, 56, 72, 83, 136, 337, 416.
Rogge-Berne, Sophie, feminista nazi, 276.
Rohe, Mies van der, arquitecto, 444, 455.
Rohland, Walter, "Dr. Panzer", de la Vereinigte Stahlwerke, 198, 200.
Rohlfs, Christian, pintor, 446, 448.
Rommel, general, 153.
Rosa Blanca, conspiración de la, 331.
Rosenberg, Alfred, ideólogo nazi, 134, 330, 331, 379, 413, 435, 444, 445, 463, 464.
anticristiano, 463.
y el arte, 444, 445.
sobre Goethe, 379.
sobre las leyes penales, 134.
Rosten, doctor Kurt, sobre la mujer, 270.
Rundstedt, Gerd, mariscal von, 153, 165.
*rusos:*
la Iglesia Católica y los, 472.
actitud alemana hacia los, 43, 472, 488.
ocupación de las provincias orientales por los, 53.
prisioneros de guerra, 163, 164, 488.
Rust, Bernhard, ministro de Educación, Ciencia, etc., 115, 314, 320, 328, 333.
y el mercado negro, 115.
chistes sobre, 134.

SA *(Sturm Abteilung)*, 25, 26, 29, 30, 31, 37, 38, 56, 60, 71, 72, 79, 81, 82, 83, 93, 98, 150, 152, 158, 203, 237, 257, 337, 352, 384, 420, 441, 452, 455, 461, 462, 464, 481.
asistencia a la iglesia, 461.
periódico de, 420.
oficiales de, en la Wehrmacht, 154.
sarcófagos de los "mártires" de, 452.
ver también Roehm, purga de.
canción antijudía de, 464.
aristócratas en, 152.
Hitler consigue la absolución de miembros de la, 28.
bandas de la, 29.
en el frente, ...
sacrificio, idea nazi de la nobleza del, 35.
sadismo, en el ritual nazi, 93, 94.
salarios:
agrícolas e industriales, 167, 170, 172, 173, 174, 180, 203, 204, 206, 207, 209, 212, 213, 214, 216, 217, 234, 355, 424.
retribuciones extraordinarias, 206.
mantenidos al nivel de la depresión hasta 1940, en la administración y algunas empresas, 143.
en especies, para los trabajadores agrícolas, 172, 174.
a destajo, 205, 209, 212.
bajo la República de Weimar, 14, 18.
femeninos, 172, 176, 205, 272.
Salomon, Ernst von, novelista, 369.
"saludo alemán", ver Heil Hitler.
saludos:
a las banderas de la SA y las SS, 88.
a las portadoras de la medalla a la maternidad, 252.
ver también Heil Hitler.
*"sangre y tierra":*
en la novela, 363, 370.
en la radio, 426.
en el teatro, 387, 388, 389, 396.
sanidad, 236, 238, 242, 246, 247, 248.
y los obreros industriales, 242, 243, 247.
y los jóvenes, 247, 248, 288, 289.
Sanidad, Delegación Nacional de, 238, 241.
laboratorio de dietética de, 241.
saqueo:
después de los bombardeos, 48.
de propiedades judías, 115, 481.
Sauckel, Fritz, Gauleiter de Turingia y Delegado Nacional del Trabajo, 79, 120, 182, 198, 217, 272, 273, 394.
utilizador de trabajo esclavo, 182, 198.
y el teatro, 394.
Sauerbruch, doctor Ferdinand, cirujano, 243, 328, 331.
Schant, Hjalmar, ministro de Economía (hasta 1937) y presidente del Reichsbank (hasta 1939), 107, 192, 215.
Schäfer, Wilhelm, escritor, 362.
Schaumburg Lippe, príncipe, ayudante de Hitler, 60, 72, 73.
Scheel, doctor, dirigente de la Unión de Estudiantes, 340.

Scheffer, Paul, director del *Berliner Tageblatt*, 415, 416.
Schemm, Hans, ministro de Educación de Baviera, presidente de la Asociación de Profesores Nazis, 78, 345.
Scheuermann, Presidente de la Cámara Nacional de Cine, 125.
Schiller, Friedrich, 21, 269, 327, 344, 378, 390, 391, 394, 401.
  dramas de, 344, 378, 386, 390, 391.
Schirach, Baldur von, Gauleiter de Viena, 82, 158, 292, 308, 309, 316, 354, 391, 418, 433, 452, 454, 464.
  y la arquitectura, 452.
  y el ejército, 157, 158.
  dirigente de las Juventudes de Hitler, 292, 293, 308, 309.
  y la pintura, 454.
  esposa de, 117.
Schlemmer, Oskar, pintor, 443, 446, 455, 456.
Schlösser, Rainer, escritor nazi, 378, 379.
Schmedes, Maria von, cantante, 427.
Schmeling, Max, boxeador, 76.
Schmidt-Rottluff, Karl, pintor, 443, 447, 448, 456.
Schnabel, Arthur, músico, 429.
Schneider, Reinhold, escritor, 376.
Schnitzler, Arthur, dramaturgo, 20, 382.
Schoenberg, Arnold, compositor, 429, 432.
Scholl, Hans y Sophie, dirigentes de la oposición, 331.
Scholz, Wilhelm von, escritor, 364.
Scholtz-Klink, Gertrud, dirigente de la Unión de Mujeres, 274, 283.
Schörner, Ferdinand, general, 153.
Schreiber, Otto-Andreas, funcionario del partido Nazi, 445, 446.
Schreker, compositor, 429.
Schulenburg, Fritz-Dietlof, conde von der, en el Complot de los Oficiales, 73.
  condesa, 73.
Schultze-Naumburg, Paul, arquitecto nazi, 444, 445.
Schumann, Elizabeth, cantante, 429.
Schünzel, Reinhold, director de cine, 410.
*Schwarzes Korps* (periódico de las SS), 64, 69, 92, 94, 113, 173, 188, 240, 247, 253, 254, 258, 260, 264, 265, 272, 281, 329, 339, 366, 392, 407, 422, 432, 481.
  y la administración de justicia, 81, 133, 134.
  sobre el antisemitismo austríaco, 481.
  chantajes del, 113.
  sobre la ausencia de hijos, 56, 253.
  sobre los internos en reformatorios, 292, 393.
  y la retribución de los funcionarios, 145.
  sobre el baile, 432.
  sobre el servicio doméstico, 272.
  sobre los films, 407.
  sobre las infracciones del racionamiento, 188, 223.
  influencia creciente del, 422.
  sobre los intelectuales, 329.
  y los Junkers, 170, 171.
  crítica literaria del, 366.
  esquelas mortuorias de miembros muertos en el curso del entrenamiento, 240.
  sobre los ancianos, 247.
  sobre la ciencia, 329.
  sobre la moral sexual, 260, 264.
  sobre los estudiantes, 339.
Schwede-Coburg, Franz, Gauleiter, 144.
Schweitzer-Mjölnir, Hans, miembro del tribunal de purga artística, 446, 447.
Schwind, Moritz von, pintor admirado por Hitler, 421, 453.
SD (*Sicherheitsdienst*: servicio de seguridad), 38, 124, 151, 230, 231, 298, 310, 311, 329, 334, 347, 404, 406, 435, 440, 471.
  informes del, sobre el Festival de Bayreuth, 435.
  sobre el mercado negro, 230.
  sobre el cine, 404, 406.
  sobre los niveles de exigencia en la educación, 310, 311.
  sobre los efectos de los discursos de los dirigentes, 37, 38.
  sobre las ceremonias de las Juventudes y la Pascua de Pentecostés, 471.
  sobre las sentencias incoherentes de los tribunales, 140.
  sobre el asesinato de judíos en Ucrania, 165.
  sobre las universidades, 334.
  sobre la conducta de las jóvenes durante la guerra, 298.

fuerzas del, responsables del exterminio de judíos, 165, 191.
Seeberg, Reinhold, rector de la universidad de Berlín, 22, 458.
seguro social, 207, 208, 209, 237, 247.
deducción del salario para el, 204.
Seidel, Ina, escritora nazi, 99, 363, 373.
Servicio Agrícola Auxiliar de los escolares, 319, 320.
Servicio de Patrulla de las Juventudes de Hitler, 292, 295.
Servicio de Trabajo *(Reichsarbeitdienst)*, 31, 155, 237, 298, 306, 318, 339, 380, 395, 470.
campamentos del, 175, 395, 470.
exenciones del, 280.
estudiantes no nazis obligados a realizarlo, 339.
mujeres en, 280, 313.
servicio doméstico, 253, 272.
sexuales, delitos, 136, 139, 290, 298.
sexual, educación, 24, 307.
sexual, moral, 250, 259, 260, 265, 278, 279, 297, 298.
en los films, 402, 403, 404, 405.
Shakespeare, 390, 391.
Siemens, Werner von, magnate de la inlustria eléctrica, y la Ayuda Invernal, 75, 76, 346.
sindicatos, 28.
el nazismo y los, 183, 184, 203, 209, 215.
apropiación de los bienes de, 203.
bajo la República de Weimar, 15, 104.
"síndrome de alerta", 89.
Siodmak, Robert, director de cine, 399.
social, movilidad, 61.
en la industria, 217, 218.
socialismo:
definición de Ley del, 78.
"de los tenderos", 23, 56.
uso del término por los nazis, 127, 209, 215, 217, 272.
"Sociedad para la Utilización del Derecho de Propiedad Musical", 440.
sociología, suprimida por los nazis, 326.
Söderbaum, Christina, actriz, 403.
Solsticio de Verano, Día del, 84, 86.
"Solución Final" del problema judío, 116, 348, 399, 406, 479, 484, 486.
eufemismos usados para, 348, 481.
cuestión no real para la mayoría de los alemanes, 479, 484, 489.
autoridades implicadas en, 485, 486.
SS encargadas de la, 117.
alto secreto, 484.
Soyfer, Jura, escritor, 376.
Speer, Albert, arquitecto oficial nazi y magnate de la industria, 39, 83, 101, 103, 157, 199, 200, 217, 235, 452.
ministro de armamento, 199, 217.
y Berlín, 235, 452.
se propone asesinar a Hitler, 50.
Spitha, Heinrich, compositor protegido por el gobierno, 439.
Spranger, profesor Eduard, pedagogo, 23, 324, 326, 331.
Sprenger, Jakob, Gauleiter de Hesse, 115.
Srbik, Heinrich Ritter von, 327.
SS *(Schutz Staffel)*, 25, 38, 48, 51, 66, 71, 72, 77, 79, 81, 92, 93, 101, 117, 118, 120, 124, 132, 160, 165, 237, 238, 262, 263, 264, 265, 314, 316, 349, 358, 467, 468, 485.
aristócratas en las, 72.
católicos en las, 474.
corrupción en las, 110, 117, 118.
médicos en las, 237.
ejecuciones por, 48, 50.
ritual del matrimonio en las, 467.
escuelas Napola, 304, 314, 315, 316, 320.
"orden de procreación", 51, 263, 264.
reservas para, 61.
en el frente, 101, 160, 191.
y la Ayuda Invernal, 92.
*Stahlhelm* (Asociación Nacionalista de Excombatientes), 150.
Stapel, Wilhelm, escritor *völkische*, 360, 487.
Stark, Johannes, profesor, premio Nobel, 329.
Stauffenberg, coronel Claus Schenk, 125 conde de, en el Complot de los Oficiales, 49, 158.
Stehr, Hermann, escritor nazi, 360, 362, 363.
Stein, Edith, religiosa y escritora, 376.
Steinhoff, Hans, director de cine, 157, 411.
Steguweit, Heinz, escritor nazi, 363, 368, 390.
Stenberg, Josef von, director de cine, 399.
Sternheim, Karl, dramaturgo, 382.
Strasser, Gregor, 23, 55, 73.

Strauss, Emil, novelista nazi, 360, 362, 371.
Strauss, Johann, compositor, 424, 425.
Strauss, Ricahrd, compositor, 82, 429, 430, 435, 436, 437, 438.
Stravinsky, Igor, compositor, 125, 429, 432, 438.
Streicher, Julius, 58, 70, 78, 109, 110, 113, 157, 321, 329, 377, 420, 469, 480.
ayuda a la producción de un film, 82.
en la universidad de Berlín, 329.
y el *Fränkische Tageszeitug*, 420.
Gauleiter de Franconia, 58, 480.
ver también *Der Stürmer*, 70.
Stuckhart, Wilhelm, 132.
*Stürmer, Der*, semanario antisemita de Streicher, 70, 110, 321, 420, 421, 469.
leído por Hitler, 109, 421.
en las escuelas, 321.
Sturmverlag Koenigsberg, editorial nazi, 108.
Sudetes, anexión de los, 40.
la Iglesia Católica, ante la, 471.
sufrimiento, resistencia al, 243.
suicidios, 40, 239, 240.
después de la muerte de Hitler, 283.
de judíos vieneses, 481.
superpoblación, criterio de, 234.
supersticiones, durante la guerra, 48, 49.
Süss, Wilhelm, vicerrector de la universidad de Freiburg, 334.

tabaco, adición al:
por parte de las mujeres, 24, 225, 279, 281.
por parte de los jóvenes, 290, 291.
tabaco, consumo de, y comercio de, 225.
tablón de la vergüenza, forma de dar a conocer a los recalcitrantes, 123.
Tablones de la Vergüenza, para la exhibición de los nombres de quienes no contribuían a la Ayuda Invernal, 92, 123.
teatro, 213, 218, 362, 382, 383, 384, 385, 388, 389, 393, 394, 395, 396.
bajo la República de Weimar, 21, 382.
Teatro, Cámara de, presidente de la, 125.
tecnología, en las universidades, 337, 342.
teología, 326, 331.
Terboven, Joseph, Gauleiter, matrimonio de, en Essen (1934), 79, 83.
Tercer Reich, 26, 27, 28, 29, 30, 32, 35, 39, 40, 42, 43, 50, 53, 54, 61, 62, 65, 66, 67, 69, 72, 74, 75, 77, 79, 82, 84, 88, 90, 91, 100, 103, 104, 107, 108, 110, 111, 112, 114, 120, 121, 123, 130, 133, 134, 135, 141, 142, 145, 149, 169, 170, 172, 174, 178, 182, 184, 186, 187, 188, 189, 191, 200, 201, 202, 204, 205, 208, 209, 211, 212, 218, 219, 222, 224, 225, 231, 234, 235, 236, 239, 241, 243, 248, 253, 255, 258, 259, 260, 262, 266, 268, 274, 275, 277, 278, 280, 282, 285, 286, 290, 293, 294, 298, 308, 309, 311, 314, 318, 321, 325, 326, 328, 329, 331, 334, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 349, 351, 357, 358, 363, 365, 366, 367, 369, 374, 378, 381, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 394, 395, 397, 398, 399, 400, 406, 407, 409, 410, 418, 419, 421, 422, 424, 427, 429, 433, 434, 436, 437, 444, 446, 448, 451, 452, 454, 455, 460, 466, 467, 475, 482, 485, 486, 487.
terror, los ciudadanos y el, 50, 201.
Testigos de Jehová, 259.
Teunissen, Gert, crítico de arte, 419, 450.
Thierack, Otto Georg, ministro de Justicia, 138.
Thiess, Frank, escritor, 345, 365, 374.
*Thingspiele*, 383, 384.
Thomas, Georg, general, del departamento económico de la Wehrmacht, 198.
Thomas, Hans, pintor, 421.
Thorak, Josef, profesor, escultor nazi, 450.
tiendas, licencia de establecimiento de, 184.
Tietjen, Heinz, director del Festival de Bayreuth, 434.
tifus, 238, 246.
Tillich, Paul, filósofo, 335.
títulos, inflación de, bajo el nazismo, 147.
Tocqueville, Alexis de, sobre la revolución en Alemania, 29.
Toch, Ernst, compositor, 429.
Todt, doctor Fritz, constructor de autopistas, 39, 162.
Toebbens, Walter, contratista, 117.
Toering, Hermann, 31, 37, 38, 75, 76, 104, 105, 106, 109, 110, 116, 120, 146, 157, 351, 352, 357, 392, 393, 405, 430, 433, 437, 442, 445, 453.
órdenes administrativas de, 116, 157, 206, 226.
y el arte, 82, 443, 445.
y el cine, 405.

"cañones antes que mantequilla", slogan de, 39, 222.
chistes sobre, 352, 353, 356.
y la música, 430, 437.
origen de la riqueza de, 105.
actitud pública hacia, 37, 38.
y el teatro, 392, 393.
Toller, Ernst, dramaturgo, 11, 21, 362, 376, 382.
Toma del Poder, Día de la (30) enero), 26, 84.
tortura:
en los films, 405.
Hitler y las confesiones obtenidas por la Gestapo mediante la, 141.
Toscanini, Arturo, músico, 429, 434.
totalitarismo, y autoritarismo, 131.
trabajadores independientes, fuerte representación en el partido Nazi, 71.
Trabajo en régimen de esclavitud:
en los talleres de artesanía, 197.
en la industria, 47, 198, 199, 216.
en el campo, 175.
Trabajo, Frente del, 36, 60, 70, 79, 91, 95, 106, 107, 110, 111, 115, 184, 192, 193, 196, 201, 204, 206, 210, 211, 213, 223, 234, 242, 272, 273, 275, 279, 286, 287, 395, 428.
y el aprendizaje, 286, 287.
concesión de medallas por, 91.
y las cooperativas, 201.
y los grandes almacenes, 189, 190.
impuestos para el, deducidos de los salarios, 111, 204.
fondos del, 60, 106, 110.
revisiones médicas del, 242.
viviendas del, 234, 235.
tendencia de los obreros a ver en él un sindicato, 210.
bienes de los sindicatos confiscados por, 203.
uniforme del, 62.
y las normas salariales, 206.
y la mano de obra para la muralla occidental, 216 n.
y la mujer, 272, 273.
Departamento Femenino del, 278, 279.
Departamento Juvenil del, 287.
Trabajo, *Ministerio* de, 174, 206, 207, 272.
tractores, 168.
traición, oposición política considerada como, 10.
transportes, 271.
denuncia de pasajeros sin billete, 122.
sobrecarga de, 47.
durante la guerra, 229.
Treitschke, Heinrich von, sobre los judíos, 24.
tribunales:
interno del partido Nazi, 80.
bajo el nazismo, 130.
ver también judicial, cuerpo, 140.
tribunales de honor:
para los abogados, 132.
para la artesanía y el comercio, 60.
para los gremios, 185.
para la industria, 210, 211.
tribunales de honor social, 173, 210, 211.
tribunales laborales, 81, 134, 210, 211.
Troost, Paul Ludwig, profesor, primer arquitecto de Hitler, 423, 448.
Truppe, pintor nazi, 450.
Tschechowa, Olga, actriz, 98, 159, 399.
tuberculosis:
mortalidad por, 246.
hospitales, 242.
Tucholsky, Kurt, escritor, 376.

Ucrania, 163, 165, 180, 476.
UFA, productora cinematográfica, 397, 398, 411, 414.
uniformes, 90, 284, 294, 313, 332, 341, 356.
chistes sobre, 356.
del Frente del Trabajo, 62.
políticos, temporalmente prohibidos (1932), 25.
para los jóvenes, 284, 294, 313.
Unión de Jóvenes Alemanas *(Bund Deutscher Mädchen)*, 63, 72, 175, 257, 265, 280, 281, 293, 295, 296, 297, 298, 301, 313, 319, 355, 357.
consecución de títulos escolares por trabajo agrícola, 175, 313, 319.
universidad, 304, 311, 317, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 333, 334, 337, 338, 339, 340, 340, 341, 342, 458, 477.
edad de admisión en la, 312.
denuncias en, 333.
cuotas, 341, 342.
cifras, 341.

bajo la República de Weimar, 22, 23, 236, 321.
la mujer en la, 236, 268, 276, 277, 304, 341.
estudiantes de origen obrero, 321, 325, 341.
Unruch, Fritz von, dramaturgo, 382.
vacaciones, 229, 320.
de los aprendices, 287 n.
fiestas de la Iglesia Católica, 468.
retribuidas, 213, 214.
Van Gogh, Vincent, 418, 447, 453.
quema de pinturas de, 447.
pinturas de, vendidas para obtener divisas, 454.
Varsovia, ghetto de, 33 n., 197.
Veidt, Conrad, actor, 399.
venéreas, enfermedades, 242, 266.
venganza, armas de, 44, 49.
retransmisión radiofónica del lanzamiento de, 427.
verduras, consumo y racionamiento de, 223, 224, 225.
vestir, artículos de, compra y racionamiento de, 219, 227, 228, 229.
Viena:
el partido Nazi en, 69, 70.
ataques a viviendas de judíos en, 235.
"violetas de marzo" en el partido Nazi, 68, 69, 80, 356.
vivienda, 233, 234, 235.
arquitectura de, 233, 234.
destrucción de, por los bombardeos, 235.
para los trabajadores agrícolas, 234.
para los trabajadores industriales, 213, 234.
subsidios para, 185.
*Volksdeutsche* (alemanes étnicos), regreso de los Balcanes, 65, 66.
*Völkische Beobachter,* periódico nazi, 58, 134, 252, 279, 315, 319, 335, 366, 407, 413, 414, 415, 417, 419, 423, 431, 438.
Volkssturm, fuerzas de defensa desesperada, 49.
Volkswagen, automóvil, 39, 206, 218, 220, 232, 233, 288, 395.
votantes, mujeres como, 275.
ver también elecciones.
*Wachdienst* (guardia nacional rural), 180.
Wagner, Adolf, Gauleiter de Baviera, 100, 450.
Wagner, Frau Winifred, 60, 428.
Wagner-Regenz, compositor, 430, 436.
Wagner, Richard, compositor, 19, 35, 98, 408, 428, 429, 434, 435, 457, 488.
Wagner, Wieland, eximido del servicio militar, 82.
Waldeck-Pyrmont, príncipe, general de las SS, 72, 118, 119, 120.
Wahl, Karl, Gauleiter de Augsburg, 79, 80.
Walter, Bruno, músico, 429.
Warthegau, provincia de, 43, 44.
"libre de iglesias" de, 473.
Wasserman, Jakob, escritor, 360, 362.
Weber, Christian, dirigente nazi, 77.
Weber, Max, sociólogo, sobre los polacos, 42 n.
Weber, Anton von, compositor, 424, 438.
Wegener, Paul, actor, 382.
Wehrmacht, 31, 41, 45, 48, 49, 52, 61, 62, 106, 111, 119, 124, 125, 149, 151, 152, 153, 154, 156, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 169, 187, 192, 196, 207, 221, 237, 239, 244, 280, 297, 298, 310, 311, 314, 318, 319, 336, 340, 392, 415, 427, 466, 486.
y el mercado negro, 162, 231.
denuncias en la, 161.
médicos en la, 237.
diversiones para, 156, 162, 395.
ejecuciones por deserción de, 50.
en los países ocupados, 160, 162, 163.
oficiales de la, 61, 152, 158, 159, 161, 162, 163, 164.
reocupación de Renania, 151.
como refugio contra el nazismo, 151.
"escuela de la nación", 297.
requisitos físicos y culturales para el ingreso en la, 154, 244.
estudiantes universitarios en, 336, 340.
Weichs, Maximilian, general, 153.
Weill, Kurt, compositor, 21, 429, 432.
Weimar, Hitler mecenas de las artes en, 43, 434.
Weimar, República de, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 22, 23, 24, 25, 26, 29, 34, 55, 62, 103, 104, 130, 145, 150, 151, 167, 169, 174, 183, 201, 208, 213, 218, 219,

233, 236, 250, 267, 268, 275, 277, 284, 303, 312, 321, 324, 326, 330, 341, 342, 363, 366, 369, 375, 382, 397, 412, 414, 429, 451, 452, 458, 459, 477, 478.
y los judíos, 11, 24, 477, 478.
los tribunales bajo la, 131.
escuelas bajo la, 303.
separación de iglesia y estado bajo la, 459.
las universidades bajo la, 22, 23, 236, 321, 324, 325, 341.
Weingartner, Félix, *músico*, 429.
Weinheber, Josef, poeta, 370.
Weiss, Wilhelm, director del *Völkische Beobachter*, 414.
Weizsäcker, von Erich, subdirector del *Frankfurter Zeitung*, 146.
Wendel, Adolf, teólogo, director del Instituto para el Estudio de la Cuestión Judía, 332.
Wendel, Udo, pintor nazi, 449.
Wentner, Joseph, dramaturgo, 386.
Werfel, Frantz, escritor, 20, 360, 362, 363, 382.
*Westdeutscher Beobachter*, periódico nazi, 107.
Wiechert, Ernst, novelista, 363, 371, 374.
Willrich, Wolf, miembro del tribunal para la purga artística, 446, 447.
Wissel, Adolf, pintor nazi, 449.
Witzleben, Erwin, mariscal von, en el Complot de los Oficiales, 153, 158.
Wolff, Otto, gran empresa, 190, 193.
Wolff, Theodor, director del *Berliner Tageblatt*, 10, 11, 413, 415.
Wolfurt, Kurt von, compositor, 435.

X, rayos, exámenes masivos por, 238.

Yorck, conde, sobre las virtudes de un soldado, 160.

Zetkin, Clara, dirigente socialista, 267.
Ziegler, Adolf, pintor, 446, 447, 449, 450, 454.
miembro del tribunal para la purga de las artes, 446.
Ziegler, Severus, director del teatro de Weimar, 432, 438.
Zillich, Heinrich, oda al Führer de, 370.
Zuckmayer, Karl, dramaturgo, 21, 362, 382.
Zweig, Arnold, dramaturgo, 21, 362.
Zweig, Stefan, escritor, 362, 363, 376, 430, 436.

# ÍNDICE GENERAL


1. — Weimar . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 9
2. — El Tercer Reich: panorama general . . . . . . . . . 27
3. — La comunidad del pueblo . . . . . . . . . . . . 55
4. — El Partido . . . . . . . . . . . . . . . . . 67
5. — El ritual y la adoración del Führer . . . . . . . . . 84
6. — La corrupción . . . . . . . . . . . . . . . 103
7. — La denuncia . . . . . . . . . . . . . . . 121
8. — La justicia . . . . . . . . . . . . . . . . 130
9. — Los funcionarios . . . . . . . . . . . . . . 142
10. — El ejército . . . . . . . . . . . . . . . . 150
11. — El campo . . . . . . . . . . . . . . . . 166
12. — La economía . . . . . . . . . . . . . . . 183
13. — Los obreros . . . . . . . . . . . . . . . . 201
14. — El consumo . . . . . . . . . . . . . . . . 219
15. — La sanidad . . . . . . . . . . . . . . . . 236
16. — La familia . . . . . . . . . . . . . . . . 249
17. — La mujer . . . . . . . . . . . . . . . . 267
18. — La juventud . . . . . . . . . . . . . . . 284
19. — La educación . . . . . . . . . . . . . . . 303
20. — Las universidades . . . . . . . . . . . . . 323
21. — El habla nazi . . . . . . . . . . . . . . . 343
22. — El humor . . . . . . . . . . . . . . . . 350
23. — La literatura . . . . . . . . . . . . . . . 360
24. — El teatro . . . . . . . . . . . . . . . . 382
25. — El cine . . . . . . . . . . . . . . . . . 397
26. — La prensa y la radio . . . . . . . . . . . . 412
27. — La música . . . . . . . . . . . . . . . . 428
28. — El arte . . . . . . . . . . . . . . . . . 443
29. — La religión . . . . . . . . . . . . . . . . 457
30. — Los judíos . . . . . . . . . . . . . . . . 476

Glosario . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 493
Bibliografía . . . . . . . . . . . . . . . . . . 495
Notas . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 497
Índice alfabético . . . . . . . . . . . . . . . . 535